



Rómulo Gallegos

LA TREPADORA / POBRE NEGRO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Rómulo Gallegos Narrador, dramaturgo, ensayista, cineasta y pedagogo. Figura principal de la narrativa latinoamericana y destacado político, fue presidente de Venezuela en 1948 por tan solo nueve meses. Junto a otros escritores funda la revista *La Alborada*, escribe para *El Cojo Ilustrado*, adquiere *El Cuento Semanal*. Cofundador del Partido Democrático Nacional (más tarde AD), tomó el exilio en los gobiernos de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, a su regreso a partir del derrocamiento de este último, es nombrado senador vitalicio. Entre su extensa obra mencionaremos: *El Motor. Drama en tres actos* (1910); *Los aventureros* (1913); *Doña Bárbara* (1929); *Cantaclaro* (1934) *Canaima* (1935) y *Una posición en la vida* (1954).

« *Visita de Rómulo Gallegos a EEUU. Julio de 1948.*

Foto: Colección Archivo Histórico de Miraflores.



59

La trepadora / Pobre negro

RÓMULO GALLEGOS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

La trepadora / Pobre negro

RÓMULO GALLEGOS



Índice

LA TREPADORA

PRIMERA PARTE EL HOMBRE DE PRESA

15	I
21	II
28	III
35	IV
43	V
49	VI
56	VII
63	VIII
68	IX
74	X
78	XI
84	XII

SEGUNDA PARTE DE LA VOLUNTAD ABOLIDA

99	I
108	II
117	III
128	IV

134	V
145	VI
153	VII
160	VIII
182	IX

TERCERA PARTE

VICTORIA

194	I
200	II
209	III
217	IV
226	V
231	VI
240	VII
259	IX
267	X
275	XI
282	XII

POBRE NEGRO

PRIMERA JORNADA

295	I. Tambor
299	El extraño mal
305	Humillados y burlados
312	Noche de embrujamientos
318	El salto más allá del límite
322	II. El cachorro
331	La herencia de don nadie

- 340 Nostalgias y pedagogías
348 Día de acontecimientos
357 III. El catecismo de las mazorcas
363 Candiles en la obscuridad

SEGUNDA JORNADA

- 373 I. Las vacaciones del humanista
379 La sal de la casa
385 El diálogo de la incertidumbre
389 Disputas y vacilaciones
401 III. El sacrificio
408 Décimas y fulías
420 IV. ¿Qué te pasa, Pedro Miguel?
427 La revelación
435 Como endenantes...

TERCERA JORNADA

- 443 I. El regreso del andarín
449 Un amor absorbente
455 Los piélagos de Tapipa
463 Las aleluyas de la enfermera
472 La nueva Luisana
476 II. La convencioncita
484 Diálogo del Sembrador y otras extravagancias
492 Diablos y angelitos
502 Una invitación
507 Al remover las cenizas
512 III. La sombra de la espada
514 Hágotte capitán
529 Una declaración de amor

CUARTA JORNADA

- 539 I. La furia
- 543 ¡Aquel silencio!
- 547 Aquella visión atroz
- 552 Fascinación
- 556 Venezuela
- 559 La facción
- 565 Vivac
- 573 El pacto
- 580 La malla rota
- 585 La inútil sangre
- 594 III. Pánico
- 598 Serenidad
- 600 El desertor
- 605 El hombre de las circunstancias
- 608 La capitana

La Trepadora

Primera parte

El hombre de presa

Entre lomas herbosas y laderas pobladas de cafetales, en torno a una iglesia pequeñita levantada sobre un altozano, de humildes muros de bahareque enlucido, espadaña a un costado y atrio de ladrillos musgosos, está acurrucado el pueblecito: unos cuantos ranchos, unas tantas casas, una sola calle que pronto vuelve a convertirse en camino y se va serpenteando por lomas y laderas, entre setos de pomarrosos.

Por detrás de la iglesia y a lo largo del pueblo, la alta y sombría cortina de los guamos y bucares que cobijan los cafetales; frente a ella, la cuesta suave y tapizada de grama del altozano, asendereada por el paso de las recuas que por allí bajan de las haciendas y de los montes vecinos, las negras techumbres de paja de los ranchos y los tejados patinosos de las casas; y a un costado, la dilatada perspectiva de un hoyo de montaña que viene bordeando el camino que conduce al pueblo: verdes lomas, laderas tendidas y hondonadas silenciosas, lomas azules, serranías lejanas.

Paredaña al templo, la casa parroquial y más allá la Jefatura Civil, frente a la cual, arrellanado en una silla recostada al muro, hallábase don Lisandro, viejo corpulento, bonachón y pacienzudo, que llevaba varios años ejerciendo la jefatura de aquel poblado, cuyos moradores, sencillos y pacíficos, poco le daban que hacer. Apenas tenía que afanarse y salirse de su habitual mansedumbre por

tiempos de cosecha, cuando de los campos y pueblos del contorno acudían en gran número a las haciendas vecinas los “cogedores” de café, pues entonces todas las noches había joropos que generalmente terminaban en riñas.

Por causa del de la noche anterior, y, sobre todo, por otro acontecimiento que mucho le preocupaba, había madrugado aquel día. Síntoma inequívoco de su intranquilidad de ánimo era aquel movimiento continuo de sus mandíbulas sin que entre ellas tuviese cosa que masticar.

En la puerta de la casa parroquial apareció el Cura, escarbándose los dientes y chasqueando ruidosamente la lengua, como si saboreara los restos que entre aquéllos le quedasen del copioso desayuno.

—Buenos días, pae Jaramillo.

—Buenos días, pae Jaramillo.

Era éste un clérigo español, retaco, peludo y nada limpio, de cincuenta años bien conservados, que ejercía el curato de almas de aquella aldea hacía más de veinte. Ásperos pelos cubríanle la cara, llevaba puesta una bata de lienzo crudo, alivio de sotana, con lastre de grasienta mugre sobre el abdomen prominente, y en la cabeza un bonete raído. Tampoco dábanle mucho que hacer sus campechanos feligreses, ni él se preocupaba mayormente de su cuidado espiritual; en cambio, atendía con diligencia sus conucos y potreros, era amigo de parrandas y cacerías y murmurábase que no eran tales ahijados, sino hijos suyos, aquellos muchachos de los campos que lo llamaban padrino y le pedían la bendición, juntando las manos e hincando una rodilla en tierra.

—¡Hermosa mañana! ¿Verdad, don Lisandro?

—Muy bonita. Sí, señor— respondió el Jefe Civil.

El párroco encendió un cigarro, lo chupó enérgicamente hasta hacerlo despedir una espesa nube de humo, volvió a chasquear la lengua y luego, con los brazos en jarras, alzo sus miradas al cielo que lucía con una brillantez de esmalte precioso, las dejó vagar después por el vasto panorama de lomas y laderas resplandecientes de sol que llenaba la hoyada de montaña y, finalmente,

las posó sobre los cafetales que llegaban hasta allí, bajo la tierna sombra azul de guamos y bucares, festoneados de campánulas del tiempo.

Espesura adentro, cantaban todavía las guacharacas tempraneras y, oyéndolas, dijo el Cura:

—Esta mañana no pude resistir la tentación, don Lisandro. Cogí mi escopeta y a poco andar por entre el cafetal, maté cuatro guacharacas.

—Ya me había dicho mi mujer que usted debía de estar cazando, porque hoy no hubo misa.

—Hay que hacer también algo por la vida, don Lisandro. No todo ha de ser para el alma, que al fin y al cabo, sólo la misericordia divina puede salvárnosla.

—Usted que lo dice...— respondió el Jefe Civil, que no estaba aquella mañana para charlas de buen humor, y se sumió de nuevo en su caviloso silencio.

El Cura también calló, y durante un buen rato sólo se oyó el suave rumor de los altos árboles mecidos por el aire blando de la mañana.

A distancia, en el pueblo-abajo comenzó a sonar el yunque del albéitar. A ratos se escuchaba también el mazo del talabartero y una que otra palabra en el interior de las casas vecinas. Monte adentro, por el camino de la hacienda que salía por un costado de la iglesia, venía gimiendo la esquila de una recua. La fresca brisa movía el aroma agreste de los matorrales de romero y albahaca, humedecidos por las lluvias recientes. Resplandecía la blanca fachada del templo bajo los rayos alegres del sol de diciembre.

El padre Jaramillo detuvo ahora sus miradas en lo alto de un riscachal pelado y abrupto que se divisaba en la fila de unos cerros distantes y murmuró:

—¡La Guanipera!

—¡La Guanipera! —repitió el Jefe Civil, con el acento de su preocupación—. Sí, señor. En estos días todo el pueblo está mirando para allá a cada rato.

—Diga usted, don Lisandro. ¿Qué hay de cierto en eso de la vuelta de los Guanipas?

—De cierto, propiamente, no sé nada, porque todos los que han traído la noticia de que los “Barbudos” andan otra vez por sus viejos corredores de la Guanipera hablan por referencias. Nadie los ha visto hasta ahora. Yo no digo que sea falsa alarma, pero...

—Motivos no faltan para creer que sea cierto —interrumpió el clérigo—. El viajero asesinado en las vueltas del Portachuelo... Esos crímenes no se cometían por aquí desde que ellos abandonaron sus corredores.

—Y el arreo de burros que se presentó ayer —agregó don Lisandro—; Por el camino de la Guanipera llegaron, solos y sin carga, y a la hora de ésta todavía no se ha presentado el arriero. Ni rastros de él se han encontrado.

—¡No me diga, don Lisandro! Ya eso se está poniendo feo. Y usted, ¿qué piensa hacer?

—¿Qué quiere usted que haga? Con cuatro chopos que es todo el armamento que tengo en la Jefatura. Esos cerrajones de la Guanipera son inexpugnables y si es verdad que por ahí andan los “Barbudos”, no sale con vida un solo hombre de los que yo pueda mandar a capturarlos. Esos bandoleros son más malos que Mandinga. Acuérdesse del noventa y dos.

—No me recuerde eso, don Lisandro, que todavía se me ponen los pelos de punta.

Fue cuando la revolución legalista, el día de la pelea de El Guayabo. Desde el pueblo se había oído el sordo rumor de las descargas y como allí todos eran revolucionarios, y más que todos el padre Jaramillo, éste se paseaba por el atrio de la iglesia esperando las noticias de la derrota del Gobierno para echar las campanas a vuelo, cuando de pronto oyó un tropel de caballerías y en seguida un grito estentóreo:

—¡Viva el Gobierno!

Eran los hermanos Guanipas, apodados los “Barbudos”, bien conocidos y temidos por sus fechorías, enemigos jurados del pueblo, cuyas simpatías por la revolución eran el único motivo que ellos tenían para ser gobiernistas.

No le habría producido al Cura —él mismo lo había dicho— más terrible impresión la propia trompeta del Apocalipsis. Corrió a meterse en la casa parroquial; pero ya los “Barbudos” lo habían visto.

—¡Párate, curita! —le gritaron—. No te escondas que ya sabemos que estabas esperando la noticia de la derrota del Gobierno para repicar tus campanas. Ahora es por la viceversa que vas a tener que repicarlas, si quieres salvar el pellejo.

Y le hicieron dos disparos para amedrentarlo, que bien hubieran podido ahorrárselos, porque ya él, comprendiendo que sólo en el repicar estaría su salvación, subía a zancadas la escalera de la espadaña.

—¡Así, curita! Repica largo y sabroso hasta que te podamos decir que ya basta— dijéronle los Guanipas, entre carcajadas, y se lanzaron al asalto del pueblo.

Y aquellos repiques contribuyeron a que fuera más sangrienta la jornada, pues oyéndolos y tomándolos por anuncio del triunfo de la revolución amiga, como era cosa convenida, la población se echó a la calle desprevenida y confiada, y a los “Barbudos” les fue fácil hacer copiosa matanza.

Como había dicho el padre Jaramillo, aún se le ponían los pelos de punta al recordar la trágica jornada y todavía se daba golpes de pecho por aquel miedo suyo que fue causa de tantas muertes.

—Y entonces los Guanipas no eran ni sombra de lo que hoy son —continuó don Lisandro—. Con decirle que en la Sierra de Carabobo, en la madriguera de bandidos de las Vueltas del Naípe, todos los respetaban y temían.

—Pero de allí los sacaron a tiros.

—¿Y cuánto no costó? Un batallón entero fue a pelearlos. Verdad que no estaban solos. Allí murió el mayor de ellos, que era más malo que “Guardajumo”. Estos dos que según los dices han vuelto a sus antiguos corredores de la Guanipera, no son tan bravos como el difunto; pero no dejan de ser respetables.

—¡Vaya que si lo son! No quisiera yo toparme con ellos por esos caminos.

—Tenga cuidado, pues. Usted que es tan amigo de andar registrando ranchos por esos montes.

—Cumpliendo el deber, don Lisandro: visitando enfermos, confesando moribundos— replicó el Cura entre hipócrita y socarrón.

—A otro perro con ese hueso, pae Jaramillo. Buscando muchachas bonitas.

—¡Válgame Cristo, don Lisandro! ¡Las cosas tuyas!— y soltó una carcajada.

Luego se restableció el silencio. En el pueblo-abajo seguía cantando, con un rumor precipitado y alegre, el yunque del herrador.

—Oiga el martillo de musió Francisco —dijo el clérigo—. Desde temprano está machacando.

Y ambos se olvidaron por un momento de aquella amenaza que estaba suspendida sobre el pueblo y a toda hora hacía volar las miradas inquietas hacia el trágico riscachal de la Guanipera, para contemplar la hermosa luz que brillaba sobre las copas de los árboles y saborear en silencio la dulce quietud del poblacho, donde la vida se deslizaba serena, mansa y calladamente, un día tras otro, todos iguales.

||

Estallaron cohetes, y don Lisandro, como recordase de pronto que así solían antes los “Barbudos” anunciar sus incursiones en el pueblo, dijo, moviéndose pesadamente en el asiento:

—En mentando al rey de Roma...

—¡Quite usted! —exclamó el Cura, que había tenido el mismo pensamiento, dirigiéndose al extremo del atrio desde el cual se dominaba todo el pueblo—. Alguno que habrá amanecido con unos palos en la cabeza. Como se aproximan las Pascuas...

—¡Pascuas! No está la masa para bollos. Las de este año como que van a quedar muy tristes.

—Dígamelo a mí, que no he podido recoger un centavo para las misas de aguinaldos —y en seguida, refiriéndose a lo que veía—: Es en las Cuatro Esquinas. Hay un grupo de gente rodeando a un jinete que parece acabado de llegar... ¡Pare usted, don Lisandro! Guanipa es el recién llegado.

Y a tiempo que saltaba fuera del asiento la pesada mole del Jefe Civil, agregó con expresión de júbilo:

—¡Pero es Hilarito! —y dirigiéndose a la casa parroquial—: Voy a ponerme la sotana para bajar a darle la bienvenida a ese buena pieza. Falta que estaba haciendo. Ahora sí que tendremos Pascuas alegres, don Lisandro.

Volvió éste a ocupar su asiento, mientras el alma le volvía al cuerpo. Continuaron estallando los cohetes y pronto se extendió por todo el pueblo un inusitado rumor de animación.

—¡Vaya, pues! —murmuró el Jefe Civil—. Ya se alborotó la gente. Ahora empiezan las parrandas.

A poco volvió a aparecer el padre Jaramillo, diciendo:

—Es curioso, don Lisandro. Pensando nosotros en los Guanipas y se presenta Hilarito. Fue como un aviso.

—A mí no me dan buena noticia —replicó don Lisandro—. Porque estando Hilarito en el pueblo hay parranda y joropo y bebedera de aguardiente y ya uno no puede estar tranquilo.

—Pero si fueran los tíos los que hubiesen llegado, habría refriega y sangre y la de Dios es Cristo.

—Sí. Del mal, el menos. A usted sé que le dan en la vena del gusto: cacería, parrandas y hasta su joropito en un rancho de esos que usted conoce.

—¡Ave María Purísima!

Y haciendo cómicos aspavientos de escándalo, bajó a zancadas por el sendero que conducía al pueblo.

Don Lisandro se metió en la Jefatura, murmurando:

—¡En fin!... Vamos también a saludar al muchacho.

Era Hilarito Guanipa un mozo arrogante y simpático, amigo de jolgorios y amoríos, gran coleador de toros, notable tocador de arpa y maracas, y tan activo y competente para el trabajo como bien dispuesto para divertirse y derrochar el dinero a manos llenas, generoso y leal con sus amigos, valiente y emprendedor. Hacía dos o tres años que estaba ausente del pueblo, comerciando en ganados por los llanos de Guárico y Apure, y ahora regresaba a gastarse en la alegre compañía de sus numerosos amigos las onzas de oro que traía en la faja, hasta que sólo le quedara lo imprescindible para volverse al Llano en busca de otras.

Llegó haciendo caracolear el caballo frente a todas las puertas amigas, que eran tantas cuantas había en el pueblo, y lanzando su interjección habitual:

—¡Jipa! ¿Quién dijo Pascuas tristes? Aquí está Hilarito Guanipa.

Donde primero se detuvo fue ante la talabartería de don Agustín Alcober, viejo bondadoso y jovial, especie de patriarca del pueblo, a quien todos profesaban un cariñoso respeto.

—¡Ya está aquí esta mala ficha! —exclamó con júbilo, abandonando sus bártulos de trabajo al oír el grito de Hilarito, y dirigiéndose a sus hijos— ¡Muchachos! ¡Se acabó el trabajo!

Hilarito se inclinó sobre el cuello de la bestia para echarle el brazo al viejo. Éste le preguntó:

—¿Traes mucha plata?

—¿Plata? Traigo la onza de oro que da grima, viejo. Toque aquí para que le dé un gusto a las manos.

Y se corrió la faja, haciendo sonar el oro.

—¡Caramba! Traes bien forrado el riñón.

—Eso es suyo, viejo. Vaya sacando si quiere.

—Gracias, muchacho. Yo sé que siendo tuyas, son mías. Que las aproveches ¡Y dicen que en el Llano se acabaron ya las onzas!

—¡Qué han de haberse acabado! La dificultad es meterse hasta donde están y no tenerle miedo al trabajo.

—Así es. Yo siempre lo dije: Hilarito consigue plata, porque es un hombre muy meneado.

—Siga diciéndolo, viejo, que yo no lo dejo quedar en un feo.

Entretanto los hijos de don Agustín habían rodeado a Hilarito.

Atropellando las preguntas, sin dar tiempo a que se las respondieran, comenzó a pedirles noticias de las muchachas del pueblo: si Mercedes se había casado ya, si Modesta tenía novio, si Antonia estaba todavía tan buenamoza como él la dejó.

—Por las muchachas de usted no pregunto, viejo Agustín, porque usted es muy celoso con sus hijas y lo puede tomar a mal.

—Es verdad. Eso es lo único en que no tengo ajuste contigo —y luego—. Bájate, pues, para que te echés el trago, que debes venir seco. Tengo por ahí un roncito muy regular.

—No podía faltarle. Y bueno que debe ser. Ya lo tengo dicho: el que quiera beber sabroso, que le haga una visita a don Agustín.

Pasaron a la trastienda, don Agustín sacó del fondo de un gran botijo de barro vidriado una botella de la cual sirvió una copa de ron denso y negro, diciendo:

—Esto no lo has paladeado tú nunca. Ron Carúpano legítimo, de veinte y pico de años. ¿Qué te parece?

—Déjeme gustantearlo —y después de haberlo paladeado largamente—: ¡Muy bueno! Esto sí es darse un gusto.

—Pues ya sabes dónde está. En ese botijo me quedan unas nueve o diez botellas. Cuando quieras, no tienes sino pasar para adentro y servírtelo tú mismo —y en seguida, refiriéndose a los rumores de guerra que empezaban a correr—: ¿Cómo está eso por ahí? ¿Muy revuelto?

—Muy inquietos los ánimos. Todo el mundo se está preparando. Se dice que por el Oriente se está encendiendo una guerra que va a ser muy seria. Ya todo ese llano está infestado de partidas revolucionarias. Aprovechándome de eso es como he podido ganar unos reales; el ganado no vale nada; por lo que uno ofrezca se lo dan.

—Ya lo creo. Para que se lo vayan a comer los revolucionarios —dijo don Agustín—. ¿Hasta cuándo durará la guachafita en este país? El hombre de trabajo se desalienta. Todavía no hay nada por estos lugares y ya se siente que viene la guerra. Aquí tienen días de no vender un centavo.

Luego Hilarito refirió sus empresas y aventuras por los llanos de Guárico y Apure, sazónándolas con ponderaciones y mentiras que se le venían fáciles a la cabeza a medida que hablaba con gracejo. Concluyó refiriendo cómo se había perdido en un banco de sabana, por donde anduvo tres semanas caminando sin encontrar ánima viviente. Lo de que hubieran sido

tres semanas pareció demasiado a don Agustín; y él, después de jurar que no exageraba, convino:

—Bueno. Me transo. Fueron tres días nomás —y prosiguió su cuento, entre las carcajadas del auditorio—: Una noche, o mejor dicho, una madrugada, porque ya estaban menudeando los gallos...

—¿Pero no acabas de decir que no había bicho viviente por todo eso? ¿De dónde salieron esos gallos? —interrumpió uno de los hijos de don Agustín.

—No los había por allí, pero era la hora en que debían estar menudeando donde los hubiera.

—Ya empiezas a enredarte entre tus propios embustes— dijo don Agustín.

—Esto no es embuste, viejo. Déjeme echar el cacho, que es bueno. Una madrugadita, de pronto, sin yo saber cómo ni cuándo, porque había llegado hasta allí dormido sobre el caballo, me encontré metido en un cañadote donde había agua. Yo, que iba muerto de sed y viendo mirajes de agua por todas partes, al descubrir la verdadera me tiré del caballo y ya me estaba agachando para bebérmela toda, cuando veo que de repente se levanta frente a mí un bulto negro, que resultó ser un toro cimarrón que estaba echado entre el gamelote. Esto fue en el Arauca, ¡más lejos que nunca! Se me queda mirando el bicho y me hace ¡Múuu! ¡Caray, viejo! Yo nunca había querido creer que fuera verdad eso de que el miedo le hiela a uno la sangre de las venas. Pues le aseguro a usted que se le pone a uno más fría que barriga de sapo. Con decirle que del tiro se me quitó la sed y me sentí emparamado, ¡yo que iba quemándome por dentro! Aquel pitido que me soltó el toro ha debido de oírse en el fin del mundo. No me quedó más recurso que contestarle: ¡Biiicho!

—¿Y también se le heló la sangre al toro al oírte?

—¿Helársele? Me barajustó encima bufando y buscándome con las astas. Diga usted que yo soy un lince para taparme un puntazo, que si no, los que me iba a dar el toro eran por partida doble y de los de requiescatimpacé. Me acuerdo mucho de que en la punta de un cacho tenía una macolla de yerba que seguramente había arrancado tirándole cornadas a la sabana, por distraerse.

Pues bien: se me vino encima el animal, yo di un salto para atrás y sin saber cómo, me veo de repente con la cobija, que había dejado sobre el caballo, abierta en mis manos en disposición de torear.

—Seguramente fue la Virgen del Carmen quien te la puso en las manos —interrumpió siempre chancero don Agustín—. Como eres tan devoto de ella.

—¿La Virgen del Carmen? No la vi por todo aquello. El miedo, que hace más milagros que todos los santos juntos. Abro yo mi bayeta y me digo: ¡Ahora es cuando te quiero, Hilarito! Vamos a ver si es verdad que tú toreas. Y dijo el bicho a embestirme y yo a sacarle lances. ¡Así, así, así! ¡Jipa! ¡Zambo sabroso bien meneado! Mire, don Agustín, que me caiga muerto, si esto es embuste. Cuando empecé a torear, el sol estaba por aquí —y extendió la diestra horizontalmente—; cuando el toro se echó en el suelo rendido, el sol estaba por allí —y extendió el brazo izquierdo.

—¿Un día entero y toreando! —exclamaron a una los Alcober.

Y don Agustín, sonriendo, maravillado de la estupenda ponderación:

—¿No nos rebajas nada, Hilarito?

—¡Ni un minuto! Con decirles que el suelo del cañadote, que tenía la hierba así de alta, quedó limpio y planito como este piso. El toro había arrancado de raíz las cepas con las pezuñas en las arremetidas que me daba.

Comentaron y celebraron alegremente los Alcober el “cacho” de Hilarito y don Agustín puso fin a la charla empuñando de nuevo la botella.

—Eso merece otro trago, Hilarito.

—Y dos más también —paladeó el licor y dijo, guiñando un ojo—. Y ahora pregunto yo: ¿de los veinte y picos de años de este Carúpano no me rebaja usted nada, viejo.

—¡Ni un minuto! Te respondo yo también.

—Este viejo no pierde nunca la guardia— celebró Hilarito, palmeando las amplias espaldas de don Agustín.

Vaciaron las copas. Hilarito se despidió y partió al trote, calle arriba. De la talabartería a la botica y a la pulpería de las Cuatro Esquinas, sitio denominado así por ser el único donde se cruzaban allí dos calles.

—¡Aquí está Hilarito Guanipa!

—¡Se salvó la fiesta! —exclamaron sus amigos abandonando en seguida el trabajo para salir a recibirlo con vivas muestras de júbilo, y el pulpero de las Cuatro Esquinas ordenó a sus dependientes:

—Échenme acá ese mazo de cohetes para celebrar la llegada de Hilarito. Se alegraron las Pascuas, que iban a estar muy frías este año.

—¿Quién dijo Pascuas tristes? Ya vamos a estar poniendo la fiesta. Por ahí traigo unos toros bravos para los coleadores y un joropo nuevo, compuesto por mí, que es un acontecimiento. “¡Jipa!” se llama y ha dado que hacer dondequiera que lo he tocado.

A poco había en las Cuatro Esquinas un numeroso corrillo de alegres camaradas de Hilarito, alzando las copas a su salud y escuchando y comentando con ruidosas risotadas los chispeantes cuentos de sus fabulosas aventuras por el Llano, mientras en el aire seguían estallando los cohetes y en las puertas de las casas vecinas las muchachas contemplaban al recién llegado, contentas, porque habría bailes y paseos al campo... y cálidas frases de amor al oído de muchas de ellas, que hacía tiempo suspiraban por escucharlas de boca de Hilarito, el mozo más popular de aquellos lugares, en varias leguas a la redonda.



Su padre era don Jaime del Casal, persona de rango y calidad entre la aristocracia caraqueña y propietario de la hacienda Cantarrana, aldeaña al pueblo, que era uno de los más ricos fundos cafeteros de los valles del Tuy.

Encargado Jaime de la hacienda, a raíz de la muerte de su padre, llegaron a Cantarrana, entre las cogedoras de café que por la época de la cosecha acudían de los campos y poblaciones del contorno, Gregoria Guanipa y su hija Modesta, apellidada entre los peones, por su rústica belleza y por ser oriundas de aquel pueblo, la flor de Caucagüita.

Apetitosa y sensual como era la mulatica y aburrida la existencia de que el joven Casal llevaba en la hacienda, un encuentro en un cafetal solitario, la hora ardiente de la siesta y ese relajamiento de la moral que produce el áspero contacto de la Naturaleza, un requiebro de Jaime y una sonrisa turbadora de Modesta dieron origen fortuito y bastardo a Hilario Guanipa.

Apenas lo supo Gregoria, por la confesión que, mediante amenazas, le arrancó a Modesta cuando descubrió en ella las señales de la maternidad, decidió sacar partido de aquellas relaciones de su hija con el señorito y mandó recado a sus hijos —internados en las montañas de Capaya, propicias a sus nacientes instintos de presa— de que se trasladasen cuanto antes a Cantarrana. Llegados allí los Guanipas y enterados del caso en una entrevista que tuvieron con la

madre, mientras Modesta había ido por agua a la quebrada, trazándose rápidamente su plan, y cuando vieron llegar a la hermana comenzaron a dar voces airadas y a jurar que le “beberían la sangre al patiquín” que les había deshonrado el nombre. Modesta, que conocía la sanguinaria índole de sus hermanos, se estremeció de miedo; pero como también tenía en sus venas sangre de aquella brava y resuelta de los Guanipas, se sobrepuso en seguida y entró en el rancho, como si nada hubiese oído.

Increpáronla los hermanos, pidiéndole cuentas de su extravío y como nombrasen a Jaime del Casal, ella negó rotundamente que aquel hijo que llevaba en su vientre fuera de él.

—¿De quién es, entonces? —interrogó el mayor de los Guanipas, en cuyo pecho ya se había convertido en furor verdadero y terrible lo que al principio fue fingimiento de indignación con miras especulativas.

Pero Modesta no perdió el aplomo y respondió:

—¡Guá! Qué voy a saber yo de quién es. Hay tantos hombres trabajando por esos montes...

Los hermanos se abalanzaron sobre ella; pero Gregoria intervino, apaciguadora:

—¡Muchachos! ¿Qué van a hacer? Ese no es el remedio.

Cruzaron una mirada entre sí los Guanipas y acto seguido se precipitaron a sus caballos, acordes en el siniestro propósito.

Apenas los vio partir, rumbo a la Casa Grande de la hacienda, salió Modesta del rancho y echó a correr por un atajo que acortaba el camino a través de los cafetales, para llegar a tiempo de prevenir a Jaime.

Llegó a tiempo. Ya los Guanipas se acercaban a la Casa Grande. Modesta abandonó el sendero para lanzarse derechamente a través de las malezas, a ganar la puerta trasera de la casa. Penetró por allí desolada; cruzó el departamento de la servidumbre, atravesó los corredores que rodeaban el patio principal; se metió en las habitaciones buscando a Jaime, llamándolo.

Lo encontró en la sala, dormido en un diván. Pero ya se oían los pasos de los Guanipas en la escalinata que daba acceso a la casa. El terror la hizo mover

rápidamente la cabeza a uno y a otro lado, y sus ojos tropezaron con la pistola que Jaime se había quitado del cinto y estaba en una silla junto al diván. La empuñó resuelta y salió al encuentro de los asaltantes. Deteniéndose en el umbral, apuntándoles con el arma, dijo:

—¡Al que dé un paso, lo mato!

Los Guanipas, que aún no habían esgrimido las suyas, al ver pintada en la faz de su hermana la tremenda resolución, se detuvieron un instante, perdiendo así un tiempo que Modesta aprovechó para cerrar la puerta y echarle el cerrojo.

Hecho esto, el coraje que hasta allí había mostrado cedió en su corazón el sitio a un miedo bestial. Presa de un temblor convulsivo tuvo que apoyarse contra la puerta que acababa de cerrar.

Jaime se incorporó sobresaltado. Modesta respondió a la muda interrogación de su mirada:

—Que vienen a matarlo. ¡Escóndase!

—¡Cobarde! —exclamaron afuera los Guanipas, enfurecidos—. ¿No le da vergüenza que tenga que venir a defenderlo una mujer? Salga pa juera, pa que sepa que con la honra de los Guanipas naide se da un gusto sin que le cueste caro.

Jaime acabó de comprender y, sereno y entero el ánimo, se acercó a Modesta, pidiéndole la pistola:

—Dame acá. Abre esa puerta.

—¡No! ¡No salgas! ¡Escóndete! —suplicaba ella, ocultando tras de su cuerpo la mano que empuñaba el arma.

—Dame acá la pistola. Tranquilízate. No pasarán de bravatas. Dame acá. Me están desafiando a que salga y debo salir.

Entretanto los Guanipas forcejeaban por derribar la puerta. Jaime, viendo cómo las maderas cedían por momentos y hallándose todavía desarmado, procedió a quitarle la pistola a Modesta. Ella gimió débilmente bajo la presión de su mano y cedió, pero en seguida le echó los brazos al cuello:

—¡No salgas! ¡Por tu hijo te lo pido!

—¿De qué vale que no salga? Ya ellos van a entrar y es necesario que me defienda. Suéltame.

Transcurrieron instantes angustiosos. Los batientes de la puerta no resistirían mucho tiempo. Ya el cerrojo comenzaba a saltar. Modesta, pegada al cuerpo de Jaime, temblaba de pies a cabeza, oprimiéndolo entre sus brazos, comunicándole su temblor, y él forcejeaba por librarse de ella, fija la vista en la puerta.

Inesperadamente, los Guanipas abandonaron el asalto. A distancia se oyeron voces de la peonada de la hacienda que venían en auxilio del señor. Los Guanipas huyeron precipitadamente, no sin antes jurar que aquello no se quedaría así. Pero transcurrieron años sin que se les viera aparecer de nuevo por Cantarrana.

Entretanto, la madre de Jaime, enterada de los acontecimientos, llamó al hijo a Caracas. Éste halló perfectamente justas y razonables las reconvenções que le hizo y accedió a sus ruegos de que formalizara sus amores con Agueda Escobedo. Hecho esto y fijados los esponsales, Jaime regresó a la hacienda. Su natural caballeroso le imponía reparar de algún modo el daño causado a Modesta —quien, por lo demás, se había hecho acreedora a ello por su lealtad— y proveer a la suerte del hijo que iba a nacerle.

Con tal fin separó de Cantarrana una montañuela de café, denominada La Haciendita, y le hizo donación de ella a Modesta. Allí nació Hilarito.

Años más tarde volvieron los Guanipas, pero esta vez en son de paz y diciéndose arrepentidos de su conducta anterior. Más aún, mostrábanse solícitos en servir a Jaime del Casal en lo que él tuviese a bien emplearlos, así fuera el más ruín de los oficios. La verdad era que venían huyendo por los robos cometidos en Barlovento.

Jaime incurrió en la candidez de creer en las protestas de lealtad y en los honestos propósitos de aquellos bribones y consintió en que se instalaran en La Haciendita. Tarde fue cuando quiso reparar su yerro, al ver que los Guanipas

eran unos holgazanes que se pasaban la vida en perenne borrachera perturbando el orden. Les pidió la desocupación de La Haciendita. Resistieronse. Jaime acudió a las autoridades, pero nada logró tampoco.

Desde aquel día se declararon los Guanipas en franco bandoleraje, asaltando a los viajeros para robarlos y dando muerte a quien fuese osado a oponerse a sus desmanes, con lo cual se cubrieron de siniestra fama los peligrosos desfiladeros y vericuetos de la montañuela, que empezó a ser denominada “La Guanipera”.

Allí transcurrió la primera infancia de Hilario, y cuando Modesta murió, don Jaime se lo llevó consigo a Cantarrana y lo empleó en labores apropiadas a su edad, para extirparle desde luego los hábitos de holganza y pendencia y los vicios que hubiera podido adquirir del ejemplo de los tíos.

De la convivencia con éstos le quedó a Hilario, en efecto, una insolente jactancia de sí mismo que, a la larga, debía dar origen al fiero orgullo de su casta; orgullo al cual contribuyó también la comparación que bien pronto comenzó a establecer entre su situación y la de los hijos legítimos de don Jaime. De la madre le quedó, sin embargo, un sometimiento incondicional a la autoridad de aquél.

Por temporadas iban a Cantarrana la esposa y los hijos de don Jaime. Hilario conservaba recuerdos desagradables: doña Agueda, una señora muy tiesa, muy encopetada, que no logró hacersele simpática ni aun cuando lo regalaba con golosinas. Aquella señora tenía para él algo que lo repelía: muchos mandados que hacer y una manera de ordenárselos muy afable, pero, sin embargo, chocante:

—Hilario, ensíllale el burro a Jaimito. Hilario, las niñas quieren que les tumbes unas guamas. Hilario, cuando tengas que venir a algo por aquí, toca en la puerta y espera a que manden pasar adelante.

Jaimito, un muchacho soberbio, voluntarioso y propenso a la cólera. Un día, como lo injuriara sin necesidad ni motivo, don Jaime lo castigó severamente, pero él no le guardó rencor. En cambio, a Jaimito sí se lo guardó implacable, para toda la vida.

Eleonora, Fernanda: dos niñas muy bonitas pero muy amigas de reírse de él, sin que supiera nunca por qué ni de qué. Eugenia, en cambio, le sonreía cariñosamente: pero ésta era una criatura que todavía no sabía cómo comportarse con él, pues apenas tenía meses de nacida.

En cambio, a veces iba a Cantarrana con las del Casal una primita de ellas llamada Adelaida, muy simpática. Una niña de trato sencillo, dulce y suave, que no se desdénaba de reunirse con él y a menudo lo llamaba para que le contase cuentos que la divertían mucho, ya porque Hilario fuese desde pequeño un narrador entretenido o porque ella prefiriera a la actividad demasiado fuerte de los brincos y retozos con las primas, el placer sosegado y pasivo de dejarse llevar la imaginación en pos de las sabrosas aventuras de Tío Conejo y Tío Tigre.

Hilario las contaba con verdadera gracia y solo entonces se allanaban las del Casal a reunirse con él; pero siempre bajo la vigilancia de doña Agueda, recelosa de que fuera a contarles villanías propias de su condición plebeya.

A veces Jaimito del Casal se bajaba de su altura y venía a quitarle la palabra a Hilario, para narrar un cuento, aprendido en sus libros o compuesto por él, tomando de aquí y de allá; pero generalmente sus relatos eran tan pedantes y tan ayunos de imaginación que ni aun sus hermanas querían oírseles.

—¡No! No, Jaimito. Deja a Hilario.

Pero cuando el auditorio soltaba la risa, a cada picardía de Tío Conejo o a cada simpleza de Tío Tigre, Adelaida no hacía sino sonreír con expresión de íntimo deleite, mirando fijamente los negros ojos chispeantes de Hilario, puntos inquietos en los cuales, para ella, estaba, más que en lo cómico de la misma aventura, toda la gracia del cuento.

Por su parte, Hilario no hacía, verdaderamente, otra cosa sino inventar hazañas de Tío Conejo, así estuviera ocupado en las faenas que le estaban encomendadas en la oficina, junto a las máquinas de beneficiar café o descansando a la sombra de un árbol, tumbado boca arriba sobre la hierba.

Y mientras componía el cuento de la noche, le parecía estar mirando aquella dulcísima sonrisa de Adelaida. Era como si un delicioso calor le estimulase la

sangre; pero esta fiebre sólo le encendía la imaginación. Por su parte, Adelaida no podía encontrarse con él sin acordarse de la última hazaña de Tío Conejo. Él también sonreía al verla, y era como si mediara entre ambos un malicioso secreto.

Después pasaron varios años sin que las del Casal fueran por la hacienda. Cuando volvieron, ya Eugenia era una señorita; pero de esta temporada y de las sucesivas sólo podía recordar Hilario que nunca quiso dejarse ver por los alrededores de la Casa Grande.

En el intervalo: el infinito número de cosas grandes y pequeñas de la vida. El trabajo, al cual se le iba tomando cariño. Hoy una novia aquí, mañana otra allá... Parrandas, muchos amigos, un apetito inmoderado de placeres, sed de aventuras, una gran confianza en sí mismo, una enorme ambición, que día por día iba tomando cuerpo dentro de su corazón impetuoso.

No obstante, su contracción al trabajo y su natural inteligencia para desempeñarlo, además de su probada lealtad para don Jaime, única ley de su vida, le valieron que éste lo hiciese mayordomo de confianza de Cantarrana.

Pero don Jaime enfermó y los médicos le aconsejaron un viaje a Europa.

Hilario tomó entonces la determinación de abandonar la mayordomía de Cantarrana, pues por nada del mundo se avendría a trabajar a las órdenes de Jaimito, y se marchó a los llanos de Guárico y Apure a probar fortuna en negocios de ganado.

IV

Apenas le dijeron que don Jaime había regresado y estaba en la hacienda, abandonó la compañía de los amigos que festejaban su llegada y fue a saludarlo.

Camino de Cantarrana, en el paso de la quebrada que todavía arrastraba aguas turbias y rápidas de las últimas lluvias, se encontró con Taparita, peón de confianza de la hacienda, que conducía cinco bestias aperadas.

—¡Hilarito! —exclamó el peón, deteniéndose—. ¡Dichosos los ojos que te vuelven a ver!

—¿Para dónde la llevas, Taparita? ¿Cómo que vas a alzarte con esa caballería? Por las monturas, como que es tropa de mujeres la que vas a reclutar.

—Son para la familia que viene de Caracas a pasarse las Pascuas en la hacienda. En coche llegan hasta el pueblo. Misia Agueda con las hijas y Misia Carmelita con la niña Adelaida.

Atropelláronse en la mente de Hilario los rencorosos y los dulces recuerdos, desapareció de su rostro la expresión de buen humor, y, al cabo de una pausa, preguntó:

¿Y el Viejo, cómo está? Me han dicho que no le prestó el viaje a Europa.

—Naitica. Aquí en Cantarrana se ha alentado una migajita. Le vas a dar un gusto con tu llegada, porque se la pasa preguntándonos por ti: que si no

habíamos recibido noticias tuyas, que si no sabíamos por dónde andabas. Le estás haciendo mucha falta, porque, además del cariño, Cantarrana está hecha una lástima desde que te fuiste.

—¿Y eso por qué? ¿No la administra Jaimito?

—¿Jaimito! En cuantico nomás se fue el padre, le entregó la administración a uno de sus amigos de Caracas, que no entiende nada de agricultura. Un tal don Carlos Olaizola. Por el camino has debido topártelo, ahí alantico va. Uno que usa un sombrero blanco de musiú con un trapo colgado atrás para taparse el sol y anda siempre muy enguantado para no quemarse las manos.

—¿Conque ese es el administrador de Cantarrana? Acabo de tropezármelo, sí.

—Más que el administrador parece que fuera el amo, ansina manda y pateaa cuando no le adivinan el pensamiento. Aquí todos estamos disgustados y con ganas de dirnos. Con decirte que la cosecha se ha perdido casi toda, porque no hay cogedores que quieran venir a Cantarrana, por no tener que sufrirlo...

—Y Jaimito, ¿qué hace?

—Suponte. Ya tú conoces a don Jaimito... Se ha entregado en cuerpo y alma al don Carlos. Y éste, que no es ningún zoquete y que parece que está acostumbrado a darse buena vida, porque y que fue rico y lo botó todo en el juego, vive en Cantarrana como un príncipe. Cajas de buen vino y de buen brandy y mucha cacería y mucha fiesta rumbosa. Casi todos los domingos tiene invitados de Caracas. Y hasta una amiga ha tenido en la Casa Grande. ¿Qué te parece?

—A quien Dios se lo da... —dijo Hilario con perversa complacencia—. ¿Y a ti cómo te ha ido, Taparita?

—Ya lo ves: arreando siempre. ¡En fin! Ya te he metido los chismes. Ahora sigo mi camino porque ya la familia debe estar llegando al pueblo. Hasta otra vista, Hilarito.

—Toma, para que te eches un trago en mi nombre— díjole Hilarito poniéndole en la mano unas monedas.

Y el peón se fue murmurando:

—¡Qué diferencia entre éste y don Jaimito! ¿Por qué no habrá querido Dios que éste fuera el hijo legítimo de su padre?

El camino que conducía a la hacienda serpenteaba bajo la sombra de los guamos que cobijaban los cafetales y luego atravesaba una fila angosta entre setos de pomarrosos, para descender más adelante a una amplia ensenada abierta frente al vasto panorama de serranías, y en la cual se levantaba la Casa Grande.

Pensando en lo que le refirió Taparita, Hilario preveía la ruina de los del Casal, y se complacía en imaginárselos humillados por la pobreza, en cuanto don Jaime cerrara los ojos, y entre ratos murmuraba una frase, expresión balbuciente de un propósito que empezaba a tomar forma en su espíritu:

—Que le pidan a Dios que no se les acabe el viejo, porque entonces el que tenga más saliva será quien trague más harina.

Y en esto, dejando atrás la cuesta umbrosa del cafetal, salió al claro de la fila donde soplaban el viento libre de las lomas. Desde allí se dominaba toda la hacienda extendida por las laderas del monte, y más allá, hasta donde alcanzaba la vista, el vasto panorama de los valles del Tuy.

Detúvose a contemplar las tierras de Cantarrana y esto fue suficiente para que aquel vago pensamiento tomase forma definitiva:

—¡Todo esto será mío dentro de poco!— exclamó.

Y en seguida, espoleando el caballo:

—¡Jipa!

Llegando al término del seto de pomarrosos, divisó abajo la Casa Grande. Era una construcción sólida y elegante que se alzaba en medio de la ensenada, sobre un rellano plantado de parques y jardines. Una gradería de piedra conducía hasta ella y la circundaban corredores de arcadas altas y finas. Sus techumbres estaban cubiertas de una pátina verdinegra; pero brillaba al sol enlucido de los muros, con una nota alegre, en contraste con la masa sombría de las arboledas que la rodeaban.

Edificada en los óptimos tiempos de la familia del Casal, cuando Cantarrana —rico latifundio de interminables cafetales en las alturas, grandes plantíos de

añil y cañaverales en las vegas, fundado en la época de la Colonia— se extendía, por valles y montañas, hasta las márgenes del Tuy; venida a menos después, siguiendo la suerte de la finca, a través de las guerras de la Independencia y de la Federación, convertida en escombros cuando, a causa de las persecuciones políticas que hubo de padecer la familia “mantuana”, ya la hacienda no era sino unos cuantos cafetales abandonados a la invasión el matorral silvestre; reedificada más tarde por Jaime del Casal, aquella mansión denotaba riqueza, señorío y buen gusto.

No obstante, su aislamiento en medio de los sombríos y silenciosos cafetales daba ahora una melancólica impresión de cosa a punto de desaparecer.

Por sus corredores se paseaba un hombre de aspecto marchito, de rostro fino, alargado por una barba castaña, ya encanecida y recortada en punta, y en el cual ardían, bajo la amplia frente, con un fulgor mortecino, las miradas de unos ojos azules, hundidos en el fondo de las cuencas profundas.

Era don Jaime del Casal. Llevaba un sombrero aludo, de fieltro gris, y se abrigaba con una amplia capa española, a pesar de la hora, cercana al caluroso mediodía.

La inesperada aparición de Hilario le produjo jubilosa sorpresa. Deteniéndose de pronto, extendió los brazos, juntó en seguida las manos y exclamó con una voz pausada, un tanto declamatoria:

—¡Muchacho! ¿De dónde sales tú, que vienes como traído de encargo?

Hilario desmontó al pie de la escalinata y subió de prisa, con el sombrero en la mano. Don Jaime lo recibió entre sus brazos y luego, retrocediendo un poco, pero dejando sus manos posadas sobre los hombros del mozo, le dijo mirándolo a la cara, complacido, emocionado:

—¿Sabes que te has hombreado mucho en estos tres años? Estás curtido y fuerte. ¡Qué músculos, hijo! ¡Qué aire más saludable tienes!

—La vida del Llano, que tiembla al más flojo. Y usted, ¿cómo se siente?

—¿Yo? Cada día más cerca de la tumba. A lo que colijo, no me quedan muchos en la cuenta de la vida. Tengo toda la máquina echada a perder. Me

operaron en París, y de poco o nada me ha servido. Otra vez me siento tan mal como antes del viaje, que más me valiera no haberlo intentado.

Hablaba con una pronunciación correcta y un tono algo enfático; pero no lo hacía por afectación, propiamente. Era su modo natural, de una pulcritud esmerada tanto en las palabras y modales como en la limpieza y cuidado de su persona. A pesar de su aspecto enfermizo y doliente, conservaba todavía el porte distinguido y gallardo y procuraba mantenerse derecho y firme.

—Los aires de Cantarrana le prestarán mucho —díjole Hilario—. Ya verá como aquí se alienta ligero.

—Dios te oiga, hijo. No porque desee seguir disfrutando el don de la vida, más allá del límite que me esté señalado por Dios, sino porque comprendo que todavía soy necesario para los míos y hoy quizá más que nunca. En fin, sentémonos.

Habló un poco más de su viaje y de su dolencia, hizo a Hilario unas preguntas acerca de lo que había hecho en aquellos tres años, se lamentó del estado de abandono en que había encontrado la hacienda, y después de una pausa, dijo:

—Y ya que has regresado cuando menos te esperaba, aunque mucho deseaba verte, quisiera conversar contigo un poco acerca de la administración de Cantarrana. ¿Qué disposición de ánimo traes? ¿Qué propósitos, quiero decir, qué determinaciones?

Hilario tardó un rato, atusándose los bigotes, antes de responder:

—Pues le diré: en este viaje que he hecho hasta el Arauca no me ha ido del todo mal. He ganado plata.

Don Jaime, que movido por el impaciente deseo de hallarle pronto remedio a la peligrosa situación en que quedaría su familia si la muerte lo sorprendía de un momento a otro, había iniciado aquella conversación para proponerle a Hilario que se encargase de la administración de Cantarrana, viendo desvanecidas sus esperanzas, dijo:

—Y, naturalmente, piensas volverte.

—Si usted no dispone otra cosa, por supuesto.

—¡Yo qué he de disponer en contra de tu voluntad! Sólo deseo tu bienestar y me contenta que vayas sacando buen fruto de tu trabajo.

Y al cabo de una pausa:

—¡Conque has tenido buen éxito! Me complace saberlo, hijo. Ahora, hazte hombre formal; ahorra lo que ganes, no despilfarres en francachelas el fruto de tu trabajo, porque mañana se te vienen encima la vejez y entonces renegarás de tu loca juventud. Eres un hombre fuerte y bien armado para la lucha por la vida; aprovecha, hijo, aprovecha las buenas condiciones con que te ha dotado la Naturaleza.

Hilario se conmovió al oír estas palabras, que fueron pronunciadas en un tono de consejo postrero, y respondió:

—¡Gracias, Viejo! Yo le agradezco mucho sus buenas palabras. Tanto me amarra usted con ellas, que, mire: si usted me necesita aquí en la hacienda, me olvido de todo y no pienso sino en usted y me quedé ayudándolo en lo que sea menester, pues ya sé que esto anda mal. De modo y manera que ya está dicho: desisto de volverme al Llano. ¡Así me esté esperando allá toda la plata del mundo!

—¡Hilarito!—exclamó don Jaime, sin poder decir otra cosa por el momento, de tal modo le embargaba la emoción de hallar en el corazón de aquel hijo correspondencia al gran afecto que él le tenía. Y al cabo de un rato:

—Hijo, es necesario que otra vez tengamos una conversación formal acerca de ciertos negocios de mi corazón que quiero dejar solucionados. Y ésta es la oportunidad. Tú me acabas de abrir el tuyo, produciéndome un placer tan grande, que no sé si es placer o dolor.

Se llevó la mano al corazón, hizo un gesto de sufrimiento y continuó:

—Yo me siento morir por instantes y en estos días he pensado en ti, muy a menudo. A cada rato me está diciendo el corazón: repara la falta que cometiste, búscale una buena solución al problema que te creaste sin pensar en las consecuencias.

Hilario atajó:

—Viejo: ya sé de qué va a hablarme y le pido que no toque ese asunto. Usted es mi padre y yo soy su hijo, y ni usted tiene de qué arrepentirse ni yo de qué avergonzarme. Más le digo: si usted me hubiera preguntado —es una suposición— si yo quería ser hijo suyo, le hubiera respondido que sí, sin poner condiciones. De modo y manera que puede estar tranquilo por la parte mía. Ahora, como le digo esto, le digo también lo otro: lo que está usted pensando, que ya se me ocurre, no es posible. No por lo que a usted se refiere, porque yo llevaría con gusto y con orgullo su apellido, sino por los hijos suyos, que son los que tienen derecho a ese apellido y que mañana van a renegar de que usted me lo haya dado a mí. Además, usted no es libre para resolver por su sola voluntad: para reconocermme como hijo necesitaría el consentimiento de su esposa, y si quiere darme un gusto, ni intente pedírselo, porque, últimamente, Viejo —y perdóneme la franqueza— eso no sería sino un remiendo, y yo —usted me conoce— prefiero andar roto que remendado. Todo el mundo lo sabe, porque en todas partes lo digo a boca llena: que soy Hilario Guanipa, hijo natural de don Jaime del Casal. ¡Y adelante con los faroles! Y si es por la parte que quiera dejarme de su herencia, ya se lo he dicho otras veces: le agradezco su buena voluntad, pero no quiero que nadie diga mañana que tengo porque me dieron. Por eso no he querido hacer uso de mi derecho sobre La Haciendita Y no lo tome a mal. El mundo es grande y está sembrado de plata. De modo y manera que por mí no se preocupe, Viejo.

—Hijo, tú lo dices todo de un modo irrefutable. Recelo que en el fondo de esa jactancia tuya pueda haber un reproche que, por males de mi desprevenida juventud...

—Ya le he suplicado, Viejo, que no hablemos de eso —interrumpió Hilario.

—Bien. No insistiré. Por lo demás, confieso que me agrada tu orgullo. Un poco rudo, quizá, pero sano y fuerte. Más aún: me siento orgulloso de ti.

Y al decir esto se levantó del asiento, erguido y ágil, como si le hubieran insuflado fuerzas nuevas:

—Me encuentro con ánimos para llegarme hasta el pueblo. ¿Sabes que viene la familia?

—Ya me lo dijo Taparita —respondió Hilario poniéndose de pie para despedirse—: Bueno, Viejo. Lo dejo porque tengo algunas diligencias que hacer.

—Espera. Iremos juntos hasta donde encontremos a la familia. Deseo echar un paseíto a caballo y conversar un rato más contigo. ¡Tanto tiempo sin vernos!

Dio órdenes de que le ensillaran el caballo y pocos momentos después cabalgaba al lado de Hilario, charlando:

—Pues he encontrado esto sumamente descuidado. Jaimito, que no tiene amor al campo, encargó de la administración a un amigo suyo, don Carlos Olaizola, que sabe tanto de agricultura y de manejo de haciendas como tú y yo de chino, amén de otras cosas, que sí sabe hacer a la perfección, pero que más nos valiera que las ignorara. Buena vida sí se sabe dar el don Carlos. ¡Eso sí! Parece que las fiestas que ha dado en la Casa Grande, las orgías mejor dicho, se han hecho famosas en Caracas. Pero, naturalmente, la cosecha se ha perdido casi toda, los suplementos del comercio han colmado la medida del crédito de que podíamos disponer, y todo eso, añadido al bajo precio del fruto, nos ha llevado al borde de la quiebra. Me da tristeza pensar que por desamor de Jaimito a la tierra, vaya a parar a manos extrañas esta finca, cuya restauración es obra mía, lograda a costa de sacrificio de mi juventud. Duros trabajos y largos desvelos me ha costado Cantarrana, y por eso deseo que los que me aman y son amados por mí la conserven, de común acuerdo, como una reliquia de mi afecto.

A lo que replicó Hilario:

—Le repito lo que antes le he dicho: mientras usted viva y me necesite, estoy a su mandar.

Y luego con una remota intención:

—Y no tenga cuidado: Cantarrana no pasará a manos extrañas.

En esto habían llegado a la quebrada, a tiempo que, en la margen opuesta, se detenía la cabalgata de la familia del Casal.

V

Era costumbre de las del Casal ir a pasar las Navidades en Cantarrana. Generalmente invitaban algunas amigas, para mayor animación de la temporada y, al mismo tiempo, para complacencia de su vanidad de gente de buen tono, pues todo el que visitaba la Casa Grande salía haciéndose lenguas de los deliciosos días que allí se pesaban, gracias a lo comfortable de la mansión y a la exquisita hospitalidad de los dueños, además de los atractivos del campo: hermosos panoramas, corrientes aguas, aire fresco y puro, alegres excursiones.

Esto en cuanto a Fernanda, Eleonora y Eugenia, cuya florida juventud se deslizaba en el ambiente refinado de los salones y de los viajes anuales a Europa, en un perpetuo lucimiento de belleza y distinción, pues era fama que en todas partes daban la norma del buen gusto en modas y costumbres.

En cuanto a doña Agueda, el placer era más depurado, más aquilatado. Gran señora, a la manera de los viejos tiempos y acostumbrada a los goces de la fortuna, encontraba una satisfacción sosegada y muy señoril, al verse en la casa de la hacienda, rodeada de todas las comodidades apetecibles y de todos los halagos que hacen grata la vida, en medio a las tierras que, en silencio y con perseverancia de siervo fiel, trabajaban para que ella disfrutase de aquel tranquilo bienestar y se adornaban de frondas tiernas y floridos gajos de campanulas, para que ella se deleitase en contemplarlas desde las apacibles galerías

de su palacete. Gustábale, además, conservar y cultivar las sencillas costumbres de tiempos pasados, que, con tristeza, veía cómo iban cediendo el sitio a otras, exóticas, con las cuales tenía que avenirse, aunque no le fueran gratas, por imposiciones de su alto círculo social, y para cumplir con aquella devoción al pasado, que juzgaba muy aristocrática, íbase a la hacienda en los días de Navidad, para hacer ella misma las hallacas, como por tradición de familia las habían hecho siempre las señoras del Casal, y oír su Misa del Gallo en el pueblo, pues le encontraba más devoto sabor a la que se celebraba, por Nochebuena, en la iglesia pequeñita y humilde de Cantarrana, con aguinaldos cantados por muchachas pueblerinas al son del furruco y de las maracas criollas.

Pero este año iba contra su voluntad y con el espíritu entristecido, pues presentía que habían de ser aquéllas las últimas Pascuas felices de su vida. La enfermedad del marido y la mala sombra que comenzaba a cernirse sobre el bienestar de la familia, quitábanle toda gana de diversión. Mas don Jaime quiso que fueran, como siempre, y para obligarlas se anticipó a instalarse en la Casa Grande, y ella tuvo que acceder, aunque con esta condición:

—Niñitas —díjoles a Eleonora y Eugenia; ya Fernanda se había casado y a la sazón viajaba por Europa—, este año no quiero que invitemos gente extraña; pasaremos las Pascuas en familia. Solamente irán con nosotros Carmelita y Adelaida. Así tendrán ustedes compañeras para divertirse y yo para distraer mis tristezas.

Carmelita era prima de Agueda, viuda de don José Ángel Salcedo y relativamente pobre. Agueda la quería mucho por ser la única superviviente de su familia. Además, Carmelita era una mujer que se captaba la simpatía de todos los que la trataban, por su jovialidad inagotable, su carácter animoso, su bondad y su prudencia. Agueda pasaba ratos muy agradables en su compañía y las del Casal la buscaban siempre para divertirse con sus ocurrencias, cuentos y dichos maliciosos. Sobre todo para una temporada de campo. Carmelita estaba que ni pintada como decía Eleonora: siempre de buen humor, dicharachera y dispuesta a acompañarlas a paseos y excursiones.

Adelaida, por el contrario, era una muchacha apacible y silenciosa, amiga de divertirse con el espectáculo de la alegría de los demás, pero simplemente como espectador, sin tomar nunca una participación activa en la diversión. Tenía poco más de veinte años, era alta, delgada, de rostro fino y pálido, llenos de dulzura triste los ojos hermosos. Jamás se le conoció novio ni amorío pasajero. Eleonora del Casal, su amiga íntima, era la única persona que conocía la razón de aquello: no se había enamorado porque soñaba con un hombre ideal, perfecto, innominado y seguramente inexistente, al cual, sin embargo, parecía que ya hubiera entregado por completo su corazón. Su única pasión era la música. Tocaba el piano con arte y maestría; pero la buena música, especialmente la de Chopin, su predilecto, la fatigaba mucho, produciéndole misteriosas sofocaciones. Para distraerse con algo más sencillo aprendió a tocar la guitarra. Tenía, además, una voz dulce y bonita y cantaba con gusto. En suma: Adelaida Salcedo era una muchacha romántica.

—Ya eso pasó de moda —advertíale Eleonora—. El romanticismo es hoy de mal gusto.

—Lo comprendo, pero no puedo evitarlo— replicaba ella sonriendo tímidamente, con una sonrisa que apenas se le dibujaba en el rostro seráfico.

Hija única y por lo tanto mimada, de naturaleza débil y enfermiza y temperamento sumamente sensible, Adelaida era una de esas criaturas en quienes toda voluntad extraña hace presa fácilmente y que, por consiguiente, sólo han nacido para sufrir. Su infancia y su primera juventud estuvieron regidas de modo absoluto por la voluntad recia e intransigente de su padre, que la amaba con extremos, pero nunca supo complacerla, por ser un hombre de una austeridad implacable. Don José Ángel “se espantaba de su sombra” —como decía Carmelita— y mantuvo siempre a su hija en un completo alejamiento del mundo, temeroso de que sus livianos placeres le mancillaran el alma. Amigos, nunca se los consintió, y en cuanto a amiguitas, apenas las del Casal, y eso muy vigiladas las conversaciones, prohibidos los retozos y carreras y duramente reprimidos los secretesos y las risas. A la ventana, en compañía de su madre; a

la calle, muy de cuando en cuando; teatro, nunca; novelas, jamás. Era una ley dura y estrecha; pero Adelaida jamás pensó ni siquiera que fuese posible protestar contra ella. Por única diversión, el piano, la música clásica. Fue obra de la madre que aprendiera a tocar la guitarra y esto hubo de hacerse clandestinamente, como si fuese un delito. Muerto don José Ángel, Carmelita se propuso abrir a la sana alegría el espíritu de la hija, y fue una verdadera empresa, en la cual le ayudó Eleonora del Casal, lograr que frecuentara la sociedad.

Cuando don Jaime apareció en la otra margen de la quebrada, sus hijas lo saludaron con alegres exclamaciones.

—¡Vean al Viejo! ¡Qué buenmozo y arrogante en su caballo! ¡Y tan enfermo como dice que está! Lo que quiere es que lo mimen.

—Dios las bendiga, hijitas. A ti también, ahijada: Dios te bendiga. No sabía yo que fueras tan valiente, Adelaida. ¿De cuándo acá te atreves a jinetear?

Hilario saludó descubriéndose, silenciosamente. De la otra margen le respondieron, con mudas inclinaciones de cabeza, las muchachas, y doña Agueda con una exclamación muy moderada, de puro cumplido.

—¡Hilario! ¿Cuándo viniste?

—Acabo de llegar, misia.

Carmelita fue más amable; pero a Hilario le pareció que toda la amabilidad del mundo había estado, exclusivamente, en la mirada que le dirigió Adelaida.

Contemplando aquella faz dulce y tímida evocó tiempos pasados y olvidadas cosas y se dijo mentalmente, aplicándole el cariñoso mote que, para sus adentros, le había puesto cuando muchacho, a propósito de aquel cuento a que tan aficionada era ella:

—¡Qué bonita está Tío Conejo!

Entretanto, las del Casal, precedidas por Carmelita y seguidas por doña Agueda, habían comenzado a atravesar la quebrada, no muy ancha, pero torrentosa y todavía crecida. Eleonora y Eugenia chillaban sin oír las amonestaciones de doña Agueda:

—¡Niñitas! Reparen que no están solas.

Pero ellas seguían lanzando alaridos que terminaban en carcajadas cada vez que las bestias resbalaban en las piedras del cauce. Carmelita las hacía reír más con sus exclamaciones:

—¡Válgame San Rafael bendito que salvó a Tobías! ¡Ya vamos a darnos el gran chapuzón delante de estos señores! Por fortuna yo no tengo nada que ocultar. ¡Allá ustedes!

—¡Tía Carmelita! ¡Por Dios!

Taparita, arremangado y con el agua hasta las rodillas, conducía el caballo de doña Agueda, la cual, aunque en todo momento procuraba no perder su aplomo de gran señora, no las llevaba todas consigo y recomendaba al peón:

—¡Cuidado, Taparita! No vaya a meterme por lo hondo.

Viéndolas vadear con aquellos sustos y aspavientos dignos de mayor causa, pues la quebrada, aun con el exceso de agua que entonces arrastraba, no ofrecía peligro, don Jaime sonreía divertido.

Entretanto, Adelaida, todavía en la orilla opuesta, sin atreverse a pasar, reclamaba, azorada, bajo la mirada de Hilario:

—Me han dejado sola. Me han dejado sola y este caballo no quiere pasar.

—¡Arrea, chica! ¡Arrea! No tengas miedo.

Adelaida daba palmaditas en la rienda, mas al advertir la sonrisa de Hilario, acabó de perder el poco ánimo de aventurarse sola.

A un movimiento de la bestia, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer.

Rápido, Hilario se lanzó en su auxilio diciéndole:

—Déme acá las riendas para pasarla a rebiate.

Adelaida sonrió mirándolo, profundamente turbada, y lo dejó hacer. Pero al tirar Hilario de la rienda, el caballo opuso resistencia y se salió la cabezada. Llena de miedo lanzó ella un grito y ya iba a arrojarle del caballo, cuando Hilario, empinándose en los estribos y echando el cuerpo afuera, la tomó en sus brazos y la levantó diciéndole:

—Con su permiso.

Al sentirse levantada en el aire por aquellos brazos, experimentó una emoción confusa y violenta, de miedo, de vergüenza; pero no pudo resistir. Hilario la colocó suavemente sobre la silla de su caballo, haciendo al mismo tiempo una maniobra rápida y agilísima, que dio por resultado que él quedara cabalgando en la grupa, y así, sin cobrar las riendas, pues llevaba ambas manos ocupadas en sostener a la muchacha por los hombros, aplicó espuelas. El caballo atravesó rápidamente la corriente. Adelaida se estremeció al darse cuenta de que las recias manos varoniles la oprimían más de lo necesario.

Al llegar a la ribera, donde esperaba la familia, Hilario depositó a Adelaida en el suelo, suavemente como si nada pesara.

Todo esto fue inesperado, rápido, inevitable.

Don Jaime aplaudió:

—¡Bravo! ¡Muchacho! ¡Eres todo un jinete!

—¡Y qué fuerza tiene! ¡Ave María Purísima!—exclamó Carmelita—. Me levantó en vilo a la muchacha como si fuera una pluma.

Doña Agueda y Eugenia callaban cohibidas, cual si hubieran presenciado un atentado contra el pudor.

Eleonora, en cambio, dirigía maliciosas miradas furtivas a Adelaida, y ésta, advirtiéndolo, sentía que la sangre le abrasaba las mejillas.

Entretanto, Taparita había pasado el caballo de Adelaida y teniéndolo de la brida esperaba a que ella montase de nuevo.

Hilario se despidió, atravesó la quebrada y tomó el camino del pueblo.

Adelaida se decidió, por fin, a volver a montar y la cabalgata prosiguió, camino de la hacienda.

A poco, Hilario volvió la cabeza a tiempo que Adelaida hacía lo mismo, disimuladamente, y sus miradas se encontraron. Entonces él refrenó la bestia, y hasta que no la vio desaparecer tras una vuelta del sendero, no se movió del sitio. Luego oprimió brutalmente los ijares del caballo y, a tiempo que éste saltaba y se lanzaba en carrera, profirió su interjección habitual, como un grito de guerra:

—¡Jipa! ¡Aquí va Hilario Guanipa!

VI

Comenzaron las misas de aguinaldos. Desde la Casa Grande se oía, a ratos, el alegre repique de las campanas de la iglesia, el estallido de los cohetes y la detonación de los petardos.

Ya Carmelita estaba recorriendo las habitaciones.

—¡Niñitas! ¡Alcen arriba! Están dando primero y ya debe venir por ahí Taparita con los burros. Anda, Agueda. Levántate también, mujer de Dios.

—¡Válgame Dios! ¡Dejar yo mi cama, tan tibiecita para echarme al monte esta madrugada tan fría!

Las muchachas saltaron de sus camas, charlando y rebullendo.

Por fin salieron. Afuera esperaba Taparita con los burros enjalmados. Treparónse a ellos y la cabalgata se puso en marcha.

En el cielo limpio temblaban, friolentas, las estrellas y una a una iban traponiendo los montes oscuros. La luna se había ocultado ya, pero todavía su fulgor postrero argentaba las lomas más altas. Por el Oriente, el cielo comenzaba a teñirse de rosa. De los campos dormidos subía el canto de los gallos, largo y sonoro, llenando el espacio; un aroma agreste de romero y albahaca se exhalaba de los húmedos matorrales, mezclado con el acre olor de las hojas podridas que alfombraban el camino; goteaba el rocío de las altas ramas de los árboles; sonaba continua la sinfonía adormecedora de los grillos.

Las muchachas tiritaban, lanzando gritos agudos al sentir las punzadas del frío. Carmelita las animaba:

—¡Arreen! ¡Arreen! Que ya van a dar segundo y todavía nos falta mucho camino. ¡Qué burros tan flojos nos ha conseguido Taparita!

—Burro es burro, misia Carmelita. Yo se lo dije a usted: que mejor era que fueran a caballo.

Ganaron la fila de los pomarrosos. En los ranchos diseminados por una y otra ladera, comenzaban a encenderse los hogares. Cerca oíase el ruido de un pilón; distante, el son de un arpa. Taparita explicó:

—Todavía están bailando en el rancho de Leandro. ¡Buena parranda! Allí debe estar Hilarito pegado en el corte. ¡Ah, Hilarito! Anoche andaba junto con los Alcober cantando guacharacas por todos estos montes. Hasta cerca de la Casa Grande llegaron.

—¿A qué llaman cantar guacharacas?— preguntó Adelaida, de modo que sólo Taparita, que iba al lado suyo, la oyese.

—Canciones. Cuando se aproximan los días de Pascua los mozos salen de noche a cantarles canciones a las muchachas que son de su agrado, y lo mientan cantar guacharacas.

Mientras Taparita explicaba, Adelaida miraba de soslayo a Eugenia y Eleonora, y cuando advirtió que ésta sonreía maliciosa, se llenó de turbación y por salir del paso, sin darse cuenta de lo que hacía, azotó con el cabo de las riendas las ancas del burro. Este corcoveó y cogió un trotecito con el cual, si no hubiera acudido a tiempo Taparita, habría dado con la asustada amazona en tierra. Pero, al menos, el cómico espectáculo de su miedo barrió de los ánimos la molesta situación en que los puso su indiscreta pregunta, pues todas habían oído las “guacharacas” que a medianoche fue a cantar Hilarito al pie de la ventana del cuarto que ocupaba ella en la Casa Grande.

En esto comenzó a oírse el segundo repique.

—¡Apuren niñas! ¡Apuren! A este paso vamos a llegar cuando ya esté terminando la misa. Recuerden que el padre Jaramillo es muy glotón y no puede estar en ayunas mucho tiempo.

Penetraron bajo la densa arboleda del cafetal que iba a morir en las márgenes de la quebrada. Sobrecogidas por la obscuridad que allí reinaba todavía, las muchachas dejaron de reír; pero, en el paso, volvió a levantarse la cháchara de risas y chillidos. Eleonora, recordando la escena de días antes, gritó:

—¡Hilaritooo! Ven a pasar a Adelaida.

Esta, muy afanada, suplicaba:

—¡Cállate, chica! Mira que puede estar por aquí.

—¡Hipócrita! Eso quisieras tú: que viniera a cargarte otra vez.

Y de allí en adelante, siguieron comentando:

—La cara de terror que pusiste— decía Eugenia.

—¿Y mamá? Nos miró como preguntando: ¿Están viendo ustedes?

—Pero lo más gracioso fue la actitud de tía Carmelita. Cuando le vi la cara, fue como si me hicieran cosquillas —agregó Eugenia.

—¡No era para menos! —dijo Carmelita bromeando—. ¡Aquello parecía un rapto! Cuando vi a Adelaida en brazos de Hilario, me dije: ¡Se llevó la muchacha! ¡Y en mis propias narices!

Esto acabó de desatar la hilaridad de Eleonora y de Eugenia. Adelaida, roja de rubor, no acertaba sino a decir:

—¡Mamá! ¡Por Dios! Repara que te oye Taparita.

Cuando llegaron a la iglesia ya la misa estaba comenzada. Desmontaron de prisa, prendiéndose las mantillas, y trataron de enseriarse, con lo cual no lograban sino reír con mayores ganas, penetraron en la nave, llena ya de gente hasta la cancela.

Taparita amarró los burros a los balaustres de la ventana de la casa del cura y fue a quitarse el frío en la pulpería más próxima con un trago de aguardiente.

El padre Jaramillo despachó la misa en un santiamén, y en seguida comenzaron a chischar las maracas y el furrucó a roncar, a tiempo que se elevaban voces

agudas y vibrantes entonando los aguinaldos al Niño Jesús. Era un canto precipitado, alegre y pagano que hacía olvidar que se estaba en un templo. Lo ejecutaban las muchachas del pueblo, en el coro, con un grupo rústico de cabezas tocadas con mantillas blancas, de rostros encendidos en los reflejos de un velón de cera.

Eleonora tocó con el codo a Adelaida, haciéndole señas de que mirase hacia el lugar donde estaban las cantadoras de villancicos. Ella volvió la cabeza y sintió que el corazón le daba un vuelco de gozosa angustia: era Hilario quien tocaba las maracas. Lo hacía sin quitarle la vista de encima, y bajo el hechizo de aquella mirada, un sentimiento hasta allí indefinido —el que le produjeron las palabras de Taparita cuando aventuró, al oír el joropo en el rancho distante: “allí debe estar Hilarito”— tomó forma en su conciencia en esta frase formulada mentalmente: “No estaba allí.”

Carmelita también observaba a Hilario, caída en sospecha al advertir las miradas maliciosas que se cruzaban Eleonora y Eugenia, y se decía:

—Ya esto no me está gustando.

Empezó a salir la concurrencia: los hombres envueltos en sus cobijas de bayeta, las mujeres arrebujadas en sus pañolones. Detuviéronse en el altozano a presenciar el lanzamiento de las “bombas”, que subían cabeceando lentamente por el aire sereno del amanecer. Campesinos embobados comentaban muy serios y formales, siguiéndolas con las miradas en alto:

—Esa va a caer para los lados de La Mariposa.

—No. El rumbo que lleva es el de Corocito.

Mientras una mongolfiera se elevaba, ya otra se estaba inflando de humo, en medio de un círculo de chicos y gente mayor, en cuyos graves rostros atentos la candileja ponía cárdenos reflejos.

Más allá, en la plaza, detonaban los petardos en hoyos hechos en el suelo y cubiertos de nuevo con tierra, y por sobre todos estos diversos ruidos, las campanas esparcían por el ámbito del pueblo la alegría pascual de sus repiques.

Luego, el paseo matinal, pueblo-abajo. Señoras y muchachas que regresaban de la misa o ya estaban a las puertas de sus casas charlando, saludaban a misia

Carmelita con entonaciones cariñosas. Ella acudía a corresponder los saludos y en todos los grupos la recibían con efusivos abrazos.

Las del Casal y Adelaida se quedaban esperándola en medio de la calle o proseguían su paseo, pues sólo en muy contados grupos se detenía a retribuir los saludos, por ser escasas y muy escogidas las relaciones que mantenían con la gente del lugar.

Por su parte, las pueblerinas no las veían tampoco con muy buenos ojos. Algunas se quitaban de las puertas al acercarse ellas, otras interrumpían la charla que entre sí sostuvieran y quedábanse viéndolas, con una mezcla de recelo y de envidia, pues, si no simpatizaban con ellas, tampoco podían sustraerse a la admiración que les inspiraban aquellas mantuanas ricas que vestían con elegancia.

En un grupo cuchicheaban tres muchachas a la puerta de las Alcober:

—La que viste de rosado es Eleonora —decía una—. La de la capa crema es Eugenia. Fernanda se llama la mayor, la que se casó. Ahora está en Europa.

—La más bonita es Eleonora; pero Eugenia es más simpática—agregaba otra.

—De todas ellas la única que me gusta es Adelaida. Parece más sencilla.

—Fíjate en el traje de Eleonora. ¡Elegantísimo! Así voy a hacerme el mío.

—Pero no se te ocurra estrenártelo mientras ellas estén por aquí.

Y la que las había designado por sus nombres parecía muy orgullosa de poder decir: aquélla es Eleonora, la otra es Eugenia.

En otros grupos era la murmuración de la envidia o la amargura del despecho, silenciosa o disfrazada de burla, y así iban quedando en pos de ellas ese murmullo que va detrás del soberbio, como un zarzal errante, borrándole las huellas, hiriéndole el talón. La que les admiraba los trajes costosos sin esperanzas de imitárselos; la que sospechó de que reían del suyo, hecho de telas baratas, cortado por ella misma según patrones pasados de moda; la que le había hecho creer a sus amigas que lo era también de ellas y quedó en ridículo cuando pasaron y no la saludaron; la que quería serlo, por espontánea simpatía y no se lo permitió

nunca el altanero orgullo con que la alejaban; la que las odiaba cordialmente sin preguntarse por qué..., todo lo que tiene de tristeza y de pequeñez la vida de un pueblo como aquél, iba condensando en pos de las orgullosas del Casal esa atmósfera de hostilidad que envenena la admiración del humilde.

Ellas lo comprendían así, pero no le daban importancia porque estaban habituadas a pensar y a sentir a propósito de aquel pueblo como si todavía fuese el primitivo villorrio de indios, señorío del Encomendero don Juan Casal, fundador de la familia.

Así recorrieron la única calle de la población hasta donde volvía a convertirse en camino, y allí, por complacer a misia Carmelita, se detuvieron frente a una pulpería de corredor, donde había un grupo de campesinos oyendo cantar un “corrido”.

El cantador, de voz destemplada y aguardentosa, de pie junto al arpa, sacudía las maracas a la altura de sus orejas, a ojos cerrados, tenso el haz de tendones del cuello por el esfuerzo del canto, mientras el arpista punteaba las cuerdas, levantada y bañada en expresión de éxtasis la negra cara lustrosa de sudor.

Había entre el auditorio un peón de Cantarrana que, al ver a las de Casal, dijo algo al oído del cantador, y éste sin interrupción sensible de la disparatada improvisación que venía haciendo, comenzó a dedicarles sus versos:

Aquí está la niña Eleonora
hija de Jaime Casal.
Yo me he lavado la boca
para poderla nombral.
Para poderla nombral
yo me he lavado la boca,
que al negro, si no es humilde,
el blanco se le alborota.

Y a cada una, según se las iba nombrando al oído el peón, les iba improvisando estrofas, y entre una y otra un escupitajo, y cuando no le venía fácil la ocurrencia se quedaba repitiendo varias veces un mismo verso, con una

voz jadeante, acompasada al gemido de los bordones del arpa, hasta que de pronto, apresado el consonante rebelde, atacaban: el arpista a las primas y él, al canto precipitado:

Ah malhaya, quién tuviera
la garganta'el pico e plata
la garganta'el pico e plata
y el canto del turupial
y el canto del turupial
y el canto del turupial.

Ah malhaya, quién pudiera
en un solo verso cantal,
lo que la niña Adelaida
se merece de especial.
Que pa poderle decil
lo que yo no le repito
hace falta un cantador
facurto como Hilarito.

Maquinalmente, cruzaron una mirada Adelaida y Eleonora y en seguida dijo ésta:

—Vámonos.

Emprendieron el regreso. Eugenia dando el brazo a misia Carmelita, Adelaida apoyada en el de Eleonora, silenciosa, con la lánguida cabeza inclinada, preguntándose mentalmente:

—¿Por qué ese hombre habrá nombrado a Hilario?

Y volvió a mirar en el fondo de su alma los ojos de Hilario clavados en ella, tal como los viera en la iglesia, y se estremeció hasta lo más profundo de su ser.

Sin duda, había en aquel sentimiento que le embargaba el ánimo mucho de placentero, pero de un placer tan singular y violento que más parecía angustia, sobresalto de algo terrible que trastornaría su vida impulsándola por caminos desconocidos y nunca soñados.

VII

Trastornados también, pero de manera desordenada y tumultuosa, estaban el corazón y la cabeza de Hilario Guanipa. Pasaba los días en una agitación continua, bebiendo copiosamente, alborotando el pueblo, no dejando trabajar a los amigos, levantando contribuciones para las fiestas y bailes de Navidad, disparando cohetes, corriendo a caballo de un extremo a otro de la población.

Esta fiesta de actividad y de iniciativas, este impetuoso deseo de divertirse y de imponer su voluntad a todo el mundo, no decayeron un momento durante tres días consecutivos. En vano don Agustín Alcober había tratado de apaciguarlo.

—Déjeme quieto, Viejo —le respondió—. Ya le contaré algún día lo que me sucede. Lo que es por ahora, el mundo es mío y hago con él lo que me dé la gana. No se me atraviere, viejo. Yo no me salgo de la raya; pero se me ha metido entre ceja y ceja poner el pueblo de cabeza.

—¡Y lo pondrás! ¡Ya lo creo que sí! Te conozco. Mejor dicho: ya lo tienes de cabeza. Desde que estás aquí, los muchachos no trabajan con fundamento. ¡Qué digo los muchachos! Yo mismo no tengo mi cabeza en su puesto: que si el programa de las fiestas, que si el baile de Inocentes... ¡Válgame Dios! Estoy deseoso de que acaben de pasar las Pascuas, a ver si nos dejás tranquilos.

Pero fue el domingo, víspera de Nochebuena, el gran día de Hilario Guanipa. A su cargo corrían los gastos de la misa de aguinaldos, que fue rumbosa. Ofició el P. Jaramillo, quien, cuando eran cantadas, las celebraba con gusto por lucir su voz de tenor, un tanto escasa, pero todavía bien timbrada. Aquel día, como se trataba de Hilario, sacó un verdadero torrente de voz que maravilló al auditorio. Lo acompañaban dos párrocos de pueblos vecinos, llevados por el “padrino de la misa”, según sus propias palabras: “a morocota por corona”. En el coro estaban también los mejores músicos de la región, bien pagados y obsequiados. Resplandecía la nave profusamente iluminada y los altares desaparecían bajo los enormes mazos de hortensias, gladiolos y azucenas.

Como en las anteriores misas, estaban las del Casal con Adelaida y misia Carmelita y, además, don Jaime y doña Agueda, por ser día de precepto. La lumbrarada de las velas sobredoraba el rostro de Adelaida.

Hilario la devoraba con los ojos y se decía una y otra vez:

—¡Hoy está más linda que nunca! ¡Qué ojos tiene!

Adelaida rebullía intranquila bajo la fascinación de aquellas miradas y las retribuía de cuando en cuando, sin querer hacerlo, pero sin poder evitarlo tampoco, y al terminarse la misa, antes que empezaran a cantar los villancicos, le propuso a Eleonora salirse al altozano, porque se sentía sofocada y su frente ardía.

—Me ahogaba allí dentro —dijo—. ¡Qué gentío y qué atmósfera!

—Muy desagradable, verdaderamente— apoyó Eleonora, aceptando aquella explicación, aunque no se le escapaba cuál era la causa de los ahogos de Adelaida.

Concluida la misa la concurrencia se detuvo en el altozano a presenciar el lanzamiento de las bombas y nunca fue más animado espectáculo tan simple como aquél. Alegría de los pueblos tristes, estallido de cohetes y repique de campanas; pero éstas las repicaba Hilario, como si sacudiera marcas, y aquéllos los disparaba el P. Jaramillo, aplicándoles el fuego de su tabaco y el buen humor de ambos contagiaba a todos.

Pero allí tampoco pudo hallarse a gusto Adelaida. Las muchachas de la población no hacían sino mirarla y cuchichear entre sí, y ella no necesitaba oír las para saber qué podían estar murmurando.

—Vámonos—dijo nuevamente a Eleonora, a tiempo que don Jaime proponía un paseo por el pueblo.

—Lleguémonos hasta las Cuatro Esquinas. Quiero saludar a Agustín Alcober, a quien no veo hace tiempo.

Entretanto, Hilario había montado a caballo y recorría la población recogiendo parabienes por su misa y concertando diversiones para el resto del día. Ostentaba en la blusa de hilo una botonadura de oro, lujo del lugar entre mozos de a caballo, y montaba uno que tenía fama de ser la mejor bestia de silla de todos los valles del Tuy. Haciéndolo encabritarse al refrenarlo de repente se detenía a cada rato a dirigirles piropos a las muchachas, algunos tan subidos de punto que las hacían sonrojarse.

—Déjate de eso, Hilario, que ya tú eres cohete quemado— díjole una aludiendo a sus amores con Adelaida, que ya eran tenidos como un hecho.

El replicó con un retruécano de sal gruesa, muy Guanipa, y se alejó riendo de la turbación de la muchacha.

Al pasar frente a la talabartería vió a don Jaime, rodeado de su familia, conversando con el viejo Alcober. Saludó, descubriéndose, pero mirando sólo a Adelaida. Don Agustín le contestó:

—¡Adiós, picaflor!

Y luego, a don Jaime:

—El muchacho ha resultado competente.

—Un poco tarambana todavía; pero al cabo se le asentará la cabeza y se hará hombre de provecho.

Charlaron un rato más. De pronto aparecieron unas mujeres que se revolían del pueblo-abajo, corriendo, con la consternación pintada en los rostros.

—¿Qué pasa?—preguntó don Agustín.

—¡Que han llegado los “Barbudos”! En el pueblo-abajo todo el mundo está cerrando las puertas. Los pitahayeros están confabulados con ellos y dicen que han querido saquear la pulpería de los Guitianes.

Don Jaime del Casal contrajo el ceño, cruzando una mirada con don Agustín. Este dijo:

—Mucho habían demorado en aparecer los Guanipas. Aquí los estábamos esperando hace días.

—¿Luego era cierto el rumor de que habían vuelto esos desalmados?— interrogó doña Agueda.

Y misia Carmelita:

—Y las autoridades, ¿qué hacen a todas éstas?

—Tenerles miedo y dejarlos cometer sus fechorías. La historia de siempre.

—¡Buenos estamos!

Exclamó don Jaime, más que preocupado por los resultados de la jornada, mortificado por la parte de culpa que en aquello de los Guanipas tenía él. Volvía a pensar, como antes lo pensó, mucho, que él había sido, aunque de manera indirecta e involuntaria, la verdadera causa de los males que recayeron sobre el pueblo desde que los Guanipas vinieron a establecerse en las cercanías de Cantarrana. Hora menguada de su juventud, todo arrancaba de allí: la amenaza constante, la intranquilidad de la vida, la hacienda en peligro, la sangre derramada, y ahora, para colmo de su vergüenza, su familia puesta en grave trance. Al ver los rostros pálidos de sus hijas, sentía como si aquella sangre que el miedo hacía huir, fuese su propia sangre que la estuviera perdiendo por una secreta y dolorosa herida.

Sonaron disparos de revólver hacia el pueblo-abajo, y la alarma cundió rápidamente por toda la población. En el primer momento la gente se había asomado a las puertas, pero al oír: —¡Que han llegado los “Barbudos”!— comenzaron a retumbar los portones.

Corrían de aquí para allá las mujeres que aún no habían alcanzado el seguro abrigo de sus casas; zumbaba, en la velocidad de la carrera, el revuelo de sus

faldas almidonadas; arremolinábanse otras en las puertas de sus casas, forcejeando por retener a los hombres que querían salir al encuentro de los asaltantes; el tendero recogía apresuradamente las mercancías que había sacado a exhibir ante las puertas, para atraer a los campesinos que iban de compras, como era costumbre los domingos, y los carniceros se afanaban por dejar limpias las “pesas”, que estaban al aire libre, a orillas de la calle real, cargando sobre sus hombros los grandes trozos sanguinolentos para esconderlos aquí o allá, oíase un clamor que iba llenando todo el pueblo y, para colmo de la consternación, al P. Jaramillo se le ocurrió ponerse tocar a rebato.

Las del Casal se preguntaron, lívidas de espanto:

—¡Y nosotras!, ¿dónde nos metemos?

—¿Dónde? ¿No están, pues, en su casa? —respondió el viejo Alcober—. Si las cosas se ponen feas de verdad nos metemos para dentro y trancaremos las puertas. Aquí estamos dos hombres, ¿verdad, don Jaime? A ahí dentro tengo siempre un parque preparado para lo que pueda suceder, porque no es la primera vez que aquí se ven estos espectáculos.

—Así es. Aquí estamos nosotros para defenderlas a ustedes si es menester. Entren, si quieren, de una vez. Nosotros nos quedaremos en la puerta esperando los acontecimientos. ¿Tienes por ahí un revólver, Agustín? Dámelo acá. Apenas lo había tomado en su mano, cuando aparecieron los “Barbudos” al extremo de la calle. Venían haciendo caracolear sus caballos y dando grandes voces, seguidos por los pitahayeros, vecinos de un caserío próximo al pueblo, gente muy belicosa y enemiga de la de éste por antiguas rivalidades de aldea.

Eran los Guanipas dos hombres corpulentos —el mayor había sido muerto recientemente en las Vueltas del Naípe—, de grandes barbas aborascadas, todavía negras y de la peor catadura que puede haber en rostro humano.

Forzados a abandonar el siniestro feudo de la Sierra de Carabobo que compartían con otros bandoleros, habían vuelto a refugiarse en La Guanipera, esperando a que estallara la revolución que se estaba preparando, para abrir la nueva etapa de su bandidaje en la región de los Valles del Tuy. Acaso habían juzgado que ya era hora

de comenzar, cayendo sobre el pueblo aborrecido. Revólver en mano, avanzaban profiriendo maldiciones y amenazas tremendas, y dando vivas a la revolución.

Inmediatamente quedó la calle barrida de gente. Don Jaime quiso esperarlos en la acera, pero Carmelita y Agueda y sus hijas lo metieron a viva fuerza dentro de la talabartería. Don Agustín atrancó las puertas, diciendo:

—Si estuviéramos solos sería otra cosa, don Jaime; pero no debemos exponer la familia a una escena desagradable.

—Tienes razón. Otra vez tendré que ocultarme...

Sólo Agustín comprendió lo que quería decir, porque las mujeres tenían demasiado con su miedo y consternación.

Afuera seguían oyéndose las voces de los “Barbudos”. Las del Casal, a propuesta de Carmelita, comenzaron a rezar el trisagio, arrodilladas en el suelo de ladrillos de la talabartería, buscando con los ojos desorbitados por el espanto una imagen sagrada, un punto de celestial apoyo para sus miradas implorantes del divino auxilio. Rezaban de prisa, temblorosas las voces:

—¡Santo! ¡Santo! ¡Señor Dios de los ejércitos! ¡Llenos están los Cielos y la tierra de la Majestad de vuestra gloria!

Se oían castañetear los dientes de Adelaida, pálida como la muerte. Don Jaime y don Agustín prestaban oído atento a lo que sucedía afuera y oyeron que los Guanipas detenían sus caballos frente a la talabartería. Un mismo pensamiento se les ocurrió: ¡si aquellos desalmados intentaban derribar las puertas para proveerse de aperos! Se miraron uno a otro y se estremecieron.

Afuera: la calle desierta, todas las puertas cerradas, y los Guanipas esperando a que alguno asomara la cabeza para descerrajarle un balazo. En el corredor de la pulpería de las Cuatro Esquinas, a pesar de que la población no daba muestras de querer resistir, no se sentían seguros en el espacio abierto de las calles y se parapetaban tras los pilares, formando un grupo silencioso y tan inquietante como el de los “Barbudos” atravesados en sus caballos en medio de la calle.

Viendo que nadie se decidía a presentarles pelea, los Guanipas, envalentonados, borrachos y ávidos de sangre, se enfurecían más y más.

—¡Pueblo de gallinas! ¡No somos sino dos contra todos ustedes! ¿Es que no hay aquí un hombre de coraje? ¡Salgan pa juera porque si no, les vamos a tumbar las puertas y a sacar las mujeres arrastradas por los cabellos, para echárselas a los pitahayeros!

Las del Casal se apretaron una contra otra y con redoblada angustia clamaron: —¡Santo! ¡Santo! ¡Señor Dios de los ejércitos.

Sucedió un silencio más inquietante que las mismas amenazas tremendas de los “Barbudos”...

De pronto se oyó el galope de un caballo que venía del pueblo-arriba y en seguida un grito:

—¡Jipa! ¡Aquí está Hilario Guanipa!

Y un disparo, y otro, y otro.

Respondieron los “Barbudos” con otros tantos a tiempo que se les oyó exclamar:

—¡Malhaya sea! ¡Hilarito estaba aquí!

Inmediatamente empezaron a abrirse los portones y en pos de Hilario salieron, decididos a secundarlo en el ataque, los hombres que, hasta entonces, no se habían atrevido a oponer resistencia.

Al ver esto los “Barbudos” comprendieron que habían perdido la partida. Ahora era todo el pueblo que salía contra ellos: además, los pitahayeros se habían escurrido al hilo de las casas de una callejuela transversal, dejándolos solos. Volvieron grupas, pueblo-abajo.

—¡Aquí está Hilario Guanipa!

Volvió a resonar frente a la talabartería la voz valiente y alegre. Al oírla, Adelaida se irguió, como una alucinada, sin que su voluntad hubiera intervenido en aquel movimiento, transfigurada, con los hermosos ojos llenos de asombro y de soberana belleza.

Y don Jaime, orgulloso de aquel hijo, que era también obra suya, pensó que ya había pagado la deuda que tenía contraída con el pueblo por los crímenes de los Guanipas.

VIII

Lo que sucedió después lo refirió el mismo Hilario de esta manera:

—¿Que cómo pude desarmarlos y arrestarlos yo solo? Con astucia y con el favor de Dios, por supuesto. ¿No ha oído usted decir que más vale maña que fuerza? Como ellos y yo éramos los únicos de a caballo, los compañeros que iban siguiéndome se fueron quedando atrás, y en cuanto ellos se dieron cuenta de que yo iba solo, se revolvieron contra mí, más bravos que unas macaguas, gritando que y que me iban a hacer picadillo; yo que los oigo, y que los conozco y sé que con ellos falla el dicho de que “perro que ladra no muerde”, me dije: —¡Ahora es cuando te quiero ver, Hilarito! Porque éstos no son mancos ni bocateros—. Pero por lo rápido es que come el tigre. Fue cosa de un momento no más que se me ocurriera lo que debía hacer. ¡Y pensado y hecho! Haciendo como que les tenía miedo, emprendí la retirada hacia el pueblo, porque acababa de dejar atrás un atajo engañoso que vuelve a caer al camino más acá, pero que en lugar de acortar distancia la alarga, por lo cual nadie lo transita, y me dije: —Si yo me meto por el atajo, ellos van a creer que no sé que es más largo que el camino y se van a dividir en dos, uno para perseguirme por el atajo, como lo hacen los perros a los venados para que caigan en el lance, y otro para salirme adelante por el camino real y así cogermme entre dos fuegos en lo angosto de la vereda. ¡Dicho y hecho!

Nolasco, que era el mejor montado, siguió por el camino para salirme al encuentro, después de decirle al otro:

—¡Arréalo tú! ¡Ya es nuestro!—. Por poco no les suelto la risa. Eran ellos los que habían pisado el peine, y estaban cantando victoria. Juan de Mata se fue tras de mí por la vereda. Yo que lo veo, me digo: —¡Ya éste es mío! Dios ciega a quien quiere perder—. Y tan ciego iba Juan de Mata, dando por seguro el resultado de la combinación, que me hizo tres tiros seguidos, creo yo que para asustarme y hacerme caer de cabeza en el lazo que me tendería Nolasco, porque él es muy buen tirador, y las balas ni las oí silbar siquiera. Aquello fue su perdición. No le quedaban sino dos cápsulas, cuando más, en su revólver, lo mismo que a mí en el mío. Y pensé: —El todo es hacer que las gaste, porque de no dejarla cargar otra vez me encargo yo. Le hice un tiro, provocándolo, y como no contestó lo apunté de veras y disparé el que me quedaba en el revólver; la bala debió de pasarle cerca porque me respondió con otra. ¡Todavía me parece oírla silbar! Era lo que yo quería: no le quedaba sino una bala. Rastrillé mi revólver, como si no supiera que estaba vacío; hice como si me papeloneara al verme desarmado; refrené la bestia y quebré el revólver con los dientes, haciendo la mención de cargar. No sabía Juan de Mata que yo llevaba en la zurda, con la que tenía las riendas, la pistola que usted me regaló, viejo, con sus siete cápsulas completas. Una de dos, me dije: o me hace el tiro que le queda para no dejarme cargar, o se me viene encima a soltármelo a bocaajarro. Era cuestión de suerte y de arriesgar la vida, porque con aquella bala que le quedaba era más que suficiente para que me cobrara el mal rato; pero se me vino encima gritándome que me rindiera. Representé mi papel de diablo: me tantié la faja, y como si no llevara más cápsulas, solté una maldición y tiré el revólver ladera abajo. Todo eso dejándome alcanzar. Y cuando lo tuve a tiro, ¡zas! Hice lo que mientan los libros del general Páez en las Queseras del Medio. ¡Acaso yo fui hecho de menos, pues! Volví grupas de pronto, rifándome la vida contra aquella bala que le quedaba a Juan de Mata, porque perdida la tenía ya si corría a caer entre las manos de Nolasco, y pasándome la pistola a la diestra

y echándome del lado del talud le tiré el caballo encima y un tiro a él para que se asustara y otro a su caballo, no para que se asustara, sino para que rodara muerto, ladera abajo, con Juan de Mata y todo. Cuando él me vio la pistola en la mano echando plomo, se papeloneó todo y disparó sin apuntarme. ¡Y yo encima de él, obligándolo a que soltara la daga! No le quedó más recurso que dejarse amarrar con las riendas de su propio caballo, y después de amarrado, dejarse montar en el mío.

—¿En tu caballo?—preguntó don Jaime—. Ha podido escapar y dejarte a pie.

Hilario sonrió.

—Se conoce que usted no es hombre de averías, viejo. Ya verá para qué lo hice así. Una vez montado Juan de Mata, salté a la grupa y arrié el caballo, paso a paso, las riendas en la zurda, y en la diestra la pistola, para salir al encuentro de Nolasco, que ya debía estar llegando. Ahí mismo apareció, todo receloso, paso a paso también, ¡ojo e garza!, y el revólver alante buscando blanco. ¡Ese sí venía con sus cápsulas completicas! Pero el que va a caer no ve el hoyo. Se conoce que mi tardanza lo había puesto malicioso y que, más que a atacarme, iba a ver qué le habría pasado a Juan de Mata y preparado a defenderse. ¡La cara que puso cuando vio que el que le salía al encuentro era su hermano, amarrado y tapándome con el cuerpazo! Ahí lo aproveché yo.

—Tío Nolasco. Con su permiso. Yo lo voy a hacer preso a usted como ya hice a tío Juan de Mata. Suelte el revólver y el cuchillo y apéese del caballo.

Se me encabritó el hombre y se puso a hablar zoquetadas; pero le dije:

—No se sofoque, tío. Mire que se puede ahogar. Si no lo quiere hacer por las buenas lo tendrá que hacer por las malas, porque en la hora y punto en que estamos, ni usted ni yo podemos echar para atrás con vida; pero si usted me tira a mí, a quien le va a pegar es a su hermano Juan de Mata, que me está haciendo el favor de taparme; mientras que si yo le tiro a usted, la única cosa que lo puede tapar es la tierra que le vamos a estar echando encima, mañana a esta misma hora, porque usted mismo fue quien me enseñó a tirar, cuando

yo estaba chiquito, y de entonces acá me he perfeccionado un poquito más. De modo que, déjese de baladronadas, que cuando a uno le llega la hora de perderla, ¡ni ganando se desquita! y esa hora ya les llegó a ustedes. Haga lo que le digo. Usted sabe que los Guanipas cumplen lo que ofrecen, y yo soy tan Guanipa como usted y ya le he ofrecido enterrarlo mañana a esta misma hora, si se me barajusta.

—¡Muchacho! —exclamó doña Agueda, vivamente interesada—. ¿Y qué te respondió?

—No dijo nada. Pero le comprendí en la cara que le había gustado oírme decir que yo era tan Guanipa como ellos. Creo que fue también porque le recordé que él había sido quien me enseñó a tirar al blanco. Soltó su revólver, se apeó del caballo y se echó a andar por delante de mí, sin pronunciar una palabra. Lo mismo venía Juan de Mata. Apenas bramaban de cuando en cuando. Eso sí, no quisieron que fuera sino yo quien los trajera arrestados. Por complacerlos, yo mismo les puse los grillos en la Jefatura. Bien apersogados los dejé, porque a Lisandro todo le parecía poco. Muerto de miedo debe estar allá con esos dos tigres encerrados en el “cuarto”, y deseoso de que acabe de llegar el piquete de tropa que van a mandar de Caracas a buscarlos.

Esto lo refirió Hilario a don Jaime en casa de don Agustín Alcober, de regreso de la Jefatura donde acababa de dejar a los “Barbudos”. Mientras él hablaba, Adelaida había estado pendiente de sus palabras. Cuando él concluyó su relato y se despidió, ella se quedó todavía muda, inmóvil y alelada, como un cuerpo del cual se hubiera ausentado el espíritu, y así permaneció largo rato.

No eran solamente sus nervios, sino todo su ser lo que estaba profundamente conmovido. Pensando en lo que acababa de oírle a Hilario, se preguntaba qué clase de hombre sería aquel que se revolvía contra los suyos y al mismo tiempo se jactaba de ser como eran los suyos... “Yo soy tan Guanipa como ustedes...” ¿Cuál sería la ley de aquella alma ruda y violenta? ¿Cómo sería el amor de un Guanipa?

Llegado a este punto de sus reflexiones, su pensamiento se desarticulaba en imágenes incoherentes, que convergían desde todas las regiones de su inconsciencia a un foco de lucidez donde adquirirían tal vivacidad que parecían sensaciones reales; pero se desplazaban con tanta rapidez que era imposible apresarlas y se interferían unas y otras dándole la impresión deslumbradora de un relampagueo. Tal materialmente lo experimentó así, que se llevó las manos a los ojos y se los oprimió con fuerza. Pasado el ilusorio encandilamiento, le quedó la impresión de haber contemplado largo rato un paisaje lleno de sol de crudo sol de mediodía.

Fue un recuerdo que trató de volver a su mente; pero antes de manifestarse ordenado y completo, lo reprimieron y rechazaron las ideas predominantes de su educación delicada, se desarticuló y se rompió en fragmentos incomprensibles; el recuerdo involuntario de ciertas emociones turbadoras, experimentadas días antes en presencia de los campos de Cantarrana, a la hora ardiente de la siesta: jarales retorcidos y tostados que crujían bajo la acción del calor, un resplandor cegante de luz en las hojas nuevas de los árboles, un áspero olor de fecundidad exhalado por la tierra enardecida, gritos, murmullos, pausas de una sinfonía enervante de cuyo oculto sentido tuvo una intuición momentánea que la hizo ruborizarse, una onda espesa y cálida de sensualidad que recorría la Naturaleza y penetraba en su carne, sumiéndola en invencible y dulce laxitud.

Pero nada de esto, ni el recuerdo, ni el hilo de asociación que lo evocó, llegaron a traspasar los umbrales de la conciencia de Adelaida: las ideas predominantes, los sentimientos habituales de doncella casta, cerraron violentamente el acceso, y el recuerdo se quedó al otro lado, en la porción nocturna del alma, convertido en tendencia reprimida, agria levadura de los sentimientos.

¿Cómo sería el amor de un Guanipa?

IX

Don Jaime del Casal no desaprovechaba nunca ocasión de hablar con elegancia, sobre todo cuando el asunto era propicio a la elocuencia del estilo épico; pero ahora su absoluta discreción de hombre perfectamente dueño de sí mismo y de caballero respetuoso de las conveniencias, máxime en la intimidad de su hogar, le impedían, por escrúpulos de delicadeza con su mujer, desahogar en sonoras frases lo que sentía a propósito de la hazaña de Hilario.

Sin embargo, en tales momentos, siendo tan viva y cálida la impresión que la proeza del mozo acababa de producir en todos los ánimos, callar o hablar de otra cosa resultaba postizo y violento.

Agueda —que nunca fue hostil a Hilarito y que ahora no podía por menos que admirarlo y estarle agradecida, pues de no aparecer tan a tiempo, si los “Barbudos” hubieran cumplido su terrible amenaza, quién sabe qué espantosa suerte les hubiera tocado a sus hijas— sentía también generosos deseos de romper el incómodo silencio haciendo un cálido elogio del valiente mozo, para que don Jaime pudiese también satisfacer sus visibles deseos de hablar del hijo; pero se contuvo, por no violar aquel recuerdo tácito, en virtud del cual nunca se había hablado entre ellos de nada que pudiese tener relaciones con las antiguas veleidades amorosas de don Jaime.

Pero cuando don Jaime se levantó de la mesa, más pronto que de costumbre, y las hijas lo imitaron, llevándose Eleonora a Adelaida, Agueda le dijo a Carmelita:

—Anda tú a soltarle la lengua a Jaime. Quiere hablar de Hilario, y si no lo hace, se enferma. Dentro de un rato te vas allá, como quien no quiere la cosa y le abres el espiche.

—Para espiches estoy yo —respondió misia Carmelita—. En fin. Te complaceré.

También Adelaida tenía necesidad, no de hablar, porque su espíritu reservado y tímido sentía horror a la expansión, sino de estar sola, aislada del mundo, donde nadie la viera.

¡Cómo le hervían dentro del corazón los sentimientos! ¡Y cuántos nuevos, desconocidos, inimaginables, se le habían revelado aquella mañana!

Pero al levantarse de la mesa, Eleonora le propuso:

—Vayamos hasta el quiosco. ¿Quieres?

—Preferiría recostarme un rato. Me duele un poco la cabeza.

—Estaremos un momento nada más. Allí hay fresco y sombra.

Adelaida comprendió que quería hablarle de Hilario y aunque no se hallaba en ánimo de confidencias, accedió. Caminaron bajo los árboles del parque, silenciosas, cogidas del brazo, hasta el rústico quiosco levantado en medio de un solitario paraje de grata sombra y suave silencio. En medio del suelo de tierra apisonada, sobre un tronco enterrado en ella, había una mesa tosca con bancos alrededor. Sentáronse una frente a la otra. Eleonora entró en materia sin ambages:

—Cuéntame tus cosas.

—¿Cuáles?—interrogó, haciendo el último esfuerzo por defender su secreto.

—¿A qué esa reserva? ¿No tengo acaso derecho a pedirte una confidencia?

Nada respondió. Largo rato permaneció en silencio, con los ojos bajos, extendidas sobre la tosca madera de la mesa, en lánguido abandono de belleza yacente, las manos perfectas. Aguardando la respuesta, Eleonora se las

contempló y enternecida por aquella blancura y suavidad de azucenas, se las acarició oprimiéndolas dulcemente. Adelaida las retiró luego y hundiendo en ellas la frente, puesta de codos, sacudió la cabeza, como quien trata de alejar un pensamiento doloroso.

—¿De modo que es cierto?—exclamó Eleonora, con un tono afectuoso de sorpresa y reconvención—. ¿Te has enamorado de Hilario?

—Sí.

Horas antes no hubiera podido responder así. Algo de esta verdad categórica había adivinado, es cierto, o mejor dicho, presentido, la mañana del paso del río, cuando Hilario la levantó en vilo entre sus potentes brazos... Pero entonces, fue repugnancia de la brutalidad que se le revelaba en aquella fuerza extraordinaria y en aquella actitud resuelta y luego miedo y horror casi de que aquel hombre pretendiese hacerla suya, porque algo le decía dentro de su corazón que si lo intentaba, ella no podría resistir. Nada de esto era lo que ahora experimentaba; ahora quería, con todas las ansias de su ser, pertenecer a aquel hombre. Su alma tímida, su delicado ser entero, su vida toda, corría hacia Hilario, fuerte, brutal y valiente, como corre el río manso y débil hacia el mar inmenso y temible. Ciertamente que lo deseaba con temor; pero ya no era el miedo frío y feo que encoge el corazón y llena el cerebro de ideas torpes, sino el que, por lo contrario, tiende el espíritu como un arco y lo lanza al encuentro del destino, lleno de hermosos y confiados pensamientos. ¿Tendrían acaso alguna relación éstos que ahora atravesaban por su alma, libres y amplios como el gran viento que sopla sobre las lomas, con aquellos sueños cándidos y vagarosos del hombre perfecto, todo delicadeza?... Ninguna podían tener. La visión que relampagueó ante su alma, horas antes, cuando aquel hombre gritó, alegre y valeroso: ¡aquí está Hilario Guanipa!, en nada se parecía a aquellas vislumbradas a través de brumosos sueños, junto al piano, cuando sus dedos fatigados descansaban sobre el último acorde de un nocturno de Chopin.

Eleonora volvió a interrogar con la entonación que impone la fatalidad de los hechos consumados:

—¿Qué le encontraste a ese hombre que te pudiera agradar?

—Precisamente que no tiene nada de lo que yo buscaba. Eleonora la miró un rato en silencio y luego dijo:

—Tienes razón. Me explico perfectamente tu caso.

Y Adelaida, después de una nueva pausa que se prolongó mucho tiempo:

—¿Qué irá a ser de mi vida, Eleonora? ¿Qué me tendrá reservado la suerte?

Eleonora tardó un poco en responder:

—Todo, menos lo que tú le pedías.

Después de oír estas palabras, que Eleonora pronunció de un modo extraño, a Adelaida le pareció como si el silencio que la rodeaba se hubiera hecho más hondo, más desolador.

Propuso la vuelta a la casa. Eleonora accedió; ya no necesitaba saber nada más. Por el camino, Adelaida le dijo:

—Voy a pedirte el último favor. Hilario me dijo esta mañana que esta noche, a las diez, venía a hablar conmigo. ¿Quieres acompañarme?

—Bueno. Te acompañaré; pero sin que él sepa que estoy contigo.

—Gracias. Será el último favor que te exijo—repuso con acento de profunda tristeza.

—¿Por qué insistes en que será la última exigencia?

—Porque comprendo que después de haber tomado yo mi determinación de aceptar a Hilario, no podremos seguir siendo lo que hasta ahora hemos sido nosotras. Tú te apartarás de mí.

Eleonora luchó un rato para dominar su emoción. Al cabo pudo decir:

—Te prometo que mientras tú seas Adelaida Salcedo, yo seré para ti la de siempre.

Y después de una pausa dolorosa:

—También tengo que confesarte algo. Estoy resuelta a aceptar a Gustavo Friedel.

Gustavo Friedel era un caballero alemán, ya no muy joven, que había llegado a Venezuela pocos meses antes, como representante de una firma de comercio

de Hamburgo que comenzaba a buscar plaza en el país para sus productos del ramo de ferretería. Eleonora lo había conocido en el baile con que la Legación alemana celebraba el natalicio del Káiser. Gustavo Friedel se enamoró de ella desde el primer momento; pero aunque era un caballero muy distinguido y tenía una posición bastante halagadora, no lograba entusiasmarla. Uno de los motivos de la negativa de Eleonora a aceptarlo era que Friedel radicaría su hogar en Hamburgo y ella no quería ausentarse definitivamente de su patria, más que todo, por no separarse de Adelaida.

Ahora que ésta le confesaba su determinación de aceptar a Hilario Guanipa, lo que implicaba un rompimiento con ella, pues tales amores iban contra los más arraigados principios y escrúpulos de la familia del Casal, Eleonora decidió también aceptar a Friedel. Casándose con él, pondría mundo por medio entre ella y el humillante y doloroso espectáculo del matrimonio de su prima y amiga íntima con aquel hijo de Modesta Guanipa, la cogedora de café.

Así lo comprendió Adelaida y su corazón se llenó de dolor.

—¡Quiere decir que te irás de Venezuela, que no te veré más!

Eleonora no respondió. Siguieron caminando en silencio. Llegadas cerca de la casa, Eleonora, buscando un pretexto para separarse, se quejó de un repentino dolor de cabeza y se fue a su aposento. Adelaida, deseosa de hallarse a solas, se quedó en el jardín.

Pero allí, con análogas ansias, estaba don Jaime, paseándose por los viales. Tropezáronse inesperadamente.

—Tú ibas y yo venía. Sigamos, pues, juntos— díjole don Jaime, agradecido con la coincidencia que los había reunido, porque en aquellos momentos de su espíritu, sólo la compañía de Adelaida podía hacerle grato el silencio, cuando la emoción quería desahogarse en palabras y las conveniencias no se lo permitían.

Caminaron un rato sin hablar, dejando atrás el jardín, por un callejón orillado de caobos centenarios que le hacían con sus entrelazadas ramas alta cúpula ojival; pero don Jaime no pudo contenerse más tiempo y empezó a hablar:

—¡Este Hilario! ¡Cuánto me preocupa el muchacho! De su natural impetuoso y de su corazón vehemente puede esperarse, a la vez, todo lo bueno y todo lo malo. Valiente, audaz, dotado de una naturaleza generosa, sin miedo ni a la vida ni a la muerte, sólo le falta una mano sabia que le vaya desbastando el alma... Me preocupa su suerte, me aflige pensar que esa fuerza que alienta en él se desvíe y lo conduzca a un destino deplorable. Temo por él, como por el fuego, que atendido calienta y alumbraba, pero descuidado, incendia y devora. Si Dios quisiera... ¡Si Dios quisiera salvármelo! Una mano sabia, suave y fuerte a la vez, un corazón generoso, capaz de pequeños, pero continuados sacrificios, para un verdadero triunfo final...; una mujer que lo entienda y que lo salve de sí mismo, porque su mayor enemigo es su propio corazón.

Hizo una pausa, alentó hondamente para apaciguar la agitación de su pecho que le quebraba la voz. Y al cabo, recobrando el dominio de sí mismo y temeroso de las consecuencias que pudieran tener sus palabras, concluyó:

—¡Bah! Me exalto. Digo cosas imprudentes.

Suspensa en aquellas palabras encendidas de emoción paternal, Adelaida se había sentido transportada a un plano de elevación de espíritu donde resplandecía su amor con una luz nueva y gloriosa. ¡Ella sería aquella mujer de quien hablaba don Jaime! Ya no iba hacia Hilario empujada por la fuerza ciega de su pasión, ya no preguntaba tampoco qué le tendría reservado la suerte, ni se le encogía el corazón al prever que todos la abandonarían. Su amor brotaba ahora limpio y sereno, de la fuente misma de la bondad. ¡Ella sería la mujer que necesitaba aquel hombre de quien se podía esperar, a la vez, todo lo bueno y todo lo malo!

—Padrino. ¡Yo seré esa mujer! —exclamó decidida.

Don Jaime, que no esperaba eso, se detuvo sorprendido. Luego posó su diestra sobre la cabeza de Adelaida y le dijo:

—¡Hija!... ¡No! ¡No! ¡Tú, no! ¡Para ti sería demasiado! Pero Adelaida sentía que aquella suerte era para ella y ya no quería trocársela por otra.

X

En la noche, como de costumbre, quiso don Jaime que Adelaida amenizase la velada tocando al piano.

—¿Qué quiere que toque, padrino?

—Tu repertorio romántico: Liszt, Chopin. Lo que más te agrade, hijita; menos nocturnos, porque me entristecen un poco. Hace días que no tocas aquella Berceuse tan delicada. Quiero algo alegre esta noche. Tienen ustedes unas caras tan sombrías. Sobre todo tú, Eleonora. ¿Qué te sucede, hijita?

—Nada, papá. Será de cansancio.

—Recia ha sido la jornada, ciertamente. Vamos, Adelaida, apacíguanos un poco los nervios con tu divina música.

Y Adelaida se sentó al piano. Nunca había tocado como entonces lo hacía: nunca, tampoco, volvería a tocar así. Bajo sus dedos virtuosos, el piano, dócil, tradujo sus sentimientos, llenando de amplias y tormentosas sonoridades la sala, porque los sentimientos que aquella noche dominaban en su alma no eran los habituales, lánguidos y suaves, que gustaban desfallecer en el melancólico sentimentalismo de los nocturnos, sino más bien los que parecen haber inspirado las polonesas y las rapsodias brillantes y las atormentadas patéticas, música fatalista también, pero que hace pensar en luchas valientes de almas trágicas con el inexorable destino.

Oyéndola tocar tal música, cuando, por el contrario, esperaba algo tierno y sentimental, cónsono con el estado de espíritu en que las confidencias de la tarde las habían dejado a ambas, Eleonora se sintió molesta y hasta enojada con ella. Había en aquella briosa ejecución cierta altanería —esa altanería con que los caracteres débiles alardean de sus inesperadas e inexplicables determinaciones— que no podía serle grata a Eleonora, que la llenaba de confusión.

Era, en efecto, una desconcertante manifestación de un carácter. Adelaida, la de la voluntad abolida, la del espíritu formado por la obediencia ciega para la sumisión absoluta, la que nunca había sabido decir: esto quiero, asumía de pronto una actitud resuelta y se lanzaba contra el destino, fortalecida por un ideal. Cuando terminó de tocar y dio la espalda al piano, haciendo girar el asiento, mostró su rostro encendido como una bandera de guerra, sus ojos, que fulguraban de una manera extraña.

Don Jaime dijo, poniéndose en pie:

—¡Vaya, pues, hijita! No conocía ese aspecto de tu temperamento de artista. ¡Y has estado admirable! Hasta mañana. Dios te pague el rato tan agradable que me has hecho pasar.

Y bendiciendo a las hijas y a la ahijada, se dirigió a su aposento.

Doña Agueda lo acompañó. Eugenia abandonó la sala, silenciosa y hermélica, como había estado durante toda la velada. Luego se levantó misia Carmelita:

—¿No vas a acostarte, Adelaida?

Eleonora respondió por ella, fiel a su promesa de la tarde:

—Adelaida se queda un rato conmigo.

—Hasta mañana, pues. Que Dios te bendiga, hija.

Quedaron solas Eleonora y Adelaida, ésta todavía sentada al piano; aquélla reclinada en una mecedora, con los ojos entornados para que fuese menos violento el silencio. Así transcurrió un rato. Dejáronse de oír los ruidos de la casa. Ya todos dormían, sólo ellas velaban y esperaban. En la araña que pendía del alto techo, en el centro de la sala, también se adormitaban las amarillentas lu-

ces de las lámparas. El teclado silencioso del piano parecía esperar también... Afuera, la suave sinfonía de la noche arrullando el sueño de los campos y un soplo frío que entraba en la sala.

Eleonora dijo, sin abrir los ojos:

—Toca. Pero no como ahora.

Adelaida hizo girar el asiento y del silencio comenzaron a surgir, sin brusca transición, los acordes de un nocturno de Chopin. Fue precisamente, cuando Hilario, cansado de esperar en el jardín, se resolvió a acercarse a la casa. En su alma voluntariosa, más que nunca eran aquella noche irrefrenables los propósitos. Quería ver a Adelaida; a toda costa necesitaba hablarle.

—¡Ah! ¡Sí! Es necesario que yo hable con ella. Hasta por encima del viejo si se me atraviesa y trata de impedírmelo.

Desatados, como lo habían sido aquella mañana, sus instintos de presa, dio en concebir un plan insensato: raptar a Adelaida, llevársela aquella misma noche, camino del Llano, al remoto Arauca, adonde nadie había de ir a reclamársela. La pasión que se había adueñado de su alma impetuosa no respetaba ya obstáculos. Comprendía que toda la familia, incluso don Jaime, se opondrían a que Adelaida se casase con él, y puesto que de buen grado no se la darían, resolvió tomarla por la fuerza, en seguida... Después... ¡Qué le importaba lo que pudiera sucederle después! Así le costase la vida, estaba dispuesto a llevar a cabo su propósito. ¿Acaso no la había arriesgado más aquella misma mañana?... Además, Adelaida era suya desde que él la levantó en sus brazos en el paso del río. Ella también quería pertenecerle; se lo habían dicho sus ojos varias veces, se lo confesaron, especialmente cuando él refirió su hazaña en casa de los Alcober. ¡Benditas miradas aquellas que tanto le dijeron!

Atravesó el corredor con pasos sigilosos. Era Adelaida la que tocaba el piano, como él había sospechado, y estaba sola, al parecer. Se detuvo a contemplarla a su gusto. Una señal suya la haría abandonar el piano y venir a reunírsele. Entonces le propondría salir al jardín, más propicio. Ella accedería, sin duda alguna. ¿Y luego?... Allí estaba el caballo esperándolos. Después, la carrera a

través de la noche, el tembloroso cuerpo delicado entre sus brazos... y al fin, ¡la llanura salvaje!..., el lejano Arauca, la posesión tranquila de la mujer amada... ¡Jípa! ¡Cómo devolvería la llanura su grito de triunfo!

Pero... ¡aquella música!... ¿Qué virtud tenía, desconocida para él, que no le dejaba hacer la señal necesaria para que Adelaida fuera a arrojarse a sus brazos? ¿Por qué lo subyugaba hasta el extremo de no poder moverse, de querer retener el aliento para escucharla mejor?... ¿Qué era esto, nunca imaginado siquiera, que de pronto se le manifestaba en los acordes que los dedos de Adelaida producían, acariciando apenas el teclado del piano? ¿De qué mundo misterioso, jamás vislumbrado venían aquellos sonidos que le suspendían el alma en arrobamientos desconocidos, aquel soplo invisible de belleza que le iba apagando dentro del corazón las brasas impuras del deseo?

Adelaida terminó de tocar. Se quedó largo rato con las manos extendidas y posadas sobre el teclado. Hilario la contempló lleno de inefable emoción. Su dulce figura, los dorados reflejos de las lámparas sobre sus undosos cabellos, la languidez de la cabeza inclinada sobre un hombro, la carne blanca y fina del cuello, de los brazos desnudos, sus manos, aquella perfección nunca vista de sus armoniosas manos, todo le produjo un sentimiento singular, el primer sentimiento delicado que experimentaba el alma ruda de un Guanipa... Dio un paso atrás. Luego otro y otro... Ya no veía a Adelaida y le pareció que para nada más necesitaba los ojos aquella noche... Ya estaba a campo raso otra vez... Ya iba por el camino obscuro, solo, despacio, feliz... ¡Singularmente feliz!

XI

¡No! ¡No! Eso no puede suceder. Hay que evitarlo a todo trance. Ese enamoramiento absurdo no pasa de ser un capricho momentáneo de Adelaida. Yo debo hacer todo lo posible por quitárselo de la cabeza. ¡Qué locura!

Esto pensaba Eleonor aquella misma noche, al meterse en el lecho, y a la mañana siguiente, muy temprano, le comunicó a su madre lo que Adelaida le había confesado la víspera.

—Ya me lo suponía —dijo doña Agueda—. Y a Carmelita tampoco se le ha escapado. No me ha querido decir nada, pero sé que “la procesión le anda por dentro”. Es necesario que Jaime se entere. Ninguno de nosotros puede ver con ojos de indiferencia esa insensatez de Adelaida. ¡Y tan juiciosa como ha sido siempre!

Pocos momentos después conferenciaban con don Jaime. Este ya se había trazado su plan desistiendo de confiar a Hilario la administración de Cantarrana. En aquella situación las cosas, no era natural ni prudente que el mozo se mantuviera en relaciones con la familia. Por lo contrario, era menester que se volviese al Llano, conforme a sus deseos, para que la ausencia y la distancia ayudasen a las persuasiones de la razón en el ánimo de Adelaida. Pena le causaba adoptar esta dura determinación; pero sus particulares afectos no podían prevalecer contra las superiores imposiciones de la tranquilidad de la familia,

tanto menos cuanto que tales afectos no tenían, en ese caso, la aceptación de la sociedad y él era muy respetuoso de las conveniencias sociales, con las que estaba comprometido su nombre en pacto de honor tradicional. Hasta allí sus antiguos y menguados devaneos juveniles no habían pasado de la intimidad de la familia; pero si los amores de Adelaida e Hilarito se formalizaban, la desagradable historia se haría pública y se suscitaría el escándalo, porque en Caracas, en la esfera social que ocupaba su familia, no había reputación más acrisolada e intachable que la suya, y para mantenerla con verdadero decoro él estaba dispuesto a los sacrificios que fueran necesarios.

Además, no podía consentir en que Adelaida llevase a cabo el romántico holocausto de su vida por cumplir aquella promesa que le había hecho él, cuando la exaltación de su ánimo le hizo proferir las imprudentes palabras relativas a la preocupación que le causaba el porvenir de Hilarito, promesa que, seguramente, era para Adelaida una de esas justificaciones bajo las cuales el corazón enamorado cobija su absurda pasión.

—Dispón la vuelta a Caracas. Telefonaré en seguida a Jaimito que nos mande dos coches a Cantarrana ahora mismo. Llegarán esta noche y mañana saldremos de madrugada. No es prudente esperar a que pasen las Pascuas. Los inevitables encuentros entre Adelaida e Hilarito en estos días de fiesta pueden complicar más las cosas. Pero resérvate los motivos. A Carmelita puedes decírselo, si quieres, bajo igual reserva; pero a Adelaida... cualquier pretexto..., que no me siento bien, por ejemplo. Después de todo no es completamente falso.

Así se hizo. Pero Adelaida comprendió cuál podía ser la causa de aquel intempestivo regreso a Caracas. Naturalmente, se guardó bien de darse por enterada.

Sin embargo, Eleonora no quiso ocultarle que ella había sido la causante de tal determinación.

—Tú me perdonarás si te parece que te he traicionado; pero mi deber es ayudarte a que te libres de ese capricho. Porque a pesar de lo que hablamos

ayer, yo no puedo creer que sea una verdadera pasión, sino un capricho momentáneo lo que sientes por Hilario.

—No te intranquilies. La culpable no has sido tú. Padrino lo sabe por mí.

—¡Pero, Adelaida! Recapacita. ¡Un hombre tan opuesto a ti! No hablemos de la condición social... Pero las costumbres, el género de vida, el carácter... Eso sería un disparate, Adelaida, una locura...

—Ayer me dijiste que tenía razón. Por otra parte, ahora no es capricho, sino algo más que si te lo explicara, tal vez también me darías la razón como me la diste ayer.

—Pero ayer me encontraba yo en un estado de ánimo fuera de lo natural. Lo que acaba de suceder..., quizá hasta la hora y el sitio donde conversábamos... En fin: ¡que todas tenemos nuestra hora romántica! Pero después recapacité y vi claramente que era un absurdo y me propuse ayudarte a evitarlo. Tú apenas has visto a Hilario una o dos veces. Todavía no has hablado formalmente con él. Anoche te dejó esperando, por fortuna. Dije a mamá lo que sabía y entre ella y papá han resuelto que regresemos a Caracas. Yo creo que tú debes meditarlo bien, pensarlo mucho, antes de decidirte.

Adelaida la dejó hablar, impasible, como si no se tratara de ella, y cuando Eleonora concluyó, le dijo, mostrándole una esquelá:

—Ya es tarde. Mira. Hilario me mandó esta carta esta mañana.

La carta decía:

“Anoche fui a la Casa Grande a hablar con usted, como le había dicho. Estaba usted tocando el piano, sola en la sala, creo que esperándome. Allí estuve un rato, viéndola, y me vine sin llamarle la atención. No le podría explicar ahora por qué me vine; algún día se lo explicaré. Yo no la veré más a usted hasta el día en que vaya a buscarla a su casa para casarnos. Espéreme. Yo iré.”

Eleonora se quedó perpleja, con la carta en la mano, mirando a Adelaida. Al cabo habló:

—Yo no entiendo estas cosas. ¡No las entiendo! A mí me consta que ustedes no han tenido todavía una entrevista. Anoche, por primera vez, iban a hablarse.

Y ese hombre, sin saber si tú lo aceptas, te escribe estas cuatro líneas, que todo parecen menos una declaración de amor, y te habla de matrimonio y de que lo esperes, sin tomar en cuenta tu voluntad, sin declarársete siquiera, sin dedicarte una palabra cariñosa. ¡No entiendo! ¡No entiendo estos amores! Francamente, Adelaida, tengo que decírtelo aunque te enojés conmigo: este hombre te considera a ti como una cosa suya, como a un objeto, al cual no se le pregunta si quiere o no quiere.

¿Y para qué va a preguntármelo si ya lo sabe?

—¿Cómo?—exclamó mirándola a los ojos—. ¿De modo que en este asunto solamente él es quien tiene que decidir? ¿Y tu voluntad? ¿Por qué no la usas, aunque sea para decir sí?

—¡Pero si él lo da por dicho! ¿Para qué se lo voy a decir?

—Mira, Adelaida, una de dos: o no quieres que yo me meta en este asunto y por eso me contestas así, o... te has vuelto idiota. Y dejemos esto.

Momentos después, Adelaida contestaba la carta de Hilario. Comenzó haciéndole las mismas observaciones que le había hecho a ella Eleonora: que no tomaba en cuenta su voluntad, que ni siquiera le preguntaba si ella lo aceptaba, que no comprendía cómo pudieran ser aquellas cuatro líneas, secas y autoritarias, una declaración de amor...

Pero releyó lo escrito y se dijo:

—¿A qué conduce todo esto? Son tonterías de Eleonora.

Rasgó la esquila y, tomando otra, escribió:

“Recibí su carta. Mañana nos vamos a Caracas. Lo esperaré.”

Y por conducto de Taparita, que fue quien le llevó la de Hilario, mandó la carta.

Al día siguiente regresaba a Caracas.

El tono breve y seco de la carta de Hilario tenía su explicación.

Comenzó a escribir al regreso de la Casa Grande, todavía bajo la emoción de aquel primer sentimiento delicado que su alma ruda experimentó mientras contemplaba a Adelaida al piano. Trató de explicarle cómo el hechizo de la

música lo había hecho desistir de hablar con ella; pero, claro está, no le fue posible expresar su pensamiento. Rompió la carta y empezó a escribir otra, llena de alabanzas a la belleza sin igual de Adelaida y de tiernas promesas de amor; pero todo le pareció ridículo, indigno de ella, inexpresivo, porque Adelaida no era para él una de tantas mujeres a quien se le podía decir lo que se dice a todas, sino un ser extraordinario, sobrehumano, hecho de una substancia diferente a aquella de que están hechas las demás mujeres, y también, porque él no estaba acostumbrado a expresar este género de pensamientos por escrito. El había enamorado a muchas mujeres, a muchas, deslizándoles al oído cálidas frases de amor, tan ardientes, que casi siempre todas se habían ruborizado al oír las; pero para dirigirse a Adelaida, para expresarle su amor a aquella divina criatura que con sólo deslizar sus maravillosos dedos por el teclado del piano le había hecho sentir lo indecible, a aquel ser casi inmaterial que..., ¿cómo diría él?... , ¿que se parecía a la música que tocaba!..., para eso no tenía él palabras aprendidas, ni se molestaba en buscarlas. Rompió otra vez la carta y escribió aquélla, breve, seca.

Además, la vida se le había vuelto, de pronto, inesperadamente grave. No por reflexiones, porque su espíritu embastecido no era capaz de ellas, pero sí por inexpresables intuiciones, había comprendido, de la noche a la mañana, que su situación en la vida se había transformado desde que se enamoró de Adelaida Salcedo. Ahora su vaga ambición, aquella que lo llevó al Llano en busca de unas cuantas monedas de oro y que, gastadas éstas, lo hubiera hecho ir de nuevo para derrocharlas en seguida, ahora tenía un objetivo preciso y concreto: conquistar una posición sólida que le diese un efectivo dominio de las circunstancias, para aspirar a la mano de Adelaida.

Antes de todo, desistir de la idea de complacer los deseos de don Jaime. Él lo respetaba y lo amaba de veras; pero ya no se trataba de él solamente; ahora estaba por medio Adelaida, y no podía consentir en que mañana las del Casal pudiesen decirle que se iba a casar con su mayordomo. Luego, desistir también de aquel vano escrúpulo que le había impedido usufructuar su propiedad de

La Haciendita. Aquella posesión era suya, natural y legalmente suya, porque su padre se la donó a su madre cumpliendo un deber que le imponía su conciencia.

Ocuparía, pues, La Haciendita, se consagraría a explotar sus tierras y desde allí..., desde allí vigilaría sobre Cantarrana, y poco a poco..., poco a poco, Cantarrana iría entrando en sus dominios. Entonces se casaría con Adelaida.

Al amanecer montó a caballo. Buscó a Taparita, le entregó la carta para Adelaida y cogió el camino de La Haciendita. Tomaría posesión de ella desde aquel mismo día. En el pueblo, sus amigos se quedarían esperándolo para las parrandas concertadas de Nochebuena y Navidad. Que se divirtiesen sin él. Adelaida también se quedaría esperándolo cuando en la Misa del Gallo lo buscase entre la concurrencia; pero ya él le decía en su carta que lo esperase y este plazo comenzaba desde ese mismo día... ¡A La Haciendita! ¡A la Guanipera!

Aquello era un matorral. Los cafetales invadidos por las malezas, los caminos perdidos, la Oficina convertida en escombros. Reunió unos cuantos peones y ¡a trabajar!

Las onzas de oro que llevaba en la faja desaparecieron muy pronto; don Agustín Alcober y otros comerciantes amigos le ofrecieron el dinero que le faltase, ¡y todo se lo tragó la Guanipera!; pero los cafetales quedaron limpios y bonitos, los caminos abiertos y la Oficina otra vez en disposición de trabajo. ¡Y vengan las cosechas! Mientras tanto, conucos de frutos menores, evoluciones por aquí y por allá y mucho ahorro y la vista puesta en Cantarrana.

XII

Meses después moría don Jaime.

Desaparecido éste. Hilario se consideró completamente relevado de toda consideración para con la familia y vio llegada por fin la hora de comenzar a poner en práctica sus planes respecto a Cantarrana. Las circunstancias habían de ayudarlo: por otra parte, la situación creada por la guerra civil que acababa de estallar; por la otra, las condiciones de su contendor.

Jaimito del Casal era un joven lleno de ideas de grandeza. No le faltaba capacidad para los negocios, tenía inventiva y ánimo emprendedor, pero los empleaba mal y a destiempo, en innovaciones desavenidas con el medio y en empresas poco seguras, persiguiendo fantásticas ganancias de millones. En sus viajes por Inglaterra y Estados Unidos había sabido introducirse en los círculos de los grandes hombres de negocios, y del trato con ellos sacó la cabeza llena de ambiciosos planes y de ideas innovadoras. Para implantarlas en el mundillo comercial de Caracas, rompiendo con las viejas rutinas estacionarias, a fin de abrir campos más vastos a las transacciones mercantiles, a su regreso al país publicó una serie de artículos bien documentados que llamaron la atención de las personas inteligentes y le crearon un aura favorable; pero no supo aprovecharla, por la falta de sentido práctico ocasionada por su manía de grandeza. Estableció una pedante Oficina de vagas operaciones mercantiles, montada

lujosamente, al estilo neoyorquino, con un mobiliario que le costó un diner, portero de librea y una multitud de empleados que escribían diariamente cartas sobre cartas a los banqueros y grandes comerciantes del orbe entero, todo esto a puertas y ventanas abiertas, a la vista de los transeúntes, para que el efecto fuese mayor; pero pasó el tiempo, los negocios de la Oficina no se veían, o los que se presentaban no eran de los que podían traer los codiciados millones, y entonces, abandonando el comercio, se pasó a la agricultura, o mejor dicho: cambió la gran plancha de cobre de la oficina por otra que decía: Banco Agrícola Venezolano.

A propósito de esto le había dicho don Jaime:

—Hijo, preveo que ese Banco será la tiña que acabará con Cantarrana. Si te interesa la agricultura y te preocupas por su suerte, ¿por qué no te dedicas a ella? Ahí tienes Cantarrana, métete en ella a trabajar y pon en práctica todas esas ideas innovadoras que tienes en la cabeza.

Jaimito replicó que él no se contentaba con ser un simple cosechero de café. Sus aspiraciones iban mucho más lejos: se sentía destinado para ejercer una acción más amplia e inmediata en el desarrollo de la agricultura venezolana, como se había sentido destinado también para ejercerla en la esfera de los negocios, creando la verdadera especulación mercantil. Quería legarle a su hijo Nicolás, junto con una fortuna apreciable, un nombre comercial famoso.

Cierto era que lo ambicionaba, pero también que la causa de su desdén por la agricultura activa era una de esas pequeñas causas de grandes efectos: le tenía horror al campo. Extremadamente cuidadoso del bien parecer de su persona y de la corrección de su traje, convencido, además, de que a fuerza de darse aires de banquero millonario terminaría siéndolo de veras, y, finalmente, amigo de la vida regalada y exquisita en el gran mundo, la idea de convertirse en un campesino le producía invencible repugnancia.

Muerto don Jaime, comenzaron inmediatamente a cumplirse sus vaticinios: antes que floreara el café ya tenía comprometida la cosecha, y cuando ésta empezó a granear, se vio en la necesidad de hipotecar la finca.

Doña Agueda le atribuía esto a la desgracia que siempre había perseguido a Jaimito. De niño, no logró nunca hacerse simpático a nadie; hasta don Jaime, que tanto sabía dominar sus sentimientos, dejaba traslucir a veces el disgusto que le producía el carácter del hijo; más tarde, adolescente apenas, se enamoró de una niña de quince años y hubo que casarlo a la carrera; cuando su hijito tenía apenas un año de nacido, perdió la esposa víctima de un segundo parto. Veinte años acababa de cumplir Jaimito cuando volvió a la casa paterna, con Nicolás en los brazos, viudo y desesperado. Y por último, ahora fracasaba en los negocios y se veía en la necesidad de hipotecar la hacienda que no era suya solamente.

Fernanda no opinaba que todo fuera obra de la desgracia y quiso oponerse a que se gravara la hacienda.

—Prefiero que se venda— manifestó en el consejo de familia que, para el efecto, reunió Jaime.

Este objetó:

—Nosotros no podemos deshacernos de Cantarrana, que es algo que está íntimamente ligado con nuestro apellido desde los tiempos de la Colonia. Una familia que ocupa nuestro rango social y que tiene las tradiciones de la nuestra, necesita tener una posesión agrícola. Eso, ¿por qué no decirlo?, eso forma parte substancial de la nobleza. De Cantarrana y de sus dueños, los del Casal de entonces, habla el barón de Humboldt en sus Memorias.

Dijo esto con certeza de que Fernanda no insistiría en que se vendiera la finca, porque ella subordinaba todo a la razón de nobleza, y en efecto, Fernanda no rearguyó por el momento.

Pero Eleonora sí observó, mientras se pulía las uñas, con una vaga sonrisa:

—Yo no he leído dónde dice Humboldt nada de Cantarrana.

—¡Bien! Pon tú que no lo diga. Pero allí se alojó. Esto no me lo negarás. Y que no hubiera estado allí tampoco, ¡qué importa! Creo que las razones que he expuesto son evidentes. Por otra parte, juzgándolo ahora desde el punto de vista material de la renta y a punta de lápiz.

Sacó uno, para no escribir nada, por la fuerza del hábito solamente, y concluyó:

—¿Qué irían a hacer ustedes con ese dinero si Cantarrana se vende? Colocar, ¿no es así? —se guardó otra vez el lapicero de oro, dentro de la perfumada cartera, siempre provista de una considerable cantidad de billetes de banco, y agregó—: Pues ya está colocado. Cantarrana paga la renta y yo la garantizo.

Esto sucedía en la biblioteca de don Jaime. Abandonó el asiento del escritorio desde el cual hablaba a su madre y a sus hermanas y comenzó a pasearse ante ellas con el brazo izquierdo doblado a la espalda y la diestra en ángulo recto, haciendo ademanes de echar cartas, mientras explicaba que con el dinero de la hipoteca cancelarían pequeños créditos que obstaculizaban el libre y amplio desarrollo de las operaciones de su Banco, quedando así en capacidad para obtener un crédito, con el cual llevaría a cabo una operación de éxito seguro y enormes ganancias.

Antes de que explicara cuál era esta operación, Eleonora dijo con expresión de hastío, mirándose las uñas:

—Por mi parte, haz lo que te parezca.

Fernanda se encogió de hombros, recordando que su marido le había aconsejado no demostrar mucho interés en la venta y partición de Cantarrana, pues él era bastante rico y no quería disgustos entre la familia, sabedor de que doña Agueda apoyaba a Jaimito. En cuanto a Eugenia, dio también su autorización para la hipoteca, pero advirtiéndole que sólo lo hacía por complacer a su madre, quien les había suplicado convenir en lo que les iba a proponer Jaimito.

Doña Agueda, sabía que la situación de éste era bastante apurada, por causa de aquellos pequeños créditos, cuya cancelación le habían pedido en un plazo perentorio.

Se hipotecó, pues, Cantarrana. Era la primera vez que aquella finca sufría un gravamen. Fue dos años después cuando se supo que aquel dinero había salido de manos de Hilario, a las cuales fue a parar el documento de hipoteca, mediante otro, privado, con la persona con quien trató Jaimito la operación.

Las cosas sucedieron así: la firma Hanssen & Co., exportadora de café, había prestado una valiosa ayuda a don Jaime cuando éste emprendió la restauración de la hacienda, abriéndole créditos liberales, y desde entonces recibía todo el café de Cantarrana. Muerto su padre, Jaimito canceló aquel compromiso, que no era solamente comercial, sino también de consecuencia amistosa, por complacer a Olaizola —a tal punto llegaba la sugestión que éste ejercía sobre su ánimo—dejándole absoluta libertad para vender las cosechas a un comerciante amigo suyo, antiguo compañero de andanzas y truhanerías.

Sabedor de esto Hilario, en cuanto descubrió por conversaciones de Olaizola que Jaimito pensaba hipotecar la hacienda, se fue donde los Hanssen y les explicó su plan.

—Lo que quiero es evitar que Cantarrana vaya a pasar a manos extrañas. Haciendo yo la hipoteca, por medio de un amigo que no dirá que soy yo quien da el dinero, puedo mañana impedir que Jaimito le venda mañana la hacienda a un extraño, porque estaré en mejores condiciones que nadie para comprarla.

—Cuenta con el dinero—le prometió don Carlos Hanssen, con quien mucho había hablado don Jaime acerca de las grandes condiciones de Hilario para el trabajo—. Haz tú la operación y dime a nombre de quién debemos extender el cheque.

Hecho esto, Hilario comenzó a poner en práctica sus planes. Punto previo, ganarse la complicidad de Olaizola.

Sabedor de que la pasión dominante de éste, descontada la del juego, eran las buenas bestias de silla, comenzó a marearlo pasando todos los días por Cantarrana con su caballo. Olaizola se enamoró de la bestia y un día dijo a Hilario:

—Vecino. ¡Qué hermoso animal! Yo me sentiría feliz sobre un caballo como ése.

—Pues aquí lo tiene a su orden —le Respondió—. Yo a nadie se lo presto. Pero a usted se lo ofrezco con mucho gusto. Cuando lo quiera montar no tiene sino mandar por él. Hágase el cargo de que es suyo.

—¡Caramba! ¡Muchas gracias! Y le cojo la palabra, vecino, porque estoy verdaderamente enamorado de su caballo.

Al día siguiente llegó a Cantarrana un peón de Hilario con el caballo para Olaizola, diciendo:

—Le manda a decir don Hilario que si gusta lo deje por aquí unos días hasta que usted quiera, porque él no lo puede montar por ahora y se le pone muy fogoso si no lo ensilla diariamente. Que se haga el cargo que es suyo.

Suyo fue, en efecto, durante varios días y Olaizola, instrumento que Hilario manejaría a su antojo a la hora necesaria.

*

Llegó la cosecha, la primera después de la muerte de don Jaime, y se dio copiosa. Pero el mismo día del comienzo de la recolecta, cuando ya los cogedores, hombres y mujeres, en gran número, se diseminaban por los cafetales cuajados de rojas cerezas, sonaron unos tiros y corrió una voz de alarma: ¡la revolución!

Era una guerrilla cuyo jefe —el comandante Rosendo Zapata, hombre de terrible fama en toda la región tuya— se había puesto de acuerdo con Hilario para caer por la hacienda en el momento preciso de comenzar la recolección del café.

Naturalmente la desbandada fue completa. A los pocos minutos de sonar los tiros no había en toda la hacienda un solo trabajador: hombres, mujeres y chicos huyeron despavoridos y la guerrilla estuvo acampada en la Oficina durante tres días. Al cabo de éstos se retiró ante un batallón de las fuerzas del Gobierno que avanzaban sobre Cantarrana; pero los trabajadores no se atrevieron a volver a la hacienda, porque se esperaba de un momento a otro una pelea por aquellos sitios.

A todas éstas, Hilario cogía tranquilamente su café en La Haciendita. Un día pasó por Cantarrana, como si fuera de tránsito, pero en realidad para encontrarse con Olaizola. Este le dijo:

—¿Qué hago, vecino? ¡Se me va a perder la cosecha por falta de brazos!

—La cosa es grave, verdaderamente. Si este café no se empieza a coger de aquí a tres días, se pasa de tiempo. Si usted quiere podemos hacer una evolución: véndamelo así en las matas, que yo veré cómo hago para cogerlo. Nosotros dos nos entenderíamos, para que usted no salga perjudicado.

Halagado por esto último, Olaizola aceptó la proposición. Hilario compró la cosecha a precio de cosa perdida, la benefició con sus peones en la misma Oficina de Cantarrana y como subió el precio del fruto, por causa del merodeo de los revolucionarios por toda la región cafetera del Tuy y de Aragua, donde, en varias haciendas, se perdieron las cosechas, Guanipa hizo grandes ganancias que le permitieron cancelar la deuda contraída con la casa de Hanssen & Co.

Al año siguiente, la revolución no había sido dominada aún y cuando llegó la época de la recolección del café corrió la noticia de que Rosendo Zapata marchaba sobre Cantarrana. Además, en el ínterin, Hilario había prestado a Olaizola, en ocasiones frecuentes, cantidades de dinero para cubrir deudas de juego y en pago de ellas Olaizola había comprometido, por documento privado, a favor de Hilario, la cosecha de los mejores “cortes” de la hacienda.

Algo de esto debió de barruntar Jaimito, obligado a ocuparse de ello por la apremiante necesidad de dinero para cancelar los créditos consumidos por su Banco, pues cuando iba a comenzar la recolección del café se presentó inopinadamente en Cantarrana y se instaló en la Casa Grande, como para tiempo largo. Olaizola se puso malicioso y se fue a La Haciendita a conferenciar con Hilario.

—Vecino, vengo a pedirle un favor que le sabré agradecer: acépteme que yo le pague lo que le debo en dinero efectivo, con los intereses, por supuesto, y dándome un plazo de tres meses. Y vamos a darle otra forma a esos pagarés que usted tiene en su poder.

Hilario se quedó viéndolo un rato y al cabo le dijo:

—Mire, Olaizola: cuando yo doy mi palabra en un negocio no echo para atrás por nada de este mundo.

—Yo tampoco lo acostumbro, querido amigo; pero las circunstancias me obligan hoy a venir a proponerle esta modificación de nuestro compromiso, a pedirle este favor al amigo. Jaime está en Cantarrana, va a permanecer allí todo el tiempo de la recolecta y beneficio de la cosecha... y usted comprende... le llamará la atención que usted coja con sus peones un café que es de Cantarrana.

—¡Un momento, Olaizola! El café que yo voy a coger no es de Cantarrana; es mío, porque usted me lo vendió y yo se lo pagué adelantado.

—¡Perfectamente! Usted tiene un derecho, pero...

—Ya comprendo; pero Jaime no sabe que lo tengo. Pues, para que usted vea, yo estaba creyendo que esa evolución la había hecho usted con el consentimiento de él. Por lo menos así me lo dijo usted.

Olaizola no halló qué responder, aunque procuró decir algo; pero Hilario continuó:

—Además, Olaizola: a mí me han dicho que esa venida de Jaimito a la hacienda, tan desacostumbrada, obedece a que usted le mandó a decir que sería conveniente que viniera.

—¡No! ¡No! Le han dado a usted una información falsa. Le diré a usted la verdad de las cosas: Jaime ha venido a quedarse uno o dos meses en la hacienda, para salirse de Caracas, so pretexto de atender a los trabajos de la cosecha. Esto que le cuento es para nosotros dos solamente. Jaime se encuentra en una situación sumamente angustiosa, verdaderamente crítica: le han exigido la cancelación perentoria de un crédito de importancia y no quiere hallarse en Caracas por estos días. Como usted comprenderá, hoy tiene gran interés en que la cosecha le produzca lo necesario para atender a sus compromisos. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Oyendo esto, Hilario sonrió con perversa satisfacción. ¡Ya estaba la presa a tiro! Indefensa, atolondrada... ¡Qué pronto iba a caer en sus garras! El nunca creyó que los acontecimientos se precipitaran al encuentro de sus planes. Y decidió ir a conferenciar con Rosendo Zapata, para que volviese a estorbar la recolección del café.

Olaizola continuó:

—Ahora, ya usted se dará cuenta de por qué le he venido a hacer esta exigencia. Si usted insiste en cobrarse conforme a los términos de lo convenido entre nosotros, me va a poner en una situación desagradable. Yo sabría agradecerle y corresponderle el favor que le suplico.

—No se preocupe, Olaizola. Todas las cosas tienen remedio, porque la vida es dar y tomar y en el camino se enderezan las cargas. Yo no cogeré el café. Váyase tranquilo y acuérdesse de lo que me ha dicho.

Tanta fue la emoción de contento que experimentó Olaizola, que no pudo saber a qué se refería Hilario con sus últimas palabras. Deshaciéndose en manifestaciones de agradecimiento y en promesas de quedar a la recíproca, se despidió de él.

Pasaron unos días. Ya Hilario tenía cogido casi todo el café de La Haciendita; pero las matas de Cantarrana se doblegaban todavía al peso de su carga en sazón. Nadie quería ir a trabajar en Cantarrana. Los primeros recogedores que habían llegado de los campos y pueblos vecinos, habían desaparecido, como por encanto, de la noche a la mañana, dizque por temor a la guerrilla de Zapata, que merodeaba ya por allí.

Al amanecer de aquel día, cuando Olaizola supo que los cogedores ya contratados habían abandonado el repartimiento durante la noche, comprendió que detrás de aquello debía de estar la mano de Hilario; pero se guardó de comunicarle a Jaime sus sospechas, y para cumplir con éste, aparentemente —porque en realidad no lo hizo sino por colocarse en una posición ventajosa en el chanchullo que ya columbraba con Hilario— salió a contratar cogedores de café por los pueblos y campos del contorno.

De regreso pasó por La Haciendita a conferenciar con Hilario. Se lo tropezó en el camino y lo abordó, pasándose de malicioso:

—Vecino, usted como que va a tener que comprarnos otra vez el café en las matas.

—¿Yo? No, Olaizola. Este año no hago yo ese negocio —respondió sonriendo.

Olaizola se desconcertó. —¿Qué significaba, entonces, aquello?—se preguntó. Estaba convencido de que la huida de los cogedores de café había sido promovida por Hilario. Si no era para obligarlos a que le vendieran la cosecha en las matas, ¿qué miras podría tener?

Hilario repitió:

—Este año no compro un grano de café a ningún precio. Cotizándose a cuarenta y dos bolívares el quintal no dan ganas ni de coger el de las matas propias. Por eso es que nadie quiere trabajar en el café este año: los jornales que se pueden pagar no le dan la base a los cogedores. Además, esa gente no tiene necesidad de venir a trabajar este año en el café: los nortes han sido muy buenos y todos los conucos de maíz están atestados, en todos esos valles del Tuy. Y ese fruto sí tendrá buen precio, porque la cosecha de Coro se ha perdido casi toda. Continúas con la amenaza de Rosendo Zapata.

Olaizola comprendió que toda su astucia se estrellaría inútilmente contra aquella actitud inexpugnable. Pensó.

—¿Qué será, entonces, lo que está buscando? ¡Este hombre es un abismo!

Se hizo repetir la negativa, buscando por dónde metérsele:

—¿De modo que no hacemos negocio este año?

—Por el café, ninguno. Con decirle que ni el que le tengo pagado ya cogería, aunque usted me lo entregara.

Olaizola tuvo una intuición súbita:

—¿Y por Cantarrana?

—¡Ese es otro cantar!—respondió Hilario.

Olaizola acercó más su caballo y dijo, en el tono confidencial característico del pícaro:

—Compañero, la ocasión la pintan calva. Esta es la oportunidad para que usted compre Cantarrana a precio de gallina flaca. Como usted, en días pasados, me dijo que si Jaimito pretendía alguna vez vender la hacienda le avisara con tiempo, voy a darle esta piedra: hoy por hoy, Jaimito se agarra de un clavo ardiendo. Yo sé de positivo que le han dado un mes de plazo para que cancele las cuentas que tiene en los Bancos. Su única tabla de salvación es la co-secha, de modo que si no la coge está perdido. Yo le voy a confesar a usted una cosa: vengo de tratar con un individuo de por los lados de Torrequemada que se comprometió conmigo a conseguirme los cogedores de café que necesitara, si le pagaba a él un real diario por peón. El negocio es malo; pero como del agua perdida alguna cogida, yo estaba dispuesto a cerrar el compromiso con él. Pero si nosotros dos nos entendemos, le contesto al hombre que Jaime no acepta y a Jaime le digo que no hay manera de conseguir peones que quieran ir a trabajar en Cantarrana y entonces le asomo la idea de que venda la hacienda. ¡Y no hay cuestión! Jaimito, en estos momentos, le dice topo a toda parada.

Oyéndolo traicionar así a su amigo, Hilario experimentó un sentimiento de viva repugnancia que le produjo una contracción maquinal del brazo como para abofetearle. Él era capaz de llevar a Jaime a la ruina y para ello venía trabajando, primero de acuerdo con el comandante Rosendo Zapata, y luego, utilizando como un instrumento conveniente a sus planes la bellaquería a Olaizola; pero al verlo ahora dispuesto a especular con la desesperada situación del amigo que le había confiado sus intereses, el fondo incontaminado de hidalguía que llevaba en su alma se le encrespó, rechazando la ignominia del trato desleal que le proponía aquel bribón.

Dejándolo con la palabra en la boca clavó las espuelas al caballo y dijo al partir:

—Mañana tendrá Jaime en Cantarrana los cogedores de café que necesita.

Olaizola se quedó perplejo. ¿Qué significaba todo aquello? Y temeroso de los resultados que pudiera tener aquella conversación, se encaminó de nuevo hacia Torquemada, a cerrar el trato con el individuo que le había ofrecido conseguirle cogedores de café.

Hilario tomó su determinación. No le bastaba con rechazar la indigna proposición de Olaizola, quería enterar a Jaime de todo aquello. Para llevar a cabo su propósito de ponerse en Cantarrana no necesitaba la complicidad de aquel tahúr en quien Jaime tenía una confianza ciega; quería ganar la partida luchando contra Jaime de quién a quién, para que después nadie pudiese decir que le había facilitado los medios para vencerlo. ¡Hilario Guanipa no quería deberle nada a nadie!

Pasó por su casa, recogió los pagarés de Olaizola y se encaminó a la Casa Grande de Cantarrana.

Jaime del Casal no había experimentado nunca eso que se llama el amor a la tierra; pero en aquellos días, viendo los cafetales de Cantarrana que se venían abajo al peso de los hermosos granos rojos, sin que nadie quisiese ir a recogerlos, recorriendo los cafetales solitarios que ya deberían de estar llenos de la animación de la recolecta, el corazón se le colmó de rabia y de dolor.

—¿Por qué nadie quiere venir a trabajar a Cantarrana. ¿Por qué se han ido todos los que vivían por aquí? ¡Esto es obra de ese bandido de Hilario!

Gritaba iracundo, sintiendo su propia impotencia para luchar con aquel enemigo implacable que se proponía llevarlo a la ruina. Y en el silencio de los campos desiertos se perdía el eco de sus clamores de vencido.

Cuando Hilario llegó a la Casa Grande, Jaime se paseaba por los corredores, con los puños crispados, en el paroxismo de su rabia impotente, y al ver a su enemigo que dejando el caballo al pie de la escalinata, subía con aire resuelto, levantada la cabeza, duro y terrible el gesto de la faz ceñuda, creyó que venía en son de pelea y, con un movimiento nervioso, se cercioró de que llevaba encima su pistola y dejó la mano dentro de la faltriquera donde la tenía.

Hilario se detuvo al llegar al corredor y dijo, sin saludar:

—Quiero hablar dos palabras contigo.

El tuteo desconcertó a Jaime. Procurando recobrar su aplomo respondió:

—Pasa adelante. ¿En la sala o en mi oficina?

—Me es indiferente. Aquí mismo si quieres—y sacando de su cartera los pagarés de Olaizola se los tendió, diciéndole—: Entérate de esto.

Jaime leyó y, al darse cuenta de su contenido, exclamó:

—¡Cómo es posible! ¿Olaizola me estaba robando? ¡Y yo que lo consideraba amigo mío! Ahora me lo explico todo. ¡Todo! ¡Y yo que estaba tan confiado en su amistad!

Y así que hubo desahogado su indignación contra el amigo desleal, agregó, creyendo que Hilario iba a reclamarle el cumplimiento de lo prometido por su administrador:

—Como tú comprenderás, estos pagarés no tienen ningún valor contra mí. Legalmente Olaizola, ni nadie, puede afectar con sus obligaciones personales sino con sus bienes propios, de ningún modo los ajenos—y devolviéndole los pagarés—: Yo lamento...

Pero Hilario no le dejó concluir:

—No tendrán ningún valor por esto—rasgó los papeles y arrojó al suelo los pedazos—. Y no he venido a cobrarte lo que me debe Olaizola, sino a advertirte que hace poco me ha ofrecido persuadirte a que me vendas Cantarrana, contando con que yo le pagaría sus servicios, y me ha dicho que tu situación es desesperada, que hoy por hoy le dices topo a cualquier parada. Así mismo, como lo oyes.

Jaime volvió a desatarse en lamentaciones por la traición que le hacía el amigo y luego, parándose ante Hilario:

—¡Hilario! Reconozco que me he equivocado contigo y deseo reparar mi yerro: tú eres hoy el único hombre en quien quiero tener confianza. Ya que lo sabes, no te lo negaré: mi situación es hoy verdaderamente crítica y sólo tú puedes ayudarme a salir de ella. Dime qué negocio quieres que hagamos por

Cantarrana. ¿Quieres encargarte de su administración? ¿Quieres arrendármela? Yo te digo: sólo tú puedes ayudarme a salir del apuro en que me encuentro.

Hilario sonrió al responder:

—Te sigues equivocando, Jaime. Yo no he venido a sacarte de tus apuros. De mí no tienes por qué esperar nunca una ayuda.

El ánimo propenso al anonadamiento y la desairada situación en que lo dejaron aquellas palabras inmisericordes, hicieron decir a Jaime:

—¡Hilario! ¿Por qué ese odio implacable?

Pero Hilario sólo respondió:

—El único negocio que yo puedo hacer contigo es comprar Cantarrana.

Jaime hizo un esfuerzo para reaccionar:

—¿Y si yo no estoy dispuesto a vendértela?

—No importa. Si no es hoy será mañana, porque has de saber que el acreedor hipotecario de Cantarrana soy yo. La persona de quien tú recibiste el dinero no es sino una mampara mía —sacó el contradocumento donde constaba la verdad de su afirmación, y mostrándoselo a Jaime continuó—: Ahí está escrito que todos los derechos que tiene don Sebastián Rodríguez por la hipoteca de Cantarrana, me pertenecen a mí. Por consiguiente, yo soy quien tiene la opción a comprar en igualdad de circunstancias, el día que quieras vender.

Jaime comprendió que aquel enemigo era más poderoso que él y no quiso seguir luchando. Además, ya él había intentado vender la hacienda y no había encontrado compradores, a causa del malestar económico del país y de la inseguridad del porvenir.

Procurando hacer el negocio en un terreno de cordialidad relativa, para obtener mayores ventajas, atenuó sus anteriores palabras con éstas:

—Hilario, deploro que nosotros no podamos llegar nunca a tratarnos como hermanos; pero apelo a esa hidalguía que te hizo rechazar la proposición de Olaizola. Voy a entregarme en tus manos con absoluta franqueza: necesito urgentemente cubrir apremiantes compromisos de dinero y para ello he obtenido el poder de mamá y de mis hermanas, autorizándome ampliamente para

vender Cantarrana o hacer una segunda hipoteca o arrendarla... ¡En fin! Para hacer la operación que yo crea más conveniente. Es un sacrificio que hacen mamá y mis hermanas para ayudarme a salir dignamente de mis compromisos con los Bancos. Mayor sinceridad que ésta con que te hablo no es posible. Apelo, repito, a tu hidalguía: ponle tú a Cantarrana el precio que honradamente te parezca.

Hilario Guanipa era un enemigo implacable; pero en su corazón había un culto ante el cual se detenían sus pasiones: La memoria de su padre. Sacrificando a esta devoción el buen negocio que podía hacer, ofreció:

—Te doy por ella el valor que le puso el Viejo en su testamento.

Era mucho más de lo que Jaime había pedido al ofrecerla en venta. El halago de poder cubrir con aquella cantidad sus deudas, quedándole algo para hacer un viaje a Estados Unidos, en busca de nuevos negocios y para que Caracas se olvidase un poco de sus fracasos; y, por otra parte, la penetración del sentimiento filial que expresaron las palabras de Hilario, conmovieron a Jaime. Respondió tendiéndole la mano:

—Has sido generoso, Hilario. Yo lo esperaba así. Cantarrana es tuya.

Otra vez fue la casa de Hanssen & Co. quien suministró el dinero a Hilario. Pasaron dos años. Ya había cubierto la mayor parte de la deuda y ante él se abría el porvenir lleno de promesas. ¡Ya podía ir en busca de Adelaida!

Segunda parte

De la voluntad abolida

Aquella noche floreció el cafetal. Al alba aparecieron los gajos floridos y era, bajo la sombra de los altos guamos, como si toda la noche hubiese estado nevando.

Por los caminos de Cantarrana transitaban grupos alegres de campesinos engalanados hacia la casa de Hilario: Damián, el de Loma Larga, con sus hijas Eufrosina y Damianita, dos rústicas de lindos rostros curtidos por el sol y el viento de la loma donde tenía el padre un rancho en medio de sus cebollales; Marcelino, el de El Cedral, con Guadalupe, Candelaria y Modesta, tres de sus ocho hijas, mestizas de morenas caras pecosas, isleño de Canarias el padre, mulata de Cantarrana la madre; y Jerónimo, el vaquero, y Nicomedes el medianero, y Danielito, el guardabosque. Se dirigían a la Casa de Tejas situada en la fila de los pomarrosos, invitados por Hilario a la ternera con que celebraría su matrimonio con Adelaida Salcedo. Acudían en cabalgata por las angostas veredas, mientras por el camino del pueblo llegaban don Agustín Alcober, con dos de sus hijas; el Padre Jamarillo y muchos otros de los innumerables amigos que allí tenía el desposado.

Ya en el patio de la casa —un plan de tierra apisonada, cercado de pomarrosos— estaba el enorme caldero donde se freían los chicharrones, que Taparita iba sacando de la hirviente manteca, con una punta de carrizo, y más allá,

colgando de unos botalones, el castillar y los cuartos de la ternera. Un zambo retaco, arremangado hasta los codos, les enjugaba la sanguaza con un trozo de coleta empapada en agua, mientras los perros se disputaban las piltrafas esparcidas por el suelo, con torva envidia de los zamuros que habían acudido al festín y vigilaban, graznando, desde las ramas de un bucare. En la cocina, entre el humo de la leña, la india Justa mondaba las verduras para el sancocho de gallina; el negro Rufó sazonaba la guasacaca y dos mozas de un rancho vecino iban sacando del budare las doradas arepas, mientras otras aderezaban la mesa en el corredor; un peón preparaba el guarapo fuerte, otro tenía a su cargo el barril del aguardiente y todos trabajaban alegres charlando y contando anécdotas y hazañas de Hilarito.

—¡Ah, Taparita! ¿Cómo jué lo del caballo?

—¡Guá! Que Hilario sabía que a don Carlos le gustaba más una güena bestia que dormir acostado...

Y refería el episodio, ponderando la artimaña de Hilario, que se había hecho célebre por todos aquellos lugares.

Iban llegando los invitados. Entraban al patio por la puerta trasera de la casa a la cual conducía un sendero a través del cafetal, cerrado en su extremo por otra puerta de golpe. Las mujeres venían en burros, los hombres a caballo; desmontaban en el patio e iban arrendando las bestias a los troncos del cercado de pomarrosos.

—¿Cómo están por aquí? ¡Salú, señores!

—Pa servirle, ño Marcelino. Pase palante, don Damián. Sin novedá, señora Pascuala.

—¿Entoavía como que no han llegado los novios?

—Entoavía. Usté sabe que novio no anda nunca de prisa por los caminos solos y obscuritos, como estos de Cantarrana.

Y un coro de groseras risotadas celebró el malicioso dicho.

Unos se acercaban a pellizcar los chicharrones; otros formaban corrillo en torno al matarife y las mujeres se metían en la cocina a gulusmear.

—¡Caramba!—exclamó Pascuala con cantarino acento isleño—. ¡Aquí hay comida pa una tropa!

—Don Hilario quiere que nadie se quede con hambre

—intervenía Taparita—. Usted sabe cómo es él para gastar lo suyo. Contín más un día como hoy.

—Pa eso tiene bastante plata —añadió otro por allá—. Da gusto cómo ha puesto a Cantarrana en obra de nada.

—Y la suerte que le ayuda. Ese nació parado; todo le sale derecho. Mire si no cómo se prepara la cosecha de este año, que es la primera que va a ser suya, verdaderamente, pagados ya los reales que le prestaron para comprar la hacienda. Nunca se había visto en Cantarrana un floreo como éste. Y esa flor cuajá. Fíjese en el tiempo.

—Es que Dios ayuda a los hombres que son como Hilario: trabajador y amigo de ayudá al cristiano.

—Esa es la pura verdá. Caritativo con el pobre y consecuente con el amigo. Aquí estamos viendo la prueba: él ha podido invitar a los mantuanos de Cantarrana, porque con todos se codea y todos lo estiman; pero no, aquí estamos nosotros solamente, que somos los que le servimos a él.

—¿Qué están diciendo de los mantuanos de Cantarrana? —bromeó don Agustín Alcober, apareciendo en compañía del Padre Jaramillo y de sus hijos.

—Con usted no va eso, don Agustín.

Y todos se enredaron en tina charla más y más animada, a medida que el peón daba vueltas a la llave del barril del aguardiente. Los jóvenes Alcober hacían la rueda a Eufrosina y a Damianita; Danielito conversaba con Guadalupe, muy juntos los rostros, y el Padre Jaramillo narraba cuentos picantes y apuraba un vaso tras otro, carraspeando y lanzando escupitajos.

Por fin alguien dio la voz:

—¡Ahí vienen los novios!

Hízose un silencio, cruzáronse algunas sonrisas, e imitando a don Agustín, los invitados pasaron al corredor delantero de la casa, atravesando por la sala

de recibo, y allí se detuvieron, en una actitud entre respetuosa y cohibida. Las mujeres, ocuparon la primera fila, ansiosas de conocer a la señorita “mantuana” que era ya la esposa de Guanipa.

Más blanca que la flor del café era la palidez de Adelaida y esto aumentaba la belleza triste de sus grandes ojos negros. Saludó con una sonrisa lánguida, que se quedó un buen rato dibujada en el rostro.

Hilario echó pie a tierra, rápido, y acudiendo a la novia antes que don Agustín pudiera ofrecerle el apoyo de su mano, la tomó en sus brazos y la depositó suavemente en el suelo. Luego, conduciéndola ceñida por el talle, avanzó hacia sus invitados y la presentó:

—Bueno, pues, amigos. Aquí tienen ustedes a mi mujer.

Uno a uno fueron estrechando entre sus manos encallecidas por el manejo de la escardilla o el arado, la mano de Adelaida, la incomparable mano de todas las perfecciones. Las mujeres la saludaron tocándola en el hombro, al musitar sus nombres tímidas y azoradas.

—Adelaida Sal... Adelaida de Guanipa— se presentaba ella, aún no acostumbrada a este áspero nombre que parecía salirle de los labios con dificultad.

Y cuando terminaron las presentaciones, Hilario le dijo:

—Bueno, Adelaida. Esta es mi gente y desde hoy en adelante ésta será también la tuya.

—¡Gracias! ¡Gracias, Hilarito! Se estima el cariño—murmuraron los campesinos, verdaderamente conmovidos.

En cuanto a Adelaida, no supo qué respondió, ni tampoco pudo darse cuenta de lo que pasó por su alma en aquel momento.

Don Agustín Alcober la saludó en último término:

—¿Cómo estás, mijita? ¿Cómo dejaste a tu mamá?

—Bien, don Agustín—y se quedó mirándolo, agradecida de aquella delicadeza y de aquel tono paternal.

La casa que habitaría era la misma que ocupó Hilarito cuando fue mayordomo de la hacienda, de tapias de adobes, techos bajos, corredores sostenidos

por horcones y piso de ladrillos. En el centro una pequeña sala de recibo y a ambos lados dos viviendas: la alcoba y la Oficina de Hilario. Aunque los muros estaban recién enjalbegados, de los techos colgaban telarañas. Componía el mobiliario: un piano colocado en un rincón; una mesa de centro, de mármol amarillento, sembrado de manchas de aceite, sobre la cual había un florero con un mazo de espigas de cañamarga, a guisa de flores; un espejo que deformaba las imágenes, un sofá y doce sillas nuevas de esterilla. En las paredes, adornos vulgares, hechos con cartulinas de propaganda cigarrera, cromos y almanaques de farmacia y, finalmente, un cuerno de caza y una cornamenta de venado.

A Adelaida acabó de oprimírsele el corazón cuando contempló la pobreza y el plebeyo gusto con que estaba dispuesta aquella sala. Sólo el piano, el viejo piano de la Casa Grande, era allí cosa noble y denotaba un delicado propósito de complacerla, que por lo demás no parecía sino que Hilario se hubiese empeñado en hacerle comprender, desde el primer momento, que al entrar en aquélla, que hasta allí había sido habitación de los mayordomos, y no en la Casa Grande, como ella creía y era natural que hubiese sucedido, debía renunciar para siempre a todo lo que fuesen gustos delicados.

Con los ojos arrasados en lágrimas y lleno el espíritu de dolorosas evocaciones, detúvose ante el piano; pero Hilario la arrancó de allí y la condujo hasta la puerta de la alcoba.

—Este es tu cuarto —díjole—. ¿Qué te parece? La señora Pascuala fue quien te lo arregló. Ella te dirá dónde te puso tus cosas. Mientras tú te cambias de ropa yo voy con los amigos, que me están esperando para echarnos el primer trago a tu salud.

Penetró sola en la rústica alcoba nupcial. Reinaba allí un ambiente desolado, de vacío, de frialdad. Los grandes lienzos desnudos de las paredes encaladas, la fea armazón de viguetas y cañas del techo, el pavimento de ladrillos resquebrajados, los mazos de espigas grises en los floreros ordinarios, la cama vestida con un cobertor de pábilo tejido por manos zafias, las fundas de las almohadas,

aquellas horribles fundas de grandes monogramas bordados en hilo rojo, todo aquello acabó de abatirle el espíritu.

Entró Pascuala ofreciéndose a indicarle dónde estaba su ajuar y permitiéndose bromas espesas que la llenaron de sonrojos púdicos. Por librarse de la presencia de aquella mujer ordinaria que ya la trataba de quién a quién, le dijo que nada necesitaba, que le agradecía mucho sus atenciones y la llamó “señora Pascuala”, como la había nombrado Hilario, y al oír sus propias palabras tuvo ganas de echarse a llorar: ¡ya ella era otra campesina más en Cantarrana!

Se sentó al borde de la cama y allí permaneció largo rato, alelada, ausente de la dura realidad exterior. Fragmentos del tiempo que acababa de dejar atrás, fugaces evocaciones de las cosas entre las cuales había vivido hasta la víspera, comenzaron a desfilar por su mente, con esa obstinación con que se recuerdan las cosas que no volverán a verse: la casa paterna, con su patio florido y su noble ambiente de antigüedad; la madre que allí se quedó sola y triste; su alcoba desierta; su piano, su mundo, el rincón amigo de los dulces sueños frustrados... La boda triste, a ventanas cerradas: su madre, doña Agueda y Eleonora por únicos testigos, y en seguida la partida, el rapto verdadero, camino de la hacienda, a través de la noche oscura.

Entretanto Hilario apuraba copas frecuentes y cuando se sentaron a la mesa se hallaba sumamente excitado, profiriendo impertinencias que hacían sonrojar a la esposa, provocando ruidosas carcajadas de los comensales, casi todos completamente ebrios ya. Sólo don Agustín y sus hijos no aprobaban aquellos desplantes y cambiaban con Adelaida miradas de contrariedad.

—Come, come, Hilarito. Come para que se te asiente la cabeza, que estás hablando disparates y haciéndole pasar un mal rato a Adelaida—le dijo don Agustín al oído.

Y él le respondió de modo que todos le oyeran, excitándose más a medida que hablaba:

—No se preocupe, viejo, que por causa mía no pasará malos ratos mi mujer. ¡Ni por causa de nadie! Porque, como me llamo Hilario Guanipa, que le

costaría caro al que la hiciera derramar una lágrima. ¡Ah, sí! ¡Eso puede usted ponerlo en un bando! ¡Mi sangre la doy por ella, si es menester! ¿Sabe usted lo que significa esta mujer para mí? ¿Lo que vale para mí esta mujercita? Eso no se lo puede usted imaginar, porque ni yo, que soy quien lo siente, lo puedo explicar. Lo mismo le digo que está muy equivocado conmigo el que pretenda que me va a quitar su cariño. ¿Quién se atreve a quitarle a Hilario Guanipa algo que es suyo?

¡Y esta mujer es mía! ¿Verdad, negra? ¿Verdad, Tío Conejo? Ustedes no saben por qué la llamo así. Cuando ella era una muchachita y yo un zagaletón, le contaba cuentos de Tío Conejo y Tío Tigre, y a ella le gustaban mucho. Entonces comenzaron nuestros amores. ¡Quién lo iba a decir! ¡Las cosas de la vida! Ahora es mía, para siempre. ¡Mía solamente! Ya hubo quienes pretendieron arrebatármela de las manos. Pero ¿qué consiguieron? No sería yo quien soy si me la hubiera dejado quitar. Allá se quedaron rabiando, mientras yo y ella estamos aquí contentos y felices. ¡Jipa!

—Hace tiempo que no se oía ese grito—observó don Agustín.

—Y ésta será quizá la última vez que lo pegue, porque ya he logrado todo lo que me había propuesto. Ahora lo que falta son los hijos; pero de eso se encargará mi mujer, con la ayuda mía, por supuesto.

Un trueno de brutales carcajadas celebró estas palabras y esto acabó de enardecer a Hilario.

—Sépallo don Agustín, voy a tener más hijos que ño Marcelino, que está aquí presente; porque lo que somos mi mujercita y yo no vamos a perder el tiempo, ¿verdad, mi Blanca?

—¡Así me gusta, Hilarito! —exclamó el Padre Jaramillo—. Esa es la ley de Dios: creced y multiplicaos.

—Esa es la única ley de Dios que le gusta a usted, pae Jaramillo. ¡Ah, curita éste, bien bribón! Tenga cuidado, don Damián, con sus muchachas. Mire que ya he visto al pae Jaramillo picándole el ojo a Damianita, y ese cura, como buen tirador, donde pone el ojo pone la bala.

Y con estas brutalidades, y el sabor picante de la comida fuerte y el áspero olor cabruno que se exhalaba de los cuerpos campesinos, y los gritos de borrachera y la ruda familiaridad de los peones que devoraban a dentelladas la ternera, en el patio, alzando por la novia sus vasos llenos de aguardiente, Adelaida concluyó por sentirse totalmente abrumada, abolida casi la conciencia de la realidad exterior. Por momentos acudían a su memoria, como una obsesión desconcertante, las palabras que Hilarito pronunció al presentarle sus amigos: “ésta es mi gente y ésta será también, desde hoy, la tuya”.

Y este hombre que a su lado estaba, bestializado por la borrachera, avergonzándola con sus alusiones procaces, ¿era aquel de quien se enamoró locamente y en un momento llegó a producirle una emoción de grandeza?... Y esta mujer que ahora estaba al lado de él, en aquella mesa llena de hombres rudos y groseros, ¿era aquella Adelaida de antes, soñadora de románticos sueños cuando sus manos fatigadas reposaban, como algo inmaterial, sobre el último acorde de un nocturno de Chopin? ¿Cómo pudo suceder todo aquello?

Pero recordó también la promesa hecha a don Jaime cuando le dijo: “Yo seré esa mujer”, y esto le confortó un poco el espíritu.

Buscando descanso, soledad y silencio, se alejó de la reunión, hasta el borde de la fila.

Desde allí se divisaba la Casa Grande. La blancura de sus muros y columnas al crudo sol del mediodía daba una impresión desoladora. Por sus techumbres comenzaba a extender sus ásperos gajos una trepadora silvestre que subía desde un matorral cercano, revestida de flores de un color violento.

Permaneció largo rato contemplando la noble casa abandonada. En torno reinaba la siesta ardorosa. Un pesado sopor gravitaba sobre todas las cosas. Cerca de ella, entre el ramaje inmóvil de un árbol, temblaba una hoja, con inexplicable vibración. De los cafetales subía el penetrante aroma de las flores recién abiertas. Bajo la hojarasca, entre el alto follaje de los guamos y dentro de los matorrales rastreros, murmullos, gritos silenciosos, pausas de una sinfonía enervante que recorría la brutal naturaleza como una onda turbia y cálida.

Adelaida experimentaba una sensación de laxitud que la iba invadiendo por momentos; bajo sus sienes palpitaban con violencia las arterias tensas... De pronto sintió que un brazo duro y fuerte se enroscaba a su talle oprimiéndola contra un cuerpo musculoso y ardiente... Fue un instante de zozobra. ¡Ya iba a conocer cómo era el amor de un Guanipa!



Allí terminó la vida soñadora de Adelaida Salcedo; aquí comienza la vida real y dolorosa de Adelaida Guanipa.

Un largo estupor al despertar, como si su cuerpo hubiese estado esperando a que tornase el alma que huyó en la noche. Poco a poco, la realidad avasallante; imágenes que la hacían sacudir la cabeza, encendiéndola en púdicos sonrojos; cosas que retenían sus miradas largo tiempo; el mazo de espigas, el cromo de almanaque, todos aquellos objetos vulgares, feos, que aplebeyaban su alcoba.

Pero, en seguida, una conformidad absoluta, una aceptación tácita e incondicional de todo lo que pudiera ser la realidad de aquella vida a la cual la ataba el deber, y entonces, como si esta virtud le volviese el alma transparente, limpiándose de la opacidad del desencanto, una honda serenidad interior en la que se proyectaban formas plácidas de momentos de dicha y un amor que comenzaba a nacerle dentro del corazón. No aquel amor de fascinación, absurdo y ciego como un cataclismo de la naturaleza, que se desató dentro de su alma la mañana de la derrota de los “Barbudos”, y que tomó después en la promesa hecha a don Jaime la forma mística del sacrificio, sino un sentimiento apacible que brotaba de todo su ser —del espíritu, que por fin se posaba sobre una realidad viva, y del cuerpo que había conocido las dulzuras inexpresables— de un modo natural y sencillo, como brota de la flor el perfume.

Dejó de parecerle desventura irremediable aquel mazo de espigas: bastaría con que ella saliese al campo y recogiera algunas flores para reemplazarlo. Tampoco consideraba ya como una inexorable crueldad de su destino ni la ruín borrachera de Hilario en el festín de la víspera, ni la bestial caricia con que la hizo suya. También le había deslizado al oído palabras impregnadas de pureza y de noble emoción, al explicarle por qué había desistido de su idea de proponerle la fuga al Arauca, la noche cuando la oyó tocar aquella música nunca escuchada por él y cuando le dijo que para oírse la tocar de nuevo se había traído el piano de la Casa Grande, único mueble que sacó de allí. Bastaría, también, con que ella se sentase al piano, un rato todas las noches, para que Hilario empezase a ser el hombre que ella quería que fuese.

*

Pero el alma de Hilario Guanipa era un abismo que había de llenarla de consternación cada vez que intentara sondeársela. Muy pronto hubo de adquirir la primera experiencia.

Una tarde, esperando frente a la casa la vuelta de Hilario del trabajo, cuando lo vio venir, salió a su encuentro por el camino bordeado de pomarrosos. Había por allí un rancho a cuya puerta conversaban dos mujeres: la dueña, una vieja larguirucha, comadrona y ensalmadora, y una mulata joven y buena moza, muy emperifollada, que estaba encinta y había ido a consultar a la primera. Cuando vieron a Adelaida interrumpieron su charla y quedaron mirándola, entre curiosa y compasiva la comadrona, con aire insolente de provocación la moza. Adelaida saludó:

—Buenas tardes.

Sólo le respondió la vieja:

—Salú, señora. Dios la guarde.

Y no se había alejado Adelaida cuando oyó que la otra decía:

—No la guardará mucho tiempo: ésa durará poco.

Sin alcanzar a penetrarles el sentido a aquellas palabras, se dijo:

—¿Qué cara de enferma tendré, cuando ésa cree que me estoy muriendo?

Pocos momentos después volvía a pasar frente al rancho con Hilario, ella montada a caballo, él a su lado sosteniéndola y pidiéndole esa minuciosa cuenta del empleo del tiempo de separación, que es tan interesante para los enamorados. Ella explicaba:

—Dormí la siesta hasta las cuatro.

—¿Y después?

—Después empecé a vestirme para esperarte.

—¿Te dilataste mucho vistiéndote?

—Hasta las cinco.

—¡Una hora! ¿Y para qué tanto tiempo? ¿No quieres decirme? Pues lo diré yo: para que te encontrara buenamoza, ¿verdad? Y lo lograste: esta tarde estás más linda que nunca.

—¿Te parece? Pues yo iba pensando que debía de tener cara de moribunda.

—¿Por qué?

—Porque al pasar por ese rancho oí decir a una que conversaba en la puerta con la vieja que ahí vive: —Esa no durará mucho—. La mujer aquella con quien nos encontramos más atrás.

Observó que Hilario contraía el ceño y crispaba los puños, con un rápido movimiento maquinal, pero lo atribuyó al natural desagrado que le causaría el fúnebre presagio. Sin embargo, una intuición inconsciente la hizo decir, sin que sus palabras expresasen todavía ningún sentimiento suyo.

—La mujer aquella que se quedó viéndote cuando pasamos. ¿No te acuerdas que te dije: esa mujer tiene unos ojos que dan miedo?

Hilario respondió con un sí breve y seco y comenzó a hablar de otra cosa. Pero la conversación decayó muy pronto, porque él parecía distraído. Después de una pausa Adelaida preguntó:

—¿Qué tienes? ¿En qué estás pensando?

—En nada, mi amor.

—¡Qué amor tan seco! ¿Cómo que te han preocupado los vaticinios de la mujer? ¿Te asusta pensar que yo pueda morirme?

—¡Tonta! ¿Para qué hablar de esas cosas?

—Para saber si me quieres de veras.

Y él respondió con apasionamiento, pero con una pasión rabiosa:

¡Te quiero por encima de todas las cosas! ¡Por ti sería capaz de matar!

—No hables así. Me da miedo oírte. Ya sé que tú me quieres.

En esto llegaron a la casa. Hilario la bajó del caballo, besándola al dejarla en tierra, y le dijo:

—Te vas a quedar sola un ratico más, porque me acabo de acordar que me he dejado abierta la Oficina. En un salto voy y vuelvo.

Adelaida se quedó preocupada; pero lo atribuyó al miedo que le inspiraba el anochecer en aquel caserón feo y triste y a la mala influencia de las palabras agoreras de la campesina. En tal estado de ánimo la asaltó el recuerdo de su madre.

—¿Qué estará haciendo la pobre mamá a esta hora?

Y cuando el marido regresó la encontró llorando.

—¿Por qué lloras?—inquirió tranquilo.

Ella ocultó la causa, para no herir la susceptibilidad de quien al sacarla de la casa materna, le había dicho: “Ahora, ya sabes, se acabó familia y se acabó todo; sólo yo debo existir para ti.” Y respondió:

—Por nada. Porque me dio tristeza verme sola.

Hilario le cubrió de besos apasionados los ojos húmedos de lágrimas y la oprimió contra su pecho con una nerviosidad extraña.

—¿Qué tienes? ¿Por qué te palpita así el corazón? Parece que hubieras hecho un gran esfuerzo. ¿Y ese botón de la blusa arrancado? No lo tenías así.

—La sofocación será porque vine en carrera, por no dejarte sola mucho tiempo; el botón estaba así, fue que no te fijaste. Manda que sirvan la comida.

En la mesa estuvo hablador y chancero; pero a Adelaida se le ocurrió que aquella alegría tenía mucho de artificial, que hacía esfuerzos por hacerla reír

y esta suspicacia reconcentró los sombríos presagios que estaban esparcidos por su espíritu. Receló que aquella salida intempestiva y aquella tumultuosa palpitación del corazón del marido, no eran dos hechos aislados, sino un solo secreto que ella necesitaba conocer y se propuso observar detenidamente al hombre cuya vida interior era todavía un misterio para ella.

Aprovechando una caricia de Hilario se reclinó sobre su pecho a oírle el corazón que ahora palpitaba acompasado.

—¡Tan cerca y tan distante!—pensó—. Si yo pudiera ver ahí dentro.

Entre ratos Hilario lanzaba un suspiro hondo y ruidoso. Adelaida acomodaba la atención auditiva, como si de veras creyese que iba a oír algo inteligible; pero la víscera recobraba el ritmo momentáneamente perdido y seguía su marcha infatigable, penduleando su carga de secretos.

Aquel misterio comenzó a rondar en torno de Adelaida desde las primeras horas del día siguiente, como negra ave de rapiña que caza describiendo círculos concéntricos sobre la presa, antes de lanzarse a capturarla.

La primero fueron palabras sueltas de una conversación que llevaban dos vecinos, por el camino al cual daba la ventana de la alcoba.

—Juanita, la del Cambural... La ensalmadora dice que no llegará a la noche. Hilario se precipitó fuera del lecho como movido por un resorte.

—¿Qué te pasa?—inquirió Adelaida.

—Que se me olvidaba que le dije a Taparita que me esperara a las cinco para ir hasta la toma.

Y se vistió de prisa y abandonó la alcoba, diciéndole:

—No te levantes todavía. Es muy temprano.

Adelaida permaneció en el lecho, en estado de atención dispersa, contando las vigas del techo; pero de súbito la asaltó una vaga zozobra, que la hizo incorporarse.

Se vistió, arregló la alcoba y al abrir la ventana vio que por el camino iba, en dirección al pueblo, una mujer, de prisa y con el rostro atribulado. Pensó preguntarle qué le sucedía, pero la mujer se alejó sin darle tiempo. Más adelante

se detuvo a hablar con un chico que venía corriendo en dirección contraria; cruzaron unas palabras y cada cual reemprendió su marcha apresurada. Cuando el chico pasó frente a la ventana, Adelaida le preguntó:

—¿Qué llevas ahí, muchachito?!

—Una pócima que me mandaron que fuera a buscar a la botica. Para Juanita, la del Cambural...

—¿Qué tiene?

El muchacho respondió después de un momento de vacilación:

—Yo no sé. A mí me mandaron a buscar esto a la botica.

—Sigue, pues, tu camino. Te estarán esperando— dijo Adelaida, y abandonó la ventana, pensando, pero sin darle mayor importancia al caso: ¿Quién sería esa Juanita, la del Cambural?

Mas, al salir al corredor oyó que las sirvientas cuchicheaban en la cocina. Una de ella refería algo que arrancaba exclamaciones de horror a las otras y concluyó diciendo:

—La ensalmadora dice que no llega a la noche.

Adelaida comenzó a sentirse inquieta. ¡Aquel sigiloso cuchicheo! ¡Aquellas exclamaciones de horror!... ¿Quién sería Juanita, la del Cambural, y ¿qué le habría sucedido?

La cocinera dijo:

—Lo que son las cosas del destino. Si la señora no pasa por allí tal vez no sucede nada.

Adelaida hizo un movimiento de sorpresa y asombro: ¿La señora? ¿Ella acaso? ¿Estaba ella mezclada en aquel misterio que era objeto de las murmuraciones de sus sirvientas?

La que había referido el suceso, respondió a las palabras de la cocinera:

—Juanita estaba buscando lo que no se le había perdido. Ayer no más se lo dije: “Mire, mujer, déjate de estar hablando zoquetadas que te pueden perjudicar. ¿Qué ganas con andar diciendo que la señora no durará mucho? Si

don Hilario lo sabe te da una paliza, por lo menos.” Y le resultó como se lo anunció.

—¡Celos de mujeres!

Adelaida se llevó las manos a las sienes y se le escapó una exclamación de horror. Aquellas palabras, habían levantado una punta del velo. Lo demás se lo figuró su imaginación, súbitamente, organizando en un instante todos los elementos que se habían ido acumulando en su inconsciencia desde la tarde anterior: Juanita, la del Cambural, era aquella mujer a quien había visto hablando con la ensalmadora; aquel hijo que llevaba en sus entrañas era de Hilario; las palabras que le oyó proferir cuando ella pasó envolvían una terrible amenaza; el rostro sombrío de su marido cuando ella refirió lo que había oído a la mujerzuela, su salida intempestiva, el horrible trastorno de su corazón, al regreso, y ahora aquel rumor que se iba extendiendo por todas partes, de boca en boca: “Juanita no llega a la noche”, todo esto componían una fea y espantosa tragedia que giraba en torno suyo.

En el primer momento pensó correr a la cocina a pedirles a las sirvientas que le contaran todo lo que sabían; pero el sentimiento de su dignidad la detuvo a tiempo. ¿Cómo iba a inferirse a sí misma un agravio más, oyendo de boca de sus sirvientas la fea historia, en la cual andaban mezcladas y confundidas ella y la mujerzuela indigna, concubina de su marido?... Pero necesitaba saber qué había sucedido entre la intempestiva salida de Hilario y su regreso, con el corazón trémulo, con el botón de la blusa arrancado; mas, ¿a quién se lo preguntaba, si en torno de ella no había sino peones y mujerzuelas, la gentuza de quien Hilario dijo al presentársela: “De hoy en adelante ésta será tu gente”?

Con el torbellino de las desordenadas ideas dentro del cerebro y la tempestad de los cielos y el frío del espanto en el corazón, vagó de aquí para allá durante una hora larga, y al cabo, rendida, desesperada, se metió en su aposento y arrojándose de bruces sobre el lecho, dio libre curso al llanto apaciguador.

En tal actitud la encontró Hilario. Comprendió que ya la noticia había llegado a sus oídos y se detuvo un momento en el silencio, ceñudo y sombrío,

mientras pasaban por su mente ideas brutales de darle una solución violenta a la situación, intimidándola, haciéndole sentir, desde aquella primera oportunidad, que ella no tenía derecho alguno a pedirle cuenta de sus actos y que su conducta al lado suyo debía ser de sumisión absoluta; pero contemplando el frágil cuerpo estremecido por la violencia del sufrimiento, se le enterneció el ánimo. Se acercó a ella, la retiró suavemente del lecho donde tenía hundida la cara y venciendo la resistencia que ella intentó oponer, la reclinó sobre su pecho.

Así estuvieron un rato en silencio. Ya Adelaida no se debatía entre los brazos que la oprimían con muda expresión de ternura. Él le acarició los cabellos y comenzó a decirle:

—Déjame explicarte, Adelaida. Después que me hayas oído...

—¡No! ¡No! No quiero saber nada. Volverme a casa de mi madre es lo único que deseo.

—Pero oye, mi amor. Óyeme primero.

Adelaida logró zafarse, haciendo un movimiento brusco, y le preguntó, con faz altiva y una firmeza de voz inusitada:

—¿Esa mujer es tu...?

Él la interrumpió tapándola la boca:

—Tu boca no debe pronunciar esa palabra. Esa mujer fue lo que tú ibas a preguntarme. Pero ya no lo es. Entonces tú no estabas aquí. No tienes, pues, por qué tener celos. Y la prueba de que para mí no hay en el mundo nada más sagrado que tú, te la di anoche, castigando a esa mujer por las palabras que le oíste. No las pronunciará más.

Adelaida se estremeció. Ya no era la esposa ofendida.

—A ver. Cuéntame. ¿Qué le has hecho a esa infeliz? He oído decir que está de muerte.

—Le he dado su merecido: una paliza. Si se me fue la mano, culpa es de ella por haberme amenazado con echarme un daño.

—¡Hilario! ¡Por Dios! —exclamó, sin atender a lo que a ella se refería—.
¿No es tuyo el hijo que esa mujer lleva en su vientre?

—Eso nunca se sabe—replicó Hilario, alzando los hombros.

Adelaida profirió un grito de horror y él concluyó, impasible:

A ti lo que te importa saber es lo que te he dicho:
que la he castigado porque me amenazó con echarte un daño.

Y fue como si le respondiera a aquella interrogación que tantas veces se había hecho: ¿cómo será el amor de un Guanipa?



Un cuarto de paredes encaladas. Una ventana abierta sobre el panorama de lomas y laderas. Silencio y tejidos para la canastilla del que ha de venir. Los dedos virtuosos atormentan la hebra y el pensamiento la atormenta a ella. Del garfio de la aguja la hebra torturada sale en cadenetitas; del pecho de la tejedora, la pena en hondos suspiros.

El trabajo creador de sus entrañas le está minando las fuerzas: feas manchas le marchitan la piel, ojos febriles le quebrantan la faz, y la materna expectativa languidece en melancolía. Teje, empeñosamente, finos encajes para la canastilla del primogénito. Ya es mucho lo que tiene concluido, pero nada le parece suficiente. ¡Si tal vez no tejerá más! Que siquiera encuentre el niño una cuna bien adornada, ya que viene a vivir entre asperezas. Que sean tiernos los pañales, ya que habrán de ser burdas manos las que lo maltratarán por acariciarlo, porque ella quizá no alcanzará a arrullarlo en su regazo...

Pero si ha de irse apenas él llegue, bueno es también ir tejiéndole cariños desde luego. En la hacienda hay muchas criaturas, hijos de los peones y de las sirvientas, que más tarde serán los compañeros, los amigos del suyo. Crecen, sucios y desnudos, tiritando a la intemperie, chapoteando en las charcas, llenándose de pústulas malignas y aprendiendo palabras groseras. No han conocido ternuras, porque sus madres, que tampoco las recibieron de las suyas, no

han podido prodigárselas. No saben, pues, cómo acarician las manos de una mujer. Si llegaran a sentir, antes de que la intemperie acabara de curtirles la piel, uno de esos contactos suaves, tal vez no lo olvidarían, porque una caricia va derecha al alma del niño y allí se vuelve ternura y se queda para siempre. Si, desde luego, hiciera ella ese tierno depósito en aquellos corazones, mañana su hijo lo encontraría convertido en afectos. Cuando aquellos chicos fueran hombres verían a su hijo como si todos hubiesen tenido una misma madre: aquella que una vez los tomó en sus brazos y en las mugrientas mejillas les estampó un beso, limpio como una estrella.

Y desde aquel día de tales melancólicas reflexiones Adelaida se rodeó de los chicos que por allí pululaban. Con sus delicadas manos les lavó la mugre de los cuerpos, les quitó las duras costras de fango negro y fétido, les curó las pústulas, les peinó las greñas y les hizo vestidos decentes. A los más grandecitos empezó a enseñarles a leer y a rezar; a los más pequeños se los sentaba en las piernas y los cargaba entre sus brazos, y a todos, uno a uno y todas las noches, como si celebrase un rito, les confió el tierno depósito del beso.

Uno de ellos, la primera vez que lo recibió, corrió donde su madre y le dijo con el dedo en la mejilla y los ojos llenos de un dulce susto:

—¡Mamá! ¡La señora me besó! Aquí, donde tengo puesto el dedo.

Viéndola rodeada de aquellos chicos, Hilario se decía:

—Se está ensayando.

Pero no reparaba en la dolorosa expresión de Adelaida al prodigar aquellas caricias.

Él, en cambio, esperaba al hijo con una alegría desbordante. Le pondría su nombre —pues seguramente que sería varón—: haría de él otro Hilario Guanipa, en todo y para todo; sólo que sería un Guanipa más afortunado, que naciendo rico, si heredaba las cualidades de su raza, desarrollaría su ambición en campos más vastos.

—Un Guanipa que llegará a ser presidente de la República, porque desde pequeño le pondré el machete en la mano.

Aprovechando aquella buena disposición de ánimo, Adelaida le manifestó su deseo de que su madre fuese a acompañarla. Hilario dio su consentimiento, pero desde aquel momento se desvaneció su jovialidad: ya Adelaida quería meterle la suegra en la casa.

Llegó misia Carmelita, sobrevino el parto y aquí fue la gran desilusión de Hilario. Cuando la suegra le anunció que era una niña, vio burlados sus planes y montó en cólera. Era la primera vez que no se le daba un deseo suyo.

—¡Cuándo no! —dijo, ásperamente—. Ya sabía yo que todo me iba a resultar al revés.

Misia Carmelita adivinó lo que él no se atrevía a decirle y replicó, en su castizo estilo burlón:

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿Qué culpa tengo yo de que Adelaida no le haya parido un futuro presidente de la República, como usted esperaba?

Por otra parte, la niña prometía parecerse sólo a la madre, y como misia Carmelita se mostrara muy complacida en ello, acabó de indisponerse Hilario. No quiso ni acercarse a la cuna y pasó varios días sin entrar en el aposento de Adelaida por no tolerar la presencia y los comentarios de la suegra a propósito de aquel parecido.

Adelaida lo comprendió así y sintió que se desvanecía para siempre su esperanza de que Hilario consintiese en que misia Carmelita se quedara con ellos. Esta también se dio cuenta de que en aquella casa no había sitio para ella y se resignó a separarse definitivamente de la hija.

Pero Hilario no esperó a que ella manifestase su deseo de volverse a Caracas y le violentó la partida con este pretexto.

—Misia Carmelita, como ya Adelaida se ha levantado, si usted quiere aprovechar un coche que acaba de llegar al pueblo y regresará vacío...

—¡Cómo no he de querer, amable yerno! Lo aprovecharé en seguida.

Y a Adelaida, al despedirse:

—Por mí no te mortifiques, hija. Yo estaré más tranquila allá en mi casa, que al lado tuyo, porque al menos no seré para ti un motivo más de amarguras,

que ya me figuro cuántas serán las tuyas, por más que hayas tratado de ocul-tármelas. Y ya que de esto hablamos, bueno es que sobrellevés con paciencia y resignación cristiana la cruz que tú misma te echaste encima; pero no olvides que también es tu deber de esposa procurar que tu marido se corrija y se modifique.

—Con Hilario nadie puede, mamá— replicó Adelaida.

—Tú. Tú podrías si te lo propusieras con ánimo. Ya veo que hasta ahora ni siquiera has logrado que se recorte esas uñas de gavilán que lleva en los meñiques; pero, a Dios rogando y con el mazo dando.

Y concluyó en broma:

—Rézale la oración de San Marcos de León, que dicen que es muy eficaz para amansar maridos déspotas. Cada vez que tengas que acercártele, échale encima tres cruces y di: San Marcos de León, aplaca la Hidra y el Dragón. Y ya verás que te lo pone como una seda.

Ya sola, Adelaida díjole al marido:

—Bien hubieras podido esperar a que mamá se fuera. Ella no pensaba quedarse. Materialmente la has puesto en la puerta.

—Si estaba aquí no fue porque yo la llamara—replicó Hilario—. Y, última-mente, suegra es suegra y mientras más lejos mejor.

Y desde aquel día empezó a entregarse a las parrandas con los amigos y a los joropos en los ranchos de la hacienda; pero no con la habitual jovialidad, sino de una manera atormentada y sombría, como para aturdirse.

Adelaida trató de luchar contra todo esto, pero las pasiones y las vehemen-cias de aquel hombre tenían un ímpetu incontenible. Se declaró vencida, al fin, y perdiendo toda esperanza de recuperar el ascendiente que al principio pareció tener sobre su ánimo, cifró todo su consuelo en la hijita. Al menos reinaría en aquel corazón, que habría de modelar a imagen y semejanza del suyo, sin que Hilario se lo impidiera, pues juraba que no se ocuparía para nada de aquella niña.

Pero cuando se trató de escogerle nombre y ella dijo que la pondría Eleonora, él se opuso violentamente.

—¿Como tu prima? Sería menester que no fuera hija mía. Se llamará como yo la ponga. Se llamará Victoria.

Otro derecho que no le reconocía. Y en seguida otro y otro. Era como si se hubiese trazado un plan de dominio despótico, de posesión tiránica.

Transcurrieron así varios meses. Hilario seguía entregado a sus amigos y a sus mujerzuelas. Pasaba noches enteras fuera de casa y cuando al regresar encontraba a Adelaida esperando en la sala, a la luz agonizante de la lámpara y con señales en el rostro de haber velado llorando, la interpelaba, adelantándose a los reproches que pudiera hacerle:

—¿Por qué no te has acostado? Ya sé por qué lo haces; por echártela de víctima. Te conozco mucho. Lo que quisieras es dominarme, amarrarme a tus fustanes. Pero, tenlo entendido y no pierdas tu tiempo: yo soy dueño absoluto de mis acciones y no tengo que rendirle a nadie cuentas de ellas.

—¿Quién está pidiéndotelas, Hilario? ¿Acaso no sé que no me concedes ningún derecho? Déjame siquiera el de pasar mi angustia aquí en la sala. En nada te perjudico con esperarte aquí y no dando vueltas en la cama sin poder dormir.

Palabras como éstas, de verdadera mansedumbre, tenían la virtud de desatar la cólera de Hilario. Cuando se las oía, tartamudeaba buscando las más brutales, las más crueles que pudieran ocurrírsele, y después de haberlas proferido caía en un estado de ánimo singular: la cólera se le trocaba en resentimiento, en amargura de haber sido injustamente tratado.

Era que se avergonzaba y se condolía de haberla tenido esperando toda la noche, lleno el espíritu de zozobras, mientras él se entretenía con los amigos o con las mujerzuelas; pero no se avenía a darles franco acceso en su corazón a tales sentimientos, porque consideraba que equivalía a deponer su independencia y su autoridad de marido, al concederle a la mujer el derecho de formular una queja. Preparado para ahogar con una palabra dura la que se atreviese

a dirigirle, entraba en la sala, y si ella no la formulaba, pensaba entonces que su silencio demostraba menosprecio y se sumía en cavilosos despechos, de una infantilidad ridícula:

—Esto me sucede por haberme casado con una mujer que se cree superior a mí. Bien merecido me lo tengo.

Era, también, la reacción inconsciente de una voluntad subyugada que alardeaba de su albedrío. En el fondo de su alma, allí donde están los sentimientos fundamentales de un ser, pero adonde sólo en los espíritus reflexivos llegan los pensamientos. Hilario Guanipa sentía la superioridad de aquella mujer fina y delicada a quien sus pasiones canallescas debían de inspirarle repulsión; pero como estas pasiones estaban profundamente arraigadas en su naturaleza y, por otra parte, él tenía un fiero orgullo de sí mismo, reaccionaba tiranizando a Adelaida, como si la odiase cordialmente, porque era superior a él y no podía dejar de amarla. En lo cual, por otra parte, no había incompatibilidad, pues en aquella alma elemental, cuyos ímpetus tenían la irresponsabilidad de las fuerzas de la naturaleza, podían albergarse a la vez dos sentimientos contrapuestos, sin que uno estorbase al otro: el odio a la casta de aquella mujer, en la mujer misma, y, al mismo tiempo, el amor. Rudo amor, en verdad, desprovisto de ternura, tiránica posesión del ser querido, que exigía un sometimiento absoluto y nada daba en cambio.

Naturalmente, en presencia de aquella alma bárbara, ante las manifestaciones de aquel carácter indomable, el espíritu delicado y medroso de Adelaida no podía sino sentirse desconcertado. La más imperceptible contracción del ceño, la más leve alteración de la voz del marido, la hacían perder la serenidad y echarse a temblar, como ante una catástrofe inminente; y si, por lo contrario, lo veía alguna vez bajo la faz de su antiguo buen humor, sus risas, su charla despreocupada, hasta sus caricias, bastas como manotadas de fiera que retoza, tenían la virtud de entristecerla.

Todo esto, añadido al agotamiento fisiológico que le producían, simultáneamente, la crianza de Victoria y el nuevo embarazo, minó las resistencias de su

sistema nervioso. Con el resto de ellas acabaron otros motivos de terror: las nuevas queridas de Hilario; el recuerdo de las palabras amenazantes que le oyó a aquella Juanita, la del Cambural.

Un día oyó al viejo Taparita conversando con la cocinera:

—¡Que si hay gente maluca en Cantarrana! ¿Usted conoce a los cararosos del alto del Cereipo? Esos le han pegado su carne a muchos cristianos, por el placer de hacer la maldad. Se raspan las costras de las manchas que tienen en las manos o en cualquier otra parte del cuerpo y ese polvito que lleva la enfermedad, el microbio, como dicen los doctores, lo echan en el carato o en la leche que se va a beber un prójimo. A eso lo llaman “componer a un bueno y sano”. Y no es necesario que usted sea enemigo de ellos para que lo “compongan”, porque a todo el que quiera hacerle un daño a otro, ellos se le prestan voluntarios.

De allí en adelante Adelaida no tuvo sosiego. Ningún sitio le parecía seguro para ocultar los alimentos y bebidas, desconfiaba de las sirvientas y no podía sentarse a la mesa sin que se le ocurriera que la comida había sido “compuesta” con los asquerosos polvos de que hablaba Taparita.

—¿Te has propuesto dejarte morir de hambre?— la interpelaba Hilario, al verla retirar intacta la comida.

Y como ella atribuyese la desgana al embarazo:

—Pues por lo mismo necesitas alimentarte. La criatura va a ser la víctima de tu capricho. Come. Come, aunque no tengas ganas.

Pero ya no era obsesión mental solamente, sino repugnancia fisiológica, y no pudiendo pasar la comida, se resolvió a explicarle a Hilario su aprensión.

El procuró persuadirla de que no tenía por qué abrigar tales temores; pero como se diese cuenta de quiénes eran las personas que se los inspiraban, se propuso hacerla comer a la fuerza para quitarle la aprensión. Ella obedeció al fin toda temblorosa, como el condenado a la cicuta pero su organismo rechazó el alimento aborrecido.

Aun así le pareció que había ingerido lo suficiente para adquirir el mal, y este temor y la violencia que se hizo por obedecer a Hilario le produjeron vómitos incoercibles y una fiebre delirante, que el boticario del pueblo calificó de nerviosa. En sus delirios se veía el cuerpo cubierto por las horribles manchas del carare y para quitárselas se arañaba la piel hasta hacerse sangre. De resultas de esto tuvo un aborto que la puso al borde de la tumba.

Cuando el médico del pueblo confesó que abrigaba pocas esperanzas de salvarla, Hilario se entregó a la desesperación.

—¡No me diga eso, doctor! Usted tiene que salvármela, y si solo no puede, llame a todos los compañeros que necesite. A los mejores. No se pare en gastos. Soy rico, pero estoy dispuesto a quedarme a pedir limosna con tal de que mi mujercita se salve. ¡No me la deje morir!

Y a misia Carmelita, cuando llegó llamada por él:

—¡Vieja! Haga todas las promesas que quiera, por cuenta mía, que yo las pago todas.

Y a la cabecera de la enferma pasó días enteros y noches completas, sin apartar los ojos de aquel rostro exangüe, vigilando, disputándose a la muerte, y cuando por fin los médicos dijeron que había pasado el peligro, su alegría fue tan grande, tan impetuosa, que no pudo desahogarla sino en llanto.

Recobrada la conciencia, el primer pensamiento de Adelaida fue:

—¿Qué iba a ser la criatura?

—Varón —respondió Hilario, y al ver que los ojos de la enferma se dilataban en una expresión medrosa, inclinándose a besarla, le dijo—: Pero tú vives y, teniéndote a ti, no me hace falta nada.

A lo cual se dijo misia Carmelita:

—¡Vaya! Como que está haciendo efecto la oración a San Marcos.

Días después, ya restablecida la salud de Adelaida, cuando misia Carmelita se disponía a regresar a Caracas, díjole Hilario:

—Quédese con nosotros. Ya he mandado a componer la Casa Grande para que nos mudemos a ella.

—¡Pues Señor!—se dijo misia Carmelita—. Este yerno mío es el hombre de las sorpresas.

Pero le respondió:

—No, hijo. Suegra, siempre es suegra y mientras más lejos mejor. Además, yo no puedo desbaratar mi casa de Caracas. Ya vendré más a menudo por aquí.

Y luego a Adelaida:

—Aprovéchalo ahora que está blandito, antes de que se le pase la corazonada. Dile que te complazca llevándote a vivir a Caracas. ¿Hasta cuándo vas a estar metida en este monte?

—Ay, mamá—exclamó Adelaida—. ¡Cuánto no lo desearé yo! Para estar cerca de ti, porque, por lo demás, mi vida sería siempre la misma. Pero, tú me conoces: a mí no me gusta exigir. Él debe de saber que...

—¡Él debe de saber!—interrumpió misia Carmelita—. Asimismo decías de tu padre cuando deseabas o necesitabas algo y yo te indicaba que se lo pidieras. Porque a él le agradaba que le pidieras, y, en cambio, tu reserva lo disgustaba mucho. Me parece estar oyéndolo: “No, Carmelita. El no exigir a lo que se tenga derecho, no es humildad: es soberbia.”

—Eso mismo, con diferentes palabras, dice Hilario—replicó Adelaida, acompañando las suyas con aquella sonrisa de aceptación de todo lo que respecto a ella se pensara o se decidiera, velo del santuario de su corazón incomprendido.

Y misia Carmelita concluyó, con gracejo, para que Adelaida sonriera de otra manera:

—Pues ya van dos que lo dicen, y cuidado como no sean tres, porque hasta a Dios le gusta que le pidan y puede resultarte que cuando te presentes en el Cielo, te diga: —Hija, como no me dijiste nunca que querías venir para acá, yo he dispuesto del lugarcito que te tenía destinado.

Pero, ni humildad ni soberbia, la razón que aquella vez tuvo Adelaida para no manifestar su deseo de vivir en Caracas fue que Hilario había tomado a pecho la reparación de la Casa Grande, desistiendo de su rencoroso propósito de

no habitarla nunca, llena como estaba para él de recuerdos aborrecibles, y se mostraba solícito en consultarle cómo quería que se refaccionara esto y dónde se colocara aquello, sin escatimar gastos, antes bien, pareciéndole poco todo lo que se necesitare invertir para que ella se hallase a gusto en la casa, sin echar de menos nada de lo que en comodidades y hasta en lujo había encontrado allí cuando iba invitada por las del Casal.

Y como todo esto era complacencia, lograda sin haberlo exigido, de uno de aquellos silenciosos deseos que debían adivinar quienes la amaran, ella correspondió mostrándose satisfecha, aunque una vez instalados en la Casa Grande no habría ni que pensar en la ida a Caracas.

Sólo opuso resistencia Hilario cuando, al tratarse de los muebles del salón, Adelaida manifestó su deseo de que se conservaran los que habían dejado allí las del Casal.

—¿Y por qué no otros que sean nuestros?

—Nuestros son éstos; pero no es porque hayan sido de la familia que querría conservarlos, sino porque son muebles antiguos, de gran valor. Sin embargo, disponlo como te parezca.

—No. Ya te he dicho que quiero...

Todavía le costaba trabajo decir: “que seas tú quien disponga”; pero Adelaida procuraba ahorrárselo siempre, porque frases como ésta en boca de un hombre tan autoritario le producían cierto malestar, mezcla de delicadeza y de rubor, pues no estando acostumbrada a que le concedieran tanto, le parecía demasiado y al mismo tiempo irónico, absurdo.

—Yo querría que los conserváramos porque, como tengo un retrato de padrino, del cual tú podrías mandar hacer una ampliación para ponerla en la sala, y a él le gustaban tanto estos muebles, me parece que..., ¡qué sé yo!..., que se sentiría más a gusto en su sala amueblada como él la tenía.

Y como nombrar a don Jaime era tocar la fibra más sensible del corazón de Hilario, éste accedió:

—Tienes razón—y en seguida, quitándole el tú, que no se lo daba nunca cuando quería mostrarse tierno o le hablaba conmovido—: Mire, mi Blanca; usted no sabe cómo le agradezco que quiera tener un retrato del viejo en la sala.

Y eso de que él se encuentre a gusto... ¡Bueno! ¡Eso no se me olvidará nunca!

Cierto era que con todo esto procuraba complacer a Adelaida; pero también lo hacía para que ella desistiese de proponerle que la sacara de la hacienda y la llevara a vivir a Caracas.

Por otra parte, depuesto aquel celo brutal de su predominio, por fin comenzaba a darle acceso en su corazón al sentimiento de respeto que tenía que inspirarle aquella mujer, superior a él por la delicadeza del espíritu, por la nobleza de la abnegación, por la verdadera aristocracia que trascendía de todo su ser, y aunque tal sentimiento no podía ser tan poderoso y definitivo como para operar una transformación radical de su carácter, por lo menos comenzó a manifestarse en el tratamiento afectuoso, y, especialmente, en aquel cariñoso apodo que se acostumbró a darle, remedio jovial del tratamiento que algunos negros de la región deban a la gente de rango.

—¿Mi Blanca, cómo que está enfurruñada?—decíale cuando llegaba a deshoras, para hacerse perdonar—. No se ponga brava conmigo, mi Blanca.

No obstante, era todavía menos de lo que habría ambicionado Adelaida si el hábito de la resignación no le hubiese abolido la voluntad.

IV

Entretanto, Victoria crecía y llenaba la casa con la inquietud de sus travesuras y la jovialidad de su alma expansiva.

Pero, al mismo tiempo y de prisa, iban desapareciendo de su rostro aquellos leves rasgos delicados y finos del parecido materno que tanto había contrariado a Hilario, para ser sustituidos, aunque ganando en hermosura, por las toscas facciones Guanipas, y Adelaida, atenta, día por día, a la transformación de la hija, que era su propia desaparición progresiva, se abandonaba con resignada tristeza a pensamientos fatalistas.

—Así tenía que ser—murmuraba a menudo, al contemplar a Victoria.

Y al ver que nada suyo había ya en aquel rostro, díjole al marido:

—Mira. Ya Victoria no se me parece. ¿Estás contento?

Sin darse cuenta de la dolorosa profundidad que había en aquel reproche y aun tal vez con la intención de desagradarla, él hizo esta brutal confesión:

—Oiga, mi Blanca, y no se disguste, porque ya eso pasó y es como si nunca hubiese existido; aquello de que Victoria no se pareciera a mí, me hizo pasar muy malos ratos, porque...

El no se atrevió a concluir; pero ya era tarde para enmendar. Un súbito recuerdo había asaltado la mente de Adelaida:

—“¿Y no es tuyo el hijo que esa mujer lleva en sus entrañas?”—le había preguntado ella, a propósito de aquella Juanita, la del Cambural.

E interrumpiéndolo, ahora, dijo lo que no quería oírle, con las mismas palabras con que él le había respondido en aquella ocasión:

—Porque eso nunca se sabe, ¿verdad?

Y los ojos se le llenaron de lágrimas y se le quedaron trémulos los labios que habían formulado la torpe sospecha.

—Oiga, mi Blanca—se apresuró a explicar Hilario—. En primer lugar: si eso que tú has dicho lo hubiera pronunciado otra boca, así fuera la mía, por Dios Santo que a esta hora esa boca no existiría. Además, ya te advertí que no lo tomaras a mal. Ninguno es culpable de que en una hora menguada se le venga un mal pensamiento a la cabeza, como no sea culpa de la mala sangre que uno lleve en las venas sin quererlo. No es que yo haya sido un mal pensado por maldad, es que hay cariños de cariños, y..., ¿cómo lo diré?... Bueno. Es que con el amor pasa como con las telas, que unas son encubridoras porque ya son del color del sucio que les pueda caer; mientras que otras, de puro blancas y finas, parece que estuvieran condenadas a no estar limpias nunca, porque cualquier cosa las mancha. Y eso es lo que me pasa a mí con su cariño, mi Blanca: que me he vestido de fino, sin estar acostumbrado, y a cada rato me estoy viendo manchas.

Y Adelaida comprendió y perdonó, porque la inclinación al perdón era movimiento natural de su espíritu y porque la ruda explicación le había mostrado el fondo del alma de Hilario, atormentada también por la lucha entre lo plebeyo y lo noble que, en dramático mestizaje espiritual, alentaba en él.

—Además—concluyó él—; quizá de quien verdaderamente estaba celoso era de ti misma.

Pero esto no necesitaba Adelaida que se lo explicara, porque si en ella el amor era siempre una forma de abnegación, en cambio, en Hilario, tenía que ser modo del instinto de presa, expansión avasalladora de sí mismo, que lo hacía aborrecer y lo impulsaba a aniquilar en el ser amado todo lo que no fuese

suyo o lo distinguiese de él. Carácter, gustos, modales, todo cuanto hiciese de la persona amada otra persona, lo exacerbaba como una infidelidad. Quería a la esposa mansa y sufrida para moldearla a su manera, pero al mismo tiempo le molestaba que lo fuese, porque así no era él; quería que sus hijos fueran en todo y por todo criaturas suyas, tanto más cuanto que dos castas desiguales iban a disputárselos y de la suya debía ser el triunfo.

—Comprendo—díjole Adelaida—. Querías que Victoria fuese “Guanipa purita”, como ya me lo has dicho varias veces. Pero si tú tampoco lo eres.

—Cuando digo Guanipa, digo Hilario Guanipa —replicó él—. Porque yo empiezo en mí mismo.

—Pues ya puedes estar contento—concluyó Adelaida, por donde había empezado—. Guanipa purita va saliendo Victoria.

Sin embargo, una noche, la niñera, como contemplase la faz de Victoria, que se había quedado dormida en su regazo, llamó a Adelaida, diciéndole:

—Venga acá, para que vea una cosa. Aguaite. Esta criatura tiene dos caras: una cuando está despierta, que es la cara de su pae; otra cuando está dormida, que es mismamente la de usted. ¿No se fija?

En efecto, en la placidez del sueño, se borraban del rostro de Victoria los duros rasgos Guanipas y aparecían los de la madre, delicados y llenos de dulzura.

Una amplia ola de ternura invadió el corazón de Adelaida. Agradeció las palabras de la niñera, que tan oportuno y sabroso consuelo le habían dado, y bendijo los ojos que habían sabido verla a ella en la faz dulce y plácida de la hija dormida.

*

Se propuso educarla como lo había sido ella, y acariciando la esperanza de verse reproducida espiritualmente en la hija, la rodeó de todo género de delicadezas, a fin de formarle el corazón bueno y puro.

Pero empezó a apuntar la mujer y Adelaida vio que sólo iba sacando el carácter del padre: la misma impetuosidad, la vehemencia en el propósito, la obstinación en lograrlo y un temperamento ardiente, una sangre apasionada, pábulo fácil de la llama sensual que ya le brillaba en los ojos.

Y para colmo de su desencanto, Hilario se empeñó en darle una educación que le habría dado al segundo Hilarito Guanipa: la enseñó a nadar, a jinetear a la manera hombruna, a manejar armas de fuego y, cuando salía de cacería, la llevaba consigo y en todo momento estaba dándole consejos según los cuales Victoria debía tener a raya, a pescozada limpia, a los hombres que la codiciarán.

Pronto la niña tomó afición a este género de vida: abandonó las muñecas, aborreció las labores femeniles y las lecciones de piano que le daba la madre y no pensaba sino en el caballo y en la escopeta.

Adelaida intentó un remedio heroico:

—Hilario—lo abordó un día—. Ya Victoria es una mujercita. ¿No te parece conveniente ponerla en un colegio de Caracas? Allí podría estar con mamá, que la cuidaría mucho.

—Estése quieta, mi Blanca—respondió Hilario—. Déjeme a la muchacha tranquila. En Caracas na la van a enseñar sino a señoritinga vanidosa y coqueta.

—Pero es necesario que convengas en que la educación que está recibiendo Victoria podría ser buena para un hombre, pero no para una señorita.

—Tranquilícese, mi Blanca—repitió él—. Yo sé lo que estoy haciendo. Para que la muchacha me saliera buena, ya le busqué buena madre, que mejor solamente María Santísima; pero para que a ella no le suceda lo que le sucedió a la madre, que se enamoró de quien no se la merecía sólo porque la levantaron en vilo en un paso de quebrada, casi sin pedirle permiso, la estoy enseñando a defenderse cuando un hombre venga a querer disponer de ella como de bienes de difuntos. Porque a ésa no la estoy alimentando yo ni para que se la lleve un patiquincito de Caracas, ni tampoco para que otro Hilario Guanipa venga

y diga al verla, así como así y a cuenta de guapo: ésa es mía. A ésa, el hombre que la quiera tiene que merecérsela primero.

Emocionada por lo que de esto se refería a ella, Adelaida oprimió en silencio la diestra de aquel hombre cuya alma le reservaba en todo momento sorpresas desconcertantes. Y así quedó resuelto el problema de la educación de Victoria.

*

¡Dichosa, feliz, contenta! Así se sentía Victoria y no le bastaba expresarlo con una sola de estas palabras, sino que empleaba las tres a cada momento y por todo; porque el padre la mimaba y vivía adivinándole los gustos para complacérselos; porque ella idolatraba en la madre, con un amor expansivo y juguetero, de querer comérsela a besos, fingiendo caricias maternas, como si trocados los papeles Adelaida fuese la hija mimosa, necesitada de ternura y protección; porque las amiguitas la querían mucho y en el pueblo era día de fiesta cuando ella iba a visitarlas; porque era como si le hiciesen cosquillas las ganas de reír que le provocaban las miradas lánguidas de los mocitos que por allí estaban enamorados de ella y no se atrevían a decírselo; porque era rica y el dinero que su padre iba atesorando para ella, antes de ser riqueza era flor del café que le perfumaba el aire y luego color que le regalaba la vista cuando en rojos racimos el grano en sazón doblegaba las ramas del arbusto; porque al despertarse escuchaba el canto de los pájaros, porque en las diarias cabalgatas el viento serrano le salía al encuentro en las lomas; porque en la obscuridad de los cafetales los grillos se pasaban toda la noche tejiéndole un velo de plátel al negro silencio.

Porque el viejo Taparita vivía aprendiendo o inventando cuentos para narrárselos y todos eran por el estilo de éste, que varias veces se lo había hecho repetir:

—Pozo de Rosa lo mientan, y el cuento dice asina: Esta era una india bonita que se llamaba Rosa y que engañó a su marido.

Aquí Victoria soltaba la risa, y el viejo, después de haberse deleitado oyéndola, decíale:

—No se reya, niña, que no lo digo por malicia, sino porque el cuento dice asina... Y sucedió que el indio lo supo, pues nada hay oculto ante cielo y tierra, y se puso primero muy triste y muy rabioso después... No. Viceversa: muy rabioso primero y muy triste después. Asina sucedió la cosa... Y una tardecita la invitó con engaño a pasear por las orillas del pozo, y cuando ella estaba descuidada, viéndose tan linda como era en el fondo del agua, que a eso lo llaman vanidad y es cosa fea en la mujer, el indio la agarró por los cabellos, que los tenía muy negros y le daban a las corvas, y la ahorcó con su mismo moño, dándole siete vueltas—pues siete es siempre el número de las cosas malas desde que fueron siete los puñales que atravesaron el corazón de María Santísima—, y cuando vio que ya no se movía, por estar muerta del todo, la tiró al fondo del pozo... ¡Asina sucedió la cosa!... Porque el indio era muy celoso y quería mucho a su india que lo engañó con el español... Después, y que se fue muy tranquilo para su rancho, pero cuando se vio solo, sin su india bonita que le alegraba la casa, le entró el dolor de haberla matado y empezó a llamarla, gritando: ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!... Y dice el cuento que a cada leco que él pegaba, corriendo desesperado las orillas del pozo, le respondía un quejido dentro del agua y a cada quejido se iba secando el pozo, hasta que se quedó seco del todo, porque el indio estuvo llamando a su india toda la noche: ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!... Como la soisola, que siempre está llamando a su compañera dentro del monte tupido... ¡Asina sucedió la cosa!... Y cuentan que al amanecer del día el indio vio que ya no había pozo, sino una porción de matas de rosas que habían nacido y crecido en la noche y estaban cuajaditas de botones, y que se puso a contar las flores y vio que eran tantas como voces había dado él llamando a su india bonita: ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!... ¡Asina sucedió la cosa!...

Y se quedaba en silencio el viejo y luego Victoria exclamaba de pronto: —¡Jipa! ¡Me siento dichosa, feliz, contenta!

Y así vivía Victoria y nada más ambicionaba, hasta que un día...

V

El son de un cuerno anunció la llegada de los cazadores.

Era Guillermo y Federico Hanssen, de la firma exportadora de café que negociaba todo el que producía Cantarrana; Roberto Moraleda, cajero de aquéllos y por afinidad de afición a la cacería gran amigo de Hilario, y dos caballeros más, a quienes éste no conocía.

Moraleda hizo las presentaciones:

—El señor ministro del Uruguay, gran cazador, de quien ya te he hablado y a quien tuve el honor de invitar en tu nombre, como me lo exigiste.

—Antonio Olmedo—dijo el presentado, haciendo un saludo muy diplomático—. Le estoy muy obligado por esta invitación, pues ya le he oído hablar al amigo Moraleda de los deliciosos ratos que se pasan en esta casa.

—El joven Felipe Osuna—continuó Moraleda, presentando al otro.

—Encantado de conocerle—manifestó Osuna, plantándose por delante de Hilario con mucho pecho afuera y un golpe gimnástico de los talones al juntarlos en actitud de firme y sacudiendo fuertemente la mano que le tendían. Seguramente ya había oído hablar del vigor extraordinario de Guanipa y quería demostrarle que él también tenía su poco de atleta, aunque no le favoreciera mucho la estatura.

Mientras tanto, Federico Hanssen bromeaba, explicando:

—El señor Osuna es un pichón de cazador que viene a debutar en Cantarrana.

—¿Cómo va a ser?—replicó el joven atleta, volviéndose a mirar a Federico, todavía con la mano de Hilario entre las suyas y acompañando con una sonrisita zumbona la frase empleada, que era una muletilla con la cual pretendía ser gracioso.

—De todos modos —intervino el ministro, sonriendo—, hay que agradecerle que haya renunciado a los bailes de Carnaval, que es mucho pedirle a un bailarín de la talla del amigo Osuna, por iniciarse en el real deporte de la cacería.

—¿Cómo va a ser, señor?— replicó Osuna.

Por todo lo cual éste quedó, desde luego, clasificado por Hilario como patiquín, que era lo peor que con Guanipa podía sucederle a un hombre.

—Vamos a ver si no lo hacen quedar mal los venados de por aquí—dijo, y enseguida al ministro—: Pues el amigo Moraleda lo ha engañado, señor ministro. Porque aquí no se pasan sino trabajos. Eso sí, voluntad de atender a los amigos nunca falta. Ya les presentaré a mi señora y a mi muchacha: ahora vamos para que dejen la impedimenta y se acomoden de una vez en las habitaciones que les he preparado. En la casa de Tejas, Moraleda. Ahí podrán estar con toda la libertad que quieran.

Y al peón que conducía las traíllas de perros:

—Tú, Miguel, ya sabes dónde queda la perrera. Por allá está Taparita. Él te acomodará.

—¿Y qué tal, Hilario? ¿Hay muchos venados por aquí? —preguntó Guillermo Hanssen.

—¡Que si hay! En manadas andan por esos gamelotales, porque desde que ustedes me dijeron que iban a venir, prohibí la cacería por todos estos alrededores para poderlos obsequiar con unos lances que valgan la pena. ¡Ah, Carnavales buenos que van a tener los pobrecitos! Con plomo ya vamos a estar jugando con ellos.

—¿Te acuerdas, Hilario—dijo Moraleda—, del último lance que echamos juntos por los lados de la Guanipera?

—¡Cómo no! ¡Ah, lance bueno que fue ese! Treinta venados en un solo día, señor ministro.

Y fue tema para una hora larga, cada cual recordando los lances en que había tomado parte y Osuna repitiendo lo que le hubiese oído a otros cazadores, y aún no lo habían agotado cuando entraron en la Casa Grande.

Ya instalados en la sala, Guillermo Hanssen preguntó:

—¿Tienes muchos perros, Hilario?

—Cinco perdigueros ¡de flor! y cuatro venaderos que son una notabilidad.

—¿Y el cachorro que te regalé?—terció Federico.

—Ya lo vas a ver. Es ahora un perrazo, bonito y notable. Catire lo llamo. Todo el que viene por aquí se enamora de ese perro.

Moraleda habló de los suyos; el ministro, de los que tuvo que regalar en Montevideo a un amigo, cuando se venía para Venezuela; y Osuna, cazador novicio que hacía su primera salida, expresó su deseo de conseguir un buen cachorro. Hilario le ofreció regalarle uno, hijo de Catire, precisamente con lo cual el joven atleta se deshizo en cumplidos.

En esto se oyó detrás de la puerta que daba a las habitaciones un rumor de risa ahogada. Luego el murmullo de una voz que amonestaba y en seguida una sonora carcajada.

Los cazadores volvieron la cabeza, sonriendo, y a Osuna se le llenó el rostro de contento. Hilario explicó, dirigiéndose a Moraleda:

—Es Victoria. ¡Ah, muchacha tremenda! Ven acá, Victoria.

Osuna irguió el busto al ver aparecer a una joven de poco más de quince años, floridos de belleza, trigueña, de ojos garzos, velados por largas sedosas pestañas, verdaderamente linda. La risa contenida le daba un aire de infantil travesura que aumentaba las seducciones de su rostro, teñido del cálido y saludable color de la vida al aire y al sol de los campos. Su aparición en la sala produjo una unánime exclamación admirativa.

Avanzó resuelta y sonriente, llenos de lumbre de audacia los ojos turbadores, y retribuyó con enérgicos apretones el saludo de los cazadores que le fue presentando su padre.

—Al amigo Moraleda lo conoces ya.

—¡Cómo no! Hace tiempo que usted no venía por aquí.

—Muy disgustado con... usted. Ya iba a decir contigo. Como decía antes.

—¡Bravo, conmigo! ¿Por qué?

—Porque estaba usted burlándose de nosotros detrás de esa puerta.

Y el ministro, galante:

—El señor Moraleda no dice verdad. No le crea, señorita. Estábamos enojados con usted, porque nos retardaba sin necesidad el placer de conocerla.

—Sobre todo cuando el objeto principal de nuestra venida era conocer a la Flor de Cantarrana— agregó Guillermo Hanssen.

—Esas son cosas del señor Moraleda, que es el único que me llama así— replicó ella, mirándolos con desenvoltura, como si estuviese acostumbrada a estar en sociedad, y riendo y moviéndose continuamente, pues no podía estarse quieta un momento.

—El señor Moraleda inventaría el nombre, pero todos nosotros lo aceptamos incontinenti— dijo Osuna con un tono melifluo plegando los labios chiquitines, como si fuera a silbar y dando un saltito en la silla al pronunciar la última palabra, cual si lo hubiese acometido un acceso de hipo.

—Pues se equivoca usted, porque no ha sido el señor Moraleda quien me ha puesto ese nombre— volvió a replicar Victoria, a tiempo que Adelaida aparecía.

Poco quedaba de la belleza de la juventud en la faz de Adelaida; apenas la dulzura de la expresión, que ya no era tampoco soñadora, sino resignada. Largo rato se le quedó dibujada la sonrisa de afabilidad con que saludó.

Hilario volvió a plantear el tema de cacería:

—Victoria también es gran cazadora. En un lance de venados no se le queda atrás al tirador más certero.

—¿De veras? Pues encantados de tener tal compañero en la partida —dijo el ministro—. Porque suponemos que usted querrá hacernos el honor de acompañarnos.

—Si papá me deja, con mucho gusto.

—¿Por qué no? ¿Verdad, señor Guanipa?— intervino Osuna, vivamente interesado.

—Vamos a ver.

Adelaida comenzó a objetar:

—¿Y no será demasiado para Victoria? Seguramente ustedes irán muy lejos. Pero Victoria se apresuró a rebatir sus objeciones, los cazadores la apoyaron y al fin Hilario dio su palabra.

—Bien, irá con nosotros.

Victoria palmoteó, rebullendo en el asiento a impulsos de una alegría incontenible y de allí en adelante ya no tuvo sosiego.

—Tranquilízate, hija —recomendábale Adelaida—. Te vas a enfermar de alegría.

—Déjela usted, señora. Nadie enferma de alegría— observó el ministro.

—Mamá, sí, señor ministro. No digo se enfermaría; creo que si alguna vez llega a ponerse alegre, por un descuido, se cae muerta del tiro.

Tales palabras y el modo como las dijo causaron gracia y fueron celebradas por Osuna con largas carcajadas. Hilario frunció el entrecejo. Moraleda se limitó a sonreír mirando a Adelaida. A ella le produjo una extraña impresión aquella mirada llena de inteligencia y de compasión y se levantó, diciendo:

—Con el permiso de ustedes. Voy a mandar que sirvan la comida.

Victoria la siguió con los ojos y luego, haciéndole a Hilario un guiño que daba a entender cómo eran las relaciones entre aquella madre triste y apocada y esta hija alegre y juguetona:

—Se ha puesto brava conmigo. Ahora tendré que adularle mucho para que se contente.

—Bien se conoce que es usted la alegría de esta casa—manifestó Osuna.

A Hilario no seguía gustándole el “patiquincito” y se apresuró a volver la conversación al punto de partida, comenzando un relato de cacería en el cual aparecería Victoria llevando a cabo una proeza de valor y de audacia.

—¡Diana cazadora!—exclamó el ministro, cuando Guanipa terminó a tiempo que regresaba Adelaida anunciando que la mesa estaba puesta.

Allí fue Victoria quien hizo una apología calurosa de las hazañas de su padre, y mientras éste la miraba en silencio lleno de complacencia, Osuna trataba de hacerse agradable aparentando asombro por lo que ella refería.

El ministro, como advirtiese que Adelaida no tomaba participación en la charla, procuró, discretamente, que se hablara de otra cosa. Ya Moraleda y los Hanssen lo habían intentado también; pero parecía imposible hallar un tema que hiciese hablar a Adelaida, y al cabo de infructuosas tentativas fue necesario no ocuparse más de ella y seguir el rumbo que Victoria y su padre le daban a la conversación.

En el salón la tertulia se divirtió en grupos: Moraleda y el ministro con Adelaida; los Hanssen con Hilario, hablando de negocios; Osuna con Victoria junto al fonógrafo, que era la única cosa moderna entre el severo mobiliario antiguo, examinando los discos y entretanto, bisbiseándole él sus requiebros y ella acogéndolos con carcajadas de aquel sano humor burlón que la inmunizaba contra el riesgo del galanteo.

Por fin Osuna encontró lo que buscaba: un *foxtrot* que estaba de moda, y en habiendo puesto a funcionar el fonógrafo, se le plantó por delante a Victoria, se entalló la chaqueta y la invitó a bailar, tendiéndole los brazos con ademanes chulescos.

—No sé bailar eso—dijo Victoria.

Y él con su muletilla y su sonrisa y sin cambiar de actitud:

—¿Cómo va a ser? Si eso es lo más lindo de la vida. Además, si no sabe, ya va a aprender conmigo, porque, aunque me está mal el decirlo, como decimos los campesinos, yo soy doctor en foxtrología. Hoy, el que no sabe bailar fox, hace mal papel en sociedad.

Haciendo un guiño rápido por Hilario, Victoria explicó:

—A papá no le gusta que yo baile.

—Ya ésas son palabras mayores— dijo Osuna, y acercando una silla a la que ocupaba Victoria, se le sentó al lado y siguió calentándole las orejas, mientras el fonógrafo reproducía el fox.

Concluido éste, Victoria se levantó a cambiar el disco y darle cuerda al instrumento, y entretanto oyó lo que Moraleda y el ministro conversaban con Adelaida.

—Pues el parecido es exacto —decía el ministro, viendo el retrato de don Jaime que ocupaba el sitio de honor de la sala, copia al óleo de aquella fotografía que conservaba Adelaida—. Diríase que es el retrato de Nicolás, sólo que él no llevaba barba.

—Padrino la llevó desde joven —dijo Adelaida—. Cuando este retrato, o mejor dicho, cuando el retrato de donde ha sido copiado ése, tendría unos veinte años, según me ha dicho mamá.

—Que es, poco más o menos, la edad que debe de tener Nicolás—intervino Moraleda—. Porque Jaimito se casó poco antes que yo y el mayor de mis hijos tiene veinticuatro años cumplidos.

Victoria se quedó viendo el retrato mientras movía la manivela del fonógrafo, y Adelaida, dirigiéndose al ministro, dijo:

—¿Conque conoce usted a toda esa gente?

—Ya le digo: en Hamburgo nuestros mejores amigos eran el señor Friedel y su señora.

—¿Muy buena moza todavía Eleonora?

—Guapísima. Una mujer verdaderamente encantadora.

Tiene dos hijitas muy monas. Adelaida, como usted, se llama la mayorcita, si mal no recuerdo.

—Sí—afirmó Adelaida, con una voz velada por tristes recuerdos, y al cabo de una pausa—: La otra se llama Elsbe.

—Elsbe. Sí, una monada de criatura. También conocí a doña Eugenia, la esposa del doctor Zárate, que era entonces, y todavía lo es, ministro de Venezuela en Francia. Pasaron unos días en Hamburgo, poco antes de yo regresar a mi país, y tuve el honor de serle presentado. Una dama muy quisita, también. Y finalmente, aquí en Caracas, he tenido el honor de conocer a doña Fernanda de Alcoy.

—¿Ah, sí?

—Para mi mujer y para mí no hay tratos más agradables que los que pasamos en Villa Alcoy, que es, sin disputa, la morada más elegante de Caracas. Un verdadero palacio. ¡Y qué buen tono reina allí en todo! Don Leopoldo y doña Fernanda son la gentileza en persona, y las muchachas, Antonieta y Carlota, sumamente distinguidas y muy exquisitas. Casi todas las tardes nos reunimos varios diplomáticos en Villa Alcoy, a jugar al tenis y tomar el té, y allí pasamos ratos verdaderamente deliciosos.

Entretanto, Victoria, haciendo girar la manivela del fonógrafo con lentos movimientos de atención distraída.

El ministro concluyó, galante:

—Tan agradables y exquisitos como éste que ahora nos depara usted.

Pero Adelaida no correspondió al cumplido porque su pensamiento erraba por aquel mundo sepultado de los recuerdos de su juventud. Aquellas palabras con que seguramente el ministro quiso darle gusto, le habían despertado, por lo contrario, sentimientos melancólicos. Era como una bruma fría y gris que se interpusiera entre ella y el mundo real y a través de la cual sólo veía una cosa amable: la consecuencia de Eleonora al afecto que antes las había unido, al ponerle su nombre a la primera de sus hijas. Ya ella lo sabía, no porque Eleonora se lo hubiese anticipado, pues desde que se separaron, el día de su matrimonio con Hilario, nunca había tenido otras noticias de las primas que las que le daba misia Carmelita en sus cartas. Fue ésta quien la comunicó: “de Eleonora sé que no se ha olvidado de ti, pues le ha puesto tu nombre a su primogénita.

Tú también quisiste ser consecuente poniendo Eleonora a tu hija; pero ella ha sido más afortunada y ha podido hacerlo”.

Pero Adelaida parecía haberse olvidado ya de esto y cuando se lo recordó el ministro la emoción le veló la voz.

¡De cuantas cosas más se había olvidado también! Tan muerto estaba para ella aquel mundo que abandonó para casarse con Guanipa, que nunca habría sospechado que alguien pudiera llegar alguna vez a hablarle de nada que tuviese relación con su vida anterior. De los amigos de entonces, sólo Moraleda iba de tiempo en tiempo por Cantarrana invitado por Hilario a partida de caza; pero él era discreto y nunca se hablaba entre ambos de nada que se refiriese a las del Casal o a cosas y sucesos de aquella época feliz.

Y he aquí que unas vagas noticias acerca de la vida brillante y venturosa de sus primas despiertan de pronto los sentimientos que estaban dormidos en su corazón. ¿Por qué recordaba, especialmente, de manera tan viva y lúcida, una escena de su primera juventud, que parecía totalmente olvidada? Fue en las temporadas de la Casa Grande. Moraleda, que acababa de regresar de Alemania, donde se educara, había sido invitado por Jaimito a Cantarrana, y una noche cantó, con su hermosa voz de barítono, la romanza *Eri tu*, de *Un ballo in maschera*. Ella lo acompañaba al piano... ¿Tendría todavía Moraleda aquella hermosa voz de barítono?... Seguramente el tiempo se la había estropeado y gastado. ¡Tantas cosas estropeaba y gastaba el tiempo!...

Entretanto, Osuna perdiendo el tiempo en galantear a Victoria, pues ella no atendía sino a lo que, a ella también, le habían despertado en el espíritu las palabras del ministro.

¡Las Alcoy!... Aquellas orgullosas parientas de las cuales nunca se había ocupado y que, de pronto, se le habían convertido en objeto de envidia o de admiración, pues aún no podía discernir ésta de aquélla, en su tumultuoso sentimiento... ¡La casa más elegante de Caracas!... Un mundo desconocido, que de repente se le mostraba lleno de seducciones que jamás la habían tentado.

Un deslumbramiento, no una visión todavía; pero ya un impulso incontenible apuntando hacia la aventura.

—¿Cómo va a ser?— dijo Osuna, una vez más para sacarla de su ensimismamiento.

—¿Qué me decía?

—Que mientras más lo pienso, menos lo entiendo. Una reina como usted, que ha nacido para que todo el mundo la admire, metida dentro de este monte. Pero ¿cómo va a ser, señor?

Era, con diferentes palabras, salvo la muletilla, la misma impertinencia que ya le había deslizado al oído varias veces; pero ella no la acogió con la usual carcajada burlona y le hizo esta pregunta intempestiva:

—¿Conoce usted a las Alcoy?

—¡Cómo no! ¿Quién no las conoce en Caracas?

—¿Es verdad que son muy bonitas?

—No tanto como usted.

—Contésteme lo que le pregunto— replicó ella, disimulando la complacencia que ya le producían las galanterías del joven.

—Pues, más que bonitas, muy distinguidas, muy chic. Carlota, especialmente, es muy simpática. Casi siempre nos encontramos en los tés danzantes de las Legaciones y pasamos ratos muy agradables, porque Carlota baila divinamente.

—¿Y que tienen una casa muy elegante?

—Suntuosísima. Una quinta en El Paraíso: Villa Alcoy, que es un verdadero palacio, como acaba de decir el ministro. Pero es una gente que vive muy en grande. Demasiado orgullosas. Precisamente esta noche dan un baile de máscaras que dicen que será una maravilla.

—¿Sí? ¿Y cómo es que siendo tan amigos de ellas usted y el ministro no se hayan quedado en Caracas para asistir a ese baile?

—El ministro porque es más cazador que Nemrod. ¿Sabe usted quién es Nemrod?

—No.

—Ni yo tampoco.

A Victoria no le hizo gracia el chiste y Osuna tuvo que reírsele él solo y luego concluir:

—Y yo porque...

Pero como después de haber dicho que era amigo de las Alcoy no podía confesar que no lo habían invitado, remató con un piropo más:

—Porque he preferido venir a conocer a la Flor de Cantarrana.

Y otra vez perdió su tiempo porque ya en el impetuoso corazón de Victoria había estallado la decisión característica de los Guanipas y a esto sólo atendía.

Se acercó al fonógrafo, puso el disco que antes había puesto Osuna y, volviéndose a éste, díjole:

—Enséñeme a bailar el *foxtrot*.

Adelaida como la oyese, díjole:

—Victoria, acuérdate— a tiempo que hacía un rápido movimiento de ojos hacia Hilario y éste, que ya estaba como sobre ascuas de verla tan entregada a la conversación con el mocito, la clavó una mirada amenazante.

Pero los Guanipas no se detenían, una vez lanzados por algún camino. Por el momento: aprovechar a Osuna para aprender aquel baile, imprescindible para no hacer mal papel en sociedad, según dijo el joven. Lo demás vendría después.

VI

Poco faltó para que Hilario se precipitara a arrebatársela de los brazos de Osuna, tanto más cuanto que éste bailaba muy ceñido a la pareja y con una expresión de voluptuosidad casi obscena; pero se dijo:

—Lo que es a este patiquincito no lo aguanto aquí tres días.

Nunca se había preparado Guanipa con tan buena disposición para recibir huéspedes como lo hizo esta vez para agasajar a los amigos que le habían prometido irse a pasarse a Cantarrana los días de Carnaval; pero ahora no pensaba sino en hallar la manera de alejarlos de su casa, ya que, por consideraciones con los Hanssen, no podía demostrar el disgusto que le causaba la presencia de Osuna, llevado y presentado por ellos.

—Por fin encontró el amigo Osuna la manera de no pasar el Carnaval sin bailar—dijo el ministro—. Y la señorita es una pareja insigne. ¡Vean ustedes qué virtuosismos de danzarín genial nos está obsequiando el amigo Osuna!

—¡Cómo va a ser!—replicó Osuna, entre amoscado y complacido, porque burlas y elogios eran las palabras del diplomático.

Y Moraleda, como advirtiese la violencia que se hacía Hilario por tolerar aquello, no bien hubo terminado el disco, se puso de pie, diciendo:

—Bien, mis amigos. Esto está muy agradable; pero no olvidemos que mañana tenemos que madrugar.

—¡Tan temprano! —protestó Victoria—. Pero si apenas estoy empezando a coger el paso. Dejen que el maestro me dé siquiera una lección más.

—De lo bendito, poquito —replicó Moraleda—. Además, ya tendrá tiempo de aprender. Mañana y pasado, después de la cacería, si no viene muy cansado el maestro, continuará las lecciones.

—Tiene razón Moraleda —intervino Guillermo Hanssen, comprendiendo la que había para ponerle término a la tertulia—. No es prudente fatigarse mucho, pues no sabemos cuánto nos harán caminar mañana los venados.

—Me parece— observó Hilario, reticente, a tiempo que Federico le preguntaba:

—¿A qué hora habrá que levantarse?

—A las cuatro. No es necesario madrugar mucho porque echaremos el lance ahí mismo, en la quebrada de Ojo de Agua. En la Oficina nos reuniremos.

Y así que se hubieron marchado los amigos, encarándose con Victoria:

—Desentiéndete de la idea de ir mañana a la cacería. Victoria se limitó a hacer un ademán de despreocupación, alzando los hombros, y mientras el padre salía a poner por obra el plan que se le había ocurrido para evitar que Osuna siguiese calentándole las orejas, se fue a la cama tatareando el fox que acababa de bailar.

Pero era imposible que después de aquello no tuviera un sueño agitado, y casi toda la noche estuvo Adelaida sintiéndola: rebullía en el lecho, suspiraba, mascullaba tropeles de palabras ininteligibles, reía a carcajadas.

—¿Qué ideas estarán pasando por esa cabeza?—se preguntaba la madre—. Como no la haya dado por enamorarse del Osunita, que no tiene cara de ser muy bueno, que digamos. ¿Quién aguantaría a Hilario?

Y con esto, añadido a aquel otro intempestivo rebullir de sus recuerdos, ella tampoco pudo dormir tranquila aquella noche.

Ya Hilario estaba preparándose para salir cuando Victoria despertó.

—Déjalo que se vaya adelante—se dijo—. Yo llegaré cuando estén todos reunidos y así él no se atreverá a repetirme que no me lleva.

Permaneció en la cama, esperando a que Hilario se marchara y luego se levantó y comenzó a vestirse, de prisa, con el mejor de sus trajes de amazona moderna —que esto de mujeres con pantalones de jinete a horcajadas era quizá el único modernismo con el cual estaba bienvenido Hilario Guanipa, mientras que Adelaida no podía pasarlo—; pero aunque procurara no hacer ruido para no despertar a la madre, ésta la sintió, y asomándose a la puerta que comunicaba las habitaciones respectivas, la reconvino:

—¿Qué estás haciendo, Victoria? ¿No te dijo tu papá que no irías a la carcería?

—Sí. Pero antes había convenido en que sí iría y ya él sabe que a mí, cuando me ofrecen algo, tienen que cumplírmelo, porque yo no soy el alma de Dios de mi mamaíta que a todo se somete sin protestar.

—Déjate de eso, niña. Acuéstate. No provoques a tu papá. Mira que está muy disgustado contigo.

—¡Ay mamá! —exclamó ella, sin desistir de lo que hacía—. Tú no conoces a papá; él lo que necesita es, precisamente, que los demás le hagan sentir que también tienen carácter. ¿No le has oído decir que no le gustan las bestias que no tratan de sacudirse al jinete? Pues lo mismo le pasa con las personas.

Entretanto, había concluido de vestirse. Se terció a las espaldas la escopeta y el morral y acercándose a la madre le echó los brazos al cuello y la cubrió de besos, mientras, conduciéndola a su cama, le iba diciendo con aquel juego de papeles trocados:

—Vuélvase a acostar, mijita. Y duérmase tranquila, porque a su madre no le va a suceder nada malo, ¿sabe?

—Déjate de zalamerías y haz caso. Las niñas deben ser obedientes.

—Ya lo sabe, pues. Su mamaíta le dice que se acueste y se quede tranquila y la hijita debe obedecer, porque si no se la lleva el coco. ¡Ajá! Así, acostadita, bien arropadita y ¡a dormir se ha dicho! Dios me la bendiga.

Y saliendo del aposento saltando y brincando, como el cabrito libre al campo abierto.

Ya los cazadores estaban reunidos en el gran patio de secar café de la Oficina, donde el peón de los Hanssen y el viejo Taparita atraillaban los perros. Gañían éstos en torno de aquéllos, y los que ya estaban apareados por las traillas daban vueltas por el patio con los hocicos a ras del suelo, cual si ensayaran el rastreo de la jornada.

Un ¡hurra! de los Hanssen saludó la aparición de Victoria, e Hilario, saliéndole al encuentro, le preguntó, ceñudo:

—¿Qué significa esto? ¿No te dije que no irías con nosotros?

A tiempo que el ministro se les acercaba, exclamando:

—¡Bienvenida! Ya habíamos protestado contra esa inoportuna jaqueca que nos iba a privar del placer de su compañía; pero veo que más que ella ha podido el deseo de usted de procurarnos ese placer, ¿verdad?

Y Moraleda:

—¿Se ha pasado el dolor de cabeza?

—Sí—respondió ella, conteniendo la risa—. Era casi nada y con el aire de la madrugada se me ha acabado de quitar. Es que papá se preocupa demasiado y por cualquier cosa quiere que me quede en cama.

Y para disimular las ganas de reír que le estaba provocando la cara de Hilario, se alejó retozando con los perros que le habían salido al encuentro.

Catire, el predilecto, correteaba alrededor de ella gazapeando, se detenía de pronto a ladrarle, con las patas delanteras extendidas sobre el suelo y en alto el rabo estremecido, y cuando ella hacía ademán de atacarlo daba un salto ágil y caía más allá en la misma posición, provocándola a un nuevo ataque.

—¡Catire!—gritó Hilario—. Deja las ganas para más tarde. ¡Ven aquí!

—¡Pobre Catire!—dijo Victoria entre dientes—. Ya te van a cobrar las que no debes—y en seguida—: Pero aquí faltan perros, Taparita. No veo a Capitán, ni a Campanero, ni a...

—Ya la niña va a descubrir el patuco—se dijo Taparita, a tiempo que Hilario se apresuraba a darle, ásperamente, la explicación que ya había tenido que hacerle a Moraleda:

—Han amanecido enfermos.

—¡Qué raro!—replicó Victoria—. Ayer tarde estaban muy contentos.

Y como hiciera ademán de dirigirse a la perrera:

—Vente—díjole Hilario, y en seguida a los amigos que estaban más allá en torno a Osuna, diciéndole algo que no se necesitaba oír para saber que eran recomendaciones de que desistiese de galantear a Victoria—: Vámonos, mis amigos, que nos coge el día. Y ya sabes, Taparita: vamos a echar el lance en el Ojo del Agua, ladera abajo hacia la montañita del Corozal. Suelten desde allí, bien arriba para que levanten todo lo que haya por ahí.

—Descuide, don Hilario—respondió el viejo—. Que asina se hará la cosa—y luego para sí mismo—: ¡Ah, don Hilarito! ¡Tiene más vueltas que un cacho!

Rayaba el alba por detrás de los cerros de la Guanipera y ya los cazadores estaban apostados en los sitios indicados por Hilario. Victoria al lado de éste y a considerable distancia de Osuna —que por lo demás, y sin duda a causa de las advertencias que le hicieran los compañeros, no se le había acercado a aquélla en todo el trayecto—, cuando Taparita y Miguel, faldeando una ladera hasta la altura de una mancha de café abandonada hacía tiempo, cuyos matorrales eran el refugio predilecto de los venados de Cantarrana, llegaron al sitio donde debían soltar los perros.

Mientras les quitaban las traíllas, Taparita murmuraba entre dientes:

—¡Ah don Hilario! Manda anoche a soltar los mejores venados para ahuyentar la cacería y ahora viene muy serio representando su papel de diablo y haciéndomelo representar a mí. ¡Qué se hace! Amo es amo y hay que obedecerlo

aunque manque mande disparates. ¡Ansina están arregladas las cosas! Vamos a ver, mijitos, si encuentran algo que levantar por aquí. Que me parece muy difícil, porque ya los de anoche dieron una güena batida a todos estos matorrales, y rencu o muy zoquete tiene que ser el venao que se haiga quedao por aquí... ¡Je, je! ¡Ah don Hilario! ¡Y que habían amanecido enfermos los perros! ¡Dígame, si la niña Victoria se empeña en dir a la perrera a ver qué era lo que tenían y los descubre como estaban, con las lenguas afuera y trozaos de haber estado monteando toda la noche!... Porque ésa no tiene pepitas en la lengua y hubiera descubiertu el patuco allí mismo, delante de todos los señores.

Libres de las traíllas, los perros comenzaron a girar en torno al sitio, metiendo los hocicos por entre el pajonal y describiendo círculos cada vez más amplios. Los más jóvenes e inexpertos se enmendaban a menudo, volviendo sobre sus pasos y dando gruñidos como si los aquejara un sufrimiento físico, mientras los veteranos avanzaban confiados en su instinto y alejándose más y más unos de otros.

Viendo a Catire buscar el rastro, Taparita y Miguel exclamaban:

—¡Piazo e perro! ¡Mírelo cómo trabaja!

—Ese levanta de donde no hay.

—Ya cogió el rastro. ¡Ahí va empinado!

—¡Óigalo cómo campaneaa!

En efecto, el perro estaba ya sobre el rastro y se alejaba, ladera abajo, hiriendo el aire con un ladrido frecuente.

Victoria lo vio pasar y sus miradas lo siguieron hasta que se perdió de vista tras una loma... ¿Pero qué le sucedía a ella que no se enardecía ante el espectáculo del animal disparado sobre el rastro de la presa? ¿Por qué le resultaba ahora tan indiferente y hasta aburrido todo aquello que la rodeaba y que siempre le había producido un intenso placer?... El monte dorándose de sol; el vasto espacio por donde corría el fresco viento libre; los alegres latidos de los perros multiplicándose por el eco de las hondonadas silenciosas; la ansiedad de la expectación con el oído atento a los mínimos rumores del pajonal y la

mano trémula en el gatillo; la pieza que de pronto se pone a tiro, un instante apenas, el disparo certero, la cabriola mortal del venado herido en el salto... ¡Cuán tonto y fastidioso pareciale ahora todo aquello!

Se tendió sobre la hierba, puso a un lado la escopeta y apoyando la cabeza sobre las manos entrelazadas, de cara al cielo, se abandonó a sus pensamientos, que eran, ahora, lo único interesante sobre la tierra.

Nunca había experimentado emoción comparable con aquella con que dio los primeros pasos del *foxtrot* que iba a enseñarle Osuna; pero no por éste, que seguía pareciéndole ridículo, como se lo pareció desde el primer momento, cuando por la rendija de las puertas se puso a observarlo, ni tampoco por el baile mismo, en el cual, mal que bien, ya se había ejercitado con sus amiguitas, sin encontrarle nunca nada que la entusiasmara; sino por lo que se había propuesto al tomar aquella ingenua decisión, y que desde los primeros compases ya le pareció que comenzaba a lograrlo: la conquista del dorado mundo donde reinaban las Alcoy, que no eran tan bonitas como ella, según afirmaba Osuna, ni quizá tan ricas, porque en su ingenuidad creía que nadie podía serlo como lo era su padre, que tenía un cofre ¡lleno de monedas de oro!... ¡Caracas!... ¡Una quinta suntuosa en El Paraíso, trajes lujosos, automóviles, muchas amigas que la admiraran, fiestas espléndidas!

Ya el sol caía a plomo sobre las lomas y hondonadas.

¿Cómo había podido estar tanto tiempo tendida sobre la hierba, sin darse cuenta de la realidad circundante? Su padre ya no estaba con ella y era Taparita quien le hacía compañía. Lejos, oíase el ladrido de un perro, Catire; seguramente, que había perdido el rastro. Ya ella tenía el oído acostumbrado a distinguir, por el ladrido del perro, cuándo éste iba siguiendo el rastro del venado y cuándo lo había perdido. Hasta entonces no había sonado un disparo en toda la extensión del lance, a menos que hubiese estado tan absorta que no lo advirtiera... Ahora reinaba un vasto silencio, ¡tan hondo, tan triste, pesado y aburridor! Ahora sonaba el cuerno del perrero detrás de los cerros de

Torrequemada..., ¡y un grito largo, lleno de melancolía!... ¡Qué lejos estaba el lance!

—¡Qué fastidiosa es la vida del monte!

—¡Vaya que por fin vuelve usted en sí! —exclamó Taparita—. Hace rato que estoy aquí esperando (a que se despierte, sin que haiga estado dormida, para volver a repetirle lo que ya le he dicho varias veces: que le manda a decir don Hilarito que se puede regresar conmigo para la casa, porque él ha seguido con los señores para los lados de Torrequemada y no volverá hasta mañana o pasado.

—¿Y por qué no me lo dijo él cuando se fue?

—¡Cosas de don Hilarito!

—Sí, para que no fuera yo a decirle que quería ir con ellos —respondió a sí misma y en seguida soltó la carcajada—. Papá se está imaginando que yo me he enamorado de Osuna. No sabe de la misa la media.

—¿Y es que hay misa, niña Victoria?—interrogó Taparita, intencionadamente.

—¡Y cantada, viejo!

Se incorporó, se echó al hombro la escopeta y dijo:

—Vámonos, Taparita.

—Vámonos—repitió éste. Y mentalmente—: ¿Ansina es la cosa? Y después dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Viejo soy yo, pero con todas estas cosas del padre y de la hija me estoy quedando en la luna.

VII

Por el momento, Hilario había logrado salirse con la suya, pues gracias al ardid de hacer ahuyentar de por allí la cacería, se había llevado a sus huéspedes al potrero de Torrequemada, que era también de su propiedad, y donde abundaba la caza y había un rancho para pernoctar.

Además, allá tuvo oportunidad de cobrarle a Osuna el mal rato que le había hecho pasar, haciéndolo meterse por breñales y despeñaderos y zahiriéndolo a cada momento:

—¡Arriba, amigo! Esto no es tan sabroso como bailar *foxtrot*; pero el cazador tiene que hacerse a todo. No le tenga grima a las garrapatas y rejienda ese pajonal, cerro arriba.

Y con esto y las cuchufletas de los Hanssen y las ironías del ministro, por las noches, en el rancho, purgó sobradamente Osuna su pecado de galanteador. Tan sobradamente, que cuando regresaron a Cantarrana y sus compañeros se dirigieron a la Casa Grande a despedirse de Adelaida y de Victoria, él se quedó en la de Tejas dándose una fricción de aguardiente para quitarse las garrapatas que le chupaban la sangre, y renegando de la hora en que se le ocurrió meterse a cazador.

Pero aún Hilario tuvo que vérselas con Victoria. Lo primero fue encontrarla enfurruñada cuando trató de dirigirle la palabra, pues en sus bravatas con la

hija, siempre era él quien daba el brazo a torcer; luego tener que soportar la impertinencia con que ella, cada vez que él entraba en la casa, ponía en el fonógrafo el disco del *foxtrot* que había bailado con Osuna y cogiendo una silla comenzaba a ejercitarse, para darle a entender que sólo en esto pensaba, y finalmente, el estallido de uno y otra:

—¿Es que ya no tienes más pensamientos sino el baile?

—¿Es que también te molesta que baile con las sillas?

—Porque ya veo que no lo haces sino por molestarte.

—No, papaíto —replicó, sarcástica—. Lo que te pasa es que te espantas de tu sombra.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que no te gusta que me agrade el baile, cuando esto, en mí, no es sino herencia tuya, que te la pasas en un solo joropo en todos los ranchos de la hacienda.

—¿Cómo?— rugió Hilario.

—Como estuviste ayer en el del Alto de Urape, muy entusiasmado con la hija de Rosendo.

Y dicho esto, Victoria se retiró de la sala dejándolo entregado a su indignación.

Acudió Adelaida a reprender a la hija y entonces Hilario se encaró con ella:

—¿Has oído la alteranía con que me ha hablado tu hija?

—¿Qué es eso de “tu hija”? —protestó Adelaida con su habitual mansedumbre—. ¿Acaso tengo yo la culpa de que no hayas acostumbrado a Victoria a respetarte, a fuerza de tanto mimarla y celebrarle las malacrianzas?

—¿Quieres decir que yo soy el culpable?

—De eso sí —respondió ella con reposada firmeza. Y dulcificando todavía más la voz no acostumbrada a formular reproches—: Y de lo otro también, Hilario. No apruebo que Victoria te haya hablado como lo ha hecho, y ya la castigaré; pero, aquí entre nosotros, tú tienes que reconocer que te ha dicho la verdad. Si tú...

—¿Si yo qué?— atajó Hilario con voz rugiente.

—Nada, nada. Ya he debido comprender que ahora no estabas para oír razones.

—¡Ni ahora ni nunca!— concluyó el marido, y le volvió la espalda.

Aquella misma tarde el arriero que regresaba de Caracas se detuvo al pie de la escalinata de la Casa Grande, donde estaba Victoria entregada a sus sombríos pensamientos, y dijo:

—Niña Victoria. Aquí le manda misia Carmelita.

—¡Cartas de abuelita!— exclamó ella, bajando en carrera los escalones.

—Dos cartas, para usted y la señora, y este paquetico que me parece que son periódicos. Me recomendó que se los entregara a usted en sus propias manos.

Victoria abrió la carta dirigida a ella, con gozosa impaciencia, como siempre que las recibía de la abuela, y allí mismo, sentada en la escalinata, púsose a leerla:

“Mi querida nietecita: Ayer estuvo por aquí un joven a quien yo no conocía, de apellido Osuna, hijo de una antigua amiga mía, que se presentó diciendo que venía a conocerme, pues siempre había oído a su madre hablar muy bien de mí; pero desde las primeras palabras se dejó descubrir la hipocresía el muy bribón, pues me dijo: “Hace unos días tuve el gusto de conocer a una nieta de usted, muy simpática.” ¡Ah pícaro! —le respondí—. ¿Y vienes a conocer a la abuela para hablarle de la nieta, que seguramente te tiene trastornado el juicio? Por supuesto, no se lo dije de veras, sino lo pensé solamente, y ahora te pregunto a ti: ¿qué brujería le echaste a ese muchacho, que estuvo más de dos horas hablándome de lo buenamoza, simpática, inteligente, graciosa, distinguida y qué sé yo cuántas cosas más que le pareciste?”

—¡Abuelita! ¡Abuelita!— exclamó Victoria con la faz encendida en júbilo.

“No te imaginas el placer que me causó el joven con los elogios que hacía de ti, aunque me quitó el sueño para toda la noche, pues no hice sino pensar en ti y en tu mamá. Pero no te cuento esto para hablarte de Osuna —¡cuidado como se te ocurra enamorarte desde tan jovencita!—, sino para decirte que

pasé un rato muy agradable oyendo hablar de ti. ¡Conque estás muy bonita! ¡Qué ganas tengo de verte! En tu última carta me dices que por fin tu papá ha convenido en dejarlas venir a pasarse la Semana Santa conmigo. ¡Ojalá no se quede en promesa, como tantas otras veces! Aquí estoy pegada a los Santos, pidiéndoles que le ablanden el genio y las deje venir. Yo, como siempre, entre mis viejas y mis perros, sola y triste en este caserón, pero resignada a la voluntad del Señor. Junto con ésta te mando una revista que me dejó Osuna, para que te la enviara, que publica reseñas del Carnaval y retratos de las muchachas que formaron las principales comparsas. Ahí verás cómo hablan de tus parienticas, las Alcoy. ¡Qué tristeza me da cuando pienso que tú no conoces todavía el mundo ni sus alegrías, que son un don del Señor, hecho para que todas sus criaturas disfruten de él y alaben a su Autor! Pero me consuela saber que tú te sientes feliz en el género de vida que llevas. Haces bien, hijita, la alegría está esparcida por el mundo, por la mano de Dios, como la luz y como el aire. No vayas a pensar, por lo que más arriba te digo, que sólo se encuentra en la ciudad y en los salones: allí también está... Pero déjate de estar correteando tanto por esos montes para matar animalitos indefensos. Te vas a llenar de garrapatas, mijita. Te besa y te bendice tu abuelita.”

—¡Ah, abuelita querida! —volvió a exclamar Victoria—. Siempre debe terminar con algo que haga reír.

Y estampando tres sonoros besos sobre la firma de la abuela, oprimió la carta sobre su pecho, murmurando:

—¡Abuelita! ¡Abuelita! ¡Cuándo será que podré abrazarte de veras?

Luego abrió el paquete donde venía la revista que le mandaba Osuna.

En la portada, bajo un letrero que ponía: “Su Graciosa Majestad la Reina del Carnaval”, traía un retrato de Antonieta Alcoy.

Victoria sonrió, contemplándola. ¿Era, acaso, Antonieta un dechado de perfecciones, como decía la galante leyenda al pie del fotograbado? Bonita era, indudablemente, y elegante y muy distinguida; pero... “No tanto como usted”, había dicho Osuna... Luego, si ella viviera en Caracas y frecuentara

aquella sociedad elegante, ¿no la habrían preferido a ella para elegirla reina del Carnaval?

Cerró los ojos y dejó que su pensamiento vagara una vez más por el florido mundo de sus ambiciosos sueños recién nacidos, y así estuvo largo rato, reclinada contra el barandal de la escalinata, hasta que Adelaida fue a sacarla de su ensimismamiento.

—¡Ah! Toma. Carta de abuelita.

Y mientras Adelaida leía la carta de la madre, que no venía sino a renovar la pena de no estar al lado de ella, Victoria púsose a hojear la revista que reseñaba las fiestas del Carnaval.

En la plana central, otra de sus famosas parientas: Antonieta rodeada de su corte de honor, compuesta por señoritas de la más distinguida sociedad de Caracas; Carlota ostentaba un gracioso disfraz que, según la revista, había llamado la atención por su lujo y buen gusto en aquel baile de máscaras de Villa Alcoy, del cual ya Osuna le había dicho que sería la nota culminante del festival; una fotografía del salón de Villa Alcoy que tenía fama de ser uno de los más suntuosos y de más auténtico buen tono de Caracas, y otra del jardín donde fue servido el obsequio y que el cronista calificaba de “verdadero jardín de hadas”, y, finalmente, una reseña del baile en la cual el revistero, después de afirmar a cada momento que no había palabras para describir aquello, le ponía tres o cuatro adjetivos a cada cosa y todavía le quedaban para finalizar: “En una palabra: ¡maravilloso, fantástico, embrujador, miliunanochesco!”

Victoria leía anhelante, encendido el rostro, trémulas las manos, y al concluir tomó entre las suyas las de la madre, y exclamó:

—¡Mamaíta! ¡Cuando nosotros vivamos en Caracas y demos un baile y se diga de nuestra casa todo lo que aquí dicen de Villa Alcoy! ¡Qué dicha! Ya me parece estar viéndolo. Mira, mamaíta: dirá así, lo mismo que aquí dice: Una fiesta de hadas en Villa Guani...

Se llevó las manos a los oídos, con un gesto de dolor lancinante, exclamando:

—¡Huy!

—¿Qué te pasa?— interrogó Adelaida, asustada.

—Que me ha sonado más feo que nunca mi apellido. ¡Qué feo es mi apellido, mamaíta! No me explico cómo conviniste en llevarlo.

—¡Niña! —exclamó la madre—. ¡Si te oyera tu papá!

A tiempo que Victoria rompía a reír del chasco que se había llevado cuando más encumbrada estaba en sus sueños de grandeza.

Pero al cabo de un rato volvió al lado de la madre, y sentándose junto a ella, le hizo esta pregunta intempestiva:

—Explicame, mamaíta: ¿por qué no quiso papá adoptar el apellido del abuelito?

Nunca se había tratado de este asunto entre ellas y el, tema era violento para Adelaida.

—¿Cómo te lo explicaría? —respondió al cabo de un rato—. Caprichos de Hilario. Orgullo.

—¡Ah! ¿Caprichos, orgullo? Pero tenía derecho a llevarlo, ¿verdad?

—¿Derecho?... ¿Pero a qué viene esto, Victoria? Anda. Vete a pasear. ¿No vas a salir esta tarde?

—Es que yo he oído decir que abuelito quiso varias veces reconocer a papá como hijo suyo y papá se negó. ¿Es verdad eso?

—Sí, es verdad.

—Eso era lo que yo quería saber —dijo Victoria poniéndose de pie—. Luego si yo quisiera ponerme del Casal...

—¿Qué estás pensando, Victoria?

—Tendría derecho, ¿verdad?

—¡Qué sé yo, hija!— replicó Adelaida, llena de confusión y de vagos temores.

Victoria permaneció unos instantes cavilosa paseándose a lo largo del corredor, con los brazos cruzados sobre el pecho, y de pronto, echándolos al aire

y transfigurando el rostro, lanzó aquel grito que había aprendido de Hilario, grito de guerra y de triunfo, seña de los Guanipas impetuosos:

—¡Jipa!

Y en seguida una carcajada, bandera desplegada al viento, mientras, ante la mirada atónita de la madre, se precipitaba por la escalinata al jardín que rodeaba la casa.

Y una nueva zozobra se aposentó en el corazón de Adelaida. El ambicioso sueño de Victoria de brillar en la alta sociedad de Caracas, apenas nacido y ya afán impetuoso, la temeraria ingenuidad de adoptar el apellido del Casa!, vislumbrado a través de las palabras que acababa de oírle y, por otra parte, los graves recelos que siempre le habían inspirado los ímpetus de aquella sangre que la hija llevaba en sus venas, sangre de una raza trepadora que ante nada se detenía, todo esto era más que suficiente para que el medroso corazón de Adelaida se colmase de sombríos temores.

Ya reina la noche, fosca sobre los campos, espolvoreada de estrellas arriba, tibia y pesada. Suena sin pausa la melancolía adormecedora de los grillos; dentro de los cafetales vuela, silencioso, el enjambre de las luciérnagas rayando de luz las tinieblas profundas; se oye graznar las lechuzas y de allá abajo, de un rancho distante, sube un cantar melancólico al son quejumbroso de un cuatro.

Y pasan las horas y todavía Adelaida se está preguntando:

—¿Qué suerte le estaría reservada a Victoria? ¿Por qué caminos podría lanzarla aquel inmoderado afán de grandezas que acababa de nacerle dentro del apasionado corazón?

VIII

Entretanto, Hilario empeñado en no escuchar razones.

Porque era cierto que en el joropo del Alto del Urape había estado él muy entusiasmado con la hija de Rosendo Zapata, que después de varios años pasados al arrimo de unas tías maternas en uno de los pueblos de Aragua, había vuelto al lado del padre.

Desde pequeña había sido Florencia una mulatica buenamoza y vivaracha; pero al doblar los quince años se convirtió en un verdadero prodigio de belleza rústica y por eso resolvieron las tías enviársela al padre. Era mucho lo que les daba que hacer el mocerío alborotado por la hermosura de la muchacha.

Y era Rosendo Zapata aquel guerrillero que se había prestado a ayudar los planes de Hilario cayendo con su montonera sobre Cantarrana, administrada por aquel Olaizola amigo de Jaimito del Casal, en los precisos momentos en que debía recogerse la cosecha de café.

Cansado de andar fugitivo por los montes, después del fracaso de aquella revolución, el comandante Zapata había buscado refugio a la sombra de Hilario, ya propietario de Cantarrana y con ascendiente sobre las autoridades de la región, y éste, que siempre estaba dispuesto a mostrarse agradecido con todo aquel que le hubiese prestado alguna cooperación de sus tiempos de lucha, le brindó amparo, le aseguró la libertad bajo su fianza y luego lo empleó como

caporal de sus peonadas, más que por utilizarlo en el trabajo de la hacienda, para lo cual no lo necesitaba, por pagarle una vez más aquellos servicios y, al mismo tiempo, tenerlo a mano para cualquier emergencia de armas tomar.

Pero de la humilde condición de capataz no había logrado elevarse Rosendo en los quince años que llevaba en Cantarrana. Ignorante y cerril, descentrado de su verdadero campo de acción, que eran la revuelta y el pillaje, el terrible comandante Zapata, producto de la guerra y que sólo para ella servía, vegetaba sin gloria bajo las órdenes de Guanipa mientras la paz que reinaba en el país atrofiaba sus virtudes guerreras.

A veces, al contemplar desde la puerta de su rancho del Alto del Urape el monte tupido de sus antiguas correrías que le dieron la siniestra fama de los “quemarranchos”, célebres por todos aquellos contornos, sentía la nostalgia de la guerra, que parecía haberse acabado para siempre, y entonces abandonaba el trabajo por espacio de varios días, comenzaba a emborracharse y desaparecía de la hacienda, sin que Hilario, ni nadie, lograra descubrir dónde se metía.

Refugiábase en las montañas tupidas de cereipos y araguaneyes que orlaban las cumbres de la sierra de la Guanipera, y allí, en la espelunca salvaje, dentro del jaral bravío, permanecía solitario hasta que las nostalgias de la revuelta hacían crisis. Entonces, con el ánimo más abatido, con la esperanza casi totalmente perdida, tornaba al Alto del Urape como si regresara de una derrota y volvía a ser el caporal, el mandadero de Hilario Guanipa.

Ya del terrible guerrillero inutilizado por la paz sólo quedaba la memoria de sus hazañas. Ahora parecía un viejo bonachón: bajo sus espesas cejas revueltas, sus ojos, que antes despedían miradas relampagueantes de caudillo, tenían un triste mirar de vencido, y aquella barba que antaño le dio a su faz sombría un imponente aire marcial, era apenas, encanecida y mustia, asidero de la diestra inerme en el largo cavilar de las nostalgias.

No obstante, la ferocidad no estaba muerta, sino dormida dentro de su corazón y en Cantarrana no había quien se atreviera a provocarlo, sobre todo

cuando lo veían quedarse de pronto contemplando el monte tupido y lo oían murmurar:

—¡Ah, malhaya la guerra!

Que eran los síntomas precursores de aquel sombrío acceso de furor, tanto más peligroso cuanto que, no pudiendo lanzarlo a la guerra, por cualquier cosa lo lanzaba a las riñas.

Pero un sentimiento nuevo en aquel rudo corazón comenzó a transformar la vida de Rosendo Zapata.

—Ya sé que estás muy contento con la venida de la muchacha— díjole a Hilario.

—Contento es poco —replicó—. Ahora sí me voy a componer, don Hilario. Se acabaron para siempre las ideas para el monte y las maluquezas; ahora tengo aquí mi muchacha y necesito hacer con ella las veces de pae y de mae, para que esté contenta de hallarse a mi vera. Y a trabajar se ha dicho, a ver si logro reunir unos centavos para darle los gustos a la muchacha.

En efecto, durante las faenas de la hacienda mostrábase jovial con los peones y ganoso de trabajar, y apenas terminaban aquéllas, cuando antes se iba a la pulpería a jugar bolas y beber aguardiente, ahora cogía el empinado camino del Alto del Urape, a seguir trabajando en la reparación de aquel ruinoso rancho donde hasta entonces había vivido, como una bestia salvaje en su cubil, al inseguro abrigo de las rotas paredes y deshechas techumbres de barro y paja por donde se metían el viento y la lluvia, sin que estas incomodidades lo moviesen al más pequeño esfuerzo para evitarlas. En cambio, ahora se afanaba para que su muchacha, si no casa confortable y decente, tuviese, al menos, rancho limpio y bien abrigado, y mientras sus manos hacían de prisa la labor no acostumbrada, convirtiendo el tabuco en vivienda habitable, contemplaba a Florencia de reajo y se sentía feliz oyendo la perenne copla con que ella aligeraba sus trabajos o amenizaba sus ocios.

—¿Cómo mientan eso que estás cantando?

—Adiós, mi negra. Un corrido aragüeño que un cantador de allá me dedicó cuando me venía.

—Bonito es y tú lo cantas muy sabroso. Empiézalo otra vuelta.

Ella lo repetía y él volvía a decir:

—Bonito es cantado por ti —y a cada momento—: Da gusto verte trabajar, muchacha. ¡Ligera y contenta! Y todo te queda bien hecho: la ropa, que brilla de limpia y bien planchada; la comida, sabrosa. Hasta los animales se están poniendo más bonitos desde que tú los cuidas. Toas esas gallinas están gordas y buenasmozas. Y si son las matas de flores, ¡no se diga!, too eso que ahora luce tan verdecito y floreao, era un tiestero seco.

—Entonces yo soy la flor de la maravilla. Es que no tengo flojera, taita.

—Digo yo que debe de se también la alegría con que trabajas; porque el trabajo es como las mulas mañoseás, que si le descubren a uno que les tiene miedo, se arrochelan y no salen.

—La alegría es una cosa muy buena, taita. Yo por estar siempre alegre y me he salvado muchas veces de ponerme triste.

—¿Cómo es la cosa, muchacha? ¡Je! ¡Je! Ta güeno ese dicho: por estar alegre, te has salvado de ponerte triste. Y mira: se me ha contagiado tu güen humor. Esta mañana se rieron mucho de mí los muchachos. Estaban jalando el monte de un cafetal y yo me sentía tan contento, que cogí también mi escardilla y me puse a jalá, cantando una de esas coplas que has traído de Aragua; y tan entusiasmoo estaba, con mi copla y mi escardilla, que dijeron los pioneros: “Escuchen al viejo Rosendo, güelto una paraulata ajicera, de puro alegre que cantaba.” Yo no pude menos de reirme y seguí callao un rato, ¡pero con más ganas de rompe a cantá otra güelta! Y hasta uno de ellos dijo: “Esa es la alegría de tené otra vez la muchacha en la casa.” ¿Qué te parece?

Y al cabo de un rato:

Oye, Florencia: ahora que está tan bonito el rancho, ¿no quieres que pongamos aquí, el domingo en la tarde, un joropito? Este plan provoca pa echá una güeña joropeá.

—No me lo pregunte dos veces, taita.

—Pues vamos a poné un joropo el domingo. Hazte mañana una güeña tinaja de carato de acupe. Tengo ganas de acordarme de mi tiempo, a ver si todavía sé escobillá un joropo, como mandan las reglas.

El primer invitado fue, naturalmente, Hilario. Cuando éste llegó, le dijo, al ver a Florencia:

—¡Compadre! Ya me habían dicho que la muchacha había venido muy buenamoza; pero no creí que fuera tanto.

Y de un hombre tan feo como usted, ¿cómo ha podido salir esa preciosidad?

—Pues, pa que vea, compadre: a naiden le falta Dios.

Y no es na lo bonita, sino lo competente y lo hacendosa que es —y a la hija—: Bueno, pues, Florencia, quiero que el primer golpe lo bailes con el compadre don Hilario, que nos ha hecho el honor de vení a esta fiestecita humilde.

¿El primero?... Y el segundo y el tercero. Hilario no la soltaba y ella se sentía muy a gusto bailando con él.

—Mejor es así —se decía Rosendo—. Que baile solamente con el compadre, que es cohete quemado. No vaya a venir uno de estos mozos entradores de por aquí a ponerse a calentármele las orejas a la muchacha y a echármela a perder.

Nada de extraño tenía que Rosendo pusiera tanta confianza en Hilario: se la inspiraba el hábito de servirle con entera sumisión y el reconocimiento instintivo —porque reflexivo no podía ser un hombre como Zapata— de la superioridad de quien se había levantado de la nada a esfuerzos propios, mientras él, por lo contrario, declinaba de guerrillero famoso a caporal anónimo.

Pero en seguida de haberse dicho aquello agregó:

—Además, perro no come perro.

Y ésta fue la primera manifestación de que, bajo aquel sentimiento que hacía que Rosendo viera en Guanipa al jefe natural, alentaba ese oscuro instinto de

rivalidad que entre hombres de la especie de uno y otro, da a la amistad más íntima un fondo de odio mutuo e implacable, presto a estallar de un momento a otro.

En efecto, ya receloso, sin embargo, Rosendo se hacía el confiado, obedeciendo, involuntariamente, a una necesidad de la lucha, que era la misma que hasta allí se le disolviera en las nieblas negras de las nostalgias de la guerra, pero que ahora tenía un objeto preciso: la defensa de la hija, y un enemigo localizado: el compadre, por ser éste, precisamente, el hombre de quien más podía temer que se la sedujera.

Pero en el rudo corazón, todavía ganoso de pelea, el recién nacido amor paternal produjo una nueva manera de sentir.

—¡Hum! Mejor es prevenir que remediar. Después de todo, quien tiene la culpa soy yo, por haberle dicho a la muchacha que bailara con el compadre. Pero ya voy a estar acabando esta fiesta.

Invitó al arpista a un trago y momentos después éste decía, ya echándole la colcha al arpa:

—Bueno, comandante. Ya lo complací. Ahora debo irme porque tengo un joropo de compromiso en el pueblo y la hora es nona.

Esto fue lo que sucedió en el joropo del Alto del Urape, y decíase Hilario a sí mismo que de allí no habría pasado si Victoria y luego Adelaida no se hubiesen atrevido a echarle en cara su conducta.

En lo íntimo de su ser, avergonzábese de haber dado motivo a aquellos reproches de la hija, pues su mayor satisfacción había sido oíría decir, como a menudo lo manifestaba ella, que estaba orgullosa de su padre. Cierto era que tal satisfacción no había impedido que él continuase observando fuera del hogar la censurable conducta del mujeriego sin escrúpulos a que lo impelían sus pasiones plebeyas, mas como se cuidaba mucho de que Victoria lo ignorase, le parecía que con ello bastaba para que no existiese lo vituperable de tal conducta.

Pero en esto había algo más que una vulgar hipocresía; había —sin que de ello fuese del todo consciente, desde luego— la ilusión de ser cual se lo imaginara Victoria, de que, simultáneamente con el Hilario Guanipa de pasiones bastardas, existiera otro, totalmente diferente y digno de reinar en el corazón puro de la hija. El Hilario Guanipa que él hubiera querido ser para Adelaida; pero no se lo permitió la vida, porque entonces era hora de luchas y para éstas no podían servirle sino sus instintos de presa. El hombre ideal, más o menos frustrado en cada hombre real, pero que en él, dadas las circunstancias de su origen y condiciones de vida, tuvo que quedarse totalmente relegado a la región de los vagos deseos que nunca llegan a convertirse en propósitos, a esa región que es como un limbo del alma donde todo es aliento fallido.

Pero al oír aquellos reproches de boca de la hija bienamada, al convencerse de que no era para ella lo que se había imaginado, sintió, de una manera obscura, pero íntima y dolorosa, que aquel Hilario Guanipa ideal no había existido nunca, y pensó que, siendo ya inútil mantener el engaño, podía entregarse libremente al otro, al de las pasiones plebeyas, al que podía codiciar a la hija de su caporal.

Y este impulso de despecho dio al traste con todo lo que, de vagos deseos, ya se estaba convirtiendo en propósitos a la sombra de aquella ilusión.

Desde la fila de los pomarrosos por donde iba momentos después de aquella violenta escena, veíase, abajo, la Oficina donde se beneficiaba el café, llena de la animación del trabajo; el gran patio enladrillado donde unos muchachos provistos de rastrillos removían el grano recién lavado que allí se secaba al sol; los corredores del contorno, bajo los cuales un centenar de mujeres, sentadas ante las mesas de escoger, lo iban clasificando a medida que salía de las trillas y descerzadoras; el ir y venir de los peones que lo transportaban en sacos a los depósitos y de los arrieros que de allí lo sacaban para cargar las recuas de mulas que lo conducirían a Caracas donde iba a convertirse en dinero a espuertas, pues la cosecha había sido copiosa como nunca y el fruto había alcanzado aquel año un precio inusitado. Y en torno a esta actividad bulliciosa de los

hombres y las máquinas, la otra, callada e invisible, de la tierra que seguía nutriendo los cafetales para la nueva cosecha, bajo la sombra tupida de los guamos y bucares que se extendían por lomas y laderas.

Días antes, en aquel mismo sitio, se había detenido a contemplar el mismo cuadro. Aquello era el producto de sus esfuerzos, la obra de veinte años de trabajo tesonero. Sin embargo, fueron sentimientos generosos los que experimentó:

—No puedo quejarme —se dijo—. La suerte me ha ayudado bastante y ya tengo más de lo que ambicionaba. Ahora, puedo darme el gusto de que mi mujer y mi hija gocen de la vida como merecen. Compraré una buena casa en Caracas y me las llevaré a vivir allá como gente. Así mi Blanca verá cumplido su deseo de estar cerca de su viejecita, que es lo único que ella ambiciona, aunque no lo dice, y Victoria gozará del mundo, con plata bastante para satisfacer todos sus caprichos.

Y como viese a Rosendo Zapata en la Oficina, ayudando a los arrieros a cargar las mulas:

—¡Lo que son las cosas de la vida! ¿Quién le iba a decir al comandante Zapata, cuando le pedí, por favor, que me prestara una ayudita, que al cabo de veinticinco años, él, que era el jefe, iba a estar trabajando de peón en la misma tierra donde, con sólo pegar un grito, ponía cien hombres sobre las armas, dispuestos a morir por él? Allá está ganándose un jornal para comer. ¡El pobre! Hay que ayudarlo, porque me ha servido con buena voluntad. Y ahora que está tan ilusionado con su muchacha, más lo necesita.

Le voy a dar la haciendita de la Guanipera para que la trabaje por su cuenta y gane unos realitos, ahora que el café tiene buen precio.

Y ahora, aunque era el mismo cuadro, los sentimientos fueron otros.

—¡Todo esto es mío y me lo debo a mí mismo! Y de aquí no salgo ni después de muerto, porque aquí me haré enterrar. ¿Quién se mide ahora con Hilario Guanipa? Allá está el comandante Zapata cargando sacos y la muchacha sólita en el Alto del Urape. ¡Jipa!

Y cogió el camino que conducía al Alto del Urape.

A la sombra del árbol que le daba nombre al sitio y de cuyas ramas caía constantemente, con blando movimiento, la nieve de los pétalos que el viento deshacía, estaba Florencia junto a la batea, hundidos en el blanco borbollón de la espuma los morenos brazos desnudos, con una Cayena en el moño y un cantar en los labios.

Hilario se detuvo a contemplarla tras la palizada. Ella volvió la cabeza, a un resoplido del caballo, y al verlo escondió los brazos desnudos y sonrió turbada.

—Buenos días, don Hilario. ¿Viene usted buscando al viejo, verdá? Él estaba en la Oficina. Me dijo que iba a quedá a almorzá por allá porque y que tiene que despacha un café.

—Ya sabía que Rosendo no estaba aquí.

—¡Ah! Creí que venía buscándolo... Pero por ahí mismito vendrá, porque...

—¿No acabas de decirme que almorzará en la Oficina?

—Sí, pero... Como siempre me dice así y luego se presenta de golpe...

Hilario la miró sonriendo. Ella soportó un rato la mirada y luego volvió a su tarea para disimular su turbación.

—¿Es de apuro ese lavado?— preguntó Hilario.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no te deja acercarte a oír lo que tengo que decirte.

Después de unos instantes de vacilación, abandonó la tarea y se acercó a la palizada, preguntando, sin dejar de sonreír, entre azorada y complacida:

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Acércate más. Es un secreto entre los dos.

—Bueno, ya estoy cerquita— dijo, ya sin sonreír y con la soflama de la sangre cálida bajo las mejillas y en la lumbre de los ojos; y como Hilario no hacía sino devorarla con las miradas, volvió a preguntar—: ¿Qué era lo que me iba a decí?

—Que no te veía desde la tarde del joropo.

—¡Ja! Ja! Eso lo sabía yo. ¡Miren qué cosa!

—Pero seguramente no sabías que desde esa tarde no he hecho sino pensar en ti.

Bajó los ojos y balanceando el cuerpo con movimientos de turbación infantil, comenzó a hacer pliegues y más pliegues en su delantal de zaraza roja.

—Déjese de eso, don Hilario. Usted es casao y más gente que yo.

—Contesta lo que te pregunto: ¿sabías que yo estaba pensando en ti?

—No— respondió al fin, sin alzar la vista, pero volviendo a sonreír.

—¿No lo sabías? Esa risa me está diciendo que sí.

—¡Guá! ¿Y por qué había de saberlo? Ni bruja que fuera.

—Estoy por creer que sí eres bruja, porque se me ha metido en la cabeza que alguna brujería me echaste en aquel vaso de carato que nos bebimos entre los dos, la tarde del joropo.

—¡Hoy sábado! No diga eso, don Hilario.

Hubo una pausa. Hilario la contemplaba en silencio, inflamado de deseos, esperando a que ella alzase los ojos y se cruzaran de nuevo las miradas, como quien aguarda, empuñando el acero que ya hirió, que el adversario se incorpore y vuelva a levantar el suyo, ya inofensivo. Así sucedió, al fin, Florencia alzó la cara y lo miró a los ojos. El tornó a preguntar:

—Lo sabías, ¿verdad? Confiesa que sabías que yo estaba pensando mucho en ti.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, encendida de rubor gozoso la faz, y se miraron largamente.

Tras una vuelta próxima del camino se oyó un silbido. Florencia dijo:

—Por ahí viene gente. ¡Como no vaya a ser el viejo! ¡Váyase! Hágame el favor de dirse.

—Ya me dijiste que Rosendo no viene a almorzar.

—Pero otras veces me ha dicho lo mismo y siempre se aparece de pronto. El está muy malicioso desde la tarde del joropo. Ese silbido es de él. Acabe de dirse.

Hilario se enderezó en la silla, dispuesto a partir. Rápidamente dijo:

—Necesito hablar contigo, solitos los dos. Esta tarde, en la nochecita, te estaré esperando en Pozo de Rosa. Si te pregunta Rosendo, le dices que vas a buscar agua. ¿Irás?

Y ella, oyendo el silbido que se acercaba por el camino, llena de zozobra, respondió:

—¡Sí!

Hilario prosiguió su camino; ella volvió a su batea.

El Urape continuó desprendiendo su nieve de pétalos blancos.

*

Pozo de Rosa era un paraje sombrío del cauce pedregoso de un torrente que hinchaban las lluvias, pero que en la estación seca quedábase convertido en delgado arroyo. Antiguamente debió ser más caudaloso, pero las quemadas de los bosques de las cabeceras lo habían empobrecido y amenazaban secarlo por completo, de donde tal vez se originó aquella leyenda que contaba Taparita, según la cual el pozo se había secado en una noche.

A causa de esta leyenda y por ser sitio apartado, de sombra y soledad impresionantes, corría la conseja de que allí moraba un “encanto”: un lamento desgarrador que comenzaba a escucharse en cuanto anochecía. Nadie podía decir que no lo había oído; pero tampoco había por allí quien se atreviera a pasar por Pozo de Rosa a la hora del atardecer, y por esto y por ser sitio cercano al Alto del Urape, lo escogió Hilario para la cita dada a Florencia.

Arrendó su caballo al tronco de un árbol; se sentó sobre una piedra, al borde del remanso. Ya comenzaba a perder la paciencia, cuando, por fin, apareció Florencia.

Sin acercársele, desde la orilla opuesta del arroyo, le dijo llena de miedo y de prisa:

—Vine por no dejarlo esperando, pero ya me voy. El viejo está en casa desde tempranito y pa mí que ha sospechado algo. El que venía esta mañana silbando por el camino, ¿sabe?, era el muchacho que iba a llevá el almuerzo, y creo que le llevó el chisme de que lo había visto a usté por cerca de casa.

Hilario la oyó sonriendo, con imperturbable tranquilidad.

—Bueno, pues. Pero ya que viniste, vamos a conversar un poquito.

—No. Yo me voy. A papá se le pué ocurrí vení a ver qué estoy haciendo por aquí. Tuve que simula que me había tropezado con la tinaja pa botarle el agua y podé tené un pretexto para vení.

—No tengas miedo. Por ahí tengo un vigía que nos avisará si viene Rosendo. Acércate. ¡Acércate, mujer! Siéntate aquí conmigo.

—No. Yo me voy.

Pero no se movía del sitio.

Hilario abandonó su asiento y fue por ella. La tomó una mano y la condujo al lugar donde había estado esperándola y allí, levantándola en sus brazos, la hizo sentarse sobre la piedra. Entretanto ella seguía diciendo:

—No. Yo me voy. Yo me voy.

—No te irás hasta que no te haya dicho lo que tengo que decirte— replicó con el tono imperioso que en aquellos casos empleaba, y al cual quizá debía la mayor parte de su éxito entre las mujeres. Y volvió a sentarse al lado de ella.

Florencia no resistió más. Mirándolo a los ojos, con expresión azorada, preguntó:

—¿Qué tiene que decirme?

—Que estás más linda que nunca y que me tienes loco por ti.

Le rodeó el talle, la atrajo sobre su cuerpo y la besó en la boca hasta que la hizo gemir.

Cuando por fin, sofocada, sin aliento, pudo zafarse de sus brazos, saltó de la piedra al suelo, diciendo otra vez:

—Yo me voy. Yo me voy.

Él sonrió, seguro de que no se movería de allí, y le dijo, jugando con la presa, con felina complacencia.

—Anda. ¡Vete, pues!

Pero ella comenzó a lloriquear:

—Es mucha brutalidad mía habé venido. Yo no debo tené amores con usted, sabiendo que usted es casao.

—¿De dónde te salen ahora esos escrúpulos? Eso lo sabías tú desde el principio.

—Pero cuando una se enamora de repente, no piensa na en el primer momento. Después es cuando una viene a catá de ver lo que está haciendo.

Hilario soltó la risa. Ella repitió:

—Yo me voy.

—¿Hasta cuándo vas a estar con esa letanía? —y volviendo a emplear el tono imperioso, despótico—: No te puedes ir. Aquí estarás hasta que yo quiera. Ven acá. ¡Siéntate otra vez!

Florencia se echó a llorar. Gimoteando, decía:

—Usted ha hecho mal en enloquecerme como me ha enloqueció.

—Pues si es verdad lo que me dices, ya me vas a dar la prueba.

—¡No! ¡No! Yo me voy. Mañana... —comenzó a decir, atropelladamente, debatiéndose entre los brazos que habían vuelto a aprisionarla.

—¡Mañana, no! ¡Ahora mismo!

Pero en esto, alguien que acababa de aparecer por allí dio una voz de aviso:

— ¡Don Hilario, ahí viene Rosendo!

Era el vigía que había apostado Hilario. Por dos veces había dado la señal convenida, emitiendo un silbido; pero como advirtiese que don Hilario no abandonaba el sitio, fue a darle el aviso apremiante.

Florencia suplicó angustiada:

—¡Suélteme! ¡Váyase! ¡Escóndase!

Y el peón, por su parte, viendo que Hilario parecía dispuesto a esperar a Rosendo, con Florencia entre sus brazos:

—Sí, don Hilario. Mejor es que se vaya. ¿Quién no sabe aquí que usted es un hombre pa otro hombre? Pero quedándose no gana na, y yéndose ahora, too lo que usted quiera.

—Tienes razón, Severiano— continuó, soltando a Florencia.

Desamarró el caballo, montó y rápido desapareció en seguida por la vereda del monte por donde había llegado al pozo, desechando el camino que pasaba por el Alto del Urape.

Florencia puso en orden, rápidamente, sus cabellos destrenzados, y corriendo a donde había dejado la tinaja, comenzó a llenarla en el pozo. Severiano se quedó donde estaba, fingiendo acompañarla.

Llegó Rosendo. Exploró el sitio con una mirada rápida y al descubrir al peón pareció tranquilizarse.

—¡Guá! ¡Severiano! ¿Qué haces por aquí?

—Iba de paso; pero Florencia me dijo que la esperara mientras llenaba la tinaja, porque y que le tiene miedo al encanto que dicen que sale por aquí a esta hora.

—¡Encanto! ¡Jem!... ¿Hasta cuándo vas a está ahí, muchacha? ¡Anda pa tu casa!

Y entre dientes:

—¿Miedo al encanto? Menos miedo y más cuidao...

Aquella noche, Hilario llegó a su casa taciturno y sombrío. La humillación de la fuga ante Rosendo, por prudente que le hubiera parecido en el primer momento, le encrespaba, ahora, la cólera. Por primera vez en su vida había tenido que retroceder ante un hombre. Claro estaba que no lo hizo por miedo, pues había decidido esperar a Rosendo sin soltar a Florencia, dispuesto a todo; pero de todos modos fue fuga, y era ahora vergüenza insoportable, sobre todo si Rosendo había descubierto que él estaba allí y escapó cuando lo sintió llegar, pues éste todavía tenía fama de ser el hombrón más peligroso de aquellos contornos, cuyo cacicazgo, aunque no lo ejerciera como en tiempos de sus terribles merodeos, aún nadie le había quitado, y nada podía ser para Hilario

más intolerable, en aquellos momentos, que pensar que Rosendo se hubiese imaginado que él le temía.

Con este reconcomio aquella noche apenas probó dos o tres bocados, y en cuanto tomó el café, apurando la taza de un sorbo, se levantó de la mesa y abandonó la casa acompañado de uno de sus perros para dirigirse a la pulpería de la hacienda, adonde, entre noches, solía bajar Rosendo a la partida de dominó. Necesitaba saber, cuanto antes, si Zapata tenía algo que cobrarle. Pero éste no bajó aquella noche. Estuvo esperándolo largo rato y al cabo regresó a su casa.

En la cama, sin poder conciliar el sueño, lo recapacitó mejor. Más valía emplear la astucia que la fuerza. No era conveniente provocar una ruptura con Rosendo antes de que Florencia se le hubiera entregado. Esta, en verdad, no le importaba mucho en aquel momento, pues lo que le interesaba ahora no era el amor de la rústica, sino realizar su propósito, por el propósito mismo, por lo que tenía de afirmación de su voluntad y de su hombría. Florencia podía irse, indemne, adonde quisiera; pero Rosendo no se iría de Cantarrana sin la marca de la humillación. Ahora más que nunca, le resultaba intolerable la fama de hombrón que tenía su caporal; necesitaba acabar pronto con aquella molesta leyenda: en Cantarrana no había sino un solo hombre: Hilario Guanipa... Y más poderoso aún que todas estas reflexiones: un odio feroz, inexplicable y avasallador, que se le había desencadenado de pronto contra el antiguo cómplice y amigo fiel. ¿De dónde le venía este odio repentino?... Sería tan difícil como explicar de qué punto del espacio sale el viento que se enfurece de pronto, trepa y grita en la loma y se precipita por las laderas y azota y descuaja la montaña y se va silbando ciego y loco.

Al amanecer salió a poner por obra su plan. Contra su costumbre, Rosendo no estaba todavía en la Oficina.

—Esta mañanita estuvo por ahí —explicó Severiano—. Yo lo vi salir con un bojote bajo el brazo. Parece que vino a buscar una muda de ropa que tenía por aquí. Su ropa de trabajo.

Hilario se mordió las guías del bigote.

—Ándate allá, Severiano. Dile que le mando decir que pase ahora mismo por aquí, porque me voy para Caracas y tengo que hacerle algunos encargos.

Dos horas después regresó Severiano diciendo que Rosendo no estaba en el Alto del Urape.

—¿Y la muchacha?

—Ella sí está. Por cierto que con los ojos muy coloraos de llorá. Estuve conversando con ella mientras esperaba a ver si llegaba Rosendo. Está muerta de miedo. ¡La pobre! Pa mí que el viejo le ha meneao el guarapo; tiene unos verdugones en los brazos, de chaparro.

—¿No te dijo por dónde andaba Rosendo?

—Que estaba haciendo unas diligencias en el pueblo. A mí se me ha metido en la cabeza, don Hilario, que Rosendo va a cogé hoy mismo su cachachá, rumbo a Aragua, con la muchacha, pa llevársela otra vez pa casa de las tías.

Hilario dio unos pasos, se detuvo, caviló un rato, y luego:

—Vuélvete allá. Embóscate por allí cerca y si notas algún movimiento de viaje, me vienes a avisar.

En seguida cogió el teléfono y llamó al Jefe Civil de Cantarrana, que era gran amigo suyo.

—Oiga, coronel. Creo que voy a tener que arrestar por aquí a una persona que... Bueno, yo le explicaré después. No tengo seguridad todavía; pero sería bueno que me mandara por aquí un policía, o al comisario, más bien. Mándeme al comisario, por si acaso hay que proceder. Yo quiero que sea la autoridad la que practique el arresto.

Se quedó un rato junto al teléfono, cavilando.

—¡No! — se dijo de pronto—. Así, no. De hombre a hombre.

Y telefoneando de nuevo al Jefe Civil:

—Mi coronel. Ya no hay necesidad. No mande al comisario. Ya la cosa está arreglada.

Entretanto, Severiano en su espionaje, rondando por el Alto del Urape, y cerca de allí, monte adentro, Rosendo vigilando.

Esperaba que Hilario, creyéndolo ausente, se decidiera a ir al rancho donde Florencia estaba sola. Escondido en un mogote, con una carabina entre las piernas pasó todo el día observando los movimientos de Severiano, y por dos veces se había echado el arma a la cara, apuntando al espía de Hilario, pero reflexionó que ya tendría tiempo para cobrarle a Severiano su tercera y le perdonó la vida, por el momento. Era el compadre quien primero debía caer.

En la acechanza, dentro del jaral silvestre, sus viejos instintos sanguinarios se habían desatado, con toda la terrible fuerza que antaño le dieran la siniestra fama de capataz de los célebres “quemarranchos” y la nostalgia de los tiempos de revuelta volvió a adueñarse de su ánimo.

—¡Ah, malhaya la guerra! Pa probale al compae quién es entoavía el comandante Rosendo Zapata. ¡Maldita sea la paz! ¡Yo, que enantes, con sólo pegá un tiro paraba cien hombres armaos! ¡Ya estarían ardiendo todos los cafetales de Cantarrana! ¡Que un hombre como yo tenga que esconderse pa cobrá una ofensa! ¡Yo que siempre he dao la cara! ¡Ah, malhaya la guerra!

Así transcurrió aquel día. Al atardecer regresó Severiano a la Oficina.

—Aquello estaba tranquilo, don Hilario. No se ve movimiento ninguno de viaje. La muchacha estuvo toda la mañana enjoscá; pero al fin se cansó de está brava y se puso a lavá su ropa, cantando corrió, más contenta que nunca. Eso sí, Rosendo no ha aparecido por too aquello —hizo una pausa, puso una cara maliciosa y concluyó—: Ella le manda a decí que esta tarde lo estará esperando en la quebrá; pero no en el propio pozo, sino en la Cueva del Indio, ¿usté sabe?

—Ese lugar se lo indicaste tú, seguramente. Porque ella no debe de ser todavía tan baquiana.

—Ella me preguntó que dónde lo podía ver a usté esta misma tarde.

Poco después, Hilario cabalgaba camino de la Cueva del Indio. Tras una vuelta se encontró, de pronto, con Rosendo, que estaba preparado al borde del

sendero, mirando hacia un sitio poco distante, muy absorto al parecer, pues no sintió llegar a Hilario.

Este dirigió sus miradas hacia donde Rosendo veía y divisó a Victoria que iba a caballo, por un sendero angosto que faldeaba una ladera de suaves pajonales. Le llamó la atención al caporal:

—¡Compadre! ¿Qué se ha hecho usted hoy? Ando buscándolo desde esta mañana.

—¿A mí? —replicó Rosendo abriéndose a un lado con instintivo movimiento para quedar en guardia—. Estoy a su orden.

Hilario se hizo el desentendido y continuó con voz reposada sin quitarle la vista de las manos:

—Tenía que hacerte varios encargos, porque quería salir esta mañana mismo para Caracas. Pero como no me pude poner en ti, he tenido que dejar el viaje para mañana de madrugadita. Necesito arreglar las cuentas con la casa Hanssen y tal vez me quede por allá unos días.

—Pues güeno —replicó Rosendo en otro tono—. Ya le digo: estoy a su orden.

—Pásate esta noche por casa. Allá tengo el apunte de las cosas que tengo que encargarte. O mañana bien tempranito.

—Esta noche iré. ¿No dice usted que piensa salir con la fresca? Si lo dejamos pa mañana lo va a cogé el sol.

—Como tú quieras. Bueno. A eso nada más vine hasta aquí. Te vi desde lejos y como te andaba buscando...

La malicia y el rencor sonrieron en el fondo del tenebroso corazón de Rosendo; pero sólo dijo, con su habitual acento de mansedumbre:

—Iba pa casa y me paré aquí a respirá. ¡Ya ni pa caminá un rato largo sirvo! En eso oí que la niña Victoria me decía adiós.

—¡Ah! Sí. Por ahí va Victoria paseando.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del caporal:

—Por cierto, compae, que estaba pensando que usted como que hace mal en dejá que su hija ande sola por esos caminos de montes.

—¿Por qué, compadre?— interrogó Hilario vivamente.

—Porque nunca faltan abusadores.

Hilario contrajo rápidamente el entrecejo y luego, con una sonrisa jactanciosa, replicó:

—¡Con ésa nadie se atreve, compadre!

—¡Quién sabe, compae! ¡Quién sabe!

Guanipa le clavó una mirada fiera. El la soportó impávido, para decir luego, echando a andar, como si no tuviera importancia alguna lo que acababa de suceder entre ellos:

—¡Güeno! ¿Quedamos en que hasta la noche?

—¡Hasta la noche!— contestó Hilario, como si respondiese un reto, y castigando cruelmente al caballo, hasta hacerle sangrar los ijares se alejó del sitio.

—¡Ahora sí! ¡Y será esta misma tarde!

*

Rosendo llegó a su casa a tiempo que Florencia salía por agua, con la tinaja al cuadril. Verla dispuesta a volver al pozo, no obstante habérselo prohibido, y abalanzarse sobre ella, aturdiéndola a golpes, fue obra de un momento.

Ella retrocedía, tapándose la cabeza con los brazos, pero sin gemir, y cuando tropezó con la pared del rancho, se descubrió, alzó la cara llameante de cólera y dijo con una voz sorda:

—¡No me pegue más, taita! ¡No me pegue más!

—¿Que no te pegue? ¡Matarte debiera!— bramó Rosendo.

—Máteme si quiere; ¡pero no me pegue más!

Rápido, con un salto de chacal, Rosendo se abalanzó a la pared y sacó y blandió un machete que tenía clavado entre el cañizo del bahareque. Florencia alzó más la cara y desafió, extendiendo los brazos en cruz contra la pared:

—Déme. ¡Acabe de matarme!

Rosendo lanzó un rugido y lanzó lejos de sí el arma, a tiempo que exclamaba:

—¡Perra!

Sucedió un silencio. Florencia, sin cambiar de actitud, respiraba anhelante, con amplios movimientos del busto hermoso, fija la mirada en Rosendo. Este la miraba de pies a cabeza, centelleantes las pupilas, como si le pasara una llama por todo el cuerpo. Así estuvieron largo rato. Al cabo fue Rosendo quien capituló:

—Esto es lo que uno gana con querer a estas malas hembras.

Comenzó a rondar en torno al rancho, gruñendo. Florencia fue a sentarse en el umbral de la puerta, acodada sobre sus rodillas, bajo el mentón las manos apuñadas; y a medida que se le fue apaciguando la cólera empezaron a correr por sus mejillas copiosas lágrimas de un llanto amargo y mudo.

Transcurrió un buen espacio de tiempo. De las ramas del urape caían constantemente los pétalos deshechos, con un blanco movimiento, por el aire sereno del atardecer.

Rosendo monologaba entre dientes:

—¡Hacerme esto a mí el compae!... ¡A mí, que he sío sus pies y sus manos!... Bien sabía él, porque yo se lo había dicho, lo que era pa mí esa muchacha, ¡por qué debía, precisamente, sé ella la que se le antojara, pa dale gusto a su cuerpo?... ¡Caro le va a costá! ¡Como que me llamo Rosendo Zapata!... Él, como que no se acuerda que el que me la hace a mí, está bailando en un tusero...

En esto vio, a través de un claro de la palizada, que Victoria venía por el camino del Alto. Súbita, acudió a su mente la frase con que le respondiera Hilario, poco antes: “Con ésa nadie se atreve.”

—Esto es: con ésa naiden se atreve, porque es la hija d’él, que es el amo; ¡pero con la mía sí se pué atrevé él!... Porque la mía está rialenga y quizá se

ha figurao que ella se debe dar por bien servía de que él se goce con ella... ¡Je! ¡Je!... ¿Y si se trocaran las suertes, compae?...

Al sentir que se acercaba Victoria, Florencia se metió en el rancho. Rosendo también quiso ocultarse; pero ya ella lo había visto y saludaba:

—Adiós, Rosendo. ¿Cómo está Florencia?

—Alentá, niña Victoria— le respondió al cabo de un rato.

Victoria se detuvo tras la palizada.

—¿Qué le pasa, Rosendo, que está tan serio?

—Nada, niña. Será que no tengo ganas de réime.

—¿Ni de echá una caminadita conmigo? ¿No quiere acompañarme hasta Pozo de Rosa?

—¿Qué va hacé usted por ahí?

—Me ha provocado ir hasta allá. No voy por allí hace tiempo y hoy he oído hablar mucho del encanto de Pozo de Rosa. Ya la gente no se ocupaba de eso; pero hoy todo el mundo está recordando la leyenda.

Rosendo tardó en responder:

—Déjese de eso, niña Victoria.

Creyó ella que lo decía por supersticioso temor y fingió arrepentirse de su propósito, haciendo un mohín de miedo.

—¡Es verdad! Puede salirme el encanto y agarrarme por los cabellos y meterme de cabeza en el pozo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y Rosendo, enigmático:

—O algo pior toavía, niña Victoria. Lo que está pasando en Pozo de Rosa no es motivo de risa.

Victoria acabó de creer que Rosendo tomaba en serio la superchería.

—Pues si no se atreve a acompañarme iré yo sola —aplicó espuelas y volvió a soltar la risa—: ¡El tigre del Alto del Urape le tiene miedo al encanto!

Cabalgó, cuesta abajo, hacia el pozo. Rosendo permaneció un rato en la puerta viéndola alejarse, y otra vez con la cólera desatada dentro del pecho, murmuró:

—¡Con ésa naiden se atreve!... ¡Pero con la mía sí! ¡Con la mía sí! ¡Maldición!

Y echó a andar en pos de Victoria, sin saber lo que hacía, ni a qué iba...

IX

—Pozo de Rosa lo mientan y el cuento dice asina...

Muchas veces había estado Victoria en aquel sitio, escuchando de boca del viejo Taparita la pintoresca leyenda de amor y venganza, y otras tantas sola, recitándola en alta voz, sin haber experimentado nunca el más leve estremecimiento de miedo, porque no había rincón en Cantarrana que se lo infundiera, por más solitario y sombrío que fuese; pero esta vez no se atrevió a continuar.

—¡Qué tonta soy! —murmuró, tratando de infundirse valor—. ¡Miren que haberme asustado de mi propia voz!

Pero al pronunciar estas palabras volvió a sentir en sus espaldas la oleada del escalofrío del miedo que ya le había impedido continuar el cuento de Taparita, y agregó mentalmente:

—Como no vaya a resultar que, después de haberme burlado de Rosendo, sea yo quien le tiene miedo al encanto.

Había arrendado su caballo al tronco de un árbol y estaba reclinada sobre uno de los peñones del cauce de la quebrada, junto al pozo donde se arremansaba el delgado hilo de agua que por entre aquéllos venía deslizándose.

Nada de singular, ni mucho menos de impresionante, tenía aquel pequeño remanso, tan pequeño que no parecía capaz de contener ni el débil lamento que, según la conseja, salía de allí a la hora del atardecer; ni era, por otra parte,

el verdadero Pozo de Rosa de la leyenda, aunque así lo denominaran algunos, pues el sitio que con tal nombre se designaba por allí era una depresión del terreno, algo distante de la quebrada, rodeada de lomas bajas y poblada de rosales silvestres en medio de una enmarañada vegetación de zarzas y helechos; ni era, finalmente, la primera vez que, como oyese hablar de que estuviera “saliendo el encanto”, había ido ella a cerciorarse de si en verdad se escuchaban aquellos lamentos del remanso.

Pero una ambición nueva en su alma le había formado una nueva manera de sentir la Naturaleza, y así como en la mañana de la cacería se le había convertido en objeto de aburrimiento lo que antes le causó entusiasmo, ahora la soledad y el silencio de los parajes sombríos no podían inspirarle sino temores.

No obstante, una vez más se propuso vencerlos, diciéndose, en alta voz y mirando al agua transparente del pozo:

—Ya va a salir el encanto... Ya se va a oír el quejido.

Pero no estaban sus nervios para burlas, y pronto volvió a quedarse en silencio, inmóvil, sin atreverse a cambiar de posición ni decidirse a marcharse, aunque mucho lo deseaba, porque se sentía llena de miedo en tensión, que al más leve movimiento se le convertiría en pánico, y por disimular todo esto se entregó a la contemplación del paraje.

Era verde la sombra bajo los altos árboles, verde y húmeda como un musgo impalpable; arriba, piaban dulcemente unos pájaros; por entre los peñascos del cauce el delgado hilo de agua se deslizaba con suave murmullo y entre los matorrales ya los grillos estaban afinando sus élitros para la nocturna sinfonía del bosque... Pero el silencio era un fantasma que estaba sentado sobre las blancas piedras del cauce escuchando aquellos blandos rumores.

Se incorporó rápidamente y se le escapó un grito de espanto; un hombre acababa de ocultarse dentro de un matorral... Un hombre que, de seguro, estaba acechándola, hacía rato. No pudo distinguir sus facciones; sin embargo, le pareció haber visto un rostro horrible.

—¿Quién está ahí?— interrogó, con voz estrangulada.

Nadie respondió, pero ella no se atrevió a repetir la pregunta, porque su voz medrosa, al turbar el silencio, parecía haber quebrado algo invisible y frágil; ahora todo eran misteriosos rumores dentro de los matorrales.

Se le ocurrió que aquello anunciaba la aparición del “encanto” y le pareció que ya iba a oír aquel lamento que según la conseja helaba la sangre en las venas y dejaba convertido en piedra a quien lo escuchara, y ya no pudo contenerse más.

Corrió al lugar donde había dejado el caballo, montó de prisa y huyó al galope, con el escalofrío del pánico a la espalda.

Momentos después, como la viese Adelaida llegar pálida y demudada, le salió al encuentro interrogando:

—¿Qué tienes? ¿Por qué vienes así?

No pudo contenerse y arrojándose entre los brazos de la madre rompió a llorar, con un llanto nervioso, entrecortado por singultos espasmódicos.

—¡Victoria, por Dios! ¿Qué te ha sucedido?— inquirió Adelaida atribuladamente.

E Hilario, acudiendo, sobresaltado:

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estabas? Habla. Cuéntame lo que te han hecho.

—Nada. Nada —respondió, retirándose de los brazos de Adelaida, ya más serena y tratando de sonreír—. Que me he asustado como una tonta.

Y refirió lo que acababa de sucederle.

Apenas dijo que un hombre había estado acechándola en Pozo de Rosa, cuando Hilario exclamó:

—¿Rosendo, verdad?

Y acto seguido se precipitó a la escalinata, al pie de la cual había dejado Victoria su caballo.

Pero la mujer y la hijita tuvieron tiempo de interponerse, la primera se le abrazó al cuello, suplicante:

—¡Hilario, por Dios! ¿Qué vas a hacer?

—¡Matarlo! Suéltame, suéltame.

A tiempo que Victoria, abrazándose a él, trataba de tranquilizarlo:

—¿Cómo puedes saber tú, papaíto, que haya sido Rosendo, si yo misma no podría asegurarlo? Como tampoco puedo asegurar que realmente fuera un hombre aquello que me pareció ver. Quizá no fuera sino una rama movida por el viento. Con el miedo que yo tenía, cualquier cosa es un espanto. Además, ¿por qué creer que haya sido Rosendo, que siempre ha sido tan cariñoso y tan respetuoso conmigo?

Y Adelaida:

—Así es, Hilario. Tiene razón Victoria. ¿Por qué ha de haber sido Rosendo, que es el hombre de tu confianza hace tantos años?

Dejó de forcejear Hilario, y dijo, con una voz todavía trémula de coraje, pero ya no amenazante:

—Bueno. Suéltame, mi Blanca. No saldré.

Y después de reprender a Victoria por haberse aventurado sola hasta el Pozo de Rosa, se volvió a su despacho, de donde había salido para enterarse de la novedad. Sólo que no volvía allí a continuar trabajando en los libros de contabilidad de la hacienda, sino a cavilar y a tomar las determinaciones del caso.

En el primer momento había sido aquel ímpetu: apagar para siempre los ojos de Rosendo, que se había atrevido a codiciar a Victoria, y luego saciar el resto de su cólera en la posesión de Florencia; pero como los instintos sanguinarios no eran en él sino momentáneos impulsos que no alcanzaban nunca la fuerza y la persistencia necesarias para que pudiesen determinarlo a obrar, la repentina ofuscación de sangre se desvaneció pronto, rechazada por la natural repugnancia que le producía el homicidio, dejándole el sitio a un instinto más suyo: la astucia, que le daría triunfo y complacencia de sí mismo.

Y volvió al plan de estratagemas, disimulos y alevosías que se había trazado y entre cuyas redes sutiles irían envolviendo a Rosendo.

Primero, alejar a Victoria de Cantarrana. Esta medida no era imprescindible. Otras podía tomar en resguardo de la hija; pero haciéndolo así, por una parte burlaba, de una vez por todas, los planes vengativos que hubiese concebido Rosendo y estando más tranquilo se haría más dueño de la situación; y, por otra parte, alejando de allí a Victoria y con ella a Adelaida, se libraba de los molestos escrúpulos de conciencia, de las contemporizaciones que pudiesen detenerlo o apartarlo del camino que ya se había trazado, como acababan de detenerlo, más que los brazos de la mujer y de la hija, aquellas preguntas formuladas por ellas, reproches envueltos en interrogaciones a las cuales sólo hubiera podido responder confesando la villanía de los propósitos que abrigaba contra la honra de la hija de aquel hombre de su confianza que siempre se había mostrado tan respetuoso con la suya, y él no quería hacerse confesiones de esta naturaleza ni brindarle acceso en su espíritu a nada que pudiera disipar la obcecación a que quería abrazarse: no era él quien había ofendido a Rosendo, sino a la inversa, y ya no se trataba de seducir a Florencia, sino de cobrarle a aquél el agravio de Pozo de Rosa, pues tenía que haber sido Rosendo quien allí estuvo acechando a Victoria, y tenía que serlo porque él necesitaba una razón que justificase su conducta. No sabía o no quería confesarse por qué ni para qué la necesitaba; pero ello es que después de haber dicho, como días antes lo hiciera, que no quería oír razones, no había hecho otra cosa más que buscarlas y ahora se aferraba a ésta, que era la sinrazón misma.

Telefonó a Vicente Alcober:

—Para decirte que acepto el ofrecimiento que me hiciste anteayer de los tres puestos vacíos de tu automóvil. Voy con Adelaida y Victoria.

Y en seguida salió en busca de aquel Severiano que en este indigno negocio venía prestándole su tercería y le dijo:

—Le he dicho a Rosendo que me voy mañana para Caracas y le he dado cita para que venga a casa esta noche a recibir las instrucciones para el trabajo de estos días.

—Y mientras él viene por un camino usted va por el otro— interrumpió Severiano, sonriendo.

—Sí. Pero la cosa está en saber por cuál de los caminos es que viene él.

—Eso es muy fácil. Yo me aposto en la boca de la vereda del Cafetalito, y si él coge por la vereda hago un disparo, y dos si sigue por el camino real.

—Perfectamente. Eso era lo que tenía que decirte.

—Sí. Pero ahora se me ocurre que falta algo. Esa es la señal de allá para acá. ¿Y la de aquí para allá, cuando Rosendo, no encontrándolo en su casa, se vuelva para el Alto del Urape?...

—De aquí para allá no hace falta— respondió Hilario, demostrando que, una vez logrado su propósito, ya no le importaban las iras de Rosendo.

Entretanto, Adelaida con sus zozobras.

A raíz de la violenta escena, sintiendo que sus piernas flaqueaban y con todo el cuerpo sacudido por un temblor nervioso que le hacía castañetear los dientes, había ido a sentarse en el sofá de la sala, al lado de Victoria, que ya estaba allí, silenciosa, acabando de pasar sus sustos.

Transcurrió así un rato largo y penoso. Adelaida sentía que su corazón quería darle un aviso apremiante; pero no entendía la misteriosa voz, no lograba precisar en ideas justas el vago sentimiento de lo que podía significar lo que acababa de suceder. Sólo comprendía que su hija había corrido un grave riesgo y por una causa que ella necesitaba descubrir.

—¡Gracias a Dios que por esta vez sólo fue un susto! Nada bueno podía resultar de esa libertad en que te ha dejado tu papá de andar sola, correteando por esos montes. Bastante lo había advertido: el día menos pensado vamos a pasar un rato amargo por causa de esas correrías tuyas, impropias de una señorita.

—Tienes razón, mamaíta —dijo Victoria, abrazándola—. Perdóname. No lo volveré a hacer.

—Ya procuraré que no vuelva a presentarse la oportunidad. Esta vez será Hilario quien tendrá que ceder.

Victoria se la quedó mirando extrañada. Era la primera vez que la oía expresarse con el tono de energía con que había pronunciado aquellas palabras.

—Bueno —concluyó Adelaida—. Vamos a comer. Anda a llamar a tu papá. Y pídele perdón también por el mal rato que le has hecho pasar.

En la mesa, como Hilario se mantenía en silencio, se prolongó la violenta situación. Adelaida hacía esfuerzos por aparentar serenidad, pero no se le borraba de la mente el cuadro atroz que se había representado, con lucidez de visión verdadera, al ver el efecto que al marido le había causado el relato de la hija. ¿Sería, realmente, Rosendo el hombre que estuvo acechando a Victoria en la peligrosa soledad de Pozo de Rosa? Y si fue él, ¿tendría las diabólicas intenciones que Hilario y ella también le habían atribuido? Rosendo, que hasta allí había sido el hombre de confianza de su marido, ¿cómo era posible que de pronto...? ¿Por qué Hilario sospechaba de él?... Algo debía haber sucedido entre ellos que ella ignoraba. ¿Algún disgusto por causa del trabajo?...

Y ya le parecía que empezaba a entender el inquietante mensaje que le estaba enviando su corazón, cuando Hilario dijo, a tiempo de levantarse de la mesa:

—Bueno. Como ya se acerca la Semana Santa, prepárense para que se vayan mañana para Caracas.

Y como advirtiera la mirada de sorpresa que se cruzaban la esposa y la hija, agregó:

—¿No les había ofrecido que se pasarían la Semana Santa con misia Carmelita?

—¿Pero lo dices de veras, papaíto?— inquirió Victoria, ya totalmente olvidada de sus zozobras.

—¿Y por qué no ha ser? ¿No querían ir ustedes? ¿No les ofrecí que las llevaría?

Adelaida no salía de su asombro. ¿De dónde surgía aquella determinación inesperada? ¿Qué relación tendría con los acontecimientos de la tarde?

—¿Por qué te lo has reservado para última hora? Necesitamos prepararnos. Así, tan de prisa...

—Porque lo resolví ahora rato. Vicente Alcober me llamó por teléfono para decirme que va mañana con su señora para Caracas y para ofrecerme los tres puestos que le quedan desocupados de su automóvil, porque ya me había oído decir que pensaba llevarlas a ustedes en estos días. Además, para arreglar una maleta que será lo que llevaremos, hay tiempo suficiente esta noche.

—¿Tú también irás?— preguntó Adelaida.

—Ya lo creo. Tengo que arreglar mis cuentas con los Hanssen. Me regresaré dentro de dos o tres días.

Victoria rebullía intranquila, trastornada por la alegría, y así que Hilario hubo abandonado el corredor, se arrojó sobre la madre, aturdiéndola a besos.

—¿Qué te parece, mamaíta? No hay mal que por bien no venga. ¿Quién iba a decirnoslo? ¡Cuando menos lo esperábamos!

Pero Adelaida no participaba de su entusiasmo y se limitó a responder:

—Así es tu papá. Nunca se sabe a qué atenerse con él.

*

Momentos después, Victoria en su habitación preparando el equipaje y Adelaida con sus pensamientos en el corredor, apareció Hilario en disposición de salir, diciendo:

—Voy hasta el pueblo a arreglar unas cuentas que tengo pendientes por allá. Si viene por aquí Rosendo, que me espere. Que me interesa darle instrucciones para estos días que estaré en Caracas.

—¡Rosendo! —exclamó Adelaida—. ¿Pero es que va a venir Rosendo después de lo de...?

—De eso no hay que hablar nada. Vendrá porque esta tarde le dije que tenía que darle instrucciones.

Y en seguida, ya en la escalinata:

—Además. ¿No dice Victoria que no fue Rosendo el hombre que estaba en Pozo de Rosa?

Y se dirigió a la pulpería, situada entre los dos caminos que conducían al Alto del Urape reuniéndose en el sitio donde ya debía de estar apostado Severiano, para hacerle la señal convenida.

Adelaida permaneció un rato pensativa, atenta a la misteriosa voz de sus presentimientos. De pronto se oprimió las sienes y exclamó:

—¡Ya comprendo! ¡Ya me lo explico todo! ¿Cómo no se me había ocurrido antes, si estaba claro? ¡Claro como la luz del día!

Fue el repentino recuerdo de aquellas palabras de Victoria a Hilario, días antes.

—“Como estabas en el Alto del Urape, muy entusiasmado con la hija de Rosendo.”

Era todo lo que quería decirle su corazón. Ahora se lo explicaba todo y todo era horrible: Rosendo había ido a Pozo de Rosa guiado por un deseo de venganza. ¡Victoria iba a ser el precio de la honra de Florencia!

Se irguió de repente, ya no atormentada, sino transformada como bajo un nuevo soplo creador. Ya no era la Adelaida lánguida que a toda injusticia se había resignado, la esposa ofendida y traicionada que había renunciado a sus derechos, sino otra mujer nueva, animosa y resuelta: la madre que había sido amenazada en la hija propia y ahora quería salvar a la ajena, si era que todavía había tiempo.

Una hora después, cansado de esperar la señal convenida con Severiano, Hilario abandonaba la pulpería para regresar a su casa, diciéndose:

—Rosendo ha olido la trampa y no saldrá de su casa esta noche. Pero de ésta no se salva. Lo mejor es dejarlo tranquilo unos días, irme para Caracas verdaderamente, y luego, cuando más confiado esté, dar el golpe. Podría hacerlo arrestar esta misma noche y quedarme con Florencia; pero lo quiero con las manos libres para que después no diga que tuve que valerme de otros. ¡Hilario Guanipa no necesita de nadie porque él solo se basta! ¡Y sobra hombre!

Y en habiendo dicho esto le pareció que necesitaba demostrarlo en seguida:

—¿A qué tanto disimulo? Vamos a ver si es verdad que es tan fiero el león como lo pintan.

Y se encaminó por el atajo que conducía al Alto del Urape, decidido a jugarse la vida contra la de Rosendo.

—¿Severiano?— interrogó, al ver que alguien venía, sendero arriba.

—No es Severiano, don Hilario— respondió Taparita...

—¡Tú por aquí! ¿De dónde vienes?

—Del pueblo, de hacerle una diligencia a la señora.

—¿DeI pueblo? Este camino no lleva sino al Alto.

—Jue que dejé el camino y rejendí por entre el monte, pa vení más ligero.

Meditó un instante Hilario y luego:

—Dime la verdad. ¿Qué diligencia de la señora es esa que vienes de hacer? ¿Acaso te ha mandado ella?

—Don Hilario... Piense usted que yo...

—Contesta lo que te pregunto. Quien no está conmigo está contra mí. ¿A qué has ido al Alto del Urape?

—Pues, ya que usted se empeña y es el amo, no me queda más recurso sino decirle la verdad: la señora me ha mandao a decile a Rosendo que se vaya de por todo esto con su hija esta misma noche.

—¿Y tú se lo dijiste?

—No. Porque ya Rosendo se ha dio, según parece. El rancho está desocupao.

Profirió Hilario una palabra colérica y luego:

—¿Y Severiano? ¿No te tropezaste con él por el camino?

—No, señor. No me he tropezao.

Otra vez quedóse Hilario pensativo y luego:

—Bueno. Sigue tu camino. A Adelaida no tienes que decirle que te has encontrado conmigo. ¿Sabes? ¡Cuidado como yo descubra que le has contado esta conversación!

Dejó que Taparita se le adelantara y cuando calculó que ya había llegado y despachado su comisión, se dirigió a la Casa Grande.

Todavía Adelaida estaba en el corredor, en el mismo sitio donde la había dejado una hora antes.

—¿Ya tienes preparado el equipaje?— preguntó con perfecta disimulación de sus sentimientos.

—Creo que ya Victoria haya terminado de arreglar el suyo.

—¿Y el tuyo para cuándo lo dejas?

—Yo no iré— respondió Adelaida, con serena firmeza.

—¿Cómo que no? ¿Por qué no vas?

—Porque he decidido quedarme.

Y aquella palabra “decidido”, que jamás la oyera pronunciar Hilario, produjo en el ánimo de éste un efecto imprevisto, también. No se atrevió a insistir y apenas objetó:

—¿Y quién acompañará entonces a Victoria?

—Vicente Alcober y su señora, con quienes ya me he entendido por teléfono. Porque ya se me había ocurrido que tú tampoco podrías ir.

—Pues si tú no vas no irá tampoco Victoria.

—Victoria sí irá, porque ya lo he resuelto así. Y no hablemos más de esto.

Y en diciendo así se retiró a su habitación.

Hilario hizo un ademán de despecho. Todo podía haberlo previsto, menos esta actitud de quien nunca había querido hacer uso de su voluntad, y contra todo se hubiera atrevido aquella noche, menos contra esto.

Transcurrieron las horas y cada cual se fue a su cama: Hilario a desvelarse exprimiéndole todo el áspero sabor a la vergüenza de su derrota; Victoria a no poder dormir a causa del hirviente fantaseo de su imaginación, en vísperas de realizarse el dorado sueño de aquellos atormentados días: sólo Adelaida a dor-

mir serenamente, pues todo lo que podía causarle algún gozo verdadero estaba en ella, era ella misma; el ser nuevo que tenía por delante una vida nueva, todavía de luchas pero ya de triunfo seguro, porque para que se cumpliera el milagro había bastado que se decidiera a decir: esto quiero, y una vez dicho vio que era la cosa más fácil y sencilla del mundo; la voluntad redimida, aquella del carácter formado por la obediencia ciega para la sumisión absoluta, que ahora se decidía a ejercer su incontrastable dominio espiritual sobre el hombre de presa para librarlo de sus propios instintos y cumplir, así, la promesa que le hiciera a don Jaime.

Y la paz fue con ella, en premio de la fortaleza.

Tercera parte

Victoria

Misia Carmelita acababa de llegar de los ejercicios del Vía Crucis y estaba en su aposento despojándose, cuando sintió aquel estrépito que turbaba el habitual silencio de su casa, la entrepuerta del amplio zaguán que se abría de par en par, batiendo contra las paredes.

—¡Válgame el Señor! —exclamó—. ¿Qué será eso?

Se echó encima, de prisa, lo primero que encontró a su mano y asomándose a la puerta de su habitación que daba al patio, a lo poco que le permitía distinguir su vista escasa, preguntó:

—¿Quién es?

—Gente de paz.

—Adelante. ¿Qué se les ofrece?

—Hágame el favor de decirme, señora. ¿Es aquí donde vive una viejecita muy simpática que tiene una nieta en Cantarrana que la quiere mucho?

—¡Bendito sea Dios! ¡Si es Victoria!

Y salió a recibirla con los brazos abiertos, mientras Victoria corría hacia ella riendo a carcajadas.

—¡Abuelita! ¡Abuelita querida!— y sus besos restallaron durante largo rato.

La viejecita, menuda, encorvada y toda blanca la inquieta cabeza, pero todavía ágil y fuerte, en el transporte de su alborozo quería reír y llorar a un

tiempo y la oprimía contra su pecho, la besaba en la frente, en las mejillas, en la boca, en los cabellos, se apartaba para admirarla y volvía a abrazarla en seguida exclamando:

—¡Muchachita! ¡Muchachita! ¡Qué linda estás, criatura! Ya lo sabía por el retrato que me mandaste, pero el original es mucho más bonito que la copia. ¡Ya eres una mujer y no tienes sino dieciséis años! El tres de febrero los cumpliste. No te imaginas la alegría que me causas con tu venida.

Y era tanto su entusiasmo, que no se acordaba de preguntar por Adelaida. Fue después de un rato cuando interrogó, con una sombra de pesar en el rostro:

—¿Y tu mamá? ¿Cómo que no vino Adelaida?

—No quiso venir. Es preciso que te pongas brava con ella y la regañes cuando le escribas. Ahí te traigo una carta suya, donde te explica por qué no vino. Pero no te aflijas, abuelita; aquí estoy yo, y ya verás como dentro de pocos días se nos aparece mamaíta, porque ella no puede vivir sin mí.

—No será que no ha querido, mijita —replicó la abuela con aire apesadumbrado—. Sino que no ha podido, que no la ha dejado venir el ogro.

—Pues, para que veas: esta vez el ogro se ha portado a la altura de su deber —interrumpió Victoria, celebrando el mote que misia Carmelita le daba a su padre—. Fue mamá, que a última hora resolvió no venir. En su carta creo que te lo explica.

—Algún motivo muy poderoso habrá tenido para dejarme con las ganas de verla. ¿Y con quién viniste, entonces? ¿Con tu papá?

—Con Vicente Alcober y la señora.

—¿Por qué no han entrado? Diles que pasen adelante.

—Pero, abuelita, si Vicente está ahí en el corredor. ¿No lo ves? La señora se quedó en el hotel porque ha llegado muy mareada. Hemos tenido un viaje muy entretenido: se nos accidentó el automóvil y hemos pasado todo el día en el camino.

A tiempo que misia Carmelita, acudiendo a saludar a Vicente Alcober:

—¡Válgame el Señor! Perdóneme, Vicente, que no lo haya visto. Con la alegría de ver a esta muchachita en mi casa me he quedado más cegata de lo que estaba. Siéntese.

Y en seguida comenzó a pedirle noticias de las numerosas amigas que tenía en el pueblo, de cuando iba por allá, muchas de ellas ya muertas.

—Es verdad. También me lo escribió Adelaida. ¡La pobre Concha Ruiz! ¡Tan buena amiga que era! Dios las tenga en su gloria a todas las que se me han adelantado. Como hace tanto tiempo que no voy por allá y como estoy tan vieja, Vicente, ya no sé ni lo que digo.

—Es verdad, misia Carmelita: no ha querido usted volver por allá.

—¿No he querido? No he podido, hijo. Con lo llena de achaques que ando, no estoy para coger caminos que no sean el de Tierra de Jugo. Ya no sirvo para nada, Vicente. Aquí me la paso con mis tristezas. Y con mis viejas, que también son tristezas, hijo. Ahora se me dispararán mientras tenga aquí a esta querida loquita que me ha traído usted cuando menos la esperaba.

Entretanto, detrás de la romanilla del corredor estaban cuatro de las cinco viejas que vivían con misia Carmelita, atisbando por las mirillas. Observaban a Victoria calándose las gafas o subiéndoselas a la frente, según el modo de ser de sus agotadas vistas, y cambiaban entre sí sus impresiones que, para las más de ellas a la distancia a que se hallaban, eran casi puramente auditivas.

—¿Es bonita, Dorila?

—Sí, me lo parece, misia Asunción.

—Pero como que es un poco alocada.

—¡Qué sabroso se ríe! Por la risa parece simpática...

—Ya veremos, misia Asunción. Por lo pronto, silencio como que no va a haber mucho en esta casa de ahora en adelante.

Se retiró Vicente Alcober. Victoria volvió a saltar al cuello de la abuelita, la cubrió de besos y luego, plantándose por delante:

—¿Qué te parezco, abuelita?

¡Linda, muchachita! Ya te lo he dicho; pero si te gusta oírlo te lo repetiré: preciosa me pareces. ¡Ah, muchachita!

Al mismo tiempo que, detrás de la romanilla una de las viejas, de apellido Yélamo, murmuraba:

—¿Está oyendo, misia Asunción? ¡Vanidosa, vanidosita! Como todas las muchachas de esa edad. A mí no me hacen gracia.

*

—Bueno, mijita. Ven para que te acuestes un rato a descansar de ese viaje tan largo que has tenido.

—¡Acostarme, abuelita! A cambiarme este traje es a lo que voy para salir a pasear contigo por Caracas.

—¡Válgame el Señor! ¿Salir a estas horas? No, criatura. Deja eso para mañana. Ahora te quitas ese traje, te reposas un rato para que no te haga daño la comida, que ya va siendo hora. Ven.

Y la condujo a su habitación.

Pero, ya al entrar, vio Victoria a las viejas que se retiraban del comedor y preguntó al oído de la abuela:

—¿Esas son tus viejas? Preséntamelas. Tengo muchas ganas de conocerlas. No te imaginas lo que me han divertido siempre las cosas que de ellas le cuentas a mamá en tus cartas.

—Ven para presentártelas.

—Dorita Cruz.

—Asunción Sanojo, para servirte mijita.

—Soledad Yélamo.

Y otra, también de apellido Yélamo, cuyo nombre no oyó bien Victoria, por lo cual desde aquel momento la bautizó: “la otra Yélamo”.

—La nietecita de quien tanto me han oído hablar. Aquí la tienen.

—Victoria del Casal, para servirles.

Misia Carmelita se quedó boquiabierta al oír aquel patronímico inesperado, pero como advirtiese en seguida la guiñada que le hacía Victoria, nada objetó. Sólo para sí misma se dijo:

—¿Qué significará esto, Dios mío?

Y luego a las viejas:

—Bueno. Por la muestra, ya adivinarán ustedes que ésta es una loquita muy simpática que viene a acabar con la tranquilidad de esta casa. De modo que, vayan preparándose. Y tú, mijita, ven para que tomes posesión de tu cuarto. Te instalaré en la galería junto conmigo. No sé si podré soportar tal compañera; pero ahí veremos. Santa Rita, abogada de lo imposible, me ayudará a salir bien de este trance.

—¡Abuelita! ¡Lo mismo que en tus cartas!

Mientras tanto, “la otra Yélamo”, allá en el comedor: —¡Y qué del Casal! Guanipa, Guanipa es lo que es ella. —¡Jesús, mujer! —replicó misia Asunción—. ¡Qué tirria le has tomado a la muchacha!

—Esta noche dormiremos en la misma cama —seguía diciendo misia Carmelita.— Mañana te arreglaré la que fue de tu mamá cuando era soltera, que todavía la conservo en la misma pieza que ella ocupaba, pero no tiene colchones. Afortunadamente mi cama es ancha, porque si tienes el sueño como la vigilia son muchas las patadas que voy a recibir esta noche.

—¡Ah! Con eso puedes contar, abuelita. De modo que te aconsejo desde ahora que cojas el lado de la pared, porque yo doy muchas vueltas durmiendo y cuando menos lo pienses te encuentras en el suelo.

La abuela se desmigajaba de risa oyéndola, y volvió a abrazarla y a besarla varias veces.

—Dios te pague la alegría que me traes, muchachita. Bueno. Ahora dame la cartita de tu mamá para leerla mientras tú te cambias de ropa. Cierra bien las puertas no vayas a coger un resfriado.

En su carta, después de encomendarle que no dejara que la viese Victoria, pasaba Adelaida a referirle, por primera vez, las veleidades amorosas de su marido y la peligrosa situación en que éste se hallaba; pero no para quejarse de ello, sino para explicarle por qué juzgó necesario quedarse en Cantarrana. Decíale que ahora comprendía que su deber era permanecer al lado de su marido, no sólo para librarlo del riesgo que corría, sino también para emprender desde aquel momento la tarea de ir dirigiéndolo, poco a poco, por el buen camino, ejerciendo una suave y prudente presión sobre su voluntad.

Misia Carmelita, que había empezado a leer la carta abatida y triste, pensando en su pobre hija, sometida a la tiranía de aquel hombre, concluyó consolada:

—Así me gusta encontrarte por fin, hija. Tienes razón: tu deber está allá, hoy más que nunca. ¡Qué consuelo me produce saber que te encuentras con ánimos de emprender la tarea! No te faltará el apoyo de Dios. Muchas ganas tenía de verte; pero aquí tengo estas palabras tuyas, que me han llenado de satisfacción, y esta muchachita tuya que viene a alegrarme la vida. ¡Alabado sea el Señor que todo lo dispone del mejor modo!

Guardó la carta y fue a reunirse con Victoria, que ya salía vestida con un traje sencillo que realzaba su belleza.

—¡Estás preciosa, muchacha! Ven acá. Sentémonos aquí en el corredor a conversar. Tengo muchas cosas que preguntarte, sobre las personas de allá. Primero que todo de tu mamá y... de tu papá. Cuéntame: ¿cómo está Adelaida?

Y ciñéndole la cintura fue a sentarse con ella en el sofá del corredor.

Muy cerca de la abuelita, echándole el brazo al cuello y con la otra mano acariciándole la blanca cabeza, Victoria comenzó a responder a sus preguntas y a charlar de todo lo que se le iba viniendo a la memoria, con su manera de hablar, precipitada y vivaz.

Y eran su acento y sus risas rumores de juventud que hacía mucho tiempo no escuchaban los muros de aquella casa.



Antiquísima, acaso de las más antiguas de Caracas, era la casa de misia Carmelita. Apacibles corredores de techos bajos, sostenidos por pilares, en torno a un patio de tierra, en el centro del cual había un nicho de madera con una imagen de la Guadalupe en medio de una enmarañada vegetación de granadas, crotos y naranjos tinosos y con muchos tiestos esparcidos por el suelo, los más de ellos con la tierra endurecida y árida, en largo abandono de cuidadosas manos; amplias viviendas dobles cuyos gruesos muros daban seguro abrigo y grata frescura; puertas y ventanas de arcos festoneados de caprichosas líneas, de una construcción primitiva, pobre y presuntuosa; pisos de ladrillos gastados y rotos; techos de obra limpia donde campaba la polilla, y paredes encaladas y revestidas de viejos papeles descoloridos.

La sala principal y la hilera de viviendas dobles que por un costado daban al patio, estaban incomunicadas del resto de la casa y alquiladas a un revendedor de muebles usados. En la salita, de una sola ventana para la calle, zaguán por medio con la principal, conservaba misia Carmelita el escritorio y los grandes estantes de deshechos libros de don José Ángel y el resto que le quedaba de sus muebles de sala, austeros, como la lejana época de que databan, de caoba oscura y lisa la armazón, de cerda negra forrados los cojines de asientos y respaldares.

En aquellos muebles, bajo la solemnidad de los retratos de los antepasados, que fueron próceres, recibía misia Carmelita las visitas de etiqueta. Para las de confianza y para su particular entretenimiento, tenía, en el corredor frente a la puerta de entrada, un juego de amarillentos muebles de mimbre, donde se sentaba a disfrutar de la frescura y tranquilidad del patio o a distraerse un rato, por las noches, mirando hacia la calle.

Victoria charlotteaba sin descanso y, al mismo tiempo, desparramaba la atención por todos los objetos y particularidades de la casa y al fin exclamó:

—¡Abuelita! ¡Qué fea es tu casa!

—¿Te parece? ¿Y me lo dices así, sin disimulo?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pero muy simpática, muy sabrosa. Mamá siempre está recordándola y me la había pintado como una delicia. Y ese viejerío que tienes por allá dentro, ¿de qué te sirve?

—A mí, de poco me sirve tenerlas aquí, como no sea que Dios me lo vaya apuntando en el haber de la cuenta que he de rendirle; pero a ellas, de mucho. Pobres viejas desamparadas, que tuvieron posición en la sociedad, algunas, y otras que rodaron por ahí hasta venir a parar a esta casa. Aquí tienen techo, y mal que bien, de lo que manda tu mamá y de lo que me paga el dueño de la trastovejería a quien le tengo alquilada la sala y esas piezas, reúno un pedazo de pan, que yo comparto con ellas. Aunque es Dorila quien lo reparte y siempre me deja a mí el pedazo más chiquito... Pero ¡las pobres!... Si no fuera por mí, estarían en la Beneficencia. Me distraen un poco: de día se lo pasan peleando y refunfuñando, yo las ayudo también cuando amanezco más chocha que de costumbre, y de noche, cuando Casamellano no está de guardia, jugamos a la lotería, y cuando no viene Casamellano, viene Conchita con el general Solís y ponen tertulia.

—¿Quiénes son éstos?

—Solís, un general colombiano que tiene un sinfín de anécdotas sumamente fastidiosas, de las guerras de su país; Conchita, una antigua amiga mía, muy amiga también de Solís, que se conoce al dedillo la genealogía de todas las

familias de Caracas. Ambos vienen cuando Casamellano está de guardia en la fosforería, porque Solís es enemigo acérrimo de él y no quiere encontrárselo aquí. Esta noche no vendrán, porque hoy le toca visita a Casamellano.

—Y ese Casamellano, ¿quién es?

—Es el novio de Cándida, la hija de Dorila.

—¡Ah! ¿También tienes muchachas de novio? No me la has presentado.

—¡Muchacha! Doblando los cuarenta va ya la pobrecita Cándida. ¡Y fea! Lo único que tiene es virtud; porque, eso sí, es muy virtuosa. Ya la conocerás. Por ahí mismo debe de venir. Trabaja en una cigarrería, y Casamellano —su novio desde hace más de quince años— en una fosforería como vigilante nocturno y embalador. Un viudo que tiene tres hijas ya mujeres. De modo que, por cigarros y fósforos, no pasa trabajo Dorila, porque fuma más que un hombre ocioso.

—Dorila es la larguirucha de las cuatro que me presentaste, ¿verdad? ¿La de la nariz picuda?

—Esa. Muy buena mujer. Me cuida mucho; es la única que me sirve. Porque Asunción ya está decrépita; Anastasia, sorda, ciega y desentendida —a ésa no la conoces todavía— y si son las Yélamos, no hacen sino pelear una con otra.

—¿Es muy peleona la otra Yélamo? Ya se me había imaginado.

—¿Quién es la otra, Soledad o Dolorita?

—Pues si se llama Dolorita, será Dolorita. Le digo así porque no le entendí el nombre cuando se me presentó y porque me parece que una persona como ella no puede tener un nombre propio. Desde ahora te advierto que no la llamaré sino “la otra Yélamo”.

—¡Je! ¡Je! Llámala como te plazca. Después de todo, no andas muy descaminada, porque ella y Soledad son como la cara y el sello de las monedas: andan siempre juntas, pero no se pueden ver la una a la otra.

—¿Y Casamellano? ¿Cómo es? ¡No! No me digas. Estoy deseosa de conocerlo, a ver si es como yo lo imagino —soltó la risa a lo grotesco y disparatado

de su imaginación y agregó—: Te voy a decir cómo me lo figuro: así, largóte y triste, como un camello cargado de casabe.

—¡Qué despropósitos se te ocurren! ¿Cómo es un camello cuando está cargado de casabe? ¿Y por qué ha de ser de casabe precisamente?

—Porque si no, no se parece a Casamellano. Yo tampoco sé cómo es un camello, pero me lo imagino.

—Y basta, ¿no es eso? Ya, ya te lo voy conociendo mejor.

Al decir así dejó de sonreír, recordando cuanto Adelaida le había escrito a propósito del carácter de la hija, motivo de sus amargas inquietudes. Dijo, acariciándole la cabeza:

—Vamos a ver si aquí en Caracas se te asienta un poco esa loca imaginación.

—¡No, no abuelita! Aquí en Caracas voy a acabar de perder el juicio. ¿No te he dicho que traigo muchos planes?

—¡Bah! ¡Bah! No hables así. Mira que allá en el cielo, a todo momento, están los ángeles diciendo: ¡amén! Aquí vas a comportarte como lo que eres, como una señorita muy juiciosa y muy buena, que no quiere hacerle pasar malos ratos a su abuelita.

—¡Abuelita! ¡Si te dijera cómo he pensado yo siempre en ti! Me parece mentira que yo esté aquí contigo, abrazándote y besándote de veras. Porque a tus cartas les he borrado la tinta a fuerza de besos.

—¿Y yo a las tuyas? No las he borrado, porque no beso con esa fuerza con que lo haces tú, ni tengo en mi boca ese fuego de juventud que a ti te la tiene tan roja y bonita; pero, ¿besos? Muchos les he dado a tus cartas y a tu retrato. A mí también me parece que estoy soñando contigo.

En esto apareció Cándida. Era una mujercita insignificante que, como decía misia Carmelita, no tenía sino su virtud; pero Victoria la encontró simpática.

Todavía alumbraba el sol cuando Dorila llamó a comer. Una a una fueron apareciendo en el comedor las viejas de misia Carmelita. Soledad Yélamo trajo del brazo, y la hizo sentarse en el sitio que le correspondía, a una viejecita casi centenaria, ciega y sorda.

—Esta es Anastasia —dijo misia Carmelita a Victoria—. No te presento, porque ella ya no vive en este mundo.

A Victoria le provocó comérsela a besos, y durante toda la comida estuvo contemplándola con ternura y muy divertida, como de infantiles gracias, de verla comer con los dedos, tanteando dentro del plato y refunfuñando por no encontrar los trocitos de alimento, que Dorila le había servido muy desmenuzado. Cuando la vio más apurada se levantó de su asiento y fue a ayudarla, llevándole la mano. Luego estampó un beso en la frente de la anciana y volvió a su sitio.

La viejecita levantó la cabeza y sonrió, buscando con las temblorosas manos en el silencio y en las tinieblas que la rodeaban al ser desconocido que le había prodigado aquella caricia inusitada.

—¿Quién es? ¿Quién ha venido?

Misia Carmelita se conmovió hasta humedecerse los ojos. Al cabo de un rato dijo:

—¡Cuántos años hará que Anastasia no recibe un beso! En nombre de ella, hijita, ¡Dios te pague el que le has dado!

Pero la atención inquieta de Victoria ya estaba en otra cosa: fija en los cómicos gestos y movimientos que hacían las Yélamos al comer: Soledad moviendo la quijada horizontalmente —como las vacas, decía Victoria—; “la otra Yé-lamo”, masticando en un solo punto, hundido bajo la mejilla izquierda, allí donde le quedarían algunas muelas “que se olvidaron de caérsele”.

—Lo que son éstas no entran en mi reino —se decía—. Es mucho lo que voy a divertirme con ellas. Tienen cara de bravas, y las voy a hacer rabiar hasta decir no más.

Por su parte, el viejerío, excepto “la otra Yé-lamo”, estuvo muy complaciente con Victoria, proclamando que era muy buena moza y simpática, y felicitando una y otra vez a misia Carmelita por la alegría que le traía la nieta.

Terminaron de comer cuando empezaron a pasar por el comedor, uno tras otro, varios perros roñosos que venían de la calle.

—¿Esto qué es, abuelita?

—Pobres animalitos sin amo, que vienen todos los días a comer conmigo. Allá les tiene Damiana, en la cocina, a cada uno un perolito con los sobrados de la mesa. Ya están acostumbrados a venir a la hora de la comida. Comen y se vuelven a ir para la calle. ¡Pobrecitos!

Y mientras ella hablaba así, Victoria se reía a carcajadas.

Todavía reía cuando volvieron a pasar los perros, uno tras otro, indiferentes a todo lo que les rodeaba, camino de la calle.

Después de la comida, el rosario, que guiaba misia Carmelita. Se rezaba en el aposento de ésta, ante la repisa de los santos, y asistían también las mujeres del servicio. Victoria bostezaba y comenzaba a dormirse cuando oyó que su abuelita decía sin interrumpir la plegaria, a alguien que había tocado a la puerta:

—...entre todas las mujeres —pase Casamellano— bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús —síntese un momento mientras terminamos.

Soltó la risa, y en seguida, no pudiendo contener su impaciencia, se asomó a la puerta.

Era Casamellano un cincuentón, catire pelirrojo, de rostro sembrado de pecas y estaba sentado en una de las mecedoras, sobándose la nariz entre el pulgar y el índice derechos. Por lo demás, no tenía nada de singular. Sin embargo, a Victoria le pareció que se hallaba en presencia de un ser raro, perteneciente a otra humanidad.

Terminado el rosario y hecha la presentación de Victoria a Casamellano, pasaron al comedor a jugar a la acostumbrada lotería. Sentáronse en torno a la mesa, se repartieron los cartones, se recogió la puesta, haciendo Casamellano, muy contento, la observación de que había un centavo más, y misia Carmelita comenzó a cantar las fichas. Sólo se oía su voz; los demás callaban, graves y atentos, inclinadas las cabezas bajo la luz rojiza de la lámpara.

—Los dos paticos. Apunta, Victoria. Es el 22. Ya tienes cuaterna.

Casamellano hizo un movimiento de impaciencia y de contrariedad. Él también tenía cuaterna. ¡Como no fuera a ganar Victoria! Él era quien salía ganancioso siempre. Al despedirse de Cándida le decía:

—Hoy se ganaron seis centavos, Cándida. Toma. Guárdalos en tu alcancía.

Probablemente Cándida atesoraba las ganancias de su novio para hacerse el ajuar de boda y aunque no eran grandes, por lo menos eran seguras: hoy tres centavos, mañana cuatro, siete u ocho los días de mucha suerte. Casamellano arrasaba todas las noches con los centavos que misia Carmelita sacaba para ella y sus viejas, que nunca tenían con qué jugar. Cuando sacaba la cuenta de sus pérdidas, se decía:

—Para mí que Casamellano hace trampas. Como Dorila es quien le revisa los cartones cuando canta lotería, pueden meterme gato por liebre entre los dos. Porque una suerte tan sostenida, en un infeliz como él, no me la explico.

Pero aquella noche todo parecía indicar que la suerte le volvía la espalda a Casamellano. Ratos largos se le pasaban sin apuntar un número y esto lo fue poniendo nervioso. En cambio a Victoria no le alcanzaban las manos para anotar los que le salían, y misia Carmelita tenía que hacer altos frecuentes para darle tiempo. Además, como no entendía la nomenclatura peculiar que usaba su abuelita para designar los números, se los hacía repetir a cada rato, con lo cual se les fue agotando a Casamellano y a Dorila y a las Yélamos el resto de la paciencia que les dejara la poca esperanza de ganar.

—La edad de Cristo. El 33, Victoria, apúntalo. Tú lo tienes.

—¿Cuál es el que ella no tiene?— refunfuñó Casamellano.

—Me parece— apoyó “la otra Yélamo”, con un tono zumbón, que implicaba muchas cosas mezquinas, a tiempo que Dorila y Cándida le decían algo secreto a Casamellano.

—Cuaterna— exclamó éste, cuando misia Carmelita cantó el tres, llamándolo “el triste”, y Victoria hubiera podido ver que no tenía tal número en sus cartones y que en vez del tres había apuntado el siete, resuelto a hacer la

trampa que le acababa de aconsejar Dorila, si en aquel preciso momento no hubiera exclamado ella:

—¡Lotería!

Casamellano le echó encima una mirada furiosa. ¡Ya él lo había temido! Aquella muchacha tenía cara de afortunada, y desde que la vio sentarse frente a él presintió que la suerte no lo ayudaría aquella noche. ¿Cómo iba a ayudarlo, tampoco, si Victoria no le quitaba la vista de sus cartones, llevándole, probablemente, la cuenta de los números que le faltaban?

Cambió los cartones y mudó de sitio al otro extremo de la mesa. Pero hasta allí lo persiguieron los ojos inquisidores de Victoria, paralizándole las manos, que ahora le temblaban al intentar hacer una trampa y, por añadidura, la fortuna le dio definitivamente la espalda. Victoria ganó cuatro partidas seguidas.

Casamellano se levantó de la mesa. Era una temeridad seguir midiéndose con aquel adversario que por algo se llamaba Victoria.

—Hoy no podrás echarle nada a tu alcancía, Cándida— dijo apesadumbrado y rencoroso.

Y Cándida, con una filosofía llena de amarguras, toda la amargura de su pobreza, de su fealdad y de sus quince años de amores sin esperanza:

—¿Qué se hace, Mella? ¡Contra la suerte es imposible luchar!

Victoria estuvo a punto de soltar la risa cuando le oyó la cariñosa abreviatura del nombre del novio; pero las palabras que siguieron a aquélla la conmovieron. Con una idea súbita abandonó el corredor.

Se fueron también las Yélamos, gruñendo y manoteándose a las caras, y bajo la vigilancia innecesaria de Dorila se quedaron Cándida y Casamellano en coloquio, comentando, a propósito de las palabras que ella había proferido y a falta de idilio cuyas ternezas habían agotado los quince años de noviazgo sin esperanza, el doloroso caso de la mala suerte que en todo tenían ambos. Victoria se fue al aposento de misia Carmelita, en busca de la cartera donde tenía el dinero que le había dado su padre, sacó todas las monedas de plata que allí había y llamando a la abuela le preguntó:

—¿Dónde tiene Cándida esa alcancía de que habló Mella?

—En su escaparate. ¿Vas a ponerle allí los centavos que no le pudo dar esta noche Casamellano? Sí. Anda, anda. Échelos en la alcancía; ella los necesita más que tú. Aprovecha ahora que están en el comedor.

Sigilosa y con grandes precauciones, entró en el cuarto de Cándida; abrió el armario y echó en la hucha de barro, donde sólo había los centavos mal ganados por Casamellano, un puñado de monedas de plata que la dejaron pesada y repleta. Salió en seguida, con las mismas precauciones, y al ganar el patio le pareció que alguien se había apresurado a esconderse en la pieza vecina. Atravesó el comedor corriendo y en llegando a donde estaba la abuelita se le arrojó al cuello exclamando:

—¡Abuelita! ¡Qué feliz soy! ¡Qué dichosa soy!

—¿Por lo que has hecho con los centavos de la lotería?

—¡Por todo! ¡Por todo! ¡Porque soy rica, porque soy bonita y porque me siento dichosa, feliz, contenta!

—¡Qué explosión, criatura! ¡Qué corazoncito tan vehemente tienes!

Y volvió a acordarse de lo que había escrito Adelaida acerca de sus temores respecto a Victoria.

Cuando Cándida fue a acostarse, “la otra Yélamo” la llamó aparte y con mucho misterio le dijo:

—Cuenta tus reales a ver si te falta algo. Esa niña estuvo ahí curucuteando en tu escaparate y la sentí que te registraba la alcancía. No sabemos si tiene malas costumbres.



La primera expresión que le produjo Caracas sólo podía expresarla Victoria, como lo hizo, lanzando aquella interjección peculiar de los Guanipas, cuando al trasponer el Portachuelo, vio aparecer ante sus ojos, acostumbrados a la pequeñez del poblado, la ciudad tendida a las faldas del Ávila majestuoso, cubriendo una extensión que tenía que parecerle inmensa, con sus rojos tejados entre los cuales surgía, aquí y allá, la verde fronda de sus plazas y de los jardines de sus patios y corrales, con sus calles largas que iban a morir al pie del monte y las torres y cúpulas de sus templos, toda ella envuelta en una como dorada aureola que le formaban los rayos sesgados del sol de la tarde. Sintió que el corazón le daba un vuelco de asombro y de alegría. ¡Por fin veía convertido en realidad el sueño de tantos días! Y le pareció que la realidad copiaba fielmente el sueño.

—¡Qué bonita es Caracas! ¡Qué linda!

Exclamaba a cada momento, desparramando la vista por todas partes, sin reparar en la fealdad del arrabal, cuyas calles estaban obstruidas por arreos de burros y convoyes de carretas que entraban en la ciudad o salían de ella por la vía del Tuy, y en cuyas viviendas todas las puertas dejaban ver interiores sórdidos, ni tampoco en la tristeza de las otras calles sin tráfico por donde Vicente Alcóber la llevó hasta la casa de la abuelita, sin advertir que nada de lo que iba

viendo de la ciudad correspondía verdaderamente a lo que se figuró, como si lo imaginado se superpusiese a lo real, no permitiéndole ver el desilusionante aspecto.

Y si esto fue por las calles humildes y pobres de las afueras, cómo no serían por las del centro de la población, cuando al día siguiente de su llegada, misia Carmelita la acompañaba a las tiendas. La animación del tráfico, el rumor de la ciudad a que no estaban acostumbrados sus oídos, las casas de la gente acomodada: pavimentos de mosaicos de abigarrados colores, bonitos jardines de patios claros, jarrones, espejos, muebles suntuosos, ricas alfombras en las salas, abiertas las ventanas para el aseo del sábado que hacían sirvientas de blancos delantales; todo aquello le daba una impresión de gran ciudad y de lujo y de riqueza deslumbrantes.

—Mira, ¡abuelita! ¡Qué sala tan lujosa!

—Lujo, de quincalla, mijita, ostentación y mal gusto. Sí hay en Caracas casas y salones de verdadero lujo; pero la generalidad: pacotilla. ¡Pura pacotilla!

—La de las Alcoy. ¿No es verdad?

—Sí. Don Leopoldo es un hombre distinguido y de buen gusto. Su madre era una inglesa muy entonada, de la buena sociedad de Londres, y él ha vivido mucho tiempo en Inglaterra, entre la gente de estilo. Y Fernanda del Casal es también una mujer muy exquisita. La casa de las Alcoy es en Caracas, un modelo que muchos tratan de imitar.

Una súbita idea, o algo que observó en la fisonomía de la nieta, la hizo agregar:

—Yo no conozco la casa de las Alcoy; pero por lo que oigo decir.

—¿No te tratas con ellas, abuelita? ¿Por qué?

—Vieja y pobre como soy, ¿cómo podré codearme con ellas que están por las nubes? Además, son sumamente orgullosas, mijita, y no tienen amistad sino con muy escogidas personas.

Victoria caminó un rato en silencio. De pronto dijo:

—¡Abuelita! Cuando nosotros vengamos a vivir a Caracas y tengamos una casa como ésa, tan celebrada, de las Alcoy. ¡Qué delicia! Porque papá es muy rico y yo no estaré tranquila hasta que no lo haga comprar una casa suntuosa en Caracas.

—¡Caramba! No aspiras a poco, hijita.

Y para distraerla de sus ambiciosos pensamientos, siguió censurando la superficialidad y mal gusto de cuanto a Victoria le parecía lujo deslumbrante y exquisito, y echando de menos los aspectos y costumbres de la Caracas de su juventud: la de las apacibles calles empedradas donde crecía la yerba, la de los Conventos, la de las espaciosas casas solariegas que databan de la Colonia, la de los aleros que daban sombra y defendían de la lluvia.

No se le escapó a Victoria que este discurso iba enderezado a curarla en salud de su manía de grandeza; pero replicó, sonriendo:

—Pues a mí me parece muy bonita. Tan bonita como me la había imaginado. Porque tengo esa propiedad: siempre las cosas me resultan tales como me las he figurado. De veras, abuelita, yo nunca he tenido que decir: me equivoqué; no era como yo pensaba. ¿Por qué será eso, abuelita?

—¿Quieres que te lo explique? Eso, o es una virtud o un defecto que debes procurar corregírtelo: o que tienes un gran sentido práctico y tu imaginación no te pinta las cosas sino como pueden ser —lo que no creo yo mucho, por las muestras de tu fantasía que ya conozco—, o que te sucede lo que a muchas personas que están siempre tan satisfechas de sí mismas, que nunca confiesan: me equivoqué.

—Es eso, abuelita —respondió después de haberlo reflexionado un instante, con mucha gravedad—. Yo vivo muy satisfecha de mí misma.

—Me gusta oírte decir, para que veas. Porque eso significa que no eres tan frívola, como casi todas las muchachas de tu edad, que ni siquiera saben cómo son. Ya lo dice el proverbio: el principio de la sabiduría...

—¡Abuelita! ¿Te fijaste en la cara de esa muchacha que acaba de pasar? ¡Pintadísima! ¡Ojos, boca, hasta las orejas creo que las lleva pintadas! ¡Y esas cejas

tan raras! ¿Por qué todas las muchachas de Caracas tienen esas cejas tan horribles?

—Todas éstas son las costumbres de que te hablé anoche. Así anda ahora en Caracas la gente decente y que se llama de buen tono. Señoras y señoritas, todas pintarrajeadas, como unos payasos, con el pelo corto, como los hombres, y las cejas arrancadas para adelgazárselas. Todo en ellas es artificio y mentira, hasta la manera de andar. Y para que te convenzas: ahí va una, caminando tongoneadito, como las palomas. Y no creas que ésa es una... No. Es una señorita de lo más distinguido de la sociedad. ¡Ave María Purísima! Las mujeres se están volviendo locas..., y los hombres, idiotas perdidos, para poder consentir en que ellas anden así. ¡Ahí las tienes! Mira cómo está esa peluquería llena de muchachas: cortándose el pelo, dejándose hacer diabluras en las manos, aquella otra, por esa mujercita que llaman manicura. ¡Ave María Purísima! Sigue, mijita, camina. No vaya a ser que te provoque a ti también. Vamos a entrar un ratito en la catedral.

Cuando salieron de la iglesia, misia Carmelita observó que Victoria no llevaba su paso natural.

—Anda como venías hasta hace poco, con tu modo natural. Si supieras lo elegante y graciosa que eres, no tratarías de cambiar tu manera por ese artificio que le estás viendo a las demás.

—Pero, abuelita. ¡Si yo vengo caminando natural!

—No. No. Ya estás cogiendo el andar tongoneadito de las muchachas de Caracas.

Soltó la risa, en parte, por ver tan apurada a la abuelita; en parte, porque le resultaba verdaderamente ridícula su inconsciente imitación.

—No te rías así por la calle.

Y a poco andar:

—¿Te fijaste en esa muchacha, abuelita? Esa sí va bien pintada.

—¡No te digo! Ya no te parecen tan horribles las caras pintarrajeadas. No te rías, no te rías; eso que ya quieres imitar, aunque lo acostumbre la gente que

se llama de buen tono, no es sino vulgaridad de espíritu y mal gusto. En fin, entra. En esta tienda venden muy barato.

—¿No es mejor esa de enfrente, abuelita? Hay ahí mucha gente comprando. Mira cómo están los automóviles frente a las puertas.

—Porque es tienda de lujo y venden más caro; pero en ésta hay lo mismo que en ésa y más barato.

Sin embargo, Victoria no halló nada que le agradara.

—Ya lo esperaba yo —replicó misia Carmelita—. La tienda de enfrente te tiene fascinada. Vamos a complacerte. Compra tus cosas bien caras.

—Por eso no te preocupes, abuelita. Papá me dio bastante dinero y me dijo que si se me acababa pidiera a la casa Hanssen todo lo que necesitara.

—A quien Dios se lo da... Después de todo, tienes razón. Gástale bastante dinero al tacaño de tu padre.

Pasaron a la tienda de lujo. Allí, otro truco muy parecido al de enfrente y las mismas telas; pero Victoria las halló mejores.

—¡Mira, abuelita! ¡Qué preciosidad de tela! ¡Qué encanto! ¡Qué divinidad!

—¡Válgame Dios! Llamar divinidad a un trapo. Que no te oiga el turco, pues por cada una de estas ponderaciones le irá aumentando el precio.

Pero no fue de aquélla solamente, sino de todas las que el tendero le iba mostrando, que quería comprar. Además, se encontraba muy a gusto en aquel ambiente de lujo y distinción que le daban a la tienda las compradoras que tenían automóviles a la puerta. Por otra parte, la retenía la admiración de que era objeto, pues en todos los grupos de muchachas que había frente a los mostradores se hablaba de ella, como se lo daban a entender las miradas y cuchicheos, y, finalmente, frente a las puertas de la tienda, se habían detenido grupos de jóvenes a contemplarla.

—Voltee para la calle para que vea cómo están sus admiradores— díjole el dependiente que la atendía.

Ella soltó la risa y misia Carmelita, amoscada:

—Caballero. Me parece que su deber es atender a la clientela; por lo tanto, límitese a eso —y a Victoria—: Anda, hija. Paga y vámonos. Yo no sirvo para estas cosas.

Todavía en la calle, seguía refunfuñando misia Carmelita:

—No estoy acostumbrada a las faltas de respeto de estos mocitos de ahora. ¡Cuándo en mi tiempo iba a permitirse un dependientucho una confianza con una señorita! Y todos son iguales. ¿No ves estos que vienen detrás de nosotras, que se dicen jóvenes decentes? ¿Dónde habrán aprendido estos babosos si guemujeres que son galanterías esas palabrotas que usan para piropear a las muchachas? ¡Cuándo en mi tiempo!

Y Victoria, destornillándose de risa:

—¡Abuelita, por Dios! Será que tú no te acuerdas; pero seguramente bastantes flores te echarían los jóvenes de tu tiempo.

Y ésa fue la primera salida de Victoria.

Para la segunda, aquel mismo día después del almuerzo, cuando Cándida se disponía a marcharse a la fábrica, la llamó aparte y le propuso:

—No vayas esta tarde a la fábrica para que me acompañes a las tiendas.

—¡Ay, señorita!— comenzó a objetar Cándida, cuyas necesidades no le permitían perder medio jornal.

Pero Victoria no la dejó concluir:

—No me digas señorita. Trátame de Victoria, de tú. Quiero comprar un regalo para mi abuelita sin que ella lo sepa... Y, si no te ofendes, quiero hacerte también un regalo; lo que más falta te haga.

Y con esto y el agradecimiento por el dinero que le había puesto en la alcancía, Cándida accedió gustosa.

—Pero no digas que no vas al trabajo por acompañarme —añadió Victoria—. Inventa un dolor de cabeza. Yo haré después mi papel y entonces tú te ofreces a acompañarme.

—Convenido— dijo Cándida, quitándose la mantilla que ya se había prendido a la cabeza.

Momentos después, cuando más quejosa estaba misia Carmelita del cansancio de la salida de la mañana, Victoria puso por obra su plan:

—¡Ay! ¡Abuelita! Yo que tenía que volver a las tiendas, porque se me olvidó un encargo que me hizo mamá.

Cándida acudió:

—Si usted quiere y misia Carmelita consiente, yo puedo acompañarla.

—Bueno, Cándida. Hazme el favor, hija. Acompáñala. Pero ya sabes, Victoria: mucho juicio, mijita.

Primero el pretexto: comprar la tela para el traje que quería regalarle a la abuelita.

—No se lo compré esta mañana porque no me dejó. Por eso quería venir sin ella.

Compró también otro para Cándida, que a ésta le pareció demasiado lujoso, con lo cual acabó de captarse la simpatía de la cigarrera, ya muy decidida por ella.

De regreso, sin decir nada previamente a Cándida, al pasar frente a la peluquería, a propósito de la cual había soltado misia Carmelita aquel espiche contra las mujeres que se cortaban el pelo, propuso:

—Vamos a entrar aquí.

Cándida se alarmó un poco; pero no se atrevió a objetar.

Cuando regresó a la casa estaba misia Carmelita zurciendo unas medias. Le puso por delante la tela que le había comprado y se plantó frente a ella, a esperar que levantara la cabeza, conteniendo la risa.

—¡Cuándo no! ¡Siempre te saliste con la tuya! Muchas gracias, mijita. Dios te lo... ¡Niña! ¿Qué has hecho, criatura? ¡Te hiciste cortar el pelo y pintarrajar la cara! No te lo apruebo, hija, no te lo apruebo. Me has dado una verdadera contrariedad. Milagro que no te hicieras arrancar también las cejas.

—Me dijo el peluquero que no era necesario, porque y que las tengo muy bonitas y como se usan ahora.

—También tenías muy bonitos los cabellos, y no era necesario, tampoco, que te embadurnaras la cara. Te has puesto horrible y no te lo perdono. ¡No! ¡No! ¡No! A mí no me vengas a besar con esa boca de payaso. ¡Dígame cuando lo sepa tu papá! Es muy capaz de echarme la culpa.

—Por papá no te preocupes. A esa fiera la amanso yo con una mirada.

—Muy segura estás siempre de ti misma.

—Segurísima, abuelita. Yo logro siempre lo que me propongo. Y ahora que digo esto: todavía no te he contado mis planes.

—¿Planes? ¡Calla, tonta! ¡Qué has de tener tú planes a esa edad! Deseos, cuando más. Humos de los quince años.

—Pues ya verás cómo sí son planes. Y bien madurados.

Y cogiendo el reclinatorio de la abuela para sentarse al lado de ésta:

—Oye, abuelita...

Misia Carmelita le tomó la cara entre sus manos e inclinándose sobre ella la sopló en la frente.

Ella rió y dijo:

—Ya veo que lo sabes. Seguramente mamáíta te ha escrito algo de eso. Pero te equivocas, abuelita: estos planes no son de los que se lleva el viento. Cuando los Guanipas nos proponemos algo...

—Sí —interrumpió la abuela—. Tiembla el misterio, sí. Ven a decírmelo a mí.

IV

Tarde de domingo. Paseo de El Paraíso. Un sueño que ya iba a realizarse.

—¿Es aquélla, abuelita?

—No. Todavía no hemos llegado.

—Estos caballos no andan. Por eso era que yo quería un automóvil.

—Por esto fue precisamente que yo preferí el coche. Eso de andar volando con la vida en las manos de un chófer, no me hace ninguna gracia. Ten paciencia. Ya llegaremos. Detrás de esa vuelta está, si mal no recuerdo. ¡Mira! Allí está. Esa es “Villa Alcoy”.

El corazón de Victoria dio un vuelco de alegría. Con desbordante ingenuidad, le dijo a la abuela, tomándole la diestra y colocándosela sobre su pecho:

—¡Abuelita! Toca aquí. ¿No sientes?

—¡Válgame Dios, hija! ¿Y todo eso porque has visto por fin la quinta de las Alcoy? ¡Por poca cosa se te altera el corazón! ¿Qué dejas para los momentos verdaderamente solemnes de la vida?

—¡Si tú supieras, abuelita! ¡Si yo te dijera...! ¡Pero no? Si te lo digo, no resulta.

—No es necesario que me lo digas; lo adivino.

Rodeada de bonitos jardines, plantados con arte y cuidados con esmero, se levantaba, contra el fondo decorativo del Ávila decorado por el sol de la tarde y

de un trozo de panorama de la ciudad, la construcción elegante y suntuosa de “Villa Alcoy”. A un lado, a poca distancia de la casa, veíase la cancha de tennis; y junto a ésta, una glorieta cubierta por los gajos floridos de una trinitaria.

En la cancha, las Alcoy jugaban una partida de tennis con dos caballeros altos y rubios; bajo la glorieta estaban otros, en compañía de varias damas, en torno a una mesa donde era servido el té. Oíase la tertulia y la cuenta del juego. Cerca esperaban algunos automóviles, cuyos chóferes, de librea, charlaban bajo una acacia. Frente a la casa estaba parado otro auto, grande y lujoso.

¡El dorado mundo donde se agitaban las Alcoy! Victoria se confesó a sí misma que, comparado con la realidad que tenía, por fin, ante sus ojos, la imaginación que de ella se había formado era pálida e insignificante.

Ordenó al cochero que se detuviera y le propuso a misia Carmelita:

—Bajemos, abuelita.

Alarmada por el aire y el tono de resolución con que pronunció tales palabras, temiendo que fuera a proponerle que entraran a visitar a las Alcoy, misia Carmelita se opuso:

—¡No! ¡No, hija! Quedémonos aquí. Desde el coche puedes ver. ¡Para lo que hay que ver!

Victoria no insistió; pero misia Carmelita pudo observar que su negativa le había causado honda contrariedad.

En efecto, al proponerle a la abuelita aquel paseo, había comenzado a poner por obra su plan, sencillo, como concebido por un espíritu audaz y lleno de confianza en sí mismo, que sabía lanzarse derecha y rápidamente al objeto perseguido. Sabiendo que misia Carmelita no la llevaría a la casa de las Alcoy, con quienes, por razones de delicadeza, no mantenía relaciones de trato, y decidida, por sobre toda consideración, a entablar amistad con ellas, se propuso llevar a la abuela, con engaño, hasta la puerta de la quinta de las parientas aristocráticas, a fin de que, provocando la coyuntura propicia de un encuentro, al parecer casual, vista por las Alcoy e invitada a entrar, misia Carmelita no pudiera negarse a presentarla. Logrado esto, introducida en aquella casa,

por asalto, lo demás corría de su cuenta: la simpatía que ella inspiraba a todo el que la trataba le captaría la voluntad de las primas, en obra de momentos.

Aceptada y reconocida como prima de las Alcoy, todos los salones le abrirían sus puertas y en todas partes la fuerza irresistible de su simpatía y de su belleza le darían el éxito soñado. La dificultad estaba solamente en trasponer los umbrales de la “Villa Alcoy”, sellados por la muralla de la soberbia y de los prejuicios de casta; pero aun esto mismo le parecía sencillo y fácil; se trataba, sólo, de trasponer una puerta, la de “Villa Alcoy”, que estaba abierta de par en par, y para ello bastaba dar un paso, con ánimo decidido, so pretexto de admirar los jardines.

Pero misia Carmelita le descubrió la intención y no cayó en el engaño. Permaneció dentro del coche y entonces la admiración que le había producido la suntuosidad de “Villa Alcoy” se le fue convirtiendo en envidia, y la envidia en rencor amargo y negro, mientras la contrariedad sufrida se le trocaba en vergüenza de la desairada situación.

A la distancia en que se hallaban no podía distinguir los rostros de las Alcoy, ni estaba segura de que fueran ellas quienes jugaban; pero su imaginación ofuscada suplió y deformó lo que los ojos no podían ver y le pareció que Antonieta y Carlota eran dos mujercitas insignificantes y, además, profundamente antipáticas.

En esto salió de la quinta el lujoso automóvil que había estado esperando ante la casa. Dentro iba, tumbado en un ángulo, en una actitud muy aristocrática, de soberano desdén, un joven de rostro afilado y feo, elegantemente vestido: sombrero de copa, monóculo, la diestra enguantada sosteniendo un bastón extravagante, una rosa en el ojal del chaqué, un grueso brillante en la corbata. Iba sin mirar ni las cosas que lo rodeaban, ni las personas que encontraba al paso, con ese aire de aburrimiento de quien para nada tiene que ver hacia el mundo exterior, porque todo lo que le interesa y complace, que es su propia vanidad, lo lleva dentro de sí mismo.

Misia Carmelita dijo a Victoria:

—Ese es Federico Alcoy. El mayor de los hijos de Fernanda.

Victoria aventuró en seguida:

—Bien pretencioso debe ser.

Y ordenó al cochero:

—Siga.

Comprendiendo lo que pasaba en el corazón de la nieta, misia Carmelita exhaló un suspiro. Dolíale que un prejuicio de casta levantara aquella valla de orgullo y de soberbia entre Victoria y las Alcoy, pues ya sabía que el sueño dorado de aquélla era introducirse en el mundo brillante donde predominaban éstas.

Viéndola ceñuda y silenciosa, trató de distraerla haciéndole fijar la atención sobre la belleza de la tarde y los pintorescos aspectos del paseo; pero Victoria no tenía ojos sino para su visión interior.

Mas, pasado el monumento de Carabobo, la animación del tráfico de automóviles, que allí comenzaba a ser mayor, la fue distraendo poco a poco, y cuando el coche cruzó hacia el puente, el espectáculo del paseo, imponente para ella, y verdaderamente animado y pintoresco, acabó de cautivar su mente. La doble y continuada hilera de vehículos que se deslizaba lentamente a lo largo de la avenida, el lujo de las mujeres que iban dentro de ellos, apreciado en todos sus pormenores, con esa visión rápida y certera que para tales cosas tienen las mujeres, la ilusión de gran ciudad que todo esto daba y, por añadidura, el encanto de la tarde sobre el paisaje: la maravilla de color y de armonía del Ávila, limpio y vigoroso el trazo de sus cumbres sobre el azul purísimo del cielo, arrobadora la belleza de aquellas líneas con que iban muriendo las lomas de la serenidad del valle; la dulzura de la luz sobre las vegas silenciosas; la paz de los sauces escoltando al río, todo esto a la vez, sueño de grandeza que de nuevo alentaba y emoción de las cosas bellas que reposaban ante sus ojos, le restituyeron la habitual alegría, desvaneciéndole el rencor amargo y negro.

¡Ella triunfaría al fin! Su belleza y su fortuna le abrirían todos los caminos, a su paso se derribarían todas las murallas de soberbia. Ella también era una

del Casal, y Caracas entero se ocuparía y estaría pendiente de ella. Se vio a sí misma dentro de una de aquellas *limousines*, afelpadas de sedas, con una rosa en el florerillo, al lado de Federico Alcoy, que ya no era tan feo como le pareciera poco antes, e iba orgulloso de exhibirse con ella, al día siguiente de sus rumbosas bodas, con su sombrero de copa, su diestra enguantada, su rosa en el ojal, su brillante en la corbata soberanamente distinguido.

Acaso pensó esto último porque acababa de pasar el automóvil de Federico, y éste, al ver a misia Carmelita, hizo un saludo muy cortés, descubriéndose y sonriendo de una manera muy fea, pero muy amable y distinguida. Sin embargo, volvió a pasar Federico, pero otra vez tumbado sobre los cojines, altanero y desdeñoso, sin dignarse mirar a ninguna parte.

—Que distraído va— se dijo a sí misma.

Se encendieron las luces del puente y a todo lo largo del paseo y en la ciudad distante y comenzó a descender la noche. Ya los transeúntes no se veían las caras. Volvió a pasar Federico y a Victoria le pareció que sacaba la cabeza para mirarla.

Misia Carmelita propuso:

—¿No te parece que ya es hora de irnos a casa?

—Como tú quieras, abuelita.

Los fanales de los automóviles y las farolas de los coches daban al paseo un bonito aspecto que en el ánimo de Victoria acentuó la ilusión de gran ciudad, bajo la cual se le aparecía Caracas como el escenario adecuado a sus ambiciosos sueños, y entregada a estos espejismos de su fantasía, en la sombra propicia del coche, ni atendía a lo que venía diciéndole la abuela ni se dio cuenta de que ya habían llegado a la casa.

*

Aquella noche faltaban en la mesa de misia Carmelita Cándida y Dorila, pues era costumbre, ya un tanto inveterada, que comiesen en la casa de Ca-

samellano, invitadas por éste a fin de que su futura fuera habituándose al mal genio de sus tres hijas con las cuales estaba condenada a convivir, aunque para una época todavía muy dudosa: pero, en cambio, las sustituían Conchita Rendil, aquella amiga sabedora de genealogías, y el general colombiano de apellido Solís, que estaba reñido con Casamellano a causa de una de las trampas que éste hacía en el juego de lotería.

Era Conchita Rendil una mujer como de sesenta años, hija de un literato que nunca publicó sus producciones y del cual había heredado el verbo fácil. Tenía una memoria prodigiosa y su especialidad era conocer al dedillo la historia pública y privada de las principales familias de Caracas, a causa de lo cual solía decirle misia Carmelita:

—Tú podrías ganar mucho dinero ofreciéndote a hacer limpiezas de sangre a domicilio. En estos tiempos de río revuelto hay mucha gente que pagaría lo que le pidieras por sacarle una de esas genealogías de esas que tú sacas, limpiecitas y completas.

En efecto, la habilidad de la genealogista estaba en no meterse de palabra con árboles donde hubiese injertos de dudosa procedencia, no porque los desconociese, sino porque temía que entre el auditorio hubiera personas descolgadas de estas ramas espurias, con lo cual lograba tener siempre complacidos a los oyentes, familiares y amigos de las catorce casas de Caracas donde hacía las catorce comidas de la semana, sin contar aquella donde tenía una habitación y una taza de café para el desayuno, al arrimo de una sobrina a quien no quería serle demasiado pesada, porque era muy ligera de lengua para sacar favores que hiciera. Y si, para ponerla en apuros o satisfacer perversa curiosidad, alguno de sus oyentes trataba de hacerla hablar de genealogías no limpias, ella respondía invariablemente:

—Sobre esa familia me parece tener algo escrito. Déjeme registrar mis papeles y refrescar mis recuerdos.

Y ya no había que insistir, porque lo que tenía escrito Conchita Rendil era para sus memorias póstumas.

En cuanto al general Solís, que él decía serlo y no era caso de desmentirlo en atención a lo cuidadoso de no desagradar que siempre se mostraba, su habitual era —aparte de la estrategia que decía poseer y haber lucido en las revoluciones de su país— tomar los desperdicios de la conversación de Conchita, muy agradable por cierto, las cosas sobre las cuales ella saltaba por no ser de importancia, y desmenuzarlas minuciosamente hasta formar con ellas, a voz lenta y monótona, una atmósfera soporífera.

Como, por ejemplo:

—Ese don Juan Cisneros que usted acaba de mencionar, tenía, allá por los años del noventa y tres al noventa y cuatro, una sastrería entre las esquinas de Camejo a Colón, y por cierto que con él me pasó una vez una ocurrencia muy divertida. Fui donde él a hacerme un traje, le supliqué que me mostrara el paño de que iba a confeccionármelo, y, en efecto, me mostró uno diciéndome que era de pura lana. Tomo yo el paño entre mis manos, le saco uno de los hilos, enciendo una cerilla y le aplico el fuego al hilo, para hacer la prueba que todos ustedes conocen, seguramente, y cuando siento el tufillo de algodón quemado, exclamo: ¡Don Juan de mis respetos! Usted perdone: esto no es lana; esto es algodón. Dice él a sostenerme que era lana y yo a replicarle que era algodón, y así estuvimos más de una hora larga. ¡Je! ¡Je!

Sospechábase que, a causa de estas condiciones soporíferas del general Solís, fue que no se decidiera Conchita a aceptarlo como novio, allá por los años del noventa y tres al noventa y cuatro, aunque la maledicencia aseguraba que todavía tenían amores. Pero lo cierto era que el general se presentaba invariablemente a visitar las casas donde Conchita hiciera la comida de la noche, en el preciso momento en que se iba a servir el café, y como lo invitaran a tomarlo pasaba al comedor y contribuía, a su manera, a la charla de sobremesa hasta que, al toque de ánimas en la iglesia de la parroquia, se levantaba Conchita para despedirse. Entonces él se ofrecía a acompañarla y ella aceptaba diciendo:

—Con mucho gusto, general Solís. Es usted muy amable. Él le daba el brazo y se iban.

Aquella noche, y quizá por centésima vez, hizo Conchita Rendil la genealogía de la familia del Casal, desde el Encomendero don Juan, señor de Cantarrana, hasta don Jaime, en quien se detuvo y varió de tema, pasando a otro árbol genealógico, para no tener que apearse delante de Victoria por la rama bastarda de Guanipa. Y ésta fue, tal vez, la única imprudencia que, en punto de genealogías, cometiera Conchita Rendil, aunque, en verdad, la culpable fue la “otra Yélamo”, que había sido quien propusiera el tema y nada más que por molestar a Victoria.

Pero ésta tenía, a tal respecto, ideas muy personales y sólidas y dijo:

—Siga, doña Conchita. Por mí no se pare.

Dominando la situación y por halagar a la muchacha, que le había caído simpática, Conchita replicó:

—Tienes razón, amiguita. En este punto donde me he detenido, nace una nueva familia que, sin duda alguna, llegará a ser, andando el tiempo, tan ilustre como la que más, porque en esto de noblezas una mitad es obra de nuestras acciones y la otra del tiempo. Pero si me he detenido en tu abuelito...

—Es porque de ahí en adelante tiene usted que registrar los papeles donde lo tiene escrito, ¿verdad, doña Conchita?— interrumpió mordaz la virulenta Yélamo.

La hermana le dio con el codo, misia Carmelita se la quedó mirando y Conchita se apresuró a concluir, dirigiéndose a Victoria:

—Es precisamente, porque en ese punto del árbol genealógico de tu familia brota una rama vigorosa que ya ostenta una flor hermosísima, que eres tú y para admirarte me detuve.

—Muchas gracias, doña Conchita —replicó Victoria, que no estaba en antecedentes para entender la reticencia de la Yélamo, pero no se le escapaba que ésta había propuesto aquel tema sólo para molestarla—. Pero no era por esa rama que yo decía que siguiera, porque ésa es cortica y la conozco muy bien.

—¡Qué lista eres, criatura! Tan inteligente como bonita. Dios te guarde. Pero también es corta la otra rama, pues, por línea de varón se detiene, por el momento, en Nicolás del Casal, hijo de Jaimito.

—¿Ese es el que se parece a mi abuelo?

—Mucho. Ciertamente. ¿No lo conoces todavía? ¿No ha venido por aquí, Carmelita?

—Sí. Pero Victoria no lo conoce. Vino a saludarme precisamente la víspera de la llegada de Victoria.

—Un muchacho muy simpático y muy correcto. ¿Verdad, Carmelita? Nada de aquella cabeza a pájaros de su padre. Que en paz descanse. Lo conocí hace tres o cuatro noches en casa de Cecilia Moraleda. Da gusto oírlo hablar. No parece un joven, con lo juicioso y lo sentado que es. Nos expuso el proyecto que trae entre manos. Algo de colonización que me pareció muy interesante.

Misia Carmelita iba a decir algo a propósito de Nicolás del Casal; pero el general Solís ya había cogido la palabra:

—Ahora que usted habla de aquella cabeza a pájaros de Jaimito del Casal. ¡Je! ¡Je! Recuerdo una ocurrencia muy divertida que me sucedió con él. Tenía yo un bastón que me había regalado el doctor Núñez, en Bogotá, allá por los años de...

—¡Ah! —exclamó Victoria, interrumpiendo—. Yo conozco ese bastón.

—¡Niña!— repuso misia Carmelita reconviniéndola.

—Sí, abuelita. Ese es el bastón que llevaba esta tarde Federico Alcoy.

Y el general Solís no se atrevió a continuar, porque todo el auditorio, incluso “la otra Yélamo”, estaba conteniendo la risa y no quería exponerse a que se la echaran en cara si volvía a mencionar el bastón que le había regalado el doctor Núñez..

V

Más compras por hacer y otro día de asueto para Cándida que, por cierto, mejor cuenta le dejaba acompañar a Victoria que asistir a la fábrica, e iba aquella muy entretenida con lo que le refería ésta de su vida en Cantarrana, cuando la interrumpió, exclamando:

—¡Mire! Esas señoritas que acaban de bajar de ese automóvil son las Alcoy.

Aunque no había tenido tiempo de verlas, pues ya entraban en el taller de modas ante cuya puerta se había detenido el automóvil, como de cacerías venía hablando Victoria, experimentó una emoción análoga a la de ver ponerse la presa a tiro cuando menos se la espera.

Procurando disimularla, detúvose ante la muestra del taller que sólo decía “Thérèse”, y exclamó:

—Esta es la modista a quien yo quería encargarle mis trajes.

—¡Ay, señorita! —exclamó Cándida—. No se le ocurra. Esta es la modista más carera de Caracas.

—Pues quiere decir que es la mejor. Entremos.

Un saloncito decorado al estilo parisiense, maniqués, vitrinas con bibelots, perfumes y otras cosas por el estilo. En el fondo una puerta, detrás de cuyas cortinas acababan de desaparecer las Alcoy seguidas de madame Thérèse.

Una empleada criolla, que estaba detrás de un escritorio, salió a atender a Victoria con una cortesía tan francesa, que a la legua se descubría que trataba de imitar a la patrona.

—¿En qué podemos servir a la señorita?

—Quería mandarme hacer unos trajes.

—Tenga entonces la bondad de esperar un momento a madame Thérèse, que se encuentra ahora ocupada con unas señoritas que han venido a probarse trajes. Mientras tanto, si la señorita desea escoger patrones, aquí tiene estos *magazines* que traen la última moda de París.

Victoria púsose a hojearlos; pero, más que examinar los modelos, lo que hacía era trazarse su plan. Para lo de los trajes ya habría tiempo, lo apremiante era aprovechar aquella oportunidad que le deparaba su buena suerte para entablar conocimiento con las Alcoy, buscar la manera de que éstas le dirigieran la palabra. Una sola. Lo demás corría de su cuenta.

—¡Ya está! —se dijo mentalmente. Y en seguida, a la empleada—: Señorita, ¿quiere hacerme el favor de mostrarme los mejores perfumes que tenga?

—Con mucho gusto, señorita. Todo lo que tenemos aquí es de lo mejor.

Y comenzó a sacar de la vitrina, que estaba delante de la puerta del salón de pruebas, los frascos de caprichosas formas, recomendando la clase de perfumes que contenían y dando los precios, a cada uno de los cuales Cándida hacía un gesto de espanto.

Entretanto, detrás de la cortina del salón de pruebas oíase la conversación en francés que las Alcoy sostenían con la modista, y, por deleitarse oyéndolas hablar en aquella lengua desconocida, de la cual sólo llegaba a sus oídos la musicalidad de la pronunciación correcta y del fino timbre de voz, Victoria no atendía a lo que le decía la vendedora.

Ya ésta había colocado sobre el mostrador todos los frascos y estuches que contenía la vitrina cuando madame Thérèse apareció en la puerta del saloncito, abriendo las cortinas para darle paso a las Alcoy.

El corazón de Victoria palpó apresuradamente. Ya la presa iba a ponerse a tiro. Eligió uno de los perfumes, uno cualquiera, y dijo:

—Este, señorita. Si usted me hiciera el favor de mandármelo a casa. Mi dirección es: Victoria...

—Permítame un instante. Voy a tomar nota— dijo la empleada, dirigiéndose al escritorio en busca de un trozo de papel.

Y Victoria no pudo contener un ademán de impaciencia; saldrían las Alcoy, no la oirían dar su nombre y, por consiguiente, pasarían al lado de ella sin fijarse, se marcharían y ¡adiós sus planes! ¿Cuándo volvería a presentársele otra ocasión como aquélla?

Pero en esto aparecieron ante sus ojos dos figuras, más que dos personas, que le recordaron cierto cuadro que había en la sala de su casa en Cantarrana: aludos sombreros de paja flexible color de trigo, trajes de fino tafetán, verde claro el de Antonieta, que era rubia, fresa el de Carlota, la morena, originales y graciosos: entallados y sin mangas los corpiños dibujando la esbeltez cimbreante, las faldas casi a los tobillos, amplias y ahuecadas a las cinturas y una sobriedad absoluta de adornos. Dos figuras un tanto excéntricas, según la moda reinante, pero llenas de gracia y distinción.

Quedóse mirándolas Victoria, momentáneamente olvidada de sus planes, y le parecieron encantadoras. Los ojos azules de la abuela inglesa y la línea correcta del perfil de Antonieta sugerían ideas plácidas de un espíritu reposado y pulcro; los ojos negros, cálidos y expresivos de Carlota irradiaban simpatía. A la luz que filtraban los vidrios azules de la cancela, las envolvía ese aire nebuloso que tienen ciertos cuadros y que resultaba muy apropiado a sus figuras un tanto pastoras de Watteau. Las contempló con admiración y simpatía, sin sombra de sentimientos mezquinos, como mira el alma generosa al ideal perseguido, y mientras así se deleitaba, todo lo que hasta allí hubo de asalto y de presa en su empeño de introducirse en la sociedad donde ellas reinaban, todo lo que hubo de Guanipa trepador se le desvaneció del corazón cediendo el sitio a un deseo reposado y dignamente sentido, de ser como eran ellas,

de modelarse a sí misma a imagen y semejanza de aquella aristocracia de sus personas.

Recíprocamente, las Alcoy se habían quedado mirándola, y aunque Victoria no entendió lo que luego hablaron entre sí, comprendió que se referían a ella y esperó con ansiedad aquella palabra que le permitiera entrar en conversación.

Pero las Alcoy, después de cruzar con la modista unas breves palabras, en voz baja, abandonaron el francés, diciendo :

—¿Sin falta, no?

—No tengan cuidado. Primero que todo, los trajes de ustedes— respondió madame Thérèse. Y en seguida, a Victoria:

—¿Le han atendido a la señorita?

—Sí, señora. Gracias.

Y la empleada:

—La señorita desea encargarse unos trajes.

—¿Me permite usted un instante? —dijo madame Thérèse—. Ya estaré con usted.

—Atiéndale a la señorita, madame Thérèse —intervinieron las Alcoy—. Nosotras vamos a curiosear un poco sus *nouveautés*.

—¡Oh! Tiene usted verdaderas preciosidades en bibelots. Entretanto, la empleada tomaba la dirección de Victoria. —¿Cómo me dijo la señorita?... ¿Su nombre?

Una breve vacilación entre el sentimiento con que había entrado en aquel sitio y el que ahora acababa de experimentar. Un temblor de emoción en la voz al decir:

—Victoria del Casal.

Simultáneamente volviéronse a mirarla las Alcoy y luego entre sí:

—*C'est elle!*

—*Quel toupet!*

—*Oh! L'arriviste!*

—*Au revoir, madame.*

Y riendo, con una risa cruel de burla despiadada, se marcharon.

La modista las miró y luego a Victoria con vaga extrañeza.

Y Victoria, que no necesitó entender las palabras porque la risa lo dijo todo, después de un breve desconcierto, sintió que saltaba dentro de su pecho la marejada del rencor amargo y negro.

VI

De este encuentro se habló aquella misma noche en la mesa de las Alcoy.

La mesa de las Alcoy era la suma y el compendio del buen tono tradicional de las dos familias que en aquélla se unían. A ella se sentaban a menudo los diplomáticos y allí fueron obsequiados todos los viajeros ilustres que habían pasado por Caracas.

El mueble, de forma oval, y las sillas que lo rodeaban, de fina marquetería, se hallaban en el centro del espacioso comedor que ocupaba el centro de la casa, bajo una cúpula artesonada, que descansaba sobre un círculo de esbeltas columnas de mármol gris, en torno a las cuales había grandes jarrones decorativos, de historiada porcelana de China, preciosas estatuillas de alabastro, sobre columnas de basalto, finas palmeras enanas de sombra y muebles amplios y blandos, gratos para el reposo de la sobremesa, ante las mesitas de laca donde era servido el café.

Aquella noche comía en “Villa Alcoy” Nicolás del Casal, que había regresado a Venezuela por aquellos días, después de una larga permanencia en Alemania, al lado de su tía Eleonora de Friedel, en donde se educó.

Era Nicolás un mozo de veinticinco años, fuerte, risueño, rebosante de salud y de optimismo, de trato franco y sencillo, de carácter bien equilibrado, de inteligencia sumamente comprensiva. Hijo único de Jaimito del Casal cuan-

do éste se suicidó a raíz del fracaso feo y triste de su ilusorio Banco Agrícola, poco después de la venta de Cantarrana, Eleonora pidió que le confiaran al huérfano, para librar a este único continuador de su apellido de la lamentable suerte que tal vez le estaba reservada, dándole una educación que supliese lo que descuidó y derrochó su hermano. Al oportuno remedio correspondió la naturaleza bien dotada de Nicolás: en la buena casa y en el buen país adquirió hábitos sanos y una feliz disposición de espíritu para resolver, a su hora, el problema de su vida. Interrumpidos sus estudios por la declaración de la guerra del 14, el señor Friedel pensó enviarlo a Venezuela; pero Nicolás juzgó que debía compartir con los Friedel las zozobras de la guerra, y en el último año de ésta, cuando cumplió sus dieciocho, se alistó bajo las banderas alemanas, que ya no combatían victoriosas, para pagar la deuda de gratitud que tenía contraída con su protector. Terminada la guerra, cuando regresó al hogar adoptivo, se quitó del pecho la Cruz de Hierro que había ganado heroicamente, y prendiéndosela a su protector sobre el corazón, le dijo:

—Ha sido usted quien la ha ganado enseñándome a cumplir el deber.

Restablecida la normalidad del país reanudó sus estudios de agronomía, y una vez concluidos, manifestó a sus protectores que regresaría a Venezuela, donde le esperaba otro deber: reivindicar el nombre, sobre el que las flaquezas paternas habían arrojado la primera sombra que lo obscurecía. Cuando el señor Friedel lo vio partir, dijo a Eleonora, que lloraba, profundamente conmovida:

—Tú debes estar contenta. Yo también estoy satisfecho. Nicolás sale de nuestras manos hecho todo un hombre.

Cuando Nicolás, llevando del brazo a Antonieta y a Carlota Alcoy, entró en el comedor y vio la mesa resplandeciente de plata y de cincelados cristales donde chispeaba la luz que caía enfocada por la cúpula, tras cuyo dorado anillo se ocultaban poderosas lámparas eléctricas, y al mozo, muy orondo dentro de su traje de etiqueta, tieso y seguido detrás de la silla que debía ocupar él, no pudo contener una manifestación de extrañeza:

—¡Oh, no merezco tanto honor! Perdonen ustedes el desentono de esta americana con que he venido. Ya debí advertirlo, al ver que tío Alcoy y Federico estaban de *smoking*.

—Es nuestra costumbre, Nicolás. No te mortifiques por eso. Allí está tu asiento— díjole el parsimonioso don Leopoldo, muy afablemente.

Y Federico agregó, con risa fea bajo su gran nariz:

—Además, bien merece el tratamiento la calidad del enemigo. A un Cruz de Hierro no puede tratárselo de cualquier modo —y como advirtiese la mirada que le dirigía Fernanda—: Tranquilízate, mamá; de todo hablaremos esta noche, menos de guerra europea y de alemanes y aliados. ¿No es eso, Nicolás?

—Ya sabes que es un poco difícil arrancarme una sola palabra a ese respecto. Mi actitud es la de un desapasionamiento absoluto en esta materia.

—*Au dessus de la mêlée?*—dijo, interrogando, Antonieta.

—Justamente, prima. Y no ahora, sino cuando era combatiente, también. Sospecho que eso se deba a que tengo una incapacidad fundamental para el odio, porque así me pasa con todo. Necesitaría hacerme violencia para aborrecer a un semejante. Y no crean ustedes que lo cuento entre mis virtudes, porque el odio es la fuerza que anima al mundo y que ha hecho el progreso, etcétera. Pero me estoy poniendo muy pedante y cometiendo además la grave falta de hablar de mí mismo. Esta será otra de mis salidas de tono que ustedes tendrán que perdonarme.

—¡Oh! ¡Primo! Haznos gracia de tus ironías— repuso Carlota, disimulando muy bien la incomodidad que le había causado aquella insistencia de Nicolás en hablar de su desentono entre ellos, sentimiento que también compartían sus padres y hermanos.

—No hay tal ironía.

Pero en realidad sí le había provocado emplearlas, porque le parecía que era un poco excesivo el tono que se daban los Alcoy. Estaba acostumbrado a la llaneza del señor Friedel y de Eleonora y le resultaba sumamente divertida aquella etiqueta en el trato íntimo, desusada también en Caracas, a lo que

colegía de sus recuerdos de la infancia, y de lo que ya había podido apreciar en los pocos días que tenía de haber regresado al país.

Comenzó a hablar don Leopoldo Alcoy, cuando terminó el precipitado discurso de Nicolás, y su voz mesurada en tono y cadencia fue esparciendo la tertulia por la mesa —según la comparación que hizo Nicolás, mentalmente— como una mano suave que va dejando caer, aquí y allá, un polvillo muy fino, y agradable. Muy azules los ojos, muy fina la nariz, entrecana la barba castaña, bien cuidada y recortada la punta, derecho en el asiento y muy gentil, era la figura de don Leopoldo algo verdaderamente decorativo a la cabecera de aquella mesa suntuosa, donde cabrilleaba la luz en la cristalería y resplandecía la vajilla de plata, ostentando las iniciales del matrimonio bajo el prestigio de la corona de un vago ducado inglés; aquella mesa que recibía la luz cenital de la cúpula, en medio de la vastedad penumbrosa del comedor y en torno a la cual dos mozos de rigurosa etiqueta iban sirviendo, silenciosos y eficaces, uno, los ricos vinos; otro, las olorosas viandas.

Completaban la decoración: la delicadeza de Antonieta, rubia y lilial; la vivacidad de Carlota; el grave continente señorial de Fernanda, todo entero heredado de doña Agueda; y la fealdad, muy bien administrada, de Federico.

Cuando el mozo servía el champaña, dijo Carlota al hermano:

—¿Sabes, Federico? La muchacha aquella a quien viste ayer tarde con prima Carmelita es la hija de Adelaida.

—¡Oh! ¿La Guanipa?

—Por lo menos hay indicios de que sea la misma a quien encontramos hoy donde la modista— agregó Antonieta. Y refirió el encuentro, finalizando con la misma frase que allí había empleado:

—*Quel toupet!*

Se comentó el caso. A Federico le había resultado sumamente graciosa la suplantación de apellido de Victoria. Cada cual dijo algo; sólo Nicolás guardó silencio, fija la mirada en la espuma que se iba desvaneciendo dentro de su copa. Al cabo se dijo:

—Es tonta esa chica. No cabe duda. En vez de estar orgullosa de llevar el apellido de su padre prefirió...

—No es muy bonito ni muy ilustre, que digamos— interrumpió Fernanda.

—Hay gustos y opiniones sobre todas las cosas —repuso Nicolás—. Los míos son diversos de los tuyos, tía Fernanda. Puede que el apellido Guanipa no sea bonito como dices; pero suena a cosa nuestra, es muy criollo, muy indígena, y esto me lo hace agradable.

—¿Y en cuanto a lo de ilustre?— terció Federico.

—Sobre eso tengo también mis opiniones.

—Te noto muy inclinado a simpatizar con los Guanipas. Con el hombre que fue causa de la desgracia de tu padre — repuso Fernanda.

—Pues... Te diré, tía Fernanda. En toda esa historia, que ya me la ha referido tía Eleonora, no he visto yo sino el resultado natural y lógico de una serie de acontecimientos en los cuales papá y Guanipa no fueron verdaderos culpables. La culpa...

—¿Vas a hablar de papá? —interrumpió Fernanda, asumiendo una actitud de sentimientos heridos—. Te ruego...

—¡No! ¡En absoluto! Te advierto que siempre he sentido una profunda veneración por mi abuelo.

—¡Gran-papá era todo un señor!— interrumpió Federico, y a Nicolás le pareció que lo había hecho nada más que para llamarlo “gran-papá”.

—Abuelo, lo llamo yo, que soy más castizo, a pesar de todo— rectificó Nicolás, dejando que se escapara en esta frase el sentimiento que le inspiraba el exotismo de los Alcoy.

Federico levantó las cejas, paseó una mirada por las caras de todos los suyos, como diciendo: ¡qué bárbaro!, y luego encogió los hombros y se bebió su champaña.

Entretanto Nicolás proseguía:

—Y no sólo respeto su memoria, sino en él me apoyo para hacer esta afirmación; la pérdida de Cantarrana fue el resultado natural de las circunstancias. Si

abuelo me oyera diría: tienes razón. El comprendió que papá no era el hombre que podía defender la hacienda de la familia y para mí tengo que tampoco se le escapó que aquel otro hijo suyo, aquel Guanipa, fuerte y semisalvaje, sería, cuando él faltara, el peor enemigo de los del Casal. Prueba de eso, fue aquel empeño que tomó en reconocerlo como hijo suyo, en darle su apellido, como si dijéramos, para obligarlo a hacer causa común con sus hijos legítimos. Pero pongamos a un lado a mi abuelo, para no herir susceptibilidades que respeto. Hablemos de papá solamente, y esto, no por placer maligno de mi parte, porque también respeto profundamente su memoria, sino porque ha venido al caso esta conversación y porque mi presencia aquí, entre ustedes, después de tantos años de ausencia, y las circunstancias actuales de mi vida, y el propósito mismo que me ha hecho regresar a la patria, exigen, imperiosamente, que tengamos el valor de confesarnos la verdad. Y la verdad es ésta: Hilario Guanipa se apoderó de Cantarrana, mediante una serie de estratagemas de pícaro, porque no hubo nadie en la familia que supiera o pudiera oponérsele. Y ese quién, desgraciadamente para él y para mí, fue papá. En aquel momento Guanipa representaba la fuerza, era la fuerza efectiva, el empuje que venía de abajo, abriéndose paso, formidable, brutal, pero al mismo tiempo, hermosamente, como es hermoso el espectáculo de la fuerza dondequiera que se manifieste. Papá, en cambio, representaba..., llamémoslo así, la debilidad. Tampoco le hago cargos, ni me corresponde hacérselos; no tenía culpa, el pobre papá, de que la Naturaleza le hubiera dado aquel cerebro fantaseador, cuyas ficciones no correspondían a la realidad que podía dar él. Guanipa lo venció y lo arrolló, porque en aquel momento Guanipa era el hombre dueño de las circunstancias y papá, la víctima que una ley natural, irresponsable, pero sabia, había escogido para sacrificársela a la Fuerza.

—Desde esa altura de sociólogo todo se justifica— dijo don Leopoldo, levantándose de la mesa a esperar el café en el fumadero.

Antonietta y Carlota se retiraron y Fernanda iba a hacer lo mismo; pero Nicolás tenía todavía algo que decir, y se quedó a oírsele, aunque no le agra-

daban ni el tema ni la actitud de Nicolás. Federico fue también a sentarse en el fumadero. Nicolás prosiguió:

—No se justifica; se explica, nada más. Lejos de mí la idea de hacer una apología de Hilario Guanipa, aunque, confieso que hombre y cosas como él cautivan mi admiración. Si he puesto un poco de calor en mis palabras, es porque el asunto me toca muy de cerca y porque, sépanlo ustedes, a quien quiero y necesito reivindicar es a mi padre.

—¿Reivindicar?...

—Sí, tío Alcoy, reivindicarlo. Con mis palabras, ahora, y con mis actos, después. A eso solamente he venido a Venezuela. Los malos negocios de papá no se llevaron solamente mi herencia, de la cual podía disponer él, sino también dinero ajeno; las partes de sus hermanas sobre Cantarrana.

—Te suplico que no hablemos de eso— replicó Fernanda.

—Sí, tía Fernanda, es de todo punto necesario hablar de eso. Mañana o pasado hubiéramos tenido que tratar este desagradable asunto, porque yo estaba decidido a hacerlo un día u otro; pero ya que el tema ha sido puesto en el tapete, hay que abordarlo con valor. Yo considero que es mi deber pagar las deudas de papá, y a eso he venido. Ustedes dirán que no se explican cómo se me ha podido ocurrir hablar de esto en un momento tan inoportuno.

—Lo que no me explico yo es cómo puedes hablar de ese Guanipa sin indignarte— manifestó Fernanda.

—Ya les he advertido a ustedes que tengo una absoluta incapacidad para el odio. No puedo considerar a Guanipa como enemigo mío. Eso es así y no hay remedio. Para mí, Hilario Guanipa es un hombre que tuvo su hora y la supo aprovechar, a su modo, ¡desde luego!, con sus armas naturales, bárbaramente, ¡claro está!, pero hay que convenir en que no podía emplear otras facultades sino las que tiene: de presa, de asalto. Yo también tendré mi hora y procuraré aprovecharla. Por el momento, no tengo sino planes y propósitos; pero confío en que más adelante tendré cosas más efectivas. Ya le he dicho a tío Alcoy — allí llamaba a don Leopoldo— que mi lema es esta ecuación algebraica: cero,

igual infinito. Es decir: en el principio, sólo mis brazos y mis conocimientos; en el término, allá, muy lejos quizá, la esperanza y la confianza, que son infinitos.

A lo que respondió Federico con una sonrisa, primero, y con estas palabras, después:

—Un poco a la manera de Hilario Guanipa.

Y Nicolás, rápidamente:

—Y otro poco a la manera del Encomendero don Juan del Casal, quien, según tengo averiguado, era un paisano zafio y rudo de Galicia, cuya hambre era tanta que se le convirtió en sed de aventuras.

Federico volvió a levantar bruscamente las cejas. En el primer momento pensó debatir la afirmación de Nicolás; pero recordó que se había hecho el propósito de guardar un desdeñoso silencio mientras él estuviera allí, desde que cometiera aquella brusquedad cuando él nombró al abuelo a su postiza manera galicada; y otra vez se limitó a pasear su mirada por los rostros de su madre y de sus hermanas, quienes, hecho ya el retoque de sus pinturas consiguiente a la obra destructora de las servilletas, habían venido a sentarse en el fumadero, graves y silenciosas también.

Antonietta y Carlota respondieron a la mirada de Federico con un leve encogimiento de hombros, que quería decir: no le hagamos caso; doña Fernanda sonrió, dentro de su olímpico orgullo de casta, y puso fin a la charla de Nicolás con estas palabras:

—Has estado ingenioso. Hemos pasado un rato muy agradable oyéndote, Nicolás.

E hizo una seña al mozo para que retirara el servicio de café.

Este apareció a poco con las copas de coñac. Federico mojó en el licor la punta de su habano y haciendo un gesto soslayado, repitió las palabras irónicas de su madre:

—Muy ingenioso. ¡Y después dicen que los teutones no tienen *sprit!*

Nicolás se quedó un rato con la copa entre las manos contemplando el licor. Luego sonrió a sus propios pensamientos y apuró la copa.

Fue una pausa que parecían pedir, no sólo los ánimos contrariados, sino también las cosas mudas e inmóviles que nunca habían oído, dentro del grave recinto del suntuoso comedor, una voz tan precipitada y vibrante, ni tampoco visto unos modales tan despreocupados, como los de aquel inusitado comensal de americana que ahogó y apabulló la tertulia mesurada que solía implantar don Leopoldo, con sus lentas palabras a la sordina, cual si espolvoreara algo menudo y fino.

Indudablemente, este Nicolás del Casal era algo molesto entre aquella familia.

VII

No era tan fácil como se lo había imaginado Victoria. La ciudad le oponía barreras infranqueables, a lo menos por el momento: las Alcoy le daban la espalda, quitándole toda esperanza de lograr acercarse a ellas por asalto y, por otra parte, las relaciones sociales de misia Carmelita estaban reducidas exclusivamente al círculo de la Orden Tercera, de la cual era presidenta.

Cierto era aquella abuela estaba buscándole amiguitas entre las hijas o nietas de sus cofrades, pero lo hacía con tal escrupulosidad, que todas venían resultando niñas demasiado modestas con las cuales era imposible emprender la conquista del gran mundo.

Y ahora se lo proponía con redoblado empeño. Ya no era anhelo de su vanidad, sino desquite de su orgullo, pues si el deseo de brillar en la alta sociedad de Caracas le había llenado la cabeza de sueños ingenuos, ahora, después de haber sufrido el desaire y la burla de las Alcoy, aquel vago deseo había adquirido la forma concreta de un propósito, vengativo hasta cierto punto, y en este camino los Guanipas no cejaban.

Un día, como le preguntase Asunción, que era entre las viejas que convivían con su abuelita la que más simpatía le demostraba:

—¿Y qué, Victoria? ¿Todavía no has conseguido novio?

—Novio, no; pero ya tengo escogido el hombre con quien me casaré.

—¡Caramba! Eso ya es mucho más que tener novio. ¿Y quién es ese afortunado mortal?

—Federico Alcoy.

Misia Carmelita se quedó viéndola de hito en hito. Aquel empeño de introducirse en la familia de los Alcoy ya asumía caracteres alarmantes. Por el momento, no le dijo nada, pero cuando Asunción las dejó solas, la llamó a cordura:

—Ven acá, muchachita. Vamos a hablar un rato en serio sobre eso que has dicho de que ya tienes elegido el hombre con quien quieres casarte. ¿Por qué ha de ser, precisamente, Federico Alcoy? Desde luego que no es porque te hayas enamorado de él, porque eso se te conoce al oírte nombrarlo. No es que me parezca imposible. No. Tantos méritos tienes tú como la que más: eres virtuosa, eres bonita, hasta eres rica. Pero, repito mi pregunta: ¿por qué ha de ser Federico, precisamente? El es un hombre como tantos otros y menos que muchos, también, pues es vanidoso hasta decir no más y tiene todos los vicios que nunca faltan en los jóvenes ricos.

—¿Quieres que te explique por qué? Pues oye, abuelita. Voy a contarte lo que me pasó el otro día con las Alcoy.

Refirió el caso y concluyó:

—Voy a hacerles sentir que valgo tanto como ellas, por lo menos. Y de la manera que más les duela. ¿No me aceptan como parienta? Pues tendrán que aceptarme como cuñada. Y entonces me sentaré a cobrarles el desprecio que me hicieron.

—Bueno, bueno. Pongamos a un lado ese propósito vengativo, que no me agrada oírte lo expresar, y dime: ¿Y si Federico no se fija en ti?

—¡Abuelita! Tú no me conoces todavía. Cuando yo me propongo una cosa, la logro; para algo soy hija de mi padre.

—¡Bah! ¡Bah! No digas tonterías. Quiero que seas más bien como tu madre, que ha sabido sobrellevar con resignación la suerte que le ha deparado Dios. Allá la tienes muy satisfecha de sí misma, cumpliendo con su deber.

—¡Qué gracia! Que mamaíta se haya resignado a vivir en el monte, como un animal salvaje, se explica: esa fue la suerte que ella misma se buscó. Pero a mí no me preguntaron si aceptaba esa vida. ¡Y no la acepto más! Estoy decidida a no seguir soportándola. Cantarrana otra vez, ¡qué horror! Pero si papá se empeña en meterme otra vez en la hacienda...

Y rompió a llorar.

—¡Válgame el Señor! —exclamó la abuela—. Vamos, no te pongas así, criatura. Todo en este mundo tiene remedio, menos la muerte. Pídele a Dios que te ayude a lograr que tu papá consienta en que se vengán a vivir a Caracas, que es lo que yo también deseo. Anda, sécate esas lágrimas que te ponen tan fea y ve a vestirme, que ya debe de venir por ahí Clemencia a buscarte.

Era Clemencia una de aquellas amiguitas que la abuela le había buscado entre las hijas y nietas de sus compañeras terciarias, ya no muy joven, pero muy formalita —decía misia Carmelita—, pues, además de ser hija de Narcisa, que era un alma de Dios, sostenía su casa con el producto de su trabajo como mecanógrafa de uno de los principales bufetes de Caracas.

Era una amistad que apenas comenzaba, pero que debía ejercer una influencia decisiva en la vida de Victoria. Se habían conocido aquella misma mañana, que era la del Domingo de Ramos, en Santa Teresa, al salir de la misa. Iba Clemencia en compañía de su madre y ésta se acercó a saludar a misia Carmelita. Presentáronse las muchachas, simpatizaron éstas, porque si ya Clemencia no lo era tanto como Victoria, en cambio tenía un carácter muy expansivo y jovial, y al despedirse propuso la primera:

—¿Quieres que vaya a buscarte a las once para que demos un paseo? Por supuesto, si misia Carmelita no tiene inconveniente...

—No, hija. Todo lo contrario; con mucho gusto. Si ando buscándole buenas amiguitas a esta muchacha para que se distraiga, porque ni yo puedo sacarla a pasear de puro enclenque como estoy, ni andando con viejas se divierten ustedes las muchachas. Ve a buscarla, que te lo agradeceré mucho.

Llegó Clemencia a la hora prometida y Victoria se fue muy a gusto con ella, porque a pesar de lo formalita que le parecía a su abuela, con dos o tres cuchufletas que le deslizó al oído mientras la veía vestirse, comprendió que de gazmoña no tenía un pelo por más hija de terciaria que fuese.

Momentos después entraba Victoria en “La India”, invitada por Clemencia a tomar un helado.

Dos señoritas y dos caballeros que ocupaban una de las mesas del fondo llamaron la atención de Clemencia alzando los brazos y moviendo los dedos; ella les correspondió del mismo modo y fue a reunírseles, diciéndole a Victoria:

—Vas a conocer a dos hombres sumamente interesantes. Uno es norteamericano y no entiende una palabra de español, pero puedes hablarle como si tal cosa, porque es tan inteligente, que no necesita entender para adivinar lo que se le quiera decir. El otro es un cubano. Han llegado en estos días a Caracas por asuntos relacionados con la pesca de perlas, según parece. Por lo demás, son dos caballeros muy correctos.

Pero no había dicho toda la verdad, pues el cubano, de apellido Almendáriz, joven y bello hombre que tenía unos ojos negros muy brillantes y una piel fina y bien cuidada, era un actor de cinematógrafo, imitador de Rodolfo Valentino, y el yanqui, alto, alegre, forzado, un hombre de vida misteriosa, algo de buzo, un poco de domador de fieras y mucho de aventurero, y el asunto relacionado con la pesca de perlas era una película que se proponían filmar en las costas de Margarita, siempre, que el Gobierno conviniese en subvencionar la empresa, a título de propaganda del país, con la cantidad de un millón de bolívares.

Las señoritas, de apellido Antolínez, eran mecanógrafas, como Clemencia, pero de una compañía petrolera, y como habían vivido algunos años en Nueva York hacían alarde de ser mujeres emancipadas de los prejuicios latinos, es decir: de hacer lo que les diera la gana sin ocuparse del qué dirán.

Ni unos ni otras le agradaron a Victoria. Desde el primer momento le inspiraron recelos que se acentuaron cuando oyó que Almendáriz decía a Clemencia:

—Gracias a Dios, chica, que por fin te veo a gusto. Mira tú que es verdaderamente cargante eso de andar con el chaperone, como viniste ayer tarde. ¡Hombre, por Dios! Una chica emancipada como tú... Ya eso del chaperone no se estila entre gente civilizada. Eso es atraso. ¡Eso es medieval, inaguantable, vamos!

—Tienes razón, chico —repuso Clemencia—. Pero tendrás que explicarle a mi amiguita qué es eso del chaperone, porque ella no lo entiende.

—Es cierto —dijo Almendáriz, y dirigiéndose a Victoria—: El chaperone es la mamá, la tía o la señora de compañía que no le permiten a uno pasar un rato a gusto, de verdadera espiritualidad, con una muchacha inteligente y civilizada, como usted, por ejemplo.

—¡Ah! Ya entiendo —repuso Victoria, refiriéndose, más que a la explicación de Almendáriz, al empeño de Clemencia a invitarla a salir con ella.

Entretanto, el yanqui, mirando fijamente a Victoria, murmuraba, como si le hicieran gracia estas palabras que eran de las cuatro o cinco que conocía en castellano:

—Bonita. Simpática.

Pero, como Victoria hiciera un gesto de dignidad, cambió de tono y exclamó:

—¡Oh! Señorrita. ¡Muy señorrita!

Las de Antolínez apoyaron a Almendáriz, haciendo la apología de la civilizada costumbre neoyorquina de que las mujeres anduvieran solas y libres con los jóvenes sin que fuera tomado a mal:

—En Nueva York —díjole a Clemencia la mayor de las dos—, tú tienes un amigo y él te da un telefonazo y te dice: Oye, chica, voy a buscarte para que tomemos el té.

—Y tú te sales con él, tranquilamente —intervino Almendáriz—, sin que en tu casa te pregunten para dónde vas, y te regresas cuando te dé la gana.

No era a ella, sino a Clemencia a quien le dirigía la palabra, y, sin embargo, se sintió incómoda con aquel tuteo.

Clemencia, en cambio, comentó con verdadera envidia, mirando a Victoria:

—¡Qué sabroso! ¿No es verdad, chica? ¡Qué delicia de libertad! ¿No te parece que es delicioso eso de que una pueda gozar de la vida sin tantas tonterías como las que tenemos aquí? Aquí las mujeres vivimos esclavizadas al qué dirán.

Victoria no halló qué responder. La natural vivacidad de su espíritu parecía haberla abandonado totalmente.

Y el yanqui volvió a murmurar, enigmático a causa de sus pocas palabras españolas:

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Mientras, la contemplaba con las penetrantes miradas de sus ojos color de acero.

En esto apareció Felipe Osuna e iba ya a sentarse a una de las mesas vacías después de haber saludado a Almendáriz y al americano con aquel ademán que éstos habían empleado para saludar a Clemencia, cuando reparó en Victoria.

—¡Oh! —exclamó, dirigiéndose a la mesa donde ella estaba—. ¡Tanto bueno por aquí! ¿Desde cuándo?

—Hace unos días— respondió Victoria desabridamente.

Osuna saludó con una inclinación de cabeza a Clemencia y a las Antolínez, que le eran desconocidas, y luego a los caballeros con sonrisa maliciosa.

Al yanqui, agotando todo su inglés:

—*How do you do, mister Builder?*

Y al cubano:

—¿Qué tal, valecito? ¿Cómo te siguió yendo?

Se habían conocido, la noche anterior, en un dancing de pésima reputación y la sonrisa con que se saludaban suplía los comentarios del caso, que míster Builder refundía exclamando, por Osuna:

—¡Terrible! ¡Terrible!

—¿Cómo va a ser, musíú?

—¿Quieres acompañarnos, querido?— invitó Almendáriz.

—Todavía no he sido presentado a las señoritas.

—¡Oh! Perdona. Creí que ya se conocían.

Estrechó las manos de Clemencia y de las Antolínez, dio unas palmadas llamando al camarero y se sentó al lado de Victoria, preguntándole al oído, mientras las Antolínez entablaban conversación en inglés con el americano y Almendáriz se entregaba a Clemencia:

—¿De dónde sacó usted esta gente?

A tiempo que acudía el camarero:

—Mande, señor Osuna.

Y éste a Almendáriz:

—¿En qué están trabajando ustedes?

—Whisky para todos— respondió el cubano.

—No—dijo Victoria—. Para mí un helado.

—Y para mí una limonada— agregó Osuna.

A lo cual replicó Almendáriz, empleando la muletilla de Osuna y luego una frase aprendida en la juerga de la noche anterior:

—¡Cómo va a ser! ¿No me estarás engañando?

Osuna sonrió complacido en oírse imitar, y dijo:

—Bueno. Whisky también para mí.

Y volviéndose a Victoria:

—¿Qué le pasa, Victoria? La veo y no la conozco.

Ella alzó los hombros y sonrió apenas. A las palabras de Osuna todos se quedaron viéndola: Clemencia, como el iniciador al iniciado temeroso; las Antolínez, como a una niña cursi llena de prejuicios latinos; Almendáriz, con

su sonrisa ambigua a lo Rodolfo Valentino; el yanqui con sus pupilas color de acero, bromeando a hipnotizarla.

Por humorada o porque le convenía hacer como si de veras creyese en el poder magnético de la mirada de su compañero, Almendáriz hizo el ademán de arrojarle a los ojos un puñado de polvo, para que dejase de ver a Victoria, y después de cruzar con él algunas palabras en inglés que hicieron sonreír a las Antolínez, dijo:

—¡Qué ojos tiene el condenado, que no se le pueden mirar! Digo yo que será la costumbre de ver en las profundidades del mar, porque este bruto tiene tal afición a esto de andar bajo el agua, que sin necesidad ni motivo se pone su escafandra y se va a echar un paseíto por el fondo del mar. Acaba de inventar un aparato submarino con el cual se puede bajar a enormes profundidades, y cuando se siente fastidiado de andar por la tierra, se mete en su aparato y se pasa días enteros en el fondo del océano viendo peces.

A las exclamaciones de asombro de Clemencia, el aludido, mirando su whisky, comenzó a proferir raros sonidos que seguramente tenían para él algún parentesco fonético con las palabras de Clemencia, y luego éstas, pronunciadas como si hablara en chino:

—Calzón. Jabón.

—¿Qué dice?— preguntó Clemencia. Y Almendáriz explicó:

—Las que decía primero eran palabras chinas que ¡anda tú a saber lo que significan! Estas de ahora, palabras nuestras, que a él le hacen mucha gracia porque le suenan como otras del chino, que seguramente significan alguna atrocidad. Este ha vivido mucho tiempo en la China. Como en todas partes, porque no hay rincón del mundo que no conozca este bárbaro. Asia, África, ¡hasta en la Oceanía! Entre los salvajes zulúes vivió mucho tiempo. ¡Tiene una vida más interesante y pintoresca este tío! ¡Y unas ideas más raras en la cabeza! Dice que anda por el mundo buscando personas que piensen y sientan como él, para irse con ellas a poblar una isla desierta que posee en Oceanía. ¡Mira tú que se necesita ser verdaderamente extravagante para concebir tal proyecto!

¡Oh! Este es un hombre verdaderamente interesante. Lamento que no hable una papa de castellano para que lo oyeran ustedes, porque cuando dice a contar hazañas y rarezas de su vida, no tiene cuándo acabar. Y cuenta cosas, ¡vamos! ¡Que le paran a uno los pelos punta!

Cruzó con el aludido algunas palabras en inglés y después de sonreír ambos, volvió a decir:

—Dice que les cuente a ustedes la hazaña que tuvo en las islas Marquesas, luchando con un pulpo de qué sé yo cuántos pies de largo. ¡Una cosa verdaderamente horripilante! Pero hay que oírsele contar a él.

Apuró a sorbos su copa, sonriendo a sus pensamientos, mientras el americano sonreía también, de una manera enigmática.

Margot confesó que el yanqui era, además de muy interesante, muy simpático, lo cual fue maliciosamente comentado por todos, excepto Victoria, y el aludido, que nada había entendido, pero parecía guiarse por un instinto, dijo, guiñando a Victoria un ojo, por Margot:

—¡Terrible! ¡Terrible! ¡Caramba!

Almendáriz dio unas palmadas llamando al mozo:

—Whisky para todos.

Victoria protestó; pero Clemencia le dijo:

—Sí, chica. No seas tonta. Para que lo pruebes, por lo menos.

—Bueno. Para probarlo nada más.

Entretanto el americano miraba fijamente a Victoria y ella sostenía la mirada, animada por el deseo de comprobar si en realidad tenían aquellos ojos la misteriosa virtud que les atribuía Almendáriz. Esto sucedía mientras Clemencia hablaba en discreto coloquio con el cubano y Osuna respondía a unas preguntas que le hicieran las Antolínez. Al cabo, el americano, en serio o en broma, hizo un gesto de asombro al ver que Victoria sostenía su mirada sin pestañear y pronunció su breve y enigmático comentario:

—¡Oh! ¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Y cuando el mozo distribuyó las nuevas copas, levantó la suya, invitando a Victoria con un gesto. Victoria lo imitó y ambos bebieron mirándose, serios y graves.

—¿Cómo va a ser?— exclamó Osuna, y volviéndose hacia la más aceptable de las Antolínez se dedicó a galantearla.

Victoria depositó su copa sobre la mesa y experimentó un impetuoso deseo de echarse a llorar.

¿Qué era esto que había venido de pronto a trastornar su vida? ¿Nueva forma, acaso, del ansia aventurera de su espíritu, o simplemente producto de aquel despecho que tenía asentado en el fondo del corazón desde el día del fracasado encuentro con las Alcoy y que se le recrudeció cuando Osuna le preguntó que de dónde había sacado aquella gente con la cual la encontraba reunida?

Ya Clemencia había tenido que explicarle:

—El americano es eso que le has oído a Almendáriz, y éste es un actor de cine que figura en una película que se dará en Caracas después de la Semana Santa. En cuanto a las Antolínez, lo único que te puedo decir es que no son caraqueñas. Dicen que están hablando mucho de ellas, pero tal vez sean calumnias de la gente. A mí, por lo menos, no me consta. La verdad es que de antier a acá es cuando las conozco.

—Ya me había fijado en que toda la gente que estaba en “La India” se estaba ocupando de nosotras— dijo Victoria.

Pero Clemencia replicó:

—No hagas caso de la gente. La mayor parte de esas que nos estaban criticando, porque yo también me fijé, están enamoradas de Rodolfo Valentino. Almendáriz no será tan famoso todavía como Rodolfo, pero como hombre no tiene nada que envidiarle. Deja que se estrene en Caracas esa película que ha venido a filmar en Margarita, para que veas cómo todas esas gazmoñas que hoy nos están criticando se vuelvan loquitas por él. Y si es el americano, yo te aseguro que con sólo poner un aviso en los periódicos tiene mujeres de sobra,

entre esas mismas que estaban ahí despellejándonos, para poblar esa isla de que habló Almendáriz.

Pero de todo aquello, Victoria sólo sacó esta conclusión: buscando introducirse en la alta sociedad había caído en un círculo de gente de reputación dudosa, mal vista hasta por el mismo Osuna, que no debía de ser muy escrupuloso, y en vez de conquistarse la admiración de Caracas se había convertido en la comidilla de quienes, por haberla visto con las Antolínez, la habrían juzgado igual a ellas. Ya Caracas le había mostrado su faz desdeñosa con la risa burlona de las Alcoy; ahora se ensañaría con su reputación. Era a Clemencia a quien debería hacerle cargos, pero su rabioso despecho pedía un desahogo mayor; el odio a la ciudad orgullosa y pérfida que ella se imaginó dispuesta a abrirle todas sus puertas y a rendirle la admiración que tributaba a las Alcoy.

Pero también había algo mucho más grave.

En presencia de aquel extranjero misterioso que conocía, según las palabras de Almendáriz, todos los rincones del mundo; que tenía, en no recordaba qué mar, una isla desierta para poblar la cual andaba buscando por el mundo gente igual a él; que había combatido con un pulpo monstruoso y tenía unos ojos acostumbrados a mirar en las misteriosas profundidades del océano, unos ojos cuya mirada nadie podía soportar, según afirmaba Almendáriz y que, sin embargo, ella soportó y dominó; en presencia de aquel hombre cuyas hazañas misteriosas excitaron su imaginación, se había sentido fascinada hasta el punto de levantar involuntariamente su copa, atendiendo a la invitación que él le hacía.

Vuelta en sí por la exclamación de Osuna, ya apurada la copa de licor bajo la mirada del extranjero enigmático, le pareció que acababa de sufrir una violencia, que había sido inducida a un acto vergonzoso e irreparable y la asaltó aquel deseo de echarse a llorar.

Luego, un ademán de despreocupación por todo lo que hasta allí la tuviera cohibida: la desconfianza que le inspiraban aquellas personas que la rodeaban y la molestia de los cuchicheos y miradas impertinentes de las que ocupaban

las mesas próximas. ¿Otra copa?... Quizá fueron más... Y risas y charla a gusto y el americano no exclamando ya:

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Sino:

—¡Terrible! ¡Terrible!

Nueva York..., las Antolínez..., Rosendo, que era místico Builder, en el fondo del mar, que era Pozo de Rosa...; peces de colores con el cordón de la Orden Tercera, Almendáriz con un chaperone en la cabeza, y Chaplin, dando saltitos y diciendo: ¡Cómo va a ser! ¡Cómo va a ser, señor!

—¿Se te quitó el dolor de cabeza, Victoria?

—Sí, abuelita.

—¡Miren que ocurrírseles darle la vuelta a El Paraíso a pie y con tanto sol! Allí estará también Clemencia con su dolor de cabeza. ¡Ah, muchachas!

Y una profunda melancolía, un gesto amargo, y a intervalos un encogimiento de hombros.

No quiso salir durante los días siguientes, y el Jueves Santo fue necesario que misia Carmelita la obligara a vestirse para llevarla a los oficios del día en la Catedral.

Al entrar en el templo le pareció ver a místico Builder entre la muchedumbre y el corazón le palpó aceleradamente.

—¡Dios mío, que no se le ocurra acercárseme! Quedémonos por aquí, abuelita.

Poco después se les reunía Clemencia y su madre.

—¿Qué te habías hecho? Ayer nos quedamos esperándote en Santa Teresa. Después del almuerzo voy a buscarte para visitar los Monumentos. Te advierto que ya nos hemos zafado de las Antolínez. Estaremos solas las dos. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Bueno. Ve.

Ya al salir dijo Clemencia:

—Misía Carmelita, déle permiso a Victoria para que se quede a comer en casa esta noche. Como el último monumento que visitaremos será el de Las Mercedes, de allí vamos a casa y después de la comida venimos a traérsela mamá y yo.

Una sospecha le cruzó por la mente a Victoria; antes de que tuviera tiempo de formular un pretexto para no aceptar aquella invitación, misía Carmelita dijo:

—Con mucho gusto, mijita. Pero, eso sí, antes de las nueve, están aquí.

Y Victoria mentalmente:

—Bueno. Que sea lo que Dios quiera.

Ya había comenzado la clásica romería del Jueves Santo, piadosa y mundana a la vez, el desfile de toda la población de Caracas por los templos, visitando los Monumentos, y ostentando cada cual lo mejor de su percha, según costumbre tradicional, que todavía no se había perdido del todo, especialmente entre el pueblo, como lo era también que los jóvenes saliesen a ver a las muchachas y a seguir de templo en templo a aquellas que les gustaban y éstas a dejarse mirar con la esperanza de que aquellos sentimientos terminasen en noviazgos, volviéndose, de trecho en trecho, a verlos —que ellos lo llamaban hacer quiebro— y dirigiéndoles, dentro del templo, rápidas miradas entre “por la señal” y la “Santa Cruz”.

Pero a Clemencia y Victoria no las siguieron, sino que las esperaron frente al templo de San Francisco.

Volvió a experimentar ésta el desasosiego que la había inquietado en la mañana, al ver a míster Builder, y le preguntó a su compañera:

—¿Tú como que tienes amores con Almendáriz?

—¡No, chica! Déjate de amores. Un *flirt*, nada más. Un poquito más que el que tú tienes con míster Builder.

—¡Yo! Ni sé qué es eso de *flirt*.

—Déjate de hipocresías. Tú no conocerías la palabra; pero la cosa la aprendiste el domingo muy pronto. Aunque, por lo que estoy viendo, lo tuyo como que es algo más que un *flirt*.

—No seas pazguata, chica. ¿Qué vas a estar viendo tú si no hay nada?

—¿Y por qué lo ocultas, tonta? ¿Es acaso un pecado que una mujer se enamore de un hombre interesante?

—Pero sería una locura que yo me fuera a enamorar de un hombre que no sé ni quién es, ni hay manera de entenderse con él, porque él en su lengua y yo en la mía podemos decirnos atrocidades como si fueran cariños. Además, bonito papel haría yo enamorándome de un hombre de quien cuentan tantas cosas raras.

—Pues ¿quieres que te diga una cosa? Te envidio tu aventura. Porque es una verdadera aventura, de las que no pasan sino en las novelas.

—¿Pero de dónde sacas tú que eso exista?

—De las miradas que le dirigías esta mañana, en la Catedral.

Y cuando se reunieron con quienes las esperaban, Victoria tenía las manos frías y casi no podía hablar.

—Vamos— dijo Almendáriz, dirigiéndose a un automóvil que estaba detenido frente al templo.

—¿Qué es esto, Clemencia? —interrogó Victoria llena de zozobra—. ¿Para qué es ese automóvil? ¿Adónde vamos a ir?

—No pongas esa cara, mujer, que no es nada malo. Vamos a dar un paseo.

—Yo no, Clemencia.

—¿Quieres decir que me vas a dejar sola?

—Es que tú tampoco debes ir.

—¿Por qué no? Yo soy una mujer de mi tiempo, y tengo la verdadera virtud, que no es evitar el peligro, sino vencerlo. Yo puedo ir hasta el fin del mundo con Almendáriz, segura de que no me pasará nada malo, porque sé hacerme respetar. Además, chica, estos señores no son como los jóvenes nuestros, ami-

gos de propasarse; éstos están acostumbrados a respetar a sus amigas y son incapaces de tomarse una licencia con nosotras. Ven. Déjate de prejuicios.

Y como esto sucedía frente a la puerta de San Francisco y los transeúntes, aunque no oyeran lo que decía Clemencia, se estaban enterando, Victoria, azorada y sin saber qué hacía, se metió en el automóvil.

¡Señorrita! ¡Muy señorrita! —dijo míster Builder, y en seguida, silabeando la frase que parecía haber aprendido sólo para decírsela en aquella ocasión—: Míster Builder lucha con pulpos en el fondo del mar —*all right!*—, pero sabe respetar señorritas muy señorritas como usted... ¿Está bien? *All right!*

—No es por eso. Ya lo sé. Es que...— balbució Victoria.

—*All right!* Yo tener una isla en centro del mar, para llevar señorritas muy señorritas... No. No para llevar... Yo quiero decir otra cosa...

Y Almendáriz, que sonreía oyéndolo ejercitarse en el discurso aprendido, acudiendo a sacarlo del atascadero:

—Lo que quiere decir míster Builder es que él desearía llevar a su isla a las pocas personas correctas que quedan por el mundo, hombres y mujeres, para que allí se formara una humanidad nueva, exenta de los vicios y defectos de la actual. Es una idea muy bonita, ¿verdad?

—Muy bonita, sí— replicó Victoria.

Y con motivo de los trabajos que le había costado al yanqui el expresar aquello tan torpemente como lo hizo y de la cara de terror que puso Victoria al entender que quería llevársela a su isla fantástica, hubo para reír un buen rato.

Al darse cuenta Victoria de que habían dejado atrás la ciudad, preguntó:

—¿Adonde vamos, Clemencia?

—A Macuto.

—¡Chica! Acuérdate de lo que dijo abuelita.

—No tengas cuidado. Todavía no son las cuatro. Hora y media para ir, hora y media para regresar y todavía nos queda tiempo para estar en casa antes de las ocho, que es cuando acostumbramos comer.

Y entre las inquietudes que todo aquello le causaba a Victoria, la idea de que iba a conocer el mar fue alcahueta de la aventura.

¡El mar!... La isla de mister Builder... La idea bonita como dijera Almendáriz... La aventura novelesca... Los ojos familiarizados con los misterios submarinos, los ojos que no se podían mirar sin hacer lo que mister Builder quería... El amor, todo sorpresa; la vida, todo fantasía. El mundo, el vasto mundo, mucho, mucho más grande que Caracas. ¡Qué importaba que se quedara atrás la ciudad mezquina que todavía no había querido abrirle sus puertas!... Artista de cinematógrafo... ¡La fama, el mundo entero admirándola! No un simple retrato en una revista de Caracas, como las Alcoy...

—¡Jipa!

La carretera iba faldeando unos cerros empinados frente a otros cerros áridos y rojos, barranco por medio, por cuyas laderas peladas veíanse, bajando a recogerse a los corrales de palizadas de cardón, numerosos rebaños de cabras. El sol comenzaba a ocultarse detrás de otra serranía distante, apenas entrevista a través del humo de las rozas que ardían en sus flancos, y sus rayos, de un amarillo rojizo, bronceaban aquí una loma, allí el dentellón de una roca, allá una ladera tendida. A trechos, entre camburales, ranchos de techumbre pajiza y otros en la plena aridez de la tierra desamparados de toda sombra. En la carretera, más cabras, trepándose a los taludes al paso del auto. En el fondo, los cerrajones de Boquerón. De pronto, el mar. Victoria se quedó maravillada al ver extenderse ante sus ojos la vasta serenidad azul.

—¡Jipa, Victoria! —dijo Clemencia, provocándola a lanzar aquella interjección que les había causado gracia. Y en seguida—: ¿Qué te pasa, chica? ¿Como que te ha impresionado el mar?

Era que, dispada bruscamente la impresión de asombro ante el espectáculo nunca visto, le había sobrecogido el temor de que aquel paseo hubiera sido un pretexto concertado entre mister Builder y Almendáriz, para embarcarse con ella y Clemencia en aquella goleta donde había oído decir que el primero tenía

el aparato submarino de su invención y que seguramente estaba anclada en La Guaira, y de sólo imaginárselo se le había encogido el corazón.

Y a Clemencia se le ocurrió decir:

—¡Dígame, si eso es aquí que se ve tan tranquilo, qué será cuando nos estemos embarcando!

—¡No, chica! ¡Por Dios! Yo me quedo aquí— y al chófer: Pare, señor, un momento.

—¡Victoria, chica! Si ha sido un juego mío.— ¿Cómo se te ocurre que...?

Míster Builder miró interrogativamente a Almendáriz y éste le explicó en inglés lo que había sucedido, soltando luego la risa.

Pero míster Builder, serio y respetuoso, volvió a exclamar:

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Luego en su lengua, a Almendáriz, y éste a Clemencia:

—Dice mi compañero que si quieren ustedes revolverse...

—No sé. ¿Qué dices tú, Victoria?

—No —respondió ésta apenada—. Sigamos. Ha sido una tontería mía, que me harán el favor de perdonármela. Tenga la bondad, señor Almendáriz, de presentarle mis excusas a míster Builder.

Este, una vez oídas las excusas que le presentaba su compañero, se volvió hacia ella haciéndole una inclinación de cabeza. Ella sonrió azorada, mirándolo a los ojos, y al sentir cómo le palpitaba el corazón, comprendió que se había enamorado de aquel hombre.

Y nada más: ni fantaseos, ni ambiciones locas, ni despechos; pero esto sólo era suficiente para que el corazón se le llenara de zozobra.

Ahora la carretera iba faldeando unos cerros feraces, poblados de cafetales, frente al abierto horizonte marino. Ya empezaban a verse las costas ribeteadas de espumas en las rompientes, y la blanca cresta de Cabo Blanco, sembrada a trechos de matojos oscuros, resplandecía bañada de sol. Otra vez los cerros rojos, allá abajo los cocalos y luego, retrepando sobre las falsas áridas del mon-

te, junto al mar azul, el caserío de Maiquetía y más allá La Guaira, con su rada llena de embarcaciones de vela y sus muelles negros y desiertos.

Sobre el mar agitado por el viento de marzo blanqueaban grumos de espuma en las crestas de las ondas y al caer de la tarde el agua tomaba tonalidades violáceas.

Victoria callaba, atenta a sus sentimientos: Míster Builder también guardaba silencio mirando el mar, y mientras ambos se encaraban así con las cosas grandes y misteriosas, Almendáriz y Clemencia, muy cerca las caras, muy juntos los cuerpos, envilecían la vida con el placer ambiguo del *flirt*.

Atravesaron las calles de Maiquetía y al pasar frente a la iglesia, Victoria se santiguó y rogó mentalmente:

—¡Dios mío, no permitas que esto suceda!

Dejaron atrás La Guaira, que a Victoria pareció fea y triste, con sus calles silenciosas y desiertas en la parte del puerto y sus callejuelas empinadas en el pueblo, y otra vez el auto corrió por una carretera angosta entre el mar y los negros taludes de unos cerros áridos y feos. Cocales, estancias sombrías, apacibles rinconadas al pie del monte, uveros, y, tras una vuelta, Macuto. Las quintas, la playa llena de gente, las calles sombreadas por laureles-matapalos y almendrones, el fuerte olor marino, la brisa cargada de salitre.

Se detuvo el automóvil. Almendáriz invitó a un *cocktail*, pero antes de que Victoria se negara, dijo míster Builder:

—No. Señorrita no quiere beber. Yo tampoco.

Almendáriz se encogió de hombros y dijo a Clemencia.

—Pues nos ha fastidiado la niña cursi.

—¿Quieres que demos un paseo por la playa, Victoria?— preguntó Clemencia desabridamente.

—Bueno. Por complacerte.

—No. Por mí no lo hagas.

—Dispensa. Quise decir con mucho gusto— replicó, aunque ninguno tenía en exhibirse con aquella compañía ante la gente que llenaba el paseo.

Pero al ir a bajar del automóvil vio que pasaba un grupo de muchachas con las cuales iban Federico Hanssen y otro joven, y al fijarse en este último, ya dispuesta a no bajar del automóvil por temor de que la viese Federico, le cruzó por la mente el relampagueo de un recuerdo:

—¿Dónde he visto esa cara? ¡Ah! ¡El retrato del abuelito! ¡Ese es Nicolás del Casal!

Y a Clemencia:

—Perdóname, chica. Hay aquí ciertas personas que no me conviene que me vean. Como he venido sin permiso de abuelita. Tú comprendes.

—¿Qué se hace!— murmuró Clemencia, alzando los hombros.

—Pues vamos nosotros solos, chica —repuso Almendáriz, y en seguida, bajando la voz—: Será que la niña quiere quedarse sola en el coche con míster Builder.

Y tomando del brazo a Clemencia se alejó del sitio donde se había detenido el auto. Míster Builder, receloso de que a Victoria no le agradase quedarse sola con él, fue a pararse junto a la muralla de cara al mar.

Volvió a pasar el grupo donde iba Nicolás del Casal. Victoria se quedó mirándolo y todas sus inquietudes se desvanecieron de pronto.

Bien empleadas habían estado, por lo demás. Puesto que de alguien debía enamorarse aquel día, ¡ya estaba enamorada de Nicolás del Casal!

IX

Una curva violenta, la fricción de los neumáticos sobre el pavimento, el barquinazo de la fuerza centrífuga, y el automóvil cogió la carretera que baja serpenteando, en rápido descenso, por una garganta del monte.

Recuperado el equilibrio y repuesta de la primera impresión de la carrera por el camino en pendiente, misia Carmelita, después de encomendarse otra vez a todos los santos de su devoción, dijo:

—¿Qué necesidad había de exponernos a este peligro? Mañana hubiéramos podido hacer este viaje en tren. Pero ya está visto: cuando a ti se te mete algo en la cabeza, has de verlo realizado en seguida. Lo que menos pensaba yo era que íbamos a dormir esta noche en Macuto. Si no es que nos quedamos a dormir el sueño eterno en el fondo de un barranco.

Tanto miedo y lamentaciones arrancaban a Victoria alegres carcajadas. Después de la taciturnidad y de la inquietud de espíritu de los pasados días había recuperado su natural risueño, y al verse ahora por aquel mismo camino de la víspera parecía imposible que hubiese sido ella quien había experimentado aquellos extraños sentimientos a propósito del extranjero. Sentía, con una absoluta confianza de sí misma, que ahora todo iba a resultar a la medida de sus deseos, o mejor dicho, de sus sentimientos, porque ya no se trataba de llevar a cabo una idea que se le hubiera metido en la cabeza, plan ambicioso o deter-

minación sugerida por el despecho, sino de entregarse sin propósitos ulteriores a un movimiento espontáneo de su corazón: el amor que por primera vez le inspiraba un hombre.

—¡Mira, abuelita! Aquel ranchito sobre aquella loma. ¡Qué paz! ¡Qué sabroso debe ser vivir así! ¿No te provoca, abuelita?

—¡Vaya, pues! —exclamó la abuela, sorprendida—. ¿Ranchitos ahora, después de tanto soñar con palacios?

Y a cada vuelta del camino una exclamación de sorpresa, porque realmente era un panorama nuevo para sus ojos, por contemplarlo con sentimientos distintos de los de la víspera y nuevos, por otra parte, para su corazón.

—Mira, abuelita. Allá, detrás de aquella punta, está Macuto.

—¿Cómo lo sabes, criatura? ¿Es que lo ves desde aquí? —No —repuso apresuradamente—. No es que te lo digo, sino que te lo pregunto: ¿Allá, detrás de aquella punta, está Macuto?

—Creo que sí. No recuerdo bien. Hace muchos años que no vengo por aquí y por esta carretera; ésta es la primera y la última vez que me expongo a quedarme en el fondo de uno de estos barrancos.

En “La Alemania” no había sitio. Todas las habitaciones estaban ocupadas.

—¡Esta sí que es buena! ¿No te lo dije, Victoria? Macuto se llena en estos días. Pero no conviniste en esperar a que pasaran los Días Santos y ahora vamos a tener que regresarnos a Caracas, de noche, por ese camino tan peligroso. Bien merecido me lo tengo, por consentirte demasiado.

El chófer les dijo que en el Casino Viejo era posible encontrar alojamiento y las llevó allá. A Victoria no le agradó la situación del hotel, porque no daba frente al mar, pero tuvo que resignarse. Las instalaron en un cuartucho caluroso, cerca de la cocina.

—Esto es un calabozo —dijo misia Carmelita—. Pero bien merecido lo tengo por sacristana. ¡Quién me manda dejarme traer y llevar por esta loquita!

—¡Por el calor no te preocupes, abuelita! Nos salimos a la playa.

—¡Pero, criatura! ¡Tú crees que yo tengo dieciséis años como tú! A mi edad ya no se puede andar con tantos brinquitos.

Después de la comida se salieron a tomar el fresco en la playa. Caminaron un rato por la ancha avenida del paseo, invadida por la gente que hacía tertulia en círculos de sillas y mecedoras del hotel o en los bancos, bajo los uveros y a lo largo de la muralla, o se paseaban de un extremo a otro.

Victoria dirigía miradas escrutadoras a todos los grupos, y ya se había dicho: —¡Pues me he lucido! De seguro que Nicolás no estaba aquí sino de paseo y ya habrá regresado a Caracas—, cuando de un círculo donde se hablaba alemán, salió una voz:

—¡Prima Carmelita!

A un tiempo que avanzaba hacia ellas un joven vestido de blanco.

—¿Desde cuándo por aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Esta es tu nieta, seguramente?

—Sí. Esta es la famosa Victoria de quien tanto te hablé.

—¡Caramba! ¡Qué acierto, prima Carmelita! ¡Qué acierto! ¡Qué penetración!

—¿Cuál, Nicolás?

—La penetración y el acierto que tuvo quien le puso tal nombre a esta prima mía. ¿Es necesario que yo me presente? Nicolás del Casal.

—Victoria...

¿Por qué no se atrevió a agregar: del Casal?

Estrechó la mano de Nicolás, sonriendo, y no halló absolutamente nada que decir.

Tampoco era necesario. Nicolás hablaba por los tres, con tanto ímpetu y tan precipitadamente, que era imposible interrumpirlo.

—¿Conocía usted Macuto? ¿No? Pues le va a gustar mucho. Es un sitio verdaderamente pintoresco: un mar muy animado, una naturaleza muy llena de color, una montaña preciosa. Y cuando se vaya toda esta gente, que mañana tocará retirada a Caracas, será más agradable todavía. Porque supongo que no

se irán ustedes tan pronto. No. No es posible, prima Carmelita. Es necesario que Victoria vea todo lo que hay que ver por aquí. Ya sé que es usted aficionada a la Naturaleza, gran jinete y excelente cazadora. Y me prometo, con la debida anuencia de su abuelita; por supuesto, hacer en compañía de usted algunas excursiones por los alrededores de Macuto que, ya le digo, son sumamente pintorescos. ¿Le sorprende a usted que sepa tantos detalles de su vida? Pues no le extrañe. En Caracas, ya lo habrá observado usted, todo el mundo conoce la vida privada de los demás y se la cuenta a quien la ignore.

—¡Pero si no he vivido nunca en Caracas!

—Tampoco hace falta. La conocieron a usted los Hanssen; los Hanssen son amigos míos y me contaron todo lo que saben a propósito de usted.

—Y lo que no te contaron los Hanssen te lo contaré yo —interrumpió misia Carmelita—. Porque, abuela al fin, apenas, me dan pie para hablar de esta muchachita, ya no tengo cuándo acabar. Además, fue tanto lo que me preguntaste...

—También es verdad. ¿Ve usted, pues, cómo uno siempre encuentra quien lo saque de una ignorancia, molesta como toda ignorancia? Pero caminemos, caminemos un poco. Por ahí debe de haber algún banco donde podamos sentarnos a conversar un poco, mientras sale la luna, que ya viene asomando por allí. ¡Mire usted qué bonito se está poniendo el mar!

—No sólo la luna tendrá tiempo de salir mientras tú hablas —observó, bromeando, misia Carmelita—. Hasta el sol de mañana también.

—Cuando me encuentre con gente a quien quiero, no tengo cuándo terminar, realmente. Tanto más cuanto que he de contarle a Victoria muchas cosas, para que se las transmita a su mamá. Cosas de tía Eleonora, que siempre está recordándolas. Allí hay un banco. Sentémonos allí.

Se sentaron en el banco desocupado, que estaba cerca de las rompientes, donde se estrellaban con un blanco hervor de espumas las negras olas que venían, silenciosas, del mar oscuro.

—Pues bien... ¡Pero no! No hablemos ahora. Contemplemos en silencio esto que va a suceder.

—¿Qué?— interrumpió Carmelita.

—La luna, que va a salir. La Naturaleza, que nos va a hacer el don divino de su belleza.

—¡Me habías asustado, muchacho! Creí que verdaderamente iba a suceder algo extraordinario, que el mar se iba a tragar la tierra, por ejemplo.

—Eso sería muy interesante y muy hermoso, aunque un poco inoportuno; pero contentémonos con esto que, aunque diario y en apariencia tonto, es, sin embargo, muy interesante también. Vean ustedes cómo se va iluminando el mar. Ya viene, ya asoma... ¡Ahí está! ¡Qué bella es la luz! ¿Verdad, Victoria?

—¡Linda!— aprobó ella. Y temió haber dicho una necedad, tanta y tan honda era la turbación que experimentaba.

—¡Qué pureza de atmósfera! ¡Qué esplendor de luz! Miren ustedes: allá arriba, en la montaña, sobre el Picacho. ¡Qué hermosura de luz!

Misia Carmelita sonreía oyéndolo expresar con tan cálido entusiasmo impresiones tan sencillas. Victoria callaba contemplando el orto lunar: el cocal de Puntabrava en la contraluz, la faz resplandeciente del astro surgiendo de las aguas, el vial de halos extendido sobre el mar, como un camino místico. Y le pareció que ella nunca había sentido que la luz era, en efecto, hermosa.

—Pero la luna es triste —dijo misia Carmelita—. Por lo menos a mí me llena de tristeza, me hace pensar en los míos que ya no están conmigo.

—Eso tiene su explicación —repuso Nicolás, bromeando, para disipar el fúnebre pensamiento—. La luna es una historia verdaderamente lamentable en el cielo: su muerte prematura, su vagar errante, como un fantasma. Yo siempre me he preguntado: ¿de qué moriría la luna, tan jovencita?

—De amor— dijo Victoria, con una voz leve. Y en seguida, mentalmente, sintiendo que la sangre fluía a su rostro:

—“¡Qué cursilería se me ha ocurrido! No hablo más esta noche.”

—Esa es la explicación que se ha dado desde tiempo inmemorable, y la que dan todavía los poetas. Yo estoy por creer que tienen razón.

—Pues a mí me parece que ha muerto de un porrazo —intervino misia Carmelita, siguiendo la broma—. Véanla cómo está de abollada.

—¡Por favor, prima Carmelita! No nos destruyas el encanto. Eso de morir de un porrazo es lo más grotesco que pudo sucederle a la luna. ¡No, no, no! Rechazo esa teoría y desde ahora en adelante no acepto sino la explicación sentimental que ha dado Victoria. La luna ha muerto de amor; quien tiene razón eres tú, ¡yaya! ¡Por fin lo solté! Ese tú me estaba haciendo cosquillas en la punta de la lengua hace rato. ¡Miren que yo tratando de usted a una prima que me ha sido tan simpática desde antes de conocerla! ¡No te parece un desplante, prima Carmelita?

—¡Por supuesto! Extrañándolo estaba —repuso ésta, mientras Victoria sentía que el corazón se le inflamaba de gozo—. ¡Ah Nicolás! ¡Cómo te pareces a tu abuelo, muchacho!

—Pues bien: mañana tengo que escribirle a tía Eleonora. Le diré que no he visto todavía a Adelaida; pero que he conocido a una hija suya, verdaderamente encantadora. Tienes que darme tu retrato para mandárselo, en prueba de que no pondero. Tía Eleonora se alegrará mucho. Te enseñaré, en cambio, los retratos de sus hijas, Adelaida y Elsbe. Elsbe es una criatura angelical, alemana auténtica; no tiene nada de la madre. Adelaida sí se le parece un poco. Muy simpática también, pero Elsbe es un encanto, verdaderamente.

Una sonrisa nubló el placer que Victoria experimentaba oyéndolo hablar, pero él agregó en seguida:

—Es mi ahijada. Siete años tiene, apenas. Me la encontré en casa cuando regresé del frente, terminada la guerra, y me volví loco con aquella criatura. ¡Qué cabellos tiene! ¡Color de lino, delicadísimos! ¡Un primor de muchachita! ¡Me hace una falta!

Contó después su vida en casa del señor Friedel, los horrores de la guerra, su amor al país donde se había formado y finalmente sus planes al regresar al propio. Pero en llegando a esto se le apagó el entusiasmo con que hablaba.

—¡Imagínate, prima Carmelita! ¡Fundador de pueblos! ¡Qué hermoso hubiera sido! Lo que hoy es desierto y selva virgen convertido en campos cultivados, llenos de la animación del trabajo, y en pueblos alegres, bien organizados y progresando día por día. Ya me veía yo, de aquí a sesenta años, con una barba abrahámica, sentado sobre una colina, contemplando mis pueblos. Porque habría tenido la precaución de fundarlos cerca de alguna colina, para poder contemplarlos desde allí cuando fuera viejo. Pero, desgraciadamente, ni colina, ni barba abrahámica; el proyecto fracasó. No podré llevarlo a cabo porque el Gobierno, lejos de presentarme apoyo a mi plan colonizador del Caroní, le ha puesto obstáculos. Así, pues, aquí me tienes con un pie en la patria y con el otro fuera, quizá para siempre. Probablemente me vaya al Brasil, aceptando una proposición de unos plantadores de café de Sao Paulo que rechacé para venirme a Venezuela.

—¿De veras? —exclamó tristemente Carmelita—. ¡Cuánto lo siento, Nicolás, que no puedas quedarte en tu patria!

Y Victoria vio que el sueño se le iba de entre las manos.

—Aún no es cosa definitivamente resuelta. Espero el resultado de una carta que he escrito a Sao Paulo. Los Hanssen me han hecho también una proposición, que no es tan ventajosa para mí como la de los brasileros; pero si éstos no me ratifican la suya, aceptaré la de los Hanssen.

“No se irá. No se irá”, díjose mentalmente Victoria.

—Para un hombre de tus condiciones no hay negocio malo —observó misia Carmelita—. Con tu deseo de trabajar, tus buenas costumbres y esa confianza que en ti mismo tienes, sólo falta que Dios te ayude un poco y seguramente te ayudará.

—Gracias, prima Carmelita. Sobre todo la confianza en uno mismo que es la mayor fuerza de que puede disponer un hombre. Por ahora no poseo sino

una venturosa pobreza, si es que se puede decir poseer, tratándose de una cosa que es la ausencia absoluta de toda posesión; pero tengo una fe ciega en el porvenir.

—Dios te la conserve y ella te dé los frutos que esperas.

Mientras él hablaba, Victoria había experimentado emociones desconocidas hasta entonces. De aquella vida se desprendía, como de una montaña de olorosos bosques, un aire saludable, una impresión de fortaleza y de optimismo, de bondad de corazón sencillo que se llenaba de entusiasmo ante el prodigio cotidiano de la luz, que se enternecía al recordar los cabellos de Elsbe, que refería sus hazañas sin jactancia y sin odio, que llamaba venturosa a su pobreza y hablaba con alegría de los trabajos que le esperaban, de noble elevación de pensamientos y de espíritu amplio y generoso que inspiraba sentimientos confiados. Comparando a Nicolás con todos los hombres que había conocido, incluso su padre, formuló mentalmente esta conclusión: “¡Este sí es un hombre!”.

Ya era tarde. La playa había quedado desierta. Abandonaron el banco. Camino del hotel, a un lado, la serenidad del monte bañado de luna, al otro el vasto mar incansable. A Victoria le pareció que andaba en sueños.

X

El primer pensamiento de Victoria al día siguiente fue éste:

—¿Qué concepto se habrá formado de mí Nicolás? Anoche estuve hecha una idiota; no despegué los labios sino para decir tonterías. Pero ¿quién puede, tampoco, decir esta boca es mía cuando él coge la palabra? ¡Nada! Tengo que hacerle ver que yo tampoco me muerdo la lengua.

Y la primera víctima de este propósito fue misia Carmelita. Una hora después de haberse levantado ya estaba pidiendo tregua:

—¡Mijita, ya me tienes mareada! ¡Qué conversar, criatura!

—¡Es que me siento dichosa, feliz, contenta!

—¡Ya se ve! Con esa manera de expresar tus sentimientos por triplicado, ¡pobre de quien tenga que oírte! ¿No te parece que será suficiente una sola de las tres palabras que has usado para decir lo mismo?

—No, abuelita. Lo que yo quiero decir no cabe en una sola palabra. Además me he propuesto demostrarle a Nicolás que no soy muda, como probablemente lo habrá pensado, después de haberme visto anoche vuelta una pandorga.

—Pero, ¡criatura! ¿Vas a hacer conmigo tus ejercicios? Espera que te encuentres con él y aturrúllalo todo lo que quieras, que por lo menos él sabe defenderse. ¡Buena me ha tocado a mí! ¡Ah! Y desde ahora te advierto: conmigo no cuenten para esos paseos y excursiones que proyectaba anoche Nicolás.

—No te preocupes, abuelita. Él debe estar acostumbrado a lo que se estila en Nueva York. Tanto tiempo viviendo allá.

—¿Qué es lo que se acostumbra en Nueva York? Me asombran tus conocimientos, hija. ¿Y por qué tiene que estar acostumbrado Nicolás a lo que se estila en Nueva York? Él no ha vivido sino en Hamburgo, ciudad de Alemania, que nada tiene que ver con Nueva York, que es una ciudad de los Estados Unidos. Muy antipática, por cierto, según lo que he oído decir.

—Victoria rompió a reír.

—¡Buena la iba haciendo yo! Creía que todo eso era la misma cosa. ¡Dígame! Si se me ocurre soltarlo delante de Nicolás, me luzco.

—Por eso dicen que al buen callar llaman Sancho y que en boca cerrada no entran moscas y tantas otras sentencias más que recomiendan hablar poco. De modo que si no quieres lucirte, ya sabes a qué atenerte.

Esto fue durante el desayuno, que tomaban a solas en el comedor del hotel.

Victoria adoptó una cómica actitud de seriedad y prometió que no hablaría más. En efecto, permaneció unos minutos en silencio; pero le chispeaban los ojos y le retozaba en los labios la gana de charlar y al cabo preguntó:

—¿Ya se te pasó el mareo, abuelita?

—¿Qué mareo? —y como la viese contener la risa—: ¡Ah! ¿Es que quieres soltar la lengua otra vez? Anda, conversa todo lo que quieras.

*

Mañana de sol y de brisas marinas. El balneario tiene la alegría de un palomar. Los trajes blancos de los temporadistas que aspiran el aire yodado a la sombra de los almendrones; el blanco vellón de espumas que va carmenando el alegre viento marcerero sobre el mar azul, bajo el claro sol; las velas de las embarcaciones que salen del puerto o navegan hacia él; las palomas del parque que han salido todas a volar. La brisa peina el cocal sonoro, mece el follaje rumoroso del laurel y por las faldas del monte trepa, levantando tenues neblinas

resplandecientes, hacia el Picacho abrupto: la luz brilla en la hoja del uvero y en el cristal de la ola al reventar, y la ola se abre, a lo largo de las rompientes, con un ruido suntuoso de sedas que se rasgan. El alcatraz insaciable acecha en vuelo cernido, se lanza de pronto tras la saeta del pico, se sumerge, engulle y remonta de nuevo, batiendo las anchas alas para pescar más allá; pasa un grupo de bañistas: sombrillas, rostros frescos, risas alegres. El balneario tiene la alegría de un palomar.

Victoria ha logrado que la abuelita consienta en dejarla salir sola con Nicolás. Lleva un traje color de llama; él confiesa que no le había parecido tan bonita la noche anterior. Caminan a pasos largos. Ella va contando cosas de Cantarrana y él no tiene tiempo de hablar. Ya han recorrido las calles de La Guzmanía, entoldadas bajo el tupido ramaje de los matapalos; trasponen el río, de pedregoso cauce amurallado, por un puente angosto, como una pasarela; atraviesan el Parque donde el viento suena sin pausa, y salen a la alameda frente al mar.

El mar está lleno de espumas y de velas. Las espumas no se mueven, pero las velas corren, hinchadas, bajo el viento largo. Unas van, otras vienen. ¿Cómo pueden navegar en tan opuestas direcciones, bajo un solo viento? ¿Por qué permanecen en el mismo sitio los blancos copos de que está sembrado el mar, si éste corre hacia el poniente, como un gran río?

Nicolás apenas ha tenido tiempo de explicar aquello y ya tiene que explicar estotro.

—Vamos por partes, chica. ¿Qué quieres que te explique primero? ¿Lo de las velas o lo de la corriente marina? Porque todo a un tiempo sólo tú serías capaz de hacerlo.

Ella sonríe pensando: “¡Y te habías imaginado seguramente que yo era muda!”

—Lo de las velas.

Nicolás explica el misterio.

—¿De modo que todo depende de la posición que se dé a las velas? Lo mismo que en la vida entonces.

—A ver. Explícame tú ahora eso, que me ha intrigado.

—¡Pero si está clarito! El viento es la suerte, que es la misma para todo el mundo; la vela es lo que uno quiere que suceda; la pones para allá, navegas para allá; la pones para acá, navegas para acá.

—No está mal. Pero tú no cuentas con la calma que puede sobrevenir de pronto. Tú pones la vela para allá y en esto viene una calma, ¡y ni para allá ni para acá!

—Bueno. Eso de la calma no me lo habías explicado. Además, no tiene importancia, porque todo barco llega al fin a donde va. Explícame ahora lo de las espumas. ¿Por qué no las arrastra la corriente del mar?

—No hay tal corriente, por lo menos, esa que ves, que parece tan rápida, no es sino una ilusión que produce el oleaje bajo el viento reinante. La espuma salta de la cresta de la onda cuando ésta sube, se deshace cuando baja; pero al mismo tiempo otra onda, que venía detrás, ha subido en el mismo sitio de la anterior y vuelve a saltar la espuma, una espuma nueva, que es tan igual a la anterior que parece la misma. Y así sucesivamente mientras esté soplando el viento. Dime ahora tú: ¿así pasa en la vida?

—Lo mismo. Con la diferencia de que ahora todo lo hace el viento: lo que es verdad, como la espuma, y lo que no es verdad, como la corriente.

—Prima, te doy las gracias en nombre de la espuma. Es la primera vez que alguien la compara con la verdad. Desde ahora en adelante no se me ocurrirá llamar espuma a lo que parece ser y no es.

—¡Es la alegría! ¿Cómo no va a ser verdad?

—Y el viento, que antes nada hacía y ahora lo hace todo, ¿qué papel desempeña ahora en tu metáfora?

—El viento varía: unas veces es el odio.

—¡Viento borrascoso!

—Otras, es la ambición.

—¡Viento largo y tendido!

—Otras..., viento alegre y suave.

—¿Que no tiene nombre?

Un leve sonrojo, una sonrisa y un:

—No.

—Sí, lo tiene; pero no quieres decirlo. ¡Picaruela! Te lo estoy viendo en los ojos. ¡Tú estás enamorada, chiquilla!

—Te juro que no.

—A ver. Repítemelo mirándome a los ojos.

Ella lo miró un instante; pero luego, disimulando su turbación, rompió a reír.

—¿Ves cómo era cierto?—y él mismo comprendió que era forzada la sonrisa con que acompañó estas palabras.

Caminaron un rato en silencio. Luego Victoria rompió a hablar de nuevo con alegre retozo de la imaginación, excitada. Sin embargo, a Nicolás ya no le pareció tan frívola como al principio la había juzgado. Todo aquello que dijo a propósito de las velas y de las espumas debía de tener un sentido preciso en su vida, y al expresarlo de aquel modo dio muestras de una inteligencia ingeniosa y reflexiva a la vez.

Sintió que le nacía una curiosidad apasionada de sondear aquel corazón. Ella había hablado de odios y ambiciones, y esto debía de tener una significación concreta. No había que olvidar que era la hija de Hilario Guanipa.

Llegaron cerca de los baños. Victoria se sorprendió de ver hombres y mujeres bañándose juntos.

—Es una costumbre europea que por fin se está implantando entre nosotros —explicó Nicolás—. ¿Te parece mal?

—¿Por qué?— respondió ella interrogando.

Y Nicolás hizo su primera observación: aquella respuesta fue diáfana; en el pensamiento de Victoria no había sombra de malicia alguna. A Nicolás le agradó haber descubierto esto.

—¿Sabes nadar?

—¡Cómo no! En Cantarrana hay un estanque muy grande que mandó hacer papá para que yo aprendiese a nadar. No sé si en el mar me atreva; pero...

—No hay peligro alguno. Yo te acompaño si quieres.

—Así sí me atrevo. ¿Pero el traje?

—Aguarda un momento. En esa tienda los venden. Voy a comprarte uno.

Cuando Victoria —dominando la turbación que le causaba la novedad del caso y que, más que todo, se la producían las imprudentes miradas de los hombres que no se bañaban y sólo estaban allí para mirar a las mujeres— apareció en el muellecito donde la esperaba Nicolás, todas las miradas se volvieron hacia ella y se posaron, llenas de admiración, sobre sus formas perfectas.

—¡Al agua!— exclamó Nicolás. Y haciendo trampolín con la sola elasticidad de sus músculos, se lanzó al agua, dando una voltereta de acróbata. Victoria lo imitó, tomando vuelo para una elegante parábola, con los pies unidos y los brazos abiertos en cruz.

—¡Jipa!— gritó, al sacudir la cabeza fuera del agua, y comenzó a nadar hacia fuera, donde el oleaje, libre del tajamar de los baños, se empenachaba de espumas bajo el ala del viento.

—¡Hural!— agregó Nicolás, admirado de su audacia, siguiéndola mar afuera.

Más allá de los baños, a una distancia que pocos nadadores salvaban, estaba anclada una lancha.

—¿Te atreves a llegar hasta la lancha?—preguntó Nicolás.

—Y más allá también. Hasta donde tú llegues.

—Te advierto que soy buen nadador. Ayer llegué hasta Punta Brava.

—Pues vamos hasta allá.

No lo intentó Nicolás, pero quedó convencido de que ella estaba dispuesta a seguirlo.

Llegaron hasta la lancha. Treparon a bordo para descansar un rato a la sombra de la toldilla. Victoria se sentó en la popa y Nicolás fue a tenderse sobre la cubierta de proa.

—Y ahora, prima, ¿sí yo levanto el ancla y abro una válvula y la lancha corre mar afuera y la tierra se pierde de vista?

—No importa. La lancha volverá a tierra cuando yo lo quiera.

—¿Sí? Hablas así porque no conoces una historia. Te la voy a contar. Este era un hombre que vino de más allá del mar, un pirata feroz, y ésta era una niña confiada, que no sabía que él había venido en busca de ella..., ¿qué vas a hacer?

—A levantar el ancla para que el pirata feroz cuente su cuento en carácter. Nicolás celebró la ocurrencia, riendo alegremente.

—Me has estropeado el cuento del pirata. Pero, no. El cuento sigue. Escucha: y sucedió que cuando el pirata feroz ya tenía a la niña en su barco, al verla levantar el ancla para que el barco se hiciera a la mar, le entró un miedo tan espantoso al pobre hombre, que se echó a temblar como un niño, porque la niña no le tenía miedo a nada.

—¡Qué feroz era el pirata!— exclamó ella, soltando la risa; pero en seguida la sombra de un recuerdo ingrato nubló la faz.

Advirtiendo esta transición, Nicolás dejó de reír, involuntariamente, como si un instinto le anunciase que estaba en presencia de algo de lo que deseaba sondear en aquel corazón. Victoria, imitándolo, dijo de pronto:

—Yo también tengo un cuento que se parece al tuyo. Esta era una niña ambiciosa que buscaba la dicha. Caminando, caminando, llegó por fin a una gran ciudad que no había visto nunca sino en sueños. Un día, una tarde, vio una casa muy bonita, de gente rica y orgullosa, y le pareció que la dicha estaba allí dentro. Tocó y le dieron con la puerta en las narices. La niña se puso muy triste primero y muy rabiosa después...; no, muy rabiosa primero y muy triste después. ¡Así es la cosa! Y tan rabiosa estaba, que un día, por despecho, se le metió en la cabeza enamorarse de un hombre que había llegado de más allá

de los mares y que tenía unos ojos que no se le podían mirar; pero le entró un miedo tan grande cuando sintió que se iba a enamorar de aquel hombre, que echó a correr hasta la orilla del mar, temiendo que su suerte la llevara a donde no quería ir. Pero cuando llegó allí le explicaron que los barcos van y vienen bajo un mismo viento y que todo depende de la posición de las velas... Y colorín colorado.

—Un cuento raro, verdaderamente— fue todo lo que pudo decir Nicolás, después de un silencio lleno de graves reflexiones.

Victoria rompió a reír y gritó lanzándose al mar:

—¡Jipa!

XI

—Acuéstate un rato, Victoria. ¿Qué vas a hacer por ahí afuera con ese reventadero de sol? A estas horas todo el mundo está durmiendo la siesta.

—Bueno, abuelita. Por complacerte, voy a acostarme.

Pero apenas lo había hecho cuando saltó de su cama y se arrojó sobre su abuelita, cubriéndola de besos y exclamando:

—¡Abuelita! ¡Abuelita querida! ¡Me siento dichosa, feliz, contenta! Déjame irme afuera. Este cuarto es muy chiquito.

—Anda. Vete. Así podré dormir tranquila mi siesta.

Y luego, a solas:

—¡Pero qué tonta soy! ¿Cómo no se me había ocurrido todavía qué era lo que venía buscando Victoria con este viaje tan imprevisto? ¡Je, je! ¡Ah, muchachita!... Santa Rita de Casia, tú que todo lo puedes, porque el Señor te ha concedido la gracia de ser abogada de lo imposible, consigue del Señor que Nicolás se enamore también de mi muchachita. El es bueno y puede hacerla feliz. Ayúdala tú también, San Antonio, que eres tan amigo de alcahuetear amores... Pero, no. No te metas tú en esto, San Antonio, porque los noviazgos que tú arreglas pasan muchos trabajos. Déjame sola a Santa Rita. Ella me ayudará a la muchacha... ¡Je, je! ¡Lo que va a rabiar mi yerno!

*

Después del almuerzo, Nicolás fue a sentarse en uno de los bancos del Parque. Por entre los árboles reverberaba el centelleo del sol sobre el mar; las altas copas cabeceaban con un rumor incesante bajo el viento largo; sonaba sin pausas el canto canicular de las chicharras.

Nicolás del Casal hablaba a solas:

—Un cuento raro que debe tener un sentido preciso. Todo lo tiene en la vida: no hay movimiento que no lleve a alguna parte, ni palabra que no exprese algo... Bajo su apariencia frívola esta niña tiene un fondo complicado e inquietante. ¿Odios y ambiciones? De eso no hay que hablar: ya la he oído nombrar las palabras con una vehemencia muy expresiva, y, además, no hay que olvidar que es hija de Hilario Guanipa... Pero también lo es de Adelaida Salcedo y tiene el alma diáfana como un cristal, deliciosamente ingenua... ¡Aquella ocurrencia de levantar el ancla! ¿Sería solamente un juego?...

Abandonó el Parque, atravesó el pueblo, siguió hacia Punta Brava.

El mar estaba cubierto de copos de espumas. Una balandra salía del puerto vecino, con las velas infladas; otra venía corriendo una larga bordada, proa al puerto. La brisa cargada de salitre se metía tierra adentro, como tenues brumas, y todavía no había acabado de peinar el cocal. Llegado a Punta Brava se sentó sobre un peñón, bajo los uveros. La reventazón del mar contra las rompientes tenía allí un hervor furioso. Una tras otra las olas venían desde lejos, persiguiéndose, a estrellarse contra la punta, confundidas a veces dos o tres en un solo borbollón gigantesco de blancas espumas. Más allá de las rompientes un alcatraz hacía su pesca insaciable. La balandra que acababa de abandonar el puerto, pasó frente a la punta, corriendo la bordada mar afuera.

...Todo depende de la posición de las velas... El viento es la suerte, que es la misma para todos...

—Es lista la chica. No hay duda...

...Sao Paulo... la proposición de los Hanssen...

Eran tres haciendas de café, vecinas a Cantarrana, que reunidas componían una posesión tan extensa como ésta. Habían pasado al poder de la casa Hanssen, en años anteriores, en pago de suplementos e intereses acumulados durante la época de la depreciación del fruto. Los Hanssen le habían propuesto dárselas en arrendamiento con opción a comprar al cabo de diez años; sólo que la cantidad a que aspiraban en pago de arrendamiento era un poco elevada. Verdad que también le habían manifestado deseos de ayudarlo y hablando se entenderían...

—Ven acá, Nicolás. A ti te está sucediendo algo grave: te has enamorado de Victoria. No trates de engañarte: te has enamorado de ella, de golpe y porrazo. La prueba es esta larga cavilación romántica frente al mar. Mira: llegaste a las tres de la tarde y ya son más de las cinco. No te dé vergüenza confesarlo: la muchacha es bonita, interesante, tiene cierta originalidad muy seductora, gracias a la mezcla muy bien equilibrada de lo montaraz y de lo espiritual, es sana y alegre como un trozo de montaña. Todo eso está muy bien y a cualquiera le hubiera pasado lo que a ti te ha sucedido. Porque no es prudente que te entregues a ese sentimiento.

Tú siempre has sido un hombre práctico y no debes comprometer tu porvenir con un amor a destiempo. Recuerda, entre otras cosas, que eres un pelagatos. ¡A trabajar primero!

Y al hablarse así, le pareció que se había aplicado un remedio eficaz, porque sintió que había recuperado el dominio habitual de sus sentidos.

Poco después entraba en la avenida del paseo del malecón, lleno ya de gente. Allí estaba Victoria con misia Carmelita. Fue a reunírseles y comenzó a charlar con ellas, al principio muy animadamente, pero luego entre pausas más y más largas.

Un grupo de muchachas que paseaban por la playa, cogidas del brazo y hablando todas a un tiempo, al pasar frente a ellos miraron a Victoria, dirigiéndole sonrisas de simpatía y se detuvieron más adelante a deliberar sobre algo que deseaban hacer.

—¡Es simpatiquísima! ¡Encantadora!—exclamó una—. Vamos a presentárnosle todas en grupo a invitarla que se venga con nosotras.

—No, chica —repuso otra—. Ahora menos. Ese debe de ser su novio.

—Ese es Nicolás Casal, su primo. Anoche fue que se conocieron. No se habían visto nunca. No creo que ya sean novios.

Observándolas, dijo misia Carmelita:

—Hace rato que están revoloteando por aquí con ganas de acercarse a hacer amistad con Victoria. Cada vez que pasan le echan una flor: ya le han dicho linda, simpática preciosa, encantadora. Y esta tonta, en vez de brindarles confianza, se hace la desentendida. Más divertida estaría con ellas que contigo.

Victoria expuso vagas razones: no había sido presentada a ellas, seguramente querían llevársela a pasear por la playa y se sentía cansada.

—¿Quieres que te las presente? —preguntó Nicolás—, Conozco a una de ellas, es muy amiga de Carlota Alcoy todas son señoritas de familias muy distinguidas de Caracas.

—En otra ocasión— respondió Victoria, con singular displicencia.

Y misia Carmelita comentó:

—Así es el mundo: primero, deseosa de tener amiguitas; ahora que ellas vienen voluntariamente, sacándoles el cuerpo.

—Pues sí, prima Carmelita —dijo de pronto Nicolás—. Como te decía anoche, me marcharé pronto y probablemente para siempre. Me iré a Sao Paulo.

Victoria prorrumpió en una carcajada. Nicolás se quedó viéndola extrañado y misia Carmelita interrogó:

—¿De qué te ríes, Victoria?

—Me ha hecho gracia ese nombre. ¡Sao Paulo!

Nicolás sonrió y dijo:

—¿Y qué te parece el de una de las haciendas que me han ofrecido en arrendamiento los Hanssen? “Malpaso”.

—Pues no lo des— replicó ella rápidamente.

Hizo Nicolás una pausa y luego:

—Las otras dos tienen nombres más aceptables. Una la llaman “La Bonita”.

—La conozco. Es la que linda con Cantarrana.

—Sí. Y por cierto que el lindero pasa por una loma que tiene un nombre muy poético: Loma del Suspiro.

—Le dicen así porque es una cuesta muy fuerte y cuando uno llega allí, llega ahogándose.

—Eso me han dicho los Hanssen y eso es lo que temo: pasarme la vida suspirando.

—Con no pasar por Cantarrana...— dijo Victoria sonrojándose.

—¿Y si se me ocurre subir a la loma para ver hacia Cantarrana?

—¡Hum! —hizo misia Carmelita, mentalmente—. Ya esta bomba va a estallar. Vamos, a quitarme de aquí.

Y se acercó a la muralla a contemplar el mar.

Guardaron silencio en el banco. Nicolás cogió el bolso de Victoria, que estaba en el asiento, lo abrió y como encontrase una de las tarjetas que ella se había mandado hacer poniéndose el apellido del Casal, sonrió, sacó un lápiz, tachó el apellido postizo y escribió encima: Guanipa.

Victoria se sonrojó y él comenzó a decir, entre chanza y veras:

—¡Guanipa! Sabe a tierra nuestra, con ese sabor áspero de fruta silvestre, llena, sin embargo, de dulzura. ¡Guanipa Oye cómo es sonoro y grato, con la melancólica sonoridad del caramillo del indio triste. Evoca, también, la melancolía del salvaje desierto, el lamento de la tierra deshabitada que gime en la voz del viento, sobre el arenal ardiente por donde corren, silenciosos, anchos ríos de transparentes agua; inútiles. Oye la historia de tu apellido, para que veas que también tiene abolengo ilustre: Guanipa se llamaba una princesa india, hija de un bravo cacique de las mesas ribereñas del Orinoco. Por su hermosura y por su heroísmo, los conquistadores quisieron perpetuar su memoria, poniéndole su nombre a la mesa donde habitaba la tribu del cacique.

Andando el tiempo, olvidado el origen, el nombre, que había sido conservado en la tierra como una semilla de la cual brotaría, a su hora, una planta robusta que daría una sola flor de belleza extraordinaria, pasó de la tierra a una familia, recobrando su primitivo empleo, y así llegó hasta ti, que eres la flor de singular hermosura con que se adornó la planta robusta de tu raza, hija genuina de nuestra tierra. De la princesa india de mi cuento hasta ti, ¡cuánto ha recorrido tu apellido, a través de cosas amables: la historia nuestra, la tierra nuestra, la admirable energía del pueblo que tuvo a tu padre, un empuje avasallador!

Y como hablando así, su discurso, comenzado en broma terminó emocionándolo de veras, concluyó, riéndose de sí mismo:

—¿Qué tal? ¿Qué te parece la historia?

—Me parece que eso de la princesa india es invención tuya— respondió Victoria, que había permanecido silenciosa y suspensa del discurso.

—¿Quién sabe si no existió, realmente, la princesa Guanipa? La mayor parte de las genealogías ilustres tienen un orden legendario. Por eso te aconsejo que no te cambies el apellido; bien pudiera suceder que haya existido la princesa Guanipa y que de ella te venga el patronímico conforme a mi historia. Por lo demás, tal vez los del Casal no podamos inventarnos una genealogía tan ilustre.

Y al cabo de un rato:

—Además...

—¿Qué?— interrogó ella, con voz trémula.

—¿Te quedan otras tarjetas de esas?

—Sí. En casa de abuelita tengo otras.

—Pues no las rompas. Puede que algún día las necesites y ya es gasto hecho.

A tiempo que misia Carmelita se disponía a volver al banco, diciéndose:

—Ya éstos han debido pasar ese mal rato de la declaración porque cuando me vine para acá las cosas estaban muy avanzadas —y dirigiéndose al banco—: Ya no puedo estar de pie largo rato. Aquí vengo a sentarme otra vez.

—Prima Carmelita —díjole Nicolás—. Tengo una noticia muy importante que comunicarte: ya no me voy a Sao Paulo.

Y misia Carmelita, antes de responderle:

—Te ganaste la vela, Santa Rita.

XII

Mientras tanto, también Hilario Guanipa había estado librando sus batallas.

Primero, por una parte: el resquemor de no haber podido lograr lo que se propusiera contra Rosendo, de que éste se le hubiese escapado indemne, dejándolo en la desairada situación de aquella larga espera de la señal concertada con Severiano para ir a apoderarse de la presa que ya daba por segura y frustrándole aquella estratagema de mandar a Victoria para Caracas, que de otro modo no se le hubiera ocurrido, pues creyéndola enamorada de Osuna, menos que nunca iba a consentir en aquel viaje tantas veces prometido y nunca cumplido.

Por otra parte, la violenta situación respecto a Adelaida: vergüenza y pena de que ella hubiese descubierto que la traicionaba, una vez más, dando ocasión, por añadidura, al peligro que había corrido Victoria en Pozo de Rosa, y, para colmo, el haber tenido que plegarse a la voluntad que ella había sacado de pronto, y precisamente cuando él estaba más empeñado en demostrar que nadie podía enfrentarse con Hilario Guanipa.

Debatiéndose interiormente contra este inesperado predominio de la esposa, por momentos intentaba encararsele y, prescindiendo de todo miramiento, interpellarla: —¿Quién te ha dado derecho para inmiscuirte en mis asuntos? ¿Por qué mandaste a decirle a Rosendo que se fuera de Cantarrana?

Pero, después de haber tomado aquellas determinaciones para salvar, primero, a la hija ajena y luego a la propia Adelaida había vuelto a su acostumbrada actitud de esposa sometida y discreta, sin hacer la más leve alusión respecto a aquello y conduciéndose, en todo y por todo, como si nada hubiese sospechado de la nueva infidelidad del marido, y éste no podía menos que contenerse ante aquella actitud digna y prudente que revelaba una energía muy superior a la que él quería demostrar.

Así las cosas, dos días después de la partida de Victoria apareció el cadáver de Severiano con una puñalada en el pecho y atravesado en el camino del Alto del Urape, y unos vecinos de por allí declararon que en aquel sitio, la noche anterior, habían visto un hombre que les pareció que fuera Rosendo.

Secundando las pesquisas de las autoridades, Hilario a la cabeza de sus peones, dio una batida por los cafetales de Cantarrana y por los montes y vericuetos de la Guanipera; mas no fueron hallados ni rastros de Rosendo.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Adelaida al marido—: ¿Crees que, en realidad, haya sido Rosendo el asesino Severiano?

—¿Quién va a ser sino él?

Adelaida se quedó mirándolo un buen rato, y luego:

—¿Ves todo el mal que has hecho? Ya Rosendo empezaba a ser un hombre de bien. Tú mismo me dijiste que estabas dispuesto a ayudarlo porque ahora quería trabajar con fundamento para formarle un patrimonio a su hija, de la cual estaba muy orgulloso. Ahí lo tienes otra vez convertido en un asesino, huyendo por el monte, y ahí está la madre de Severiano llorando al hijo que era su apoyo. Y todo porque Hilario Guanipa necesitaba demostrar que no le temía a Rosendo Zapata.

—¿Tú que sabes?... — quiso protestar él.

—Respecto a ti, más de lo que te imaginas. Aunque hasta hace algunos días nada más, yo misma no sospechaba que supiera tanto y sólo porque te temía. Pero ya no te temo y ahora te comprendo mejor. De otro modo no estaría

hablándote como lo hago, después de haber visto todo el mal que ha resultado de tus amores con Florencia.

—Bueno, mi Blanca, no me atormente más.

—Todo lo contrario: lo que pretendo es ayudarte a que encuentres al verdadero Hilario Guanipa que se te ha perdido, al Hilario Guanipa de quien yo me enamoré, al que hizo prisioneros a sus tíos cuando ellos quisieron incendiar el pueblo y sacarnos a nosotras las mujeres, arrastradas por los cabellos para entregarnos a los pitahayeros. Amárralos otra vez y para siempre. Tus tíos se te han soltado dentro del corazón hace más de veinte años, desde que te propusiste arruinar a los del Casal y hacer de Adelaida Salcedo no tu mujer, sino tu presa. Vuelve a ser aquel Hilario Guanipa de entonces, por quien una mujer podía sacrificarlo todo, como lo sacrifiqué yo.

De una manotada Hilario se enjugó los ojos que se le habían llenado de lágrimas y después de decir:

—Tiene razón, mi Blanca.

Abandonó la sala, porque todavía un falso escrúpulo de hombría no lo dejaba exteriorizar la profunda emoción que le habían producido aquellas palabras.

Adelaida lo siguió con una mirada amorosa y luego, posando sus ojos en el retrato de don Jaime del Casal, murmuró:

—Ya he cumplido la promesa que te hice.

Días después regresaba Victoria a Cantarrana.

Fue una sorpresa para Adelaida, pues ya Hilario le había mandado a decir que no regresara con los Alcober, pues tenía resuelto instalar casa en Caracas y dentro de algunos días iría con Adelaida a reunírsele.

—Es que tú no sabes las novedades, mamaíta. Aquí donde tú me ves soy la novia de Nicolás del Casal. Y como abuelita no quería tener cuestiones con papá me dijo que mejor era que me viniera.

—¡Muchacha! ¿Y todo eso en unos días nada más?

—¿Y tú no te enamoraste de papá en unas horas, según me has contado?

—También es verdad.

—¿Y tú qué me cuentas, mamaíta? Porque te voy a confesar una cosa, y no lo tomes a mal: leí la carta que le mandaste conmigo a la abuelita y me enteré de todo, de las cosas de papá con Florencia y de lo que te proponías ir haciendo con él.

—Has hecho mal en leer esa carta.

—Bueno. Ya te dije que no lo tomaras a mal. Y cuéntame: ¿qué has logrado? ¿Cómo se está portando contigo papá? Porque te advierto que vengo dispuesta a cantarle la cartilla y me va a oír.

—No, no. Nada de eso. Ocúpate tú de lo tuyo y no te metas en lo que no te corresponde. Tú no eres la llamada a hacerle advertencias a tu padre.

—¿Y si se empeña en oponerse a mis amores con Nicolás?

—Eso también lo arreglaré yo. Tú, oye y calla.

Pero junto con Victoria habían llegado a Cantarrana periódicos de Caracas, y en la sección social de uno de éstos donde el corresponsal de Macuto publicaba los nombres de los temporadistas que habían visitado el balneario durante los días de Semana Santa, figuraba el de Victoria con el apellido del Casal, como se había hecho inscribir ella en la nómina del hotel.

—Lee esto —dijo Hilario a Adelaida, mostrándole el periódico, con un ademán brusco y una expresión colérica—. Esa es Victoria, porque más arriba está el nombre de misia Carmelita. Se ha quitado mi apellido, lo que significa que reniega de su padre, que se avergüenza de ser hija mía. ¡Caro le va a costar!

—No le des tanta importancia a eso —repuso Adelaida—. Ya Victoria me lo había contado y la he reprendido como es debido. Pero no ha pasado de ser una de esas cosas que hace Victoria por divertirse.

—¡Por divertirse! ¿Crees que no me doy cuenta de lo que significa eso? Y ya se me ocurre quién puede habérselo aconsejado.

—¿Mamá, no es cierto?— interrogó Adelaida interrumpiéndolo.

No se atrevió a afirmarlo; pero dijo:

—Misia Carmelita nunca me ha querido bien.

—Ni tú a ella, Hilario —replicó Adelaida con aquel tono de firmeza reposada que ya el marido no se atrevía a rebatir. Y luego—: Ya que estamos en esto, salgamos de una vez de las malas noticias: en Macuto conoció Victoria a Nicolás del Casal y, según me ha dicho, tiene amores.

—¿El hijo de Jaimito del Casal? Pues que se prepare a derramar lágrimas de sangre si lo quiere mucho. Porque eso sí que no se lo consiento yo. Primero la vea muerta que casada con el hijo de Jaimito del Casal.

—No digas disparates.

—No, mi Blanca. No me exija que consienta en esos amores.

—Está bien. No te lo exigiré.

Y así fue como Hilario Guanipa se vio herido en el mayor afecto de su corazón: la hija que era su idolatría, renegando de él y aliándose con sus enemigos, porque todavía alentaba en su pecho, inextinguible, el odio a la familia paterna, y después de haberla reprendido y amenazado sin lograr atemorizarla, comprendiendo que ella no cejaría en su empeño, tomó la determinación de arrancarse del alma aquel afecto, pues Victoria moriría para él desde el momento en que se uniera al hijo de Jaimito del Casal.

En cambio sentía una necesidad cada vez mayor de estar en la compañía de Adelaida, de compartir una íntima vida espiritual con aquella mujer de tan admirables virtudes: la abnegación sin límites, la bondad inagotable, la dulzura de carácter y sobre todo, la firmeza incommovible del afecto hacia él, que había pasado incólume por todas las pruebas. En ella sí podía depositar la más ciega confianza en que jamás lo traicionaría ni renegaría de él, aunque le había dado motivos suficientes para que lo aborreciera. Dolíase de que sus rudos conceptos de hombría no le hubiesen permitido ser amoroso y tierno con ella, y ahora trataba de hacérselo olvidar rodeándola de atenciones y complacencias. Además experimentaba la necesidad de comunicarle todos sus pensamientos, de pedirle su opinión para todo lo que quería hacer. Sentía que en aquel corazón estaban encerradas las soluciones de todos los problemas que se le presentaran y que de aquellos labios nunca saldrían palabras que le hicieran

sentir que, comparado con ella, no era digno de merecerla. Sólo aquella mujer lo había comprendido y lo había amado tal como él era; sólo aquel corazón era suyo, verdaderamente suyo.

Días después recibió Victoria una carta de Nicolás, donde le decía que, habiendo hecho con los Hanssen el negocio de arrendamiento con opción a compra de las haciendas de “Malpaso”, “Agua Negra” y “La Bonita”, en condiciones sumamente ventajosas para él, que le permitirían cumplirlas en tiempo no lejano, la palabra de matrimonio, de paso para aquéllas se detendría en Cantarrana a conocer a Hilario y a Adelaida y a formalizar ante ellos sus amores.

Se la mostró a su madre y ésta al marido; pero ya Adelaida le había explicado de qué se trataba, y él, sin leerla la hizo trizas y dijo:

—Ya le he dicho, mi Blanca, que en este asunto de los amores de Victoria no quiero saber una palabra.

—Pero Nicolás vendrá a hablar contigo...

—Y no me encontrará.

No quiso decir lo que pensaba: no llegaré.

En efecto, desde aquel día apostó a uno de sus peones en la boca del camino que conducía del pueblo a la hacienda, con la consigna de que le telefonease inmediatamente que viera pasar a cualquiera que pudiese ser Nicolás del Casal.

Estaba en la Oficina cuando sonó el teléfono.

—¡Ajá! Está bien. Ya puede venirse.

Soltó el aparato, abrió la gaveta del escritorio donde tenía la pistola, se la puso al cinto, cogió un chaparro que había por allí, montó a caballo y partió al encuentro de quien no debía llegar hasta su casa.

—Un chaparrazo en la cara no más le voy a dar. Buen cuidado tendrá de no volver por otro, y si se enrisca, peor para él. Y si son los Hanssen, ni un grano más de café mío van a recibir.

Iba por un atajo que caía al camino en un paraje propicio a las emboscadas. Allí le saldría de repente a Nicolás del Casal cerrándole el paso, le intimaría que se revolviera y a la primera palabra de protesta le cruzaría la cara de un chaparrazo. Un hijo de Jaimito del Casal no necesitaría más para emprender la fuga.

Hacía rato que estaba emboscado detrás de unas matas de café, en un sitio desde donde se dominaba un buen trecho del camino, con el chaparro en la diestra vibrante de coraje, cuando apareció el jinete que venía del pueblo.

Avanzaba desprevenido, con la bestia al paso, para contemplar los cafetales que se extendían a ambos lados del camino bajo los altos árboles de sombra.

Hilario lo miraba como el tigre a la presa, ya para arrojarle encima, y la vibración del chaparro hacía visible la tensión muscular de su diestra; pero, de pronto, empezó a mirarlo de otro modo, y mirándolo, mirándolo, lo dejó pasar...

¡Era don Jaime del Casal! La misma gallardía, la misma expresión, el mismo rostro de aquel retrato que estaba en la sala de su casa. ¡Era su padre quien había pasado!

*

Pero si este sentimiento, blando retoño del amor filial era bastante para contenerlo en el acto de violencia —que por lo demás no pasaba de arrebato de despecho, pasajero en su temperamento—, en cambio resultaba insuficiente para moverlo al acto contrario: a la aceptación de Nicolás del Casal como novio de su hija. Para esto necesitaba sentimientos más suyos, más netamente Guanipas.

Después de todo —pensó—, ¿qué había hecho Victoria que no fuera lo que venían haciendo los Guanipas con la del Casal? Los brazos de Modesta estrechando a Jaime fueron los primeros brotes de aquella trepadora silvestre que venía enroscándose en torno al viejo árbol de la familia ilustre, brotes que ya

eran gajos vigorosos cuando sus brazos se apoderaron de Adelaida, gajos que ya florecían en el amor de Victoria triunfante. Lo mejor de la sangre que corría por sus venas lo tomó por asalto Modesta de Jaime del Casal; con el resto de aquella, con la porción impetuosa savia de la trepadora, se alimentaron su ambición y su amor el zarpazo sobre Cantarrana y la presa hecha en la mujer más noble de aquella familia; pero aún faltaba el nombre y ésta había sido la conquista de Victoria.

—¡Jipa!— había exclamado ella cuando comprendió que ya era suyo Nicolás del Casal.

Ahora sí podía pensar que era don Jaime reencarnado en el nieto quien venía a darle a su hija, por derecho de conquista, el nombre que él no quiso legarle como recibido.

Fue así como lo explicó a Adelaida por qué consentía en aquellos amores.

Ella lo escuchó sonriendo dulcemente. Era natural que Hilario Guanipa quisiese todavía pensar así. Andando el tiempo pensaría de otro modo.

Pobre negro

Primera jornada

I Tambor

Guaruras y carrizos del aborigen vencido se alejaron gimientes hacia las internadas selvas profundas y por la ruta de los ciclones, en las sentinas de los barcos negreros, vino el tambor africano.

Tam, tam, tam...

Tambor de San Juan, tambor de San Pedro, tambor de la Virgen de la Coromoto... Allá se quedaron las divinidades bárbaras, pero el alma pagana aquí también celebra con danzas sensuales las vísperas santificadas. Y es un grito del África enigmática el que estremece las noches de América:

—¡Airó! ¡Airó!

Por las minas de Buría y de Aroa, donde el negro abrió el socavón; por Barlovento y la costa de Maya, donde el negro sembró el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro plantó la caña, bajo el látigo de los capataces.

Tam, tam, tam...

Resuenan los parches del curveta y del mina. Y el alma negra vuelca en el grito sensual que le arranca la música bárbara, la entonación lamentosa que enturbia la alegría de las razas humilladas:

—¡Airó! ¡Airó! ¡Airó! ¡Manita, oh!

Vísperas de San Juan. Noche de recibirla cantando con reflejos de candiles en los rostros negros, vueltos hacia las blancas estrellas.

—Ya viene la noche oscura.

—¡Ya viene, ya!

—La noche del gran San Juan.

—¡Anjá, mirá!

—Oscura como mi negra.

—¡Ni ma, ni ma!

—¿Qué hará mi negra tan sola?

—¡Llorá! ¡Llorá!

Tam, tam, tam...

Ya cierran el círculo en torno de los tamboreros, que parecen invocar los espíritus de la noche, en blanco los ojos, entreabierto la boca toda dientes blanquísimos, mientras las manos ágiles les arrancan a los parches del mina y del curveta el alma frenética de la música negra.

Cotizas de estreno, enaguas almidonadas, pañuelos de Madrás oprimiendo las greñas rebeldes, brazos desnudos, buenos para el mordisco de la lujuria, algunos con verdugones del látigo de los capataces. Sombrero de cogollo y muda limpia de listado los hombres; al pecho, sobre la franela, terciado el escapulario de la Virgen del Carmen, junto con la mugrienta almohadilla del amuleto donde cada cual lleva un trozo de su propio cordón umbilical disecado, para que lo libre de daños y peligros la madre, viva o muerta, a la que así siempre se mantiene unido. Calor africano, hirviendo en estrellas la noche del veranito de San Juan.

Ya el curveta y el mina marcan el compás de baile, y la negrada prorrumpe:

—¡Airó! ¡Airó!

Una mujer avanza dentro del círculo, en el centro del cual da comienzo al baile. Sus pies apenas se mueven en un palmo de tierra, pero el ritmo de la danza ya le sacude las caderas haciendo sonar las enaguas, ya le estremece los pechos, ya lo respira la boca sensual, ya lo resuellan las narices dilatadas, ya está en el blanco de los ojos en éxtasis.

—¡Toma tu tuna, San Juan! —grita, hacia la noche estrellada, imitándola las mujeres.

—¡Toma tu piña, San Juan! —responden los hombres a coro.

Las frutas del tiempo, que así le ofrendan al santo, mezclando lo piadoso con lo irreverente para la malicia de las risotadas en que todos prorrumpan, bajo el repiqueteo de los tambores frenéticos que estremecen la noche cabalística.

—¡Airó! ¡Airó!

Es porque la mujer que baila dentro del círculo ya elige a uno de los hombres que todavía lo forman, plantándosele por delante y cantándole:

—¡Suelta el chivato, manito! El chivato de San Juan.

A lo que responde el hombre elegido, a tiempo que sale a bailar.

—¡Asujétame la chiva, que ya estoy donde las dan!

Ahora es la pareja eterna, que se busca y se esquivo, la danza vital que lanza a la hembra contra el macho. El hombre huye y la mujer lo persigue, acosándolo, atajándolo, tratando de meterle la zancadilla con que debe derribarlo, mientras los demás corean, descargando la voz unísona en el compás de los tambores:

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

—¡Toma tu tuna, San Juan!

—¡Toma tu piña, San Juan!

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

Hierven arriba las estrellas de las noches del trópico. La luz de los candiles pone reflejos alucinantes en los rostros enardecidos. Sube hacia los silencios supremos de la noche ardorosa el griterío de la sensualidad jadeante. Sudan los cuerpos y huele a negro todo el aire.

Ahora no se oye sino el tam tam de los tambores. La mujer ha recogido su danza al palmo de tierra que ocupan sus pies y es el hombre quien viene por ella, imitando la rueda del gallo, alas sus largos brazos, quebrándose sobre la cintura a uno y otro lado, punteando el paso menudo con alardosa agilidad,

cada vez más cerca de la presa codiciada, para saltar atrás con un esguince rápido cuando ella trata de meterle la zancadilla.

Lo ha logrado, por fin. Rueda el hombre por tierra. Se alza el grito unánime:
—¡Airó! ¡Airó!

Y la hembra victoriosa desata la danza triunfal en torno de su víctima derribada, a tiempo que el coro repite:

—San Juan, San Juan, San Juan.
—¡Toma tu tuna, San Juan!
—¡Toma tu pifia, San Juan!
—San Juan, San Juan, San Juan.

Y empieza el baile general, sobre el mismo tema de parejas que se buscan y se esquivan, trezando la danza en torno de los tambores frenéticos.

Tam, tam, tam...
—¡Tumba la vaca! ¡Tumba el becerro!
—Coge la chiva que se va pal cerro.
Tam, tam, tam...
—¡Airó! ¡Airó!

El extraño mal

He aquí el abismo donde había de sucumbir, presa del vértigo, el alma atormentada de Ana Julia Alcorta.

Una misteriosa fiebre errante que por momentos le recorría todo el cuerpo, arrebolándole las mejillas, aterciopelándole los ojos. Un gran dolor dulcísimo de punzantes lanzadas que le traspasaban el pecho, de clavos ardientes que le taladraban las manos. Congojas, ahogos y de pronto desmayos. Embelesos, ausencias del alma que se le escapaba durante largas horas y de las cuales tornaba, cual de penosos viajes, rendida, desmadejada y tan aturdida que se pasaba varios días, sonámbula despierta, sin entender lo que le hablasen, sin sentir la resistencia del suelo bajo sus plantas leves ni la materialidad de su cuerpo dentro de las ligeras ropas.

Los médicos que la habían examinado siempre se quedaron cavilosos cual si no acertasen a descubrir la causa del mal que la consumía; pero, sin embargo, todos habían coincidido en esta opinión, formulada junto con una sonrisa:

—Nada grave, propiamente. Con el matrimonio desaparecerá todo eso.

Pero Ana Julia no quería casarse. No le faltaban adoradores, porque era bien parecida, dulce y amable, ni entre ellos dejaba de haber alguno que fuese de sus predilecciones; pero a todos los rechazaba con bruscas genialidades, incompatibles con la suavidad y la delicadeza habitual de su carácter.

—¡Pero, hija! —decíale la madre—. ¿Cómo es posible que entre tantos que te cortejan, todos buenos partidos, no haya ninguno que sea de tu agrado? Piensa que pronto cumplirás los veinte años y que quizá no te duraremos mucho tu padre y yo, que ya somos viejos. Es tiempo de que vayas eligiendo marido.

Pero ella se estremecía, con repudios de toda su alma, muchas cosas en la trezada tormenta inconfesable, y replicaba suplicante:

—¡Hazme el favor de no insistir en eso, mamá! ¡Déjame tranquila! ¡Por Dios te lo pido!

Y la extraña dolencia seguía consumiéndola.

Una inquietud indiscernible que iba apoderándose de su ánimo en remi-tencias periódicas. Una impresión ya casi visual de cierta sombra proyectada sobre ella, de algo espantosamente negro, que fuera a echarse encima por momentos. Cerraba los ojos, temerosa de que aquello se hiciese de un tono visible, y era entonces una horrible noche oscura dentro de su espíritu desam-parado; trataba de abrirlos para defenderse de la monstruosa presencia que por instantes sentía materializada en aquellas tinieblas y su voluntad forcejeaba inútilmente contra otra, más poderosa, sobrehumana, que ya no le permitiría movimiento alguno y así se quedaba en angustia mortal, esperando la tremenda cosa que habría de sucederle. Luego, el extraño dolor dulcísimo de la lanza-da en el pecho, de los clavos taladrantes, y la lengua de fuego que empezaba a recorrerle todo el cuerpo. Después, el profundo desmayo, la ausencia del alma y la vuelta extenuada, exhalando un suspiro y balbuciendo:

—¡Dios mío! ¿Por qué me has escogido para esto? ¡Ya no podré defenderme más!

Sus padres, inclinados sobre su rostro exangüe en la espera de que volviese de aquellos desmayos, cuando le oían tan extrañas palabras levantaban las miradas y en silencio las cruzaban entre sí.

—Daños que le han echao —opinaban las viejas esclavas domésticas, partici-pantes de la tribulación de los amos—. Yo como su mercé don Carlos me

dejaba de tanto médico y tanto menjurje y se la llevaba al brujo del Alto de Macanilla pa que la ensalmara.

Desde los comienzos de su vida, tal vez, se encarnizaron en ella las fuerzas oscuras causantes de esta tormenta espiritual, pues vino al mundo junto con la guerra que conmovió el sosiego de la familia Alcorta, acomodada a la tranquila existencia de la Colonia, y sus primeros años discurrieron en un ambiente de sobresalto que culminó en el terror del terremoto de 1812.

De este cataclismo presumía Ana Julia conservar memoria; pero al mismo tiempo lo localizaba en una noche de suprema angustia doméstica, esperando sus padres algo tremendo que sucedería de un momento a otro.

—No, hija —decíale don Carlos—. No es posible que te acuerdes del terremoto. Esa noche —a mucho concederte buena memoria—sería tal vez alguna de aquellas tremendas del año catorce, cuando se aproximaba Boves.

—Es posible —concedía ella—. Porque conservo la impresión de muchedumbres huyendo de algo terrible que se acercaba.

—La emigración del catorce —ratificaba el padre.

—Pero al mismo tiempo —insistía ella— la de un gran silencio, de un silencio espantoso, después de un cataclismo.

En cambio, no conservaba memoria de otra gran impresión de su infancia, por los nueve años. Una tarde, en su casa de Río Chico, ya anocheciendo. Gritos en la calle que la hicieron asomarse a la puerta. Un negro de estatura descomunal, a quien traían, atadas las manos a la espalda, cubierto de sangre, en medio de una multitud que lo apedreaba y lo apaleaba. Su padre la quitó de la puerta, la hizo entrar en la casa y salió a informarse de la causa del acontecimiento. Luego regresó con la explicación, dándosela a doña Agueda, que lo esperaba en la entrepuerta, de modo que solo ella pudiese oír. Pero a esta se le escapaban las exclamaciones:

—¡La hijita de Crisanto! ¡Dios mío! ¡Qué monstruo!

Ana Julia, que por ahí andaba, oyó sin entender y en seguida olvidó; pero si alguien le hubiese sondeado los abismos del alma, habría descubierto que allí

estaba escondida la instantánea intuición atroz, que nunca debía ser recordada, de donde provenía todo aquel extraño embrujamiento.

Comenzó, desde aquel mismo día, por una aversión a la comida que hubiesen guisado las esclavas del servicio doméstico convirtiéndosele pronto en un asco invencible por todo lo que hubieren tocado manos negras. Al principio, la madre se lo combatió como capricho pueril, reprendiéndola y obligándola a tomar el alimento repulsivo, pero en vista de que el estómago se lo devolvía, contemporizó y tuvo que guisarle ella misma lo que había de llevarse a la boca, aunque sin dejar de reprenderla:

—Va a castigarte Dios por esa grima que les has cogido a los pobres negros. ¿No son cristianos como tú? ¿No te quieren y te miman las negras de casa más que a las niñas de sus ojos? ¿Por qué les has cogido esa idea?

Ella no sabía explicar por qué, y en sus oraciones, siguiendo el consejo de la madre, le pedía a Dios que le quitase aquellas grimas.

Pero fue años después cuando comenzó a manifestarse verdaderamente la perturbación espiritual, coincidiendo con la transformación de la niña en mujer. Un día, en la escuela, cuando por haber mojado demasiado la pluma, se le mancharon de tinta los dedos.

La maestra la reprendió duramente, la llamó puerca, la calificó de inmunda, y fue tal la impresión que le causaron estos epítetos —de todo punto injustos, pues, por lo contrario, era excesivamente cuidadosa de su limpieza—, y en tan crítico momento de depresión nerviosa vino a oírlos, que aquella tarde tuvo fiebre y por la noche una pesadilla en la que se veía ennegrecer por instantes, extravasada bajo su piel blanca y fina una sangre inmunda, negra como la tinta.

Desde entonces no le fue posible usar la pluma sin mancharse los dedos, porque esto la hacía sentirse desgraciada, condenada a una injusticia, que no era solamente la del castigo que le impondría la maestra por juzgarla obcecada, sino una gran injusticia que con ella debía cometer la vida, y semejante pensamiento le era grato.

Pero al mismo tiempo su desequilibrio espiritual, consiguiente a la transformación recién operada en su organismo, dio origen a una reacción mística. Recordó las palabras de la madre que le anunciaban castigo de Dios por aquellas grimas, vio pecado de soberbia en el amor de su blancura y su limpieza y le pidió a Dios, ardientemente, que le inspirase amor a los negros, que la volviese negra a ella misma, como a Santa Efigenia. Y fue así como una noche, durante sus oraciones frenéticas, tuvo la primera visita de aquella cosa negra que ya iba a echársele encima.

Un día de años después, pasada la más tormentosa de aquellas crisis de punzantes lanzadas y largos desmayos, tomó determinación de internarse en un convento, no porque tuviese verdadera vocación monjil —aquel arrebató místico había sido pasajero—, sino porque allí tal vez encontraría la paz del alma.

A los padres no podía agradecerles tal determinación de la única hija que los acompañaba —ya casado el primogénito Fermín—, y como aún abrigaban esperanzas fundadas en el remedio positivo, trataron de combatírsela. Ella misma insistió, y entonces le propusieron:

—Bien. Te irás al convento de las Carmelitas o de las Concepciones de Caracas, si tal es tu decidida voluntad —díjole don Carlos, conforme a lo convenido con la esposa—. Pero mientras podamos trasladarnos a la capital nos complacerás en esto: pasaremos unos días en la hacienda. Nunca has querido volver allá, y allí quizá esté tu curación. Vida de campo es lo que necesitas, a lo menos por un tiempo.

Una extraña sonrisa asomó al rostro de Ana Julia y su voz tuvo una entonación singular cuando formuló esta pregunta, en apariencia innecesaria:

—¿Ustedes quieren que yo vaya a la hacienda? ¿Tú también, mamá?

—Iremos contigo —respondió doña Águeda—. Unos días de campo, como ha dicho tu padre...

—Bien —accedió ella, todavía con la sonrisa extraña en el rostro exangüe—. Ya que ustedes mismos lo desean.

Más de cinco años separaban este momento de aquellos cuando en la escuela mojaba demasiado la pluma para mancharse los dedos y sentirse desgraciada, víctima de una gran injusticia; pero las palabras de ahora obedecían al mismo sentimiento de entonces. Solo que ella no habría podido explicar cuál era.

Humillados y burlados

Víspera de San Juan. En los cacaotales de La Fundación los esclavos trabajan con ahínco.

—Esta es la tarea de hoy —les había dicho el capataz Mindonga, indicándoles un extenso espacio invadido por las malezas—. De aquí a la tarde tienen que dejá to esto limpiecito como patio e baile, mismamente que si aquí juera a sé el tambor de este año. Sáquenle son a las taguaras como si estuvieran repicando curveta.

Escardillos y machetes de rozar no tienen descanso en las manos afanosas; pero ninguno trabaja tan contento como *Negro Malo*, porque mientras la filuda herramienta que maneja su fornido brazo va dejando el campo limpio de matojos, su pensamiento se complace en las malicias que ha compuesto para el tambor de San Juan.

Satisfecho de la obra de su ingenio y sin interrumpir la de sus brazos, como no sabe permanecer callado mucho tiempo, rompe a reír, mostrando la dentadura perfecta, y luego exclama:

—¡Ah, versos güenos, manitos, los que tengo preparaos pa esta noche! To los negros y los zambos de por estos contornos de la redondez del mundo se van a quedá reyéndose siete días con sus siete noches en cuántico no más me escuchen hacele mi ofrenda al Santo.

Pero el capataz —que no permite distracción en el trabajo ni puede oír la palabra zambo sin que le escueza, además de tenerle ojeriza al negro burlón— lo reprende agriamente:

—¡Jala tu taguara callao, negro bocatero! Que toa la juerza la está gastando siempre en dale a la jeta.

—¿No le digo? —refunfuña entre dientes *Negro Malo*—. Este maldito zambo la tiene cogía conmigo. ¡Jm! Cualquiera día de estos, en una hora menguá me va a rebosar la totuma de la pacencia y voy a tené que acomodale el filo de la taguara en el tronco de la nuca, manque después me hagan piazos. Si es que a los zambos los cobran como si fueran blancos. ¡Míen que es mucho! ¿Quie decí que ni conversá pue el pobre negro pa aliviase el trabajo? ¡Maldito sia el pae Las Casas!... Si no miente la historia que nos echó el coriano José las Mercedes, cuando estuvo por aquí soliviantando las esclavitudes. Que a esta hora y punto yo quizás andaría con él, echando tiros por esos montes, si no hubiera sío la mano que le pasó en Panaquire, donde en paz descanse... ¡Míen que es mucho! Tené que sembrale y recogele el cacaíto al blanco, agachando el lomo bajo el mandador del zambo.

Mozo fornido, recio para el trabajo y siempre en humor de bromas y jugarettas —por lo cual y no por mala índole dábanle sus compañeros el apodo—, bien proporcionado, escultural la musculatura que lo embellecía y de facciones extraordinariamente finas para su tipo racial, este negro gozaba de unánimes simpatías entre los esclavos de La Fundación y el amo lo estimaba mucho.

A propósito de lo cual, solía decir el esclavo ironista:

—Es que él es agradeció con sus bestias buenas. Na menos antiayer me dijo la mula mora, cuando le echaba el malojito: “Compañero, el amo nos aprecia bastante”.

Solo el capataz Mindonga no podía pasarlo y vivía maltratándolo de palabra por cualquier motivo, provocándolo a que se los deparase suficientes para pasar a las vías de hecho, vergajo en mano. Pero el negro ladino le adivinaba las intenciones y como sabía que ante el amo —por más que lo distinguiese con

especial cariñoso trato— siempre se saldría con las suyas aquel zambo adulón y leguleyo, evitaba darle oportunidades de llevar a cabo las que le tenía juradas y se limitaba a refunfuñar entre dientes sus reconcomios. Que, por lo demás, se le pasaban pronto, porque, en realidad, no era rencoroso.

Como se le desvanecieron los de aquella mañana, apenas se hubo alejado el capataz para inspeccionar la tarea del “paso de vara” que en otro sitio les había impuesto a las esclavas.

Además, mal podían durarle tarabasquiñas si al mismo anochecer de aquel día comenzaría el baile de tambor donde el negro olvida todas sus penas. Ya Tapipa y Roso Coromoto, los mejores tamboreros de todo Barlovento, debían de tener bien templados el mina y el curveta, y si el amo se mostraba espléndido, cual de costumbre y como particularmente era de esperarse aquel año de cosecha copiosa, ya en el repartimiento estarían las esclavas viejas —dadas de baja para las labores del campo— preparando el carato de acupe y las golosinas con que se regalarían durante el baile, que era cosa de toda la noche y todo el día siguiente.

—Jala tu taguara callao, *Negro Malo* —se repite para sus adentros—. Esta noche te desquitarás bailándole sabroso por delante a la negrita Saturna, que ya te ha ofreció metete la zancadilla. ¡Y güenamoza que está la condená!... ¡Jm! Lo que soy yo, si me sigo descuidando con la negrita, como que en cualquier día de estos me van a está oyendo decile al amo: “Su mercé, deme su licencia pa casarme con Saturna, que ya no me deja trabajá con fundamento...” ¡Párate ahí, *Negro Malo*! ¿No vendrá de por ese lao la inquina que te tiene el zambo Mindonga? Acuérdate de lo que te contaron trasantiayer... ¡Jm! ¡Como vaya a resultá verdá que el capataz esté buscándomele las vueltas a la negrita! Seguro mató a confiao, dice el dicho. Esta misma noche voy a salí de dudas, pa sabé si tengo que amolá la taguara más de lo que pide el monte.

Y ahora sí guarda silencio hasta el fondo de su alma, mientras la tufarada de los celos se le descarga por el hercúleo brazo que maneja el machete de rozar.

Ya los rayos del sol caen a plomo por entre la fronda inmóvil. Jadean los esclavos doblegados en la faena excesiva. Rajean los conotos burlones entre el follaje de los altos guamos y bucares que le dan la sombra al cacaotal, saltan de rama en rama las ardillas ágiles y cautelosas, suena la hojarasca por donde huyen las culebras desalojadas de los mogotes. Una se arma ante *Negro Malo*, dispuesta a defender su guarida donde acaso tiene su cría. Él le troza la cabeza de un tajo y por el color de la venenosa serpiente y lo que a él le hierve dentro del pecho, rezonga:

—¡Zamba tenías que sé!

Ya se acuestan los rayos del sol de los araguatos, color de la piel de estos monos, que a esta hora regresan en bulliciosas manadas a los árboles copudos y tupidos donde suelen pernoctar. Es como un gran viento ululante que avanzara estremeciendo el bosque, como un rumor de muchedumbres gimientes.

Está concluida la faena excesiva y el capataz sonrío pérfidamente al contemplar el vasto espacio limpio de breña y mogote.

—Así me gusta —díceles a los esclavos que allí apuraron sus esfuerzos—. Se han ganao las sabrosuras de esta noche y mañana será otro día.

Sonríen a su vez los negros, creyendo que Mindonga alude al baile de tambor y echándose al hombro el escardillo se encaminan al repartimiento, en pos del capataz a caballo. Son treinta hombres desnudos de cintura arriba, apenas con calzones arremangados a los muslos; pero los viste de belleza humana la recia musculatura endurecida en el trabajo, y el sudor de la jornada les decora la piel negra con los reflejos del sol de bronce.

Caminan en fila india a través del cacaotal, por donde los árboles irregularmente plantados hacen serpentear el sendero. Dejan más adelante el cobijo de bosque y salen al claro de las barrancas del Tuy. Por el turbio río de morosa corriente remonta una canoa, cuyos bogas, esclavos de La Fundación de Arriba, saludan a los caminantes, unos y otros propiedad de don Carlos Alcorta:

—¡Adiós, manitos!

—¡Adiós, manitos! —respóndenles—. ¿De dónde la traen?

—De Boca e Paparo —contestan desde la canoa.

—¿Ya zarpó la goleta? —les pregunta Mindonga.

—Fondeá la dejamos, ya con to el cacao a bordo, esperando el viento no más.

Y a sus compañeros de cadena:

—Güeno, pues, manitos. Esta noche nos veremos en el tambor.

—Si Dios quiere —agregan los que van bordeando la barranca—. Lleven güenos versos para que se contrapunteen con *Negro Malo*, y que ha compuesto unos de flor.

Y Mindonga sonrío pérfidamente.

Por otro sendero vienen las mujeres, sobre la cabeza el canasto de cacao recogido en el paso de vara. Abre la fila Saturna, sonriendo a la mirada de *Negro Malo*. Mueve, al acompasado andar majestuoso a que la obliga la carga, sus ancas potentes, erguido el torso y al peso del cesto el paso asentado estremece bajo el corpiño mugriento los senos virginales, de pezones erectos. Y como allí se prenden los ojos del hombre que la codicia, hace mohín de pudor y muestra en la risa reventona los dientes bonitos, apretados y parejos como el grano del jojoto en la buena mazorca, mientras se dice, pensando en la zancadilla que ya le tiene dedicada:

—A ese negro juyuyo lo tumbo yo esta noche.

Pero como él no hace sino mirarla, faltando a su locuaz costumbre, se azora y rezonga:

Charlando entre sí los demás de una y otra fila, todos desembocaron en el patio de la hacienda, donde ya estaba recogido bajo las casillas que lo defendían del relente de la noche el cacao que allí se extendía al sol durante el día, y en descabalgando el capataz Mindonga les dijo:

—Bueno. Como hoy han trabajado mucho y deben de está cansaos, se les perdona el rosario de esta noche. De mo y manera que en cuanto se haigan comío los troncos pue dirse ca uno a su estera.

Era el humillante tratamiento que solía darles en ausencia del amo —ante quien, por lo contrario, fingía tratarlos bondadosamente—, pero ahora se sentían además burlados y se miraron entre sí, haciéndose las tácitas preguntas que solo *Negro Malo* se atrevió a formular:

—¿Cómo es eso? ¿Ca uno a su estera? ¿Y el bailecito de siempre, por esta fecha?

—Ya dije esta mañana que machete y escardilla serían los instrumentos de la parranda de este año —repuso Mindonga, redoblando su insolencia autoritaria—. El amo no consiente más tambores en lo suyo, porque le da su rial gana no permitirlos. Que pa eso es amo y no tiene que da explicaciones, como no se las da a las bestias que monta cuando se les encarama encima. De mo y manera que ya está dicho: ca negro a su estera y sin rezongá, no vaya a sé de verga y lomo el tambor que se oiga esta noche por aquí. Que, por cierto, ganas de tocarlo yo mismo no me fardan.

Pero no faltaron tampoco las protestas, aunque a regañadientes:

—¡Esto es mucho! Ya nos privan hasta del bailecito del tambor, que es la única alegría del pobre negro.

—Pero eso sí: las tareas dobles y forzás, como la de hoy.

—¿Pa qué sernos esclavos, pues?

—Naiden lo es por su gusto ni por su culpa, ni to los que tuavía lo sernos lo debiéramos sé, conforme a unas leyes que y que andan por ahí escritas desde el año de veintiuno. Y eso es lo que debieran de catá los amos, ya que son blancos y libres, sin habé hecho na de su propia parte pa selo. ¡Y después no quieren que haigan cosas!

—Pa mí que esto no ha sío cosa del amo —intervino *Negro Malo*—, sino de ese maldito zambo, que hasta por el nombre casi está diciendo Mandinga. Porque no hay piol cuña que la del mismo palo. Algo le habrá soplo a los oídos de don Carlos pa que no nos permita el tambor.

Y Tapipa, menos fogoso, más resignado y un tanto mordaz:

—¿Será por la parte de blanco que y que tiene?

—Yo no sé por qué será, pero lo cierto es que hasta ahora no he visto zambo bueno. ¡Es que no puen serlo! Porque esas cosas que son y no son, siempre tiran más a lo malo que a lo bueno, como obras del Diablo que tienen que sé, porque lo que es Dios nunca anda con entaparaos y cuando va a hacé algo no mezcla las resetas.

A lo que intervino Roso Coromoto, por tirarle de la lengua, ya que con otra cosa no podían divertirse:

—Déjate de está escupiendo parriba, *Negro Malo*. Mira que tú como que no eres muy purito. ¿No has dicho tú mismo que con solo pintarte de blanco ya lo parecerías verdadero, porque no tienes jeta ni nariz que te traicionen?

—¡Umjú, manito! Hasta hace poco estuvieron a la vista por ahí mi taita y mi mama.

—Pero en la casa de los blancos, donde servía tu agüela cuando mocita y que no había negros varones.

—¡Anjá! —exclamaron varios, ya resignados a no divertirse sino a costa del compañero bromista—. ¿Asina es la cosa, Coromoto? ¿Qué replicas tú a eso, *Negro Malo*?

—¡Uhm! Déjame quieto, chico. Mejor es que no me busquen la lengua por ahora.

Y el negro Tilingo, volviendo al tema no agotado:

—Lo que yo digo es que bien está que el amo haiga prohibió el tambor, porque amo es amo y el que manda no ruega; pero ¿por qué Mindonga, si ya lo sabía, se lo ha guardao pa última hora y nos ha estao engañando to estos días, como a muchachos?

—Pa gozarse mortificándonos —recoge *Negro Malo*—. ¿No ves que es maluco por devoción? Pero, por estas cruces, lo que soy yo bailo tambor esta noche, asina sea el mismo Mandinga quien lo ponga en la puerta de sus infernos.

Y quienes oyeron este juramento asegurarían después que a *Negro Malo* el Diablo le había cogido la palabra.

Noche de embrujamientos

Ya se habían recogido, hombres y mujeres, a sus respectivos dormitorios comunes del repartimiento, rindiéndose en seguida al sueño reparador de las fuerzas gastadas en las recias faenas de la jornada cuando empezó a oír *Negro Malo*, a quien desvelaban sus reconcomios, el sonido de un tambor lejano en el profundo silencio de los campos.

Se incorporó en la estera, puso oído experto y se dijo:

—Eso es en El Sitio y ya voy a está pegao allí, cuéstemme lo que me cobren.

Sacó la muda limpia y las cotizas nuevas que había logrado esconder bajo la estera para la escapada furtiva, y con ellas bajo el brazo se deslizó sigilosamente hasta la puerta del dormitorio. La entreabrió cauteloso, exploró la soledad del patio adonde daba, lo atravesó de puntillas, saltó una tapia y cayó al campo abierto.

En la ardiente noche del veranito de San Juan la luna llena resplandecía sobre los montes y sobre las copas inmóviles de los guamos con fulgor espectral. Todo reposaba en silencio en torno al caserón del repartimiento y solo a lo lejos sonaba el tam tam del tambor.

—Es en El Sitio —ratificó el fugitivo, todavía en cueros, conforme abandonó la estera, con su hatillo bajo el brazo.

Y así avanzó cautelosamente, a tiempo que rebañaba la soledad del contorno con miradas recelosas, hasta alcanzar el abrigo de unos árboles, detrás de los cuales se vistió y se calzó emprendiendo en seguida la marcha, decidido y confiado, rumbo al tam tam lejano. Ya crujía bajo sus plantas la hojarasca del cacaotal, solitario y misterioso al incierto resplandor de la luna por entre la fronda de los guamos, cuando advirtió que el ruido del tambor había cambiado de dirección. Detúvose a localizarlo.

—No es en El Sitio —se dijo—, sino en La Fundación de Arriba. ¿Será caso de que allá haigan permitío el baile que no nos consintieron a nojotros? Na de extraño tendría porque allá no manda Mindonga. Pero si es asina, de tos modos yo he perdío mi tiempo dejando la estera, pues si es en La Fundación de Arriba, en cuántico no más me aparezca me echan mano y me mandan pabajo, pa que Mindonga saque su tarea conmigo, dándose su gusto. ¿No será mejor que me regüelva?... ¡Párate ahí, *Negro Malo!* Tampoco es en La Fundación de Arriba. Ahora se escucha pa otro lao.

Un aguaitacamino, rozándole casi la oreja, le dejó la impresión escalofriante de su vuelo sigiloso. Lejos, en un árbol de la opuesta margen del Tuy, cantó una pavita. *Negro Malo* se llevó la diestra al inseparable amuleto terciado sobre su pecho, para conjurar el maleficio de las aves agoreras; pero se le detuvo, ya en los labios, la plegaria con que debía hacerlo, al fijarse en algo singular que en torno suyo ocurría. Al paso de las nubes que descubrían y ocultaban la luna, bajo el cacaotal se alternaban el claro fulgor y la mortecina luz cernida, y esto, ensanchando y reduciendo como por arte de encantamientos el espacio visual, acentuaba lo inquietante de la muda soledad del paraje.

Abriéronse totalmente en el alma del negro los abismos de la superstición milenaria. Eran espantos que se movían por entre los árboles, acaso almas en pena de los antiguos esclavos de la finca, trabajando todavía en ella, sacando las tareas de los pecados que no confesaron a la hora de morir, o quizá ánimas benditas; cerrándole todos los senderos transitables para que no acudiese al

tambor que, por haberle cogido la palabra, ya Mandinga tocaba en la puerta de sus infiernos.

Se estremeció y oprimiendo entre su diestra la mugrienta almohadilla donde iban encerradas las virtudes protectoras del trozo de su ombligo que espiritualmente, contra riesgos de daños y peligros, debería mantenerlo unido a la madre, murmuró la plegaria del conjuro:

—Mae santa que estás en tu descanso y yo contigo por donde me alimentaste cuando me llevabas en tu vientre. Tenme y asujétame cuando vaya a cae, arrebiátame a tu confianza en Dios en el mal paso y en la hora menguá.

Y reanudó su marcha a través de la medrosa ilusión de aquel ensanchamiento y reducción del espacio embrujado, porque ya no era caso de retroceder, pues comprendía, a pesar de su fe en el conjuro formulado, que si daba un paso atrás el pánico se apoderaría de su corazón.

En cuanto al sonido del tambor, ya no acertaba a localizarlo, ni por momentos, estaba seguro de que realmente se estuviese produciendo en alguna parte tal ruido. Sin embargo, se empeñó en persuadirse de que así sucedía, de manera natural.

—Ahora como que vuelve a soná pa los laos de El Sitio. Debe sé el viento que se lleva el sonío de una parte pa otra, según va cambiando... ¡Jm! Pero de viento no está soplando una garra, porque no se mueve una hoja por to esto... ¡Uhm! ¡Ahí está el zorro! ¡Aguaitale los ojos como brasas de candela!... ¿Será el zorro?... ¡Uhm! ¿Como que se ha reído alguno, por ahí pa dentro? Ya esto sí no me está gustando mucho.

Y apretaba el amuleto para estrechar el contacto protector, volviendo a su empeño persuasivo:

—¡Anjá! ¡Escucha el mina, otra güelta! ¡Sabroso que está sonando ahora, clarito! ¡Cata como repiquetea ese curveta! ¡Güena fiesta de tambor! ¿Dónde la estarán gozando? En El Sitio no será, pero en La Fundación de Arriba tampoco, y caminando palante sin volteareras de cabeza y preguntándole a los caminos con el oído parao, dice el dicho que se llega a Roma. Que es la contra

de los infernos... ¡Uhm! ¡Otra vez la risita! ¿Será Mindonga que me viene siguiendo los pasos, emboscao detrás de los palos?... Mindonga... Mandinga... Casi dice lo mismo, Mindonga. ¡Miren que llamarse asina un cristiano! ¡Si es que lo juere ese zambo maluco, que ni bautizao estará!... ¡Uhm! Déjate de disimulos, *Negro Malo*. Ahora no se trata de Mindonga, sino de que juraste que esta noche bailarías tambor, sea ande sea que lo toquen, y tienes que cumplí tu juramento. ¿Quién dijo miedo? ¡Tres Divinas Personas y Santísima Virgen del Carmen, mae de tos los hombres por el ombligo de Cristo! ¡Vamos a ve si es verdá que me cogieron la palabra! Sea ande sea, yo esta noche bailo con ese tambor. Hacia abajo suena ahora y por aquí se va pallá.

Avanzó decidido y abandonando el embrujado cacaotal por donde tenía que hacer camino tortuoso, desembocó a uno ancho, recto y limpio de monte, bordeado de caobos corpulentos, plantados a cordel y equidistantes, cuyos altos ramajes se trenzaban en ojivas y ya llegaba a su término cuando se detuvo preguntándose:

—Pero ¿qué vengo buscando yo por aquí? Este es el camino de la Casa Grande y ahora es que vengo a darme cuenta.

En efecto, ya se divisaba la casa de los amos, construida en el centro de un vasto espacio despejado de árboles y rodeada de jardines. Sobre sus patinosos tejados y en los pilares de los corredores que la circundaban, la luna brillaba intensamente y la envolvía el silencio de la alta noche.

—Allá estarán los blancos durmiendo sabroso en sus camas de siete colchones y en sus almohadas de pluma —murmuró *Negro Malo*—. Puedo pasá tranquilamente, ya que por aquí me he metió.

Pero en seguida:

—¡Aguárdate ahí! ¿Qué es aquello que se mueve en el corredor? Una sombra blanca va y viene... ¿Será el amo?... ¡Uhm! Ahora se ha parao y parece que mira pacá. ¿Se me divisará desde allí? ¿Esta ropa blanca no me estará traicionando?... ¡Aguaita! Eso no es una persona rial. ¡Mírala cómo crece!... ¿Será

que viene acercándose?... Pero parece que estuviera quieta... ¡Ave María Purísima! Eso es un espanto. Déjame rezale la Mannífica.

De pronto se estremeció, sacudido por el terror ya insuperable. La sombra, después de haber alcanzado una magnitud descomunal, por encima de los techos de la casa, se empequeñeció repentinamente y sin que se la hubiese visto avanzar ya estaba en el sendero, bajo el arco ojival de los caobos inmensos, y acto seguido, como por obra de embrujamiento, a pocos pasos de *Negro Malo*.

—¡Manita! —balbuceó este, temblando de pies a cabeza, crispada la diestra sobre el amuleto, convencido de que se trataba de un fantasma, el más espantable que viesen ojos mortales—. ¡En el nombre de Dios te ruego que me dejes el paso franco!

Lanzó un gemido la sombra y cayó por tierra. *Negro Malo* permaneció inmóvil, conteniendo el aliento. Luego murmuró sordamente:

—¡Escúchala cómo se queja! Como una persona rial...

Avanzó contra su voluntad, ya bajo el influjo del encantamiento. Sonaba el tambor misterioso en el latir de sus sienas.

Tam, tam, tam...

Se detuvo exclamando:

—¡Si es la Blanca!

Era Ana Julia en efecto. Había abandonado furtivamente el lecho donde se agitaba insomne, en busca de aire libre para su pecho oprimido por la angustia precursora del dolor de la lanzada. Se había paseado largo rato por los corredores, como un duende en el silencio de la alta noche, hasta que de pronto se apoderó de su alma la atracción fascinante del bosque negro y mudo que se extendía en torno de la casa. Un momento se detuvo a contemplarlo desde lo alto de la escalinata por donde se subía a la mansión altanera. Luego, ya insensata, descendió, atravesó el jardín y se encaminó al callejón de los caobos gigantes. Allí vaciló un momento al divisar la sombra blanca que, a su vez, hacía la indumentaria del fugitivo; pero en seguida le acometió el vértigo de los abismos de su mal, y allí estaba ahora, ausente el alma, tendida en medio

del camino del esclavo temerario. Su semblante, fino y pálido al fulgor de la noche embrujadora, todavía expresaba una pena acerba, una tormenta honda y recia...

El salto más allá del límite

Había contemplado un encanto y cuando esto sucede sobrevienen profundos trastornos. Estaba embrujado.

Le amaneció sobre la loma de un cerro, soñador embelesado, tendido de cara al cielo, emparamada de relente la ropa rasgada por las malezas, suspensa el alma de la última frase que habían murmurado sus labios al borde del encantamiento:

—¡La Blanca!

Era como el agua turbia de las avenidas del monte, que luego se arremansa y poco a poco va volviéndose clara hasta el reflejo puro y quieto del cielo. O como un alba cándida, de un día ya perenne, que hubiese invadido una caverna. ¡Qué hermoso acontecimiento imprevisto, qué divina cosa había sucedido de pronto en su vida!

¿Por dónde fue el vagar de aquella noche gloriosa? ¿Qué hierba suave alfombraba aquel camino a cuyo término se llegaba sin cansancio?... Todo su cuerpo estaba florecido de recuerdos y, sin embargo, no había punto en él donde pudiera posarse la memoria. Era como si todo aquello le hubiese acontecido a un hombre en el ensueño de otro hombre.

La luna se había puesto en marcha junto con él para alumbrarle el paso errante y las nubes se abrían en silencio franqueándole un sendero azul, sem-

brado de estrellas tiernas. Porque al dar un salto imprevisto sobre un abismo, al hombre le habían nacido alas en los calcañares y ya más no tocó tierra escabrosa ni breña punzante, sino aire blando, en vuelo suave. Y así se fundió en la gloria del amanecer, que fue de oro y sedas brillantes...

Abajo, cuando todavía era noche, ardían candelas y sonaban tambores por las laderas del monte; pero como resuenan cuando regresan, al frente de sus tropas, los generales victoriosos... De seda era la casaca vistosa, de oro las charreteras, el caballo blanco con herraduras de plata y la espada desnuda brillaba... El mar reflejaba, allá abajo, los destellos gloriosos; por los montes corría, tierras adentro, el redoble de los tambores. Desde la cumbre más alta del mundo un rey sonriente contemplaba su reino, que era toda la tierra, hasta donde se perdía de vista. Un hombre que ya no era negro, que nunca había sido esclavo.

Pero esto no sucedió sino en el ensueño del otro; el que estaba ahora tendido sobre la loma del cerro no hacía sino murmurar, una y otra vez:

—¡La Blanca!

Mas cuando un hombre traspone sus límites, siempre hay otros que salen a darle caza, y nada de extraño tenía que fuesen los propios esclavos de La Fundación. Los azuzaba Mindonga, como a trailla de perros de presa:

—¡Por aquí! ¡Por aquí va el rastro!

Ya repechaban la cuesta de la loma cuando se incorporó el embelesado. A la cabeza venían Tapipa y Roso Coromoto, sus mejores amigos, y al distinguirlos, tan afanados en darle caza, murmuró sordamente:

—¿Ustedes, manitos?

Pero en seguida la divina claridad interior de su salto más allá de sus límites le hizo comprender que era natural que así sucediese y con afecto se los quedó mirando —desde donde ellos no lo divisaban todavía— como a los amigos a quienes no se verá más.

—¡Adiós les digo, manitos! —murmuró para sí—. Porque ya pertenezco al mundo de los hombres soberanamente libres. De los hombres que por fin han cogido el monte que hacía tiempo los estaba llamando.

Dicho lo cual se deslizó a gatas por entre las breñas de la loma, hasta alcanzar una quiebra boscosa que cerca de allí se desprendía ladera abajo, y ya en ella emprendió la fuga apresurada, de cara a unos cerrajones abruptos que más allá se empinaban, brindándole guarida inaccesible para sus perseguidores, pues solo un fugitivo que estuviese defendiendo la vida podía aventurarse por aquellos desbarrancaderos.

Pero le siguieron el rastro, y toda la mañana estuvo oyendo los gritos con que los azuzaba Mindonga.

—¡Por aquí va! ¡Por aquí va!

Ya era pasado el mediodía cuando Tapipa, siempre a la cabeza de los perseguidores —no por empeño de darle caza el primero, sino, por lo contrario, para desviar el rumbo si acertaba a divisarlo— se detuvo en lo alto de uno de aquellos cerrajones y esperando a sus compañeros, y especialmente al capataz que con ellos venía, enardecido en la persecución, díjoles cuando se le reunieron:

—*Negro Malo* es hombre perdió.

Y mostrándole al capataz uno de los matojos suspendidos sobre el abismo del cerrajón cortado a plomo, agregó:

—¡Aguaita! Ahí perdió el favor de mae que hasta esta hora y punto venían salvándolo de daños y peligros. ¡Aguaita su amuleto enredao en esas breñas! Por aquí se desbarrancó en las angustias de la juyidera.

No era concebible que despeñándose por allí nadie saliese con vida, y Mindonga, aceptando la versión de Tapipa, dijo al cabo de un rato de exploración del abismo, al borde del cual, por lo demás, era forzoso detenerse:

—Córtense por ahí una vara, con un garfio en la punta, a ver si alcanzamos a recoger esa porquería.

Y haciéndolo así, al atardecer regresó a La Fundación donde lo esperaba impaciente don Carlos Alcorta, que en todo el día no había hecho otra cosa sino pasearse por el patio donde se extendía el cacao.

Descabalgó y se acercó al amo, mostrándole el amuleto del fugitivo. Creyó don Carlos que así quería demostrarle la muerte dada al dueño de aquella reliquia, y repuso:

—Vivo era como lo quería.

Mindonga explicó. Hubo un breve silencio, y al cabo concluyó el señor Alcorta:

—¡Tira eso!

Pero Tapipa intervino, a fin de apoderarse de la reliquia que no debía ser profanada:

—Permítame su mercé que más bien la entierre yo, como es debió, siendo cosa sagrá.

—Dásela —díjole a Mindonga don Carlos, que no estaba para combatir supersticiones. Y en seguida se regresó a la Casa Grande.

Tapipa no enterró el amuleto, aunque fingiendo haberlo hecho; contribuyó a la leyenda que debía formarse —según la cual a *Negro Malo* se lo llevaría el Diablo que le había cogido la palabra temeraria— refiriéndose a sus compañeros .de superstición, como prueba irrecusable:

—Cuando llegué a lo alto del cerrajón, tuavía se sentía la olor de azufre que deja Mandinga donde se aparece.

Y todos aseguraron que ellos también lo habían sentido.

II

El cachorro

En El Matajey —vegas de caña y frutos menores pertenecientes a La Fundación que cultivaba en medianería José Trinidad Gomárez, mestizo de canario de Lanzarote y de criolla mulata, casado con la manumisa Eufrasia, que ya le había dado dos hijas—, ya cerca de la medianoche, estaba él asomado a la puerta de su rancho, dentro del cual aún había luz y de rato en rato se escuchaban gemidos, cuando vio que llegaban dos personas a caballo.

Se adelantó a recibirlas como a gente esperada ya con impaciencia. Era Fermín Alcorta, hijo mayor y único varón de don Carlos, acompañado de una vieja esclava de su casa que se arrebujaba con un mantón de paño negro y largos flecos, no siendo propio de su condición, pues tal prenda solo acostumbraban llevarla las señoras de calidad, de donde provenía el epíteto de mantuanos que por extensión se les daba a los blancos de la aristocracia.

—¿Están solos Eufrasia y tú? —preguntó Fermín Alcorta, ya en tierra.

—Tan solos que ya me estaba viendo a vapores, porque la cosa como que quiere adelantarse.

—¿Las niñas duermen? —insistió Alcorta.

—Sí, señol. Descuide, don Fermincito, que to se ha hecho conforme a sus disposiciones.

Y dirigiéndose a la esclava:

—¡Gracias a Dios que llegas a tiempo, Nazaria, porque la criatura como que viene con ganas de pegá el primer leco antes de que el gallo cante! Chaca la que ya traís en los brazos, pa luego ayudarte a bajá.

—No —repuso la negra vieja, en cuya voz había un estrago de pena honda—. Está de más de fresca la noche y se pue resfriá. Ayúdenme asina mismo entre los dos, usté también, niño Fermín. Bájenme en peso, que no es mucho más del mío sola.

Entró Nazaria en la casa de El Matajey con lo que llevaba en brazos bajo el mantón prestado y volvió a poner el pie en el estribo Fermín Alcorta. Pero antes de echarle la pierna al caballo díjole a Gomárez:

—Nunca sabré agradecerte bien el favor que esta noche me haces para toda la vida. He cometido, como ya te he dicho horas antes, una falta que jamás me perdonaré. ¡Doble culpa! He traicionado la confianza de mi esposa con un desliz vulgar y he dado origen a que venga al mundo una criatura cuya madre no puede retenerla consigo.

—Descuide, don Fermincito —volvió a decir Gomárez—. No se atormente más. De esta casa no saldrá nunca una palabra en contra del juramento que endenantes le hicimos Eufrasia y yo ante el Santo Cristo.

Y hechas así las cosas, al día siguiente pudo decir José Trinidad Gomárez que su mujer le había dado un par de mellizos: una niña más y un niño.

De la ausencia de la noche de San Juan no volvió por completo el alma de Ana Julia Alcorta. Se acabaron las lanzadas que traspasaban el pecho, pero el espíritu quedó sumido en los negros remansos de la melancolía. Nadie volvió a verle la cara —recluida en la Casa Grande, ni a cuyos corredores se asomaba, todo el día en su habitación, sentada ante una ventana que daba vista al mar lejano por entre el arbolado de la hacienda— fuera de sus padres que con ella compartían la reclusión y de la negra Nazaria, que la había visto nacer y en ella había puesto todos sus amores —su hija blanca, como la llamaba—, criándola cuando a doña Águeda se le quedaron enjutos los pechos, lidiándola de pequeñita, contándole cuentos bonitos para que tuviese sueños agradables,

contemplándola, sufriendo junto con ella los dolores de las lanzadas y al lado de ella compartiendo luego el silencio de la melancolía.

Así llegó a los trances finales de su vida. La asistió el licenciado Cecilio Céspedes, cuñado de Fermín, y este hizo el sacrificio de su buena reputación ante los Gomárez, a fin de que ni ellos supiesen la verdad. Murió dos días después del parto y en pos de ella la pesadumbre del infortunio se llevó pronto a sus padres, pero en la confianza de que todo se había hecho sin mengua de lo cristiano, conforme a lo que exigía el cuidado de la honra.

En premio del secreto que se les confiaba y por los gastos de crianza, los Gomárez recibieron la propiedad de las vegas de El Matajey —que ya venían cultivando en medianería desde los tiempos del isleño padre de José Trinidad— y allí discurrieron serenos los primeros años del repudiado de la Casa Grande, que por su parte no les dio mucha lidia, pues en la cuna se pasó los días sin rebullir, contemplándose los dedos gordezuelos de los piececitos, y desde que pudo valerse de ellos no los empleaba para travesuras, sino para ir a sentarse fuera de la casa, a solas y en silencio, en un sitio tranquilo, desde donde pudiera alzar los ojos a las cumbres de los montes lejanos y allí dejarlos como olvidados, horas y horas.

Pero si con aquella mansedumbre, añadida a la compasión que tenía que inspirarles, ya se había conquistado el amor de los Gomárez —muy especialmente el de José Trinidad— a Eufrasia empezaron a intrigarla muy pronto estas contemplaciones y se lo pasaba espiándolo, no como a un niño cualquiera, más o menos soñador.

—¡Aguáitalo, José Trinidad! —insistía en decirle al marido—. Tuitica la mañana se la ha pasado asina. ¿Verdá que parece un caidito de otros mundos que tratara de recordarlos?

—¡Quién sabe! —repúsole una vez Gomárez, ya molesto por la insistencia impertinente.

—¿Tú crees, José Trinidad? —replicó la simple, atemorizada—. ¿No nos traerá daño eso?

—¡Qué voy a cre, mujé! Quítate ese tema y deja quieto al muchachito, conforme a su inclinación.

No se la combatía, pero continuaba observándolo, y sí se le acercaba inquisitiva, convencida de que iba a oír revelaciones extraordinarias, del propio mundo de las brujerías:

—¿En qué piensas, Pedro Miguel?

Como él se le apartara arisco, para irse más allá a sus contemplaciones inexpresables, ella regañaba:

—¡Jesús, criatura! No se te pue arrimá un cristiano sin que salgas juyendo y gruñendo como un animal del monte. No seas tan cachorro.

Y de aquí el apodo que pronto le dieron.

Entre días llegábase hasta allí la vieja Nazaria. Iba a llevarle golosinas al repudiáito y a contarle cuentos —los mismos que le había contado a Ana Julia— y como el niño le preguntase una tarde qué era la luna y por qué siempre se aparecía tras la loma de aquel cerro sobre el cual ya se remontaba, se le ocurrió responderle con esta invención de su inagotable ingenio narrativo:

—Esta era una niña bonita, muy blanca, muy suave, muy buena. Y sucedió que una noche, que en ese entonces tuiticas eran muy oscuras, se levantó sonámbula de su camita, que era una flol de mayo blanca donde ella dormía acurrucaíta, porque cató de escuchá unos quejíos allá lejos, y caminando, caminando... que a ca paso que daba iba reventando una azucena entre el monte, llegó hasta la loma de un cerro donde se topó con un viejito que estaba allí íngrimo y solo, tiritando de frío y llorando, llorando.

”—¿Qué te pasa, papá Dios —le preguntó la niña Ana Julia, que asina se llamaba ella, y al mirarlo no más cató de ve que era el Señor de los cielos—. ¿Por qué estás llorando asina, tan solito?

”Y él y que le respondió:

”—¡Ay, mijita! Porque esta tardecita me se cayó el sol en la mar y no veo el camino pa regresame a mi celestial palacio. ¿Tú quieres alumbrámelo, mijita?

—¡Ay, papá Dios! —dijo ella entonces—. La cosa es que no truje vela ni candil.

—No importa, mijita —le contestó el Señor—. Ya verás cómo vamos a hacé la cosa. Tú te quedas asina como estás, sobre el topo del cerro y yo te me quedaré mirando, mirando, mirando. Si me prestas tu blancura, le pondré una luna a la noche para que no sea tan oscura.

”Bueno, pues. Dice el cuento que la niña Ana Julia se quedó quietecita y que papá Dios se la quedó mirando, mirando. Y como ella era tan blanca y él to lo puede, sucedió que la niña Ana Julia se jue poniendo brillante, brillante, brillante... Y asina se remontó por los cielos. Como la estás aguaitando ahora y ella a ti te está mirando, mirando, mirando... Y colorín y colorao, que ya mi cuento se ha acabao”.

Con esta piadosa leyenda la vieja esclava había querido depositarle en el corazón un sentimiento delicado, siquiera hacia el nombre de su madre; pero *El Cachorro* parecía insensible a las cosas tiernas y se quedó en silencio, con su mirada perdida en la serenidad de las cumbres lejanas.

Y aquella tarde, de vuelta de El Matajey, Nazaria caminó pensativa.

—¿Será que habrá heredado aquello? Asina mismo, como ambilá, estuvo miya blanca desde la hora y punto en que empezó a tráilo al mundo.

Otras veces era el negro Tapipe quien se llegaba hasta El Matajey, siempre con un pretexto diferente y cuando José Trinidad no estaba allí.

Cruzaba algunas palabras con el niño, y cuando este volvía a sumirse en sus contemplaciones, Eufrasia —sabedora de que el esclavo alimentaba la esperanza de que *Negro Malo* existiese todavía y se daba todas las mañanas habidas por obtener noticias que se la confirmaran— deslizaba la invariable pregunta con que su maliciosa curiosidad la inducía a intervenir en las comidillas de la negrada de La Fundación.

—¿Qué se ha sabío?

—Naitica —fue casi siempre la respuesta.

Pero un día:

—Hay cosas —respondió el negro—. Dicen que la Blanca se está apareciendo hace noches. Que la han visto pasiándose por los corredores de la Casa Grande, asina, como muy sofocá. Yo no la he visto, la verdad sea dicha; pero valga la palabra del negro Tilingo.

—Ya me lo habían contaó —dijo Eufrasia, mintiendo, quizá sin darse cuenta.

Y Tapipa prosiguió:

—Y eso cuincide con las noticias de que por las montañas de Capaya y que anda un negro alzaó. Hay quien cuenta que le vido las güellas en la arenita de una aguá, montaña aentro.

—¿Será él?

—Eso me pregunto yo. Pero el amuleto tuavía está vivo, por lo menos, según el latío que se le escucha cuando se le arrima el oído al cabo de año de nacimiento de su dueño y que al decí de los facurtos en esas cosas, es la señal de que tuavía el dueño anda sobre la redondez de la tierra.

Esto fue todo lo que dijo Tapipa; pero Eufrasia, ya con una explicación de las que complacían su alma simple, aquella tarde no pudo contener el deseo de compartirla con José Trinidad.

—¿Sabes la noticia? —le preguntó, mientras soplaba el fogón adonde él se acercó por una brasa para su tabaco, ellos dos solos en la cocina—. Que por las montañas de Capaya y que anda un negro alzaó. Que se lo toparon en una aguá.

—Bueno —repuso Gomárez, entre chupada y chupada al tabaco que encendía—. ¿Y qué?

—¡Hombre de Dios! ¿No te explicas ahora la cosa? Ya habrás catao de ve que en la derechura de las montañas de Capaya es que se la pasa mirando *El Cachorro*.

José Trinidad se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Y qué tiene que ve una cosa con otra? Vamos a suponé que fuera cierto lo del negro alzo y lo de la mirá pa las montañas de Capaya, que no es sino una figuración de tu cabeza. ¿Eso qué significa?

—Vamos a suponé —te digo yo ahora— que el negro alzo fuera *Negro Malo*...

—Bueno. ¿Y qué?

—¡Ah caramba, José Trinidad! ¿En qué mes naciste tú, chico? ¿En el de febrero, que es el mes que siempre se queda por el camino?... ¿Tuavía no te percatas? Pues, mira, José Trinidad, voy a tené que decirte que no puedes ocultá el isleño.

—¿Es que tú te imaginas?...

—No te atarugues, hombre de Dios. Acaba de decilo: que nos engañaron como a unos zoquetes. Es decil: que te engañaron a ti, porque lo que fui yo siempre puse en dudas el cuentecito que nos echó don Fermín.

—¡Mujer! Voy a tené que decite, repito yo ahora, que pa las malicias mujer y diablo.

Y abandonó la cocina donde ella se quedó murmurando:

—Por lo malas que semos nos buscan ustedes. Tú dí lo que te parezca. Di también que to esto lo hago porque no quiero a Pedro Miguel... Si ya me parece está oyéndote... ¡Que no lo quiero! Yo que me he desvivío por él y no miro sino por sus ojos. ¡Eso era lo que me faltaba!

Y esto lo decía ya entre sollozos.

Mientras José Trinidad, a solas ante el campo atardecido:

—¡Miren qué contrariedad de mujé! Lo quiere más que a hijo verdadero y, sin embargo, no ha estao tranquila hasta averiguá de quién... Pedro Miguel. Ven acá, muchacho. ¿Cuándo te cansarás de mirá pa los montes, criatura? Vente a conversá conmigo un rato.

Pero al día siguiente se le presentó a Fermín Alcorta con estas novedades:

—¿Sabe, don Fermín? Se me ha deparao una buena proporción de encargarme de una hacienda, allá por los laos de San Francisco de Yare. Me mandó a

avisá mi hermana, la que vive por allá... Y... Y con este motivo vengo a decile que las vegas de El Matajey están otra vuelta, desde esta hora y punto, a su completa disposición.

—¿A mi disposición? ¿Es que me propones que te las compre? —puntualizó Fermín Alcorta.

—No, señor. Es que... Que no voy a continuar trabajándolas, don Fermín.

—Son el justo precio de un pacto que has cumplido con lealtad.

—Yo sí, don Fermín —dijo, bajando la cabeza como para atender a la limpieza del sombrero que tenía en las manos y del cual sacudía el polvo que realmente hubiere y el que no existía—. A lo menos asina lo creo.

—Entonces... ¿Qué te pasa, hombre? Explícate mejor.

Guardó silencio un momento y luego:

—Mire, don Fermín. Ya que usted se empeña. Si en una comparación a usted le hubieran dao a guardá un dinero, pero diciéndole que no era dinero, sino otra cosa de poco valor o de ninguno, ya que estamos haciendo suposiciones, y andando el tiempo usted llegara a descubrir que en realidá eran onzas de oro...

Se interrumpió de pronto, pero continuando con lo del sombrero. Fermín Alcorta comprendió y a su vez humilló la mirada. Era la primera vez que alguien podía ser osado a decirle que había faltado a la verdad y a la franqueza. José Trinidad abandonó el tema y concluyó:

—Ya le digo, don Fermín. Es que se me ha presentao una buena proporción.

Y Fermín Alcorta cometió la debilidad de dar por terminada la entrevista con estas palabras:

—Bien. Si allá está tu mayor conveniencia, no insistiré más. Lamentaré que te vayas de por aquí donde se te estima como lo mereces. Y te deseo buen éxito.

Puesta por obra la determinación, días después abandonaban los Gomáñez las vegas de El Matajey, con sus tres hijas por delante, y Pedro Miguel entre ambos, camino de los Valles del Tuy, donde los esperaba una suerte problemática: el trabajo que por allá encontrarán.

Y Eufrasia, encarnizados los ojos, todavía se los restregaba, recriminándose mentalmente:

—Qué hora tan menguá la de esta tarde, junto al fogón.

La herencia de don nadie

Había duelo en la casa de los Céspedes, por la muerte de Amelia días antes, y estaban las hermanas doloridas en la galería, ya a la obscurecida, recibiendo las visitas de pésame, cuando las sorprendió la pregunta sin preámbulos de uno que acababa de detenerse en la puerta del patio:

—¿Cuántas criaturas dejó?

No se había sacado el sombrero, aludo y metido hasta las orejas, usaba gafas y cabalgándole en la punta de la nariz, pero había inclinado la cabeza para mirar por encima de ellas. Quedábanle grandes las prendas del vestido todo arrugas, traía atestados de libros los bolsillos, que más parecían alforjas, y el polvo amarillo del camino ocultaba el color de sus zapatos.

—Cuatro —respondió automáticamente una de las doloridas.

—No está mal cumplido el precepto bíblico —dijo el de la puerta, retirándose de ella en seguida para dirigirse al interior de la casa.

A tiempo que la otra Céspedes —solteras ambas— exclamaba, levantándose del asiento:

—¡Pero si es Cecilio!

—¡Válgame Dios! —dice la de la respuesta automática, levantándose también—. ¿Cómo es posible que yo no lo haya reconocido?

Pero ambas recordaron en seguida que al hermano extravagante no le agradaban recibimientos efusivos, ni siquiera simples saludos —no era la primera vez que, sin dirigirlos ni prestarse a recibirlos, regresaba a la casa después de largas ausencias—, y volvieron a sus asientos murmurando:

—¡Este Cecilio y sus cosas! ¡El mismo de siempre!

Mientras las visitantes coreaban:

—¡Genio y figura!

Y fue así como el licenciado Céspedes se reincorporó al seno de la familia, de donde faltaba hacía diez años.

Fue el día de la muerte de Ana Julia Alcorta, a quien hubo de asistir en sus trances postreros a fin de que todo quedase en el secreto familiar. Le cerró los ojos, la besó en la frente —nadie había sospechado que la amase—, abandonó la Casa Grande, y sin regresar a la suya, tal como de allí salía, emprendió viaje que ahora acababa de terminar, después de haberse recorrido a pie casi todos los caminos del país.

Subió a las habitaciones que le estaban destinadas en el alto de la casa solariega, abrió la puerta de su biblioteca, en cuya cerradura, como de costumbre, estaba la llave y al echar de menos la babélica confusión que, por el suelo, sobre las mesas y en los anaqueles, siempre había reinado entre sus libros, escritos en todas las lenguas, vivas y muertas, se detuvo en el umbral y preguntó en voz alta, hacia la galería:

—¿Quién ha metido aquí la mano irreverente?

—Cecilio, el de Fermín —respondieronle de allá.

—¡Ah! —exclamó memorioso, y penetró en el recinto donde solía pasarse la mayor parte del tiempo cuando estaba en casa.

Se sacó de los bolsillos los libros que todavía venían a enriquecer la ya extraordinaria colección, los arrojó sobre el escritorio a como cayesen, se acercó a los estantes donde ahora imperaba la tiranía del orden, leyó algunos títulos —previo el quitarse las gafas, que en realidad no las necesitaba para nada—, hojeó algunas páginas, restituyó los volúmenes a sus sitios, y como en seguida

advertiese que todos los había puesto de cabeza, los enderezó sonriendo a la voluntad del sobrino que ya se le imponía —siéndole propiamente desconocido, pues lo dejó de meses apenas— y luego fue a sentarse al escritorio, en el sillón fruiluno de alto respaldar, donde reclinó la cabeza, cerrados los ojos para que la visión real no estorbase a la interna.

—¡Cecilio el joven, Cecilio el viejo! —murmuró quedamente— envejecer pasar, hundirse en el olvido.

Matemáticas, medicina, jurisprudencia... A la remisa luz de las claraboyas brillaba discretamente el oro de los lomos de los volúmenes alineados en los estantes. Astronomía, física, botánica, historia, teologías, filosofías... Todas las lenguas en que se había expresado el pensamiento y realizado el arte del verso y de la prosa... Ya era antigua la costumbre de decir los Céspedes:

—Dos cosas nadie las descubrirá nunca: ni cuándo el pez bebe agua ni cuándo y cómo pudo aprender Cecilio todo lo que sabe.

Viajando siempre a pie y con aquellas alforjas, adquiriendo aquí y allá cuanto libro interesante le cayese ante la vista. Pero no propiamente por el deseo de saber, sino más bien por el propósito, ya extravagante, de no ignorar nada que por otros fuese sabido.

—¡Reproducirse, morir!...

Había cumplido ya los cuarenta, célibe, sin haber depositado en carne de amor otro beso que el que recogió aquella frente inerte.

—¡Puah! ¿Cuándo encontrará la vida ocupación menos estúpida?

Ya no brillaba el oro en los anaqueles. Ya se podía abrir los ojos sin que se desvaneciese la visión interna. Pero el andarín caviloso se puso de pie murmurando:

—¡En fin! Vamos a conocer a las criaturas de Amelia.

Rodeado de ellas lo recibió Fermín Alcorta, a fin de que fuese más patética su viudez, y como le gustaba oírse, así se las fue presentando:

—Este es Cecilio, en quien tengo cifradas todas mis esperanzas de perpetuación del patronímico, después de haber perdido a Carlos y a Fermín. Lo

dejaste de un año apenas y te encuentras con un gran afecto en su pequeño corazón. Anhela ser tu discípulo, ambicionando imitarte en todo lo que sabes. Las letras, pues, ya en casa, como quien no dice nada. Y las virtudes domésticas, que esas sí nunca han faltado bajo esos techos, aquí de menor a mayor: la gracia, a quien le decimos Aurelia, en esta chinguita de siete apenas; la ternura que ya viene apuntando en esta Carmela, que pronto cumplirá los nueve y finalmente, Luisana, de doce cumplidos hace cuatro meses, una cosa muy especial que ayer no más llamé la sal de la casa, por motivos que ya se te alcanzarán cuando la vayas conociendo mejor. Por ahora, ya podrás observar cómo se le arriman las hermanitas menores, buscando la madre que han perdido.

—¡Bien, hombre, bien! —exclamó Cecilio el viejo—. Ya me has presentado a tus hijitos y me complace encontrarlos sanos y rozagantes. Que así se te conserven siempre. Ya también tuve el gusto de hallar así, aunque no en El Matajey, donde me lo imaginaba...

Pero una de sus hermanas, que asistían a la entrevista, rompió a toser, por motivos que no parecían estar en sus vías respiratorias, a tiempo que la otra exclamaba para impedirle que continuase:

—¡Cecilio!

Y Fermín Alcorta se apresuró a agregar:

—Cecilio quiere contarnos sus viajes, pero ha cometido el error de empezar ya por el fin. ¿No será mejor, querido cuñado, que comiences un poco más atrás de El Matajey?

Con las manos apoyadas en la cintura y por encima de las gafas, el licenciado latinista los miró uno a uno, exclamando:

—¡*Vanitas, vanitatis!*

Y dirigiéndose en seguida al sobrino de su nombre, que a todas estas no había quitado de él sus ojos afectuosos y admirativos:

—Aprende esto, tocayo, que ya estoy enseñándote:

Dos cosas roen y roen
en las casas solariegas:

orgullo los corazones
y polilla las maderas.

Repitió el niño la estrofa, con emoción de aprovechamiento de las enseñanzas del maestro anhelado, y este aprobó:

—¡Bravo, bravo! En el principio fue el loro y por el repetir le entró el comprender, por lo que vino a llamársele hombre. Retentiva no te falta.

Pero don Fermín intervino:

—Bueno, hijitos. Ya conocieron al tío famoso y es hora de dormir. Dios me los bendiga.

Se retiraron los niños y Cecilio el viejo se encaró con el cuñado y las hermanas, por la interrupción que le habían hecho:

—¿Quiere decir que en esta casa no se puede mencionar al hijo de Ana Julia?

—En esta casa, querido Cecilio —repuso Fermín—, donde no hacen falta consejos cristianos, porque se sabe practicar la doctrina de Cristo, se ha echado un manto de piadoso olvido sobre toda esa historia de dolor y de vergüenza y yo espero que no se la referirás nunca a mis hijos.

—¿Que no? En cuanto sean capaces de entenderla. ¡No faltaba más! Y llamando al pan pan y al vino vino, como hay que decir las cosas, a fin de que aprendan a curarse en salud de necedades de linaje y a sacar, aun de las más ruines enseñanzas de la vida un noble respeto por el ser humano que entre sus garras se debate con sus miserias o su infortunio. ¡No faltaba más! Si ya me parece que tarda demasiado la hora de decirles que Ana Julia Alcorta fue la única persona verdaderamente decente que ha nacido bajo estos techos.

—¡Cecilio, por Dios! —volvió a exclamar una de las Céspedes, mientras la otra recurría de nuevo a su tos.

Pero el licenciado se les encaró:

—Tú, no ofendas a tu Dios invocándolo en auxilio de tu necesidad, y tú cúrate ese catarro impertinente que no te deja estar entre personas sensatas.

—¡Bueno, hombre! —intervino Fermín—. Dejemos esto, a lo menos por el momento. Porque supongo que no habrás venido a hurgarme las llagas.

—A hurgártelas no, propiamente, porque no me agradan porquerías; pero sí a limpiártelas del pus maligno de la humana necedad, a restregártelas bien para luego cauterizártelas y así se te curen de una vez.

Las Céspedes se torcieron los ojos mutuamente y Fermín replicó:

—El agua y el consejo, querido cuñado, cuando se piden.

—¡Pues por ahí te pudras! ¿Qué más da, después de todo?

Pero ambos se profesaban mutuamente muy especial afecto y Cecilio el viejo después de haber recorrido de punta a punta, dos o tres veces, el corredor donde esto ocurría, se le plantó por delante a Fermín, preguntándole:

—¿Y qué? ¿Te hacía falta mi presencia en estos momentos?

—¡Claro, hombre! —repuso Alcorta emocionado.

—Pues por eso vine.

—No sabes cómo te lo agradezco. Amelia me ha dejado muy solo. ¡Demasiado solo!

—¡Bah! No hables así. Te han quedado tus hijos y aquí está este mala cabeza para hacerte rabiar a ratos y así distraerte.

Las Céspedes se miraron de otro modo y se les salieron las lágrimas.

—Tenemos mucho que hablar —dijo Fermín—. Supongo que habrás venido a echar raíces después de tanto vagar. Por aquí han llegado noticias de ti, de tiempo en tiempo, a falta de las que nunca quisiste enviarnos directamente, en unas cuatro letras que poco trabajo te habrían costado. Noticias un poco extravagantes, por cierto: que una vez, no recuerdo en cuál pueblo de los Andes, te vieron haciendo de albéitar que en otra parte, a qué sé yo cuántas leguas de distancia, te descubrieron desempeñando oficios de sastre; que en otro extremo del país te tropezaron de ebanista; que hasta de albañil te encontraron una vez, allá por los quilombos.

—¡Je, je! —hizo el licenciado—. El mundo es pequeño y no hay manera de escapar al figoneo del prójimo.

—Y a todas éstas —prosiguió Fermín— aquí nos decíamos y nos preguntábamos: ¿cómo es posible que con tanta ciencia y tanta letra para ejercicio

decoroso, conforme al rango, le dé a Cecilio por exhibirse dedicado a oficios de artesanos? ¡Más aún, ahora que recuerdo! Alguien me contó que te había encontrado una vez en una aguada próxima a una ranchería de camino, bañando una bestia ajena, de un viajero, que a esto te mandó, tomándote por un peón de la casa.

—No es muy exacta tu referencia —díjole el extravagante—. No fue en la aguada donde me vio, sino regresando yo a la ranchería con la mula de diestro y mi totumita en la mano.

—¡Hombre, por Dios!

—¿Qué?

—Que esos oficios...

—Son la mayor parte de la riqueza que llevo siempre conmigo. Pues has de saber, Fermín de mis tormentos, que por esos mundos de Dios vivo y medro de oficios trocados. Quien tiene el alimento, bien o mal guisado, que mi estómago reclama para hacer la porquería que acostumbra...

—¡Cecilio!

—¡Sí, señorita! Así hay que llamar las cosas. O las varas de tela sin las cuales encima no me permite la malicia humana andar por las calles o los caminos, generalmente necesita de algún servicio recíproco. Entramos en conversación, calculamos la equivalencia, hacemos el trueque y así vamos tirando todos por el mundo.

—Y cuando el trueque no sea posible —objetó Fermín, ya más interesado en oírlo que en persuadirlo—, porque no siempre lo será, ¿cómo te las arreglas?

—Siempre habrá un tercero que de mí reciba y al otro dé por mí. Servicio o dinero, allá ellos.

—Es complicarse la vida sin necesidad ni motivo.

—Te equivocas. Es simplificarla, por lo contrario, y además restituírle su antigua nobleza. Porque has de saber que el dinero prostituye la dignidad del trabajo humano, que solo por trabajo vivo puede cambiarse sin que el espíritu

corra peligro, siendo ya muerto y, por lo tanto, corrupto el que contiene la moneda. Pagarle con ella a alguien lo que de alguien necesitamos es pecar contra el Espíritu, dicho sea con palabras de las Escrituras, porque es contribuir a la codicia. La mayor de las miserias en que puede caer el ser humano.

—Siendo así —dijo Fermín Alcorta— me has frustrado un placer.

—¿Cuál?

—El que me prometía darme al rendirte las cuentas de mi administración de tus tierras de El Altozano, que por cierto están dando el mejor cacao de por aquí. Cuentas que son dinero contante y sonante.

—¿A ver, a ver! —hizo Cecilio el viejo, plantándosele por delante y mirándolo por encima de los espejuelos—. ¿Qué tierras ni qué cacaos pueden ser esos que alguien llama míos?

—Tu parte de la herencia de mamá —intervino una de las Céspedes. Y la otra completó:

—Fermín te las administra, lo mismo que las nuestras.

—Pero ¿no manifesté ya mi voluntad de renunciar a la propiedad de esas tierras en beneficio de don Nadie?

Y en seguida, dándose una palmada en la frente:

—¿Don Nadie! ¡Pero si me lo he tropezado por el camino y no le he dicho nada! ¡Qué cabeza la mía!

Y cogió la puerta de la calle.

—¿Adónde vas, hombre? —inquirió Fermín Alcorta.

—Ahí mismo —le respondió, ya en el zaguán—. Dos días para ir y otros tantos para volver.

El cuñado y las hermanas se cruzaron las miradas, haciéndose la misma pregunta mental:

—¿Estará loco de remate?

Días después regresaba de nuevo, diciéndole a Fermín:

—Ya don Nadie está en posesión de El Altozano. En representación de él, que es menor de edad, vendrá por aquí José Trinidad Gomárez a recibir las cuentas que me tenías reservadas. Allá los dejé instalados.

Fermín Alcorta se quedó mirándolo en silencio, a tiempo que hacía memorias de aquel beso sobre la frente inerte, y ya no le pareció que estuviera loco. Luego murmuró, emocionadamente:

—¡Cecilio! ¡Cecilio!

Nostalgias y pedagogías

José Trinidad Gomárez, con todo lo testarudo que era, ya había tenido tiempo de arrepentirse de los excesos a que lo indujo aquel inmoderado resentimiento de susceptibilidad, y por otra parte fue tanto lo que a diario suspiró Eufrasia por el perdido bien de El Matajey y lo que sensatamente argumentó en defensa de don Fermín Alcorta, que en nada podía haberlos ofendido con aquella invención encubridora del verdadero origen del repudiado —por grande que fuera la confianza a que ellos lo hubiesen obligado con su lealtad bien probada—, que al licenciado Céspedes no le costó trabajo persuadirlo a regresarse a las vegas para que desde allí atendiese, a la vez, a las colindantes plantaciones de El Altozano, que desde luego se las legaba a Pedro Miguel.

—Bueno, don Cecilio —díjole—. Siendo esa su voluntad de usted, no puedo negarme a administrarle esas tierras al muchacho, en el ínterin que él pueda hacerse cargo de ellas; pero en tocante a las vegas de El Matajey, donde nos instalaremos tan y mientras me fabrique un rancho en El Altozano, está de por medio la voluntad de don Fermín, que puede habé cambio después de la malacrianza que le hice, como ahora lo reconozco.

Pero lo que en realidad cambió fue la conducta, hasta allí indiferente, que Fermín Alcorta venía observando respecto a Pedro Miguel, pues una vez rendidas a Gomárez —y en la propia casa de este, antes de que pudiera ir a recla-

márselas, por aquello de nobleza obliga— las cuentas de El Altozano y luego las de las cosechas recogidas en El Matajey durante la ausencia de su legítimo dueño, díjole:

—Quiero que te encargues de la mayordomía de La Fundación y especialmente de la administración total y autónoma de unas plantaciones que incorporadas a El Altozano, con el cual colindan, formarán el patrimonio aparte de Pedro Miguel. Cecilio y yo estamos estudiando la forma más conveniente para el traspaso de esas propiedades, y ya te comunicaremos lo que hayamos resuelto. Y quiero, finalmente, que sepas que en ti, hoy como antes, está puesta toda mi confianza.

Pero si de este modo, y por obra de la emulación generosa que le despertó el acto de desprendimiento del cuñado, ya comenzaba a preocuparse por la suerte futura del repudiado de su familia, pronto empezó a disputarle un afecto que, inclinándose demasiado —como ya parecía estarlo—, frustrase las tiernas esperanzas de predilección que Cecilio, el suyo, tenía puesta en el viejo.

Diariamente iba este a El Matajey en busca de Pedro Miguel para llevárselo consigo por los campos de los alrededores —lo que daba origen a que las Céspedes, escandalizadas, y aun el mismo Fermín Alcorta diesen ya como un hecho la adopción—, y entretanto Cecilio el joven no veía llegar el día de que lo tomase por discípulo, ni se hacía ya grandes ilusiones respecto al amor del tío, pues casi no le dirigía la palabra, y por las que él se atrevía a formular en presencia suya —un poco enfáticas, de talento precoz— quedábase mirándolo por encima de las gafas con cierto aire burlón.

En realidad, al proceder así Cecilio el viejo no lo hacía por desamor, sino ya en ejercicio de maestro, explorando el alma del discípulo para trazarse la regla de conducta adecuada y estimulando, a su manera siempre un tanto paradójica, los sentimientos más propicios a sus pedagogías, especialmente el de la rivalidad con Pedro Miguel, entre otras razones porque ya había descubierto que el espíritu de Cecilio era pobre en instintos egoístas y nada propenso a las

formas del odio —eminentemente creadoras, decía el maestro —y era necesario sacudirle un poco la bestia así adormecida.

Por fin, juzgó oportuno comenzar y fue por la tarde, a orillas del mar, adonde se lo había llevado consigo sin decirle para qué.

Cerca desembocaba el Tuy, cuyas aguas solían arrastrar, por la época de las crecidas, troncos de árboles de las haciendas ribereñas que luego el oleaje iba arrojando a las playas, y tomando asiento sobre uno de ellos maestro y discípulo, así comenzó el primero:

—¿Qué es eso?

—El mar —respondió sonriendo el del talento precoz.

—¿Y eso?

—Esas son las olas —repuso, ya sin sonrisa, ahora con extrañeza.

—¿Para qué sirven?

Comprendió Cecilio el joven que por este interrogatorio, al principio aparentemente inexplicable, ya comenzaba la lección y se quedó mirando al maestro, emocionado hasta el punto de no poder hablar.

—¿Para qué vienen a morir en la playa, unas tras otras, constantemente, obstinadamente? —insistió Cecilio el viejo—. ¿Qué utilidad tiene la fuerza que las produce y las empuja?

—Ninguna —balbuceó el discípulo, casi exclamativamente.

Y el extravagante maestro, a gritos:

—¡Muy bien! ¡Estupendo! Eres un muchacho genial. De golpe y porrazo, y como quien no dice nada, ya has penetrado el enigma del universo. ¡Ninguna utilidad! ¡Magnífico! Quien así empieza ya nada tiene que temer de lo que aprenda.

Y sacándose de uno de los bolsillos un tomito primorosamente empastado por él mismo:

—Pues bien: eso no sucede solamente con las olas del mar, sino que también es la ley que rige la sabiduría humana. Tú estás al borde de ella —¡desdichado de ti que has nacido con la funesta inclinación!—, pero de mí no podrás decir

mañana que te he engañado haciéndote concebir ambiciones de utilidad. Y la prueba al canto. ¿Qué será lo más inútil en materia de aprendizaje? Es difícil determinarlo de momento, pero convengamos en que una de las cosas más inútiles es el griego, y especialmente la poesía griega antigua. Pues ¡a ello, precisamente! Esta es la *Iliada*, en la lengua original. La compuso un tal Homero, y vamos a ver qué nos dice que para algo nos sirva. Digerir es eliminar después de atiborrarse, y así pasa con el aprender. Pero antes de averiguar qué nos dice Homero, toma nota de esto para que en salud te cures de vanidades intelectuales: el espíritu necesita de un papel cuando va a empezar a nutrirse y el cuerpo cuando ya terminó. ¿Has comprendido? ¡Claro que sí, tunante, pues tan sabroso te ríes! No hay duda de que eres un muchacho genial.

Y por la *Iliada*, en griego, comenzó Cecilio el joven.

Método, ninguno. La falta absoluta de él, por lo contrario. Acaso el maestro habría descubierto en el discípulo —por aquello de los libros de su biblioteca y luego con sus exploraciones por encima de las gafas— un espíritu excesivamente metódico, tan poderosamente organizador que fuera necesario introducir en él desde temprano cierto desorden, a fin de que aquella facultad tuviera en qué ejercitarse creadoramente; pero el hecho fue que así aprendió Cecilio el joven y desde los comienzos bastante bien.

Ambicionaba el maestro crearle un espíritu revolucionario, propósito nunca expresado por consecuencia con su principio pedagógico, excluyente de toda insinuación que pudiera desviar el alma del discípulo de su natural desenvolvimiento o siquiera la privase del goce fecundo de su libre y total iniciativa; más paradójicamente perseguido, conforme a lo de “digerir es eliminar después de haberse atiborrado”, por medio de una cultura clásica y libresca, de la cual esperaba que lo hastiase y por reacción espontánea lo lanzara por sus propios caminos, con las inquietudes de su tiempo, de cara al porvenir. Pero Cecilio se iba apegando más y más a las formas serenas de la contemplación del pasado a que lo invitaban sus clásicos predilectos y de las manos del humanista extrava-

gante no iba saliendo sino el humanista de alma complacida en el armonioso espectáculo del pensamiento bien expresado.

—¿Fracasaré? —preguntábase a menudo Cecilio el viejo—. ¿No habrá en este chico una partícula de espíritu de rebeldía o siquiera de contradicción, un palmo de tierra propicia donde pueda arrojar su semilla el Gran Sembrador?

Pero confiando aún en el afecto atiborrante, ya le había franqueado totalmente la entrada a saco en aquella torre de Babel de su biblioteca, de donde salía Cecilio el joven, según las palabras del otro:

—Chorreado emoción de clásicos. ¡Qué porquería!

Alternando métodos, aunque siempre conforme a su principio fundamental, eran los paseos con Pedro Miguel por las mañanas generalmente. Cuestas repechadas, hablando él de cosas del campo —de los cuidados que exigían las tierras, de las propiedades de las plantas y las costumbres de los animales—, escuchándolo en silencio el muchacho comunicativo. Descanso sobre las lomas, ante el panorama de monte y de mar ancho y desierto.

—¿En qué piensas?

—En nada —respondía el taciturno.

—¡Naturalísimo! ¡Naturalísimo! Don Nadie no debe pensar en nada. Don Nadie ha de estar siempre en blanco. ¿Sabes lo que es estar en blanco? Pues no te hace falta, tampoco. Generalmente, eso del pensar viene del leer. Pero ¿a quién se le puede ocurrir que don Nadie deba aprender a leer?

Pedro Miguel no replicaba palabra, pero se amoscaba y protestaba en su interior por lo de don Nadie, que ya no se lo apeaba don Cecilio, siendo, sin embargo, muy simpático.

Era porque el muchacho, todavía analfabeto ya de doce años cumplidos, se negaba a recibir las lecciones que quería darle Cecilio el joven, en cuya alma generosa, tan pronto como el maestro le refirió aquella historia de dolor y de vergüenza, se había despertado un tierno afecto por el repudiado de su familia.

Pero este tenía ya la suya toda puesta en la aprensión contra los mantuanos —movimiento espontáneo de su corazón que no había podido desviárselo

José Trinidad Gomález, ni con su ejemplo de fidelidad a los Alcortas ni con sus frecuentes alabanzas de las buenas condiciones de estos—, y cada vez que aquel trataba de acercársele, él se apartaba huraño y diciéndose:

—¿Qué vendrá buscando conmigo este jipatico pretensioso?

Cecilio no podía saber que bajo esta aversión se disimulaba una profunda simpatía, para la cual no tenía modos de expresión el alma cerril; pero en todo caso, habiendo sido con él más generosa la vida, a él le correspondía mostrarse así.

Cecilio el viejo había querido que fuese el joven quien desasnase a *El Cachorro*, y como no se le escapaba que en este todo era espíritu de contradicción, insistía en su sistema de provocar reacciones, hasta que un día logró que el arisco le dijese al empeñado:

—Bueno, pues. Ya que tanto se empeña, enséñeme a leer pa que me deje tranquilo.

Y este fue un día de inolvidables satisfacciones para el joven humanista.

En cuanto a las lecciones que de viva voz este recibía del maestro, ni aun continuidad pudieron tener, pues de súbito y cuando más interesado iba el discípulo, le entraba al andarín la tarantera irrefrenable.

Ya sabía aquel, sin embargo, cuándo venía esto. Lo anunciaba cierta melancolía que se apoderaba de Cecilio el viejo, y luego algo así como una lucha interior entre su querer hacerle alguna íntima y dolorosa confidencia y un callar forzoso, acaso tiranía del habitual misterio en que había querido mantener las cosas de su corazón o verdadero temor de un desgarramiento de alma.

Era por atardeceres, invariablemente y a la acostumbrada orilla del mar. Se había interrumpido de pronto la enseñanza, lectura o lección de viva voz y Cecilio el viejo se quedaba mirando por encima de sus espejuelos la línea indecisa del horizonte, se volvía luego de súbito hacia el sobrino silencioso, se apoyaba su mano velluda en la pierna, contraía el ceño en actitud de determinación penosa y finalmente, siempre lo mismo:

—¡Puah! —hacía, acompañando la interjección menospreciativa con el ademán que se emplea para espantar una mosca importuna.

Luego se ponía de pie, diciendo:

—Mañana no me esperes.

Y desaparecía del pueblo, por días, por meses, durante los cuales nunca se recibían noticias suyas.

Ni las daba tampoco de aquellas andanzas a su regreso, ni ya se las pedía Cecilio el joven desde que, habiéndole preguntado una vez cómo eran las distintas regiones del país por donde tanto había viajado, le respondió:

—Yo sé cómo son, pero a nadie se lo he preguntado. Querer viajar sin moverse de un sitio, a través de relatos escritos o hablados, es vicio feo que perjudica la salud del espíritu, como todo placer solitario. La imaginación, para crear. No acostumbres la tuya a complacencias de hembra, pues solo de hembras es recibir. Tú, da.

Andando el tiempo fueron haciéndose más y más frecuentes aquellas repentina melancolía y silenciosa lucha interior que terminaban con el ademán despectivo, a la vez que más y más largas las ausencias del andarín insosegable. Hasta que una tarde le dijo al discípulo:

—Se acabaron las andaderas. Ya tienes quince años y puedes valerte por ti solo. Anda a casa, aduéñate de mi biblioteca, que ya te pertenece, coge los libros que más te interesen y encárate a solas con ellos como lo hice yo. Me marcho mañana y tal vez no volvamos a vernos. Además, tu padre piensa enviarte a Caracas para que regularices y perfecciones tus estudios.

Y al cabo de una pausa emocionada, durante la cual oprimió la diestra del joven de las más tiernas predilecciones de su corazón:

—Pero antes de separarnos, quizá para siempre, quiero darte mi última lección. Se avecinan tiempos difíciles para nuestra patria y particularmente para las familias que, como las de los Alcortas y los Céspedes, empezaron a perder su reponderancia social y política, con la guerra de la independencia; pero es necesario que tengas siempre presente que no hay que echar de menos lo que

destruyó esa guerra, pues no era realmente nuestro. La colonia, con su espíritu de orden, y, por consiguiente, jerárquico, no la produjo este suelo, sino que la toleró trasplantada, solamente. Era un jardín de plantas exóticas, muy bien trazado, muy apacible, muy señorial —¡todo lo que se quiera!—; pero postizo y por lo tanto precario. Y más aún por ser un jardín de casa pobre. En cambio, lo que esa guerra puso en pie es lo genuinamente nuestro: la democracia del campamento, el mantuano junto con el descamisado comiendo del mismo tasajo, el señorito Bolívar codo a codo con el Negro Primero. El “aquí somos todos iguales”, el “sobre yo, mi sombrero”, el empuje, la garra, el desorden. ¡Nuestro Señor el Desorden! ¡Bendito sea! Porque demuestra que este pueblo está vivo. Los que todavía se empeñan en conservar o replantar aquel jardincito son los muertos, las almas en pena de la superstición popular que se aparecen remedando lo que en vida hicieron mal. Hay que echarles el *requiescat in pace*, para que desaparezcan a sus limbos y le dejen la tierra al Gran Sembrador. No me vayas a resultar tú uno de esos muertos, porque te echo el latinazo y sigo mi camino.

Y al día siguiente, una vez más, había desaparecido del pueblo, camino adelante, a pie, con sus gafas sobre la punta de la nariz y un par de libros raros en los bolsillos, que él mismo se los hacía grandes como alforjas, solo para llevar dentro de ellos lectura para los descansos, a la sombra de los árboles.

Día de acontecimientos

Aristocracia provinciana, si no de ilustre linaje, sí de rancio orgullo bien encajado dentro de la sencillez pueblerina y por esto alejado de los altos cargos políticos de la república, los Alcortas no habían tenido ocasión de que resplandeciese el patronímico, sino con el brillo doméstico de las virtudes privadas. Nunca hubo entre ellos sino hombres honestos y laboriosos, solo aptos para conservar la hacienda y el decoro tradicional de la familia o para ejercer, dentro de los reducidos términos del humilde y apacible rincón provinciano, el saludable y patriarcal ascendiente de un ejemplo honroso o un consejo discreto. Bien estaban así, satisfechos de sí mismos y acatados, disfrutando con sueño tranquilo y frente erguida —todos habían empleado la frase— de la sosegada existencia que podía brindarles aquel pueblo donde eran los principales desde tiempos ya lejanos y nada más habría ambicionado don Fermín si no le hubiese salido Cecilio, el suyo —como él decía, no solo para distinguirlo del otro, sino para darse también soberano gusto de padre orgulloso de su engendro—, con todo aquel gran talento y otras brillantes cualidades que se lo adornaban, entre ellas muy destacadamente la del extraordinario instrumento de expresión que ya estaba sacando.

Acaso sobreestimara el padre lo bien hablado que era el hijo, pero de todos modos no podían quedar dudas de que a Cecilio el joven le agradaba oírse y

como el buen decir estaba en lugar preeminente del gusto de la época, toda la parentela admitió complacida que de allí iba a salir un gran orador, excepto quizá Cecilio el viejo, de cuya sonrisa cuando el discípulo abría el pico de oro, no se sabía si era de burla o de gusto. En cuanto a don Fermín, que en secreto acariciaba veleidades parlamentarias —muy del tiempo—, ya que a él no se le había deparado la ocasión, se complacía en imaginarse a Cecilio pronunciando alguna vez un gran discurso en el Congreso y así entrando en la Historia.

Porque Cecilio llegaría a orador famoso —aseguraba el padre—, y con el brillo de su elocuencia y la sustancia de su talento se abriría paso rápidamente hacia las cumbres de la política y sería el primer Alcorta ilustre, que ya era tiempo de que alguno lo fuese y pasara a la Historia, pues si bien estaba que el nombre estuviese bien tenido, mejor sería que fuera ilustremente perpetuado.

Y para que esto sucediese y él lo viera, decidió enviar a Cecilio a Caracas a fin de que completase y perfeccionase los estudios que a duras penas iba haciendo en el pueblo bajo la intermitente dirección del pedagogo del aforismo: digerir es eliminar después de haberse atiborrado.

Dispuesto el viaje, llegó la hora de emprenderlo y don Fermín, aprovechando la banal emoción de las despedidas, de esta manera la proyectó al plano de los acontecimientos trascendentales:

—¡Hijos! Ha llegado el momento solemne, tanto tiempo esperado por mi corazón: un Alcorta va a entrar en la Historia.

Luisana dio un respingo, pero Cecilio le torció los ojos y ella, bajando los suyos, guardó circunspección mientras el padre continuaba:

—Cecilio va a procurarse la preparación indispensable para ser mañana un hombre de provecho, útil a la Patria que mucho empieza ya a padecer por falta de ellos. Pidámosle a Dios que ilumine su inteligencia y conduzca siempre su corazón por el buen camino.

Mucho más largo y más florido iba a ser el discurso de Fermín Alcorta, pero lo malogró Luisana con aquel respingo que no se le pasó por alto, y momentos después, ya de camino y hasta allí silencioso, así le manifestó su resentimiento:

—No eres dulce, hijita. Ya te lo he dicho.

“Sino más bien como la sal, que no se puede pasar sola, pero sin ella tampoco se tolerarían los manjares indispensables para la vida” —concluía la sentencia con que don Fermín acostumbraba aludir a las singularidades del carácter de Luisana, y esta le replicó bromista, para que así acabase de perdonarle su imprudencia:

—Y yo a usted que me haga ver con un médico, porque esos respingos que doy de pronto y sin poder evitarlos deben de ser síntomas de mal de San Vito, que me está empezando.

—¡Quita allá, tunanta! —repúsole, ya producido el efecto que buscara Luisana—, que en ti no pueden empezar males que no acaben con nuestra felicidad y mi vida. Y adelántate ahora, que ya están hechas las paces que buscabas quedándote conmigo atrás. Antoñito tendrá que decirte todavía muchas cosas, y así me dejará a Cecilio para las que aún no le he dicho.

Referíase a Antonio de Céspedes —único en su familia que se ponía el de, rescatado, según él mismo, de un culpable olvido de siglos—, primo tercero de Luisana, mutuamente enamorados desde niños y ya novios formales.

Iniciado en la carrera militar hacía tres años, en el arma de artillería, era alumno distinguido de la Academia de Matemáticas de Caracas, orgullo de los oligarcas, adonde regresaba después de vacaciones, caballero en un alazano fogoso —mejor para el paseo que para la marcha por aquellos andurriales, pero de todos modos propicio al lucimiento de la jinetía—, sofrenándolo a fin de ir emparedado con Cecilio, camino de la Historia, él también. Era un mozo fuerte, bien plantado y sin duda un poco petulante, junto al cual hacía triste figura el primo ya tragalibros, delgaducho, desgarbado y dejándose zangolotear por la mula que cabalgaba, no siendo de mala andadura.

Dirigíanse de esta manera a la capital por la vía de Caucagua y Guatire —y no por la del mar que hubiera preferido don Fermín para evitarle agujetas a su jinete bisoño—, en parte, por aquello del alazano, en el cual ya había venido Antonio y en parte porque siendo camino por donde ya se había marchado

tantas veces Cecilio el viejo, porción del mundo misterioso de sus andanzas, quería conocerlo y disfrutarlo el joven. E iban junto con ellos don Fermín y Luisana porque el camino pasaba por La Fundación, donde él tenía diarios quehaceres y adonde ella, de no presentarse esta ocasión de despedidas, quizá no habría ido nunca, pues desde los tiempos de Ana Julia no pisaban aquellas tierras mujeres de la familia.

De paso, Cecilio se despediría de los esclavos de la hacienda, que le eran especialmente adictos, y se lo demostraban llamándolo el Buen Amigo, y más adelante, si no allí mismo, de Pedro Miguel.

Por su parte, ya estaba esperándolo este, que sabía de su viaje y de su paso por la hacienda y a ella se vino en previsión de que no quisiese dar el rodeo necesario para llegar hasta El Mataje. Preparado a comportarse con él tan esquivo como de costumbre y quizá más, pero deseoso de verlo antes de que se le alejase, acaso para siempre.

—¡Qué va a acordarse más de mí, así que esté en su Caracas, con el mantuanaje de allá, que debe de ser peor que el del pueblo! Tanto empeño en enseñarme a leer y que para que me abriera buen camino en la vida... Pero la zoqueteada fue mía, que no he debido coger nunca la cartilla que me metía por los ojos... Ahora se va para la capital y luego: ¡si te he visto no me acuerdo!

Y esto lo refunfuñaba a tiempo que rastrillaba el cacao extendido en el patio de la hacienda.

Tenía catorce años y ya se había aficionado tanto al trabajo de la tierra, que cuando en las vegas de El Mataje no había qué hacer, a pesar de toda su aversión a los mantuanos no se desdeñaba de venir a arrimarle el hombro a las faenas de La Fundación, bien que no lo hacía para provecho del blanco, sino por ayudar al esclavo, ante cuya dura suerte no era insensible su corazón, y luego por darles oportunidad a los encuentros con Cecilio, que solía venir del pueblo casi todos los días con don Fermín, y en hallándolo allí ya no se le quitaba de al lado, dándole conversación mientras él manejaba el rastrillo,

encerrado en hosco mutismo o apenas respondiéndole con monosílabos, pero complacido en su compañía y en su labia.

Allí estaba desde temprano, volteando y extendiendo el cacao que tanto afán no requería; pero mirando a cada rato hacia el camino por donde debía aparecer el mantuanito.

—Ahí viene —se dijo por fin. Y su corazón palpitó aceleradamente.

Pero Cecilio se había separado de la cabalgata para internarse hasta donde una cuadrilla de esclavos destopochaba una plantación ya adulta, y los que llegaban eran sus acompañantes, que se le habían adelantado.

Don Fermín arrendó su mula a uno de los horcones del corredor de la oficina y penetró en esta. Antonio y Luisana quedáronse afuera, ella mirando hacia el patio.

—¿Qué vendrá buscando por aquí esa jipata pretensiosa? —se preguntó Pedro Miguel, que ya la conocía, de haberla visto de lejos, una vez, en el pueblo, a la salida de misa, estando él con Trinidad, quien se la mostró y se la nombró—. Ninguna vela le habían dado en este velorio. ¿Y ese que la ha ayudado a apearse, para dónde irá tan enfirolado? ¡Ah, malaya un barrizal donde el caballo se le fuera de mano!

Y agachó la cabeza para que el sombrero le ocultara la cara, afanándose en el rastrillar, porque estaban mirándolo y seguramente hablando de él.

De palabras sueltas, que siempre andan escapándose de las historias guardadas en el misterio, había sacado Luisana la verdad del triste caso de la tía Ana Julia, antes de que el licenciado Céspedes se la revelara a Cecilio y luego este a ella, con quien compartía todos sus sentimientos, le comunicara los que le inspiraba el repudiado de su familia. Y por el gesto de contrariedad que al verlo allí hizo Antonio y las mismas descripciones oídas a su hermano a propósito de él, lo reconoció al punto en el muchacho del rastrillo.

Atravesó el patio dejando al novio ocupado en revisar los aperos de su alazano y se acercó al que también era su primo, a pesar de todo, movida por la inclinación ya habitual en ella de hacer cosas fuera de lo corriente en mujeres

de su familia, todas espantadizas de la propia sombra en punto a mantuana circunspección.

Él la sintió acercársele, pero continuó en lo que estaba, haciéndose el desentendido. Ella buscó un pretexto para darle conversación, a fin de que se dejase ver la cara —y especialmente los ojos, de cuya hermosura soñadora ya le había hablado Cecilio—, y hallándolo en los velludos frutos de un guamo próximo al patio, lo abordó con el apodo que ya le conocía:

—*Cachorro*, túmbame unas guamas. En esa mata hay unas que me están aguando la boca.

Nunca le había caído mal a Pedro Miguel el sobrenombre que le daban; pero al oírsele a la mantuanita socarrona —a esto le sonó la voz— se encrespó y repuso ásperamente, sin levantar el rostro:

—Ahora no puedo. ¿No me ve ocupado? Además, yo tengo mi nombre, como usted el suyo.

—¡Altanero! —protestó Luisana, aunque sin verdadera indignación, sino disimulando la gracia que tal enriscamiento le había causado—. ¿Cómo te atreves a contestarme así?

No bien lo había dicho cuando estaba allí Antonio de Céspedes, fusta en mano airada contra el irrespetuoso, a tiempo que este levantaba la cara.

Fue brutal el castigo, y Pedro Miguel vaciló sobre sus pies aturdido por el dolor; pero ni siquiera se llevó la mano a la mejilla desgarrada. Sostuvo un rato, bravamente, la mirada del mantuano iracundo, soltó luego el rastrillo y abandonó el patio, donde hacía un trabajo que no se le remuneraba.

Luisana se quedó viéndolo alejarse a pasos bien asentados y luego, encarándose con el novio:

—No era para tanto, ni para mucho menos. Así no se maltrata a un semejante y menos a un muchacho que no tiene culpa de no haber sido educado.

—¿Lo defiendes? —replicó Antonio, con una sonrisa impertinente—. ¿Sabes quién es?

—¡Claro que sí! Y por eso mismo, precisamente.

—¡Conque esas tenemos! —exclamó el de Céspedes, acompañando su sonrisa impertinente con golpecitos de la fusta sobre las polainas.

Pero nada más contraproducente que las reticencias cuando ya a Luisana se le había disparado el carácter voluntarioso.

—¡Esas, sí! —repúsole, cara a cara—. Cualesquiera que sean las que te hayas imaginado.

Y le dio la espalda, dejándolo plantado en medio del patio, ya sin sonrisa y azotándose las polainas, que nada habían tenido que ver con todo aquello.

Fiero, insensible al dolor y con los puños apretados hasta clavarse las uñas, Pedro Miguel se internó por los cacaotales, camino del monte tupido donde nadie lo viese desahogar en llanto la cólera que no se había atrevido a descargar contra el mantuano y por ello se maldecía y allí lo encontró Luisana ratos después, sentado en el tronco de un árbol caído, los codos en las piernas y mesándose los cabellos, mientras las rabiosas lágrimas le corrían por el rostro mezcladas con la sangre.

—Pedro Miguel —díjole con voz acariciadora—, vengo a pedirte perdón y a curarte la herida que por mi culpa te han hecho. Levanta la cara.

Iba provista de lo necesario para lo que se proponía, pues ya no tendría sosiego mientras de alguna manera no reparase el daño causado, y como él permaneciese en silencio y sin cambiar de posición, ofendido ahora por la actitud compasiva después de injustamente maltratado, insistió, dándole otra vez el apodo con entonación afectuosa:

—Anda, *Cachorro*. No seas rencoroso, que ya te he pedido perdón.

—Sin tener de qué —replicó él—. ¿No es eso? Para echárselas de...

—¿De qué? —interrogó Luisana, sonriendo—. ¿A ver? ¿De qué me las quiero echar?

Y como él no se dignase responderle:

—¡Anda, tonto! Déjame curarte. Se te va a enconar esa herida.

Pero tuvo que separarle a la fuerza las manos apuñadas y levantarle la cara batallando contra su obstinada resistencia.

De pronto, sin embargo, dejó de resistirse, mas para que ella no lo viese llorar se restregó los ojos con una manotada rabiosa, llevándose los coágulos de la herida, que otra vez se le fue en sangre.

La fusta le había desgarrado la mejilla izquierda y tenía la hinchada y amoratada.

—¡Qué bruto! —exclamó Luisana, ahora transformada la compasión en un sentimiento más vivo, más cálido, más suyo—. Merece Antonio que otro más fuerte que él le haga lo mismo para que aprenda a contener la mano.

Pero estas palabras surtieron efecto contrario. Pedro Miguel apartó brusca-mente de sí la mano de la mantuana, en cuya sinceridad no podía creer y se puso de pie diciéndole, colérico:

—Déjeme tranquilo. No necesito que usted me cure, ni le estoy pidiendo que me tenga lástima.

Dijo esto cara a cara y Luisana se quedó mirándolo, contemplándolo afectuosamente. Era un muchacho de facciones toscas, pero muy expresivas, de cabellos negros y ensortijados que le hacían airosa cabeza, de color moreno, más oscuro en torno de los ojos, realmente hermosos. Y díjole:

—Ya me había contado Cecilio que eras un muchacho buenmozo. Pero también me habían dicho que eras más arisco que un animal salvaje.

—¿Y a usted que le importa todo eso? —repuso él, encogiendo los hombros, desdeñosamente, ya dispuesto a marcharse.

—A mí, nada. Pero de aquí no te vas sin que te haya curado.

Y cogiéndolo por los brazos y obligándolo a sentarse de nuevo:

—¡Quieto ahí! Ni me importa que seas como seas, ni tampoco me interesa que me agradezcas nada; pero ya vas a saber en qué manos has caído: te voy a restregar y a echarte árnica en la carne viva hasta que se te pase la cachorrada. Vamos a ver quién de los dos puede más. ¡Ah! ¿Por qué no sigues resistiéndote?... Cierra los ojos. ¡Que cierres los ojos te digo!...

Horas después, ya de camino Cecilio y Antonio, decía el primero, a propósito de la víctima de la violencia del segundo:

—Me preocupa la suerte futura de ese muchacho. Ya tenía el aborrecimiento instintivo y ahora tendrá el rencor.

—No te preocupes —repúsole el militar—. Lo que tiene es el escarmiento. Que siempre es saludable, merecido o no.

—No estamos de acuerdo, Antonio. Quizá nunca lograré estarlo con ninguno de los míos, tratándose de Pedro Miguel. Un encuentro regido por la fatalidad le dio origen en circunstancias verdaderamente repugnantes, pero donde los demás solo ven la mancha que por primera vez cayó sobre nuestro nombre, yo creo descubrir la manifestación de una voluntad trascendente. Pedro Miguel no es el fruto vulgar de unos apetitos ciegos en ocasión propicia, ni solo del trastorno de un alma pura, sino la criatura dramática de un plan que tenía que cumplirse, de una Idea que buscaba su Forma.

—¡Mal te veo, Cecilio! —dijo el otro socarronamente—.

—Idealista vas, si no me equivoco.

—Esta vez has acertado. Idealista voy y a prepararme para serlo en acción, de manera eficaz. Sueño con llegar a ser un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos.

Una sonrisa leve se dibujó bajo el bigotico presuntuoso del alumno de la Academia de Matemáticas. Él se estaba preparando para otras cosas y ya sabía hacerlas.

III

El catecismo de las mazorcas

En el pueblo, donde a la gente joven se le deparaban pocas ocasiones de regocijo, ya se habían hecho famosas las “fajinas” del padre Mediavilla. O como él decía: el catecismo de las mazorcas.

Era Rosendo Mediavilla, cura de almas de Río Chico, un clérigo de los de misa y olla, chabacano, guasón, popularote, cabezudo y con la tonsura casi siempre en barbecho de recios pelos y —según algunos que se preciaban de conocerlo a fondo— más amante del acre olor de la pólvora que del místico aroma del incienso. Lo que, sin embargo, no impedía que fuera un buen sacerdote, o conforme a su propia definición:

—Un buen pastor, pero a estacazos.

Tal vez acordándose de sus tiempos infantiles, ya bastante lejanos, cuando por los cardonales de la provincia de Coro —buena tierra de soldados— pastoreaba sus chivos.

Era por cosechas del maíz. Ya desde que empezaba a estar en sazón casi no hacía otra cosa el cura sino recorrer los maizales de su parroquia, de donde regresaba —a veces arreando él mismo su recua de burritos melancólicos, garrote en mano y grito arrieril bien estrangulado en la garganta— con diezmos y primicias de los conucos de sus feligreses y con los que le producían los que él mismo cultivaba en ejidos del municipio, todo para convertirlo en dinero

útil al sostenimiento del culto. Aunque parecía que para otra cosa también, según sus propias palabras:

—Para darle a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

De estas labranzas y de aquellas dádivas se colmaban de mazorcas las trojes del cura, en el solar de la casa parroquial, y para desgranarlas sin menoscabo del producto era convocado el mocerío de la feligresía, en la plática de la misa dominical oportuna y de este modo, con pocas variantes:

—¡Muchachos del uno y del otro...!

La palabra sexo, sobrentendida, dábale a la frase una intención maliciosa de la cual abusaba el cura.

—La semana entrante comienza el catecismo de las mazorcas. Vayan preparando las tusas. Las fajinas son gratas al Señor porque producen dinero para el sostenimiento de su culto y porque favorecen los fundamentos cristianos de la sociedad. Lo primero con el valor del maíz, que nos sale de balde o casi casi, pues o me lo regalan mis ovejitas del monte o yo mismo lo siembro y luego lo desgranamos entre todos, y lo segundo porque favorecen los matrimonios en que paran los idilios, pues el que va a pelar la pava en las fajinas —sépanlo bien los novatos de este año— se compromete conmigo a casarse como Dios manda y de los matrimonios, ya es cosa sabida, salen luego los bautizos que también dejan algo para el culto.

Este paladino estilo de sus pláticas —que hacía sonreír a los mozos y ruborizarse a las muchachas, sin diferencias de clases— no se lo celebraban los mantuanos de edad circunspecta, y ya de ningún modo se lo toleraba Fermín Alcorta.

—Rosendo —díjole por fin, como se lo permitía la íntima y antigua amistad que a pesar de todo los unía—, vas a quitarme la piadosa costumbre de oír misa.

—¡Costumbre! —repuso el cura, gozándose en cogerlo en mal empleo de palabras—. Obligación, querrás decir.

—Bien, sí. Pero me refería a la costumbre de asistir a la misa de nueve, que pronto habré de perderla si tú no modificas el estilo demasiado grueso, por no decir irreverente, de tus pláticas.

—¿Tú qué sabes de eso, Fermín? —replicó el guasón—. Si yo predicara a tu manera, pongamos por caso, te aseguro que me quedaría solo contigo. Y como comprenderás, Nuestro Señor no me ha dicho: anda y predícamele a Fermín.

Y luego, ya dentro de su exégesis:

—Además, eso de grueso y delgado no reza con Dios. Él es el autor de todas las palabras y todos los estilos, como de todas las cosas y a todas las creó inocentes. La malicia la ponen los hombres. Pero dime una cosa, Fermín de mis tormentos: ¿no será la malicia también criatura de Dios, para amenizarnos un poco la vida?

—¡Hombre! Eso... Claro que hay una malicia que no te puedo atribuir, porque te conozco bien. Pero de todos modos, ¿qué necesidad tienes de exponerte a que se te interprete mal?

Sin embargo, todo el mundo estaba allí conforme en que el padre Mediavilla era un sacerdote ejemplar, por su conducta privada y por el celo con que desempeñaba su evangélica misión.

Y con esto y lo que con sus cuentos y sus chacotas hacía reír al mocerío congregado en las “fajinas” —que, por otra parte, daban ocasión para que los novios de amores todavía no formalizados con la aceptación de los padres de ellas, “pelasen la pava” mientras desgranaban las mazorcas— nadie quería perderse de los nocturnos catecismos ya famosos.

A fin de estar bien con Dios y con el Diablo —decía el cura— o sea con el pueblo y con el mantuano de su parroquia, pero guardando las distancias sociales —mientras otras cosas ya esperadas y procuradas viniesen a borrarlas—, Mediavilla distribuía equitativamente las “fajinas” a que todos deseaban concurrir: una noche para los mantuanitos —los hijos de don Fulano y don Zutano, ricos comerciantes y hacendados de la región, buenos cristianos, eso sí— noche de pocas mazorcas desgranadas, porque las manos eran finas y las

ásperas tusas las estropeaban hasta hacerlas sangrar; otra para los hijos de ño Perencejo el pulpero y ño Menganejo el sastre o patrón de goleta, que ya era de mayores rendimientos; otra, finalmente, para los hijos del pueblo —para el “camisa de mochila” por contraposición al “mantuano”— noche de mucho maíz desgranado y mucho cuento de gracia gorda.

Una mesa larga en el corredor de la casa parroquial, colmada de mazorcas; muchos desgranadores en torno, mozos y muchachas emparejados por el idilio... Cosas de campo y de amor, entre gente sencilla, aun las noches de mantuanos, bajo la vigilancia sagrada y patriarcal de la Iglesia.

—Primero el Rosario, pero dándole a las tusas —decía el sacerdote ya per-signándose y con su mazorca en la izquierda.

Y los granos caían entre las avemarias.

—Ahora vengan los cuentos. Una vez Tío Conejo...

Los cuentos de Tío Conejo y Tío Tigre, que eran la especialidad del cura. La astucia y la fuerza, siempre victoriosa aquella; la burla y la majadería, siempre en ridículo esta; la humildad y la soberbia —Tío Conejo camisa de mochila, Tío Tigre mantuano, casi todas las noches—, ensalzada la primera conforme a lo cristiano de aquellos catecismos, pintada de tal modo la segunda, que a veces era de echar las tripas.

Y con las risas se desgranaban las mazorcas.

—Una vez Tío Tigre se metió a cura.

Era noche de hijos del pueblo y el auditorio prorrumpió:

—¿Cómo es la cosa, pae Mediavilla? ¿A cura ha dicho usted que se metió el hombre?

—Nada menos. Y ya verán cómo y para qué. Fue porque Tío Conejo ya lo era, en una iglesia humilde, de bajareque, perdida entre los montes, donde él decía su misita diaria y su sermoncito los domingos, para sus conejitos, que iban con la patica en el suelo y su camisita de mochila a cumplir el divino precepto y a divertirse un rato con las cosas que les decía su curita, a su manera un poco gruesa, como dicen algunos. Bueno, pues. Así andando el mundo

por aquellos andurriales, si no del todo como Dios manda, a lo menos como entendía servirlo Tío Conejo, sucedió que un domingo, a cosa de las nueve de la mañana, por más señas, pasando cerca de allí Tío Tigre, que iba muy orondo —o muy furundo como dirían los conejitos— con su gran manto de pinta menudita y sus bigotes parados, venteó el olorcito de aquella reunión y llegándose hasta la iglesita metió adentro las narices, echó sus cálculos meneando el rabo y se dijo: “Aquí hay comida para una semana, por lo menos. ¡Y esto es conmigo! Porque si ese... pistolo de Tío Conejo los tiene ahí tan distraídos con esa plática tan fea y tan chabacana, en cuanto no más yo me suba al púlpito y les suelte un sermón bonito, de esos que solo yo sé decir, todos estos comemonte se van a ir detrás de mi manto real y allá en el palacio de mi cueva voy a poner mi festín”.

—¡Anjá! —exclama el candoroso auditorio del cura, hombres ya hechos y derechos casi todos—. No era mala la intención de Tío Tigre.

—Por la medida de todas las suyas —comenta el narrador y prosigue—: Dicho como hecho. Aprovechando que Tío Conejo había pasado a la sacristía a despojarse, se encaramó Tío Tigre en el púlpito y empezó a echar su sermón. Al principio los comemonte se dijeron: “¡Coma avispa, compañero, que cigarrón atora! Ese como que es Tío Tigre”.

Prorrumpen en carcajadas los desgranadores, al oír hablar a los personajes del cuento tal como lo hacían ellos y Mediavilla continúa:

—Pero en cuanto él había soltado uno de esos párrafos bonitos con que acostumbran hablar ciertos mantuanos, empezaron los comemonte a cabecear y a cerrar los ojos y así se fueron quedando quietecitos. “Ya los tengo vajeados”, se dijo Tío Tigre. “Ya esta comida está asegurada”. No eran vajeados sino durmiéndose de fastidio que estaban los pobrecitos, por no entender ni una papa del sermón bonito; pero hubiera sido lo mismo para lo que se proponía el predicador, si en ese momento no se aparece Tío Conejo y al ver a sus feligreses, como quien dice, ya en los colmillos del Tío Tigre, no se sube al altar

y les grita: “¡Muchachos del uno y del otro, pelen el ojo! Ese vagamundo lo que quiere es adormecerlos para caerles encima y poner con ustedes su festín”. Se despabilaron los comemonte, pararon el rabo, cogieron la puerta, con Tío Conejo a la cabeza... Y allá está todavía Tío Tigre, con su manto de pinta menudita, lamiéndose los bigotes, que fue lo único con que se desayunó esa mañana.

Y entre las carcajadas se desgranaron las mazorcas.

Pero hubo uno que se quedó con la suya en la mano ociosa, mientras el pensamiento le ponía sombrío el rostro. Uno que no sabía reír.

—¿Qué te pasa, *Cachorro?* —le preguntó el cura—. ¿Es que no te ha gustado el cuento?

—Sí me ha gustado. Y más de lo que usted se imagina. Porque yo mismo fui uno de esos comemonte que se iban quedando vajeados. Con la diferencia que a mí me despertó el propio Tío Tigre, de un zarpazo que me tiró... ¡Y todavía llevo la marca!

Mediavilla se quedó pensativo. El cuento, realmente, no le había resultado muy evangélico.

Candiles en la obscuridad

Era porque había otro Rosendo Mediavilla: el afiliado al partido liberal, que hablaba y se definía de esta manera:

—Iremos a los comicios y ganaremos las elecciones; pero si los godos de uña en el rabo nos hacen la trastajada, iremos a la guerra para darles su merecido. Y digo iremos, porque yo también me arremangaré la sotana para que se me vean los calzones que llevo debajo. ¡Y bien puestos, caray! Ya verán ustedes quién es Rosendo Mediavilla, el del hisopo de plomo, el día que lo coja en la mano. Ahí lo tengo, cargado hasta la boca.

Y señalaba un tabuco naranjero.

Para concluir:

—Porque a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Hablaba así en las reuniones de correligionarios políticos que entre noches —cuando no eran de fajinas— se efectuaban en la parroquial y de las cuales salían caldeados hasta los más tibios, tanto por el calor que él ponía en sus arengas, como por la lectura de los periódicos de oposición al gobierno oligarca que recibía de la capital y ya formaban pilas sobre la mesa y las sillas de su modesta salita de recibo.

Y este —no el de los cuentos y de las chacotas que a todos hacían reír— era el Rosendo Mediavilla que le agradaba a Pedro Miguel.

Asistía puntualmente al catecismo de las mazorcas en el turno que le correspondía, y cada vez que de su casa lo mandaban de compras al pueblo llegábase hasta la parroquial y allí se pasaba largos ratos conversando con él o haciéndole silenciosa compañía, si lo encontraba entregado a sus oraciones o escribiendo las numerosas cartas que se cruzaba con los correigionarios de otras ciudades, mientras por su parte se entretenía con aquellos periódicos que más al alcance estuviesen de su comprensión.

“El Sin Camisa”, “El Trabuco”, “El Rebenque”, “Las Avispas”, eran sus predilectos, y un día le dijo al cura:

—Présteme estos papeles.

—¿Para qué? —repúsole Mediavilla con escrúpulos de conciencia, por tratarse de un joven de dieciséis años y por aquello del no escandalizar—. Los títulos son ocurrentes, pero no te creas: lo demás no te va a resultar divertido.

—Pero si ya me los he leído todos de cabo a rabo, mientras usted reza o escribe. Además, no los quiero por lo divertidos, porque ya sabe que eso no me interesa.

—¡Sí, sí! Ya lo sé. En las fajinas el único a quien no le hacen gracia mis cuentos eres tú. Pero eso no está bien, muchacho. Hay que saber reír, porque la risa es un don de Dios, con el cual ha querido distinguirnos de los animales. Aunque no lo haya logrado de un todo, por culpa nuestra.

—Préstemelos —insistió Pedro Miguel sin hacer caso de la evasiva—. Yo se los cuido y se los devuelvo ligero.

—¿Pero si ya los has leído, para qué los necesitas?

—Para leérselos a los esclavos de La Fundación.

Mediavilla se llevó la uña del índice de la diestra al barbecho de la tonsura, lo que parecía indicar que iba a reflexionar si aceptaba o no la proposición de *El Cachorro*; pero este agregó en seguida:

—A los sin camisa, para que le vayan perdiendo el miedo al madapolán.

Había tomado esta frase de uno de aquellos periódicos y el clérigo soltó la risa, desistiendo de rascarse la tonsura y en seguida cogió los papeles, que ya Pedro Miguel tenía elegidos y apartados, y poniéndoselos en las manos, díjole:

—¡No, hijo, no! Déjate de cosas. ¡El discurso que vendría a echarme Fermín cuando se enterara! O como yo digo: la fermínica que me espetaría. ¡No, no! Déjate de cosas. Guárdame esos periódicos por allá adentro hasta que yo te los pida.

Pedro Miguel comprendió o creyó comprender y salió de la salita con sus periódicos a dejarlos por allá adentro, a tiempo que Mediavilla cogía su teja y su paraguas para echarse a la calle, por momentánea ocurrencia de algo que tenía que hacer.

Y ya en la calle reía a solas pensando:

—¡La fermínica! No está mal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes llamar así los discursos del buenazo de Fermín? ¡Je, je, je!

Días después empezaron a correr por La Fundación y otras haciendas vecinas rumores de que estaba apareciéndose por allí la Luz del Tirano. El alma en pena del Conquistador rebelde Lope de Aguirre, que es una candela errante por la obscuridad de la noche.

Pero otros decían que era una luz fija, monte adentro, no siempre en el mismo sitio una y otra noche, mas sin verse desde que se hacía visible.

—Pues no es la Luz del Tirano —opinaban algunos negros en el corrillo de los comentarios—, porque el penar de esa ánima tremenda es no podé reposá nunca. Debe de sé otro espanto que esté saliendo por aquí.

Pedro Miguel oía y callaba, pero luego ya rebatía:

—Ustedes siempre creyendo en aparecidos. Desde que se está hablando de eso todas las noches me levanto y salgo a caminar por todo esto a ver si miro la luz y todavía no la he descubierto.

Y esta fue la explicación que una noche le dio a José Trinidad, cuando le preguntó desde su cama, por haberlo sentido entrar a tiempo que empezaban a menudear los gallos:

—¿Por dónde andabas, muchacho? Yo te hacía en tu cama.

Mas como se repitiera la escapada clandestina e insistiese Gomárez en averiguar la causa, le contestó desabridamente y evitando su mirada inquisitiva:

—Voy a confesarle, viejo. Es que les tengo miedo a los espantos y quiero quitármelo tropezándome con el que dicen que está saliendo de La Fundación.

Ante tan inesperada respuesta, José Trinidad quedose mirándolo en silencio, con el plebeyo respeto —por la sangre de los Alcortas— que andaba mezclado en su amor hacia él, y fue entonces cuando vino a reparar en las transformaciones que estaban operándose en aquel rostro. Ya le apuntaba el bozo y los rasgos viriles venían tallándole un perfil violento: arriscado el entrecejo, ambicioso el aletazo del resuello, recogida la boca tirando del mentón en gesto de contumacia.

José Trinidad observó sin interpretar, y para contemplarlo de frente díjole:

—Volteá para acá, Pedro Miguel. Mírame a la cara.

Obedeció, pero encarándose bruscamente más que volviendo el rostro, y Gomárez continuó mirándolo en silencio.

Había un estrago de insomnios en la lividez de las ojeras y un mirar nocturno en las pupilas, de vigilia febril entre tinieblas.

José Trinidad creyó comprender, y díjole con sonrisa maliciosa:

—Ten cuidado, muchacho. No abuses de tus años, que no son sino dieciséis recién cumplidos.

El mozo irguió la cabeza, con movimiento brusco y repuso:

—Despreocúpese. Usted oye el agua correr, pero no sabe por dónde. Además, ya le dije...

—Bueno, hombre —atajó Gomárez, bajo la influencia de aquel respeto que ahora cohibía su autoridad paterna de una manera muy especial—. Asina será.

Pero luego quiso cambiar impresiones con su mujer, que estaba junto al fogón cociendo el pan del desayuno, mientras las hijas se ocupaban de otros quehaceres, fuera de la cocina.

—Ufrasia —díjole—. ¿Te has fijao en Pedro Miguel? Anda raro estos días. ¿Verdá?

—¡Jm! —hizo la mujer, como de cosa ya esperada y siguió palmeando la arepa que iba a tender en el negro budare.

—¿Será el cambio de edá? —prosiguió Gomárez—. Ya le está saliendo el bozo. ¿No has reparao?

Tendida ya la arepa y limpiándose las manos en el delantal, Eufrasia se le acercó al oído y le susurró con aire de misterio:

—¡Tiene unos papeles!

—¿Unos papeles?

—¡Sí, hombre de Dios! Unos periódicos de esos que y que salen en la capital. Hacen días se los vide en su baúl, muy embojotaítos y dende entonces taba por decítelo. Trasantiel no más lo solprendí leyéndolos. Él no lo sabe porque estaba muy enfrasquita en su lectura. ¡Sí, señor! ¡Como lo oyes, José Trinidad!

—¡Hum! —hizo Gomárez, rascándose la nuca.

Y Eufrasia continuó, complacida en su dominio de la situación, mientras el marido andaba por las nubes:

—Eso es lo que tiene entre ceja y ceja. No es el bozo que le esté saliendo. Ya te lo dije, José Trinidad: no dejes que ese muchacho aprenda a le. Acuérdate que bastante te lo alvertí.

—Pero si jue el mismo niño Cecilio quien se empeñó en enseñalo. ¿Qué quieres tú que yo hiciera, mujé?

—¡Bueno! Ahí ta la cosa resultando. Yo siempre he oído decí que letras en la cabeza del que nació pa pobre no hacen sino quitale el sueño, que es lo único completo que Dios le ha dao... Este que digo: del que nació, no, en este caso, sino...

—¡Bueno, mujé! —atajó José Trinidad—. No empieces otra vuelta con la tema de antes.

—¡Gua, José Trinidad! Tranquila estaba yo tendiendo mis arepitas; pero tú has venío a haceme unas preguntas y yo tenía que contestatelas.

Realmente, todo provenía de aquellos periódicos que se trajo de la casa parroquial, cuando se dijo, calando el efugio del cura:

—No me ha dicho que me los lleve, pero me los ha puesto en las manos.

Monte adentro un candil alumbraba la escena, la noche del día siguiente de aquel. Sentados en el mismo tronco del árbol caído donde fue la de la cura de la mejilla cruzada por la fusta de Antonio de Céspedes, cuatro esclavos —los que más confianza le inspiraban a Pedro Miguel— aguardaban ansiosos la lectura del periódico ya en las manos de este. La luz del candil acentuaba con reflejos cobrizos los rasgos salientes de los negros rostros atentos y proyectaba sobre la fronda de los árboles del contorno gigantescas sombras de aquellarre. Tenían una expresión ingenua, de niños ante un juguete prometido, aquellos hombres ya viejos, mientras que la de Pedro Miguel era ceñuda, con vibraciones de emoción de apóstol.

La espera fue breve, pero su silencio ya había recogido los más lejanos rumores dispersos por la obscuridad circundante, cuando explicó el lector:

—Este se llama “El Trabuco”.

—¡Ajá! —exclamaron los oyentes—. Vamos a ve cómo dispara este trabuco. ¿Será naranjero?

—Y el primer número empieza así —continuó Pedro Miguel—. ¡Pum, pum, pum!

—¡Ajá! —contestó Tapipa—. Ya está disparando el bicho. ¡Escúchenlo, manitos!

—“Que será bocón como el mismo diablo —prosiguió el lector— y tragábalas como no hay ejemplo en la historia de los trabucos”.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —rió el candoroso auditorio, ante el juguete que no lo había defraudado.

—¡Chist! —hizo Pedro Miguel, a quien no le interesaba lo divertido.

Las miradas exploraron la obscuridad del contorno y continuó la lectura, a la luz estremecida del candil, en el silencio del monte adentro.

No eran ideas, que por aquellas cerrazones de espíritu no habrían encontrado camino, sino escarnios, burlas groseras y descarados vilipendios que se encarnizaban en las reputaciones más acrisoladas del partido conservador. Ni Pedro Miguel ni sus oyentes sabían quiénes eran las víctimas de “El Trabuco”, pero sí que eran mantuanos y todas las complacencias del irrespeto hacían rebullir al auditorio. Al principio mezcladas con cierto asombro y temor supersticioso, manifiestos en las miradas cruzadas de rostro a rostro y lanzadas en torno al sitio de la insólita profanación; pero luego —como de las tinieblas de la noche no partía el rayo vengador de los ídolos— más y más confiadas y gozosas.

—¡Güena descarga la de ese trabuco! —comentó Roso Coromoto—. ¡Este-raíto de mantuanos ha quedao el suelo!

—¿Y ese otro, cómo lo mientan, Pedro Miguel? —inquirió el negro Tilingo.
—Este es “El Sin Camisa”.

—Como nojotros, manitos —dijo Tapipa—. Vamos a ve qué nos cuenta el compañero. Ábrele la jeta, Pedro Miguel.

Ya los esclavos de La Fundación disfrutaban de cierta independencia desde que Fermín Alcorta substituyó el sistema de capataces por el de mayordomos —menos deprimente la palabra y más humana, en realidad la delegación de dominio— y el de convivencia forzosa y gregaria del repartimiento por el de familias aparte, en ranchos que cada cual quisiera construirse, aunque obligadamente a la vista de la casa del mayordomo, y así le fue más fácil a Pedro Miguel obtener un auditorio clandestino más y más numeroso cada noche, en distintos parajes de la hacienda, previamente elegidos por él, para despistar vigilancias, con tanto éxito que pronto no solo asistían todos los esclavos adultos de La Fundación, sino también muchos de las haciendas vecinas, mientras por todas ellas iba corriendo la conseja de las apariciones de la Luz del Tirano.

Pedro Miguel se remiraba en su obra y le dedicaba no solo las horas quitadas al sueño, sino también muchas del día. El éxito y la leyenda acariciaban sus pensamientos bajo el ceño aborascado, por las veredas del monte, en busca

del sitio para la reunión de la noche o sentado sobre alguna loma solitaria desde la cual dominasen espacios —cumbres, laderas, quiebras y llanadas— por donde su imaginación oyera una voz alada esparciendo su nombre:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

Todo esto podía hacerlo gracias a la independencia de que disfrutaba en su casa, a la sombra del atávico respeto que cohibía la autoridad de José Trinidad Gómez. Recordaba a cada momento las palabras con que este le dio consejo de no abusar de sus años y se decía, con sonrisa desdeñosa:

—¡Enamorado yo! Como si no hubiera en el mundo otras cosas mucho más de hombres que andar enamorando mujeres.

Y caminaba ceñudo, alta la frente, apretados los puños, ambicioso el aletazo del resuello, oyendo la voz atareada:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!... Pronto se agotaron los periódicos substraídos de la casa parroquial. Pero ya él no necesitaba andaderas y se aventuró por su cuenta con lo que había aprendido de tanto leer. Habló y lo escucharon en silencio. Removió los rencores, atizó las ambiciones y concluyó predicando:

—Hay que echarse al monte contra el mantuano, con la guerra por delante. Tapipa y Roso Coromoto se miraron en silencio, como preguntándose:

—¿Qué te parece, manito?

Y aquella noche por los distintos caminos por donde a sus ranchos o sus repartimientos se regresaron los esclavos de su ya numeroso auditorio, iba la voz atareada murmurando:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

Segunda jornada

|

Las vacaciones del humanista

Por Pascuas de Navidad, al reclamo de la tradición familiar, regresaba al hogar paterno y le agradaba hacerlo por tierra, a caballo, saliendo de Caracas a la caída de la tarde.

El paisaje eran formas serenas y nombres ilustres, colores brillantes y memorias imperecederas. El Ávila, Bello Monte, los cafetales del fruto en sazón... Las huellas de Humboldt en el orgullo de la cumbre empinada y en la gracia de la colina tierna, la obra del padre Mohedano sazonzando su esencia cordial a la sombra nemorosa de los bucares. Los cañaverales acendrando sus mieles, ya doradas en el rayo tendido del sol; el carro de bueyes por los callejones bordeados de sauces pensativos y el viajero emocionado escuchando:

Apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.

Los chaguaramos altaneros, arpa del atardecer el penacho de las palmas quietas, con trinos de chirulíes y rajeos de azulejos; los gigantescos mijaos, bosques de ramas para los nidos de todos los pájaros del valle; los torreones de los trapiches dando su humo laborioso al aire descuidado. Acaso cantares de esclavos en el corte del tablón, con dejos de memorias que buscan recuerdos perdidos. De rato en rato, olor de melado que endulza el viento suave; de trecho en trecho, rumor de acequias... La algarabía de la atardecida vuelta de

las guacharacas al silencio de los boscosos cangilones, por donde a saltos venía bajando el Sebuacán. El franciscano reposo del monte, tendida la estameña del crepúsculo, beata la paz de las cumbres de la Silla de Caracas... La melancólica evocación del indio, despojado señor de aquellas tierras, que conservan las palabras guaruras caídas en la derrota: Chacao, Petare, el rumoroso encuentro del Caurimare con el Guaire que alimentó el Macarao... La sorpresa siempre emocionante de La Cortada traspuesta: cumbres, lomas, laderas, quiebras y hondonadas, lejanías azules y esa serenidad religiosa en que se sumergen las montañas para el encendimiento de las estrellas, honda hasta el rumor del agua que corre allá abajo, tierna en el piar fugitivo de los pájaros que vienen recogiendo el vuelo, dulce como una tristeza que diera la felicidad...

El paisaje era un ejercicio de amor a su tierra que repasaba Cecilio todos los años, por Pascuas de Navidad.

Pernoctaba en una ranchería del camino muy frecuentada por arrieros y carreteros, que al hombre de las letras traía a la imaginación las ventas donde al Ingenioso Hidalgo le ocurrieron sus regocijadas aventuras y al de acción que se proponía ser dábale oportunidad de acercar el oído a las palpitations del corazón de su pueblo.

Era gente en marcha de camino y de historia. La que iba recogiendo anécdotas para verterlas en torno al mesón y la que venía prendida por la carne de sus rencores, sus hambres y sus ambiciones al curso de los acontecimientos de donde acababa de surgir la patria, para enfrentarse, allí mismo, con un porvenir azaroso.

—¿Qué hay por la capital? —preguntaban los que hacia ella se dirigían con sus recuas o sus convoyes.

—¿Qué va a habé? —respondían los de camino encontrado—. Mucho runrún de cosas que y que se están preparando. Los melitares, con que si ellos fueron los que se chamuscaron el pellejo entre las balas de la independencia pa que hubiera Patria y por consiguiente que deben mandá, y los civiles con

el gobernará se necesita tené mucha cencia los que la tienen, de habela aprendió en entretanto, los negocios malos y las cargas pocas.

Y luego, marcada la pausa con el escupitazo de mascada de tabaco por el colmillo.

—¿Y ustedes que vienen de por ahí padentro, qué traen en las mochilas?

—Sustos pasaos en los malos pasos, con las noticias de que en tal parte asesinaron a unos arrieros pa robales lo que llevaban en los burros, y que por tal otra anda alzaos qué sé yo quién.

—La verdá es que esto de trabajá es pa los... desmemoriaos. Habiendo ese camino tan ancho que es la guerra, ¿pa qué andá por estas vereas.

—¡Me parece! Si no que se lo pregunten al hombre de Queseras del Medio, que si no juera sío por la lancita allá estaría con la sogá.

—Pero ahora y que le dice al garrasí: si te he visto no me acuerdo. Y no quiere andá sino entre el mantuanaje.

—Tiene razón, compañero. ¿No se mojó el fundamento sobre la tereca del caballo? A él le debemos la Patria y es natural que él sea el primero en gozala. Además, ¡pa rriba es que vamos tirando todos! Deje que a mí me sople el vientequito que tengo encargao pa que me vea remontao.

—¡Y el otro que viste y calza!

—¿Se refiere a usted mismo, compañero? No sea tan ilusivo, porque ni camisa de mochila es vestío ni callos de pata en el suelo son calzaos.

—Por eso mismo no desperdiciaré la ocasión. ¡Y eso no es na, sino las que tengo que cobrá!

Oyendo esto, Cecilio el joven se quedó pensando en aquello del Gran Sembrador con que le despediera su maestro, a quien no había vuelto a ver desde entonces.

—¡Siembra de vientos! —díjose—. Mala tendremos que pasarla los que vamos a recoger la cosecha inmediata. Pero es menester que, además de prevenidos, estemos bien preparados.

Los tiempos eran realmente dramáticos; pero de tempestades creadoras, de amaneceres angustiosos y no de crepúsculos pesimistas. La Patria acababa de salir de las fraguas de la guerra y todavía no estaba completamente moldeada. Vuelta hacia el pasado tenía la faz tremenda que contempló la sangre y el fuego, pero mostraba inconcluso el rostro noble y sereno que debía mirar hacia el futuro y era necesario darle cuanto antes y de manera eficaz estos toques finales.

Para ello se preparaba Cecilio Alcorta, que de haber seguido las más íntimas inclinaciones de su alma se habría quedado en poeta; pero le había puesto prisiones a las tendencias contemplativas, porque cuando un espíritu está realmente vivo —y así se sentía el suyo— se mueve dentro de su tiempo, de cara al porvenir.

No se le escapaba que aquel ensayo de civismo que en torno al prestigio militar del general Páez estaban intentando algunos de los hombres que lo rodeaban, no siendo en realidad sino los últimos reductos del espíritu de la Colonia —del jardincito de trasplante y casa pobre, como despectivamente había dicho Cecilio el viejo —tenía que ser precario, como toda desviación que se trate de imprimirle al curso natural de la historia de un pueblo; pero tampoco podía admitir que los hombres en quienes residían las previsiones del pensamiento hubieren de cruzarse de brazos ante el ímpetu arrollador de la conmoción democrática producida por la Guerra de Independencia, pues si era también una Idea que venía buscando su Forma —aún estaba con Platón Cecilio el joven—, de aquellos era, precisamente, el ineludible deber de allanarle los caminos rectos a fin de que no se precipitase por los atajos tortuosos.

Recordando ahora, en cuanto a él se referían, aquellas palabras del tío, no se le escapaba tampoco que el recóndito deseo del extravagante maestro había sido el de formarle un espíritu revolucionario; pero si carecía de él, no, en cambio, de espíritu constructivo y tomándose tal como era, podía dar de sí mucho que algún día le permitiese ser un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres, en sus manos abiertas para todos.

De cómo venía procurándolo fueron siempre las cuentas rendidas a don Fermín de los anuales progresos en sus metódicos estudios de humanidades, y esta vez, además, el relato, delicioso para el orador fallido que en él se remiraba logrado, de las opiniones oídas a Fermín Toro y a su mismo maestro José Luis Ramos y de las que él se había permitido contraponerles en algunos puntos, por donde a su parecer erraban en la apreciación de ciertas cosas.

Cecilio el joven no era presuntuoso, sino, por lo contrario, bastante modesto, pero cultivaba una gran vanidad que podría calificarse de filial, por forma del amor a su padre, a quien nada complacía tanto —y él lo sabía— como los triunfos que fuera obteniendo el hijo de todas sus esperanzas.

En efecto, el padrazo quedó saboreándose:

—¡Los Fermín Toro, los José Luis Ramos! Apenas tiene unos diecinueve años y ya me le oyen y me lo toman en cuenta.

Y a sus amigos y correligionarios políticos, godos recalcitrantes —como los calificaban los liberales—, cuando por la noche fueron a darle la bienvenida a Cecilio, así los fue recibiendo en el corredor, antes de que entrasen a la sala donde estaba el recién llegado:

—Dile que te cuente lo de Fermín Toro.

—Hazlo hablar de la polémica que tuvo con José Luis Ramos, a propósito del origen del endecasílabo español.

Y cuando se retiraban, los acompañaba hasta el zaguán, y allí les preguntaba:

—¿Qué te parece el muchacho?

—Te confieso que me he quedado boquiabierto oyéndolo.

—Lo mismo yo, Fermín. Lo mismo yo.

Pero no contento con que así se quedaran sus amigos los conservadores, para que la envidia se comiese a los liberales, echábanse a la calle en busca de oportunidades.

Ya no se trataba con el padre Mediavilla, debido a aquellos periódicos que le prestó a Pedro Miguel y con cuya lectura este le alborotó y casi le soliviantó los esclavos; pero era con él, precisamente, con quien más deseaba encontrarse, y

así que lo divisó conversando en la puerta de una tienda con el dueño de ella, hacia allá se encaminó diciéndose:

—Ya te haré rabiar.

Y a la primera oportunidad que le dio el tendero:

—Sí. Ha llegado bien y muy contento. Ya se codea en Caracas nada menos que con los Fermín Toro, que no es poco decir. Lo reciben en sus tertulias y cambian ideas con él. Por cierto que me cuenta que, ya para venirse, conoció allí a un delegado apostólico de Su Santidad que, de paso para Lima, se detuvo en Caracas. Un prelado muy inteligente, dícame, que habla correctamente el latín. Y como él algo se le alcanza de eso, estuvieron charlando largamente en esa lengua.

Pero el padre Mediavilla, en vez de rabiar allí mismo, sonrió y le observó, por aquello de los Toro:

—Un delegado no, Fermín. Unos delegados serían.

Y fue él quien partió rabiando, calle abajo. Pero luego reaccionó sensatamente:

—¡Qué importan las sandeces de Rosendo! El hecho es que el muchacho vale y que ya lo tengo en casa, pasando sus vacaciones.

La sal de la casa

Para Luisana eran las confidencias más íntimas: las cosas del corazón. Sus impresiones sentimentales, el patio de la casa donde vivía en Caracas, siempre oloroso a jazmines, los versos que solo ella conocería, porque no habían sido compuestos para ser publicados, y ahora, unos bonitos amores, al gusto romántico:

—Se llama Beatriz. ¡Y si tú la vieras!

Y luego:

—¿Y tú, qué me cuentas? ¿Qué ha hecho en este año la sal de la casa?

—¡Chico! Este año ha sido atroz. Casi todo me lo he pasado en el salero.

—Pues ya me imagino cuántas veces se habrá oído en esta casa el ¡válganos Dios!

—Pero te quedarás corto. La verdad sea dicha.

—En realidad, no es que me lo imagine, sino que ya me lo ha dicho Carmela. Apenas llegué cuando, aprovechándome solo, me recomendó: “Cecilio, dile algo a Luisana, que ya nos tiene a pedir misericordia”.

—¡Qué chismosa! —exclamó ella, pero soltando en seguida la risa, que poco se le oía en la casa cuando él no estaba allí:

Y luego:

—Tiene razón. Reconozco que he estado de pedir misericordia. Pero hazte cuenta, chico...

—Ya me han contado: ni un enfermo grave en la familia ni en el vecindario.

—Pues ya te compadecerás de mí también. ¿Crees que así se puede vivir?

—¡Imposible! ¡Pobrecita sal de la casa! ¡Todo el año en el salero!

—¡Imagínate! Y después quieren que no se revenga.

Jugaban con las palabras a propósito de aquella metafórica definición de don Fermín que había hecho carrera en la familia.

En efecto, Luisana era uno de esos caracteres que en sí y por sí solos resultan intolerables, pero que en cuanto se ponen en movimiento hacia un acto, este es siempre el que precisamente hacía falta en aquella ocasión. Una de esas personas cuyo modo de ser no se soporta fácilmente, pero cuyo modo de proceder inspira simpatías irresistibles.

En lo cotidiano y banal de la vida era una mujer de trato difícil, agria, voluntariosa y, al parecer, egoísta, no faltando quienes la juzgaran incapaz de verdadera ternura; pero cuando surgía la oportunidad de dar su verdad profunda en un acto, cuando se necesitaba de alguien que estuviese dispuesto a sacrificar algo suyo en provecho o en bien de otro, para arrostrar una situación molesta o conflictiva, sacar de un apuro o aportar un consuelo eficaz, allí estaba Luisana y siempre se podía contar con ella.

Ya la habían encontrado así su padre y sus hermanos cuando la muerte de Amelia los dejó huérfanos. Fue la madrecita y el ama de casa desde los doce años, se encaró con la vida y con el infortunio de los demás, y al suyo propio le puso buena cara, a fin de que no se le encarnizase y así no pudiera restarle los ánimos que exigían el trance y la carga.

—¡Luisana! —era la voz de socorro que se oía a cada rato, en boca de todos.

—Me van a gastar el nombre—protestaba ella, ásperamente.

Pero acudía y remediaba.

Y luego, de la casa a todas las de la parentela y a todas las del vecindario:

—¡Luisana! Que este traje me ha quedado defectuoso.

—¡Luisana! Que en casa hay una gran tribulación.

Y fuese la hermana, la prima, la amiga o simplemente la vecina, ella tomaba a pecho la dificultad, el contratiempo o la angustia, y ya no los abandonaba hasta que les hubiese encontrado solución o remedio, desde la refacción del vestido con que otra debía ir a la fiesta o al baile, así tuviese que dejar de mano el suyo todavía no terminado, hasta la tribulación mortal que fuere necesario compartir a la cabecera de un enfermo, días y noches consecutivas sin pegar los ojos.

Mas, pasadas estas necesidades de ayuda o consuelo práctico —porque nunca se gastaba en palabras para aconsejar conformidad— metíase en su carácter y ya se convertía en una persona desagradable, quisquillosa, áspera, incluso irascible.

—Bien te ha pintado papá —protestaban entonces las hermanas, corridas con cuatro frescas—. Eres como la sal. No se te puede pasar.

—¿Sino con algo de ustedes, verdad? ¿En el plato de la necesidad, sazónándoles el bocado del apuro, no es eso? Pero también la sal tiene el derecho de estarse en el salero y con no venir a pellizcarla se evita el mal gusto.

—¿Qué necesidad hay de contestar mal?, te preguntamos nosotras. Habiendo buenas palabras...

—¡Palabras! Obras son amores y no buenas palabras.

—Obra fue aquel regalo que te mandaron el otro día las Rojas. ¿Y cómo se lo devolviste?

—¡Valiente cosa! Una torta en cambio de quince noches velando a Felicianito. ¿Quién les ha dicho a las Rojas que yo hago las cosas para que se me retribuyan con gelatinas y bizcochuelos? Ni de ningún modo, porque no lo hice ni por ellas, ni por Felicianito, ni por nadie. Óiganlo bien para que se lo digan a ellas y a todas las demás. Lo hice, como siempre lo hago en otros casos, por darme un gusto. No hay nada que me haga tan feliz como sentirme buena y sana al lado de un enfermo. Por eso es que me le pego a la cabecera hasta

que revienta o se cura. ¿Lo han oído bien? Pues ya pueden salir a pregonarlo por todo el pueblo.

Ni Carmela ni Aurelia podían creer esto, y le replicaban:

—Quién no te conozca que te compre.

Pero a decir verdad no se explicaban el caso y entre ambas quedábanse comentándolo:

—¡Qué empeño de situarse mal con todo el mundo!

Porque para Aurelia y Carmela, llenas del espíritu de sociabilidad, las buenas palabras, comedidas o exageradas, valían más que las obras. O, por lo menos, les parecían más distinguidas, más propias de una Alcorta.

Con tal conducta Luisana fue alejando de sí a todas aquellas amigas —nunca suyas propiamente, sino de sus hermanas— que nada tuvieran que esperar de ella y a las que denominaba amigas inútiles, con una paradoja muy propia de su carácter. Las de las relaciones de etiqueta, aun dentro de la sencillez pueblerina, de los obsequios recibidos y retribuidos, de las visitas y las “cuelgas” los días de santos. Las que nunca irían a suplicarle —como las Fontes, por ejemplo y ya también las Rojas— que les compusiera el traje defectuoso o las acompañara a asistir a sus enfermos. Para nada íntimamente provechoso podían servirle, en realidad, pues si solo por ellas fuese, siempre estaría la sal en el salero.

Pero de Luisana no podría decirse que compartiera las tribulaciones ajenas, ni mucho menos que fuese un caso de abnegación —virtud sombría en la que todo es dar—, pues cuando estaba dedicada a la angustia de los demás y estos andaban gimientes o abatidos, su temperamento desapacible y quizá un tanto amargado de mujer desprovista de grandes encantos físicos, se le tornaba alegre, jovial, como si el bien que hiciese le creara una sensibilidad optimista, y hasta se adornaba de cierta hermosura interesante, obra de los trasnochos que a las demás las dejaban mustias y desencajadas. Daba sus actos, pero no tomaba para sí el dolor ajeno, ni se animaba para que los afligidos suspendiesen sus gimoteos, sino porque la bondad practicada le hacía brotar del corazón alegría

de vivir. No era un espíritu caritativo que se entregara, sino un alma generosa que se expandía.

—Generosidad del rosal —solía decir Cecilio, poniendo en prosa unos versos dedicados a la hermana predilecta—, que no abriendo sus flores para darlas, sino para adornarse con ellas, adorna y perfuma el mundo.

Para él, sin embargo, siempre estaba la sal en el plato, sazonándole la acogida familiar. El deseo adivinado, el gusto complacido, la atención amable cuando él hablaba —sin respingos por palabras quizás rebuscadas—, las ideas compartidas, una misma manera de sentir las cosas, un interés sincero y comunicativo por sus preocupaciones y sus proyectos y toda su fe puesta en el triunfo que forzosamente a él estaba reservado.

—Bien, chica. Ya hemos hablado bastante de mí. Ahora cuéntame tus cosas. Tus amores, ¿cómo marchan? Y ahora caigo en que ni siquiera me has preguntado por Antonio.

—¡Es verdad! ¿Tan petulante como siempre, no es cierto?

—Petulancia, quizás no; manera de ser, simple y naturalmente. Además, no le faltan motivos para estar satisfecho de sí mismo: avanza en su carrera en formación perfecta, como diría él, y cada año es una plaza tomada... Pero volviendo a lo que te preguntaba. ¿Tus amores mismos, cómo marchan? ¿Se porta bien contigo?

—Escaramuzas por ahora, como diría él. Me escribe, le contesto, vuelve a escribirme, vuelvo a contestarle. Pero la batalla campal todavía como que está lejana... ¡Y a propósito de Antonio! ¿Sabes lo de Pedro Miguel? Estuvo a punto de provocar un levantamiento de esclavos en las haciendas de por aquí.

Le refirió lo de los periódicos, y agregó:

—Afortunadamente, José Trinidad se enteró a tiempo y para alejarlo de por todo esto lo mandó a casa de una hermana suya que vive en San Francisco de Yare; por allá está.

Cecilio repitió aquello del plan que tenía que cumplirse —palabras más, palabras menos—, habló luego de sus preocupaciones por el destino que le

estuviese reservado a Pedro Miguel, cuando se desatasen los acontecimientos que se cernían sobre el país, vino a cuento lo del Gran Sembrador recordado por el camino, y concluyó por lo que ya había preguntado:

—Conque, ¿ninguna noticia de Cecilio el viejo! ¿Por dónde andará?

Luisana se quedó pensativa, y luego dijo:

—¿Sabes una cosa, chico?

—Tú dirás.

—No. Vas a pensar que estoy a punto de volverme loca... ¡Sí! ¿Por qué no? Desearía que Antonio se enamorara de otra mujer.

—¿Eso por qué? —inquirió Cecilio, con incontenible expresión de alarma—. ¿Es que ya no lo amas?

—Lo mismo que el primer día, que quizás no será decir mucho; pero de todos modos, por mí no se acabarán nuestros amores.

—¿Entonces?

—Aguarda. Ya viene la locura o cosa que se le parece: desearía encontrarme libre, para vestirme de hombre y echarme a andar por todos los caminos del mundo, como tío Cecilio.

—Afortunadamente dijiste desearía —repuso el hermano—, pues si hubieras dicho deseo ya estaría yo mandando hacerte la chaqueta de fuerza.

Luisana rio, volvió luego a quedarse pensativa y al cabo murmuró:

—¡Qué chiquito es mi mundo, Cecilio! Todos los días se me pone más chiquito: cuatro paredes, cuatro calles, cuatro enfermos, cuatro tontas, porque ni siquiera son muchas, y veintiún años ya.

—Pero, tu mundo interior, ¿no es grande?

—¡Mi mundo interior! ¿Estaré situada en él? Yo misma no lo sé.

De esto no se habló más, ni aquel día ni durante el resto de las vacaciones del humanista. Él no quiso insistir, pero cuando regresó a Caracas llevaba un propósito nuevo: coronar pronto sus estudios, labrarse una posición, llamar a su lado a la familia. Sacar a Luisana del pueblo.

El diálogo de la incertidumbre

Tres meses más tarde, otra vez de regreso. El gobierno lo había designado secretario de una misión diplomática ante la corte de Inglaterra e iba a llevarle a su padre la buena noticia y a despedirse de su familia.

Era un premio a sus esfuerzos que no se había hecho esperar, sino que, por lo contrario, le había salido al paso cuando buscaba su camino por otros rumbos, y, al mismo tiempo, una magnífica ocasión para depurar y completar la ciencia política que ambicionaba poseer. Por el momento, ya podía enorgullecerse su padre de hechos cumplidos, pues él empezaba su carrera con un salto limpio de las bibliotecas y las tertulias literarias a su cargo de dignidad y provecho, siendo todavía tan joven que sus protectores tuvieron que hacer valer sus méritos sobrados en compensación de sus años escasos.

Y con todo esto iba confiado y gozoso.

Llegando ya a uno de los mesones del camino, situado en la loma de uno de los cerros por donde se sube a Caucaagua, tuvo, además, una sorpresa agradable.

Trepado a una escalera, un hombre pintaba un letrero que sería la denominación de la posada, hasta entonces solo explicativamente designada del isleño Manzano; pero un hombre cuya indumentaria no correspondía por completo a la adecuada a un pintor de brocha gorda.

—¿Pero no es Cecilio el viejo? —se preguntó, ya más cerca—. ¡Claro que sí! Las gafas sobre la punta de la nariz y él mirando por encima de ellas para trazar sus letras, no pueden ser cosas de otro, teniendo ya que ser suya la extravagancia.

Cuatro años tenía sin verlo, y en señalado momento de su vida volvía a encontrárselo. Se le acercó emocionado, pero sin darse a conocer, y desde el caballo, junto a la escalera, haciendo comedia de la alegría del encuentro, le interpeló:

—Explique usted, buen hombre, ¿qué va a decir ahí?

Cecilio el viejo, que ya lo había reconocido desde que venía remontando la loma, pero fingiéndose desentendido, sin volverse a mirarlo, le respondió:

—Poco se le alcanza al preguntón, pues solo faltan las dos letras finales para que se lea: La Incertidumbre.

—¿Y eso qué significa, que no me parece propio para nombre de posada?

—La en que siempre se está sobre si serán realmente caraotas fritas o moscas achicharradas las que sirven en este mesón.

—¿Y el amo consiente?

—El amo, como buen analfabeto, es una persona sensata. Quiere un nombre para su establecimiento, y cualquiera le sirve. Solo los mentecatos se preocupan por las palabras y gastan lo mejor de su tiempo en estar eligiéndolas y entresacándolas de clásicos majaderos.

—¿Y tú que lo pintas?

—Me pago con ello por adelantado esas caraotas o moscas que luego habré de comerme.

En efecto, era así como el nuevo Rousseau se pagaba las posadas de sus andanzas, como también todas las satisfacciones de sus demás menesteres, en lo que era sobrio hasta lo imprescindible del comer y el vestir, dándole holgadamente para ello la infinita variedad de sus oficios y servicios posibles para el trueque directo, con los cuales llevaba siempre consigo su riqueza.

El isleño Manzano no tenía aquella vez ni hijo enfermo que se lo curara el médico, ni documento que le redactase el licenciado en leyes, ni obra en que lo asesorase el licenciado en ingeniería, ni plaga que le estuviese azotando el conuco que cultivaba por aquellas laderas, para lo cual fuesen necesarios los consejos del agricultor ambulante; pero a la posada le faltaba un nombre, cualquiera que fuese, para que los clientes no tuvieran necesidad de andar pregonando por todas partes aquello del isleño, que ya lo fastidiaba, y ahora Cecilio el viejo se lo estaba sacando muy derecho y vistoso, que era todo lo que en aquel letrado podía él apreciar.

Cecilio el joven soltó la risa y concluyendo su comedia se apeó del caballo y le dijo al tío extravagante:

—Baja de ahí, hombre, que tengo ganas de abrazarte y traigo noticias que comunicarte.

El otro dejó los pinceles, se sacudió las manos, bajó de la escalera y abrió los brazos para estrechar entre ellos al sobrino amado.

—Ganas también tenía yo de verte, muchacho, y para Caracas iba solo a eso. Estás hecho un hombre con toda la barba. ¡El gran Cecilio! El de las esperanzas, como dice el buenazo de tu padre. ¡Ja, ja, ja! De allá vengo y a punto estuvo el mansurrón de tu progenitor de ponerme de patitas en la calle, porque le dije que tú no eras sino un badulaque. ¡Las cosas que me contestó!

—Ya me las figuro. ¿Y por dónde andabas esta vez?

—Por ahí, por esos mundos. Recorriendo los campos del Gran Sembrador que ya están en sazón. Pronto tendremos la cosecha estupenda. No me moriré sin verla. ¡Je, je, je! ¿Y tú, qué me cuentas? ¿A qué obedece este viaje extemporáneo? Pues ya me dijeron en tu casa que no regresarías sino para Pascuas de Navidad.

—Te anuncié que traigo noticias que comunicarte.

—Pues ve soltándolas que ya soy todo oídos.

Mas apenas comenzaba a dárselas cuando, echándose para atrás, exclamó:

—¡Cómo! ¿Tú diplomático? ¡Pichón de diplomático para mayor irrisión! ¿Y me lo dices con esa cara tan fresca? ¿Y a eso le llamas noticias buenas? ¿Para eso me he quemado yo las pestañas buscando pedagogías? ¡Has traicionado mi cariño, has defraudado la confianza que yo había puesto en ti!

—¡Pero, tío Cecilio!

—¡No, no! No hay tío que valga, ni sobrino que merezca estimación. No continúes. No me interesa saber nada de lo que a ti pueda ya referirse. Ha llegado el momento de echarte el latinazo con que te tenía amenazado y ahí va. *Requiescat in pace!*

Y volvió a treparse a la escalera, diciendo a voces:

—¡Vete, vete! ¡Márchate ya! ¡Sigue tu camino, mentecato! Hazte el cargo de que no he existido para ti.

Cecilio el joven sonreía a toda aquella avalancha, tomándola a bromas; pero luego se convenció de que iba en serio y murmurando para sus adentros:

—Ya le pasará.

Montó a caballo y siguió su camino, cuesta arriba. Pero ya no gozoso y confiado.

Cecilio el viejo esperó a que se hubiese alejado, y cuando ya se había perdido de vista arrojó los pinceles y bajó precipitadamente de la escalera, diciéndole al isleño.

—Manzano, *sublata causa, tollitur effectum*.

—¿Qué significa eso, don Cecilio?

—Que este trabajo era para pagarte el almuerzo que ibas a darme, pero como ya me marchó, ahí queda eso. Que te lo termine otro.

Y echó a andar cuesta abajo.

Disputas y vacilaciones

Fracasó la tentativa de civilismo, predominó la tendencia caudillista del general Páez y subió al poder el general Monagas, perdiendo así la jornada electoral tanto los oligarcas como los liberales. Sobrevino el 24 de enero, llegó al pueblo la noticia del acontecimiento, y Fermín Alcorta se presentó en la casa parroquial, no para reanudar amistades, sino para formular reproches, aunque todavía tuteando a su contrincante:

—¿Estás satisfecho, Rosendo? ¡Han fusilado al Congreso! Se acabaron las libertades políticas, se hundió para siempre este pobre país. ¿Era eso lo que tú deseabas? Pues ya puedes cantar victoria.

Pero Rosendo Mediavilla lo oyó cabizbajo y le respondió contrito:

—¡No, Fermín, no era eso! Reconozco que esta vez se nos fue el tiro por la culata.

Y así quedó reanudada la amistad entre el liberal ingenuo y el godo recaltrante, ambos necesitados de ella por el afecto que continuaban profesándose y por la falta que a cada cual le hacía el trato frecuente del otro, para ejercitarse en lo respectivamente propio, contraponiéndoselos a cada rato: don Fermín la compostura irreprochable, el severísimo concepto del respeto a sí mismo, la interpretación elocuente de la vida; Rosendo Mediavilla la chabacanería sistemática, la actitud socarrona y el espíritu de contradicción.

Y así explicó el caso cuando otros amigos le preguntaron si era cierto que hubiera hecho las paces con Alcorta:

—Sí. No podemos vivir sin cruzarnos los espadones. O mejor dicho: él su tizona y yo mi garrote encabullado.

Cruzábanse los casi a diario en las tertulias de la parroquial, donde el descontento —forma degenerada de la oposición imposible— barajaba conservadores y liberales de buena fe, en disputas inenarrables, cada vez más alejadas de los problemas del país y de la época, cada vez más absurdas; de esas en que se van aguzando las condiciones personales contrapuestas, cuando los hombres pierden de vista el interés general y la combatividad sin posible empleo trascendente se les convierte en quisquillosidad. Decadencia de lo político apasionante en lo particular intolerable que ya tenía símbolo en la sustitución del Rosendo Mediavilla del hisopo de plomo —frase que ya no acudía a sus labios— por el del garrote encabullado, continuamente esgrimido contra la tizona de Fermín Alcorta.

—¿Dónde están las cabezas del partido liberal? ¿Cuándo se ha escuchado en las filas de ustedes algo medianamente comparable con el verbo grandilocuente de Juan Vicente González?

—Perdona, querido Fermín. No es quizá el verbo lo más grandilocuente que tiene, sino lo que se le atracó en el albañal por donde metió la cabeza, con verbo y todo, la tarde del 24 de enero. Yo no se lo vi, pero cuentan que era realmente grandilocuente aquello que se le quedó afuera.

—¡Calumnia villana! De las que inventa la plebe para que las repitan los mal hablados.

—A fin de que no nos echen discursos los oradores de pacotilla.

Y una vez por esto y otras por análogas chocarrerías del cura, siempre regresaba don Fermín a su casa jurando no volver a las tertulias de la parroquial.

Compensábanle estos sinsabores imprescindibles las cartas que con frecuencia recibía de Cecilio el suyo. Perdida aquella secretaría que no debía servirle sino para decidirlo a dar el salto sobre el charco, en Europa se quedó prepa-

rándose para la alta misión a que lo obligaban las esperanzas puestas en él, conociendo a los grandes hombres de la época, bebiendo de ellos la ciencia política en las propias fuentes.

Y el padre complacido, leídas y releídas las páginas numerosas y apretadas, doblábalas de nuevo, murmurando:

—¡Bien, hijo, bien! Me has escrito una hermosa carta.

Y en seguida se echaba a la calle, para ir a leérsela al padre Mediavilla, con lo cual sabía que le daba gusto. Concluyendo:

—Y nada es lo bien que escribe, porque lo mejor es lo que se calla: la ciencia política que ya posee. El bagaje intelectual de Cecilio el mío, hará peso en la balanza de los destinos nacionales, hoy inclinada hacia el platillo donde gravita, nueva espada de Brena, la lanza de los Monagas.

Pero cuando de cartas de Cecilio se trataba, Rosendo Mediavilla, respetuoso de la paternal emoción del amigo y compartiéndola, no sacaba a relucir su garrote encabullado.

Y las vacilaciones.

Las del capitán Antonio de Céspedes, retirado del servicio de las armas desde el encumbramiento del general Monagas, y otra vez en el pueblo, todavía novio de Luisana.

El porvenir inmediato no era muy halagüeño para los oligarcas intransigentes con la nueva forma política que venía definiéndose y el de Antonio especialmente, de la rama pobre de los Céspedes, menos todavía. Por lo cual era justificable que aún no desembocasen en el matrimonio aquellos amores empezados en la infancia.

Pero en realidad la causa de la indefinida prolongación residía en la naturaleza misma de las relaciones amorosas, a punto de degenerar en costumbre inveterada, fríamente afectuosa, y por otra parte, sometidas a las vicisitudes de las genialidades de Luisana.

Un día, adornada con todos los encantos que pueden hacer amable a una persona, y al siguiente, cuando ya Antonio iba decidido a fijar la fecha de la

boda, a pesar de sus incertidumbres ante el porvenir, la aspereza repentina por una broma afectuosa o por un comentario banal, el dejarlo plantado en la sala y el encerrarse en su cuarto dando portazos.

Era la racha de aquel disparatado pensamiento de que ya le había hecho confianza a Cecilio. El mundo que de pronto se le volvía pequeñito ante la inmensidad informe de la explosión de su intimidad. Cuatro paredes, cuatro hijos... La infinita vulgaridad de una mujer entre las mujeres, lavando mantillas, acunando lloriqueos... No desamor por Antonio, ni tampoco falta de apetencias maternas. Ella sabía lo que no era, pero se le escapaba la conciencia afirmativa de la subitánea emoción de sí misma, y del pensamiento fugaz solo alcanzaba forma una mínima porción en aquellas frases que expresaban confinamiento y pobreza espiritual:

—¡Cuatro paredes, cuatro afectos para toda la vida!

—No me explico cómo le soportas esas malacrianzas —decíanle a Antonio, Aurelia o Carmela—. Se necesita tener toda la paciencia de Job.

Antonio de Céspedes no la tenía, ni muchísimo menos; pero tampoco Luisana era mujer de la cual pudiese prescindir de buenas a primeras el hombre que se hubiese asomado, siquiera un poco, a la intimidad de su espíritu.

Y ante el influjo que ella ejercía sobre él, a él también le ocurría saber lo que no era —enamoramiento vulgar, con el cual ya habían acabado los años—, pero ignorar la naturaleza del sentimiento que todavía lo retenía en aquellas vacilaciones, sin fijar la fecha de la boda.

El de las esperanzas

La familia está a la mesa presidida por don Fermín. Este habría querido que los acompañasen algunos de sus amigos, a quienes el regreso de Cecilio el suyo, también traía esperanzas, y algunas de las amigas de sus hijas y los novios de estas; pero el recién llegado por sorpresa prefirió la comida familiar, sin aparato, como las de todos los días, porque estaba cansado de vivir entre extraños y deseaba disfrutar a solas con los suyos de las primeras horas de la vuelta al hogar. Están él y su padre y sus tres hermanas y él tiene la palabra.

Cuenta sus viajes, describe las ciudades donde ha vivido durante los años de su ausencia y los países que ha recorrido, sus panoramas, sus gentes, sus costumbres. Describe el escenario, pero aún no habla del personaje de aquella odisea. Se expresa correctamente y con precisión de observador perspicaz, y el viejo y las niñas lo oyen embobados.

Pero, sin embargo, don Fermín echa de menos algo. ¡Aquel fuego, aquel brillo! Dice bien, indudablemente, Cecilio el suyo, pero nada más. ¿Será que de tanto imaginarse —se pregunta— la avasalladora elocuencia del hijo en la memorable sesión del Congreso futuro se habrá formado una idea exagerada a la que tal vez ninguna realidad pueda corresponder? ¿O será que su orador habrá perdido algo de aquel don extraordinario?

—¡Claro! —se dice mentalmente—. Ni el sitio ni la ocasión exigen más. Pero aun así, ya que estamos en familia y deseosos de oírlo bien podría soltar el chorro como lo hacía antes.

Pero Cecilio no lo suelta. Su hablar es, por lo contrario, entrecortado a medida que avanza hacia el término del relato. Es como si fuera haciendo altos en el camino, para tomar alientos o para que el viaje no concluyera pronto.

—Tal vez la fatiga de la travesía —prosigue pensando el viejo—, que ya ha dicho que fue penosa desde el mar de los Sargazos. ¡De la travesía quizás no tanto como de los muchos estudios! Ya lo están diciendo esas canas prematuras, ese aspecto un poquitín apergaminado del rostro, que parece haber perdido la frescura juvenil al rescoldo de las lámparas, de tanto leer junto a ellas, tal vez noches enteras. ¡Ya lo están diciendo!

También Luisana parece haber notado que Cecilio no es como era ni como se lo imaginaban que regresaría, y don Fermín, siguiendo las miradas de la hija, descubre otras cosas en el recién llegado. Un ligero temblor e inseguridad de las manos para los pequeños movimientos, que le impiden accionar mientras habla; cierta caída de las comisuras de la boca, de lo cual tal vez proviene aquella leve, pero extraña vibración que se le siente en la voz; algo de mustio en la mirada...

Se asusta, pero procura tranquilizarse pensando:

—Cosas de los nervios fatigados por el mucho estudio y el largo viajar. Ya se los tonificarán los aires de la tierra y el reposo. En muchos días no le permitiré coger un libro.

Y como con esto pierde el hilo de la conversación de Cecilio:

—Perdona mi distracción —dícele—. ¿Decías?

—Decía, para terminar mi relato, que fui, vi y volví.

Acompaña estas palabras con una sonrisa triste, que se le queda prendida entre las comisuras relajadas, y luego comenta:

—Conque, ¡ninguna noticia de Cecilio el viejo!

Era la misma frase que, cuando otros regresos, ya le había oído Luisana, pero, sin embargo, a esta le causó impresión penosa.

—Ninguna —le respondió—. Pero ya sabes que nunca las da.

—Sí. Es cierto. Pero... ¡Ninguna noticia! ¿Habrá muerto?

Aurelia y Carmen encogen los hombros como cuando no se sabe qué contestar. Luisana se lo queda viendo en silencio, don Fermín hace un gesto vago y luego, empatando la hebra al tema de las palabras históricas con que él había concluido su relato viajero:

—Ya podrías haber empleado la célebre frase sin modificarle la última palabra. Pero bien está que te la reserves para cuando hayas llevado a cabo en tu propia tierra, en tu querida patria, más querida cuanto más desgraciada, lo que todos esperamos de ti.

Cecilio sonrío vagamente, moviendo la cabeza encanecida, pero sin alzar la vista, y así se pone a redondear las migas del pan, mientras el padre prosigue:

—Aquí las cosas andan mal, como ya te las he pintado en mis cartas. Por una parte, la olla de todas las ambiciones puesta al fuego de todos los rencores: los efectivos y los imaginarios. Amotinamientos de populacho contra la gente respetable, sublevaciones de esclavitudes contra sus legítimos dueños, autoridades irrespetadas cuando no las respalda la fuerza, nadie queriendo obedecer, todos aspirando a mandar. En una palabra: la licencia campando por sus fueros y, por otra parte —¿qué tiene de extraño que los extremos se toquen?—, el despotismo reinando. Con el asesinato del Congreso terminaron las libertades políticas, y nuestro partido, digan lo que quieran los ilusos, marcha hacia la disolución a pasos agigantados, por falta de un hombre verdaderamente capaz.

Hace una pausa. Cecilio continúa redondeando las migas del pan. Prosigue:

—¿Falta he dicho? ¡Faltaba! Un hombre capaz y bien preparado que vuelva a enrumbarlo hacia el poder de modo eficaz y definitivo. Yo, Fermín Alcorta, poniendo a un lado los sentimientos paternos que pudieran obscurecerme el juicio y analizando las cosas con la serenidad de un observador imparcial, fundó en ti una gran esperanza de mi vida —que por lo demás no es solo

mía, sino que de muchos otros que como yo piensan—, y no me escatimo el proclamar, a todos los vientos de la Historia que me darán la razón, que tú eres ese hombre.

También Luisana se ha puesto a hacer bolitas con las migas del pan y ahora mira a Cecilio de soslayo y ambos sonrén. Aurelia y Carmela, a quienes las tiene sin cuidados la política ni gran cosa entienden de lo que puede ser un estilo enfático, no dan muestras de haberse enterado y continúan comiendo. Y don Fermín se pone más sencillo:

—Pocos hombres habrá en Venezuela que hayan adquirido la preparación tuya para la vida pública.

Mas como ni aun así reacciona Cecilio, tose y concluye:

—Naturalmente, antes de lanzarte a la lucha necesitas descansar. Meterte en la hacienda unos días, respirar aire libre y puro, hacer ejercicio corporal, bañarte en el río y caminar por el monte. Y nada de libros por algún tiempo.

Sin levantar la mirada y con sordina en la voz, Cecilio murmura:

—Eso pienso. Meterme en la hacienda.

Pero todos, hasta Aurelia y Carmela, comprenden que, aun empleando las mismas palabras del padre, ha dicho algo muy diferente, y sienten, de una manera confusa pero congojosa, que ha dicho ya algo tremendo.

Y un mal silencio cae sobre la mesa aderezada para la vuelta de Cecilio, el de las esperanzas.

Terminó la comida, el recién llegado se retiró a su cuarto pidiendo que le excusaran su deseo de reposar, hubo una breve velada silenciosa a la luz de la lámpara del corredor y luego se fue cada cual a su dormitorio con el corazón oprimido.

—Algunos amores desgraciados —se dijeron Aurelia y Carmela, para quienes no había daño mayor que los males del querer.

Pero los pensamientos de don Fermín y Luisana eran más sombríos y prefirieron callárselos.

—Ya él mismo nos lo dirá —coincidieron en pensar—. Para las malas noticias siempre sobra tiempo.

Y se apagaron las luces en las mudas alcobas.

Solo ardía la que arrojaba su resplandor vacilante sobre las canas prematuras del recién llegado pensativo, sentado al borde del lecho, la frente en la mano. Y era ya pasada la medianoche.

Luisana la vio desde su cuarto, y como tampoco podía conciliar el sueño, se levantó y fue a que el hermano le contara sus cuitas.

Se le acercó sin que él la sintiese llegar, y posándole la diestra sobre el hombro inquirió:

—¿Qué tienes, Cecilio? ¿Qué te pasa?

—Que ya Cecilio se acabó —repuso él, sin levantar la cabeza, pero apoyando sobre la mano amorosa la suya libre.

—¡Se acabó! ¿Cuando apenas empiezas? ¡No digas tonterías!

Y sentándose junto a él:

—¡A ver! Cuéntame. Quiero saber qué te sucede.

Y Cecilio, imprimiendo a sus palabras, no aquel tono brillante que echara de menos don Fermín, pero sí toda la gravedad de las elegías:

—Ya esperaba que vinieras a preguntármelo —repuso—. En la mesa no has quitado tus ojos de mis miserias, tus ojos expertos de enfermera, y aquí estaba pensando cómo decirte, a ti especialmente, lo que bien querría ocultarte.

Hizo una pausa que ya Luisana no pudo interrumpir, levantó la frente, la miró un rato a los ojos ansiosos y prosiguió:

—¿Te acuerdas de aquel Cecilio que hace nueve años se separó de ti, por primera vez, lleno de ilusiones? ¿Verdad que en nada se le parece a este que ahora va a contarte sus tristezas? Entonces yo acariciaba una hermosa esperanza: llegar a ser algún día un hombre útil a mi país. Y a mis semejantes en general, un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos... Sé que estoy declamando, pero déjame hablar así, y de aquel Cecilio, antes de referirme a este. Mi padre ha hecho

sacrificios a fin de tener un gran orador en la familia y ahora te toca oírme mi propia oración fúnebre.

Sonrió amargamente, dio unas palmadas sobre la fraterna mano apoyada en su hombro y continuó:

—A mí también me seducía la elocuencia y, sin saberlo, desde niño pensaba, como los antiguos griegos, que los dioses han enviado a los hombres al mundo para hablar elegantemente. ¡Los discursos que me oyeron los árboles de la hacienda, imaginarias multitudes estremecidas de emoción!... Esto no te lo había contado nunca; pero ahora... ¡Ya lo dijo el Dante! “*Nessun maggior dolore*”... Recuerdo que esos discursos los componía esta única frase, sacada no sé de dónde y de la cual me había enamorado: “Estas son mis manos, colmadas con los remedios de todos los males...” ¡Mis manos! ¿Quién iba a decírmelo?

Se pasa la diestra vacilante por la frente fría y sudorosa, mientras con la otra oprime la que le abandona Luisana, y esta se estremece, porque así mismo se la habían estrechado ya todos sus enfermos para despedirse de ella al morir.

—Era la expresión balbuciente de las inquietudes de mi espíritu, en el afán de interpretar las señales que desde niño empezó a hacerme el destino. Luego vinieron los libros que fue poniéndome en las manos Cecilio el viejo. Uno a uno me llevaron de aquí para allá, de un concepto de la vida y del destino humano a otro, y luego a otro; pero siempre hacia adelante, con fe en la vida y confianza en mí. La vida es belleza, me dije con los poetas; es pensamiento, rectifiqué luego con los filósofos; es acción y su camino la violencia, me insinuaron otros. Pero siempre continué concibiéndola como armonía, y para descubrir la fórmula de esta leía y leía, “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio”, como Don Quijote. Pero un día descubrí que sería inútil afanarme por las cosas apasionantes para los hombres que han de vivir entre los hombres, pues bien pronto estos me arrojarían lejos de sí asqueados de los remedios que les ofreciesen mis manos, y fue entonces cuando adquirí la convicción desconsoladora de que la vida es, por encima de todo, fatalidad.

Hace otra pausa y luego concluye:

—Fue mi último concepto de la vida, pero no lo saqué de los libros. Un día descubrí que mis manos...

—¡Tus manos! —exclama ansiosamente Luisana, precipitándose a cogérselas entre las suyas con movimiento maquinal.

Él las retira y dice:

—Ya en la mesa las observaste torpes y vacilantes.

Y tomando del velador un alfiler que allí había puesto hacía poco, agrega:

—Ahora mira.

Y con esa propensión a los espectáculos impresionantes que se desarrolla en los espíritus infantilizados por conmociones profundas, antes de que Luisana pudiera impedirselo, se pincha la mano izquierda entre el pulgar y el índice.

—¿Qué haces? —protesta ella, dudando ya de que estuviese en sano juicio—. ¿Cómo te hieres así?

—¡Pero si no se siente nada! —replica él, con la amarga sonrisa en la boca torcida por el rictus de las comisuras y con acento de infinita tristeza—. Esta, aquí, por lo menos...

Y como Luisana intenta restañarle la sangre del pinchazo:

—¡No! Mi sangre está dañada. No la toques.

Desistiendo de súbito de su impulso, Luisana le apoya las manos sobre los hombros, lo mira ansiosamente a los ojos arrasados en lágrimas, y de la interrogación apenas acierta a formular:

—¿Qué?

—La muerte en vida —responde Cecilio, sombríamente, entrecortadamente—. ¡La lepra!

—¡No! —grita la hermana horrorizada—. ¡No es posible! Tú no estás en tu juicio. Tú deliras, Cecilio.

Y al volver la cabeza, a un gesto del hermano, ve a don Fermín en el umbral de la puerta, desde donde había oído la tremenda revelación, la diestra en la frente, cerrados los ojos y con la otra mano extendida en el aire, buscando apoyo.

Corre a sostener al padre y se abraza a él.

Cecilio, el de las esperanzas, hunde otra vez el rostro entre las manos dañadas y murmura sordamente:

—He hecho mal en venir... Debí quedarme por el trayecto... El mar me brindó la ocasión... Pero quise verlos a ustedes una vez más... Estar entre ustedes un rato siquiera...

III

El sacrificio

Como muchos de los que sobrestiman el qué dirán, Fermín Alcorta, sin dejar de ser un hombre normal y corriente, tenía dos personalidades, una de las cuales parecía haberse desarrollado con mengua de la otra. La de puertas afuera, la del mantuano imbuido de sentimientos de casta con pujos de aristocracia, hombre de voluntad recia y tenaz en el mantenimiento de la rectitud de conducta y del decoro del patronímico, allí capaz de la máxima entereza de ánimos y de los mayores sacrificios, y la de puertas adentro, persona apocada a quien enervaban los contratiempos y anonadaban los golpes del infortunio. Y así estaba aquella noche, haciéndose las inútiles preguntas de la imprecación:

—¿Cómo es posible, Dios mío? ¿Por qué me hieres de este modo? ¿Era acaso un pecado cifrar esperanzas en el hijo de mi sangre y de mi corazón? ¿Por qué me lo diste, si le reservabas tan negro destino?

Mientras, Cecilio todavía se martirizaba con las ociosas recriminaciones.

—¿Por qué no tuve el valor de quitarme la vida, cuando ya no era sino lamentable miseria?

Solo Luisana había recuperado la presencia de ánimo y dominaba la situación, pensando en lo que debería hacerse, en la manera de salvar de la irreparable catástrofe lo que aún fuese viable.

En cuanto a sí misma, renunciando de una vez a lo único que pudiera impedirselo, ya tenía decidido consagrarse a la compañía y cuidado del hermano que debía aislarse del mundo.

Durante los últimos meses sus amores habían perdido definitivamente su carácter romántico de tales, al entrar, con la fecha fijada por fin para la boda próxima, en un período de fría inteligencia práctica, en gran parte —tanto ella como Antonio de Céspedes— por acatamiento a la voluntad de sus padres, que no consentían faltas a la palabra empeñada, y menos dentro de la familia. El mal suceso de la enfermedad de Cecilio venía a darle a ella una poderosa razón para retirar la suya definitivamente, y al tomar esta determinación sintió que ya no volverían a cruzarle por el espíritu aquellas ráfagas de disparatados pensamientos, pues su mundo, de allí en adelante, sería el inmenso y hermoso del sacrificio.

Muy diferente era el caso de Carmela y Aurelia. Ellas tomaban la vida como se les ofrecía, sin inquietudes ni grandes ambiciones espirituales. Estaban enamoradas de sus prometidos, quienes del mismo modo parecían corresponderles y era menester salvarlas de la catástrofe, que para ellas no tendría compensaciones. La enfermedad de Cecilio no era un mal de familia —por primera vez tal infortunio visitaba aquella sangre—, pero si el caso trascendía al público podrían frustrarse aquellos amores, en los cuales residía toda la felicidad de dos almas sin complicaciones.

—Bien —dijo—. Es necesario que esto se quede entre nosotros tres el mayor tiempo posible. Cecilio se irá a la hacienda, como ya dijo en la mesa, a descansar, y yo me iré con él. Usted, papá, quedará aquí con las niñas, que nada deben saber de lo que aquí hemos hablado esta noche, mientras no sea imprescindible que lo sepan. Pero tiene que hacerse el fuerte y el despreocupado, de modo que ni ellas por el momento, ni nadie en ningún caso, puedan caer en sospechas. Tenga presente que en este pueblo somos muy queridos por todo el mundo y que por lo tanto todo el mundo vendrá a hacer su astilla

en este árbol caído. Las niñas se casarán pronto, y después veremos. Por lo demás, Cecilio curará. Yo tengo fe en Dios y todos debemos tenerla.

—¡No, hermanita! —protestó Cecilio—. Cúreme o no, que no sanaré, mi desgracia la quiero para mí solo.

—No, hijo —rebatí a su vez don Fermín—. Todos la compartiremos contigo.

Pero Luisana replicó:

—Ni una cosa ni otra. En esta casa, desde que me conozco con uso de razón, cuando la desgracia toca a la puerta soy yo quien se entiende con ella. Mañana mismo nos iremos para la hacienda, nosotros tres solamente. Cecilio dirá que desea pasarse el día en el campo; yo, que quiero acompañarlo para contarle mis cosas, y usted se encargará, de evitar que Carmela y Aurelia se nos agreguen. Luego regresará diciéndoles que resolvimos quedarnos unos días más y le traerá a Antonio una carta en la que le participaré, sin entrar en explicaciones, que he decidido no casarme.

—¡Pero, hijita!

—¡Pero, Luisana! ¿Cómo te imaginas que yo pueda aceptar tamaño sacrificio?

—No lo es, ni mucho menos, y propiamente no lo hago por ti. Créemelo. Antonio me aburre hasta decir no más, y si todavía no había roto con él definitivamente era por consideraciones de familia. De modo que no hago sino aprovechar la ocasión para salirme con la mía. Y ahora cada cual a su cama, a dormir tranquilos.

—¿Quién podrá, hija?

—Hay que procurarlo, papá, pues muy de mañana saldremos para la hacienda y con las caras frescas.

Era, precisamente, lo que necesitaba Cecilio. A la inversa del padre, no carecía de voluntad para su gobierno interior, pero ahora se sentía abandonado de ella y añorado.

—Hagan de mí lo que quieran —era la frase que anhelaba pronunciar desde cuando adquirió la certeza desoladora de no poder vivir ya entre los hombres, de pertenecer en vida al mundo de los muertos. Su temperamento sentimental —de nada valíerale la filosofía materialista aprendida— había encontrado motivo abundante en el propio infortunio, y las reacciones enérgicas no hallaban el camino de su corazón dentro de la espantosa niebla del desconsuelo reinante en él. Pero Luisana acababa de ahorrarle la miseria de aquella confesión de vencido y no encontrando palabras para agradecerse y confortado ya por el animoso ejemplo, se limitó a tomarle las manos y a estrechárselas entre las suyas.

Era también lo que necesitaba don Fermín.

—¡Bueno, hijita! —accedió—. Se hará como ya lo has dispuesto. ¡La sal de la casa! ¿Qué sería de nosotros sin ti?

Antes del alba se pusieron en marcha. Aurelia y Carmela, a quienes Luisana les comunicó lo que ellas debían creer, pero recomendándoles que permanecieran en sus camas, como tenían el sueño pesado, apenas se dieron cuenta de que se les hablaba, y en seguida volvieron a quedarse dormidas, bajo el beso de la hermana que desde pequeña les había hecho de madre.

A trechos el camino iba bordeando la barranca del Tuy; a trechos se internaba por los cacaotales, apacibles en la luz de la amanecida. Luisana, Cecilio y don Fermín cabalgaban en silencio, uno en pos de otro, porque el sendero era angosto y porque para viajar pensativos así se marcha mejor.

De cuando en cuando se encontraban con cuadrillas de esclavos ya entregados a las labores de la hacienda, bajo la caporalía de los más ancianos, con los cuales don Fermín había substituido a los antiguos capataces.

—Buen día, sus mercés —saludaban, interrumpiendo el trabajo.

—Buenos días, muchachos —respondíales paternalmente el señor Alcorta, menos viejo que varios de ellos.

Cecilio le dirigía a cada cual una palabra afectuosa, y con bendiciones ellos le daban la bienvenida, llamándolo como desde niño se acostumbraron a decirle:

—¡Dios lo guarde, Buen Amito! ¡Falta nos estaba haciendo!

La sonrisa bondadosa se quedaba largo rato inmóvil en el rostro mustio y luego se convertía en mueca triste, porque al ver a los esclavos de su casa se acordaba de cuando ambicionaba ser “un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos”.

Pero ya el pensamiento comenzaba a escapársele del cerco de su infortunio, y de los revuelos fugaces sobre las miserias de aquellos hombres privados del mayor de los bienes, cuando volvía al ensimismamiento, ya traía una substancia de reconfortación para su espíritu, como la bíblica paloma del arca —así lo pensó— con la verde rama que anunciaba el resurgimiento de las tierras bajo las devastadoras aguas.

Y esta imagen, intempestiva vuelta momentánea a los candorosos tiempos de su fe religiosa, dando en seguida origen a una acción saludable, acabó de romper el cerco negro y frío dentro del cual venía girando su pensamiento. Algo inmune quedaba todavía en él: su vida interior, el mundo sumergido por la catástrofe, cuyas tiernas cumbres ya asomaban. No era caso de volver a las antiguas formas religiosas en busca de consuelo negativo, porque el creyente estaba definitivamente muerto en él; pero no así tal vez el poeta, que en el dolor alienta y se afina.

Con esta nueva disposición de ánimo, su conciencia, toda ocupada hasta allí en captar y analizar las sensaciones de la carne dañada, se le fue desprendiendo del cuerpo, como una piel ya substituida, y lo primero fue el sentirse bien, cual no se hubiera imaginado que nunca ya pudiera estarlo.

Salió de su mutismo, diciéndole al padre:

—Tiene que ponerme al corriente del manejo de la hacienda, pues estando yo por aquí ya podrá usted descansar un poco, que buena falta le hará.

—Por el momento, quien necesita descanso eres tú —repuso don Fermín—. Luego ya iré entregándote la administración de la hacienda. Muy venida a menos, por cierto, como ya irás observando.

Luisana sonrió complacidamente. Y de allí en adelante cabalgaron charlando.

La casa de la hacienda, vieja y deshabitada hacía tiempo, presentaba aspecto ruinoso. Los tejados, a cuyo peso ya comenzaban a ceder las vigas, cubiertos de pátina verdinegra, con musgos y tiñas de la siembra del viento; las paredes, enmohecidas y descalabradas; el jardín, invadido por los matorrales silvestres; la calzada empedrada que a él conducía, tapizada de retamas y ñaragatos. Los altos árboles circundantes sumíanla en penumbra verdosa que rezumaba humedad y tristeza.

Para ahuyentar las impresiones sombrías, Luisana penetró en ella metiendo ruido de animosos planes: se repararían los pisos y los encalados, se podarían o derribarían los árboles que daban demasiada sombra, se limpiaría y restauraría el jardín para que alegrase la vista.

Sin embargo, la ruinoso apariencia del caserón y su melancólico ambiente penumbroso parecieronle a Cecilio gratos y acogedores y cuando penetró bajo sus techos y se sintió al abrigo de sus muros, experimentó dulce sosiego, término de sus zozobras desde que se supo enfermo y expuesto a la reclusión forzosa en duras condiciones. Tierra suya y campo aislado, allí lo dejarían en paz, y el apartamiento del mundo no sería una expiación.

Y tomó posesión del refugio definitivo con ánimo sereno.

Durante el día reinó el optimismo a que todos tenían necesidad de abrazarse. Ya Luisana había dispuesto dónde pondría Cecilio su biblioteca, cómo organizarían allí la vida y cuáles de las esclavas tomaría a su servicio, y como él había manifestado repetidas veces que se sentía bien y allí esperaba sanar — esto para consolar al padre—, don Fermín se abandonó a las esperanzas y con ellas regresó al pueblo, diciéndose:

—Tal vez no sea lo que él piensa. Los médicos se equivocan mucho, tanto las lumbreras de Europa como los matasanos de aquí.

Don Fermín llevó la carta donde Luisana le decía al novio, simple y brevemente, que había resuelto no casarse, y esperaba de su delicadeza que no le

exigiese explicaciones ni tratara de obtenerlas de otras personas, y días después le trajo la noticia de que Antonio de Céspedes se había marchado del pueblo.

Era proceder con la delicadeza pedida, pero, sin embargo, Luisana, al saber que el novio de tantos años, su único amor a pesar de todo, no había intentado obtener explicaciones, ni siquiera había tratado de despedirse de ella, sonrió tristemente y murmuró:

—¡Qué pronto tomó la salida que se le ofrecía! Eso se llama seguir un consejo al pie de la letra, como cuando lo pide el cuerpo.

Y luego, sacudiendo los hombros:

—¡Que otra lo haga feliz!

Y con estas palabras —no se las había imaginado en sus labios cuando tomó la determinación heroica— se despidió del único afecto que hubiese podido impedirle consagrarse a aliviar el infortunio del hermano. De allí en adelante, sería la sal de la casa solo en el plato de Cecilio.

Décimas y fulías

Floreceían las orquídeas y ya estaba derecha la Cruz del Sur. Bosque adentro, en la tibia sombra húmeda, adherida al tronco añoso comenzaba a abrirse la flor de mayo blanca y en las claras noches, por encima de los oscuros montes, fulguraban los cuatro luceros cándidos.

A mayo lo anuncian sus flores y su constelación y cuando llega, le alegran las noches los velorios de cruz, donde se recitan décimas y se cantan fulías.

Ya en los patios de las haciendas, donde estaban plantadas las cruces de palo, empezaban a levantarse las verdes enramadas festoneadas de gajos floridos, y en La Fundación de Arriba, Coromoto el joven, gran decimista, se preparaba a medirse con el viejo Pitirrí, de La Fundación de Abajo, que le disputaba la fama.

Aquel año había además un motivo especial para que los troveros se esmerasen y fuesen más animados los velorios de cruz: el regreso del Buen Amito, a quien siempre le habían gustado aquellos rústicos torneos, tanto que en varios de ellos no se desdeñó de alternar con los decimistas, que, por cierto, nunca pudieron vencerlo, porque tenía mucho verso sabido y pico de oro para sacarles música cuando los recitaba.

...Mes de mayo, mes de mayo,
cuando las recias calores...

Desde el antiguo romance castellano viene la candorosa décima criolla; pero surge como espontánea de la musa popular y sorprende que la rústica reencarnación, plagada de galimatías, reproduzca todavía la forma original... Ya Juan Coromoto, hijo de Roso, el tamborero, trae así las suyas por el camino de La Fundación de Arriba. Él también dice todavía la calor. Que aquella noche era ardiente cual suele serlo por mayo.

Cuando los toros son bravos,
los caballos corredores.

En el cielo, entre la infinitud de las constelaciones, las cuatro estrellas místicas de las noches del trópico; en el patio, bajo las verdes enramadas, la cruz de mayo de palo entre luces y flores silvestres. Frente a ella, y a ambos lados, tres bancos para los cantadores de fulías y para los músicos.

Ya estaban allí estos con el cuatro, las maracas y el furruco, aguardando a que llegasen el Buen Amito y la niña Luisana para comenzar la fiesta. Las fulías también vinieron de allende el océano, quizá las trajeron los isleños canarios, pero ya no eran danzas, sino cantos a la cruz de mayo y con versos de la nueva tierra, tan pronto sacados de los aguinaldos del Niño Jesús, como de las décimas profanas con que alternaban en tales velorios o de la estupenda máquina de disparates que cada cantador llevaba en la cabeza y con ella en movimiento allí mismo los improvisaban, cada uno por su cuenta y todos a la vez.

Otros bancos más allá, a la estrellada intemperie del patio, para el auditorio: las negras viejas, voluminosas masas de carnes papandujas y de enaguas almidonadas, con los gordos brazos al aire o con un paño blanco sobre los hombros las muy frioleras, y en la cabeza el pintado pañuelo de Madrás; los negros viejos, algunos ya decrepitos —olvidos de la muerte—, nevadas las greñas rebeldes, amojamados, rezongones y quisquillosos y masticando lo que no estaban comiendo; las mozas, de bocas sensuales, mostrando los blanquísimos dientes al reír jacarandoso, con sus camiones de cretonas rameadas, de colores chillones y sus cotizas blancas, varias de ellas dándole la negra teta al crío; de pie, en grupos esparcidos por el patio donde estaban las casillas que

abrigaban el cacao de la última recolección, los mozos galaneando su muda limpia de listado, el sombrero nuevo de cogollo y las alpargatas de color, y por entre las piernas de ellos la chiquillería inquieta, ansiosa de que acabasen de llegar los amos:

—¡Pa que empiece esa música sabrosa y esos versos güenos, manitos!

—¡Y pa ve si es verdá que Coromoto abacora a Pitirri!

Al patio caía la oficina donde se depositaba el cacao elaborado. Una gran techumbre de dos aguas y entejado, sostenida por una complicada armazón de gruesas vigas, entre las cuales tenían sus dormitorios los innumerables murciélagos que por allí se criaban ahítos de higuero. El olor penetrante del fruto apilado saturaba la obscuridad sotechada, donde iban a zozobrar los reflejos de las luces del velorio, metiéndose por el portalón abierto de par en par y bajo cuyo umbral estaban dos viejos sillones frailunos, de respaldares de cordobán estampado con las águilas de Carlos V, desde donde pudiesen presenciar las fiestas Cecilio y Luisana, al abrigo de techo contra el relente de la noche y a discreta distancia de amos.

Ya estaban allí, devolviendo con afables sonrisas las respetuosas miradas fijas en ellos, y en los bancos se murmuraba:

—¡Qué jipato ha venío el Buen Amito! Como que no le prestaron las Uropas.

—Ella sí que está buenamoza. Nunca la vide tan bonita.

Todas las miradas, menos las de un mocetón bien parecido, de tez morena y negro cabello ensortijado, que estaba entre los esclavos agrupados en el patio con los ojos remachados a la cruz.

—¿No es aquel Pedro Miguel? —se preguntó Luisana—. Sí. Él es.

—¿Pero no nos dijo esta mañana José Trinidad que no estaba por aquí? —argüyó Cecilio—. ¿Que andaba por los Valles del Tuy?

—Por allá se lo pasaba, realmente, desde que José Trinidad tuvo que alejarlo de por aquí, hace unos cinco o seis años, porque andaba soliviantando a los esclavos.

—Sí, sí. Recuerdo que me lo contaste. Les leía periódicos. ¿Y desde entonces no había vuelto por aquí?

—Creo que no. Vive en San Francisco de Yare, me parece, con la hermana de José Trinidad. Habrá venido esta tarde, para el matrimonio de la morocha, que es en estos días. Pero fíjate. Está haciéndose el desentendido por no venir a saludarte.

—Así parece. Aunque motivos no tiene para malquererme.

—Por el contrario. Pero genio y figura...

—Ya procuraré domesticarlo, otra vez.

En efecto, todavía Cecilio se interesaba por aquel que estaba plantado en la vida entre los dos campos hostiles, y a su llegada a la hacienda, lo primero que hizo fue preguntar por él y manifestar su deseo de verle. Ya habían pasado los tiempos románticos de cuando aquellas palabras a Antonio de Céspedes; otros conceptos más sencillos y precisos explicaban el caso sin necesidad de recurrir a voluntades trascendentales, como la de aquella "Idea que buscaba su Forma", pero aun así todavía consideraba la existencia de Pedro Miguel como algo más significativo que la suya propia, a la que no habían contribuido sino voluntades individuales y por modos corrientes, y eran ahora razones de orden práctico, aunque no personalmente interesadas, las que lo inducían a emprender la reconquista del afecto de aquel pariente bastardo —que ya se lo profesaba cuando se lo enajenó la violencia de Antonio de Céspedes— y en quien veía no ya un campo de lucha entre dos razas inconciliables, como antes llegó a temerlo, sino, por lo contrario, de armonía constructiva de una nación que se enfrentara decidida y valientemente con su porvenir, aceptando a plena conciencia el hecho consumado de su mestizaje.

Mas ya Pedro Miguel parecía no querer nada con él, y allí estaba dándole la espalda —a pesar de las repetidas insinuaciones de José Trinidad Gomáez para que se acercase a saludarlo—, plantado en medio del patio, con los brazos cruzados, en una actitud de desdeñosa altanería y ya diciendo:

—¡Qué hubo, pues! ¿Qué se espera aquí para comenzar la fiesta? ¿No estábamos reunidos hace tiempo todos los que hacíamos falta?

Por fin, José Trinidad, en su carácter de mayordomo de la hacienda, dio la orden esperada por los músicos, y bajo la enramada que cobijaba la cruz roncó el furruco, chischaron las maracas, sonó el rasgueo del cuatro y sobre el jubiloso murmullo del auditorio congregado a la intemperie del patio, se alzó a coro el extraño grito negro, de entonación lamentosa:

—¡Airó! ¡Airó!

Y empezaron las fulías, el canto de trenzadas voces destempladas:

Cruz de mayo, cruz bendita,
aquí te vengo a cantal
esta fulía compuesta
para los pies de tu altal.

—¡Airó! ¡Airó!

Ya no se oían las coplas, todas revueltas, cada uno cantando la suya al compás frenético de los instrumentos, cuando Juan Coromoto, abriéndose paso por entre los que rodeaban el cobertizo, hizo una seña a los cantadores —como era costumbre de los decimistas para que se suspendiesen las fulías—, diciéndoles:

—¡Hastay!

Cesó la música y enmudecieron los cantadores. Era el turno del trovero, lo mejor de la fiesta, y el auditorio se pasó la voz de silencio, mientras Coromoto el joven se aclaraba el pecho fanfarronamente.

Iba a recitar el mejor decimista de La Fundación de Arriba y, para algunos, de varias leguas a la redonda. Pero Pitirrí, por quien se dividían las opiniones, también estaba allí y ya se había abierto paso para replicarle, como solía hacerse en aquellos rústicos torneos, en los cuales los trovadores ponían tanto ardor, que a veces, por una décima mal replicada —ya por salirse del tema propuesto por el iniciador o por insistir demasiado en lo dicho a fin de ganar tiempo y fatigar al contrario— se iban a las manos y el velorio terminaba en reyerta.

Coromoto irguió la cabeza, y clavando los ojos en la cruz, de donde no los quitaría mientras estuviese recitando —actitud ritual que le daba cierto aire de poseso a su rostro ceñudo—, comenzó por la salutación de rigor:

Saludo al amo que es güeno
y a la niña que es sin par,
saludo a la concurrencia
y a la cruz sobre su altar.
Yo sé que siendo bendita
por ella debí empezar,
pero ella es humilde y se deja
con cariño postergar.
Coromoto la saluda
porque acaba...

Hizo una pausa, como era costumbre de decimistas para que la concurrencia completara el último verso con él —curioso modo de intervención crítica del coro, pues el mérito de la décima dependía de que pudiera ser completada conforme al pensamiento del autor—, y concluyó, al rumor unánime y concorde:

...de llegar!

—¡Ahí ta, pues! —exclamaron sus partidarios, ya entusiasmados—. Vamos a ve quién recoge el tema como mandan las reglas.

Asumiendo la actitud del rito, sin mirar al contendor, sino a la cruz, Pitirrí, viejo trovero de La Fundación de Abajo, replicó al tema:

Cruz de mayo, cruz bendita,
amorosa y sacrarrial,
como tú eres la primera
por ti empieza el saludal.

—¡Hum! —hizo Coromoto, despectivamente, mirando al contendor por encima del hombro—. No coma retallones, viejo. Ya eso lo advertí yo.

Y las risas de sus admiradores ahogaron los versos finales de Pitirrí, mientras los partidarios de este siseaban reclamando silencio.

Cecilio sonreía complacido. Su amor al pueblo y su afición poética armonizaban el emocionado sentimiento produciéndole por aquellas candorosas formas del alma rústica y de la musa ingenua. Era una escena de antiguos tiempos patriarcales y sencillos que hacía olvidar por un momento la agitada época presente. La tierna noche estrellada, el símbolo cristiano, la ceremonia campestre, el señor y el siervo oyendo los rudos versos con una misma sonrisa de delectación. Ya esto quizá no sucedía sino en aquel rincón del mundo, pero no tardaría en llegar hasta ahí la tempestad desencadenada en otras latitudes. Era una escena anacrónica que no se repetiría mucho tiempo; pero tenía su belleza, a pesar de todo, y con ella desaparecería de la tierra una actitud del hombre ante la vida. Por el momento y ya que no duraría mucho, bien estaban así el amo y el esclavo, con una misma complacencia, oyendo unos versos ingenuos, por mayo y velorio de cruz.

También Luisana sonreía, mas por otra causa. Ya por dos veces había sorprendido a Pedro Miguel dirigiéndoles —a ella y a Cecilio— rápidas miradas furtivas.

—¡Ah, Cachorro tonto! —pensaba—. Quiere venir a saludar a Cecilio, pero por no dar el brazo a torcer espera que lo llamemos.

Entretanto, concluido el tema de saludos, y después de una breve pausa, Coromoto volvía a aclararse el pecho.

Ahora serían los romances caballerescos los que darían asunto a sus décimas, aquellos donde se cuentan las hazañas de los Doce,

que a una mesa comían pane,

acaso aprendidos de boca de Cecilio, cuando por las noches de temporadas en la hacienda se llegaba hasta el repartimiento a recitarles a los esclavos los versos aprendidos de sus lecturas. Pero como podía conservarlos en su memoria Juan Coromoto:

En la fuente de Mariara

fue la primera batalla.

Por lo grande de su hazaña

Fierabrás que así se nombra.
 Pero Oliveros de honra
 a su encuentro le saldrá.
 Su alma de Nibradá
 de feroz la valentía.
 Y por medio de una porfía
 conquistaron
 a Balán!

Y como podía replicarlas Pitirrí:

Los cristianos todos siguen
 en contra de los paganos.
 Le hicieron diez mil estragos
 en la fuente de Montible.
 Allí todos se aperciben,
 con Galafa han de peliar,
 la fuente le han de quitar
 esos nobles caballeros:
 Darderín y su escudero,
 Normandía...

Pero ahora es solo Coromoto quien puede completar la estrofa, y así lo hace,
 engreído:

...y don Roldán!

—¡Ajá! —exclamaban los de La Fundación de Arriba a cada décima de Coromoto. Y lo mismo hacían los otros a cada réplica de Pitirrí.

Y por allí se enzarzaron a celebrar proezas de los Doce pares, mezclando lo oído con lo inventado, como los propios trovadores medievales, barajando lo discreto con lo disparatado, hasta que secas las gargantas y sin que el uno hubiese vencido al otro, guardaron silencio Coromoto enfurruñado y Pitirrí sonriente, porque aquel no se esperaba tanto y este se había quedado corto.

Con lo cual se reanudaron las fulías al grito de:

—¡Airó! ¡Airó!

Giraban las coplas revueltas en el torbellino de los rudos acordes, sonaba el furrucó con ronco jadeo de bestia rijosa, y en los negros y sudorosos rostros de los cantores blanqueaban los ojos fijos en la cruz con alucinante expresión de éxtasis.

Ceñudo y lanzando escupitajos por el colmillo, Juan Coromoto rebuscaba entre sus décimas alguna que fuese de tema forzado y difícil para derrotar al rival socarrón, y este sonreía mirándolo de soslayo y esperando a que le saliese por donde quisiera, pues para todo argumento tenía alguna trova sabida.

—¡Hastay! —volvió a exclamar el primero, a tiempo que un relámpago de satisfacción le cruzaba por el rostro.

—¡Esa debe de se güena! —exclamaron sus adictos—. Acomódese, Pitirrí. Y el trovero joven, con voz vibrante y la vista fija en la cruz:

Nace el pej que apenas gira
al tocar el seno jondo,
cuando en una re de fondo
encarcelado se mira.
Allí batalla y suspira
cuando desprenderse quiere.
No es posible de que espere
una vida perdurable.
Y como nada es estable,
todo lo que nace...

La pausa de costumbre, y luego descargando la voz fanfarrona, junto con el coro:

...muere!

Y al rival, por encima del hombro, sin dignarse mirarlo:

—Ese es el tema, viejo.

—Voy con él —repuso Pitirrí—. Vaya oyendo, joven.

Al ver derribarse el muro
de aquel gran Jerusalem
yo aseguro no haiga quien

ponga difícil seguro.
 Yo por eso no me apuro
 ni ningún escombros rialzo
 y cuando la vista alzo
 que veo derribarse todo,
 digo girando en el globo:
 todo firmamento
 es falso!

—¡Güena ha estao esa réplica! —prorrumpen los suyos.

Pero Cecilio no le había prestado atención, ni tampoco a la décima de Coromoto completa. Había sido él quien recitándoles a los esclavos los famosos versos de *La vida es sueño* sembró en el candoroso suelo popular aquella culta semilla de poesía que allí estaba dando una planta fina entre zarzas silvestres, y su hallazgo le habría producido complacencia —como ya la experimentara al oír los romances caballerescos a través de las décimas— si no hubiera sido porque los primeros versos de Coromoto se le deslizaron, guiados por la idea dominante de su infortunio, a despertarle el recuerdo de aquellos otros de la invocación de Segismundo, que bien le cuadraban y se le vinieron a los labios:

Apurar, cielos, pretendo,
 ya que me tratáis así...

Largo rato estuvieron Coromoto y Pitirrí cruzándose décimas al tema pesimista propuesto por el primero, y ya José Trinidad, como los viese enardecidos que poco les faltaba para irse a las manos, iba a ordenar que se reanudaran las fulías, cuando aquel, no dejándose quitar la palabra, recitó:

Ninguna atención se lleva
 la mujer con ser amable.
 Ellas son falsas, son mudables.
 Yo imploro la mejor prueba
 con la imprudencia de Eva
 que Adán su marido peca.
 El árbol verde se encrespa

y aspira su creación.
 Me baso en esta razón
 todo lo verde
 se seca!

Pedro Miguel no había vuelto a mirar hacia donde estaban Cecilio y Luisana desde que la vio sonreír burlonamente —pensó—, pero al oír la décima de Coromoto, que a ella no podría haberle agradado, volvió la cabeza, sonriendo a su vez de manera impertinente.

Pero ya los sillones estaban vacíos. Recogió la sonrisa frustrada y murmuró:
 —Gracias a Dios que se fueron esos jipatos.

Sin embargo, allí mismo empezó a no encontrarle interés al velorio, y poco después cogió el camino de su casa.

Por el que conducía a la Casa Grande iba Cecilio contemplando el vasto cielo estrellado y murmurando, a media voz de añoranzas, un romance venido a su memoria de pronto:

Media noche era por hilo,
 los gallos querían cantar,
 Conde Claro por amores
 no podía reposar.

Porque amor de Claraniña
 no lo deja sosegar.

—¡Qué lindo! —exclama Luisana, oprimiéndole el brazo donde se apoya—.
 Recítalo completo.

—Se me ha olvidado —responde Cecilio—. Solo recuerdo esos versos.

Y al cabo de una pausa:

—Este otro, que también viene al caso, sí lo recuerdo completo:

Por el mes era de mayo;
 cuando hace la calor,
 cuando canta la calandria
 y responde el ruiñeñor.
 Cuando los enamorados

van a servir al amor,
sino yo triste y cuitado
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son.

—No me gusta —dice Luisana—, pues viene demasiado al caso y este es realmente para desesperarse.

Cecilio sonrío comprensivo y vuelve a hundir sus miradas en el profundo cielo donde ya declina la Cruz del Sur.

Media noche era por hilo,
los gallos querían cantar...

IV

¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

Su cuarto de la casa de San Francisco de Yare no era más espacioso que el que volvía a ocupar en la de El Matajey después de seis años de ausencia, e indudablemente este conservaba las dimensiones de siempre; pero, sin embargo, hallábalo ahora mucho más reducido y en especial más bajo de techo.

—Yo lo recordaba como un cuarto grande y alto —se dijo—. Esto es una ratonera. ¡Aquí se asfixia uno!

Y se echó en el catre allí destinádole, boca arriba y sin desnudarse, con acritud de humor de prisionero al tomar posesión del calabozo donde lo hubieran encerrado.

Largo rato permaneció así, con las manos entrelazadas bajo la nuca y la mirada fija en el techo, hasta que de pronto cayó en advertir que estaba contando las viguetas, nueve, como siempre lo habían sido, e innumerables veces las había contado, desde aquel mismo catre.

—Es que uno crece —volvió a decirse—, y como las cosas se quedan del mismo tamaño, las proporciones cambian.

Si en aquella habitación hubiese habido un reloj y Pedro Miguel tomado nota de la hora precisa de tal observación hecha, su sorpresa habría sido grande al comprobar que habían transcurrido más de veinte minutos entre aquellas

palabras mentales y estas otras, ahora murmuradas, sin pensamientos intermedios.

—¡Las proporciones!

Pero, en cambio, había una vela encendida, entera cuando Eufrasia se la dejó en la palmatoria, y ya casi consumida cuando por tercera vez surgían de los limbos de su pensamiento las palabras reiteradas:

—¡Las proporciones!

Es cierto que al hacerse tal observación, en apariencia baladí, Pedro Miguel había abordado inconscientemente nada menos que, el arduo problema del espacio y del tiempo y sus relaciones, ante el cual su pensamiento debió perder pie, abismándose, presa del vértigo, en la tremenda sima de lo inexplicable, de donde aquella reiterada exclamación no vendría a ser sino los esfuerzos angustiosos hechos por su espíritu para salir de tal abismo. Pero al mismo tiempo no parecía su intimidad completamente abolida, o por lo menos la de algún modo vinculada a la costumbre que ya tenía cuando hubo de ausentarse de aquella casa, ahora reproducida automáticamente, pues por detrás —por decirlo así— de aquel pensamiento de aspecto metafísico, había otro, obstinado también, que solo de anteriores contemplaciones semejantes podía provenir la representación imaginaria y casi alucinatoria de una gota de agua que insensiblemente y a largos intervalos manaba del encañado de aquel techo, hasta desprenderse por fin, redonda y brillante, con la singularidad de que siendo una sola gotera no caía necesariamente del mismo sitio, sino de un punto cualquiera de los extremos del campo visual en ese momento abarcado por los ojos, en el empeño de recorrer la techumbre contando las viguetas, momento que, por añadidura, coincidía precisamente con la vuelta de la exclamación a los labios:

—¡Las proporciones!

Desde luego, era el recuerdo de alguna gotera real de cuando Pedro Miguel habitaba aquel cuarto, antes de su traslado a la casa de San Francisco de Yare, y esto daba a entender que por lo menos alguna parte de su anterior experiencia

trataba de filtrarse a través de la lucubración metafísica, siendo probable que lo hubiese logrado ya si en el preciso momento del desprendimiento de la gota imaginaria, no se produjera la reflexión intermitente. Pero de todos modos, fue necesario que la vela se consumiese por completo, dejándolo a oscuras, para que Pedro Miguel se diera cuenta de estar despierto y todavía vestido, y todo a causa de una ocurrencia tan estúpida como la de empeñarse en contar, una y otra vez, las viguetas del techo para comprobar que eran nueve, como siempre habían sido.

Pero sucedió que al quedarse a oscuras se dio también cuenta de que ya amanecía. Dejó el catre, se despertó, sobándose la nuca dolorida y se asomó a la ventana, cuyo pequeño rectángulo encuadraba la hermosura del lucero del alba.

Hundió la mirada en la sombra de los montes, la paseó por la serenidad de las cumbres, ya perfiladas sobre el resplandor anaranjado de la aurora, la detuvo luego allá lejos, allá abajo, sobre un trozo de mar sin rumores que tenía una ternura de leche... Respiró un olor de hierba con rocío. Percibió un murmurio de agua que por un caño de lata caía en botijón. Oyó que pasaba por encima de la casa, arriba de los árboles más altos, una bandada de pericos madrugadores. Sintió la frialdad del aire de la amanecida en los ojos abrasados por la vigilia.

Pero nada de esto penetró más allá de sus sentidos; el insomnio y la idea fija le habían dejado el espíritu sumido en estupor.

De pronto, se le ocurrió una de esas ideas que surgen y desaparecen en seguida en los limbos del pensamiento desintegrado por la fatiga o el sueño, pero que automáticamente ponen en acción, y metiéndose el saco —lo único que se había quitado para acostarse— y calándose el sombrero, se echó al campo, camino del pueblo.

A una hora larga de buena marcha a pie por atajos de baquianos estaba la sacristía de la parroquia, y el padre Rosendo Mediavilla acababa de despojarse de los ornamentos con que celebrara la misa del día cuando, al volverse para

decirle algo al monaguillo, creyéndolo por allí, lo sorprendió la presencia de Pedro Miguel.

—¡Gua, tú! —exclamó—. ¿Por dónde entraste, que no te sentí?

—Detrás de usted vine; pero no quise interrumpirle sus oraciones.

—¡Caramba, muchacho! Ya estás hecho un hombrón. ¿Y qué me cuentas? ¿Has venido para el matrimonio de tu hermana?

—Quizás.

—¿Cómo quizás? ¡Hombre! Por lo menos debes saber si esa ha sido o no la causa de tu regreso... ¡Hum! ¿Cómo que te emparrandaste anoche en el velorio de cruz? Tienes cara de haberte tomado unos traguitos más de lo conveniente.

—Usted sabe que yo no bebo —repuso desabridamente.

—¡Hombre! Tanto como saberlo no tengo yo por qué. No bebías cuando eras muchacho; pero ahora los tiempos pueden ser de otras costumbres que yo no te conozca. De todos modos, no te ofenda mi sospecha... ¡Ah, *Cachorro!* ¿Todavía no has aprendido a reírte?

—A veces lo hago; pero...

—¿Qué te pasa, chico? ¡Esa cara de trasnocho y ahora esas vueltas y revueltas al sombrero sin levantar los ojos!... ¿Qué traes entre manos, Pedro Miguel?

—Pues... ¿Cómo le diré? En este momento parece que se me hubiera olvidado lo que me hizo venir hasta acá... La verdad sea dicha, esta visita podría habérsela hecho otro día, en una hora más oportuna, o no habérsela hecho nunca, también.

—¡Hombre, hombre! —exclama jovialmente Mediavilla—. Eso es franqueza y lo demás tortas y pan pintado.

Mientras Pedro Miguel concluye:

—Que después de todo nada voy a sacar de ella que ya de algún modo no sepa. Además, tal vez no he venido propiamente a conversar con usted, sino que andando llegué hasta frente a la iglesia y al verla abierta se me ocurrió entrar, a echarme, como dicen, la primera en la frente.

—¿Para que te libre Dios de malos pensamientos? —agrega en seguida el cura, cuyo ceño se había contraído bruscamente a la primera de las frases que acababa de formular el mozo, y ahora clavando en él una mirada inquisitiva.

—Quizás no sean malos —replicó Pedro Miguel, sonriendo, pero de manera tal que acentuó la sospecha ya en la mente del sacerdote: que aquella actitud inquietante del mozo tuviese relación con el matrimonio de la que pasaba por hermana gemela suya.

—¡Hum! —hízose mentalmente, mientras continuaba explorando aquel rostro contraído por oscuros pensamientos—. ¡Como no vaya a haber dado esta mentira los malos frutos que siempre dan todas!

Y luego, en alta voz:

—¿Te has desayunado?

—Todavía no.

—Pues te invito para celebrar el gusto de verte otra vez por aquí. Vamos a casa y allá conversaremos mientras le echamos lastre al estómago.

—Vamos.

Ya sentados a la mesa, el párroco encaminó la conversación por donde andaban sus recelos:

—¿Y qué tal? ¿Muchos preparativos en El Matajey para la boda de Matildita?

—¡Imagínese! Es la maraca y los viejos siempre le han bailado el agua por delante.

—Quizá no a ella sola. Algo habrás visto tú de esos bailes.

—Yo soy cosa aparte.

Y el cura, después de haberle explorado el rostro, mientras tomaba sorbos de su humeante escudilla de cacao:

—Lo que no impediré, naturalmente, que también participes de los alegres preparativos para esa boda.

—¡Figúrese! La morocha ha sido siempre mi preferida, y como el hombre con quien se va a casar no la hará pasar trabajos, pues muy contento yo también.

—¡Vaya, hombre, vaya! Me alegro de veras... por todos ustedes. Sírvete, muchacho. Estás en tu casa y ese queso de mano no merece que se le desprecie. Sírvete más.

—Gracias. Tengo pocas ganas. Con el café me basta, y eso por complacerlo.

—¿Es que no andas bien de salud?

—Yo sí, como siempre. A Dios gracias.

—¿Y de negocios, cómo te va?

—Ahí. Viviendito.

—¿En qué te ocupas?

—En comprar y vender bestias, por lo general. Me corro hasta los llanos, compro por allá lo que se me proporcione y vendo por los pueblos del Tuy. Hasta ahora las proporciones no han sido malas.

Y nuevamente prisionero de la idea fija que lo había hecho emplear una vez más aquella palabra:

—¡Las proporciones!

El cura le dirigió una mirada de extrañeza por encima de los bordes de la escudilla empinada y luego le preguntó, a tiempo que se limpiaba los labios en la servilleta:

—¿Y El Altonazo, sigue dándote buen cacao?

—¿Dándome? —repuso Pedro Miguel—. Todavía no me he metido al bolsillo un centavo de esas cosechas, ni primeramente Dios me lo meteré nunca. Esas eran las tierras de don Nadie, como una vez le escuché a don Cecilio y para él se quedarán.

—Pues ya está visto que el destino de esas tierras es no tener dueño que por suyas quiera tenerlas.

—Por algo será.

—Y hablando de otras cosas. ¿Cómo está eso por los Valles del Tuy? ¿Mucha agitación?

—¡Cómo va a estar! Pero a este respecto, como tocante a los otros particulares que ya hemos mencionado, soy yo quien tiene que hacerle a usted algunas preguntas.

—¡Vengan, vengan! Ya iré contestándotelas a la medida de mis conocimientos de la cuestión —repuso Mediavilla, preparándose ya la evasiva por si las interrogaciones venían por donde él las temía.

—La primera y principal es esta, a propósito de la última de usted. ¿No decía antes que conservadores y liberales, mantuanos y camisas de mochila, eran aceite y vinagre?

—¡Claro! Y continúo sosteniéndolo.

—¿Entonces, cómo es que me han dicho que usted y los mantuanos de por aquí son ahora uña y carne?

—¡Ah! ¿No sabes tú que las ensaladas llevan aceite y vinagre? Los tiempos han cambiado, Pedro Miguel. Ahora el César son los Monagas, y para darles lo que se tienen merecido tenemos que recurrir a las ensaladas. Como plato fuerte no son recomendables, pero a su hora y punto no caen mal. Créeme a mí.

—A mí no me gustan a ninguna hora. Nunca las he podido pasar.

—¿De veras? ¡Ah, *Cachorro!* El mismo de siempre... ¿Y las otras preguntas? Ve soltándolas.

—¡Ya para qué! —repuso levantándose—. Y con su permiso, padre. Perdóneme que me retire dejándolo sentado.

—¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

—Eso es lo que yo quisiera saber: qué será lo que me está pasando de anoche a esta parte. ¡En fin! Déjeme irme más bien.

Y se marchó.

La revelación

Que bien estuvieran así el señor y el siervo, fueron condescendencias del poeta con el vencido; pero entre las ruinas aún quedaba algo en pie para el hombre capaz de la obra útil.

Por una parte, la del pensamiento: el libro. Antes de que el tremendo mal desatase todas sus fuerzas devastadoras, quizá dábale tiempo eficazmente dedicable a la actividad del intelecto y alguna luz podrían arrojar sus escritos sobre el nebuloso campo por donde se perdían los caminos de la joven Patria. Obra precaria sería ahora, pero mientras su espíritu conservase energías lúcidas, a ella debía consagrárselas.

Por otra parte, un campo de acción directo, pequeño, humilde, pero laborable. Los esclavos de su casa disfrutaban de unas condiciones de vida más tolerables que las antiguas, hasta los tiempos de su abuelo Carlos Alcorta y su capataz Mindonga, gracias a la influencia de las leyes que venían aminorando los horrores de la esclavitud, y en particular al humanitario trato de la bondad de don Fermín; pero si ya no estaban sometidos a la férula humillante de los capataces ni a la deprimente convivencia del repartimiento, aún carecían, así en lo material como en lo espiritual, de cuanto pudiese constituir una forma de existencia realmente humana. Privados de economía propia, analfabetos y envilecidos por el hábito secular de la sumisión, eran todavía los parias.

Había que incorporarlos a la vida responsable, creándoles fuentes de subsistencia independiente y preparándolos para la actividad civil y la participación en la cultura, tanto más cuanto que ya la idea de la abolición de la esclavitud se cernía en el ambiente político.

Y Cecilio, ya con su plan, así se lo expuso a don Fermín:

—En La Fundación hay tierras apropiadas para el cultivo de frutos menores que no están utilizándose de una manera eficaz. Démoselas a los esclavos, en medianería; para comenzar, a fin de crearles, junto con el hábito del trabajo responsable, una fuente de economía individual.

—¿Y el cacao? —objetó don Fermín.

—Continuará siendo exclusivamente nuestro y ellos en la obligación de atenderle, pero reglamentaremos la distribución del tiempo, de modo que también les alcance para lo propio, bien entendido que del producto de esto último podrán ellos disponer libremente, en metálico.

—¿En metálico! ¿Pero no te has detenido a preguntar cuál será el uso que el esclavo hará de ese dinero?

—Al principio, el más perjudicial para sí mismo. Ya lo sé. Pero junto con eso les iremos dando también ideas, que les formen hábitos provechosos.

—¡Ideas! ¡Válganos Dios! ¡Esto sí no me lo esperaba! ¡Ideas en la cabeza del negro!

Y Cecilio, elevando el tono:

—¿Hasta cuándo se empeñarán ustedes en cerrar los ojos ante un hecho fatal? Nuestro negro es una raza en marcha, pero no un forastero de paso por nuestro suelo y si mal hicieron los que lo trasplantaron del propio, peor hacemos no cultivándolo como una planta ya nuestra. Aquí se reproduce, todavía con su alma intacta, pero también se mezcla, y es así como el cuerpo de la nación va digiriéndolo; mas hay que incorporarlo también al alma nacional, dándole —parte en el patrimonio común de la cultura. Además, ¿no tendremos los blancos algo que agradecerle al negro? Ellos nos cultivan la tierra y nos explotan la mina; ellas nos sazonan la comida, nos dan la leche de sus pechos

cuando a los de nuestras madres les falta, nos sirven y nos cuidan amorosamente, y de niños nos duermen con el cuento ingenuo, por donde empieza la formación de nuestra alma.

Y como esto ya había sido soltar el chorro, don Fermín no necesitó más para acceder:

—¡Bueno, bueno! Haz lo que te parezca, que yo no soy quién para enmendarte la plana.

Puesto a la obra, pero comenzando por la escuela, natural principio, al día siguiente ya estaba funcionando una donde antes fue dormitorio común de los hombres en el caserón del repartimiento. De párvulos, durante el día, al cuidado de Luisana, que con entusiasmo acogió la idea porque así se ensanchaba más su mundo interior, y de adultos por las noches, a las primeras horas, atendida por Cecilio.

En un principio hubo resistencia a regañadientes:

—¿Y los velorios de cruz?

Pero luego todos convinieron en que para décimas y fulías era suficiente con las de sábados y domingos, pues también daba gusto sentarse en los bancos de aquella escuela, cruzar los brazos, como los propios niños y quedarse boquiabiertos oyendo al Buen Amigo, que hablaba tan sabroso, todo entendiéndosele, sin embargo y de lo mucho sabido ya les había prometido enseñarles cuanto ellos necesitaban, para convertirse en seres humanos, propiamente.

Mas no tardaron en aparecer cizañas en el campo del sembrador nocturno. Desfallecieron los más entusiastas, incluso Juan Coromoto, que tanto necesitaba de letras para sus décimas, habiendo dicho ya que así no tendría que conservarlas todas en la memoria, y a las puertas de la escuela runruneaban conversaciones que se interrumpían cuando se acercaba el maestro.

Y no pararon aquí las cosas, sino que, pasando a los hechos, una mañana recibió Luisana a don Fermín con esta noticia:

—Estamos sin servicio, porque muy temprano hubo aquí una revolución.

—¿Dónde, hija?

—En la casa. La esclavita María de la O que amaneció alzada y brincó la pared del corral, arrastrando consigo a la Benicia y a la Damianita. La María de la O decía a gritos algo de papeles de venta.

—¡La escuela, la escuela! —repuso don Fermín.

—Pero si precisamente la causa del alzamiento parece haber sido el no querer asistir a la escuela...

—¡Claro! Aunque parezca turbio. Como era cosa de agradecer y de eso no entiende mucho el negro...

—Eso hay que enseñarle también —completó Cecilio, que en ese momento salía de su habitación al encuentro del padre.

Sonrió este complacidamente, y dijo:

—Ya me quitó la palabra y la gana. Siempre habrá de decir él la última palabra y la más razonable en toda cuestión.

Pero ya se le alcanzaba a Cecilio quién podría ser el sembrador de cizañas, y una de aquellas tardes, paseando por los callejones de la hacienda, con el plan de su libro en el pensamiento, se lo tropezó de camino.

—¡Hola, Pedro Miguel! —díjole, deteniéndose—. Si no es así, no habría podido echarte encima el saludo.

Dio vagas excusas, sin mirarlo a la cara, y como habló de prisa, a fin de que no se prolongase demasiado el encuentro, Cecilio repuso:

—Ya advertí que apresuraste el paso al verme; pero deja esas prisas para cuando se te pueda creer que realmente las llevas y acompáñame un rato. Deseaba verte y ahora tengo además algunas preguntas que hacerte.

—¿No podrá aplazarlas para otra ocasión? —le replicó, abandonando la táctica fracasada de fingir, ya dispuesto a decir las cosas tal como las sentía.

—No. A esta, especialmente, la pintan calva. Vente conmigo.

—Es que yo preferiría seguir mi camino solo.

—Ya te lo creo. Pero quien tiene cuentas por rendir no puede pasar de largo sin exponerse a que se le juzgue cobarde.

Pedro Miguel alzó rápidamente la cabeza y lo miró a los ojos, y Cecilio aprobó:

—¡Así! Así me agrada hallarte: dando la cara.

—Nunca ha sido costumbre mía otra cosa y creí que usted lo supiera.

—¡Tantos años tenemos sin vernos ni entendernos que no sería extraño que ignorase tus costumbres! Pero como ya esas preguntas se las hice a José Trinidad y él me dio buena razón de ti, empiezo por esta otra. ¿Qué te propones al atravesárteme en el camino?

Con un movimiento maquinal, revelador de aplomo perdido, Pedro Miguel se hizo a un lado y Cecilio prosiguió:

—Me refiero a tus prédicas entre los esclavos. Ya sé que tergiversando mis propósitos, te has propuesto sembrar en el ánimo de ellos la desconfianza y el recelo. Les has dicho que al ofrecerles tierras en medianería, para que se beneficien libremente con el producto de sus cultivos, no estoy buscando sino la manera de eludir la obligación de mantenerlos.

—¿Quién le ha soplado eso?

Cecilio lo miró un momento en silencio y luego replicó:

—Podría responderte que eso de preguntas, para cuando yo haya concluido con las mías; mas como no quiero que te imagines traicionado por tus amigos, te explicaré. Lo he descubierto por mí mismo, de palabras sueltas llegadas a mis oídos y de preguntas reticentes que se me han hecho. Tus argumentos, como comprenderás, fácil me sería rebatirlos, pero aun reconociéndote habilidad, no puedo felicitarte por el éxito que vas obteniendo, y, por otra parte, no quiero que por mí descubran los interesados que el malintencionado eres tú.

—¿Yo? —protestó Pedro Miguel.

Y Cecilio, sin interrumpirse:

—Podría también pedirte cuentas del juicio calumnioso o simplemente temerario que has hecho de mis intenciones, pues ya deberías conocerme bien; pero eso no importa. Lo grave, lo verdaderamente grave, es que, por igno-

rancia o por obcecación, te constituyas en traidor de la causa que pretendes defender. Esa gente tiene puesta en ti toda su confianza, y tú abusas de ella al fomentarles rencores, sin ofrecerles soluciones de sus problemas. De cosas, que hasta ahora vienen siendo, yo me propongo elevarlos a la categoría de personas y tú, en vez de colaborar conmigo, tratas de enajenarme su voluntad, volviéndomelos recelosos. Y he aquí mi segunda pregunta: ¿Cuáles son tus planes? ¿Qué les ofreces a esa gente, en cambio de lo que me impides darles? Bien sé que no les doy todo lo que ellos necesitan y tienen derecho a reclamar; pero más no está a mi alcance por el momento, y de todos modos, algo es ya. En cambio, tú: ¿la rebeldía? ¿Simplemente la rebeldía?

—No me acose tanto —protestó el otro, cuyo rostro ya se volvía colérico—. Usted se vale de su labia para acosarme a preguntas, sabiendo que no se las puedo contestar así como así.

—Quien acosa eres tú y tú mismo el acosado. Lo que hay en ti de generoso contra lo que se resiste a serlo.

—¿Qué culpa tengo yo de no saber lo que usted sabe, le preguntaría yo ahora?

—Y ya empezarías a tener razón.

—Pues para seguir teniéndola, dígame ahora si usted en mi caso, no en palabras, sino con mi carne y mis huesos, tal y quienes me echaron al mundo, y como por fuerza he tenido que ser, no estaría también predicando lo que yo predico, a mi manera. Que otra no puede ser la mía, sino la que ha querido la vida que me han dado y yo he llevado. ¡A ver si no estaría usted diciéndole al descamisado: “Con el mantuano no hay ajuste por las buenas!”.

Cecilio volvió a quedarse mirándolo en silencio, pero esta vez más ahincadamente. Y luego, con una decisión ya madurada:

—¿Tal y quienes te echaron al mundo?

—No es que yo me avergüence de ellos, ni que de ellos tenga que quejarme tampoco, sino por el contrario.

Y de pronto, encarándose inquisitivamente:

—¿Pero por qué los ha mentado usted?

—No he hecho sino recoger palabras tuyas. “Tal y quienes me echaron al mundo”, dijiste.

—Bien. ¿Y qué?

Cecilio lo vio palidecer, pero insistió en su determinación tomada:

—¿Sabes quiénes fueron, Pedro Miguel?

—¡Esa pregunta!...

—Tal vez no haya hecho yo sino ayudarte a darle forma precisa a la que no te has atrevido a hacerte en presencia de ciertas cosas. Pero como de la mentira no medran sino las malicias, y en este caso, muy especialmente, tus tormentas espirituales, ya es hora de que conozcas la verdad. Tú eres hijo de Ana Julia Alcorta, hermana de mi padre.

La conmoción fue violenta, no siendo todo sorpresa, pues replicó interrogando, entrecortada la voz:

—Y de un esclavo, ¿verdad?

Cecilio asintió con ademán afirmativo, y luego:

—¿Lo sospechabas?... Ya me lo esperaba yo.

—Lo sentía... Lo... ¡Qué sé yo lo que me pasaba con eso! Ni tampoco lo que ahora me sucede.

—Comprendo. Sentías la mentira que te rodeaba y eso te envenenaba la vida. Oye ahora, con calma, la historia, real y completa.

Se la refirió con todos los pormenores con que a él se la contara Cecilio el viejo, y Pedro Miguel la oyó, escuchando, a la vez, una voz lejana que en su interior resonaba: “Esta era una niña muy bonita, muy blanca, muy dulce, muy buena...”.

Terminó el relato, hizo una pausa el narrador, y luego, interrogó:

—¿Y ahora, Pedro Miguel?

—Ahora déjeme que me vaya solo. Usted habrá querido hacerme un bien, porque, la verdad sea dicha, hasta ahora, sus intenciones siempre han sido buenas para conmigo, mas por el momento no me parece sino que me ha cau-

sado, el mayor mal que estaba a su alcance. Yo tenía un odio de toda mi vida infundado según me decían los viejos Gomárez, aparte lo de una marca que mucho tiempo llevé en la cara, pero estaba a gusto con él. Ahora podría decir que era un rencor contra el mantuano que arrenegó de mí; pero eso no sería nada nuevo, si a ver vamos. Lo grave, dicho sea con palabras tuyas de hace poco, es que ahora no sé si serán dos rencores, por mengua de uno, los que tendré que alimentar. La historia que usted me ha contado, oída de sus labios, suena bien, porque usted ve y pinta las cosas de cierto modo, a su manera de hombre que sabe hablar. Pero ahora tengo que repetírmela yo solo, a la manera mía, con las palabras que a mí se me pueden ocurrir, y no sé qué iré a sacar en limpio. Si bueno para mí, ya lo buscaré para darle las gracias; pero si no vuelve a verme, diga que me ha hecho el mayor mal que haya podido desearme.

Y se marchó.

Como endenantes. . .

Comenzaba a escribir su libro, a las primeras horas del día siguiente, cuando una de las negritas de la servidumbre doméstica se asomó a la puerta, diciéndole:

—Ahí lo buscan, amito.

Movió la cabeza con pensamiento esperanzado, y repuso:

—Dile que pase.

Y continuó inclinado sobre la cuartilla, a fin de que no se le escapara la frase ya pensada.

Pero cuando levantó la mirada hacia la puerta, en cuyo umbral se había detenido en silencio el visitante, vio que este era José Trinidad Gomárez y que traía el rostro sombrío:

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó, ya inquieto.

Y Gomárez respondió, bajando la vista al sombrero que tenía en la diestra y mientras con la otra mano le asentaba el pelo.

—Lo que tenía que sucedé, don Cecilio. Que acaba de abandonanos, a la pobre Ufrasia y a mí, esta vez pa siempre.

Fue entonces Cecilio quien bajó la mirada y guardó silencio, mientras José Trinidad continuaba:

—Allá en casa, to lo que era alegría de preparativos pa la boda de la morocha, como seguiremos diciéndole nosotros a Matildita, se ha vuelto un mar de lágrimas.

—Lo lamento por ustedes —repuso al fin Cecilio—. Por él, no sé todavía si debo deplorarlo; pero de todos modos eso tenía que suceder alguna vez.

—Por él es que yo temo, don Cecilio. Pasó la noche juera de casa, creo que vagando por el monte, porque acaban de contarme que asina lo vieron a la tardecita, como el tigre herío que busca el mogote más intrincao pa tendese a morise. Lo cierto es que cuando regresó a El Matajey, hace poco, emparamao de relente y traía en los ojos una mirá fea. “¿Qué te pasa, Pedro Miguel?” jue mi pregunta al verlo. Y él se limitó a contestame, buscando ya los aperos de su bestia pa ensillala y cogé su camino: “Que ya me han conta la verdá y, por lo tanto, tengo menester de rompé con to lo que era la mentira, hasta que me encuentre a mí mismo, tal como deberé sé de hoy en adelante”.

Guardó silencio, mientras su mano se deslizaba ahora a contrapelo del sombrero, y Cecilio tampoco interrumpió el suyo.

—¿Por qué caminos irá a encontrarse? —se preguntaba mentalmente—. ¿Habré contribuido, contra mi mejor intención, a que esa alma no tenga ya sosiego en parte alguna?

Pero luego su pensamiento se sumió en reflexiones inexpresables, y tanto duró su abstracción, que cuando salió de ella y alzó de nuevo la cabeza, ya José Trinidad no estaba por allí.

Volvió a su libro y en este terreno ya no lo atormentaron dudas. Era una obra largamente madurada, fruto de todas sus experiencias en los dominios del pensamiento, y se absorbió en ella por completo, desde el alba hasta la anochecida, días consecutivos.

Entretanto, afuera corría el tiempo precipitando los acontecimientos y un día llegó del pueblo don Fermín, desnudado por la indignación, agitando en la diestra una hoja impresa y exclamando:

—¡La farsa añadida a la iniquidad! El decreto de abolición de la esclavitud, firmado por José Gregorio Monagas.

—Traiga acá —díjole Cecilio, vivamente interesado.

Y mientras el hijo se enteraba del contenido del decreto, el padre, furibundo, paseándose a zancadas de un extremo a otro de la estancia, clamaba y rugía:

—¡Era una idea nuestra! Un propósito ya en vías de realización. Lo teníamos en nuestro programa de gobierno próximo e iba a ser nada menos que la bandera de nuestra revolución, ya a punto de estallar.

Esto nunca se lo había oído decir Cecilio, porque en realidad no vino a enterarse de todo ello sino por las cartas de Caracas llegadas al pueblo junto con el decreto impreso, pero continuaba afirmando:

—No es una conquista del liberalismo, sino un robo a mansalva que nos han hecho. Se sabe de positivo quién se lo sopló a Monagas, para que nos quitara esa bandera. ¡Ladrones! ¡Farsantes!

Ya leída la hoja, y todavía don Fermín entregado a su cólera partidaria, Cecilio sonrió y díjole:

—¡Vaya, vaya!, no se ponga así, que no es bueno para su corazón. Sin duda alguna, hay mucho de generosidad en ese sentimiento que lo domina, pues no ha pensado en los perjuicios económicos que habrá de causarle la abolición, siendo el propósito perjudicar a los conservadores propietarios de esclavos el fin oculto, pero evidente, sin embargo, que con este decreto se persigue, además de eso de la bandera arrebatada, que ya usted ha dicho. Pero no sobreponga la querrela política a la cosa en sí. Que hayan sido los liberales, o los Monagas, para hablar con propiedad, y no los conservadores quienes se lleven esa gloria, es cuestión de poca monta, pues en la realidad de las cosas la abolición estaba ya decretada por los imperativos impersonales e incontrastables de la Historia. Y si en esto que ostenta al pie el nombre de José Gregorio Monagas ha habido algo o mucho de especulación política, fuerza es reconocerla también de la parte de los conservadores, al incluir la promesa de la abolición en su programa de gobierno próximo. Usted mismo acaba de calificarlo de

bandera, y ya eso indica fines políticos, siendo así, en la persecución de miras interesadas, cómo por fuerza han de contribuir los hombres al desarrollo de los acontecimientos inevitables. Lo malo en este caso, lo verdaderamente torpe y grave de esta medida, es que se limite a decirle al esclavo, como en realidad no hace otra cosa: “¡Hágote libre!” Porque eso no basta y pronto habremos de ver cómo se encargará la Historia de consumir la obra a medias de los hombres.

Pero este discurso, aun pudiendo haber sido trozo del que algún día hubiera de pronunciar Cecilio en el Congreso, en sesión memorable, ya no quería oírsele don Fermín.

—¡Bandidos! —exclamaba, caminando de aquí para allá—. ¡Farsantes! ¡Cáfila de gentuza!

Por otra parte, ya empezaba a oírse el alboroto de los negros, sabedores del acontecimiento, y don Fermín y Cecilio se asomaron al corredor, donde ya estaba Luisana.

—¡Ya semos libres, manitos! —decían allá las voces que aquí llegaban en baráúnda—. Se acabaron los “su mercé, mi amo” y la jaladera de escardilla y el roznío de las taguaras, pa que otro beba su cacao calientico y espeso, mientras al mismo tiempo se hace rico con el sudor de la frente del negro. Ahora tos semos iguales, y el que quiera ver su escudilla llena y jumeante y su bolsillo repleto de onzas de oro tiene que mojase el fundillo destopochando y dando el paso e vara, con el sudor de la suya. ¡Viva el general José Tadeo Monagas!

—Que no es José Tadeo, manito, sino José Gregorio, el hombre de los acontecimientos.

—¡Lo mismo da! ¡Viva quien sea y yo por encima de todos! ¡Jale por ese mina, viejo Tapipa, que ya vamos a está pegaos bailando tambor per sécula seculórum! ¡Arrímese con el curveta, Roso Coromoto! ¡Y apréciense, manitos, porque van a tocá na menos que el tambor de la abolición!

—¡No, no! ¡Aquí no! ¡Vámonos ya de por to esto! La libertad es pa cogé ca cual el camino que le dé su rial gana.

—Y pa sacudise de una vez por toas la enjalma del trabajo. ¡San se acabó la trabajaera es el patrono de este día!

—¡Ya semos libres, manitos!

Y se desbandaron como rebaño desgarrado por los caminos que les salían al paso:

—¡Airó! ¡Airó! ¡Ya semos libres!

Quedaron sin brazos las haciendas, creciendo el monte en las plantaciones, cayéndose de las ramas, podridas, las mazorcas, silencioso todo el campo laborable, mientras en los pueblos y caseríos día y noche resonaban los tambores.

Tam, tam, tam... Por Barlovento y la costa de Maya, donde ya el negro no recogería más el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro ya no replantaría la caña...

—¡Airó! ¡Airó!

Pronto, sin embargo, enmudecieron los tambores. Al volver de su aturdimiento a la dura realidad, los negros se habían encontrado con el hambre y la desnudez y la noche sin techo y el desamparo absoluto, porque el decreto famoso solo había dicho:

—¡Eres libre!

Pero entre los que ya lo eran por derecho de nacimiento, no encontraron sino repudio y desdén, y los más comprensivos se dijeron:

—Nos invitaron a una fiesta; pero no nos reservaron puesto.

Y aquellos en quienes la costumbre de ser cosas ya era tan inveterada que no hacía posible una forma de existencia responsable, al verse convertidos en personas se entregaron a la desesperación. Porque se les cerraban aún los caminos del trabajo habitual, cuando por los de las haciendas emprendieron el regreso desilusionado y forzoso, para llegar ante los antiguos amos, diciéndoles:

—Don Fulano, tenga otra vuelta compasión de mí. Yo me aluciné pensando que ya se había acabaó la pasadera de trabajos y que toa la vida iba a se baile de tambor de allí palante. Pero aquí me tiene otra vez pidiendo mi taguara y mi escardilla. Como endenantes...

Pero el propietario intransigente les respondió que prefería que continuaran perdiéndose los frutos de su tierra antes que recibir en ella como jornalero libre al que había sido su esclavo.

Y comenzó la romería de la mendicidad y hubo cunetas de caminos donde aparecieron negros muertos de hambre, mientras los más animosos andaban alzados por los montes, viviendo del merodeo y de la rapiña.

En La Fundación, otra vez con la taguara en la mano, Roso Coromoto suspiraba a menudo y decía:

—¡En lo que vino a pará el tambor de la abolición, manitos! ¡Y tan sabroso como empezó!... Aquí estamos otra vuelta, como endenantes...

Tercera jornada

I

El regreso del andarín

Entró con la mirada tangente a los arcos superiores de las gafas, y cual si los nueve años que tenía sin verlo hubieran sido apenas minutos y nada supiese del tremendo mal que le había hincado la garra implacable sin saludos previos, se le plantó por delante, mostrándole un tomo encuadernado en pergamino, todo taraceado de parte a parte por la polilla, y preguntándole:

—¿Conoces esto?

Cecilio el joven lo abrió y murmuró ante la portada:

—Erasmus. *Los Coloquios*.

Y luego, bromista, sin alzar los ojos de la amarillenta hoja:

—¿No incluye también el *Elogio de la locura*?

—Ni falta hace —intervino Luisana, desde el umbral de la puerta donde se había detenido—. Porque ya está aquí, vivita y coleando, haciéndoselo ella misma.

—¡Je, je! —rio Cecilio el viejo, con dos o tres arrugas más, del paso por los cincuenta cuesta abajo hacía cuatro. Y continuó su interrogatorio:

—¿Te has fijado en la edición?

—Príncipe —repuso el que todavía contemplaba la portada—. ¿Dónde la hubiste?

—Donde elaboran esto otro —respondió, sacándose de uno de los bolsillos la cosa así aludida.

—¿Y eso qué es?

—Una taparita de curare.

—¡Erasmus y el curare en un mismo sitio! —exclamó Cecilio el joven, tomando en una mano la pequeña calabaza, mientras en la otra retenía el libro.

—¿Por qué te extraña? ¿No predica la tolerancia el teólogo de Rotterdam? ¿No paraliza el sensorio el veneno indígena? ¿Y qué es la tolerancia sino la parálisis de la inteligencia?

—Bien, bien. ¿Pero, juntos los encontraste?

—Así como los tienes.

—Luego ¿has estado entre los indios?

—¡Je, je!

—Ya me lo explico. A Erasmus lo dejaría por allí algún misionero erudito.

—Ahora sí me explicaría yo tu extrañeza.

Pero Cecilio había destapado la calabaza y olfateaba el contenido negro y pastoso.

—Puedes probarlo. Es amargo, pero inofensivo por vía digestiva. Mas si lo pones en contacto con tu sangre ya no tendrás que releerte a Erasmus, porque la tolerancia será contigo para siempre.

Cecilio el joven alzó la mirada hacia el otro. Este se la sostuvo, oblicua la suya por encima de los espejuelos. El primero creyó comprender, pero el segundo le demostró su error diciéndole:

—Espero que no te reelerás a Erasmus.

Entretanto Luisana se les había acercado, y tomando de las manos de Cecilio la pequeña calabaza, se la llevó consigo fuera de allí.

Cecilio sonrió y repuso a las últimas palabras del licenciado:

—Ahora poco leo, porque estoy escribiendo. Un libro que quizá no carezca de importancia.

—¡Escribiendo! —repitió el otro admirativamente—. ¿Y eso para qué? ¿No te arredra el *nihil novum sub sole*?

Y como el sobrino se limitase a sonreír, mientras recogía el tomo dejado de mano hacía poco:

—De mí sé decirte —prosiguió— que todos los días despierto murmurando esa frase, que desde luego te suplico la hagas grabar sobre mi tumba, y es como si ya me hubiera echado encima la lápida funeraria. Pues aunque no me quedo boca arriba, sino que me levanto y echo a andar, ya voy prevenido para toda la jornada contra posibles veleidades de perennidad. Y es que, realmente, ¿para qué vivir en un mundo donde todo ya está dicho?

Cecilio comprendió que pensando el tío como pensaba propósito de la vida y de la muerte y encontrándolo a él como lo hallaba, ya más de la segunda que de la primera, otras no podían haber sido sus palabras; mas para que la falta de réplica no dejase toda aquella intención al descubierto, repuso:

—Pero quizá no todo hecho todavía.

Y el otro, a su vez:

—¡Hechos! ¿Y eres tú quien me sale ahora con eso? ¿Tú, que con el divino Platón ya habías aceptado que la Idea es lo único realmente existente? ¿De dónde acá esa preocupación por los hechos? Esos para los alarifes. Mis devociones están con los arquitectos.

Cecilio el joven sonreía ya por la incongruencia que encerraban estas palabras a propósito de un libro, pero en seguida se dio cuenta de que así procuraba el extravagante persuadirlo de que no valía la pena entristecerse por la incapacidad para la acción, a que su mal lo condenaba, y pareciéndole mejor mantener la controversia en el terreno de la especulación pura, una vez más arguyó:

—Admitido. Quizá ya no tanto como antes, pero en algún modo, por lo menos. Mas toda Idea atrae necesariamente a su Forma, todo humano pensamiento al hecho que lo realice.

—¿*Plus minusve* como el torbellino de aire al polvo que lo hace visible? Admitido, digo yo también. ¿Pero no es más hermoso dejar de ser torbellino sin dejar de ser aire, reintegrándose, como este a la quietud de la atmósfera de donde momentáneamente salió, a la perennidad del pensamiento cósmico, todo expresado ya?

—Ya apareció el panteísta que siempre has sido, en el fondo de tu materialismo.

—Nihilista vengo, más bien, en el sentido de que nada hay ya que hacer sobre esta tierra que sea novedad. Y concluyo por donde empecé. Prometámonos solemnemente que sobre nuestras lápidas se grabará este epitafio: *Nihil novum sub sole*.

—Prometido —accedió el joven, siguiéndole el humor.

Y este extraño diálogo fue todo lo que entre ellos se habló aquella vez.

Pero desde ese momento paró el andarín, con el objeto de que se quedara allí, junto con el médico que ya necesitábase, el interlocutor de otros diálogos, más o menos peregrinos, en cuyo aire liviano de ideas puras se desvaneciesen las rachas sofocantes de la desesperación o la melancolía que pudieran desprenderse de la carne dañada.

Mas aun para esto se valió de subterfugios. Dijo que sus piernas empezaban a resentirse del mucho vagar y que ya era tiempo de hacer un alto en la marcha. Agregando, con intención jocosa, que se había caído de una escalera donde cierta vez pintaba un letrero que se quedó inconcluso.

Luego comentó las novedades ocurridas en la familia con estas palabras:

—Bien. Así corre el tiempo: llevándose a unos y trayendo a otros. Carmela y Aurelia, en Caracas, ya casadas y reproducidas, y mi querido Fermín nada menos que en las esferas celestes, oyendo la hermosura del Verbo divino. Él que siempre fue tan aficionado a la elocuencia, ¡qué gusto se estará dando!

Pero respecto a la enfermedad de Cecilio ni una palabra.

Sin embargo, no se radicó en la Casa Grande, sino que fue a instalarse en una cabaña que al efecto se construyó él mismo cerca de aquella, aunque en

lugar internado y solitario, para no romper por completo con la extravagancia y a fin de que siempre hubiese alguna porción de su vida rodeada de misterio.

De allá venía todas las tardes a conversar con el sobrino o a oír la lectura que este le hacía de los capítulos concluidos de su libro. Reflexiones sobre la estructura social y económica del país, con los males que de ella se derivaban y las posibles maneras de remediarlos. Luego cambiaban ideas y casi siempre el andarín detenido refería alguna anécdota oportuna, recogida en la experiencia viva de sus andanzas, concluyendo:

—Mete eso ahí. Es una nota de humanidad que le hace falta a ese capítulo para ser perfecto.

Y era así como Cecilio el viejo colaboraba en la obra del joven, que nunca vería la luz.

Otras veces eran comentarios acerca de sus autores favoritos. Siempre antiguos los de Cecilio el viejo, pues de los contemporáneos, si ya era costumbre suya decir que no lo interesaban, ahora tenía otras razones para no tomarlos en cuenta: esas que tienen los que aman con ternura, para evitar que le lleguen al ser amado noticias de nada cuyo goce ya le sea inaccesible.

Pero sobre todo, comentarios de la vida de los grandes hombres del pasado, de los inmortales del pensamiento, de los perennes, como los calificaba el andarín detenido. De los poetas, particularmente, tardes enteras desfilaron ante ellos las sombras augustas y cuando el uno se marchaba, el otro se quedaba en su habitación ya anochecida, confortado por el hálito de perennidad que de aquellas sombras se había desprendido.

A veces se quedaba a comer con ellos. Ya al marcharse le hacía a Luisana alguna indicación relativa al tratamiento médico que necesitaba el enfermo, pero recomendándole siempre que la pusiera en práctica como ocurrencia de ella, y luego se encaminaba a su cabaña enjugándose las lágrimas que acudían a sus ojos, por el único amor de su vida que ya pertenecía a la muerte.

Durante las mañanas emprendía caminatas por la hacienda y sus alrededores, tragándose las leguas y repechando las cuestas pinas con agilidad juvenil,

para respirar el aire de las cumbres y abarcar vastos panoramas o para internarse por los bosques hasta las musgosas quiebras de los manaderos del agua, donde prefería beberla, así como la sed de su espíritu nunca quiso mitigarla en trasiego de traducciones, sino en las propias fuentes.

Allí, junto a las del agua, que por entre musgos y helechos manaba gota a gota en medio del silencio religioso, sentado sobre alguna piedra o tronco de árbol caído, se quitaba las gafas, que aun para todo podía andar sin ellas, y se abandonaba al coloquio con las intimidades de su alma, a nadie nunca reveladas.

Había una, especialmente, con la cual no dialogaba hacía años, pero que ahora tornaba a hacerle invitación a confidencias, tomando un día forma material en el vuelo de una pareja de mariposas, de grandes alas azules, que se perseguían por allí haciéndose el amor.

—¡Reproducirse, morir! ¡Desaparecer, permanecer!... ¿Pero reproducirse no es ya morir y estar muerto no es permanecer? En el hijo muere el padre. ¿De qué vida priva, entonces, el no haberlos concebido? Tranquilízate, alma estéril, puesto que nunca en otra podrías verte reproducida. Sosiega y húndete en la perennidad de lo desaparecido.

Luego soltó la risa, volvió a calarse las gafas y se puso de pie, diciéndose:

—¡Bueno, nuevo Hamlet! Ya nos hemos dicho unas cuantas majaderías. Ahora, a caminar otro poco.

Y reemprendió la marcha.

Un amor absorbente

Fue poco después del regreso de Cecilio el viejo y estaba el joven ante su escritorio, la frente apoyada en la diestra, esforzándose por coordinar sus pensamientos para concluir un capítulo de aquel libro en que trabajaba hacía cuatro años, en las treguas, cada vez más cortas, que le daban los dolorosos recrudescimientos de su mal —ya anunciando otro la noche de insomnio que acababa de pasar— cuando se le acercó Luisana diciéndole:

—Ahí está Pedro Miguel.

—Dile que pase —repuso, como aquella vez cuando se equivocó esperándolo.

Entró haciendo crujir el viejo pavimento de maderas apelilladas con su andar reposado, pero imperioso, y plantándose por delante del que se había levantado de su asiento para recibirlo, díjole secamente:

—Aunque tarde, recibe mi pésame por la muerte de tu viejo.

—Gracias —respondió Cecilio, sobreponiéndose al dolor del apretón de manos—. Siéntate.

—Con tu permiso. No sé si te agrade que te tutee; pero...

—¡Claro que sí! Solo que en las circunstancias en que me encuentras no hay agrado del corazón que logre asomárseme al rostro. ¡Soy una ruina que ya se

derrumba, Pedro Miguel!... Pero no hablemos de mí. Cuatro años hace que no nos veíamos y debes de traer mucho bueno que contarme.

Y Pedro Miguel, sin mirarlo mientras le hablaba:

—Quedé en venir a darte las gracias si resultaba una de dos.

—¿Luego ha resultado lo que yo esperaba?

—De otro modo...

—Despacio se mueven tus sentimientos. Pero no te lo censuro, sino que, por lo contrario, me complace que así seas y no veleta al viento que sopla.

—Más años quizá habrían pasado. Porque yo soy como las culebras, que después de haber mudado la piel todavía se quedan adormecidas bajo el carapacho de la antigua.

—Unos más, otros menos, todos somos así. Nos apegamos demasiado a lo que tuvimos por única razón de ser.

—Esa es la verdad. Yo, por lo menos, creía que nunca podría vivir sin odiar; pero de golpe he descubierto que también es bueno querer.

—¡Si no mejor!

—No he hecho todavía la prueba completa como para decir tanto como eso. Pero aquí me tienes dispuesto a hacerla. Vengo a ponerme a tus órdenes. A las tuyas solas, dicho sea desde luego. El viejo José Trinidad me ha manifestado que no podrá continuar desempeñando la mayordomía de La Fundación, pues se ha comprado unas tierras que, junto con las de El Matajey, le ocuparán todo el tiempo, y pensando yo que quizá tú necesites quien se encargue de la hacienda, he venido a decirte que mientras yo pueda serte útil no tienes que echar mano de otro. Digo, si otra cosa no has resuelto ya y siempre que seas tú la única persona a quien le corresponde resolver.

—Te explicaré la situación. Legalmente, conforme al testamento de mi padre, La Fundación, tanto la de arriba como la de abajo, es de mi exclusiva propiedad, y por tanto soy, como supones, la única persona a quien corresponde resolver. En cuanto a tu ofrecimiento, huelga decirte que me viene a pedir de boca.

—Pero con una condición.

—Tú dirás.

—Que hagamos una escritura de convenio sagrado en la que conste que yo me comprometo, bajo mi palabra de honor, a que en jamás de los jamases, y por ninguna circunstancia, La Fundación pueda llegar a ser mía. Eso para evitar que puedan haber mal pensados que se imaginen que he venido a ofrecerte mis servicios para hacer astillas del árbol caído.

Cecilio pareció meditar un momento, y luego dijo:

—Comprendo tu delicadeza, pero eso no puede ser. Me privarías de una íntima satisfacción de mi espíritu: la de entregarte la hacienda para que la manejes y la administres, sin cortapisas de ningún género, con toda mi confianza puesta en ti.

—Pues entonces no he dicho nada. Búscate otro administrador, si te hace falta.

Dicho lo cual se puso de pie, ya dispuesto a marcharse. Pero Cecilio, no dando por concluida la entrevista, agregó:

—Además, un compromiso tan original como el que pretendes contraer no tendrá nunca más fuerza que la de tu voluntad de cumplirlo, pues legalmente ese “jamás ni por ninguna circunstancia”, que no es sino un juramento de orden moral, nunca podrá ser objeto de algún día cambiales de idea.

Pero en vista de que Pedro Miguel parecía haber dicho ya su última palabra, añadió:

—A mí, por lo menos, no se me ocurre cómo pueda formalizarse un compromiso semejante; mas si te empeñas en que sea así, déjame consultar con Cecilio el viejo, que sí entiende de eso. Y mientras tanto, reflexiona tú si te convienen las condiciones mías. O sea: sin ninguna expresa.

—Ya te digo...

—No digas nada más, por ahora. Vete, piénsalo y vuelve cuando la culebra haya acabado de mudar esa porción de la antigua piel.

Pedro Miguel sonrió, mas todavía no dio el brazo a torcer.

—Bueno. Ya volveré por aquí, mañana o pasado, a ver si don Cecilio ha encontrado la forma.

Pero era precisamente Cecilio el viejo el hacedor oculto de todo aquello. Quien le sugirió a José Trinidad Gomárez la idea de renunciar a la mayordomía de La Fundación y quien por mediación de terceros le hizo llegar a Pedro Miguel la noticia de la conflictiva situación en que se hallaba Cecilio el joven, inutilizado por la enfermedad y ya sin tener quién le manejase la hacienda.

Y la forma que mejor le pareció fue esta:

—Ven acá, mentecato. ¿Es que pretendes que se te agradezca un favor, nada menos que no haciéndolo, poniendo inconvenientes insuperables para su realización? Cecilio te necesita y si tú no te encargas de la hacienda, encima de enfermo incurable se verá pronto arruinado. Déjate de escrituras y de necios respetos del qué dirán, que con lo que tú te pienses de tus sentimientos y de tus actos debe bastarte, y anda y dile a Cecilio que te entregue el mamotreto.

Y así lo hizo Pedro Miguel, porque además del afecto que le profesaba a Cecilio el joven, para el viejo eran sus mayores respetos. Quizá por conocer ya la historia de aquel beso sobre aquella frente.

Bajo su mayordomía desaparecieron las dificultades con que para la explotación de la finca se venía tropezando, desde que el antiguo esclavo se convirtió en peón asalariado, a causa de que este aborrecía ahora más que antes el trabajo a que su pobreza lo obligaba, en parte porque era duro y realmente mal pagado y en parte porque la misma libertad le había complicado la vida, prometiéndole ancho camino que en seguida desembocó en el *impasse* de la tiránica necesidad e induciéndolo a la reflexión deprimente de que no podía ser de hombres libres lo mismo que fue de esclavos, de donde venía el desquite de hacer como si trabajasen, mientras por la mente pasaban los ramalazos de la ambición.

Pedro Miguel poseía ese don especial del hombre de mando de hacer voluntaria la obediencia que se le rindiese, por la inflexibilidad en el justo exigir, la parquedad en el acceder y la largueza en el conceder generoso, el acierto

instintivo en emplear la palabra que cada uno necesitaba y la familiaridad a distancia con el subordinado, todo por modos espontáneos de su carácter seco y su índole bondadosa. Pero además de este aporte personal de trato y eficacia hubo en beneficio de los peones un aumento considerable de salarios y un mejoramiento progresivo de las condiciones de vida del trabajador de aquella tierra. Solo que esto no fue obra de Pedro Miguel, sino ya iniciada por Cecilio, pero ahora reforzada por medio del nuevo mayordomo y de modo que este mismo la creyese de iniciativa suya.

Cecilio —que para nada podía querer ya la riqueza—, al proceder así, perseguía doble objeto: obviar las dificultades con que más adelante pudiera tropezar Luisana, dueña de todo aquello cuando ya él hubiese muerto, conquistándole desde luego la buena voluntad de los peones, que día a día iban volviéndose más insumisos en otras fincas, y por otra parte crearle entre ellos un aura favorable a Pedro Miguel y situar a este mismo en un camino por donde se acostumbrase a usufructuar su riqueza posible, sin explotar la miseria de sus asalariados.

—Temo haber contribuido a enajenarle a la causa del pueblo esa voluntad que se inclinaba a ella —decíase Cecilio, repitiendo la reflexión que se había hecho a raíz de aquella revelación que juzgó necesario hacerle a Pedro Miguel—. Pues si colabora con nosotros solo por mí, también es cierto que ha mudado la antigua piel, como ha dicho, y no se sabe si al perder el odio hacia nosotros no habrá perdido también el amor al pueblo.

Él mismo no lo sabía positivamente, pero tampoco quería pensar en ello. Trabajaba, atendía, vigilaba, se esmeraba en que todo fuese resultando provechoso para la finca, y esta —la finca en sí— era su único pensamiento. Que los cacaotales estuviesen bien cuidados, limpio el suelo, conveniente la sombra que los cobijaba; que se replantasen los que habían sido abandonados o ya la vejez los hacía improductivos; que toda la tierra utilizable estuviese trabajando y los callejones y senderos que la cruzaban fuesen como paseos de jardines. La finca era su preocupación constante y su amor absorbente, hasta el extremo

de que ya no hacía todo aquello en beneficio de Cecilio, sino en provecho de la finca misma.

Por momentos hubo de preguntarse si esto no significaría que allá, en su interior, de alguna manera habría un propósito o siquiera una ilusión de adquirir más adelante la propiedad de aquellas tierras y en veces hasta llegó a tomar la determinación de marcharse de allí, para no incurrir en tentación de infidelidad a su juramento, solemnemente reiterado ante Cecilio y Luisana al convenir en encargarse de la administración. Pero luego, hallándose sinceramente exento de interesadas reservas mentales, se decía:

—Es que me gusta el trabajo de la tierra. Dondequiera que vaya va a sucederme lo mismo, porque por ajena que sea una finca, siempre la cuidaré con cariño.

Y reforzando lo activo con lo contemplativo, las tardes de domingos y otros días de sinquehacer solía llegarse hasta unas lomas desde donde se dominaba toda La Fundación, y allí se entregaba a contemplarla y a trazarse planes de mejoras posibles, abandonándose, por último, al fantaseo de los imposibles —por falta de recursos o excesos de amor— como jamás acariciaron fantasías almas de campesinos enamorados de su campo.

Los piélagos de Tapipa

No todos los negros volvieron al trabajo después de la abolición de la esclavitud. Relajado como ya venía el principio de autoridad y ahora profundamente resentido por el menoscabo hecho a la conexas institución de la propiedad —amo y ley prácticamente una misma cosa hasta allí— y, por otra parte, rotos los diques que contenían la libre y genuina manifestación del alma negra —África yuxtapuesta a América— no incorporada a la vida espiritual de la Colonia, que se prolongaba en la naciente República, la libertad dio ocasión a dos modos primitivos de su ejercicio, fuera de la sociedad donde realmente no había sitio para los emancipados que como tales quisiesen vivir. Unos se dedicaron al merodeo, primero cada cual por su cuenta y al amparo de los escondites que les brindaban los montes y luego agrupados en torno a régu-los que, ya se compartían la región, campando abiertamente por sus fueros, convertidos en amenaza perenne de la tranquilidad de los moradores de haciendas y caseríos y formando ya los núcleos iniciales de las partidas que más tarde armaría la guerra federal y otros —conforme a innatas inclinaciones de complementaria índole, y generalmente los de edad madura— se internaron y se instalaron en los montes, aquí y allá, dando origen a la legión de los brujos, adivinos y ensalmadores que pronto se hicieron famosos por todas partes.

Entre ellos, el negro Tapipa, ya en los umbrales de la vejez, era un caso especial.

—¿De dónde te vino la genial idea de refugiarte en la maravillosa soledad de estos arcabucos? —le preguntó el licenciado Céspedes, cuando por primera vez se lo encontró, solitario morador de los fragosos parajes por donde se habían perdido las huellas del fugitivo *Negro Malo*, al abrigo del techo que, con cuatro palos cortados en el monte y unos haces de gamelote, se había construido en el mirador de vastos panoramas de una altura.

—¡Gua! ¿De dónde iba a se? —repuso, sacando una sonrisa blanca de la maraña de la barba crecida, todavía negra—. Eso jue después del tambor de la abolición, como miento yo ese día famoso de la historia. Ya los compañeros que habían empezao a sentí el friito del hambre, habían cogío otra güelta el camino de la taguara, pa la destopochaera de cacao ajeno, y yo diba entre ellos, como dice el dicho, con la cabeza gacha de la resinnidá, cuando de pronto se me ocurre levanté la vista hacia estas peñas y en divisándolas me dije: “¡Ajá! Allá está mi salvación”.

—Ya lo decía el Evangelio —comenta el letrado—. “Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro”.

—¡Umjú! —hace el negro—. ¡Na menos que la palabra de Dios! ¡Vea, pues! Antes con antes de la libertá venía escuchando yo ese evangelio en mis piélagos.

Ya le habían referido al licenciado Céspedes que la palabra piélagos —caída del lenguaje culto al habla de Tapipa, quién sabe cuándo ni cómo— le servía a este para expresar muchas cosas, seguramente inefables, y que por el uso de ellas había empezado a manifestarse lo que en su espíritu ocurría. Y al oírse la emplear inquirió, con curiosidad letrada:

—¿En los pliegues más íntimos de tu espíritu, querrás decir?

Pero Tapipa volvió a sonreír, como de incomprensión compadecida, y luego murmuró:

—¿Pliegues? ¡Jm! Aguáitelos allá abajo.

—¿Los que hace el viento en el mar? ¿Luego, piélagos continúa siendo parte del mar distante de las costas?

—No, señor. Piélagos es piélagos. Ahora, que las mares son varias, esa es otra cosa. Hay la mar de las aguas. ¡Umjúj! Esa que estamos aguaitando allá abajo. Pero por encima de esa hay otra, que viene a se como si dijéramos la mar de los hombres. Lo que pasa es que como estamos hundíos en el fondo de ella no la catamos de ve. ¡Sí, señor! Pero cuando uno se aboya en su superficie la domina toa, hasta sus playas más lejas. Y bonita que es esa mar, don Cecilio. ¡Bonita de verdá!

—Pues siendo la mar de los hombres, como dices, esperaba que fuera el auténtico piélagos inclemente. Pero tú que te has aboyado en ella...

—¡Hum! ¿Yo solo, don Cecilio? ¿Es que ya no se acuerda?

—¡A ver, a ver! ¿De qué he de acordarme?

—¡Gua, don Cecilio! De la conversación que tuvimos la otra noche, aboyáitos juntos entre el espumero bonito que hacían las olas de esa mar.

—¡Hombre! Es muy posible; pero, francamente, no me acordaba ni pizca.

—¡Ji, ji, ji!

—¿De qué te ríes?

—De las cosas que usted me dijo esa noche, don Cecilio.

—¡Hum! —hizo a su vez el licenciado—. Como vaya a resultar yo más... aboyado que tú.

El negro escupió, quedándose sin sonrisa, y luego dijo, sentenciosamente:

—La mar es una república, don Cecilio.

—¡Ya, ya! ¿Con sus peces gordos y chicos, verdad? O dicho a la inversa, tratándose especialmente de la nuestra: que la república es un piélagos proceloso. ¿No es eso?

—Piélagos es todo, don Cecilio. Ahorita mismo estoy escuchando acercarse uno grande... Asina como si me zumbaran los oídos.

—Es que vas a aboyarte.

—¡Hum! Aboyaos tamos hace tiempo usté y yo. ¿No escucha esa conversación que estamos sosteniendo allá arriba, entre aquellas nubes? Que las llaman asina, vistas desde aquí abajo.

—Pero que no son sino espumas del oleaje. Ya entiendo. ¿Pero esa conversación, que no la oigo bien, sobre qué trata?

—¡Gua! Pare bien el óido pa que la cate. Yo le digo: “Mire, don Cecilio, que no es bueno que la candela ande cerca de la pólvora”. A lo que usté la da por respóndeme: “Esas son figuraciones tuyas, Tapipa”. Y yo en mi viceversa: “¿Figuraciones? ¡Jm! ¡Acuérdese de que más vale evitá que remediá! Porque como dice el dicho, que pa todo sirve: el hombre propone y la mujé dispone”.

El licenciado se lo quedó mirando de hito en hito por encima de sus gafas y se dijo mentalmente:

—Esto no viene quizás a humo de pajas. Préstale a veces la demencia su boca a la cordura, para que se la entienda mejor.

Mientras Tapipa, aparentemente ya con otra idea:

—Escuche el piélagos, don Cecilio. Dice que la guerra ya viene rozando por ahí. ¡Mala cosa, cuando al hombre se le mete en la cabeza la tema de la candela!... ¡La candela y la pólvora! Ese es el piélagos más mayor de todos los que he escuchao acercarse.

Este fue el diálogo de aquella mañana. Días después, remontándose hasta allá Cecilio el viejo, vio que con Tapipa estaba el negro Roso Coromoto, padre de Juan Coromoto el decimista y antiguo compañero de aquel en la fama de grandes tamboreros que gozaron por toda la región. Y oyó que Tapipa le decía:

—Bueno, pues. Vamos a buscá la cosa por otro modo. Vamos a confiársela a su propio calzaos, pa que lo encamine aonde queramos llevalo. En tus manos está y ya tú sabes cómo hay que procedé. Le acomodas esas alpargatas de mo y manera que al levantase del chinchorro y meté los pies en ellas, tal como las encuentre, quede plantao ya de frente al rumbo por donde queremos encaminalo. Eso sí, fijate bien, no vayas a extraviarlo en una mala dirección.

Se puso de pie Roso Coromoto al ver al licenciado y en seguida se despidió. Tapipa lo siguió un rato con la mirada y luego:

—¡Los pobres viejos!... ¡Jm! La mocedá es una cosa seria.

Y el licenciado, por esto y por lo que antes había oído, infiriendo que se tratase de brujerías:

—¿Como que anda mal encaminado el mozo?

—Mal encaminao no, propiamente hablando. Sino que estamos tratando de componelo, pa una muchacha del camino de Caucagua, que se ha prendao del, siendo buena proporción.

Cecilio Céspedes sabía que entre brujos “componer” una persona era hacerla propicia a lo que otra quisiese de ella, especialmente el amor. Y repuso:

—Pero él o no gusta de ella o quiere a otra. ¡Gran piélago!

—¡Jm! —hizo Tapipa—. ¡Quién sabe! Lo cierto es que el mozo tiene contras pa toas las composiciones. Na menos que ayer me se cortó la de las tres raíces y las siete yerbas. Que no manca.

Al licenciado Céspedes no extrañó la ingenua confesión, pues ya solían hacérselas casi todos los brujos de la comarca, de quienes se había hecho amigo y hasta confidente en algunos casos, gracias al sistema que con ellos empleaba de presentárseles como entendido en el arte y, sobre todo, a la favorable disposición en que para ello ya los tenía su fama de hombre raro y de conecedor de yerbas, entre tantas otras cosas. Y así le objetó:

—Quizás no tomarías bien todas las precauciones del caso.

—To jue hecho conforme es debió —replicó Tapipa—. Las tres raíces arrancás de un solo envión al canto de gallo de una noche de viernes, y las siete yerbas, cortás caminando cinco pasos entre una y otra, en la dirección por donde se quiere enrumbá al hombre.

—¿Y la oración?

—La que se usa en esos casos: “San Rafael de los caminantes, encontraos y no perdíos, acompañaos y bien dirigíos. Que estas güellas que voy dejando

entre las siete yerbas beninas, sean de tus cinco pasos benditos entre las siete palabras de Cristo, por donde a... Fulano voy enrumbando". Y por ahí sigue.

—¡Bien, bien! —aprobó el Licenciado—. Pero Juan Coromoto, como si tal cosa.

—¿No le digo que el mozo tiene contras pa toas las composiciones?

Era la misma ingenuidad de todos los brujos conocidos y tratados por el curioso extravagante, que a propósito de ellos ya le había dicho a Cecilio el joven:

—No hay sobre la tierra criatura más inocente que un negro brujo. Los he tratado íntimamente a todos, todos me han revelado sus terribles secretos, y te aseguro que son verdaderamente encantadores. Pero como lo son los niños.

Y esta observación se repetía a sí mismo, a propósito de Tapipa, cuando este, después de un silencio atento, como para percibir rumores lejanos, sonrió y murmuró:

—Ahí viene el piélagos... Estaba escrito que los de hoy tenían que se de pasos. ¿No escucha, don Cecilio? Es una sombra blanca que va por allá lejos, recogiendo los pasos que dio en una hora menguá, pa que otra alma no los encuentre estampaos sobre la tierra y se malencamine por sus güellas. Otra alma que debe de vení detrás, pero que entuavía no se divisa bien en el piélagos.

Quedose el licenciado mirándolo como la vez anterior, en tanto se preguntaba mentalmente:

—¿Será este un simulador de demencia? Si no me equivoco, ahora se refiere a la conseja de La Blanca, que se aparece para evitar que otra mujer de la familia... ¿Sí irá a resultarme aquello de si quieres saber lo que ocurre en tu casa, salte a la calle?... Que en este caso sería: súbete al monte.

Mientras Tapipa continuaba:

—¡Pasos! ¡Pasos! Los hombres están sembrando de pasos el mundo... Es la guerra que ya se acerca. Toa la tierra está cubierta de tropas, don Cecilio... ¡Umjú! La candela y la pólvora... ¡El gran piélagos! Dios nos coja confesaos.

Días después, pasando el licenciado andarín, en su matinal caminata, por uno de los caseríos esparcidos entre las haciendas de cacao, lo halló inusitadamente alborotado y agitado. Mujeres que corrían de aquí para allá recogiendo a sus hijitos; otras, asomadas a las puertas de sus ranchos, gritando y gesticulando como poseídas de un delirio colectivo, mezcla de consternación, de horror y de furia; unas que se echaban a la calle blandiendo el machete de rozar o el hacha de cortar la leña, profiriendo blasfemias, mientras las de las puertas les hacían al paso el coro de los alaridos suplicantes para que se revolvieran a sus casas; otras que ya venían del lugar del acontecimiento, confundidas entre los hombres, todos espantosamente callados en medio del clamor del caserío, con manchas de sangre en las armas blandidas.

—¿Qué pasa? —preguntaba aquí y allá el licenciado Céspedes, sin obtener respuesta porque cada cual estaba entregado a sus vociferaciones.

Hasta que por fin le respondieron:

—Un brujo. Lo sorprendieron echando un daño. Ya le han dao su merecío. Era uno de los amigos de Cecilio el viejo; pero este no pudo reconocerlo en la informe masa sanguinolenta que de él habían dejado los machetes y las hachas. Uno de apellido Salmerón, del sitio de Las Topias.

—Lo sorprendieron enterrando una barreta de jabón, una vela de sebo y una poca de sal, que endenantico no más había compraó en la pulpería de Miguelito Corocoro.

—¿Y por eso le han dado esta muerte atroz? —insistió el licenciado, amigo de los brujos encantadores como niños.

—¡Gua! ¿Y le parece poco? Era el daño más mayor que le quería echar a Miguelito. El jabón, pa que se formara un barrizal alrededor de la pulpería y naiden pudiera llegá hasta ella a hacé sus compras; la vela enterrá, pa que le fartara la del alma a la hora de la muerte, y la poca e sal...

Pero ya el licenciado Céspedes se había marchado murmurando: “¡Salvajes! ¡Salvajes!... ¿Esta es la cuenta que vamos a rendir los blancos cuando se nos pregunte qué hicimos con los negros que nos trabajaban las tierras?”.

Y al día siguiente al pasar frente a la oficina de La Fundación, otro alboroto, sin duda producido por la excitación de los ánimos, a causa del acontecimiento de la víspera.

—¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

—Nada, don Cecilio.

—Algo tiene que ser y no de poca monta, para que así te vea hecho un basilisco, tan fuera de costumbre.

—Que ya hace varios días que vengo notando una cosa muy significativa. Las alpargatas en que acostumbro meter los pies al levantarme del chinchorro, que las deje de un modo y siempre las encuentro de otro.

Cecilio el viejo hizo un gesto que podía expresar muchas cosas, y luego dijo:

—¡Los ratones, chico! ¡Cuántos habrá por aquí, que cualquier noche te mudan a ti mismo, con chinchorro y todo!

—¿Ratones? Siempre las encuentro acomodaditas en una misma posición.

—¿Y eso qué puede significar?

—¡Yo qué sé! Pero lo que estaba diciendo cuando usted llegó, lo repito ahora, para que se lo graben en la memoria todos los que me escuchan: aquí no consiento brujos. De modo que el que lo sea coja el monte de una vez. Y cuentos de aparecidos tampoco. Para que vayan olvidándose de ellos los que quieran continuar trabajando aquí.

De lo cual, rato después, sacó Cecilio esta reflexión, camino de su acostumbrado paseo:

—Conque, ¡no es Juan Coromoto, como yo me había imaginado, sino Pedro Miguel, la persona a quien está “componiendo” Tapipa, a fin de que se enamore de la muchacha del camino de Caucahua! *Ergo...*

Las aleluyas de la enfermera

A menudo recibía Luisana cartas de Carmela y de Aurelia, apretadas de noticias minuciosas de cuantos pequeños, medianos o grandes contratiempos, molestias, disgustos, angustias, tribulaciones o calamidades, les fuesen aconteciendo a ellas y a todas las personas de sus respectivas parentelas que en Caracas vivían.

—Ya están aquí las cajas de Pandora —decía Luisana, al recibir aquellas cartas.

Y en rasgando los sobres, empezaban a salir los males. La jaqueca tenaz de Carmela y las travesuras con que ya la atormentaban los hijos, de cómo cayó y rodó, escaleras abajo, la madrina de una tía de su marido, fracturándose una pierna, por lo que reinaba la consternación en toda la familia y de qué manera se había ensañado la desgracia con uno de sus cuñados, que no acertaba a emprender negocio en el cual no fracasara; la maternidad sin descanso de Aurelia, sus náuseas, sus acedías y de cómo iban creciendo los retoños de su amor, por entre lechinas, sarampiones, parótidas recrecidas e indigestiones frecuentes, a causa de una mata de ciruela y otra de guayaba que había en el corral de la casa, concluyendo siempre por prometerle —esta era la palabra empleada— que no echaría otro más a “este valle de lágrimas”.

Luisana comprendía que todo este gimoteo venía encaminado a que ella no pudiese establecer comparaciones absolutamente desfavorables para sí, y doblaba las cartas leídas con una sonrisa y un:

—¡Pobrecitas! —que ya expresaba todo lo singularmente complejo de su generosidad.

Pobrecitas, porque aspiraban a la infelicidad y no la lograban sino con náuseas de jaquecas y embarazos y tribulaciones por caídas de madrinas de tías políticas y porque al querer hacerse perdonar con estas insignificancias la dicha que les había tocado, ya estaban confesando que no había sido sino la pequeña y corriente que se prodiga en el reparto de los dones.

En cambio, ella no tenía por qué ocultarles que se divertía mucho con las ocurrencias de Cecilio el viejo, ni que eran deliciosas las emociones que experimentaba cuando el joven, no pudiendo ya manejar la pluma, le dictaba a ella el libro que lo inmortalizaría, profundamente pensado, hermosamente compuesto. Y que con esto —y lo que se callaba— su vida no era de inspirar lástimas.

Y lo que se callaba era lo mejor: lo suyo íntimo, solo por su alma producido, el florecimiento maravilloso de su rosal, una aurora en su espíritu, cada vez más encendida, después de cada noche en vela junto al enfermo insomne.

Pero un día las cartas trajeron noticias por las que no era de compadecer a quienes las enviaban.

Decía la de Aurelia:

“¡Ay, hermanita! No te imaginas lo angustiada que estoy. Hace tiempo que estaba por escribírtelo, pero no me atrevía, temiendo que fueras a calificarme de tonta. Hoy me decido, por fin, aunque así me llames, pues si incurro en simpleza de espíritu será por quererte mucho. Es que nos han llegado rumores que por allá corren, según parece, de que en la Casa Grande se está apareciendo La Blanca. ¿Sabes? ¿Entiendes?... Dime que no es cierto, hermanita. Porque basta que tú me digas que no es verdad para que yo me quede tranquila”.

Que Aurelia siempre había sido un poco tonta, ya lo sabía Luisana; pero de la lectura de este párrafo no le quedaron ganas de continuar. Dobló la carta, y mientras volvía a meterla en el sobre murmuró, sordamente:

—¿Esas tenemos? ¡La Blanca! El alma en pena de Ana Julia Alcorta recogiendo los pasos que dio aquella noche, para que otra mujer de su familia, que en semejante hora menguada se encuentre, no pueda darlos también, con lo cual hace La Blanca merecimientos para alivio de su purgatorio. Esa es la conseja. Murmuraciones de aquí se amparan en ella y Aurelia les da crédito... ¡Bien! Veamos ahora qué dice Carmela. Ella no es simple de espíritu, como Aurelia, sino muy entonada, muy Alcorta, como acostumbra decir y sumamente fina para dar a entender las cosas desagradables que de alguien piense.

Comenzaba refiriéndose a su hijita mayor:

“Tengo que decirte —escribía— que mi Luisana no hace sino pensar en ti. ‘¿Y tía tocaya —me pregunta a cada momento— por qué no se viene a vivir con nosotras?’ Ya sabes que te adora, y en estos días, especialmente, le ha dado por arreglarte el cuarto que aquí te tenemos destinado. A veces la oigo hablando a solas y es que está conversando contigo. Es muy graciosa y cada día se va pareciendo más a ti. Ayer, precisamente, me lo hizo observar Antonio, que con frecuencia viene por acá. ¡Si vieras cómo se queda contemplando a su tocayita! Por cierto que está muy buen mozo y sin novia todavía”.

Y ya al terminar, esta vez sin noticias desagradables:

“Por aquí corren rumores de próximos acontecimientos políticos y según me ha dicho Antonio, es muy posible que él tenga que trasladarse a Barlovento. Pero de esto no repitas una palabra”.

Indudablemente, Carmela no era tonta; pero Luisana comprendió que ambas estaban con lo mismo, repartándose papeles. Y en seguida procedió a contestarles.

A Aurelia esto solo:

“Es cierto. Y serán las últimas letras mías que recibirás. No pierdas tu tiempo en enviarme otras tuyas”.

Y a Carmela:

“Quítale de la cabeza a tu muchachita la idea de que alguna vez me va a ver en ese cuarto que me tienes destinado. Ya puedes dedicarlo a otros cachivaches. Se te acabó para siempre Luisana”.

Pero escritas y despachadas estas cartas, rompió a llorar, como nunca la viera nadie.

Estaba por allí Cecilio el viejo y acudió con estas palabras:

—¿Qué es esto? ¿Se nos derrite la sal de la casa? ¡Era lo que nos faltaba para colmo de desabrimientos!

Ella le dio a leer las cartas de las hermanas, él se quitó las gafas y concluida la lectura volvió a colocárselas donde solía llevarlas y, mientras rasgaba los papeles, parodiaba:

—¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que no se había inventado la fabricación del papel de esquelas! Pero ya estas son añicos entregados al viento, en castigo de haber venido a empañar la transparencia de un corazón que es un diamante reflejando la luz de Dios. Enjúgate esas lágrimas importunas, porque en ti no puede flaquear la voluntad sin que estos techos se derrumben sobre los escombros humanos que aquí sostienen tu amor y tu virtud, bendita hechura de la institución de la familia, que por ti solamente se libra de mis anatemas. Sécate esas lágrimas, que no pueden ser tuyas, y vente conmigo a dar un paseo. La mañana convida y Cecilio está tranquilo. Ahí le dejé leyendo.

Otros había dado por los callejones de la hacienda junto con el tío de las ocurrencias divertidas, pero como el de aquella mañana ninguno perduraría en sus recuerdos, porque el episodio de las cartas acababa de abrirle estancias olvidadas e ignoradas de su alma y allí se le aposentaron las impresiones de aquel par de horas en las que debía decidirse su destino.

Hasta entonces su alma no había vivido para sí misma —no solo en los años de su consagración al hermano enfermo, sino durante toda su vida— más que por los modos desapacibles de la sal en el salero; pero ahora se la sentía invadida por una ternura tumultuosa, toda de sí propia y para sí sola, que empezaba

ya por rejuvenecerla y transformarla, impulsándola a ocurrencias inusitadas: saltar, correr, treparse a los árboles y encaramarse sobre los peñascos, reír, cantar, lanzar el grito a las resonancias del agreste silencio y soltar la lengua al disparate del pensamiento.

Y como a todo esto se prestó el tío, con lo que todavía era flexibilidad de sus músculos y lo que siempre serían retozos de su espíritu, internándose así por los cacaotales, fuera de los caminos trillados, llegaron a un sitio donde la soledad y el silencio y la luz verdosa que cernía el follaje trenzado y en el aire se fundía con los reflejos de oro muerto de la alfombra de hojarasca, eran de bosque salvaje.

Había por allí una gran piedra revestida de musgos y líquenes, sobre la cual fue a treparse Luisana y soltándose del todo los cabellos despeinados por los saltos y las carreras, los sacudió con movimientos de cabeza, acompañados de los brazos al cielo agitando las manos, a tiempo que en un grito salvaje descargaba el resto de su tumultuosa alegría. Era hermosa la cabellera suelta que la adornaba de femineidad, los brazos alzados quedaron al desnudo, carne emancipada de espíritu de sacrificio y en el aire coloreado las manos blancas hicieron aleluyas de resurrección.

Luego se tendió supina, entregando su pecho al amplio aliento que se lo expandía, mientras Cecilio el viejo recobraba por allá los suyos, con las manos apoyadas sobre los riñones y la cabeza echada hacia atrás, pero sin gafas en la punta de la nariz, pues desde un principio se las había quitado, diciendo que a objeto de que nada hubiese de postizo en la mañana de aleluyas de la enfermera.

Callaron así un rato, gustando del nemoroso silencio y luego Luisana murmuró:

—¡Tío!

—¿Qué? —respondió él, volviéndose hacia la piedra.

—¡Qué admirable eres, tío Cecilio!

—¡Bueno! ¿Ya quieres pagarme las alabanzas que hace poco te dediqué?

—¡Qué admirable! ¡Qué admirable!

Y como esto lo murmuraba Luisana a media voz y con los ojos cerrados, como en ensueños, plácido el rostro donde se reflejaban los colores del bosque, Cecilio el viejo la contempló un rato en silencio, y luego, con súbita ocurrencia, sacó de sus bolsillos atestados de papeles un cuaderno de dibujante que siempre llevaba consigo y se puso a copiar el cuadro que ella componía.

—¡Tío! —insistió la soñadora—. ¿Qué haces que no te oigo?

—Dibujo. ¡No te muevas! Copio lo que nunca he visto y sin embargo recuerdo.

—¿Cómo es eso?

—Yo mismo no me lo explico. Pues, ¿cuándo he podido ver esto, yo que no he tenido sino una sola vida? No he asistido a los bárbaros ritos antiguos de las divinidades sanguinarias, no contemplé nunca la virgen tendida en el ara del dios monstruoso y sin embargo ahora la recuerdo.

—¡Ah!...

—Así estaba, como me va saliendo, y una luz verde le iluminaba el rostro plácido... ¡Bueno! Esto de verde no podrán darlo ni el lápiz ni el papel, pero siempre será una luz dramática.

Y alternando lo declamatorio de su ficción con el acento llano del dibujante bromista, así continuó:

—¡La había despeinado el frenesí fanático del sacrificador y sus cabellos sueltos cubrían la piedra propiciatoria, como la noche eterna al mundo cuando se apague el Sol!... ¡Ajá! Esto sí puede hacerlo el lápiz, aunque la cabellera no sea tan abundante como para cubrir toda la piedra... ¡Así!... Su pecho subía hasta el cielo y bajaba hasta la profunda tierra y era el arco de la vida que dispara la flecha de la muerte.

—¡Huy! ¿A qué nombrar la pelona, cuando de tantos cabellos se trata?

—Eso de la pelona es una desgraciada invención de un mal dibujante. Hermosa cabellera tiene y de cada hebra una vida pendiente. ¡Ajá!... Esta línea... ¡Sí, sí!... Habíamos quedado en que el pecho subía y bajaba...

—Pero así no podrá verse en el papel.

—Tú, calla y respira. Ya verás como sí aparece... ¡Bueno! Ya salimos del pecho. Ahora puedes hablar todo lo que quieras, porque estamos en el rostro, y la palabra lo anima.

—¿Y cómo va a titularse el cuadro?

—¡Es verdad! Cosa muy importante eso del título, por aquello del Orbaneja... Y en la roca del ara mis ojos leyeron:

Amor, ch'a nullo
amato amar perdona.

—¿Pero esos no son versos del *Infierno* del Dante?

—Sí. Allí estaban los pobrecitos, pero ya los he redimido. ¿No es hoy día de aleluyas? Pues tal día sacó el Cristo del seno de Abraham a los justos que allí padecían. ¡Hermoso símbolo, muchacha!... ¡No te muevas! Cristo muerto regresa al seno de Abraham, porque Abraham es la vida, el gran río que corre avanzando y retrocediendo, pero siempre hacia la inmensidad del futuro perenne. Oye bien esas tres aes que se van ensanchando: ¡A-bra-ham! Es una misma letra, la primera del abecedario, una vocal abierta desde el principio... ¡Quieta, quieta!... La primera aparece sola en la sílaba, como una aspiración. ¡Es la vida que ya quiere ponerse en marcha! En la segunda sílaba ya la acompañan dos letras que dan la idea de que algo se ha desgarrado. ¡Brr! ¡Son los abismos del Caos que ya se abren! Y en la tercera, entre esa hache y esa eme, la vocal de la vida se prolonga hasta el infinito. ¡Oye! ¡Hamm!... ¡El gran río del amor esparciendo sobre la tierra el linaje humano!... ¿Qué te parece?... ¡Oh, las palabras! Hay que aprender a oírlas, porque son balbuceos del misterio del mundo. Hay que restituirles la frescura que les ha quitado la cochina utilidad del uso.

—¡Tío Cecilio!

—¿Qué? ¿Estas cansada? Ya voy a terminar.

—¿Por qué no dejaste correr tu río de amor?... Contéstame... ¿Por qué te quedaste en la primera A de Abraham?

—¡Niña, niña! Que ya va siendo temerario el preguntar.

—¡Ay, tío Cecilio! La niña tiene ya treinta años.

—¡Falso, falso! No hay que exagerar. Aún no los has cumplido.

—Poco falta.

—Con tal de que mucho no sobre...

—Ahí está lo peor del caso. Que sobraba todo esto y yo no me había dado cuenta. ¡Todo esto y mucho más!

—¿A qué llamas esto?

—A las aleluyas de la enfermera, como has dicho...

—¡Qué admirable eres, tío Cecilio!

—¡Vaya, vaya! Esta viene ahora por más o quiere pagarme el dibujo por adelantado.

Y ella, con voz de ensueños:

—¡Todo esto y mucho más! ¡Y todo será obra tuya, tío Cecilio! ¿Sabes cuándo lo hiciste?

—¡Hum!

—Cecilio el joven siempre me ha dicho: de Cecilio el viejo, lo que se le siente pensar y no lo que se le oiga decir. Y es verdad.

—¡Bueno! Ya está terminado el mamarracho. Ya puedes bajar de ahí cuando quieras.

Y arrancando del cuaderno la hoja, la rasgó en pedazos y la esparció al aire.

Luisana permaneció como estaba. La voluptuosidad de las energías empleadas en las carreras y los saltos; la sensación de desvanecimiento delicioso producido por la posición supina, con la cabeza apoyada sobre el declive de la piedra; las extrañas cosas que le había oído al tío y las no menos sorprendentes que a ella se le estaban ocurriendo, sin que llegaran a ser todavía pensamientos definidos, la arrebataban ya en espirales de éxtasis. Pero mientras así perdía por momentos la noción de la realidad circundante, en cambio lo que sucedía

en su interior iba apoderándose de toda su conciencia y era aquella oleada de ternura impetuosa que ya le colmaba el alma y se arremansaba reflejando el destello cintilante de un ansia que no tenía forma determinada, ni parecía pertenecer a su vida.

De esta misma, como relaciones con el mundo exterior, apenas quedábale la emoción de un acto consumado, por el cual venía a sentirse soberanamente libre de todo vínculo, sin que se le representase en la mente que había sido el de rompimiento con las hermanas. Y perdiendo ya aun los contactos con su propia intimidad, se desvaneció en el rayo tembloroso de aquella ansia que quería reflejarse en su colmo de ternura.

Ya lo lograba en plenitud y serenidad. Era La Blanca reaparecida —otra alma en pena sacada del seno de la muerte en el día de las aleluyas—, pero sin el dolor de la lanzada en el pecho ni la tempestad del amor insaciado. Era, en espíritu puro, la paz y el colmo de la ternura a que aspiró la carne atormentada de Ana Julia Alcorta, que en ella se prolongaba ahora, como el amor inextinguible en busca de perennidad... Era, ya sin presas, un gran río corriendo...

La nueva Luisana

Pero una cosa era evidente: que Luisana había adquirido costumbres nuevas, incluso inesperados modos de pensamiento.

No abandonó las antiguas consagradas al cuidado del querido enfermo y a las atenciones de la casa —bajo cuyos techos, por otra parte, ya parecía adquirir hábitos sedentarios y domésticos el andarín detenido y por lo tanto también daba quehaceres—, pero del tiempo libre y suyo que estos y aquellos le dejaban, ya todo no lo invertía en engolfarse en lecturas que le quitasen preocupaciones o en pasearse con ellas por los corredores que daban al campo, sino que le había tomado gusto a echarse a él, si no con la tumultuosa alegría de la mañana de aleluyas ni para hacer chiquilladas, en cambio con ciertos propósitos que allí se originaron. Se había procurado un caballo, de suave andadura y manso como para su escasa jinetía y en él salía a dar paseos por la hacienda, sola, con sus nuevos pensamientos.

Aquella confusa emoción de consumado acto libertador era ahora un sentimiento firme y una idea definida. De un modo u otro sus hermanas habían sido lazos que continuaban atándola al mundo de que se apartó para dedicarse a la compañía del incurable, pues en cuanto este —que quizá no duraría mucho— ya no existiera, y cuando inevitablemente un día la abandonase Cecilio el viejo, que entre ratos suspiraba por su antigua existencia errante, o ella a él

por no prolongarle la prisión, sin duda no le quedaría más camino sino el que la llevara a aquel cuarto que le estaba destinado en la casa de Carmela, donde, por añadidura, había una niña de su mismo nombre que decía quererla mucho, porque deseaba conocerla, o realmente le tenía reservado un gran amor y así más la encadenaría.

¿Pero qué sería ella en aquella casa, sino para el afecto la resucitada a cuya falta ya se acostumbró la familia y para todo lo demás el paño de lágrimas de la parentela y del vecindario? Regresaría de los reinos de la muerte, mustia, solterona, más amargada que antes cuando se metía en su carácter después de haber dado sus actos, y ya ni por estos quizá se le pudiese tolerar aquello. ¿Y las lágrimas mismas, cuándo volvería a enjugar su paño otras más amargas, de desdicha grande, que estas de ahora? Ante el infortunio inmenso del hermano, el mundo de los sufrimientos que allá la esperasen se le representaba insignificante, ridículo, no de gemidos sino de gimoteos. La jaqueca de Carmela, las náuseas de Aurelia... ¡Qué asco! Ya ella había visto lo que era sufrir, y cuando esto terminase, junto con su abnegación se acabaría.

Bien rotos estaban, pues, aquellos vínculos. Aparentemente se los quitó en un arrebato de despecho, cuando vio compartida la murmuración, ya rozando con la calumnia, por aquellas personas que más sabían de su virtud y nunca debieron dudar; pero en realidad ya su acto de liberación estaba consumado en el fondo de su espíritu y el despecho no hizo sino sacarle a flote lo que era ya cosa muerta. Ahora no les guardaba rencor e inclusive podría contestarles sus cartas si volvían a escribirle; pero ya ella sabía —y esto le bastaba— que era soberanamente libre para disponer de su vida.

¿Pero cuál sería el uso que de ella podría hacer? Estaba en ese punto de la vida donde se cruzan, como dos espadas en el resplandor del encuentro, la energía y la ternura, el Varón y la Hembra. Era toda su vida de allí en adelante lo que se disputaban, y el alma atenta exploraba el momento dramático.

La energía, además, apoyaba sus exigencias apremiantes en las circunstancias exteriores. Moriría Cecilio, volvería a marcharse el tío, la dejarían desampa-

rada. ¿No era prudente prepararse para todo por los caminos del varón? ¿Qué sabía ella del manejo de la hacienda, ni cómo lograría hacerse obedecer y respetar por la peonada insumisa? Para ello estaba allí Pedro Miguel; pero ya él había dicho y repetido que solo por Cecilio y cuando este faltara aquel también se marcharía. Era, pues, necesario ir apersonándose de una vez de aquel quehacer de hombre.

Así comenzó a hacerlo y para esto eran, en parte, aquellas salidas a caballo.

¿Pero aquel colmo de ternura sobre la piedra del éxtasis no eran también apremios? Allí se extraviaron en la niebla de extravagancias con que la envolvieron las palabras de Cecilio el viejo, pero en la nueva Luisana había formas de pensamiento donde se podían apresar aquellos desvaríos. Solo que no eran todavía formas serenas, mas para que así lo fuesen eran también los paseos por los cacaotales de la hacienda.

Otras veces volvió a visitar el paraje de la mañana de alelukas, y como entonces, a tumbarse supina sobre la piedra, en la soledad del bosque medroso. La mujer, aun con toda su feminidad, no podía ser de allí en adelante la niña cobarde y timorata, pero de ningún modo tampoco la hembra expuesta al azar de los apetitos. Tenía que dominar el miedo que le infundía aquel paraje, donde la rodeaban peligros positivos y tendían a apoderarse de su espíritu pueriles temores supersticiosos de la soledad y el silencio, y al mismo tiempo sobreponerse a los celos de sí misma, que por momentos la asaltaban a causa de los desvaríos a que allí se entregó la primera vez, sometándose a prueba de que nada prevalecería contra su virtud y su castidad de pensamiento.

Como aquella vez, admitiendo ahora la conseja maliciosa que en torno suyo corría, pero desde otro punto de vista, complacía en pensar que era *La Blanca* reaparecida. Para la memoria de Ana Julia Alcorta siempre hubo en su alma comprensión y piedad, pero ahora algo más que acudía a tomar forma en la voluntaria ilusión de reproducirla. Ana Julia había sido quizá la mujer más femenina de su familia, al par que la más infortunada y de ella quería tomar

aquel espíritu prestándole su carne, a fin de que en esta se extinguiesen los últimos rugidos de aquella tempestad.

Este pensamiento parecíase todavía mucho a los desvaríos de la mañana de las aleluyas, pero en el fondo correspondía a propósito de sentido práctico, comparable a los que la estaban haciendo apersonarse a las atenciones de la hacienda. Como estas, aquel abrigaba una previsión ante el porvenir: era de todo punto necesario redimir la memoria de Ana Julia del repudio en que se la tenía, sacarla de su purgatorio. No en balde se le había ocurrido al tío Cecilio aquello de los versos que del *Infierno* del Dante sacara para título del cuadro que ella le componía, pues cuando esto dijo como cosa de extravagancia, ella lo sintió pensar conforme a lo que ya venía buscando expresión en su espíritu.

Pero si aún no la alcanzaba clara y precisa como propósito de sentido práctico, era por venir abriéndose paso a través de sentimientos que gustaban de las dulzuras del secreto. Y para ello bueno era tenderse supina sobre aquella piedra, en medio de la soledad y el silencio del bosque iluminado por una luz de ensueño.

En el punto de cruce de aquellas espadas, la nueva Luisana vivía su momento sentimental.

II

La convencioncita

Y he aquí que un día llega a la Casa Grande la noticia de la caída del Gobierno del general José Tadeo Monagas, derrocado por una conjunción de liberales y conservadores con el general Julián Castro a la cabeza.

Cecilio el viejo llama a una de las sirvientas y le dice:

—Tráeme acá un pedazo de carbón.

Y cuando ya lo tiene en la mano traza cuatro grandes cifras en la pared del corredor, donde a la sazón se hallaba junto con Luisana y Cecilio el joven y dice:

—Mil ochocientos cincuenta y ocho. ¡Año del Gran Sembrador! ¡Empieza la gran cosecha de nuestro señor el desorden! ¡A perder la cabeza tocan!

Y Cecilio el joven, luego de un silencio pesaroso, con palabras pensadas para su libro, condenado a quedarse inconcluso:

—¡Mil ochocientos cincuenta y ocho, que contigo empiece la Venezuela grande que no han de ver mis ojos! Que cese para siempre de despeñarse sobre este suelo la catarata de sangre de la revuelta armada y del delito impune. Que a los hombres torvos sucedan los principios diáfanos, a la mezquina apetencia el esfuerzo generoso, a la bravura siniestra la virtud serena...

Pero contra esta invocación aquejada del pensador frustrado, había de prevalecer el vaticinio del andarín atento a las señales del tiempo. Era de muchas

observaciones recogidas en sus andanzas por todo el país de donde lo había sacado y allí mismo empezó a cumplirse.

La conjunción de los opuestos bandos políticos que no tuvieron cabida en el gobierno personalista de los Monagas, hecha a base de conveniencia momentánea, tenía que ser precaria y el hombre así llevado al Poder, mediocre, como todos aquellos de quienes en casos semejantes se echa mano. Incierto, el nuevo presidente de la agitada república no podía encontrar el camino por donde realmente se le abría. ¡Hacia adelante! —reclamaban los tiempos—; pero adelante era construir, crear y como su mediocridad prestaba mejor oído a las insinuaciones

personal. El porvenir exigía un hombre con la solución de los problemas en el puño civilizador; el pasado se conformaba con un gendarme que cuidase de la tranquilidad de aquel jardincito, como decía Cecilio el viejo. Los oligarcas sabían lo que deseaban: orden, respeto, silencio en la charca de las ranas. ¡Lo demás se les importaba poco! ¡Pero lo demás era el tiempo ya en marcha, que había de arrollarlos! Los liberales sentían el impulso renovador, la presión de las fuerzas creadoras del pueblo que de ellos estaba pendiente; pero les faltaba la idea Coordinadora que hace la convicción. Y todos juntos, revueltos y confundidos, empezaron en seguida a perder la cabeza.

Pero esto era allá, en el escenario de los acontecimientos políticos; aquí, en la casa parroquial, eran las tertulias donde otros hombres —marionetas manejadas a distancia por aquellos sucesos— reproducían la escena de la confusión.

Don Santiago Fontes, furibundo oligarca, que nunca tomaba asiento, por causa de una caída de caballo en que se fracturó una pierna y de un cirujano que se la entablilló mal, dejándosela anquilosada y más corta que la otra, por lo que usaba un bastón con empuñadura en forma de T: don Feliciano Rojas, godo también, pero de los caudillistas que adoraban en el general Páez, godo epiléptico, a quien una ictericia reciente lo había dejado amarillo hasta el blanco de los ojos; don Argimiro Venegas, liberal bien plantado y guasón, que tartamudeaba un poco y practicaba el cinismo, no siendo mala persona;

un general cachazudo y quizás buenote, como lo parecía, que respondía al nombre de Baldomero Gavidia, para dejarse llamar por sus íntimos “gavilla de bandoleros”; un señor de blasones, gordito él, un poco adulterado el color del cutis por deficiencia de funcionamiento hepático, que hacía ironías en la plaza del pueblo casi todas las noches y presumía de agudo, siendo casi completamente romo, conservador también, naturalmente; el padre Mediavilla, que los obsequiaba con café del más tinto para excitarles los ánimos, más de lo que ya los tenían y ponerlos a pelearse unos contra otros, aun del mismo bando y, finalmente, el licenciado Céspedes, que entre noches iba a divertirse un poco con todos ellos y a divertirlos a ratos con sus extravagancias.

Allí caían las noticias y como mastines se encarnizaban en ellas.

—¿Qué pasa? —entró preguntando Cecilio Céspedes, por el alboroto de las voces encrespadas, entre las cuales se distinguía claramente, sin embargo, el toc toc del bastón de don Santiago Fontes, que discutía andando de aquí para allá.

—¡Ajá! —exclamó don Argimiro—. Aquí está el Li..., Lili... enciado Céspedes. Venga acá Lili... cen... ciado. Oooo... óigame esto.

Pero don Feliciano Rojas, a quien exasperaban los tartamudeos del liberal, quitándole la palabra a este, explicó:

—Que en Caracas las turbas piden el enjuiciamiento de los Monagas y sus cómplices. Y yo digo que bien merecido tienen el patíbulo.

—Y yo que... qqq... no va a alcanzar ttt... toda la madera de los bosques de Venezuela para alzar esos pa... ttt... tibusos.

—Pues que se talen los bosques... (Toc, toc, toc.) Y se importe madera del extranjero, si es necesario, pero que el cadalso se alce para los asesinos del 24 de enero. (Toc, toc, toc.)

—¿Para qué tanta madera? —preguntó el general, ingenuamente quizá—. Si con unos tiritos basta.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —intervino el gordito de los turbios blasones, que tenía bello el labio inferior y al hablar le temblaba—. ¡Habló el Tetrarca de Los Pilonés!

Los Pilonos era una posesión del general Gavidia, pero no se calaba la ironía de llamarlo el Tetrarca y nadie celebró la agudeza.

Y otra noche, saliendo al encuentro del licenciado el padre Mediavilla, con una taza de café que acababa de servir:

—Tómese esto ligero, licenciado, para que se ponga a tono en seguida. Hoy estamos todos de acuerdo.

—¿Entonces, qué día es hoy? ¿De Santa Insensatez general?

—¡Día de la Patria en Peligro! —tronaron todos a una, pero con el tono de decir cosas contrapuestas—. Pero sabremos ponerla en alto.

—¡Pppp... plomo con el extranjero! —gritaron las filas liberales.

—¡Plomo con el extranjero! (Toc, toc, toc.) —resonó en las conservadoras.

—¡Eso es, muchachos! —aprobó el cura—. ¡Al César lo que es del César!

—¡Yo ardo en llamas de indignación! —vociferó don Feliciano Rojas. Y había que creérselo.

Pero sucedió que el guasón de don Argimiro se quedó mirándole la amarilla faz y el godó protestó enfurecido:

—¡No me mires la cara, Argimiro! ¡Mírame el corazón!, que es donde llevo mi color verdadero!

Aquí intervino el gordito, llamándolo procónsul, sin que se supiera por qué y como en este mismo momento soltaba Mediavilla su peculiar risotada clamorosa y el general la suya asmática, por la ocurrencia de don Argimiro y la réplica de don Feliciano, el ironista de la plaza del pueblo se las tomó para sí y quedó convencido de que llamar a alguien procónsul era la quintaesencia de la mordacidad sutilísima.

—(Toc, toc, toc) ¡Traidores! ¡Crearle un conflicto a la Patria con el extranjero, por salvar al tirano fusilador de Congresos indefensos! ¡Gavilla de bandoleros!

Pero al general Gavidia no le agradaban bromas de los conservadores y cortando en seco su risa asmática, protestó, entre resuellos sibilantes:

—¡Eso no, don Santiago! ¡Indirectas no! Ya estoy cansado de aguantarlas y por causa de esa frasecita vamos a tener una cuestión cualquier día de estos.

Y así terminó la patriótica armonía que venía reinando entre el alboroto.

Pero no era solamente intolerancia mutua de los tertulianos de la parroquial, sino que de otras sesiones tempestuosas llegaban hasta allí los rugidos.

—¡Qué manto de la clemencia ni qué pamplinas! —exclamaba otra noche don Feliciano, con todo su rojo corazón en llamas, a través de su color amarillo—. ¡Buenos estaríamos el día en que todos los ladrones y los bandidos puedan pasearse impunemente ante nuestras narices, envueltos en ese manto que quiere echarles el majadero de Fermín Toro! Nada más que por hacer frases bonitas.

—La túnica de Neso les arrojaría usted —repúsole Cecilio el viejo—. ¿Verdad, don Feliciano?

El mal teñido por la ictericia se le plantó por delante con mirada inquisitiva y el licenciado agregó, explicativamente:

—La que mató a Hércules.

Y el godo, sin averiguar más:

—¡Esa!

A tiempo que por allá venía el bastón acercando a don Santiago Fontes:

—¿Qué has dicho tú de don Fermín Toro? Te prohíbo que te expreses así en mi presencia.

—¿Y tú quién eres para hablarme en ese tono?

—¡Yo soy un civilista!

—¡Pues yo un paecista!

Y mientras así se encaraban uno contra el otro los conservadores, el padre Mediavilla y el general se cruzaban miradas de común y maliciosa inteligencia.

Pero como ya alzaban demasiado las voces descompuestas, se le ocurrió al cachazudo general recomendarles:

—¡Calma, señores, calma! ¿Qué dirá el vecindario?

—No se preocupe, general —repúsole el licenciado—. Estos no son sino granitos perdidos. Los puñados los está echando el Gran Sembrador allá en Valencia.

—Donde está reunida la flor del pensamiento venezolano, como dicen por ahí —completó el militar, sardónicamente

—Junto con alguna hojarasca.

—Pues me habían dicho que todo era flor. Pero, su palabra vaya adelante, señor licenciado.

Y luego:

—¿De modo que usted cree que esta reunión de amigos es, como si dijéramos, una convencioncita?

—Justamente. Y ustedes los liberales, encantados, tanto aquí como allá en Valencia. Allá, mientras los amigos de los Monagas conspiran contra el gobierno de lo que se sigue llamando la revolución de marzo, los conservadores paecistas contribuyen a la oposición, haciéndoles el juego a los liberales que han lanzado el nombre de Páez como elemento de discordia.

—Es verdad. Allí como que tampoco van a ponerse de acuerdo los amigos de la Patria.

—Y como a río revuelto ganancias de pescadores, ustedes los del oficio buen camboto van a sacar.

—Déjese de eso, señor licenciado. Nosotros los liberales somos amigos de la causa del pueblo.

En oyéndole lo cual, se le ocurrió a Cecilio el viejo, preguntarle:

—Dígame, general. Y perdóneme la curiosidad: ¿qué entiende usted por liberalismo?

—Pues... ¿Cómo le diré? Pues un liberal es un hombre mano abierta para todo, al revés de un oligarca, que cuando le dan en el codo aprieta más el puño. Nosotros los liberales lo que queremos...

—¿A ver, a ver! —intervino don Feliciano— ¿Qué quieren? Si es que se puede confesar en público.

—¡El ppp... poder!

—¿Eso solamente?

—Y lo que de él chchch... chorrea al bolsillo.

—¡Eso es cinismo, don Argimiro! (Toc, toc, toc).

—¡Es franqueza, don Santiago! Us... ttt... tedes también quieren lo mismo. El apoyo de las auto... riridades para seguir explotando a los negritos de las haciendas y para continuar haciendo nnn... negocitos honestos, como ustedes los llaman a esos de prestar dinero al veinte ppp... por ciento. Pero esta vez el ppp... poder será para nosotros.

—Si Dios no mete su mano. (Toc, toc, toc). Que la meterá. No le quepa duda.

—No la meterá —intervino el licenciado Céspedes—. Porque Dios solo mandó una vez, en el principio. De allí para acá siempre obedece.

—¡Ya salió el herejote con una de las suyas! —terció Mediavilla.

—No es mía, Padre, sino del maestro Séneca.

—No me es desconocido el nombre de ese maestro —rebulló el general Gavidia—. ¿Ese es uno que...?

Pero don Argimiro le quitó la palabra antes de que fuese a quedar mal puesto el partido liberal:

—¡No, compañero! ¡Ese no es! ¡Ese no es!

Y como Mediavilla soltó la risa anchurosa y por allá venía ya el gordito, abriéndose paso, tal vez para repetir lo de Tetrarca, se amoscó el general, poniendo tan mala cara que el ironista dio media vuelta y se encaró con otro, a mover su labio belfo por donde le salían las agudezas.

Entretanto habían vuelto a trabarse de palabras los dos oligarcas, a causa de que uno nombró al general Páez y el otro hizo un gesto desdeñoso, y don Argimiro Venegas prorrumpió:

—¡Viva la anarquía! Así será un paseo para nosotros los liberales darle la batalla unidos, como un solo hombre. ¿Verdad, padre Mediavilla? ¿Verdad, Gagaga... vi...?

Pero el general lo interrumpió:

—Bueno, don Argimiro. Déjelo de ese tamaño, que ya sé por dónde va a reventar esa mamaderita de gallo. Unidos sí estamos y dispuestos a echarnos al monte a su hora y punto. Allá en Valencia los plumarios están haciendo su constitución y de seguro que les va a quedar muy bonita, pero en cuanto ellos terminen con la suya vamos a elaborar la nuestra, nosotros los del machetico. Aquí estamos ahora oligarcas y liberales como quien dice, en el seno de la amistad; pero pronto nos vamos a estar viendo las caras por entre el humo de la bicha aquella. Para no mentar la pólvora junto a la candela.

Dicho lo cual se levantó de su asiento, se llevó a su sitio los pantalones un poco descendidos por la presión del abdomen y se despidió así:

—Y hasta mañana, si Dios quiere que todavía sigamos así revueltos el aceite y el vinagre.

Diálogo del Sembrador y otras extravagancias

Sobre la loma de sus habituales contemplaciones encontró Cecilio el viejo a Pedro Miguel.

—¿Complaciéndote en tu obra? —díjole, mientras tomaba asiento en la tierra cimera, junto al campesino enamorado—. Ya puedes hacerlo porque tienes La Fundación como tal vez no habrá estado nunca.

—Cuando las cosas se hacen de buena voluntad...

—Siempre son agradecidas. Tienes razón.

—La tierra, por lo menos, nunca deja de serlo.

—¡La tierra! Tú descansas, tú duermes, tú pones un momento o un día entero o un mes completo el pensamiento en otra cosa y te desentiendes de ella y ni la miras casi; pero ella siempre vela y trabaja para ti, y cuando tú vuelves de tu reposo, tu distracción o tu abandono, ella te sonrío y te recibe diciéndote: “¡Mira lo que hice entretanto! Ahí te le puse un pimpollo a esa matica, para completarle una rama que le faltaba; ahí te pinté esa florecita para que te alegre la vista, ahí te tengo una mazorquita más de cacao”.

Y en seguida, haciendo burlas del espiche abierto a su corazón sentimental:

—¡Je, je, je! ¡Las tonterías que acabo de hacerle decir a la madre tierra! ¿Verdad, Pedro Miguel?

—No eran tonterías, don Cecilio. Usted no las dice nunca y ha debido seguir como iba, dándomeles gusto al oído y al corazón.

—La verdad sea dicha. No eran palabras mías, sino un párrafo de Cecilio el joven que me lo he aprendido de memoria.

—¡Ah! Ya estaba reconociendo yo esa música.

—¿Te ha leído su libro?

—Algunas partes. Las que más a mi alcance estarán, seguramente.

—¡Pobre muchacho!

Permanecieron en silencio un rato y luego insistió Cecilio el viejo:

—¡Bonita tienes la hacienda! No hay palmo de tierra que no esté produciendo lo suyo... Pero, en cambio —y es cosa que no me explico—, tienes completamente abandonado El Altozano. Siendo tuyo...

—Es que no es mío, don Cecilio. Sino de don Nadie, dicho sea con sus propias palabras.

—Terco eres, Pedro Miguel. Te obstinas en tus caprichos y no hay modo de sacártelos de la cabeza.

—Quizás los de ahora no sean los mismos de antes.

—El quizás ya indica que no estás seguro de cuáles son.

—¿Y para qué averiguarlo, don Cecilio?

—¡Tienes razón! ¿De qué sirve saber adónde queremos ir, si al fin y al cabo llegaremos adonde no quisiéramos?

Pedro Miguel guardó silencio, entretenido en escarbar la tierra de la cumbre con un tallo de hierba seca que arrancó del alcance de su mano. Luego dijo:

—De todos modos, don Cecilio, a veces resulta más agradable ocuparse de lo ajeno que de lo propio.

—Generosidad lo llaman.

—Me refiero a la tierra. Cuidando de La Fundación, que no es mía ni nunca lo será, gozo más que ocupándome en una finca propia. No sé si usted me comprende, pero es así.

—Te comprendo. Yo también lo he hecho, a ratos. He trabajado la tierra de don Nadie y me he sentado a contemplarla después, lo mismo que tú la ajena.

—¿Cuándo, don Cecilio? Porque, según he oído decir, usted nunca se ha ocupado de El Altozano.

—No me refería a esa, sino a las de don Nadie, verdaderamente. Son muchas las mazorcas que han nacido en ellas de granos sembrados por mí.

—¿De maíz verdadero o de cacao real y positivo? Porque no me venga con otras siembras, que esas no las pongo yo en duda.

—De maíz verdadero. Tanto como tú y yo, que somos un par de mentiras hablando embustes sobre la loma de un cerro que no existe. Y perdóname que te incorpore en mi modestia.

—Ya decía yo que usted debía estar refiriéndose a otra cosa que no se me podía alcanzar completa.

—Pues se te alcanzó. De maíz verdadero, repito. En los campos de don Nadie, que es como decir en los de don Todo el Mundo. En los baldíos, para que acabes de convencerte de que me estoy refiriendo a cosas reales y efectivamente sucedidas.

—Perdone. Como de usted nunca se sabe si está hablando en serio o en broma...

—Esta vez hablo en serio. Si te dijera que por esos montes de tierra adentro por donde he pasado, son muchos los conucos que han aparecido un buen día sin que se sepa quién los sembró, ¿me lo creerías?

—Yo de usted lo creo todo, don Cecilio. A pesar de lo que le acabo de decir.

—¡Sí, hombre! ¡Muchos! Por cierto que eso ha dado origen a más de una leyenda. ¡Je, je! Una vez en un rancho donde entré a pasar un aguacero, vi una vela encendida donde no había imágenes que alumbrar, y como pregunté a qué santo estaba dedicada, me contestaron: “Al ánima del sembrador de conucos en lo baldío, a ver si se corre hasta acá y nos siembra uno que nos está

haciendo falta para la arepita y las carauticas, en esa falda de cerro que está ahí mismo”.

—¿Y poco después apareció el conuco? —dedujo Pedro Miguel.

—¡No, hijo, tonterías no! Y Providencia de la holgazanería mucho menos.

—Tiene razón. He debido pensar que perdieron su vela los habitantes de ese rancho.

—Tampoco. Un mes después volví a pasar por allí y vi que el conuquito estaba plantado. Como el ánima no se los sembró, ellos, ya con la idea en la cabeza, tuvieron que hacerlo por sí mismos. Pero ¿sabes lo que me dijeron los muy bribones? Que se los había sembrado el ánima.

—Y no dejaron de tener razón, porque al fin y al cabo esas cosas del otro mundo no son sino voluntades de uno que en un momento dado se le salen del cuerpo.

—¡No está mal eso! —aprobó el andarín filósofo—. ¡Qué ha de estarlo! Muy bien pensado y hasta bien dicho.

—A lo que se le puede alcanzar a quien no ha tenido escuela, don Cecilio —repuso Pedro Miguel, ya amoscándose.

Pero en seguida reaccionó conforme al respeto y a las simpatías que le inspiraba el viejo bondadoso y ocurrente.

—¡Ah, don Cecilio y sus cosas! Conque, ¡el ánima del sembrador! Écheme una manita para ver si puedo hacer todo lo que quisiera en esta finca ajena.

—Tú no lo necesitas, muchacho, porque llevas dentro de ti, conforme a tu teoría, todas tus voluntades bien vigiladas, y bien empleadas.

—¡Muchacho! —recogió Pedro Miguel—. ¡Que tengo veintiocho años, don Cecilio!

—¡Vaya, pues! —exclamó este—. ¡Qué empeño tienen ustedes los jóvenes en hacerse viejos! El otro día fue Luisana y ahora eres tú quien puntualiza. ¡Y yo que ando buscando a quién darle parte de mis sesenta!

Pedro Miguel frunció el ceño y se puso de pie. Pero en seguida rectificó:

—Perdóneme que me haya levantado antes que usted. ¿Pero no le parece que ya es hora de que vayamos regresando? Pronto se hará de noche.

—Sí. Vámonos. Y así podré mostrarte, de paso, otra tierrita con la cual tengo unos amorcitos por ahí.

—¿Algún conuco que nos está sembrando el ánima?

—No. Las tierras de esas siembras fueron novias de un día, aventuras de caminante. Esta es de amores definitivos. Ya te la mostraré.

Pero Pedro Miguel solo atendía a sus sentimientos y así repuso:

—Aunque no sé por qué he dicho “nos está sembrando”, ni para qué le habré pedido al ánima que me eche una manita, pues ya como que voy a estar cogiendo mi camino.

—¿Qué estás diciendo?

—Que pronto no haré falta por aquí, don Cecilio, y empezando a despedirme de estos amores con finca ajena era que estaba sobre esa loma. Ya la señorita se está enterando de todo lo necesario para el manejo de la hacienda, y si todavía no he cogido mi cachachá, como vulgarmente dicen, es porque aún me falta algo que explicarle. Poca cosa, por cierto.

—¡Déjate de tonterías! Lo hace solo por distraerse un poco. ¡La pobre! Además, quizás sea yo quien le haya dado la idea, a fuerza de despotricar contra estas infelices mujercitas nuestras, que no viven sino por el hombre y para el hombre, esclavas de este, más tirano cuanto más amoroso. Que no saben valerse ellas solas para la práctica de la vida, ni tienen preocupaciones espirituales fuera de los prejuicios con que les atiborran el alma la madrecita y el cura. Quítales tú el hombre por quien y para quien viven —padre, hermano, marido o hijo— y ya las verás pegando el grito en el cielo: “¡Dios mío! Otro hombre, nada más”. Con perdón de tus creencias. De mí te digo, Pedro Miguel, que si hubiere tenido una hija, desde chiquita le habría levantado los fustancitos y le habría dado una nalgada, diciéndole: “¡Arrea! ¡A valerte por ti misma! ¡A convertirte en una persona y no en una muñeca!”.

—¡Las cosas tuyas, don Cecilio! —dijo Pedro Miguel—. Siempre termina usted por cosas de reír.

—¿Y cuáles no son en esta vida? Solo que tú las llamas de reír, pero no te ríes.

—Defectos de nacimiento... Pero ¿con esta conversación no habremos pasado de largo lo que usted quería mostrarme?

—No. Ya estamos llegando.

Faltaba un buen trecho, en realidad, pero prefirió hacerlo en silencio como parecía quererlo Pedro Miguel. Acaso había hablado más de lo conveniente.

Y así llegaron al sitio a que se había referido.

Era uno de aquellos parajes donde solía quitarse las gafas y abandonarse a coloquios con las intimidades de su alma. Un pequeño prado apacible y recogido, cubierto por esa hierba tierna que crece al abrigo del sol y en cuyo verdor delicado se apagaba dulcemente la luz del día, en torno a la peña de un manadero de agua que por entre musgos y helechos —clepsidra de un tiempo lento— daba una gota de cuando en cuando.

—Aquí tienes mi novia, Pedro Miguel —díjole deteniéndose en medio del minúsculo prado—. Te he traído a conocerla porque tú serás el padrino de nuestras bodas.

—¿Qué va a hacer con esto, don Cecilio? Aquí no se le va a dar nada de lo que siembre.

—No se trata de que se me dé, sino de que se me reciba, más bien. Aquí voy a hacer una cosa muy importante. Nada menos que devolverle a la tierra el préstamo que le hizo al espíritu de la Vida, para que por boca mía dijera el cúmulo de tonterías que ya tengo dichas. Aquí se realizará el acto solemne de esa restitución. Ya tengo elegido el sitio preciso: aquí, donde estoy parado. ¡Fíjate bien!

Y dando unos pasos para detenerse más allá:

—Aquí pondremos a Cecilio. Ya es cosa convenida entre ambos que no estaremos uno al lado del otro, sino frente a frente. Probablemente él vendrá primero.

—Déjese de cosas, don Cecilio. No se juegue con eso.

—No son chuscadas. Esta vez hablo en serio. Trabajo me costó obtener de las autoridades que se me permitiese echar el sueñito definitivo donde más me agradara. ¿Verdad que no está mal escogido el sitio?

Y mientras recorría el pequeño prado a pasos lentos:

—Por aquí se pasearán las sombras de los dos Cecilios, continuando las conversaciones iniciadas en vida, agotando los temas eternos. El espacio es reducido, pero no necesitaremos más. He hecho la experiencia varias veces y te aseguro que no estaremos mal.

—¿De modo que es cierto lo que me han contado, de que usted viene por aquí, a las altas horas de la noche, con mucha frecuencia?

—Cierto. Pero no lo divulgues, porque peligraría la reputación de mi novia. ¡Je, je, je! ¡Bueno! Ya te la he presentado y ahora podemos seguir nuestro camino.

—No hay duda de que usted es el saco de las ocurrencias —comentó Pedro Miguel—. Pero, francamente, de esta no le alabo el gusto.

—Te lo creo. Dentro de tu salud y tu juventud no puede haber lo que de hermoso tiene la idea de la muerte.

Y luego, ya en camino:

—Que por cierto ya viene por ahí afilando su guadaña para la siega de su campo. El gran piélagos, como dice Tapipa. La guerra tremenda que ya ha estallado. O, ya que estoy citando autores, la constitución del machetico, según las palabras de cierto general Gavidia a quien tal vez conozcas. Los patriotas de la Convención de Valencia terminaron la suya, que les quedó muy bonita, como lo esperaba el socarrón del general Gavidia; pero se les ocurrió decir centralismo o poco menos y ya por occidente están Falcón y Zamora gritando federación. El gobierno se obceca en no concederle importancia al movimien-

to de Coro, que ya tiende a propagarse por todo el país. Es la revolución social que se nos viene encima.

Y con un acento de preocupación que contrastaba con el tono con que siempre había hablado del Gran Sembrador, agregó:

—Yo no veo sino muerte, fuego y escombros por todas partes. Hay rencores emponzoñados, odios inextinguibles y ambiciones desaforadas, y esta pobre Patria quizá no dé para tanto. ¿Qué porvenir les estará reservado a ustedes los jóvenes?

Hizo una breve pausa y concluyó:

—Cecilio y yo ya vamos de retirada; pero Luisana... ¿Qué será de ella?

Pedro Miguel le dirigió una mirada de soslayo y esperó a que continuase desarrollando su pensamiento; pero esto no lo acostumbraba Cecilio el viejo, sino que se limitaba a sugerir, como ocurrencia momentánea, la idea que quisiese sembrar en el espíritu de sus oyentes. Todo lo que dijo aquella tarde fue encaminado a concluir por la alusión de Luisana y al azaroso porvenir que la esperaba, y hecho esto lo demás correspondería a Pedro Miguel, conforme al modo como la espontaneidad de su alma permitiese la fructificación deseada.

Pedro Miguel comprendió y se abandonó a sus pensamientos; pero fueron tan confusos y atormentados que aquella noche casi toda la pasó insomne.

Diablos y angelitos

Era jueves de Corpus, día de no trabajar y abandonó la hamaca con un propósito intempestivo. Las alpargatas en que acostumbraba meter los pies al levantarse ahora las hallaba tal como las hubiese dejado; pero la voluntad ya parecía enderezada conforme a la intención de aquel sortilegio con que Tapipa y Roso Coromoto, consecuentes con la amistad que los había unido a Negro Malo, trataban de apartarlo de caminos temerarios por donde pudieran sobrevenirle conflictos.

Salió temprano y fue a desayunar en El Matajey, como lo acostumbraba todos los días, hecho lo cual se puso a recorrer las vegas en compañía de José Trinidad Gomárez, cual de costumbre también; pero esta vez, de contemplarlas bien trabajadas —robustos los cañaverales, limpias las acequias de riego, sin malas hierbas los sembrados de frutos menores, cariñoso el brillo del sol en la verdura laboriosa—, se le ocurrió decir:

—Debe dar gusto también ver así lo propio. Después de todo, tratándose de la tierra, lo propio es el trabajo que uno ponga en ella.

—Yo pongo aquí el mío en lo que es tuyo —repuso José Trinidad.

—Y quizá sea ya tiempo de que venga yo a arrimarle el hombro.

—Juerte me hallo tuavía, a Dios gracias; pero si en lo ajeno se te hubieren presentado inconvenientes, o lo que sea, aquí está lo tuyo, manque nunca

haigas querío llamá asina a to lo que me pertenece, y no hay más que hablá. Continás, que pa no dejá lo ajeno de mala manera podemos trocanos los papeles, diéndome yo otra vuelta a hacé las veces tuyas. Mal que bien.

—Ya hablaremos. De eso y de otras cosas. Antes tengo que hacer una diligencia por la vía de Caucahua... ¿No se le ofrece algo para allá?

José Trinidad comprendió y sonrió disimuladamente. Allá era el sitio de Loma del Viento, donde vivía un pariente de su padre, de pura sangre isleña todavía, él y su prole.

—Saludos na más —respondió, reservándose su suspicacia—. Cariños pa todos.

Y a su mujer, cuando ya Pedro Miguel se había marchado, vía de Caucahua: —¿Sabes la cosa, Ufrasia? El hombre va rumiando pa Loma el Viento. Tantas bromas le has dado con la ahijá, que a la postre como que te vas a salí con la tuya.

Pero como a Eufrasia no había manera de darle noticias que la cogiesen de sorpresa, repuso:

—Vea, pues, cómo no me equivoqué. Ya se lo había visto pintao en la cara mientras se desayunaba.

Y luego, para sí sola:

—¿Bromas solamente? La composición que le encomendé a Tapipa por medio de Roso Coromoto, que al fin tenía que da su resultao.

Entretanto, buena bestia de silla la mula mora, mientras ella hacía el camino, el jinete podía abandonarse a sus pensamientos.

—¡Nada! Que cuando uno va a caer no ve el hoyo. Tarde o temprano esto tenía que suceder, porque, como dice el dicho: el hombre propone y la mujer dispone.

Y girando dentro de este reducido círculo de reflexiones, como para apurar en ellas el pensamiento inquieto, pasaba ya frente a la iglesia de uno de los pueblos del trayecto, donde se arremolinaba el gentío aldeano y campesino

que acababa de salir de la misa de la festividad, cuando oyó saludo característico de voz conocida:

—¡Pasa, mal tiempo!

—¡Gua, padre Mediavilla! —exclamó, refrenando la mula—. ¿Qué hace usted por aquí, dejando allá abajo su parroquia abandonada?

—Abandonada no, lengua larga —repuso el clérigo bromista, a quien rodeaba un grupo de vecinos, a la puerta de la casa parroquial—. Vine a predicar en esta iglesita de Tío Conejo y aquí estoy oyendo las fechorías de Tío Tigre que me cuentan estos amigos. ¿Y tú, para dónde vas?

—Para Caucagua.

—¿Llevas prisa?

—No mucha.

—Pues bájate un momento, para que conversemos un poco de lo mucho que hace días tengo que decirte, mientras presenciamos la fiesta de los diablos que ya va a empezar.

—Si supiera que nunca me ha dado curiosidad de ver eso —repúsole evasivamente—. Pero si usted me promete disfrazarse de diablo también, sí me quedo para verlo bailar.

—Ganas no me faltan —dijo Mediavilla, para complacencia de la gente campechana que lo rodeaba, como dondequiera que estuviese.

Y charlando de este modo jovial —cosa inusitada en Pedro Miguel— estuvieron un buen rato, dándoles gusto al numeroso grupo de hombres del pueblo y de los campos circunvecinos que se fueron congregando en torno de ellos, no solo por la popularidad del cura, sino por la que también tenía su interlocutor en toda la región.

De esto, sin embargo, no se había dado cuenta Pedro Miguel, y fue el padre Mediavilla quien esa mañana se lo hizo observar, abandonando lo jocoso por lo interesado que ya le había anunciado:

—Tienes pueblo, Pedro Miguel. Fíjate en cómo están pendientes de ti todas las miradas.

Pero en esto sonaron dos cohetes anunciando que ya venían los diablos, y el gentío se arremolinó en carreras hacia la calle por donde se les esperaba, a tiempo que los tamboreros, apostados en el altozano de la iglesia, iniciaban el tam tam que acompañaría la zarabanda.

Eran diablos de toda la región, que venían a cumplir promesas, las más de ellas hechas solo para que no faltara en la festividad del Corpus lo pagano junto con lo piadoso. Diablos rojos, desde los cuernos hasta el rabo de trapo, con guilindajos de colorines y sonajas de toda especie, no faltando entre ellos quienes ostentasen seda y cascabeles, que ya eran algún dinero invertido; diablos negros, los menos pudientes, de coleta de fardos tiznada de hollín, con antifaces de lo mismo. Avanzaban en dos filas por la calle real del pueblo, haciendo pantomima de agazapamientos de un asalto sigiloso cuyo objetivo era el templo. El gentío se abría franqueándoles paso y guardaba el silencio recomendado por ellos con el ademán del índice contra el agujero del antifaz correspondiente a la boca, mientras trataban de reconocerlos por los ojos que blanqueaban a través de los otros.

Varios de ellos rodearon a Pedro Miguel con sus pantomimas, pero se desbandaron a la despavorida cuando él murmuró, por uno reconocido:

—Juan Coromoto. ¡Cuándo no!

Invadieron el atrio en torno al cual se amontonaban ya los espectadores, a tiempo que el sacristán cerraba las puertas del templo donde estaba expuesto el Santísimo y se tendieron boca abajo en el suelo enladrillado, en dos filas paralelas y separadas por el ancho de la puerta principal, mientras hacía pausa el tam tam de los tambores.

Pedro Miguel desde su mula y el padre Mediavilla trepado a un banco, junto con el cura de la parroquia y unos vecinos de rango, pardos donde todos eran negros, prestaban atención al espectáculo; pero mientras la de todos estos era complacida, la de aquel se expresaba en gesto ceñudo, de disgusto evidente.

Comenzó de nuevo el tam tam del curveta y del mina. Se incorporó uno de los diablos —el primero de la fila izquierda— haciendo una cabriola apoyado

sobre las manos, para quedar arrodillado de espaldas a la puerta del templo, y luego se puso de pie con una simulación de estremecimiento convulsivo de poseso, para agitar las sonajas que llevaba encima y dio principio una danza de saltos y esguinces, de extraordinaria agilidad, empuñando su rabo de trapo para tocar con él las maderas de la puerta, a la que así se iba acercando entre decidido y receloso; mas cuando ya iba a lograrlo arreciaba el estrépito de los tambores y con un salto de cuerpo disparado en el aire por una fuerza sobrenatural, el diablo se echaba atrás para comenzar en seguida con la danza de los agazapamientos.

—¿Te fijas, Pedro Miguel? —le preguntó el padre Mediavilla—. El sagrado del templo que no le permite acercarse. El diablo pretende aplacarlo pasándole el rabo a la puerta, pero ya las Escrituras dicen que contra las de la Iglesia no prevalecerán las del Infierno. ¿No están mal de doctrina los pobres negros, verdad? Tres veces debe intentarlo cada diablo, levantándose del suelo uno a uno, como ya verás y el truco está en los tambores, que deben repiquetear fuerte y de prisa cuando ya vaya a lograrlo.

A lo que intervino uno de los espectadores, con sorna:

—Raro que to eso no lo sepa quien tanto diablo de Corpuscristi habrá visto, no siendo forastero por estas tierras.

Pedro Miguel se volvió a mirarlo. Era un negro corpulento y malcarado, a quien no conocía, que sonrió a su mirada sosteniéndosela con aire que parecía de provocación. No le concedió importancia, sin embargo, y continuó prestando la atención displicente que le merecía el espectáculo.

Uno a uno, como había explicado Mediavilla, fueron incorporándose los diablos para repetir lo que había hecho el primero, pero cada cual esforzándose en superar a los demás en agilidad y en destreza. Y como esto vino a lograrlo, según la opinión unánime de los espectadores, el último de la partida, aquel en quien Pedro Miguel había reconocido a Juan Coromoto, todas las miradas empezaron a volverse hacia el mayordomo de La Fundación, oyéndose entre el vocerío exclamaciones como ésta:

—¡La regla no manca! Donde hay buen jefe hay buen soldao.

A lo que intervino de nuevo el desconocido malcarado:

—¿No será mucho afirmá, sin habese remitío a la prueba? Pedro Miguel no se dignó mirarlo esta vez, mas como luego se le acercó uno de los peones de La Fundación, a quien vio cruzar una sonrisa con el desconocido, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—No lo conozco —repuso el peón—. Nos tropezamos no más, pegándonos un palo, endenantes. Parece que no es de por aquí, pues ya he escuchao a muchos del pueblo haciéndose la misma pregunta, sin que naiden haiga podío da razón del. Pero, si la cara no miente...

—No debe de ser muy bendito —completó Pedro Miguel.

Y aunque todo esto fue hablado a media voz, el aludido sonrió como de cosa oída y murmuró algo que se perdió entre el bullicio del gentío al redoblado estrépito de los tambores. Por lo que, a su vez, comentó el peón:

—¡Hasta oliao como que está el hombre!

Ahora comenzaba la zarabanda de todos los diablos. La danza general, sin ritmo ni compás, solo para meter ruido los tambores, torbellino de saltos, esguinces y agazapamientos que cubría todo el espacio del atrio. África primitiva, aunque tal vez reproduciendo en América una escena de la Europa medieval, poseídos por la farsa ya los ponía frenéticos el asalto rechazado por la virtud de las puertas del templo y de este frenesí participaban los espectadores, cuyos gestos y ademanes copiaban las peripecias de la zarabanda.

—¿Qué te parece, Pedro Miguel? —volvió a preguntarle el padre Mediavilla—. Así estarán horas y horas, hasta que todos caigan rendidos, conforme a la promesa, que en eso no más consiste.

—Me habían dicho que era un espectáculo muy divertido, pero, francamente, no le encuentro la gracia —respondió el espectador ceñudo—. Y sigo mi camino.

Dicho lo cual reemprendió su viaje, con un desabrimiento de ánimo cuyas causas no quería analizar.

Los diablos cumplieron sus promesas bailando hasta caer rendidos, pero al negro Tilingo —hijo de aquel esclavo del mismo nombre— no le tomó la suya en cuenta el cielo, y cuando por la tarde regresó a su rancho, pringue de polvo y de sudor la estrafalaria vestimenta, de la cual se le habían desprendido casi todas las sonajas, encontró muerto a su hijito único.

Su negra se le abrazó dando gritos de desesperación; pero a él lo había compensado la vida con el don de la insensibilidad, y después de haber contemplado unos momentos en silencio el cuerpecito inerte, puro hueso, de donde los ensalmadores no lograron sacar el mal de ojos que le habían echado, murmuró fatalista:

—Negro hace carrera muriéndose angelito.

Y con estas mismas palabras respondió después a las de condolencia de Pedro Miguel, cuando de vuelta de Loma del Viento, ya a la oscurecida, pasó por allí y se llegó hasta el rancho.

Piso de tierra, paredes de bahareque mal embarrado, techo pajizo, ennegrecido por el humo del fogón de topias en el suelo. El cerdo hozaba su fango en el chiquero paredaño y sus gruñidos se confundían con el murmullo de las negras que acompañaban a la de Tilingo.

Trojes con esteras por lechos, allá, en los tenebrosos rincones de la parte del rancho destinada a la alcoba y ahora oculta tras una colcha de retazos colgada de pared a pared. Acá, en un ángulo de lo que hacía de recibimiento, una tinaja sobre un palo de candelero clavado en el suelo, bancos a los costados para la concurrencia, ya ocupados por todas las negras del vecindario y en el centro una mesa, sobre la cual yacía el muertecito, entre flores humildes del monte. Dábale urna un cajón que había sido de velas, destapado e inclinado convenientemente para la macabra exhibición; tenía el rostro fruncido por la última torcedura del dolor y los ojos abiertos, mediante palillos que separaban los párpados.

Mezclaban sus emanaciones en la caldeada atmósfera del rancho miserable las flores que adornaban al angelito y el fango del chiquero vecino. Lanzaba alaridos, de cuando en cuando, la negra Tilingo, y luego se quedaban un rato moscardoneando los condolidos murmullos de las otras mujeres. Gruñía el cerdo hociqueante removiendo su inmundicia, y al agitarse el aire olía mal entre las flores de la mesa.

Pero afuera y tratándose de esto, en el corrillo de los hombres, uno dijo:
—Seguramente lo cocinaron como es debió.

Pedro Miguel hizo un movimiento de repugnancia y contrajo el ceño, más de como ya lo tenía.

Mal día le había resultado aquel. El espectáculo de los negros en la zarabanda de los diablos lo había puesto de mal humor, y así estuvo en Loma del Viento, preguntándose mentalmente a qué habría ido hasta allá, mientras Eulogia y sus hermanas trataban de hacerle agradable el rato. Y ahora esto. Lo que acaba de oír, ya dentro de los límites de lo monstruoso y lo que ya lo tenía haciéndose reflexiones penosas: la miseria en que vivía el negro Tilingo... ¿Por gastarse en aguardiente la mayor parte de su jornal?... ¡Quizás!... Pero acaso también porque ya el jornal era insuficiente para las necesidades inmensas y de no remediarlas todas, que todas se quedarán insatisfechas ...¿Pero, no era él, precisamente, quien se lo pagaba, sin habersele ocurrido pensar que fuera escaso?... “Tienes pueblo, Pedro Miguel...” ¿Para qué le habría dicho así el padre Mediavilla? Ya no se le quitaba del pensamiento la frase molesta.

Se le acercó Juan Coromoto.

—¿Sabes, Pedro Miguel? El malencarao de esta mañana, por quien preguntaste, parece que es oriundo de las montañas de Capaya y que lo mientan *El Mapanare*. Andaba rondando a tos los piones de La Fundación haciéndoles preguntas a propósito tuyo: que si vivías en la hacienda, que dónde se te podía encontrá a solas. Cuando me lo contaron me le encimé, a ve qué se le ofrecía contigo, y me respondió que quería conocete, porque tú eres el hombre de las circunstancias en to Barlovento, según lo que había escuchao habló de ti en

toas partes, y me dejó entendé que tiene entre manos un plan que proponete. No me dijo cuál, pero a lo que infiero se trata de algo en relación con la guerra que ya y que está encendía por los laos de Coro.

Pedro Miguel oyó en silencio y así permaneció cuando Juan Coromoto hubo concluido. Fue llover sobre mojado... “Tienes pueblo”... “El hombre de las circunstancias”...

—Negro hace carrera muriéndose chiquito —seguía diciendo Tilingo, a las condolencias de los amigos que iban llegando.

¿No era este su pueblo?... ¿Y qué había hecho él por ellos?

Por fin llegaron tres a quienes hacía rato se esperaba: un arpista, un maraquero y un tocador de cuatro, provistos de sus respectivos instrumentos.

Reanudó sus alaridos la madre dolorosa, ahora desesperadamente, mientras las otras mujeres se ponían en movimiento, apartando la mesa mortuoria a un lado y haciéndoles sitio a los músicos. Se instalaron estos en uno de los rincones, le quitó el arpista la colcha al arpa, pulsó unas cuerdas, apretó unas clavijas, corrió unos arpegios desde las primas hasta los bordones, y como ya el otro había templado su cuatro y el maraquero estaba listo, les hizo una seña y comenzó a tocar un golpe tuyero.

—Se acercó Tilingo a su negra llorosa y la sacó a bailar, sin que ella dejase sus gimoteos, porque en el velorio de angelito ha de ser la madre la primera que con sus pies levante el polvo que ha de cubrir el cadáver del hijo, antes de entregárselo por completo a la tierra.

Los imitaron las demás parejas, se fueron adormeciendo en la voluptuosidad del movimiento acompasado, largo rato en un palmo de tierra, menudo el paso, tramado el cepilleo, en blanco ya los ojos, hacia el techo, extasiados en la sensación de la carne penetrada de música. Golpe tuyero, revuelta tras revuelta, interminable... Aguardiente. Sensualidad enardecida por la presencia de la muerte... Velorio de angelito, toda la noche y el día consecutivo y a veces dos y tres, hasta la hora ya inaplazable del enterramiento. Alma negra, simple y todavía enigmática.

Hozaba su fango el cerdo desvelado. Gemía la madre ¿dolorida entre los compases del golpe, cuidadosa de no perderlos, pena y gozo en un mismo sentimiento, y el polvo que levantaban los pies iba cubriendo el pequeño rostro fruncido y las pupilas sin luz, espantosamente abiertas.

Plegábanse mustias las flores. Sudaban a chorros los negros extasiados en los acordes del golpe. Olía a chiquero y a muerte.

—¡Ay! ¡Ay!

Y el maraquero sacudía sus maracas.

Pedro Miguel se había marchado antes de que comenzase aquello, con un desabrimento indiscernible en el espíritu. Mal día le había resultado el de su intempestiva determinación.

Una invitación

A las reflexiones sobre aquella ida y vuelta les había cerrado por completo su alma Pedro Miguel, y ya había transcurrido tiempo suficiente para olvidos totales cuando una mañana, estando en el patio de la oficina donde dos de los peones rastrillaban el cacao, ve aparecerse por allí, jinete en una mula rucia, nada menos que a El Mapanare.

—¿Qué vendrá buscando este? —se pregunta Pedro Miguel, a quien ya le habían referido algunas de las hazañas del que por ellas se merecía el apodo que le daban, significativo de ferocidad, ignorándose por toda la región cuál fuese su nombre verdadero.

Pero si al verlo había puesto la mala cara de los sentimientos que tenía que inspirarle aquel hombre, al mismo tiempo observa que los peones se cruzan entre sí miradas de inteligencia, y esto, añadido a lo otro, lo pone sobre aviso.

Descabalgando el malcarado *Mapanare*, arrienda su bestia a uno de los árboles del contorno del patio, atraviesa este haciendo sonar sus espuelas, de paso saluda a los peones con sendos chaparrazos amistosos a las piernas —a lo que ellos sonríen y vuelven a cruzarse sus miradas—, se le acerca a Pedro Miguel y después de dirigirle unas palabras previas a la entrada en materia, sin obtener respuesta del interlocutor ceñudo, que ni mirarlo se digna, lo aborda tuteándolo, como a antiguo conocido:

—Vine a invitarte pa la fiesta... La que ha empezao por los laos de Coro. Fiesta de tambor, también, si a ver vamos y que parece que va a sé como la estábamos desiando nosotros hace tiempo.

Y como Pedro Miguel permanece como si no oyera, agrega, dirigiéndose a los peones:

—¿Verdá, muchachos?

—¿Nos lo pregunta a nosotros? —replica uno de ellos—. Aquí no estamos sino rastrillando el cacaíto, que es lo que nos incumbe por el momento.

—Que quién quita que mañana mismo puea se otro el oficio. ¿No es así?

Y dirigiéndose otra vez a Pedro Miguel:

—Pues sí, como te iba diciendo. Están metíos en esa fiesta na menos que un general Ezequiel Zamora y un Juan Crisóstomo Falcón, junto con otros muchos que sería largo mencioná y de los cuales dicen los que los conocen que es menester quitase el sombrero pa mentales, porque son de los que arrempujan palante entre el plomo. ¡Eso dicen! Yo no los conozco, propiamente hablando. La verdá sea dicha. Pero por aquí estamos algunos amigos de la causa, entre ellos el servidor que te dirige la palabra, organizando las cosas pa prestá nuestro contingente. Porque, lo que todos nos hemos dicho: tratándose de fiesta de tambor, como lo es la guerra a que me vengo refiriendo, Barlovento no se pue quedá atrás. Contimás que se trata de salvá el tocino, que es algo más que el pellejo, porque es voz corriente que los godos del gobierno están tramando la otomía de vendernos a todos los que semos negros, de café con leche pa abajo, a los fabricantes de jabón de Inglaterra. Porque dicen que pa hacé jabón no hay grasa mejor que el tocino de negro y que los ingleses lo pagan a buen precio. ¿No te parece que hay que hacé algo por salvá el tocinito, Pedro Miguel?

—Lo que me parece es que no tiene usted derecho a tratarme de tú —repu-so Pedro Miguel, clavándole la mirada.

Y *El Mapanare*, sin inmutarse.

—Pues bueno, vamos a tratarnos de usted, mientras venga la confianza, andando el tiempo. Lo mismo da, después de to. Palabra más, palabra menos, yo

lo que venía era a convidate, por habé oído decí que pa esa fiesta tenías que se tú el primer chicharrón de la cazuela de Barlovento.

—Pues ha perdido usted su tiempo.

—¿Qué estoy oyendo, muchachos? ¿Será que mis oídos me están engañando?

—Que no tengo intenciones de asistir a esa fiesta y menos junto con usted.

—¿De veras, Pedro Miguel? ¡Pues no son mis oídos! ¡Quién lo creyera! Yo que no he hecho sino escuchá en toas partes que desde pequeñito tú decías que había que echase al monte con la guerra por delante contra...

—Lo que yo dijera antes, y ahora no lo repita, es cosa mía exclusivamente.

—¡Caramba! Cómo cambian los hombres. ¡Ave María purísima!... Y ahora que miento a la Virgen, ¿sabes quién me aconsejó que me corriera hasta acá a conversá contigo? Na menos que el padre Mediavilla, que es de los nuestros, como buen liberal que siempre ha sío.

—¿El padre Mediavilla, a usted, personalmente?

—¡Bueno! Ya me cogiste en el embuste. Personalmente no, pero por trasco- rales, que es como estamos entendiéndonos todos.

—De todos modos le repito que está usted perdiendo su tiempo y que yo necesito el mío para otras cosas, entre ellas para atenderle a personas que me merezcan estimación.

—Comprendo a quiénes puedes referirte. A los mantuanos, naturalmente.

Y viendo que ya Pedro Miguel estaba a punto del estallido:

—¡No, chico! No te ofendan mis palabras de buena voluntad. No pongas esa cara, que no es pa tanto. Me he limitao a repetí lo que he oído por ahí. Que por cierto repliqué in continenti: —¡No! Eso no pue se verdá. Lo que es Pedro Miguel no pue está de parte de los mantuanos, y de esos de allá, menos. Él tiene que acordase de ciertas cosas. Es decí, acordase, propiamente, no, porque él no las pudo presenciá, pero...

—Hágame el favor de no continuar —atajó Pedro Miguel, no siéndole ya posible conservar el aplomo que se había propuesto.

—Bueno, chico. Vuelvo a decite que no es pa tanto. Vine hasta acá porque creía que tú seguías siendo amigo de los camisa de mochila, pero ya cato de ve que ahora el viento sopla pal otro lao. ¡Qué se va a hacé! Ca uno es dueño de sus actos, gracias al general José Gregorio, y a quien Dios se lo dio, San Pedro que se lo bendiga. ¡Pero mira cómo soy de distraído! Ya habíamos quedao en tratanos de usté y yo con el tú en la boca parriba y pabajo. ¡Mien qué cosa!... ¡Bueno, pues, don Pedro Miguel! Que le sea de provecho su cuarto de conversión, como decimos los melitares. ¡Claro! Usté no me responde na porque no quiere repetime que eso es cosa suya. Y yo, como tengo por costumbre respetá la opinión política de mis amigos, me voy por donde vine, un poco como dice el dicho: con las cajas destemplás. ¡Qué se va a hacé!... ¡Adiós, muchachos! Que Dios me los saque con bien de esa ratrilladerita de cacao ajeno. Rastrillándolo los encontré y asina los dejo en buenas manos. Pero no echen en saco roto esto del jaboncito de tocino negro.

Y deteniéndose y volviéndose:

—¡Este que se me olvidaba, don Pedro Miguel! De esta conversación que hemos tenío, de grata memoria por mi parte, no hay que hacé mención. ¿Verdad? ¡Digo pa sabé! Yo, por lo que me concierne, como si no me hubiera dicho usté ni jota y espero que la visiversa también será... No es por na, propiamente; sino porque como yo pienso cogé el monte lo más pronto posible, que es como decí que ya tengo el pie en el estribo... ¡Bueno! Al buen entendedor, siendo continmás mudo... ¡Hasta la vista, don Pedro Miguel! Quizás yo no me aleje mucho de por aquí, después de todo.

Montó en su mula y partió. Pedro Miguel lo siguió con la mirada hasta que desapareció por entre los cacaotales.

—¿Y estos son los hombres que van a hacer esa guerra? —se preguntó—. De peor fama, si por algo le han puesto el apodo, creo que no me los he echado a la cara desde que ando por el mundo dándome cuenta de las cosas.

Pero como tales palabras iban más bien encaminadas a explorar el ánimo de los peones y estos continuaban manejando sus rastrillos cual si no las hubieren oído, insistió:

—*¡El Mapanare!* ¿Quién lo creyera? No faltará gente que lo siga, no siendo de su misma calaña y pensando defender así causa justa.

A lo que murmuró uno de los peones:

—El malo con su maluquesa y el bueno con su bondad, ca uno tiene que contribuí con lo que lleve por dentro a la hora de se necesarias las cosas.

—Me parece —apresó el otro—. Y como esta guerra y que es pa igualá las desproporciones...

—Pues contimás los que no son amigos de ellas.

—Y los que tienen pueblo, sobre todo.

Esto lo dijeron sin suspender el trabajo de los rastrillos y ya Pedro Miguel no quiso oír más. Era evidente que *El Mapanare* había ido a invitarlo para la guerra de acuerdo con aquellos peones, si no con todos los de La Fundación.

Abandonó el patio para atender a otros quehaceres; pero ya en camino de La Fundación de Arriba pensó que su deber perentorio era dirigirse a las autoridades a fin de que fuera reducido a prisión aquel maleante cuyo alzamiento sería un azote para la región. Y acto seguido se revolvió, rumbo al pueblo.

Al remover las cenizas

Por el camino iba ya, pero con las palabras de El Mapanare resonando en su interior:

—¡Cómo cambian los hombres!

Y luego, sometiéndose a interrogatorios, hablando a solas, como tiene que hacer el alma simple que no sabe sondearse en intimidad pura, sino mediante formas de algún modo concretas:

—¿Será verdad que yo he cambiado tanto como quiso decirme *El Mapanare*? ¿Hasta dónde les habré dado la espalda a los míos, que no pueden ser sino los descamisados, al venir a encargarme de esta finca donde todo el mundo estaba haciendo su agosto, para cumplir con un afecto de toda mi vida, por mucho que no quisiera confesarme que lo sentía mi corazón? ¿No he dicho y repetido mil veces que aquí no estoy sino por Cecilio, única y exclusivamente, y mientras él viva? ¿Que no será mucho tiempo!... Pero, de todos modos, lo cierto es que yo he tragado saliva mientras *El Mapanare* hablaba con la razón en su boca. Por eso y no porque lo despreciara, como estaba queriendo decirme yo mismo, fue que lo dejé hablar hasta más de la cuenta. Claro que ese bandido no puede ser de los míos ni yo de los suyos; pero esos peones que se quedaron callados, ¿no podrían haber sido de aquellos a quienes yo les leía “El Sin Camisa?”... De otras haciendas eran esclavos y quién sabe si alguna noche

de aquellas vinieron a oír la lectura de los periódicos escritos para los descamisados contra los mantuanos... ¡Los mantuanos! ¿Por qué no me suena ahora esta palabra como me sonaba antes? No hace mucho dijo don Cecilio que esta guerra la van a hacer los odios y los rencores, en cantidad tanta que quizá no haya con qué satisfacerlos. ¿Pero dónde están los míos de antes y por qué los he perdido? Esto es, precisamente, lo que yo necesito saber: por qué los habré perdido. ¿Por lo que me contó Cecilio aquella vez? Pero si a ver vamos, después de haber conocido esa historia era cuando yo tenía verdaderos motivos para guardarles rencores a los que me tiraron fuera de la casa como una inmundicia. ¡A los de ese entonces y a los que ahora harían lo mismo si hoy naciera bajo los techos de esa casa el hijo de *Negro Malo*! ¿Y entonces, pues, por qué no los aborrezco ya? ¿Todas aquellas brasas se convirtieron en cenizas?...

Se interrumpió al ver a Luisana que acababa de desembocar en el camino que él llevaba, en direcciones encontradas, pero se formuló el propósito de pasar de largo y fingiendo prisa aplicó espuelas.

Pero Luisana, que también venía a caballo, detuvo el suyo para preguntarle: —¿No habíamos quedado en que me esperarías en la oficina para ir a La Fundación de Arriba? Es lo que me falta por recorrer.

El tono de estas palabras no era de reconvencción, pero así le pareció a Pedro Miguel, quien repuso bruscamente:

—En verdad me había olvidado, señorita, de que le había dado esa palabra, pero sin mí puede usted recorrer esas tierras cuando lleve gusto, pues completas están dentro de lo suyo, tal como yo las recibí.

—¿De veras? —replicó ella, sonriendo—. ¡Y yo que me había imaginado que las cargabas en el bolsillo!

—Quiero decirle que...

—Que has amanecido de mal humor. Ya lo veo. Además, ya sabía que la procesión te andaba por dentro. Me ha contado tío Cecilio que una tarde le manifestaste tu disgusto o tus escrúpulos a propósito de mis entrepituras en los asuntos de la hacienda.

—Yo no he empleado esa palabra —protestó él, enriscándose más.

—No. Ya lo sé. Me la aplico yo misma para que empieces a quitarte de la cabeza cachorraditas tontas.

Hacia años que Pedro Miguel no oía aludir al apodo que de niño se le daba y esto le trajo, no propiamente un recuerdo, pero sí la impresión de cierto momento de aquellos tiempos que quería ser recordado.

Luisana observó que se le dulcificaba la expresión y se apresuró a agregar:

—Además, culpa tuya es que yo quiera entrometerme en las cosas de la hacienda. ¿No te lo pasabas diciendo que no estás aquí sino por Cecilio? Desgraciadamente, yo no puedo hacerme ilusiones de que Cecilio viva mucho tiempo, y como comprenderás quiero enterarme de lo que mañana me sea necesario conocer.

—No le faltará quien lo haga por usted —repuso Pedro Miguel.

—¡Quizás! —dijo ella, más dueña de la situación—. ¿Por qué no?

—Así es —agregó él, como de cosa sin importancia.

Pero se la quedó mirando, por primera vez, cara a cara y la vio sonrojarse.

Pedro Miguel no sabría sondearse el alma en intimidad pura, pero son precisamente las almas simples las que en un instante de silencio vierten de pronto todo su contenido, como el jarro que dejaron caer las manos distraídas.

Y he aquí que en ese preciso momento, acaso para que no se prolongara aquel silencio, acierta a decir Luisana:

—¡Hombre! Antes que se me olvide. ¿Quién es uno que va por ahí en una mula rucia? Con esta van tres veces que me lo encuentro y ahora parece venir de la oficina.

—Uno a quien apodan *El Mapanare*.

—¡Huy! Ya se le veía en la cara.

—¿Y dice usted que otras veces se lo había encontrado por aquí? —insiste Pedro Miguel.

—Ayer tarde, nada menos.

—¡Ah! Vendría buscándome, y como no me encontró volvió ahora.

—Pero si te buscaba a ti, a mí me siguió durante un buen rato.

—¡Cómo! ¿Se ha atrevido a eso?

—Es decir, me pareció que me siguiera, pero quizás no fue sino que hacíamos el mismo camino. Hoy pasó de largo.

—¿De largo y todavía tiene usted el susto en la cara?

—¿Yo? ¡Cualquiera diría que es en la tuya donde está pintado!

—Mire, señorita —dijo Pedro Miguel, tratando de dominar la alteración de su ánimo—, a mí no me gusta meterme en la vida ajena, porque cada cual, no siendo un niño, debe saber lo que hace y por qué lo hace, ni tampoco soy quién para darle a usted lecciones que no me está pidiendo, por otra parte.

—Bueno, basta de preámbulos, que ya me tienes en un hilo.

—Ríase usted todo lo que quiera y con toda franqueza, que ya le estoy adivinando la sonrisa que se le quiere asomar a la cara; pero estando Cecilio de por medio y en el estado en que se encuentra, con sonrisa y todo me voy a permitir darle un consejo: quítese esa costumbre que ha cogido de andar sola por estos montes. Dice don Cecilio que las mujeres deben aprender a valerse solas, pero con todo el respeto que me merece su superior opinión, yo preferiría, por Cecilio, repito, que usted se dejara de eso. No está la Magdalena para tafetanes, como dicen. Ese hombre con quien usted acaba de tropezarse hace bueno al Diablo y por si fuera poco puede que a estas horas ya esté alzado, como acaba de decirme que piensa hacerlo.

—¿De veras? ¡De modo que ya tenemos la guerra por aquí! —murmuró Luisana.

—No aseguro que la tengamos ya, pero que no tarda mucho, eso lo saben hasta los palos del monte, que contra ellos viene también. Yo voy para el pueblo a ver si evito, por lo menos, que sea *El Mapanare* quien nos la encienda por aquí, y usted, para que empiece a seguir mi consejo de una vez, devuélvase para su casa por este camino ancho que va a caer derecho allá. Yo me quedaré aquí hasta que calcule que usted haya llegado; pero, por si acaso, no tiene sino

que pegarme un grito. No la acompaño por ganar el tiempo de la vuelta hasta acá.

—Creo que no es para tanto, Pedro Miguel —repuso ella, tratando de sonreír—. Ese hombre iba camino del pueblo y hace rato que me lo encontré.

—Ese hombre es capaz de todo. Haga lo que le aconsejo.

—Bueno, ya lo hago.

Y guio hacia la Casa Grande por aquel camino ancho que le indicaba Pedro Miguel.

Este permaneció en la encrucijada, guardándole la espalda como le había prometido. Mas he aquí que de pronto, mientras la miraba alejarse, todas aquellas interrogaciones de momentos antes se le resuelven en esta exclamación:

—¡Es que estoy enamorado de esta mujer!

Y aplicó espuelas para que el caballo se lo llevara de allí.

III

La sombra de la espada

La invitación de El Mapanare correspondía a designios abrigados en las altas esferas políticas, donde estaban en su hora los recursos de la astucia. El alzamiento federalista de los generales Falcón y Zamora había hecho ya de todo punto imposible la continuación de aquel concierto de liberales y conservadores que aún seguían llamándose la revolución de marzo, cuyo caudillo de componenda —a falta de uno verdadero—, el general Julián Castro, naturalmente más propicio a los primeros que a los segundos, acababa de llevar a término una estratagema política por medio de la cual quedó desembarazado de sus compromisos con los oligarcas de la fracción civilista —de quienes en realidad nada podía esperar un hombre de armas—, echándose en brazos de los liberales más destacados, aunque murmurando, en el círculo de sus íntimos y para excusa de su defección, que la hostilidad injusta y la incomprensión de los hombres de bien lo habían obligado a pactar con aquellos, a quienes en documentos públicos ya había acusado de hacer la guerra del vandalismo. Pero como estos ya tenían un pie en el camino franco de la revuelta armada para la conquista total y definitiva del Poder, mientras le prestaban su colaboración al presidente de la República —que por otra parte no podía inspirarles confianza, por aquello mismo de sus estratagemas—, urdieron el plan de la astucia, conforme al cual fueron enviados a las principales provincias ciertos comisio-

nados de paz, cuya misión efectiva y secreta era la de provocar alzamientos federalistas, de modo que a una hora dada todas las facciones cayeran sobre la capital y pusieran al Presidente en la forzosa necesidad de resignar el mando. Obra a distancia de uno de estos comisionados eran las invitaciones que El Mapanare y otros de su calaña andaban haciéndoles a todos los hombres que gozasen de algún prestigio entre la masa popular.

Pero los conservadores no estaban dispuestos a perder, por simples espaldas vueltas, el predominio político y recurrieron al golpe de Estado, logrado lo cual procedieron a organizar las milicias nacionales, institución a la que el presidente Vargas ya había calificado de saludable y en la cual confió siempre el partido conservador, más que en el ejército permanente.

Mas el bizarro comandante de la Academia de Matemáticas que traía el encargo de organizar las de Barlovento, con la consigna de sofocar enérgica y rápidamente los alzamientos que se produjesen por allí, el Antonio de Céspedes en quien ahora se remiraba la parentela que un tiempo se deleitó esperanzada en el verbo florido y enjundioso de Cecilio, con esa complacencia compuesta de admiración y temor con que la familia venezolana había de congregarse a la sombra de la espada, era portador, además, de la premiosa y delicada encomienda de averiguar qué podría estar ocurriendo en la Casa Grande de La Fundación para que a unas cartas amorosas hubiese contestado Luisana con bruscas palabras de rompimiento.

Aurelia, muy especialmente, había cifrado, además, una tierna esperanza en la marcial apostura del comandante, insinuándole:

—Preséntatele en uniforme de gala. Tanto a ella como a Cecilio les agrada verte así.

Era indudable que en su simplicidad de espíritu, Aurelia confundía un poco el uniforme —por lo menos el de gala— con el disfraz vistoso; pero Antonio de Céspedes, que dentro de aquel tenía metido todo su espíritu, no incurrió, naturalmente, en semejante desacato de las ordenanzas y se presentó en la

Casa Grande con el de campaña, como le correspondía, y que ya ejercía lo suyo en ánimos impresionables.

Mas fue a él a quien deslumbraron las apariencias, al primer golpe de vista. Luisana se había puesto el traje que más la adornaba, uno de la época anterior a su piadosa reclusión, intencionadamente elegido para aquella visita, ya anunciada, y tan habilidosa e inteligentemente refaccionado que conservaba la gracia de lo antiguo sin la fealdad de lo pasado de moda.

Antonio de Céspedes se sintió envuelto en la cariñosa atmósfera de la antecámara de las Alcorta, en la casa solariega de Río Chico, las noches de más tierna memoria de sus amores tronchados por la adversidad. Y exclamó:

—¡Chica! ¡Qué soberanamente bien estás! Ese traje...

Y ella, interrumpiéndolo, perversamente:

—Es precisamente el mismo de cierta noche que luego fue llamada, durante algunos años, la noche del beso furtivo. ¿Recuerdas?

—¿A qué mencionar años cuando se trata de hechos eternos? —repuso el militar galante, apresurándose a dominar el desconcierto producido en sus filas por aquella inesperada embestida.

Y Cecilio el viejo, que en ese momento salía al corredor:

—¡Cuidado, joven Aníbal, con delicias de Capua!

Antonio de Céspedes no se había enamorado de ninguna otra mujer; mas, aunque en la familia se atribuía esto a nostalgias del amor a Luisana, la verdadera causa era su afición por las armas, cada día más absorbente, no habiendo ya nada que pudiese prevalecer contra su firme decisión de no cargar impedimentos que le obstaculizasen su carrera. En su espada llevaba ya todos sus amores y las presillas del ascenso eran la única conquista que lo interesaba.

Pero tenía un sector mal defendido de su línea de batalla y por allí cedió al halago de aquel intencionado adorno y de aquel malicioso recuerdo.

—Aquí no hay nada —dijose mentalmente, por los temores de Carmela y de Aurelia, quienes no se lo ocultaron—. Aquí todo está como antes.

Sin embargo, este mismo halago de su vanidad de hombre insustituible en el amor de una mujer, fue un descuido inmediatamente enmendado con una maniobra envolvente.

—Vengo a ponerme a tus órdenes —díjole—. A las de todos ustedes, por supuesto, pero a las tuyas de una manera muy especial. Están ustedes demasiado aislados en esta casa, quizás expuestos a posibles contingencias peligrosas, o simplemente, desagradables y si quieres que se instale por aquí un cuerpo de tropas de mi confianza ...

Pero ella no lo dejó concluir:

—¡Tropas! ¡No, Antoñito! No distraigas las que te pueden hacer falta para tu custodia personal.

El Antoñito no le agradó al bizarro comandante y Cecilio el viejo le reforzó el disgusto con su intervención socarrona:

—¡Niña, niña! ¡Es nada menos que la sombra de la espada lo que estás rechazando!

A todo lo cual repuso el protector desairado, con una sonrisa irónica:

—¡Siempre usted tan ocurrente, tío Cecilio! Y siempre tú voluntariosa, querida prima.

—¡Vaya, vaya! —replicó el primero—. No lo tomes a mal, que no han sido sino travesuras del cariño.

Y Luisana, ya desahogada de aquel diminutivo que desde el principio le tenía dedicado, pero todavía dispuesta a causarle disgustos:

—Es que siento una repugnancia invencible por la gente de tropa. Huelen mal, son peor hablados y por lo general muy petulantes.

—Bien. Eres muy dueña de tus sentimientos, aunque no sea siempre muy agradable oírte expresarlos.

—Además...

—Además, ibá a decir yo también, y permíteme que te interrumpa, fue galantería de mi parte el ofrecerte la custodia que rechazas. En realidad, ya dejé

instalado el retén en la casa de la oficina, por imposiciones de mi deber militar, y ahora espero que Cecilio sea razonable y no me lo tome a mal.

—¿Sí? Pues siendo un hecho consumado, no hay más que hablar. Por mi parte, acato la disposición, un poco arbitraria, del comandante de las milicias de Barlovento.

Y la voz de Cecilio, allá dentro:

—Acatada también por la mía, querido Antonio. Y no hagas mucho caso de la aparente malignidad de Luisana.

Antonio dirigió la vista al postigo de la ventana por donde había salido aquella voz quejumbrosa, y dijo:

—Perdona, hombre, que todavía no haya pasado a verte. Esperaba que Luisana me lo permitiera.

—Quédate ahí y perdóname tú que no te invite a pasar. Ya te he visto y me has oído la voz, lo único presentable que todavía me queda.

Y Cecilio el viejo, apresurándose a romper el mal silencio que se había producido después de aquellas palabras:

—¿Y qué? ¿Cómo se prepara esa campaña?

—A tambor batiente —repuso fanfarronamente el orgulloso comandante—. Destrozar y capturar a Falcón y a Zamora será cosa de días, y en cuanto a lo de aquí, nada que en realidad merezca ser llamada campaña. Facciones, montoneras bisoñas, bochinches de negros... Como por todo el país, por lo demás. La opinión está con nosotros, como tiene que estarlo, y nuestras armas restablecerán pronto el orden.

—¿De veras lo crees así? —volvió a preguntar el licenciado, inclinando la cabeza para mirar al interrogado por encima de sus gafas.

—¡Desde luego! No le quepa duda, querido tío. Esto no es sino un bochinche pasajero, para emplear la palabra ya famosa del general Miranda. Yo, por lo menos, soy optimista.

A estas, ya Cecilio el viejo había abandonado su asiento, pues nunca entraba en polémica sino andando de aquí para allá; pero aún hablaba el militar, cuando, plantándose por delante exclamaba:

—¡Cómo, cómo! ¿Pero no te das cuenta de lo que haces? ¿Qué manera de argumentar es esa, citando opiniones desautorizadas por los hechos prejuzgados por ellas? Deja en paz al general Miranda y a su famosa equivocación. ¿Qué nos dio Patria sino aquello que él calificó de bochinche, en un rapto de despecho o por obra de su incomprensión de desarraigado?

—Pero no me negará usted que esto de ahora no puede calificarse de otro modo. De ahora digo, aunque ha empezado hace años. Un agente de policía que lejos de acatar una disposición razonable de un juez de paz procede a arrestarlo autoritariamente y a ponerlo en un cepo, en presencia de las turbas complacidas en el vejamen; un ciudadano que abofetea a otro juez que le intima orden de prisión, en uso debido de sus atribuciones legales; un militar sin decoro, un machetero, mejor dicho, que insulta y arrastra por los suelos a un gobernador que no le permite un negocio ilícito; amotinamientos de populacho al grito de mueran los blancos; ayer, esclavitudes que se sublevaban contra sus legítimos amos y les daban muerte atroz y hoy facciones que hacen la guerra del vandalismo. ¿Qué es todo esto, sino desorden, bochinche de la peor especie?

Mirándolo por encima de sus espejuelos lo había oído el Licenciado y ahora le replicaba así:

—¡Je, je, je! ¡Cuán cierto es que las clases conservadoras, muy sensatas en tiempos de rutina, pierden la cabeza y se vuelven irremediamente torpes cuando comienzan a agitarse los de renovación! Claro está que ya el mismo epíteto de conservadores dice que a ustedes hay que ponerlos a un lado cuando se trata del porvenir; pero de todos modos es verdaderamente lamentable el criterio simplista con que acabas de juzgar los hechos citados. La inveterada y envanecida costumbre de menospreciar al pueblo no les permite a ustedes penetrar la esencia de los movimientos populares; se quedan en la apariencias

de las cosas y ponen una naricita de todo me hiede que les parece muy aristocrática. Excepciones honrosas, por supuesto, entre las cuales mi cariño te reserva sitio de preferencia.

Y a la irónica inclinación de agradecimiento que le hacía el comandante:

—Para cuando demuestres habértelo merecido. Porque hasta ahora no te he oído sino majaderías. Todo eso que acabas de mencionar tiene un sentido mucho más profundo que el que le atribuyes. Son los últimos diques de la Colonia edificada sobre el principio de autoridad vinculado a los sedicentes privilegios de origen divino del monarca, sobre la institución de la propiedad, también tenida como de origen sagrado y sobre la jerarquía de clases, como únicas formas de estabilidad social para aquellas gentes que vienen resquebrajándose ante el ímpetu del movimiento popular desencadenado por la convulsión social de la Independencia. Ustedes lo califican de desorden y creen que todo el problema se reduce a devolverle al principio de autoridad su antiguo prestigio colonial. ¡Con su pan se lo coman!

Antonio de Céspedes se había encerrado en un mutismo desdenoso; pero el licenciado prosiguió impertérrito:

—Los conservadores de los primeros años de la República demostraron inteligencia, por lo menos para resolver el problema inmediato, rodeando al general Páez y quitándole así al movimiento popular la espada que lógicamente debió estar a su servicio y que lo hubiera hecho invencible; pero a los de ahora, si no se les ha ocurrido rodear a Zamora, para que la historia se repita —vieja afición a la rutina—, es porque saben que el federal los dejaría con las cajas destempladas. Si de algún modo los dejara vivos.

—¡Bah! —hizo el comandante, faltando a su propósito de no rebatir—. ¡Zamora! Un incendiario vulgar.

—¿Incendiario has dicho? Pues ya puedes llamarlo la mano de Dios. “El fuego aparece cuando Dios ha decidido empezar un mundo nuevo y acabar con el antiguo”, dice Séneca.

—A esas alturas... —dijo Antonio, socarronamente.

—¡Ah! A esas alturas hay que remontarse, mi querido comandante, para abarcar las cosas en su totalidad y en su profundidad. Haz la prueba y descubrirás cómo es hermoso, dramático y tremendo, pero hermoso, lo que visto al rasero del sectarismo intransigente te parece menospreciable.

Ya Antonio de Céspedes iba a levantarse para despedirse, pero en esto se oyó la voz que salía por el postigo:

—Cierto. Cierto. Es la democracia nacida en los campamentos de la Independencia que viene a conquistarse por las bravas lo que allí se le prometió y quienes debían cumplírselo no supieron o no pudieron o no quisieron hacerlo. Viene como la fatalidad, pero también como la esperanza: la tea del incendio en una mano y la otra extendida hacia el don inalcanzado. Es la barbarie —¿quién lo duda?— ya al asalto de la definitiva posesión de su feudo, mas no pudiendo suceder de otro modo, porque la acción civilizadora de los hombres que realmente hubieran podido intentarla, perdió en abstracciones políticas sin llegar a la raíz honda y positiva de los males. Mundo aparte, estrato social de una cultura extraña, superpuesta a la barbarie nativa, dejada intacta, los civilizadores —los civilistas en este caso—, imbuidos de preocupaciones teóricas han hablado en un lenguaje que el pueblo no puede entender y nada de sorprendente tiene que les gane la partida el bronco machetero, que sí es un producto genuino de nuestro suelo violento, la Venezuela cuartel de la definición del Libertador. Pero cuando yo digo democracia no me refiero a un simple sistema político, uno más para mañana entre el polvo de los siglos, sino a la posibilidad viviente de todas las hermosuras humanas que encierra el realmente dramático y tremendo corazón del pueblo. Yo fui de los esperanzados, hasta ayer no más, en que la obra de los civilistas realizaría esas posibilidades; pero si hoy no fuera un absurdo que yo abrigase esperanzas, tal vez las pondría también en la guerra. En esta, que será encarnizada, sangrienta y devastadora como ninguna otra, se perderán riquezas precarias y vidas transitorias —¡ojalá se salve la tuya, querido Antonio!—, pero en ella podrán encontrarse los hombres a sí mismos, y esto es muy importante para la resolución de esta gran

duda, que a todos nos asalta por momentos: ¿podrá o no podrá continuar existiendo este país?

Calló la voz quejumbrosa detrás del postigo, se miraron en silencio Antonio y Cecilio el viejo; pero en Luisana —antes frívolamente complacida en las desagradables cosas que el licenciado le decía al comandante— las últimas palabras del personaje invisible habían producido un efecto que era una idea brillándole en los ojos, como los iluminan las que esclarecen las dudas y encienden la voluntad.

No se le escapó esto a Cecilio el viejo, quien se quedó mirándola interrogativamente. Ella sonrió, Antonio acabó por sentirse totalmente incómodo, se levantó y se despidió.

Cuando ya se hubo marchado, Cecilio el viejo formuló su interrogación:

—¿Qué nueva idea en la cabeza de las maravillas? Esa que te ha asomado a los ojos.

—A su hora sonará —repuso ella—. Ahora házmele compañía a Cecilio mientras me cambio este traje por el de montar y luego voy y vengo.

—¿Adonde? ¿Qué te propones, muchacha?

—A su hora sonará.

Hágote capitán

Cuando un alma no se ha detenido ante el sacrificio máximo que de su generosidad pueda esperarse tampoco se detiene cuando ya ha decidido tomar para sí el don de la vida; mas como aquello no se realiza sino por modos de sublimación del egoísmo, de allá para siempre queda este de alguna manera subordinado a una idea generosa. Pedro Miguel pudo haber ignorado que amaba a Luisana hasta que supo que ella había corrido peligro de la honra, seguida por *El Mapanare*; pero ella se lo había descubierto hacía tiempo y en cuanto a sus propios sentimientos recíprocos no se le escapaba que anduviese el amor en juego. Solo que este necesitaba para manifestarse por completo una subordinación de aquella especie.

La visita de Céspedes acababa de producir este efecto. Su antiguo novio no la había sustituido en su corazón y esto habría bastado para que ella no considerase imposible, o por lo menos absurda, una reanudación de aquellos amores, con la añadidura favorable de que la prueba de su extraordinario adorno había dado el resultado apetecido. Pero el comandante Antonio de Céspedes era un hombre ya hecho, que se había formado su personalidad y labrado su porvenir mediante esfuerzos propios, muy meritorios por lo demás; un hombre que ya estaba en su camino y no necesitaba andaderas. ¿Qué papel habría desempeñado ella al lado suyo, que de algún modo no fuese semejante al que

le reservaba Carmela, con un cuarto destinado en su casa y sobrina cariñosa para que se la lidiase? La esposa para la procreación y el cuidado del hogar y para completarle fuera de éste el adorno de su marcial persona, cuando con ella quisiera exhibirse, ella a un lado y al otro la espada. Él ganaría sus batallas — cuando no las perdiese—, pero ella nunca oiría las dianas del triunfo. Allí no había obra; todo lo que debía ser Antonio de Céspedes se lo había conquistado ya él mismo o continuaría procurándoselo.

En cambio, en Pedro Miguel había todo un mundo por crear. La materia prima era de calidad excelente, incluso su misma resistencia a ser moldeada desde afuera, conforme a un modelo extraño, que había hecho imposible la obra de desbastamiento emprendida por Cecilio, quien al fin hubo de desistir de su empeño en meter ideas suyas dentro de aquel espíritu; pero la que fuese emprendida desde adentro, para que de manera espontánea se desarrollasen todas las íntimas formas posibles, encontraría sustancia maleable. Obra de entrañas maternas, que dan un fruto propio sin reproducción exacta. Y la madre postergada en la enfermera, postergando a su vez a la novia que no era del caso, decidió tomar el amor que ya era suyo sin esperar a que se le declarase.

Pero otros efectos se produjeron también por causa de la visita de Céspedes y fueron unas palabras de Cecilio, que ahora la llevaban camino del pueblo.

Hacía años que no se la veía por allí, y a la sorpresa que tenía que causar su aparición se añadió en seguida el escándalo: se presentaba sola y a caballo, como no era costumbre de señoritas bien miradas, tanto menos en las peligrosas circunstancias de montoneras ya en armas y soldadesca por dondequiera.

E inmediatamente comenzó a correr la murmuración por las calles y dentro de las casas.

—¡Chicas! —exclamó una de sus antiguas amigas, entrando desalada en la casa de otras que todavía lo eran—. ¡Asómense para que vean lo que viene ahí!

Y como esto sucedió en varias casas y los ánimos estaban en la expectativa de extraordinarios acontecimientos, allí mismo comenzaron a entornarse las

entrepuertas y los postigos de casi todas las ventanas, detrás de las cuales espían los racimos de la curiosidad pueblerina.

—¡Chica! ¡Quién lo creyera! ¡Una Alcorta!

—¿Cómo que quién lo creyera? ¿No hizo siempre lo que le dio su gana? Que si entonces no se atrevió a tanto fue porque vivían sus padres.

—Y eso de una Alcorta tampoco es cosa de otro mundo, como para tragar tanto aire al nombrarla.

—¡Me parece!

—Lo que sí no puede negarse es que está buenamoza, como nunca lo fue en sus tiempos de buena solamente.

—Hay personas a quienes les asientan los sufrimientos.

—¡Los sufrimientos! ¡Escuchen a esta desayunándose con aire! ¿No serán otras cosas más bien?

—¡Quién sabe!

Ella no podía oír estas malicias que levantaba a su paso, pero se las imaginaba, inclusive peores, pues ya iba observando que casi todos los postigos de las ventanas estaban entreabiertos, y avanzaba sonriendo para que todas sus amigas —de mucho traje refaccionado y mucho enfermo asistido— y también las que no lo fueron, viesen que se le importaba muy poco de murmuraciones a mansalva.

Y no faltaron entre estas las que aludiendo a la conseja que hasta allí había llegado:

—¡Asómense para que vean a La Blanca —decían— apareciéndose en público y a mediodía en punto!

—¿Qué vendrá a buscar por aquí?

Era la pregunta que se iba haciendo toda la población escandalizada y la que se hizo el comandante de Céspedes, que en ese momento bajaba de su caballo ante la puerta del cuartel donde estaba organizando sus milicias.

Pero ni aun a él se dignó ella mirarlo. Y atravesó toda la población por la calle real donde estaba su casa de antes, cerrada y ya amenazando ruina.

—¡Miren! —exclamaron más allá las empostigadas—. Como que va para la iglesia.

—Para la iglesia no será, porque ya está cerrada.

—O para la casa parroquial. Ya se apea en la puerta. ¡Y con qué desparpajo! Como si hubiera nacido a caballo.

—¡Hum! ¡Esto me huele a matrimonio! Y ya sospecho con quién.

Y el padre Mediavilla, que acertaba a salir de su habitación para dirigirse al comedor donde ya le esperaba el almuerzo, sonándose las peludas narices en un gran pañuelo a cuadros, se quedó con este aplicado donde ya no lo necesitaba, mientras recogía los párpados en ayuda de su vista escasa.

—¡Qué veo! —exclamó por fin—. ¡Doñita Luisana Alcorta honrando mi humilde casa! Entra, hija. Pasa para la sala, que es modesta, como todo lo de este humilde servidor de Nuestro Señor.

—No es propiamente al servidor de Nuestro Señor a quien vengo a visitar —dijo ella, ocupando ya el asiento que le ofrecía

—¿A quién, entonces?

—Al otro. Al del hisopo de plomo.

El cura la miró de hito en hito, y ella agregó sonriendo:

—No tenga cuidado, padre. Ya supongo que esos oficios los celebre usted ahora más clandestinamente que antes, cuando aquellos catecismos de las mazorcas.

—A los que nunca quisiste asistir, por cierto. ¡Sí, sí! Ya recuerdo que eras la ovejita arisca, siendo de las mejores de mi rebaño, si no la mejor de todas. Siempre lo he dicho, hijita. ¡Ya quisieran otras que a esos catecismos asistían, tener la gran virtud de Luisanita Alcorta! Por cierto que ya las fajinas de ahora no son como aquellas, tan animadas. ¿Recuerdas?

—Pero ¡si usted mismo acaba de decir que yo no asistía a ellas!

—¡Es verdad, hija! Mira cómo está mi cabeza. Los años, hijita, los años. Y de tu pobre hermano, ¿qué me cuentas? Hace tiempo que estoy por ir a verlo. ¿Acaso necesite de mis...?

—No. No es a eso a lo que vengo. Le repito que esta visita no es para el cura de almas, sino para...

—El del hisopo de plomo. ¡Sí, sí! Ya lo habías advertido. ¡Je, je! Y ¿quién te contó eso, Luisanita? Ni me acordaba yo de esas bromas mías de entonces. ¡Cosas de aquellos tiempos felices!

—¿Y de los actuales no?

—¡Malos son, hija! ¡Malos son! Esta fulana guerra que vuelve a trastornarlo todo. Si Dios no mete su mano no sé qué irá a ser de nosotros.

—Déjese de disimulos conmigo, padre Mediavilla. Ya supongo que lo tengan a usted muy vigilado, sobre todo desde que anda por aquí el pavo real de mi primo Antoñito, hecho todo un comandante; pero en mí puede tener confianza. Vengo a pedirle un favor y espero que no me lo negará.

—¡A ver! ¿En qué puedo servirte?

—Necesito uno de esos despachos de grados militares que usted está distribuyendo entre sus amigos los liberales.

—¿Qué estás diciendo, criatura?

—¡Sí, sí! Esos despachos firmados por el general Falcón, para conquistarse adictos a la causa federal. Si ya ve usted que estoy enterada, ¿para qué fingir más?

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —prorrumpió la franqueza campechana—. ¿Te lo contó tu tío el licenciado? ¿Qué lengua larga el muy bribón! Por cierto que hace tiempo que no viene por aquí. Dímele que no se pierda tanto, porque aunque librepensador y qué sé yo cuántas cosas más, me gusta pasar el rato aprendiendo de su sabiduría. Aquí venía siempre cuando...

—Permítame que lo interrumpa, padre. ¿Qué me contesta a lo que le he pedido?

El clérigo se rascó la tonsura, siempre en barbecho, pero ahora entrecana y luego:

—Tienes razón, Luisanita. En ti puedo confiar. Ahí tengo un buen fajo de esos papelitos milagrosos con los cuales vamos a parar nuestro ejército,

que tendrá pocos soldados, pero oficiales a montón. Después de todo los que tienen la culpa son los godos, que quieren continuar con su Academia; de Matemáticas regateando los ascensos. Nosotros somos liberales como ya lo dice la palabra y a todo el que quiera un grado se lo damos, o se lo vendemos, que viene a ser lo mismo. Si eso nos gusta a los venezolanos, por qué contrariarnos la índole, ¿verdad, Luisanita? ¡Cuaj, cuaj, cuaj! Pero me he apartado de mi objeto, que era preguntarte para qué quieres ese despacho. ¿No será para ti, seguramente?

—Para Pedro Miguel.

—¡Ah! ¡Acabáramos! ¿De modo que piedras traía el río que sonaba?

—Lo que significa que...

—¡Sí, hijita! ¿Para qué negártelo? Hasta mis oídos han llegado murmuraciones que andan corriendo por ahí. ¡Cosas de las beatas, que ya sabes que se pintan para eso! Hasta llegaron a decirme que yo debía ir por La Fundación a meterte en cintura. Pero yo les repliqué con estas palabras: “¡Ya desearían muchas de ustedes tener la virtud que adorna a esa mantuanita! ¿Que no viene a la iglesia hace años? ¡Eso qué importa! Yo no tengo sabido que Cristo fuera a ninguna, como no con un mandador en la mano. Primero es la obligación que la devoción, y la que ella se ha impuesto es cristianísima. ¡Amor, abnegación, caridad!”.

—Basta, padre, que va usted a hacerme incurrir en pecado de soberbia.

—¿A ti? Así me las den todas, para que vea San Pedro que no hay cura que arree más almas para el cielo que Rosendo Mediavilla. Con todo y el hisopo de plomo. Pero volviendo a tu asunto. Conque ¡para Pedro Miguel! De coronel para arriba le daría yo con gusto ese despacho; pero como esto es pequeño aquí no damos ascensos sino hasta capitán.

—Es suficiente. Los otros, si para algo le han de servir, que se los gane él.

—Pero, explícame una cosa que no acabo de comprender. ¿Es tu novio Pedro Miguel, como se dice por aquí?

—Mi enamorado, por lo menos.

—¿Y tú misma vienes a allanarle este camino? Es el de la guerra, Luisanita.

—¡Claro está!

—Pues es la primera vez que veo a una mujer queriendo de ese modo.

—Es muy sencillo, Padre. En las circunstancias nuestras no hay sino una de dos: o que Pedro Miguel acepte el beneficio de mi posición económica, o que yo renuncie a ella diciéndole: contigo, pan y manteca. Pero ni yo soy de las que así pueden decirle a un hombre, ni él es de los que aceptan casarse con una mujer rica, o que lo parezca, siendo ellos pobres.

—Tienes razón. Él es de los que quieren debérselo todo a sus esfuerzos propios. Esa ha sido siempre mi opinión respecto a *El Cachorro*. Pero quedaría otro camino todavía, Luisanita.

—¿Trabajar? ¿Labrarse una fortuna por lo menos igual a la mía? Eso nunca es tan fácil como decirlo y por ahora casi imposible. Lo primero que se le ocurriría, corriendo los tiempos que corren, sería lanzarse a la guerra. Esto lo he comprendido al oírle decir a Cecilio, hace poco, que en esta guerra los hombres se encontrarán a sí mismos.

—Es verdad. Y tú quieres que si ha de lanzarse a ella de todos modos, no entre como soldado raso, ¿no es así?

—No es por eso solamente. Pero de esto que voy a decirle no haga uso nunca.

—¡Secreto de confesión!

—Yo quiero que Pedro Miguel me deba algo a mí al lanzarse por ese camino, si es que no encuentra otro, para que no se aparte del bien en que yo quiero verle siempre. De otro modo, toda obra suya desde el principio, ¿quién sabe lo que de él puede hacer la guerra!

—¡Es cierto, muchacha! Bien pensado lo tienes todo, ya lo veo. Y no hay más que hablar. Ya te voy a extender ese despacho milagroso, firmado por el propio general Juan Crisóstomo Falcón, primer jefe del Movimiento Federalista Nacional, como rezan sus títulos.

Abrió el escritorio donde los tenía en un cajón secreto, lo extendió a nombre de Pedro Miguel Gomárez y se lo entregó a Luisana, diciendo:

—Ya tu enamorado es capitán de los ejércitos federales. ¡Si no sabrá el general Falcón dónde le aprieta el zapato! Y tu primito el comandante Céspedes, muy orondo por ahí organizando sus milicias. ¡Je, je, je! ¡Ya estás servida, Luisanita! Di después que no somos verdaderos liberales: esos despachos se venden, pero para ti no vale nada. ¡Y que Dios te saque con bien de tu empresa, muchacha!

Y cuando ya ella se había marchado:

—¡Qué mujercita! La verdad es que espíritus de ese temple no se dan sino entre los conservadores. Pero ¡ya esta es nuestra!

Una declaración de amor

Solo un alma trabajada a fondo por las fuerzas creadoras de la vida podía experimentar lo que en la suya sintió Pedro Miguel al descubrirse enamorado de Luisana; solo un corazón totalmente sensibilizado por la experiencia del odio era capaz de estremecerse hasta la fibra más recóndita cuando de pronto se hallaba poseído del amor. Sintió que el destino insistía en escoger otra víctima para llevar adelante una obra ya iniciada, que su vida dejaba de pertenecerle desde aquel momento para formar parte de un plan ineludible, y se asustó de que esto ocurriese junto con un desbordamiento de dulzuras interiores nunca imaginadas. Y esto lo hizo emprender aquella fuga, tan inútil como la de quien huye del rayo cuando ya ha estallado.

Pero su dramática condición de víctima no provenía de enajenamiento de la voluntad en un instante de ofuscación de apetitos. Ya este salto sobre abismos había sido dado y ni siquiera lo recompensaría el destino con una gracia de embelesos. Lo suyo era avanzar, drama adentro, a conciencia plena de lo tremendo y de lo inevitable. Ahora el plan necesitaba de su albedrío y se lo dejaba libre para que de él hiciese todo el uso que era menester.

Empezó a gustarlo allí mismo —que no solamente a emplearlo— con proyectos de evasión. Se marcharía de la hacienda ese mismo día... Pero dábase la coincidencia de que ese día faltaban casi todos los peones y Cecilio pensaría

que era plan concertado con ellos... Lo dejaría para el siguiente. Pero entonces fue una plantación donde el cacao corría riesgo de perderse si no era recogido en seguida...

Se dedicó a ello para no dejar trabajos pendientes y concluida la recolección ya venía pensando en otras faenas que todavía reclamaban su presencia cuando al regresar a la oficina se encontró con la novedad del pelotón de tropas instalado allí *manu militari*.

Pidió explicaciones al oficial y cuando este le respondió:

—Cumpro órdenes de mi superior, el comandante Antonio de Céspedes.

Fue un maretazo la vuelta del recuerdo oprobioso. Ya había desaparecido de su mejilla la cicatriz de aquella herida de fusta y hacía años que no acudía a su memoria la enconada amargura de su primera juventud, olvidado ya de que todavía existiera Antonio de Céspedes.

Una tufarada de sangre le encendió el rostro al oír este nombre. Por fin hallaba otra vez sus rencores de antes, mas no como entonces, impersonalizados en la abominación del mantuano como casta social, sino contra uno determinado, aquel de los bigoticos presuntuosos que inesperadamente volvía a atravesársele en su camino. No ignoraba que había sido novio de Luisana, y al saber que estaba por allí presumió que hubiese venido a reanudar sus amores. Pero a los celos acerbos se añadió en seguida el sentimiento de su inferioridad y abandonándose a ellos pasó a la oficina a arreglar, una vez más, los papeles de las cuentas que debía entregarle a Cecilio, mientras se hacía estas reflexiones:

—Bien merecido me lo tengo por no haberme ido desde el primer momento. Esto ha sido hecho de acuerdo con Cecilio. Por no despedirme, francamente, le habrá propuesto al primo que me meta aquí esa tropa, de modo que yo comprenda que estoy de más y coja mi camino... Como si lo estuviera oyendo... Y ella, encantada, naturalmente... ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió recoger ese cacao, que bien podía haberse quedado en las matas!

Entretanto, Juan Coromoto sostenía con el negro Tilingo esta conversación destinada a que la oyese Pedro Miguel:

—El sargento no es cuestión. Yo lo conozco bien y sé que no pue está a gusto en las filas gobierneras. Contimás, que debiéndole favores a quien se los debe...

Al decir esto guiñó un ojo por Pedro Miguel —ocupado en organizar sus papeles—, y agregó:

—Y agradeciéndoselos como se los agradece, no digo esa pará tira si se la propone.

—¡Claro! ¿Muerto, quieres misa?... ¡Umjú!... ¿Pero y el capitancito, compae Coromoto? Ahí ta la dificultá.

—De ese me encargaría yo. Dicen que es buena muerte la del dormío desprevenío.

—¿Usté mismo, compae Coromoto? ¿Asina es la cosa?

—O los propios soldaos del.

—¿Cree usté que se atrevan? —insistió el negro Tilingo en sus preguntas, con las cuales hacía su papel para que Coromoto pudiera exponer el plan que así le estaba insinuando a Pedro Miguel.

—¡Ah, caramba, compae! Tropa es tropa y hace lo que le mande el sargento. Contimás que Quiñones es uña y carne con sus soldaos.

—¡Umjú! —hizo Tilingo—. Pero digo yo que quizá sea muy juerte pa ciertas personas eso de matá al dormío desprevenío, como dice usté, compae.

—O se amarra. El to es que a la cabeza de esa tropa y con la gente que se le reúna, que no bajarán de otros veinte hombres, esté mañana o pasao, primeramente Dios, un hombre de esos que tienen tanto pueblo que cuando van a un baile de diablos, en una comparación, to el mundo no hace sino quedase mirándolos.

—Y de esos a quienes se les ve por encima que son de los que empujan palante, a su hora y punto.

—Contimás si desde muchachos ya estaban diciendo: hay que echase al monte con la guerra por delante.

—En una palabra, ¿de esos que no le dan la espalda a los suyos?

—Sí, señol. Usté lo ha dicho, compae Tilingo.

Mas Pedro Miguel parecía no haberlo oído, y así que terminó de arreglar sus papeles, se los metió en el bolsillo y abandonó la oficina.

Juan Coromoto lo acompañó hasta donde lo esperaba su cabalgadura y cuando ya metía el pie en el estribo le dijo:

—¿De modo que nos abandonas, Pedro Miguel? ¡Y nojotros que nos habíamos hecho la ilusión de que podíamos contá contigo pa la pará que se nos está dando con esta tropa que nos han mandao! Mejor dicho: que estamos dispuestos a tirala detrás de ti, si te resuelves a cogé el camino que están cogiendo tos los hombres bragaos.

Pero en el alma de Pedro Miguel reinaba el despecho y ni aun a esto respondió palabra.

Acertó a desembocar al callejón que conducía a la Casa Grande a tiempo que por allí pasaba Luisana, de regreso del pueblo. Quiso evitar el encuentro, pero no le fue posible, y antes de que ella le hablase le preguntó:

—¿Está Cecilio en la casa?

—Seguramente —respondió ella, sonriendo a la visible turbación del que hacía preguntas ociosas—. ¡Cuánto no lo está, el pobrecito!

—Voy para allá porque tengo que hablar con él.

—Ya suponía que algo te traía por aquí.

De momento nada más halló que decir Pedro Miguel y como Luisana aún sonreía, en seguida a él le pareció que el silencio ya se había prolongado demasiado y por romperlo de cualquier modo se le ocurrió preguntar:

—Viene de visitar a su novio. ¿Verdad?

—¡Ja, ja, ja! —rio ella, y luego repuso—: ¿No sabes que las señoritas bien educadas no acostumbran visitar a sus novios?

—Pero como el suyo está en un cuartel...

—¡Hombre! ¡Verdad! Siendo así he debido visitarlo. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se le ocurre a un tímido cuando se decide! Tranquilízate, Pedro Miguel. Ni vengo

de visitar a quien te imaginas ni a ese respecto tengo por qué darte explicaciones.

—Y como yo tampoco se las estoy pidiendo...

—Pues no tengo por qué decirte que Antonio de Céspedes no es novio mío. Lo fue. En pretérito perfecto.

—¡Jm! Ustedes las mujeres se desviven por unas charreteras.

—¿De veras? Pues cualquiera creería que son ustedes los que se desviven por ellas, puesto que son quienes se las ponen.

—A mí, por lo menos, me inspiran risa.

—Averigua si tras de esa risa, que por lo demás no se te ve en la cara, no habrá un poco de envidia.

—¡Envidia! ¿Y con el camino que ya está abierto para que todos los que las desean puedan ganárselas prontamente?

—No querría yo verte con ellas.

Pedro Miguel dio un respingo que lo hizo sofrenar la bestia involuntariamente:

—¿Y si me diera la gana de echarme al monte ahora mismo a buscármelas?

—¡Allá tú! Faltaría saber, en todo caso, si serías capaz de regresar con ellas.

—¿Es que se imagina que soy menos hombre que ese militar de Semana Santa?

—En todo caso, repito, me quedaría yo diciéndome: allá va Pedro Miguel buscándose unas charreteras para hacerse persona.

—¿Cree que no lo soy ya? ¡Dígamelo de una vez!

—¿Te interesa mucho saber lo que yo piense de ti?

—Quizás ni mucho ni poco.

—Sin embargo —insistió ella—, me has hecho una pregunta y debo responderte. Quien te llama no te engaña.

Él acabó de perder el aplomo que pudiera quedarle y repuso:

—Le advierto desde ahora que a mí no me embojotan mujeres.

—Y yo a ti que no vengo buscando amos que me tiranicen.

A lo que él, comprendiendo que había dado un paso decisivo contra su voluntad:

—¿Pero a qué viene todo esto? ¿Qué necesidad tenía yo de hacerle a usted esa advertencia?

—Eso me pregunto yo también.

Cabalaron otro rato en silencio, Luisana sonriendo y él mirándola de reojo de cuando en cuando, hasta que ya cerca de la Casa Grande a él se le ocurrió preguntarle:

—¿Quiere ir de una vez a recibir las plantaciones de La Fundación de Arriba que le faltan por recorrer?

—Ahora no —respondió ella—. Cecilio debe de estar esperándome para almorzar. Pero esta tarde, si quieres, ven a buscarme.

—Será tarde ya.

—U otro día. No tengo prisa.

Pedro Miguel reflexionó unos momentos y luego, deteniendo su bestia:

—Vamos a salir de esto de una vez. He convenido en acompañarla hasta acá...

—¿Quién te lo pidió? —replicó ella—. Sola venía y sola pude continuar.

—Quise decir otra cosa; pero usted entiéndalo como mejor le parezca. Quise decir que vengo a entregarle a Cecilio las cuentas de la administración de la hacienda y a comunicarle que me marcho hoy mismo.

—¿De veras? ¿Y adónde piensas ir?

—Adonde me lleve el primer camino que coja.

—¿El de las charreteras?

—¡Eso es cosa mía!

—¡Ya me lo esperaba! Vas a lanzarte a la guerra, como todos los que necesitan encontrarse a sí mismos. Eso es cosa tuya, como dices. ¡Muy bien! Y para que te convenzas de que no me coge de sorpresa, mira esto.

Y le entregó el despacho de capitán que para él acababa de obtener.

—¿Qué significa esto? —inquirió él, clavándole la mirada, después de haber leído.

—Ahí lo dice. Que ya eres capitán del ejército federal. Te lo manda el padre Mediavilla.

—¿Me lo manda él o fue a pedírselo?

—¿No significa lo mismo, al fin y al cabo?

—¡Que se lo imagina usted! Pero ya voy a sacarla de su confusión. Si me lo mandara el padre Mediavilla, aun no habiéndoselo exigido, tal vez doblaría este papel y me lo guardaría en el bolsillo, para lo que más adelante pudiera servirme; pero como ha sido cosa de usted y sin mi consentimiento, mire lo que hago con él. Volverlo trizas y tirarlo al monte.

Esto lo oyó y lo presenció Luisana como cosa esperada, en la que se complaciera y luego dijo:

—Bien. Quieres debértelo todo a ti mismo. ¿No es eso?

—¿Le interesa mucho saberlo, le pregunto yo ahora?

—En realidad, ya lo suponía. Y no me disgusta.

Pero en aquel cálido brillo de sus ojos había algo que no debían ver los de Pedro Miguel, mientras algo tuviese que mostrarle todavía el odio, aún en su hora tremenda.

—Bastaba ya con que a mí no me disgustara —díjole, ásperamente.

Y sacándose en seguida del bolsillo los papeles destinados a Cecilio:

—Mire, señorita, siga su camino sola y hágame el favor de entregarle esto a su hermano. Es la rendición de cuentas de mi administración y espero que él, o la persona a quien él comisione, encuentre las cosas tal como dicen esos papeles. Y que me despido de él.

—¿Así, solamente, Pedro Miguel? ¿Sin una explicación? ¿No te merece Cecilio otra conducta?

—Ya él se lo explicará, si no tiene mala memoria.

—Bien. ¡Qué se va a hacer! Te marchas, a pesar de todo. Huyendo de ti mismo.

—¡Huyendo de usted! ¿Era eso lo que quería oír? Pues ya está dicho.

Y volvió grupas, camino de la oficina otra vez.

Luisana se quedó mirándolo alejarse. Luego continuó el suyo.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó Cecilio, el viejo, con la noticia:

—*Alea jacta est!* Anoche se alzó Pedro Miguel con el pelotón de Antónito de Céspedes. Además, toda la peonada se fue con él.

Cecilio, el joven, ya con un libro en las manos, en busca de un párrafo que debía citar en el suyo, por fin cerca de su término, lo dejó caer sobre sus piernas, cerró los ojos, inclinó la frente y se la apoyó en la diestra.

Luisana salió al corredor, alzó la vista a los montes lejanos, suspiró hondamente, alzó los brazos... Y fue el mismo ademán de aquella otra mañana sobre la piedra de las aleluyas.

Cuarta jornada

I

La furia

Ya estaba en pie de guerra la Venezuela cuartel. En el plano superficial de los acontecimientos históricos donde actúan los hombres, como individualidades responsables de sus propias apetencias, materiales o espirituales, era la pugna política de los liberales contra los oligarcas por la conquista del poder; pero en lo hondo y verdadero de las cosas obedientes a la voluntad vital de los pueblos, sería el duelo a muerte entre la barbarie genuina en que continuaba sumida la masa popular, con sus hambres, sus rencores y sus ambiciones, y la civilización de trasplante —códigos y constituciones aparentemente admirables— en que venía amparando sus intereses la clase dominadora.

Apurando ya el cinismo político que habrían de practicar los liberales, para no parecerse en nada a los circunspectos conservadores, personajes destacados de aquellos no tuvieron reparos en confesar que, trocadas las circunstancias de pura formalidad, así como levantaban la bandera de federación habrían enarbolado la de centralismo; pero si esto hubieran hecho, no correspondiendo de ningún modo la fórmula política a la esencia íntima del movimiento, otra habría sido quizá la suerte de la causa liberal.

—Federación es el monte contra la ciudad —explicarían sus paladines más representativos, broncos macheteros de extracción popular, casi todos.

Mas si al expresarse así demostraban su absoluta ignorancia de la significación del término, en cambio acertaban con la naturaleza de la cosa íntimamente sentida. Lo disperso y ya penetrado de tendencias disolventes, el ancho campo venezolano, desierto salpicado de hombres fieros de sí mismos, contra lo centralizador y disciplinario que implica la ciudad. Y entendida así la federación y por otra parte confundida co democracia aquella tenía que ser forzosamente la bandera del movimiento, cuya característica fue la facción anárquica que allí mismo brotó de cada palmo del suelo venezolano.

Persiguiendo reivindicaciones sociales, aunque por entre las nieblas de la falta de ideología verdadera y por los extravíos del exterminio, fue la guerra contra el propietario y contra la gente de pro, toda incluida en la abominación de blanca o de mantuana, para aniquilarla y destruir la propiedad que la hacía fuerte. Se ofrecía esta a las clases menesterosas como banderín de enganche, mas por donde pasaba la montonera no quedaban sino escombros y tierras asoladas. Se simulaban decretos del gobierno restableciendo la esclavitud, a fin de que todos los que habían gemido bajo sus cadenas corrieran a ponerse en armas contra los antiguos amos y a las guerrillas se incorporaban las peonadas, después de haber contribuido a la matanza de los propietarios o de sus mayordomos, quedando las mujeres con el beneficio de las tierras, prácticamente ya sin dueños. Se entraban a saco los pueblos para arruinar a los comerciantes y luego se entregaban a las llamas, a fin de que no quedase blanco con techo que lo abrigara. Se pasaba a cuchillo a todo el “mantuanaje”, incluso las mujeres y los niños, muchas veces. Cuando un jefe de tropas federales destacaba a un subalterno con el encargo de tomar una plaza, ya solía recomendarle:

—No olvide la importante operación de arrasarla, si no se le rinde a discreción.

Y el pueblo —aquel que no podía entender el lenguaje de los civilizadores abstrusos— oía en estas órdenes palabras complacientes de sus hambres y sus rencores. Eran hombres diáfanos —carne de pueblo y espíritu de represalias— quienes las pronunciaban y la montonera obedecía sin contemporizaciones.

Se incendiaban las haciendas, se arrasaban los plantíos, se hacía hecatombes en los hatos y por los innumerables caminos de los llanos y por todas las quebradas de las serranías se deslizaba el fantasma del terror.

—Es Boves que vuelve —decían los ancianos, que habían presenciado el paso de las hordas del realista espantoso—, llamándose ahora Ezequiel Zamora.

Era este el hombre en quien podía complacerse el espíritu personalista y en cierto modo mesiánico del pueblo venezolano. El caudillo popular cuya figura se agigantó desde los mismos comienzos de la guerra. Como Boves, arrastraba las masas en pos de sí, pero el hierro implacable del asturiano traía ahora añadido el fuego. Araure desaparecía bajo las llamas, Guanare se convertía en escombros humeantes... Zamora no daba cuartel y su silueta aquilina se desmesuraba en el ánimo del pueblo contra el resplandor del incendio que iba sembrando a su paso, en marchas y contramarchas desconcertantes para el enemigo, haciendo así la guerra alegre de la astucia junto con la trágica de la devastación.

Era, sin duda, el caudillo convencido de la justicia de su causa, aunque sin ahondar en el espíritu de esta. Poseía la capacidad militar que se obstinaban en negarle los envanecidos oligarcas de la Academia de Matemáticas, era dueño del don de la fascinación de las multitudes y tenía el temple férreo, necesario en la mano que hubiese de reunir en un haz todas aquellas montoneras dispersas y anárquicas. Le faltaba, en cambio, la capacidad constructiva que solo podía darse en un civilizador, hombre de ideas integrales, así fuese la espada lo que empuñase su diestra; pero aun así habría sido la cabeza de la furia que no había de tener sino brazos exterminadores y no bien se había difundido la tardía noticia de Santa Inés, que era ya su apoteosis, cuando corrió la de su muerte, en San Carlos, por una bala sobre cuya procedencia se formarían leyendas.

Pero la revolución federal tenía raíces profundas en cada palmo de la tierra venezolana y ya podían morder el polvo, uno tras otro, los hombres en quienes se complaciese aquel espíritu mesiánico y ser derrotados los ejércitos o exter-

minadas las facciones, porque en seguida estas reaparecerían, aun sin jefes, más encarnizadas y sañudas. Al monstruo de la furia sin cabeza le nacerían brazos, mientras hubiese algo que convertir en escombros.

¡Aquel silencio!

Un pueblo por donde no transita un alma, cerradas todas las puertas. Lo alumbra la luz siniestra de un sol sin brillo, cernida a plomo a través de una atmósfera saturada de humo, con pavesas del incendio de las sabanas circundantes, que todavía caen sobre los tejados y en las aceras, donde juegan con ellas soplos intermitentes de un aire abrasador. Pesa sobre él un silencio trágico, angustia de la catástrofe que por momentos se aguarda, apenas pasado el peligro de aquellas candelas que hasta allí se propagaron.

Hace poco se ha oído un toque de corneta, que viene acercándose y se sabe que un pelotón de caballería del gobierno, apostado en uno de los extremos de la calle real —la única que atraviesa la población—, espera el ataque de un cuerpo de caballería federal que avanza por el camino que se desprende del otro extremo de aquella. No ha salido a darle pelea en las sabanas del contorno porque monta bestias cansadas con las que se expondría al riesgo de ser envuelto por el enemigo —gente más llanera, además—, pero, sobre todo, porque el jefe está encolerizado con los vecinos, de quienes no encontró caballerías para reemplazar las suyas y se ha propuesto hacerles correr los peligros del combate en poblado, ya que, por otra parte, el incendio de las sabanas le cortaba la retirada.

Todas las puertas están cerradas y atrancadas, no solo las que dan a la calle, sino también las de las habitaciones interiores, donde las mujeres rezan ante los santos colgados de las paredes, con los niños temblorosos prendidos a sus faldas, mientras los hombres que no han podido huir de la población —los ancianos principalmente— se pasean de un extremo a otro, cabizbajos y con las manos cogidas a la espalda, conteniendo sus personales temores con sus zozobras por la familia en peligro.

Pero en una de las casas de aquel extremo de la población un niño se ha aventurado a asomarse por la hendidura de un postigo de la ventana, mientras la madre, en su angustia mortal, no se da cuenta de que no lo tiene consigo.

Allí el trágico silencio es interrumpido entre ratos por el piafar de las caballerías del pelotón, por el sonido metálico singularmente perceptible de los arneses o del choque de las lanzas en el aire, y por las palabras entrecortadas y con sordina de sobresalto que de cuando en cuando pronuncian los jinetes pálidos. Y el niño se fija en uno que tiene un bozo de miedo, morado, en medio de la palidez profunda del rostro imberbe y cuyos ojos grandes —que así no debía tenerlos siempre— miran fijamente hacia el extremo opuesto de la calle desierta. Es otro niño, casi, y el que está tras el postigo siente su pequeño corazón invadido por una gran simpatía y una inmensa amargura.

De pronto suena otra vez el toque de corneta, ya en la entrada del pueblo.

—¡Firmes! —ordena el jefe del pelotón.

Los jinetes se enderezan sobre los estribos, teniendo en alto sus lanzas y el niño del postigo observa que hay una, arriba, que se mueve más que las otras.

En seguida se oye un tropel de caballerías, por donde las esperaba el pelotón inmóvil, cuyo jefe ordena:

—¡Lanza en ristre!

Y luego, con un hablar calmoso, espantosamente lento ante la velocidad de la muerte que viene contra ellos:

—No son tantos como nos imaginábamos, muchachos. No será muy desigual la pelea. ¡A la carga contra ellos!

Resuena el estrépito del arranque de las caballerías y entre la polvareda los del gobierno se lanzan al encuentro de los federales.

Cesa de pronto el galope de los caballos, cuyos pechos retumban en el choque brutal, y cesan también los vivas respectivos y los insultos de los combatientes, unos a otros, a fin de que solo se oiga el trabajo de la muerte, en el chasquido de los sables y de las lanzas que ya se hundían en carne sangrante. Esto y el espantoso silencio del pueblo, a puertas cerradas.

De bando y bando, ya caían desarzonadas las víctimas de la matanza, profiriendo apenas puidos de muerte y pronto comenzó a ceder el pelotón del gobierno ante el empuje arrollador de los federales.

Ahora el combate se desarrollaba precisamente frente a la ventana del postigo entornado y el niño veía el hierro hundiéndose en la carne y la sangre saltando a chorros y los rostros palideciendo hasta la blancura espantosa; pero no oía ruido de ninguna especie, sino un silencio escalofriante, cual si bestias y hombres y armas no fueran masas que chocasen, sino sombras incorpóreas de una pesadilla monstruosa.

Veía, ojos toda su alma. Veía ahora nada más que el rostro, horriblemente pálido del otro niño, con rocío de sudor en el bozo morado. Allí mismo, en la acera, junto al postigo ya completamente abierto... No vio la lanza cuando le penetró en la carne, ni el borbotón de la sangre que por la herida se le precipitó fuera, pero sí los ojos llenos de lágrimas y el gesto, los pucheros que hacen los niños cuando van a romper en llanto...

Por fin, la madre se dio cuenta de que el suyo no estaba con ella y buscándolo por toda la casa lo encontró asomado al postigo completamente abierto, rígido, como el que ya estaba tendido en la acera, desemblantado y con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Lo quitó de allí y se lo llevó en los brazos, llamándolo por su nombre, sacudiéndolo para que volviese en sí, mientras él continuaba mirando el combate de sombras espantosas que manaban sangre y los pucheros del soldadito imberbe cuando la lanza le traspasó el pecho.

Luego, recuperada el habla, empezó a murmurar sordamente —y así estuvo todo el día:

—¡Ese silencio! ¡Ese silencio!

Aquella visión atroz

Otra población por donde acababa de correr la noticia inquietante de que se acercaba un cuerpo de tropas federales derrotadas por el gobierno, que era cuando se volvían más temibles para la gente pacífica. Los hombres habían huido a esconderse en los montes de los alrededores y en las casas no quedaron sino las mujeres, los niños y los viejos valetudinarios que no estaban para carreras. El comercio cerró y atrancó las puertas, pero la pulpería de la barriada denominada Pueblo Abajo, propiedad de la viuda Manuela de Fuentes conservó abiertas las suyas.

Manuela era una mestiza buenamoza, todavía joven aunque madre de cinco hijos, el mayor de los cuales, que llevaba su nombre, cumplía ya los doce y no hacía mucho que había perdido al marido por causa de aquella misma guerra; pero era también una mujer enérgica que sabía amarrarle la cara a la soldadesca que se le metiese en la pulpería, al frente de la cual se hallaba desde que quedó viuda, ayudada por Manuelito, el hombre de la casa.

—¿De qué vale cerrar las puertas —se había dicho— si a culatazos pueden echarlas abajo si les da gana? Puede que por el contrario, encontrando abierta la pulpería y resignándonos nosotros a perder un poco de aguardiente, para que se saquen el miedo que traigan en el cuerpo y unos papelones y unas libras

de queso para que se aplaquen el hambre, nos respeten lo demás. Al ladrón hacerlo fiel.

Y después de encerrar bajo llave a sus hijos menores en una de las habitaciones, se quedó con el más espigadito detrás del mostrador de su pulpería, encomendándose a San Miguel Arcángel, pues era el mismo diablo bajo el nombre de comandante Asunción Moyano quien venía al frente de aquella tropa en fuga.

Llegó por fin esta, con la avidez de saqueo y de exterminio redoblada por el revés sufrido, y en un principio las cosas se presentaron conforme a las previsiones de Manuela, pues cuando el comandante Moyano vio abierta la pulpería del Pueblo Abajo, ya dándose cuenta de que todas las demás estaban cerradas, arengó así a su gente:

—¡Muchachos! Aunque el gobierno viene picándonos la retirada, tenemos tiempo de echarles una manita a los godos de este pueblo. Aquí hay plata bastante y bastimentos de boca y pellejo en abundancia pa el hambre que traemos y la desnudez en que nos tiene la campaña. *Salus pópuli suprema les esto*, que quiere decí, pasándolo del latín al cristiano: sálgase del pueblo el que no le guste esto. Pero antes de que se salgan vamos a ve si les echamos mano a algunos godos, pa cobrarnos los muertos que nos acaban de hacé sus tropas y en cuanto al botín de guerra, ustedes no son mancos. Pero a esta pulpería que nos ha esperao abierta no me la toquen, so pena de la vida. El dueño debe se federal y perro no come perro. En cambio, todo lo que esté cerrao es godo, y palante contra ellos. Pero ya saben, no hay que perdé tiempo: lo que no se pueda llevá en los morrales se me lo entregan a la candela, que lo purifica todo. ¡He dicho!

Y mientras la tropa se lanzaba al saqueo de la población, se apeó de su caballo y entró en la pulpería rodeado de su Estado Mayor —tres ayudantes de la peor catadura posible— y diciendo:

—¿Dónde está el correligionario dueño de este establecimiento? Pa poneme a sus órdenes si rialmente es federal, como me lo imagino y pa que se mande

a destapá por su cuenta una de esas botellas de brandy, con la cual vamos a brindá por el triunfo de nuestras gloriosas armas.

—Servidora —dijo Manuela, poniéndole ya la cara amarrada que le inspirase respeto.

—¡Cómo! ¿Usted, prenda? Yo que me imaginaba que mi correligionario era del sexo feo y es na menos que esta sabrosura de mujé.

Manuelito palideció de coraje, y la madre, replicándole a Moyano:

—Más respeto, comandante. Está usted tratando con una señora que sabe darse su puesto, aunque me encuentre detrás de un mostrador.

Y al hijo, a quien previamente le había recomendado que no hiciese caso de nada de lo que oyera de aquella gente:

—Acuérdate de lo que te advertí.

Mientras el federal:

—Bueno. Si es así, como yo no tengo costumbre de tratá con damas de alcurnia, vaya diciéndole de una vez a su marido que me salga, pa entenderme con él a mi manera.

—Soy viuda —repuso ella, secamente—. Por eso me encuentra aquí.

—¡Ah! ¿Y este jovencito que la acompaña?

—Es mi hijo mayor.

—Pues cualquiera diría que era su hermano, de tan joven y tan buenamoza como está usted. Con el permiso del jovencito, que otra vez vuelve a clavame los ojos como si quisiera comeme.

Y volviéndose a sus ayudantes:

—¿Verdá, compañeros, que el muchacho está bueno pa tambor? Un poquito menos espigao que el que nos acaban de matá, pero...

Entretanto Manuela había destapado la botella indicada por el federal y sirviendo ya las copas, le dijo:

—Aquí tiene lo pedido. Pero en cuanto a mi hijo, no se haga ilusiones de que se lo va a llevar.

Moyano les guiñó un ojo a sus ayudantes, y mientras cogía la copa servida, murmuró:

—*Labor omnia vincit honeste vivere*, dice el latín que me enseñó el maestro de Guardatinajas y que significa: yo como que me quedo con estos víveres.

Y a Manuela, ya apurada la copa:

—¿Y si la causa necesita del muchacho, señora?

—Ya le dije: no se haga ilusiones. Tendría que pasar por encima de mi cádáver.

—¡Caramba! —exclamó el comandante, socarronamente—. Si no juera porque tiene usted pintá en ese rostro divino la lindura del sexo a que pertenece, me imaginaría que era un hombre el que me está hablando debajo de esos fustanes.

Soltaron los ayudantes una risotada procaz, y como Manuela advirtió que al hijo ya se le saltaban las lágrimas mientras la cólera contenida le demudaba el rostro, díjole:

—Vete para adentro.

—No —repuso el muchacho—. Déjeme aquí.

Todo mientras Moyano agregaba a sus palabras anteriores:

—Pero ya el hombre que hubiera podío enriscárseme en esta casa está bajo tierra, si su palabra no ha mentido, dejándola a usted con toda esa buenamosura a la mercé de los demás hombres que todavía resollamos fuerte.

—Que se lo figura usted —repuso la brava mujer, abriendo el cajón del dinero, donde había puesto una pistola para los casos extremos, ya dispuesta a defenderse por las airadas.

Pero de un zarpazo rápido Moyano le sujetó el brazo y dándole rienda suelta a sus apetitos saltó el mostrador.

Manuelito se precipitó sobre un machete que a la mano tenía, pero los ayudantes lo sujetaron y lo desarmaron y todo hubo de presenciarlo llorando de coraje y debatiéndose inútilmente entre las risotadas bestiales de los ayudantes del federal.

Un toque de corneta a la distancia y luego otro más cerca —ardid de un vecino del pueblo entrado a saco, para hacerles creer a los federales que se aproximaban las fuerzas del gobierno que venía persiguiéndolos— fue la señal de desbandada para los saqueadores, que no tuvieron tiempo de prenderle fuego a la población.

Pero si algo de esta se salvó de los desmanes de la horda, en cambio ya la vida de Manuelito estaba destrozada para siempre. No podría ver más a su madre sino como la presa de la bestia que se había saciado en ella y esta visión atroz le quemaba los ojos y le abrasaba el alma.

Y aquella misma tarde la madre lo encontró ahorcado de una de las vigas del techo de la caballeriza.

Fascinación

Un rancho llanero, en las sabanas de la entrada del Guárico, cerca de un palmar. Reina la sequía y en el horizonte vibran los espejismos. Una nube de polvo que avanza a lo lejos.

—Aguaita, mama —dice en la puerta del rancho un muchacho como de trece años—. Ahí como que viene la gente.

La madre se asoma a la puerta. Es una mujer todavía joven, pero sarmentosa y renegrida por el sol de la llanura. Mira hacia la nube de polvo y murmura:

—Sí. Es gente de tropa.

—¿Será del gobierno? —se pregunta el hijo.

Y ella, después de observar un rato:

—No. Son federales. Y si no me equivoco, es la gente de mi compae Ramón Nolasco.

—Menos mal —murmura el muchacho.

Y la madre agrega:

—Aunque pa lo que nos queda que perdé, bien pudieran se enemigos. La cochina flaca y el burro espaletao.

—Y las cuatro maticas de yuca que se están secando —completa el hijo.

Y ambos permanecen en la puerta del rancho esperando lo que les traiga aquella nube de polvo. El sol abrasa la llanura; en el palmar estridulan las chicharras.

Llegaron los federales a quienes, en efecto, capitaneaba aquel Ramón Nolasco aludido.

—Salud, comadre —dijo, ya apeándose.

—Salú, compae —respondió ella.

Mientras el muchacho salía al encuentro de aquel y arrodillándosele por delante, decía:

—Su bendición, mi padrino.

—Dios te bendiga, ahijado.

Y a la mujer:

—¿Qué nos tiene por aquí, comadre?

—Una poca de agua. ¡Y gracias, compae! Porque ya el pozo se está secando.

—¿Oyeron, muchachos? —preguntó Ramón Nolasco, dirigiéndose a su tropa—. Apláquense la sed, que para lo demás Dios proveerá más adelante. Ándense al pozo, mientras yo echo aquí una conversadita con la comadre Justa.

Y ya tomando el rústico asiento que la mujer le ofrecía:

—Venimos a marcha forzada, para incorporarnos con la gente que está abriendo operaciones sobre Calabozo.

—¿Y de dónde la trae?

—De por los lados de Valle de la Pascua.

—¿No se topó por allá con la gente del general Sotillo?

—No. Él anda ahora por los llanos de Chamariapa abriendo operaciones sobre Aragua de Barcelona, donde se han hecho fuertes los godos.

—Con él andan mis dos muchachos mayores. Digo, si ya no me los han matao.

—No se preocupe, comadre. Dios está con nosotros, los servidores de la causa del pueblo.

—Eso dicen, pero por aquí no lo he visto pasá a preguntame cómo me hallo.

—Mal, seguramente.

—¡Imagínese, compae! El marío muerto en la guerra, los dos hijos mayores corriendo la misma suerte, y yo aquí con este, su ahijado y con la nietecita huérfana de mi difunta Asunción, que en paz descanse. Por ahí anda la pobrecita, buscando jobos pa aplacase el hambre.

El guerrillero se volvió hacia el muchacho —que estaba contemplando el sable dejado por él sobre un taburete— y dijo:

—Pero ya el ahijado está crecídito, comadre, y en algo puede ayudarla.

—Voluntá no le falta, pero mientras esta guerra dure... ¿Cuándo se acabará esto, compae?

—Esto va para largo. No hay que hacerse muchas ilusiones de momento. El triunfo será nuestro, al fin y al cabo, porque la buena causa tiene que imponerse; pero los godos todavía resisten. Si no nos hubieran matado al general Zamora, hace tiempo que estaríamos en Caracas; pero a falta de él, a Dios rogando y con el mazo dando.

Entretanto, el muchacho contemplaba el sable, que había sacado de su vaina de cuero. Le palpaba el filo y se deleitaba en el brillo de la hoja, buscando las señales de la sangre goda que hubiese derramado. Pero no era propiamente un sentimiento rencoroso que allí buscase complacencia, sino una fascinación ejercida sobre su alma por el acero desnudo que simbolizaba la guerra. A esta se lanzaban los hombres valientes y ella los convertía en algo más que hombres: los guerrilleros que recorrían la llanura envueltos en un aura de leyenda, los caudillos que arrastraban en pos de sí a las muchedumbres armadas... La guerra era una cosa hermosa, con sus clarines y sus tambores, sus banderas y sus espadas brillantes. ¡Una cosa de hombres!

La mujer, renegrída y sarmentosa, había interrumpido el inacabable cuento de sus miserias y tribulaciones, y como advirtiese la contemplación a que se entregaba el hijo, hízole a su compadre una seña para que volviese la cabeza, a tiempo que se dibujaba en su rostro una sonrisa amarga, de resignación ante una fatalidad.

Ramón Nolasco se quedó mirando al muchacho y luego le preguntó:

—¿Te gusta, ahijado? ¿No querías verte con uno tuyo que fuera un espejo de hombre, como ese donde te estás mirando?

—Sí —respondió el muchacho, volviendo hacia el guerrillero sus ojos fascinados—. Sí me gustaría, padrino. Yo también quiero ser como usted, un militar valiente.

—¡Jm! —hizo la mujer—. ¿Lo está escuchando, compae? Esa es la ayuda que puedo esperar de él.

Y Ramón Nolasco, sin hacer caso de las palabras de la madre:

—¿Te gustaría irte conmigo de una vez?

—Si mi mama me dejara...

—Démelo, comadre. Lo que va a suceder más tarde, que suceda más temprano. Deme ese muchacho para sacarle de él un hombre de provecho para la causa del pueblo. Yo se lo cuido.

Y la mujer, fatalista:

—Lléveselo, compae. Usted lo ha dicho: lo que va a suceder de tos modos, que suceda de una vez. Ya los otros cogieron su camino y solo me quedaba este pa dáselo también a la guerra. Otros hubieran venío a llevárselo por la fuerza. Los del gobierno el día menos pensao. Mejor es que se lo lleve usted.

Y horas después, ya el hijo alejándose por la sabana atardecida, a la grupa del caballo del guerrillero y ella en la puerta del rancho junto con la nietecita llorosa:

—Bueno, mijita. Ya nos quedamos solas. Mañana arriaremos por delante el burrito espaetao y la cochinita flaca y nos iremos a pedir limosnas por los pueblos. Dice el compae que Dios anda con ellos. ¡Que asina sea, pa que me proteja al muchacho!

Venezuela

A una legua escasa de la desembocadura del Unare, por donde el río en pleno caudal —reinaban las lluvias torrenciales de la despedida del invierno— cortaba un camino, había un paso de balsa.

Sobre la margen izquierda, por allí barrancosa, estaba la casa del balseiro y ya anochecía, con grandes nubarrones que anunciaban tormenta, cuando llegaron a ella unos diez hombres de tropa, de los restos dispersos de un batallón del gobierno recién derrotado por los federales.

Iban rotos, desmoralizados, dos de ellos con ensangrentadas vendas de sucios trapos ceñidas a la cabeza y los conducía un sargento, que, a grandes voces, entre obscenidades, preguntó:

—¿Dónde está ese balseiro que no ocupa su puesto? Que salga inmediatamente a pasarnos pa el otro lao, si no quiere que le peguemos candela al rancho.

Se asomó a la puerta de este una mujer a cuyas faldas se agarraban dos muchachitas greñudas y vestidas de harapos, y con voz temblorosa respondió:

—¡Ay, señor! El balseiro era mi marido y se lo llevaron los malditos federales, trasantier no más. Yo estoy aquí sola con estas criaturitas.

—Pues venga usted con nosotros, si es que no quiere que le dejemos la balsa en la otra orilla.

—¡Ay, señor! —gimió la mujer—. Yo no puedo goberná esa balsa. Y de allá pacá menos, porque el río está muy correntoso y me trambucaría. Llévensela ustedes y déjenmela amarrá en la otra orilla.

—No estamos nosotros pa amarrá balsa ajena. Se la dejaremos a mercé de la corriente y asina no podrá utilizarla el enemigo, si cae por aquí siguiéndonos el rastro.

Pero entretanto uno de los soldados se había metido en el rancho y desde allí le gritaba al sargento:

—Aquí están los balseros escondíos. Dos por mengua de uno.

Y a los aludidos:

—¡Salgan pa juera, sinvergüenzas! ¡Federales deben de sé estos gallinas!

Y a golpes de culata que les daba el soldado, salieron de su escondite dos muchachos ya hombrecitos, que en realidad eran los balseros.

—Conque ¿esas tenemos? —exclamó el sargento.

Mientras la mujer gemía:

—¡Ay, señor! ¡Perdóneme! Le conté una mentira, porque estos dos muchachos son mis hijos y tenía miedo de que me los fueran a reclutá. ¡Ellos no tienen la culpa! Fui yo quien los hizo escondese. No me les vaya a hacé na. ¡Por vía suyita!

—Ya veremos en la otra orilla —repuso el sargento—. Ahora que busquen las palancas pa que nos pasen pa el otro lao lo más pronto posible.

—¡Sí, señor! ¡Cómo no! Anden, mis hijos, pasen a los señores. ¿Usté no me les va a hacé na malo, verdá, señor sargento? ¡Este, qué digo, señor capitán! Déjeme dir con ustedes pa ayudá a los muchachos, porque ya le digo, el río está muy correntoso pa remontalo de allá pacá.

—¡Cómo no, señora! —repuso el sargento—. ¡No fartaba más! Embárguese también, si esa es su voluntá. Y tráigase consigo a las muchachitas, si no quiere dejar rabos por detrás. Asina se ayudarán entre todos, unos con otros, en el viaje de regreso, que será de remontá, según sus propias palabras.

—¡Ay, señor! —exclamó la atribulada madre—. ¡Qué bueno es usté! ¡Dios me lo ayude y me lo libre de mal y peligro! ¡Vamos, mis hijitos, vamos todos juntos a pasá a los señores! No tengan miedo. Son gente buena, como toa la del gobierno.

Atravesaron el río, ya anochecido, la madre ayudando a los hijos, en cuyas temblorosas manos vacilaban las palancas, mientras el sargento se cruzaba miradas siniestras con sus torvos soldados, estos guiñándoles el ojo a las muchachitas. Y ya atracaban en la orilla opuesta cuando, a un gesto de aquel, preguntó uno de los subalternos:

—¿Todos, mi sargento? ¿Las pollitas también? ¿No nos servirán pa otra cosa?

—¡Todos! Pa que no haiga quien eche el cuento.

Pero en seguida.

—Todos no. Que se quede la vieja zorra, pa que siga diciendo embustes.

—¡Por Dios! —suplicó la madre, ya comprendiendo.

Y a bayonetazos vio que le mataban los hijos.

Saltaron a tierra los asesinos y el sargento gritó, entre las risotadas de sus soldados:

—¡Bueno, pues, vieja zorra! ¡Que Dios me la ayude a palanqueé la balsa de aquí pallá!

Se alejaron las carcajadas, se perdieron en el silencio de la noche, ya tinieblas espesas. Se incorporó la madre, que se había inclinado sobre los cuerpos yacentes, con la sangre de todos sus hijos, fría, en las manos sarmentosas... Pero ya había perdido la razón y el uso de la palabra, que para nada le serviría en la soledad en que la había dejado la guerra y empuñando una de las palancas, retiró de la orilla la balsa trágica donde chapoteaba el negro río, con un rumor de lengua que estuviese lamiendo algo.

La corriente se la fue llevando, poco a poco. Grandes nubarrones cubrían todo el cielo y relámpagos inmensos aleteaban sobre el agua tenebrosa...

De pie en la balsa, entre sus hijos muertos, la madre, muda y trágica, hundía de cuando en cuando la palanca, cual si buscase un rumbo.

La facción

Hacía rato se había divisado una bandera federal que aparecía y desaparecía a trechos, detrás de las lomas de la fila de Los Ocumitos, de donde el camino descendía por hondonadas boscosas para atravesar luego el caserío de Las Mayas y en este se esperaba por momentos el paso de la facción. Incorporados los hombres a otras que ya habían desfilado por allí, solo quedaban las mujeres y los chicos, todos asomados a las puertas de los ranchos, después de haber ocultado ellas entre los matorrales del contorno sus animales domésticos y las provisiones de boca de que dispusiesen. Un sol amarillento, cernido a través de humaredas de incendios, acentuaba el ambiente dramático de la expectativa, cruzándose las conjeturas de puerta a puerta:

—¿Qué gente será esa?

—Como no vaya a se la del negro Eleuterio Zapata, que y que venía rumbiando pacá. O la del Siete Cueros, que es más pior.

Hasta que por fin:

—¡Aguaita! Ya vienen dentrando.

Precedía a la facción, a pie y adelantada buen trecho, una de aquellas mujeres de tropa que acompañaban a los federales, principalmente, haciendo de cocineras en el vivac, de enfermeras para los heridos, de cantineras en los combates y aun de soldados, cuando junto a ellas caía alguno sin haber ago-

tado sus municiones. Una de esas mujeres de la hez que por todas partes iban incorporándose a las partidas revolucionarias, con un espíritu de abnegación —pequeña flor de nobleza humana— entre los apetitos de vagabundaje y de vida disoluta.

Varias veces, años antes, había pasado por Las Mayas, arreando cerdos, esta que ahora venía de tropera machete en mano, tercerola a la espalda, sombrero de cogollo, faldas recogidas hasta las rodillas, pie descalzo y lívidas cicatrices de pústulas en las piernas de musculatura hombruna. Decíanle *La Colorada*, aunque de tal no tuviese, en realidad, sino una amorotada soflama de alcohol bajo la tez zamba, y en su adusta expresión habitual de marimacho traía ahora el gesto guerrero que le fruncía el ceño. Sus pasos golpeaban enérgicamente la tierra y miraba hacia adelante, desdeñosa de la curiosidad del vecindario apiñado en las puertas.

En Las Mayas, como por dondequiera que pasó cuando arreaba cerdos, no había dejado amistades y menos entre las mujeres, con las que siempre se condujo desdeñosamente; pero de todas las puertas le dirigieron saludos y preguntas:

—¿Quién es el jefe de esa tropa?

A lo primero no se dignaba responder, mas a lo segundo contestaba, sin volverse a mirar a las curiosas y con orgullo de esparcidora de famas:

—Pedro Miguel Candelas.

Y en pos de ella iba dejando el murmullo admirativo en el apiñamiento de las puertas, ahora confiado y entusiasta:

—¡Pedro Miguel Candelas!

Nunca había pasado por allí aquel guerrillero; pero sí muchas veces su fama, ya esparcida por todo Barlovento y por los Valles del Tuy, de donde ahora venía de regreso. Y la muchacha de Las Mayas, en cuya imaginación se desmesuraban las hazañas del federal, se echó fuera de los ranchos a aclamarlo.

Era el guerrillero infatigable que en un mismo día daba dos o tres golpes audaces a leguas de distancia, apareciendo aquí cuando se le esperaba allá,

atacando de pronto por retaguardia al enemigo que creía ir picándole la suya y haciendo en todas partes la guerra de la astucia; que siempre impresionaba favorablemente el espíritu del pueblo y con todo esto y la roja aureola de federal inmisericorde que también lo nimbaba, ya su personalidad adquiría las magnitudes del caudillo fascinador de masas.

Y en el caserío de Las Mayas, como por dondequiera que pasaba, ancianas valetudinarias que hacía tiempo esperaban la muerte desprendidas del mundo, sin moverse de los oscuros rincones de sus ranchos por nada que afuera ocurriese, al oír aquellas voces rebulleron animosas y se precipitaron a las puertas trastabillando y murmurando:

—Ya no me morí sin conocerlo.

Venía a la cabeza de su facción, a caballo, cejjunto, mirando hacia adelante —como la tropera que lo precedía y lo imitaba— obstinadamente, con ojos febriles, cavados en el rostro, cuyo perfil violento acentuaba las negras barbas aborascadas que durante la campaña le habían crecido. Era un hombre en pos de una idea tremenda que le trazaba un destino dramático, seguido por otros, de caras torvas, negras y ceñudas, que, como él, cabalgaban en silencio. Sesenta jinetes taciturnos que componían la facción más aguerrida de cuantas pululaban por aquellos montes.

A ambos lados de las caballerías y en pos de ellas, a pie, iban las troperas —la hembra brava, a la pata del caballo de su hombre—, ceñudas y silenciosas también, con sartenes y ollas y sacos de bastimentos a las espaldas o conduciendo de diestro las mulas de la impedimenta más pesada. Levantaban el polvo del camino con sus pies descalzos y dejaban en el aire peste de yodoformo.

La guerra no contaba por allí las jornadas sangrientas de combate y batallas campales que habían esterado de cadáveres el suelo de otras regiones del país. Fueron tiroteos, aquí y allá, cuando las banderas federales aparecían sobre una loma o se aventuraban hasta las cercanías de los pueblos ocupados por el gobierno; pero, en cambio, las del fuego habían sido devastadoras. Desde la fila de Los Manches hasta las montañas de Capaya y de Ocumare, todas las

haciendas de Barlovento y de los Valles del Tuy iban convirtiéndose en pasto de las llamas y era la facción de Pedro Miguel, principalmente, la que este rastro iba dejando por donde pasaba.

Y en las puertas de los ranchos de Las Mayas, entre las mujeres sobrecogidas por el silencio de la tropa taciturna, algunas murmuraron, aludiendo a aquellos incendios:

—Güelen a jumasera.

Pero era gente fogueada en muchos encuentros con el enemigo, pues lejos de evitarlos, como lo acostumbraban la mayor parte de los jefes de montoneras, para dedicarse al merodeo sin graves riesgos, Pedro Miguel mantenía a la suya en espíritu de acometividad, sin darle más descanso que el imprescindible, por no entender que en la vida de campaña pudiese haber jornada sin refriega.

Tampoco se preocupaba por ahorrar vidas —ya había sido bastante más numerosa su facción—, pues consideraba que la guerra era para morir en ella y a esto, dando el ejemplo, se lanzaba a la cabeza de su partida, arriesgándolo todo en cada encuentro.

Censurándole esta conducta, impropia de un jefe, le había dicho una vez Juan Coromoto:

—¿No comprendes que si te matan, contigo se acaba todo?

Pero él replicó:

—¿Por qué? Seguirán ustedes con otro jefe y la guerra continuará. La guerra no es cosa que tenga que hacerla Fulano o Zutano, especialmente; es ella la que nos hace a todos, según nos va necesitando, hoy a unos para arriesgarlo todo a cada momento y mañana a otros, quizás para otra cosa. Ella es quien mata, tanto al federal como al godo, porque no le interesa sino la cuenta final. De otro modo, si guerreáramos con la sola idea de vivir mejor cuando esto se acabe, mejor que como vivíamos antes, no seríamos sino criminales, asesinos de otros asesinos.

Sus subalternos no podían entenderlo así, mas —aparte la fascinación que sobre ellos ejercía, propicio el estado de delirio colectivo que parecía haber

desarrollado en todos los espíritus la furia sin cabeza— ninguno sería ya osado a desertar de sus filas, porque las dos o tres veces que esto sucedió, en los comienzos de la campaña, no tuvo sosiego hasta capturar y pasar por las armas al desertor.

—Que lo sean los del gobierno —solía decir— es muy natural, porque el soldado de esas filas no está en ellas por su voluntad; pero el revolucionario que me siga a mí, por lo menos, que a nadie he reclutado, no digo por la fuerza, sino ni siquiera convidado por las buenas, ese tiene que morir; es la ley que él mismo se impuso, si no quiere caer, de todos modos, con cuatro tiros por la espalda.

—¿Y si te abandonan todos, en un momento dado, por librarse de esta ley de hierro? —le repuso otra vez el mismo Juan Coromoto, en la intimidad con que lo trataba.

—Seguiré yo solo —le contestó—. Mi guerra la llevo por dentro y no se acabará sino conmigo. Pedro Miguel Candelas nació ante las puntas de unas bayonetas y clavado en ellas mismas tiene que terminar.

Juan Coromoto se le quedó mirando, y él concluyó:

—Alguien me dijo una vez que en esta guerra se iban a encontrar los hombres a sí mismos y ha resultado verdad. Pedro Miguel Candelas ya sabe quién es y para qué ha nacido.

Dábase cuenta de que los del exterminio no podían ser los caminos por donde se lograsen las reivindicaciones sociales, nebuloso objetivo de aquella guerra, pero a falta de ideas claras a tal respecto —porción de aquel mundo postergado en la barbarie nativa— admitía la destrucción de la propiedad como una fatalidad de la lucha, no totalmente desprovista de sentido vindicativo y la practicaba empecinadamente, dándole a la guerra lo que de él podía exigir ella, que eran apenas sus rencores, pero todos puestos al servicio de la vaga causa del pueblo, cuyos destinos allí se estaban decidiendo.

Pero, una vez más, la revolución había entrado en uno de aquellos intermitentes períodos de dispersión del impulso hacia los torpes objetivos inmediatos

del pillaje originados por los reveses sufridos por sus ejércitos ya organizados, o por el cansancio que se iba apoderando de las tropas y las desmoralizaba, tanto a las del gobierno como a las federales, disgregándose estas, así en un caso como en el otro, en las innumerables montoneras, muchas de ellas sin jefes, que se dedicaban al bandolerismo desenfrenado.

De este segundo caso eran los signos que ya venían notándose en las filas revolucionarias y si la tendencia a la disgregación todavía no había tomado cuerpo en las de Pedro Miguel por obra de la actividad en que este las mantenía de continuo, en busca de encuentros con el enemigo, algo significaba ya aquel taciturno silencio en marcha de sesenta hombres torvos en pos de uno que miraba hacia adelante, obstinadamente.

Y en el caserío de Las Mayas, en el dramático ambiente que ya componía el amarillento sol de las humaredas, quedó la impresión de algo singularmente tremendo que se avecinara.

Vivac

El centinela Deogracias practicaba las ordenanzas con un fervor fetichista muy de origen africano, y cuando montaba su guardia, en impecable posición de firme, era una columna de basalto sobre la cual se apoyaba el mundo, siendo esta la emoción de sí mismo que en tales momentos experimentaba. Lo que, sin embargo, no impedía que llevase el quepis —botín de guerra del cual despojó al cadáver de un soldado del gobierno muerto a sus manos— pintorescamente ladeado sobre una oreja, entre la hispida tumusa que en torno se le engrifaba, pues también rendía culto, de la bizarra naturaleza de aquel origen, al donaire de su persona.

Pero, de todos modos, Deogracias era un centinela alerta y apenas vio que asomaba la cabeza de una mula tras la inmediata vuelta del camino que vigilaba, aun siéndole conocida ya la bestia, lanzó el grito de ordenanza:

—¡Alto!

La mula continuó repechando la cuesta que venía a morir en la loma donde acampaba la gente de Pedro Miguel Candelas y ya asomaba la cabeza de otra, tampoco desconocida, cuando repitió, echándose el fusil a la cara:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—*La Colorá*, Diogracias —respondió tras la vuelta la tropera, que en seguida apareció arreando una tercera mula.

Se le encaró el centinela puntilloso:

—¿Hasta cuándo quiere usted que se le advierta que cumpla las ordenanzas? Cuando se le dé la voz de alto, párese incontinenti, y a la de quién vive, conteste: “¡Patria!” Y aguarde que se le pregunte qué gente, pa da entonces su apelativo, previo el Dios y Federación.

Esto último —lema ya empleado por los federales en proclamas y correspondencias— había sido un acierto de su inventor como medio de fanatización de los adeptos a la causa y lo demostraba el culto que le rendía Deogracias, mentalidad representativa de una inmensa mayoría, en cuya alma lo político se había amalgamado con lo religioso, primitivo y fetichista, por virtud de la frase afortunada que en todo caso quería emplear.

Pero *La Colorada* —que así también debía pensar— era un caso especial de escepticismo y a la reprimenda del centinela respondió, entre garrotazos a la tercera de sus mulas:

—¡No seas tan pendejo, Diogracias! ¿Por qué no me mandaste a la espalda, cumpliendo tú las ordenanzas? ¡A ve si hubieras comió mañana!

—Usted se vale de las ínfulas que le ha dao el jefe —rezongó el soldado—. Que por cierto, no sé por qué.

—Pues anda a preguntaselo pa que salgas de esa duda. Y no me busques más la lengua, que vengo de ataque.

Era por medio de las troperas como generalmente se avituallaban los facciosos, yendo ellas a cambiar en los pueblos que no pudieran ser atacados los productos del pillaje —de ordinario pieles de reses y por allí también cargas de cacao— por provisiones de boca y abrigo, todo a merced de la tolerancia de las mismas autoridades enemigas, en parte por la desmoralización ya reinante en ambos bandos y en especial por lo que solía tocarles en el buen negocio que, con aquellos trueques, hacían los comerciantes sin escrúpulos.

Pedro Miguel Candelas no practicaba el pillaje. Por lo contrario, tenía prohibido bajo penas severas y para abastecer a su facción recurría al tributo forzoso, impuesto a los comerciantes enemigos, o al empréstito cuando se tra-

taba de adictos a la causa, pagadero por el Gobierno federal cuando llegase al poder. Y para esto último había sido enviada *La Colorada* a uno de los pueblos cercanos.

Tres mulas de bastimentos venía arreando y en el rancho de aquella tarde se habían agotado las provisiones; pero, sin embargo, no fue acogida con las muestras de regocijo con que en tales casos acostumbraban recibirla en el campamento. En silencio y con ceño arriscado descargó la mujerona sus acémilas y del mismo modo presenciaron la operación los sesenta facciosos que vivaqueaban en el Plan de Manzano.

Denominábase así el paraje por el apellido del isleño Manuel, dueño de aquella pulpería donde años antes había sido el diálogo de “La Incertidumbre” y de la cual no quedaban sino escombros carbonizados, huella del paso de otras facciones federales, implacables con los canarios, en cuya vida y bienes se ensañaban especialmente, acaso por repercusión a distancia de las tremendas palabras iniciales del Decreto de Guerra a Muerte.

Bajo techo apenas quedaba parte de uno de los corredores que rodeaban la casa, donde habían colgado sus hamacas Pedro Miguel y Juan Coromoto, único superviviente de los peones de La Fundación que cuatro años antes se habían lanzado a la guerra en pos de aquel y allá se dirigió *La Colorada*, a rendirle cuenta al jefe de la comisión que le había confiado.

Pedro Miguel Candelas no le concedía importancia al formalismo de la disciplina militar —Deogracias era, en realidad, una excepción que amenizaba la campaña—, y a menudo decía con jactancia que él sería el único federal que saldría de la guerra sin presillas, sin duda por aquello de las charreteras en la última conversación con Luisana Alcorta y en especial por el menosprecio que le inspiraba el comandante de Céspedes, siempre presente en su espíritu, aunque nunca personalmente, sino bajo la apariencia de su desdén por aquel formalismo, que en realidad era el alma misma del comandante. La disciplina que reinaba en su facción, siendo rígida en lo fundamental, era más bien

guerrera subordinación espontánea de unos hombres fieros a otro que en todo momento los superaba.

Y así, llanamente, lo abordó *La Colorada*, plantándosele por delante:

—Allí están los bastimentos. Pero es bueno que sepa que esos comerciantes que usted tiene por amigos suyos, no son sino unos muérganos. Me salieron con inconvenientes, a pesar del recibo de puño y letra de usted y tuve que acordarme de mis tiempos de arriadora de cochinos, pa encallejonalos por donde era menester, sin pepitas en la lengua. ¿Sabe lo que me respondieron en un principio?

Sin mirarla, hundido en la hamaca, las manos bajo la nuca, la vista en las humaredas que subían de las hondonadas circundantes, le respondió el guerrillero, taciturno:

—Lo que me interesaba saber era si habías traído los bastimentos y ya eso está dicho.

La tropera se quedó mirándolo con extrañeza y luego interrogativamente a Juan Coromoto, que oía y callaba desde su hamaca, pues no era costumbre que el jefe le cortase así la palabra, tanto menos cuanto que de regreso de aquellas comisiones traía también lo que recogía en su servicio de espionaje y de ello era lo que no se le dejaba decir; pero como Juan Coromoto le hizo un gesto significativo, desistiendo de sus informaciones, se llevó rápidamente la diestra al ala del sombrero de cogollo, dio media vuelta chocando los talones —tal como lo hubiera hecho el propio Deogracias, de cuyo celo por el formalismo de las ordenanzas acababa de hacer burla— y se retiró murmurando:

—¿Qué mosca lo habrá picao, de unos días a esta parte?

Y en seguida, con un sacudimiento de hombros:

—¿Ni qué necesidad tiene Candelaria Perdomo, *La Colorá*, de está llevándose estos boches? De hoy palante, si es que ya no voy a está recogiendo mis trapos, asina escuche lo que escuche, lo que es por esta boca no entran moscas.

Entretanto, en los corrillos del vivac y a propósito de aquellos víveres, se hacían estos comentarios:

—¡Bueno, manquitos! Ya mañana no pasaremos hambre, gracias a los frijoles que nos trajo la mujé. Que si no fuera por las troperas...

—¡Vaya usted a ve lo que nos train! Gorgojos por mengua de frijoles, como son los que vienen en esas mochilas.

—Como to lo regalao, compañero, que nunca es de lo más fino. Otra cosa juera si uno mismo se procurara el piazo e pan escogiéndolo donde mejor lo haiga.

—¿Como lo hacen los capayeros del *Mapanare*, por ejemplo? Que por cierto ni muy lejos están.

—Esos y tos los que no son mancos, como nojotros.

—No será que lo semos, manito, sino que asina nos tienen, porque la guerra y que no es sino pa morí en ella, boca arriba en el monte.

—Es que eso del pillaje es cosa fea.

—Más bonitas no son las candelas y sin embargo...

Y todo esto, que hacía varios días venía siendo el descontento de la facción para la cual estaba vedado el pillaje, practicado por otras desenfrenadamente, llegó a oídos de Juan Coromoto, cuando atravesando el campamento para ir a pedirle a *La Colorada* las informaciones que no había querido oírle Pedro Miguel, pasó cerca de los corrillos donde ya no se recataban las protestas.

Hízose el desentendido, por juzgarlo así más prudente y ya obtenidas las noticias recogidas por la tropera, volvió junto a Pedro Miguel, quien también había abandonado su hamaca para detenerse al borde de la loma, mirador de las hondonadas por donde corría el fuego causante de aquellas humaredas, ya visible en las sombras de la anohecida.

Era su obra de aquellos mismos días, la destrucción implacable y sistemática de las haciendas pertenecientes a los oligarcas, anunciando la vuelta de Pedro Miguel Candelas a los predios de Barlovento, ya arrasados los de los Valles del Tuy hasta San Francisco de Yare. La obra tremenda, llevada a cabo con sacrificio de su campesino amor a la tierra laboriosa, antes objeto de sus contempla-

ciones más tiernas, tan ajenas aquellas de La Fundación como estas de donde ahora subía hasta el silencio de las alturas el bramido del fuego devastador.

Pero allí, sentados al borde de la loma, de espaldas al campamento, estaban contemplando el espectáculo dos de los facciosos, antiguos esclavos y luego peones de una de las haciendas recién entregadas a las llamas y uno de ellos le decía al otro:

—Ya no tendremos dónde ganarnos la arepa cuando esto se acabe. Le hemos pegao candela a lo ajeno hasta decir bueno está, es decí, a lo de otros dueños, y ahora no vamos a tené ni el recurso de presentarnos mañana caj el de esta hacienda, diciéndole: “Tome en cuenta que lo suyo se lo respetamos en su hora y punto y vuelva a danos el trabajito de endenantes, como si na hubiera pasao”.

A lo que repuso el otro:

—Por eso precisamente, jue que yo le saqué el cuerpo a que se pegaran estas candelas.

Era un caso aislado, pues, generalmente, aquellos hombres no demostraban pensamientos de reintegrarse al trabajo asalariado que abandonaron por la aventura guerrera y por lo contrario solo abrigaban ambiciones de mando y de riqueza. Un caso aislado, incluso por el rencor que no manifestaban contra el antiguo amo, siendo lo corriente que todos comenzasen por prenderles fuego a las fincas de donde se marchaban, trocada por el arma la herramienta; pero no obstante la evidente sensatez de aquella previsión y cualesquiera que fuesen las razones de tal carencia de propósitos vengativos, ya el hecho demostraba desfallecimiento de la idea revolucionaria, si en realidad alguna vez hubo en aquellos espíritus algo que así pudiera llamarse.

Pedro Miguel sonrió, abandonándose a las reflexiones pesimistas originadas de aquella observación, mientras sus ojos contemplaban la tremenda hermosura de los incendios esparcidos por las laderas de los montes, estrago que a la postre resultaría completamente inútil; callaron y se retiraron luego los facciosos, al advertir la presencia del jefe, y Juan Coromoto, que esto también había oído, se le acercó a aquel, preguntándole:

—¿Escuchaste?

—Claro que sí —repúsole—. Es el gusano de la desmoralización que ya se nos ha metido.

—Y en mala hora, por cierto. Cuenta *La Colorada* que en el pueblo oyó decí que a Río Chico ha llegado otra vez el comandante Céspedes como jefe de operaciones de Barlovento.

—Por algo hemos vuelto también nosotros.

—Ya me lo supuse, endenantico no más. Pero ¿piensas medirte con él, con sesenta hombres y el gusanito ese que acabas de mentá?

—A ese lo ahogaremos en sangre.

—Mira que según las noticias que trae *La Colorada*, es grande el ejército que ya tiene sobre las armas el comandante.

—¿De cuándo acá esas cuentas de este lado?

Pedro Miguel hablaba sin mirar a su interlocutor, cruzado de brazos ante el fuego que embellecía la noche de las hondonadas y el leal Coromoto, que tantas veces había arriesgado su vida junto con él, en el arrebato de la entrada en pelea, replicó resentido:

—No irás a creé que sea el miedo el que me haga sacalas, ni tampoco el gusano ese.

—¿Entonces?

—Es que un hombre como tú no tiene derecho a jugase el todo por el todo sin probabilidades de vencé.

—Yo no soy un hombre, sino un arrebato de todo un pueblo, que se está arrojando en brazos de la muerte, por no encontrar el camino de su vida.

Estas palabras fueron un vuelco del alma donde también desfallecía por momentos la idea revolucionaria, que aún no le había mostrado todo su contenido. Motivos de orden personal, en realidad insignificantes, aunque subordinados a un ideal de justicia, lo habían lanzado a la guerra que, por serle odiosa, la entendía de aquella manera implacable, sin cuidado de ahorrar vidas y al cabo de cuatro años, inmensa la desproporción entre lo generoso apenas

entrevisto —sin contar lo personal insensato— y tanto incendio y matanza, era natural que se le escapase el sentimiento pesimista.

—Además —agregó en seguida—, si somos sesenta, otros tantos tiene *El Mapanare*, que por aquí cerca anda, y con esos y los del Siete Cueros y los del negro Escolástico y los de todas las montoneras que merodean por Barlovento, puede que lleguemos a un número suficiente para que la pelea no sea tan desigual.

—No te digo que no —repuso Juan Coromoto—. Pero quien dice *El Mapanare*...

—Dice el bandolerismo. Ya lo sé. Pero quien ya tiene en su cuenta la sangre y el fuego, que tenga también el pillaje no será cosa de otro mundo. Además, ¿no es eso lo que quiere nuestra gente? Pues démoselo de una vez. Eso es lo que hoy reclama la guerra y ella es quien manda.

—Has dicho la verdá en tocante a lo que pide la tropa y de eso venía a hablarte, precisamente, en el sentío de que aflojes un poco la mano o por lo menos te hagas de la vista gorda con lo del botín de guerra que nunca has querío consentí; pero en tocante a lo de juntate con esos bandoleros que has mentao, francamente, no quisiera verte yo por ese camino, compartiendo esas glorias. Y si me permites un consejo...

—Ya supongo cuál será, pero ya es tarde para oírte. Pedro Miguel Candelas todavía no se ha medido con el comandante Céspedes. Y para eso hemos venido.

—Pues siendo asina —concluyó Juan Coromoto— hazte el cargo de que no he dicho na.

Y luego, para sus adentros:

—Este no se saca la espina por más que se afane.

El pacto

No se daba cuenta Pedro Miguel de la verdadera naturaleza de los propósitos a que obedecía su conducta. Habitado a subestimarse, por una parte y por la otra no habiendo resuelto todavía el problema sentimental de su amor por Luisana Alcorta, tendía a desfigurar su propia intimidad atribuyéndose siempre miras torpes. Hacía tiempo que venía delineándose en su mente la idea de concentrar bajo su mando todas las facciones que merodeaban por Barlovento, a fin de apartarlas del pillaje a que se dedicaban y conducir las, organizadas y disciplinadas, hacia los objetivos de legítima lucha, por las reivindicaciones sociales, ya casi definitivamente perdidos en el torbellino de pasiones elementales desatadas por la furia sin cabeza —concentración tanto más necesaria, cuanto que por otras regiones ya estaban lográndola caudillos en cuya buena fe por la causa del pueblo él no podía creer, por tratarse de personas de extracción social análoga a la de los oligarcas, de donde, al cabo, vendría a resultar una simple sustitución de unos opresores por otros de intereses idénticos—; pero no les daba acceso a su espíritu a estas consideraciones, de las cuales debía desprenderse un confiado sentimiento de sí mismo, compensador de las inevitables deficiencias para la totalidad del éxito, sino a través de las formas deprimentes del despecho.

Por otra parte, se equivocaba también respecto a lo que venía observando en su tropa. Ciertamente, el cansancio que ya se apoderaba de los combatientes de uno y otro bando, estaba produciendo allí un efecto desmoralizador, propicio a las apetencias del pillaje practicado por las demás facciones; pero en lo íntimo de aquellos espíritus otra era la más poderosa causa del descontento. Aquellos hombres habían visto en él al caudillo en cuyo seguimiento bien se podía arriesgar la vida; pero mientras ellos esperaban que los condujese a la gran acción, camino del triunfo definitivo, él se obstinaba en fatigarlos con la escaramuza diaria, más o menos como *El Mapanare* a sus capayeros y sin el incentivo inmediato del botín de guerra.

Pedro Miguel prefería pensar lo que más lo hiciese desmerecer ante sí mismo: que lo abandonarían si no les concedía el pillaje, si no se precipitaba junto con ellos en el abismo que se los estaba tragando a todos. Mas como el despecho, si bien deprimente en cuanto al sentimiento de sí propio, era en él tan poderoso para lanzarlo a la acción, que, de manera paradójica, prácticamente suplía la activa confianza que se obstinaba en negarse, apenas se había hecho aquella reflexión pesimista, cuando ya estaba poniendo por obra el propósito de incorporar bajo su mando todas las facciones que pululaban por allí.

En la de *El Mapanare*, acampada al abrigo de árboles en la hondura de un cañadote, celebrábase aquella noche el último de los matrimonios del jefe, que tenía por costumbre hacer de las mujeres blancas su particular botín de guerra, obligando a los curas de los pueblos que cayesen en su poder a que lo casasen con ellas, para que el escarnio se añadiera al atropello.

Una niña de trece años tenía ya entre sus garras, cuando a la voz de uno de los centinelas apostados en torno al campamento, se oyó responder:

—Pedro Miguel Candelas.

Soltó la presa de su lujuria insaciable y se asomó fuera de la barbacoa donde se había guarecido. Se interrumpió la música de cuatro y maracas con que amenizaban la velada dos de sus capayeros, mientras otro cantaba galerones; quedáronse con el cacho de aguardiente en suspenso los que ya se lo llevaban a

los labios y uno y otros, jefe y subalternos, se cruzaron miradas de recelo. Pero luego murmuró *El Mapanare*, bajando de la barbacoa:

—Debe de vení solo y llega a tiempo.

Y alzando la voz, para dirigirse al centinela:

—Que avance, si viene escotero, pa que se pegue un palo con el novio.

Sin escolta llegó en efecto. Una fogata donde se asaban cuartos y costillares de ternera, arrojaba inquietos reflejos en los torvos rostros de los negros de las montañas de Capaya, los más temibles de todo Barlovento, que componían la facción de *El Mapanare*; pero en todas las miradas, fijas en el recién llegado, junto con el recelo estaba ya la admiración, la virtud fascinadora de aquella temeraria entrada en pelea que había hecho famoso a Pedro Miguel Candelas.

Solo *El Mapanare* parecía dueño de los sentimientos que expresaba su sonrisa burlona, cuando en descabalgando aquel, le tendió la diestra, diciéndole:

—Se saluda, Dios y federalmente, al correigionario de la arremetida famosa y se retiran palabras que haigan quedao pendientes en otra conversación, con plausible orjeto de abrí cuentas nuevas, que infiero que van a se claras, como las que conservan amistades.

—De eso se trata, precisamente —repuso Pedro Miguel, sin parar mientes en la socarronería de aquellas palabras— Pero...

—¿Pero de jefe a jefe? Ya entiendo. Algo de esas novedades me había traído el viento que se lleva las jumaseras de las candelas famosas.

Mas ni a la intención nada amigable de estas otras palabras, ni a ellas mismas, le atendía ya Pedro Miguel, cuya mirada se había quedado fija en la causa de su interrupción. Un anciano, ruina humana desplomada al pie de uno de los árboles, que hacía ademanes de coger hilos en el aire, con gestos de razón ausente.

—¡Padre Mediavilla! —exclamó entre admirativa e interrogativamente, pues era inconcebible que en obra de cuatro años hubiese venido a parar en esto aquel hombre recio y animoso, lleno de vitalidad, que tanto se proponía hacer con su hisopo de plomo.

—¡Cosas de la guerra! —intervino *El Mapanare*—. Se echó al monte confiando demasiado en los pantalones llevaba debajo del balandrán y tarde cató de ve que en realidad no había nacido pa ciertas cosas. Además, parece que en un combate recibió una herida en la cabeza, de donde quedó nefato, to el santo día y la noche no menos santa, empatando los hilitos que ve en el aire.

—¿Y por qué está aquí? —inquirió Pedro Miguel.

—Pues voy a explicarle, quería correligionario. Ca uno alimenta sus debilidades, como dicen, y la mayor de las mías es el gustame mucho las mujeres blancas. Un defecto, como otro cualquiera, pero si la carne es flaca manque el negro sea juerte, ¿qué se va a hacé? No será tampoco la primera vez que se dan esos caprichos sobre esta tierra.

Pedro Miguel contuvo el impulso de cruzar aquel rostro con el chaparro que llevaba en la diestra, y *El Mapanare*, calándose, sonrió y continuó:

—Pero como le digo una cosa también le digo otra. Yo soy cristiano y a pesar de los pucheros que me hizo hacé la sal del bautismo, me gusta procedé de acuerdo con la Santa Madre Iglesia, de donde resulta que apenas le echo la mano a una blanca que me guste, cuando ya estoy buscando un cura pa que me case con ella como es debío. Naturalmente, eso me traía complicaciones, porque no siempre los embalandranaos se prestaban a hacé las cosas a la medida de mis deseos, de donde resultaba que tenía que mandarlos a pelá y a veces hasta pegales sus cuatro tiros de ley contra la paré de la misma iglesia, cosa que, como usted comprenderá, siempre es desagradable pa un cristiano como el que está dirigiéndose a usted, de quien a quien.

Nunca se había asomado Pedro Miguel a abismos de monstruosidad como los que encerraba el alma de *El Mapanare*, cuyas palabras provocaban las risotadas de sus soldados.

—Ya me explico lo demás —díjole, para no continuar oyéndolo, a punto de perder el dominio de sí mismo que la situación requería—. Ahora es el padre Mediavilla, o lo que de él queda, quien se presta a los deseos de usted.

—Me lo topé asina como lo ve en la toma del pueblo de Tapipa, hacen cosa de dos meses, y desde entonces lo cargo conmigo. Pa eso de los matrimonios y pa la perdonadera de los pecaos a la hora de templá el cacho. Que según dicen ellos y que siempre son facultos pa eso, por más nefatos que estén. Casualmente no hace mucho que me acaba de casá con una blanquita de Loma del Viento, mocita ella, por cierto, conforme al dicho de que pa caballo viejo chaparro nuevo.

—¿De Loma del Viento, dice usted? —inquirió Pedro Miguel.

—Sí. De donde llegamos esta tarde no más. Una isleñita, ella. La maraca, como dicen, del difunto José de las Mercedes. Bueno, difunto, como to el resto de su familia, de esta mañana pacá.

Y después de explorar el rostro de Pedro Miguel:

—Que por cierto había entre ellas una muy buenamoza, llamada Eulogia, que, por más señas, gustaba de...

—De mí —afirmó Pedro Miguel.

Con movimiento irreprimible, *El Mapanare* dio un paso atrás. Había dicho aquello con el siniestro fin de liquidar allí mismo la vieja rencilla por el menosprecio con que lo tratara Pedro Miguel, cuando fue a invitarlo para la guerra, rencilla enconada ahora por la sombra que a su prestigio le hacía la fama de su rival; pero las palabras de este habían sido pronunciadas con tal naturalidad, de absoluto dominio de sí mismo, que perdiendo el suyo sufrió el influjo de hombría serena y repuso, casi pidiendo excusa:

—¡Caramba, correligionario! ¡No haberlo sabío yo! No le pasó na, propiamente, sino que una bala, teniendo ella un trabuco en la mano, pa defendé al pae...

—¡Cosas de la guerra! —interrumpió Pedro Miguel.

Y descargando su diestra, pesadamente, sobre el hombro del corpulento negro:

—No se preocupe, compañero. De hoy en adelante vamos a hacerla juntos. Usted es el hombre que yo necesito para mi mano derecha y por usted vengo. Mujer es mujer y los hombres como usted y yo tenemos otras cosas más importantes de qué preocuparnos. En Río Chico los godos están poniendo sobre las armas un ejército numeroso para caernos encima y desbaratarnos uno a uno y por Guatire se están concentrando las facciones en otro que, aunque federal, será tan enemigo de nosotros, los guerrilleros independientes, como el de los oligarcas. De modo que estamos, como quien dice, entre la espada y la pared, y es necesario que nos unamos.

La proposición correspondía a designios de *El Mapanare*, ya conocedor del desconcierto que reinaba en la facción de Pedro Miguel y la acogió cruzando una mirada maliciosa con sus hombres y preguntándoles:

—¿Qué dicen ustedes a eso, muchachos?

—¡Gua! —repuso uno, por todos—. Que la proporción no es mala. Con un nombre que infunde respeto y lo que nojotros pongamos de nuestra parte...

—Me parece —aprobaron varios a un tiempo.

El Mapanare sonrió desde sus abismos y volviéndose a Pedro Miguel, díjole:

—Bueno, correligionario. Como base, el pacto está hecho; ahora farta tratá los particulares del arreglo.

—Por el camino los trataremos —repuso Pedro Miguel—. Ordene levantar el campamento y vámonos andando.

—¡Caramba, correligionario! Usté no es de los que pierden tiempo.

—Ni usted de los que retiran su palabra, una vez que la han empeñado.

—Eso es verdá; pero también que la hora es nona pa ponerse en marcha. Ni la ternera de hoy nos la hemos comío. Dicho sea sin hablá de otras carnes, que también eran pa esta noche.

A lo que repuso Pedro Miguel, imperioso:

—Es absolutamente imprescindible que nos pongamos en marcha en seguida. El jefe de los federales de Guatire espera un parque por el Puerto del Francés y ha destacado una guerrilla para recibirlo y transportarlo. Tenemos que ganársela de mano, desbaratando la guerrilla por el camino, que yo sé cuál es el que lleva. De otro modo, si yo solo me apodero del parque, las condiciones del pacto tendrán que ser otras, no muy ventajosas para usted.

—En tocante a las condiciones, tuavía no hemos estipulao cuáles vayan a se; pero de tos modos eso del parque es otro cantar. ¡Alcen arriba, muchachos, que esto como que se quiere componé!

Dijo así guiñádoles el ojo a sus hombres, pero no todos se dieron cuenta de ello, por estar atentos al rostro imperioso de Pedro Miguel Candelas, en quien el instinto les advertía que habían cambiado de jefe.

La malla rota

Había sido un paso bien dado, mas por un camino temerario y mientras la facción levantaba el campamento, Pedro Miguel se acercó a contemplar la ruina triste de aquel otro hombre que tanto esperó de la guerra.

De la recia contextura del padre Mediavilla solo quedaba la armazón ósea, grande y desproporcionada: la cabezota oscilante sobre el haz de fibras del cuello descarnado, los pómulos peñascosos, la mandíbula cuadrada, los omóplatos como riscos, las manos cual puños de piedra entre las cuales crecían marañas de vellos. Era como una montaña lavada por las torrenteras.

Las del trauma psíquico —la violenta emoción con que lo sacudió, hasta quebrantarle las raíces vitales, el espectáculo monstruoso de aquella guerra, en los comienzos mismos de la campaña a que se lanzó con su hisopo de plomo—, ya se habían arremansado en los pozos de la demencia. Un tic persistente le alzaba hacia el pómulo izquierdo la comisura de la boca desdentada, guiñando el ojo y chasqueando la lengua, mientras las garrudas manos hacían en el aire el ademán, inverosímilmente fino, de coger flotantes hilos sutilísimos, con los cuales iba tejiendo una malla ilusoria. Hilos que venían desde el infinito, todo el espacio lleno de ellos, a lo largo de los cuales corría los dedos, a cuanto le daban los brazos, materializándolos con tan preciso ademán de las yemas de índices y pulgares, que, por momentos, los observadores del espec-

táculo los buscaban con la mirada, ellos mismos, en el aire. Sutilísimas hebras, tal vez, de la tela de cristianas ilusiones que desgarró la guerra, allá donde era candorosamente bonachona el alma del cura liberal.

Otro hilo acababan de descubrir sus ojos acuciosos y lo apresó sobre el hombro de Pedro Miguel, como un hallazgo que le iluminó la mirada. Luego buscó otro, entre el infinito número de los que flotaban en torno suyo y hallándolo por fin, con otro gesto complacido, los ató delicadamente, con minuciosa exactitud y hecho esto corrió los dedos, a partir del nudo, arriba y abajo, hasta el infinito.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —escarneció la risa de *El Mapanare*—. Eso significa una de dos, correligionario: o que ya está usted empatao conmigo per sécula seculórum o que ya el cura lo ha casao, quién sabe con quién, porque asina mismo hace, cuando me casa con mis blancas. ¿No es verdá, pae Mediavilla?

Pero este se le apartó y se alejó moviendo las manos, para abrirse paso por entre sus hilos.

Pedro Miguel contempló en silencio la lamentable silueta que contra el resplandor de la hoguera hacían la cabezota oscilante y los agudos riscos de los omóplatos, de donde colgaba el resto de sotana a jirones que ya no le llegaba a las rodillas. Y en el rostro del guerrillero sembrador de incendios, entre las negras barbas borrascosas, una pena acerba le violentó el perfil autoritario.

—¡A formar fila! —ordenó, dirigiéndose a los facciosos, que andaban de aquí para allá, alborotándose y comiéndose a dentelladas los trozos de carne que, al pasar junto a la hoguera, cortaban, de los asadores—. Quiero conocerlos uno a uno y cara a cara.

Miraron interrogativamente a *El Mapanare* sus hombres, hízoles él un gesto de asentimiento artero, sonriendo siniestramente a algunos, pero todos se alinearon, codo a codo y Pedro Miguel comenzó a pasarles revista, cara a cara, detenidamente.

De Capaya, la de los tigres, provenían todos y eran tigres. Así miraban aquellos negros torvos, de la montaña tupida de jarales, al que se les iba encarando, uno a uno, a tiempo que les pedía sus nombres y lugares de nacimiento.

—Justino Juentes, de la Bajá e Raspaculo.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —rio *El Mapanare*—. ¿Cómo dijiste, Justino?

—¡Gua, mi jefe! Como mientan a la bajá donde nació.

Pero ya Pedro Miguel miraba al segundo de la fila, imperturbablemente, y este respondía:

—José las Mercedes Perdigón, de Palo e Candelera.

—Evangelista Perdigón, de los Perdigos, de qué sé yo dónde, que no son los mismos de Palo e Candelera.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Ah, negro pa tené leyes, este Evangelista Peraza!

Pero la mirada penetrante, enérgica y serena, que se iba clavando en aquellos rostros para no olvidarlos jamás y el dominio de sí mismo que no perturbaban ni las risotadas de *El Mapanare* ni las chocarrerías de sus leales, comenzaban ya a producir sus efectos en los ánimos impresionables y el cuarto de la fila, un negro de mirar bravo pero respetuoso, respondió como en realidad se llamaba y de donde era:

—Juan de Mata Jaramillo, de la Vuelta del Muerto.

Y el otro, entregándose ya con la mirada admirativa:

—Marcelino Blanco, del propio Capaya. A su mandar.

Y ya no volvieron a oírse las risotadas de *El Mapanare*. En marcha iban ahora. Adelante, cabalgando un burro pasitrotero, el padre Mediavilla, con su tic que le sacudía la cabezota constantemente y apresando sus hilos entre las tinieblas del camino; luego, Pedro Miguel, sosteniendo contra su pecho —sentada en el arzón, sobre la manta doblada, mordiéndose los dedos con respiro de angustia y afán de razón ausente, todavía no vuelta el alma del espanto de Loma del Viento— a la niña rescatada de las garras de *El Mapanare* libidinoso, y este emparejado con él, flanco a flanco las cabalgaduras, consentidor artero, acari-

ciando en silencio sus torvos pensamientos. Detrás, como rebaño de fieras, los cincuenta y cuatro negros de Capaya.

Corrían por las laderas del monte los incendios de Pedro Miguel Candelas. Subía de las hondonadas bramido de cataclismos, asomaba la luna menguante, en el cielo de las humaredas, su garabato de fuego detrás de una loma. Descendía por el abrupto camino la montonera, como de Capaya bajan los tigres cuando las rozas invaden sus guaridas. Resollaban reciamente las bestias cabalgadas.

De pronto, habló *El Mapanare*:

—A mí no me preguntó usted, correligionario, ni mi nombre de pila ni el lugar de mi nacimiento; pero voy a dale relación de ambos particulares, pa que me conozca a mí también, si no cara a cara, porque casi no nos las vemos, sí de pecho a pecho, pa no mentá corazones. Proviengo del monte tupío, de un encuentro de mi mae con un negro que por esos días andaba alzao en la montaña de Capaya. Un negro que no cargaba amuleto —cosa rara—, que andaba esnúo y juyendo. ¡Vaya usted a averigüá de dónde y por qué!

Pedro Miguel se le volvió bruscamente, pero en silencio, haciendo rebullir a la niña que ya se dormía contra su pecho; él sonrió y continuó:

—Eso y que contaba mi mae, a quien no conocí; pero lo del negro alzao es una versión que tuavía corre por Capaya. Y yo, creyéndola, me he preguntao siempre: ¿no siendo el hombre oriundo de allí, según las referencias, sino fugitivo de otra parte, pero barloventeño él, de quién será hermano sin sabelo? Menester sería, pa ponelo en claro, que me topara con otro hombre que no sepa cuántos hermanos tendrá, regaos por el mundo de Barlovento a causa de esa juyidera. O dicho de otro modo: que el pae Mediavilla, pongamos por caso, empatara en presencia nuestra esos dos hilitos sueltos.

De la confusión de sentimientos que se disputaban el alma de Pedro Miguel, solo acertó a llegar a su mente la idea de que toda su vida —interminable sucesión de tormentas espirituales— no había tenido otro objeto sino el de que ta-

les palabras se pronunciaran y él las oyera en aquellos precisos momentos de la víspera de un día en que se decidiría su suerte futura. *El Mapanare* prosiguió:

—En lo respectivo a mi apelativo, que es por donde generalmente se saca el rollo a que pertenece la cabulla de un hombre, no me ha sido posible averigualo, porque dio la casualidad de que cuando empecé a dame cuenta de las cosas, al venime de pronto lo que llaman el uso de razón, me encontré en una hacienda, jalando una escardilla más grande que yo, sin sabé pa quién, y como en esa hora y punto estaba por allí un blanco, dándome la espalda después de habeme regañao por el mal manejo de la susodicha herramienta, yo que le miro el cogote, se lo confundo con un tronco e palo y le asiesto ese escardillazo pa arrancalo e cuajo, como él quería que yo hiciera con los del monte. Y como tuve que dime de allí incontinenti, me quedé sin sabé cuál era mi gracia de cristiano.

Una risotada de la montonera celebra el atroz sarcasmo. Enderézase sobresaltada la niña que ya volvía a dormirse sobre el pecho protector. La tranquiliza Pedro Miguel, dándole suaves palmadas en el hombro donde le apoya la mano sostenedora y ella torna a reclinarse, confiadamente, mientras *El Mapanare* la mira de reajo como a bien perdido y en la facción se impone el silencio autoritario del que ya era su verdadero jefe.

Adelante, sobre burrito pasitrotero, iba el padre Mediavilla reconstruyendo su malla, con todos los hilos...

La inútil sangre

A medianoche llegaron al campamento de Pedro Miguel Candelas, instalado en la casa de una hacienda de cacao que había sufrido los rigores del fuego desde los comienzos de la guerra.

Juan Coromoto, que esperaba a aquel, ya con impaciencia, le estrechó la mano en silencio al echar pie a tierra, mirándolo con expresión admirativa por el sometimiento del faccioso llevado a cabo de aquel modo temerario, y a su pregunta por las novedades ocurridas en su ausencia, le respondió lacónicamente:

—Todo como esta tarde.

Pedro Miguel le presentó a *El Mapanare*, y luego le ordenó:

—Acomoda a esta gente donde ya te indiqué.

Y en oyendo esto djóse el capayero, mentalmente:

—¡Hum! Yo como que he pisao un peine.

Al primer golpe de vista hacia los corredores de la casa donde descansaba la tropa de Pedro Miguel, ya le había parecido que eran más de los sesenta hombres que él le atribuía —todos acostados en el suelo, pero despiertos, aunque fingían dormir y con el respectivo fusil al alcance de la mano, observación que no se le escapó al recién llegado malicioso— y ahora acababa de comprender

que no se trataba de ponerse en marcha en seguida, para capturar aquel parque como se le había hecho creer.

Pero había algo más, que en seguida descubrió y por lo cual acabó de convencerse de que había caído en las redes de su rival. Estaban allí el *Siete Cueros* y el negro Escolástico, cabecillas de facciones poco numerosas, pero que se habían hecho temibles en las jornadas del merodeo y con cuya alianza, precisamente, venía contando, en sus maquinaciones por el camino, para supeditar a Pedro Miguel en el momento dado; al verlos volvió a decirse:

—Me andó alante el hermano. Pero si de esta venía por lana y voy a salir trasquilao, la culpa es mía por habé malgastao mi hora, camino andando, en habló de lo que no venía al caso, contimás sin habé estipulao endenantes las condiciones de la reunión. No hay cosa pior, en un hombre de guerra, que abandonase a las corazonás.

Desde el comienzo de su campaña, su preocupación constante había sido la de superar la fama del que rechazó despreciativamente su invitación a la guerra, hecha en una corazonada de la simpatía que ya le inspiraba Pedro Miguel, aunque socarronamente disimulada: pero ya este sentimiento se le había enconado la rivalidad y al aceptar la alianza propuesta por aquel, no lo hizo sino persiguiendo aviesas intenciones de suplantarlo en el ánimo de su tropa, de cuyo descontento ya le habían llegado noticias.

Ahora lo encontraba con más de cien hombres bajo su mando —acababa de contarlos—, mientras que entre sus cincuenta y cuatro capayeros al darle sus nombres en la revista que allá les pasó varios habían añadido:

— A su mandar.

Esto lo interpretó *El Mapanare* conforme a la socarronería de las guiñadas de ojo que durante aquella revista les estuvo dirigiendo a sus hombres, pero ahora temía que tales palabras hubiesen expresado efectivo sometimiento, por virtud de la fascinación que supersticiosamente se le atribuía a la mirada dominante de Pedro Miguel Candelas y haciéndose estas reflexiones tardías ya estaba a punto de provocar un desenlace violento, pidiendo cuentas airadas

del engaño con que había sido llevado hasta allí, cuando advirtió que el *Siete Cueros* y el negro Escolástico venían a su encuentro, haciéndole, también, guiñadas de ojos.

—Esto es otra cosa —dijose entonces. Y abandonándose de golpe a la confianza perversa, agregó, siempre mentalmente—: Si no me equivoco, somos tres contra uno y culpa será del hermano si un día se despierta amarrao por el hermano.

Pensando lo cual se volvió a su gente, ya descabalgada, y así la arengó:

—¡Capayeros de *El Mapanare*, tigre de tigres! Los destinos de la Patria nos han traido a esta concurrencia de juerzas que hoy palante no reconocerá más jefe que a Pedro Miguel Candelas, bien mentao asina. Seguro mató a confiao, el que madruga coge agua y a camarón que se duerme se lo lleva la corriente; pero *El Mapanare* nunca se ha quedao dormío y ustés lo saben, muchachos. ¡Dios y Federación!

—¡Asina se habla, compañero! —aprobó el negro Escolástico.

Y el *Siete Cueros*, mientras le estrechaba la mano:

—Ha llegao a tiempo.

—Yo siempre he tenío esos ambos dones —repúsoles socarronamente—. El de decí las cosas con sindéresi y el de llegá oportunamente ande sea menester; pero esta vez, la verdá sea dicha, no es que he venío sino que me han traido, como quien dice, bozaleao. Y lo pior es que tuavía no sé pa qué.

A estas, Pedro Miguel se había alejado, hablando en voz baja con Juan Coromoto, y el negro Escolástico repuso:

—Quizás no dilata en sabelo sino lo que la noche en convertirse en día; mas pa que comience a averigualo por sus propios ojos, aguaita pallá.

Acompañó estas palabras con un ademán localizador de unas luces lejanas, y *El Mapanare*, mirando en la dirección indicada, murmuró:

—Si mis ojos no me engañan, esas no son candelas, propiamente.

Y el *Siete Cueros*, confirmando sus sospechas:

—El enemigo a la vista, desde ayer tardecita.

—Y no cuatro gatos, ni mal mandaos —agregó Escolástico.

—¿De modo que ni tiempo de apoderarnos del parque de que me ha hablao el jefe vamos a tené?

—Eso del parque es historia pasá. Hacen días que está en nuestro poder. ¿No se fija en los fusiles, que son nuevecitos?

—¡Hombre! Es verdá. Ahora es que vengo a catá que me engañaron como a muchacho. ¿De modo que hacen días? ¡Mire, pues!

Y mientras esto decía *El Mapanare*, mirando aún hacia las luces lejanas, el negro Escolástico y el *Siete Cueros* se cambiaron entre sí sus guiñadas de ojos.

—¡Conque el enemigo a la vista y aquí tan tranquilos! —dijo el primero, reservándose sus verdaderos pensamientos, que todavía no eran claros, aunque siempre tenían que resultar torvos.

—Ahora que usted ha llegao es que venimos a está lo que se pue llamá tranquilos —repuso el *Siete Cueros*—. Propiamente no sabemos cuáles sean los planes del jefe; pero a lo que hemos podío inferí es usted quien va a rompé los fuegos, en cuanto no más amanezca.

—¿Asina es la cosa, correligionario? ¿De modo que pa eso no más me jueron a buscá en carrera? ¡Y yo tan tranquilo que estaba en mi campamento!

—Es un suponé del compañero —terció el negro Escolástico—. Pero en to caso, si eso es lo que le tienen destinao a usted en el plan de batalla, será porque se cuenta con que usted es de los que arrempujan palante.

—¡Por algo será! No le quepa duda, correligionario. ¿Y quiere que le diga una cosa? No está del todo mal que al hambre le salga al encuentro la comía.

En realidad, con todo esto el *Siete Cueros* y el negro Escolástico no habían hecho sino cumplir instrucciones previas de Pedro Miguel y cuando ya este —entretanto— le había dado a Juan Coromoto las que debía poner por obra al amanecer —entre ellas la de enviar al padre Mediavilla y a la niña rescatada de las garras de *El Mapanare* a lugar seguro, al cuidado de *La Colorada*—, llamó al capayero y así le habló:

—Estamos en presencia del enemigo, al mando del comandante Céspedes, que tiene fama de buen militar, aunque para mí no es sino lo que siempre ha sido: un mantuano pretensioso. Hasta hoy viene cayendo en el lazo que estoy tendiéndole, pues he logrado atraerlo al terreno donde quiero pelearlo y de usted depende ahora el buen resultado de la operación.

—¡Caramba, correligionario! —exclamó el negro socarrón—. Usted dispone de los hombres como si todos le pertenecieran.

Sin alterarse, pero con la energía de quien estaba dispuesto a hacerse obedecer, Pedro Miguel repuso:

—Usted y yo y todos los que aquí estamos le pertenecemos a la guerra.

—Solo la estaba haciendo yo.

—Y yo también. Pero ahora es necesario que la hagamos juntos.

—Bueno. Vamos a hacela. Pero antes con antes, vamos a estipulá las condiciones.

—Ya es tarde para eso. No lo hizo usted cuando podía hacer valer las suyas y esa oportunidad no se le vuelve a presentar.

—¡Quién sabe, correligionario!

—No me interesa que me llame jefe; pero sí que se disponga a cumplir la orden que voy a darle. Hay que obligar al comandante Céspedes a que nos ataque por el cañadote de Los Apamates, donde lo esperan sorpresas.

—¿Y si el comandante llegara a sabé eso, precisamente?

—Sería usted un cobarde.

El Mapanare lo miró de hito en hito y luego repuso, palabra a palabra, lentamente:

—Usted sabe que yo no lo soy.

—Porque lo sé le estoy confiando la suerte de la pelea.

Y en seguida, con la seguridad del efecto logrado:

—Son quinientos hombres los del comandante, pero nosotros pasamos de la mitad, contando con los de usted y a más de la otra mitad equivalen las posiciones ya tomadas.

—Es decí —puntualizó el negro—, ¿más de doscientos cincuenta? Pues creía yo que eran ciento y pico los suyos que están acampaos aquí. Más que menos.

—El resto se halla donde debe estar; pero eso no le interesa saberlo.

—Es verdá. A mí lo que me corresponde es lo del cañaote.

—Solamente.

—Bueno. Como bien ha dicho usted endenantes, al que perdió su hora no le queda más recursos sino el de aceptá las que buenamente le den. Ahora, que por el camino se puen enderezá las cargas...

—Eso es otra cosa.

—Sí. En fin, volviendo a lo del cañaote, solo me farta decile que mi gente está mal armá, pero como ya han traído el parque que habíamos convenío en capturaré juntos y de quién a quién, espero que mande a dame una poca de esos pertrechos.

—No conviene. Es necesario que el comandante Céspedes, viéndolo a usted mal armado, se imagine que así estamos todos, para que se confíe más.

—¡Ah! Ya entiendo. Nojotros vamos a sé, como quien dice, la carná.

—Por algo lo habré escogido a usted para eso.

—Sí. Ya me lo he dicho yo también. ¡Bueno!... Pero antes con antes quisiera hacele una pregunta. ¿Por qué dejó pa las postreras esa invitación pa esta fiesta? En mi hora y punto yo le hice la mía con la debía anticipación.

Y Pedro Miguel, comprendiendo que era necesario condimentar el sometimiento de *El Mapanare* con la pizca de esperanza traicionera, que, por lo menos, debía alimentar en compensación de la inferioridad a que había pasado:

—La razón es muy sencilla —díjole— y usted se la va a reservar. Si el negro Escolástico y el *Siete Cueros* y los otros jefes de facción que ya se me han sometido, hubieran sospechado que usted iba a estar de acuerdo conmigo, no habrían convenido en incorporáseme, porque aspiran —y yo lo sé— a darme el golpe aleroso en el momento oportuno y saben que estando usted aquí no será mucho lo que van a ganar.

Y al cabo de una breve pausa, ambiguamente:

—Hay historias que hasta las piedras de Barlovento las conocen.

A lo que repuso *El Mapanare*, abandonándose por fin a la atracción que sobre su alma ejercía Pedro Miguel:

—Cuenta con que al comandante Céspedes y a sus quinientos hombres se los encallejono yo por el cañaote de Los Apamates, asina tenga que llegá solo aonde me toque regresá.

Era la jornada de la astucia ya completamente ganada y pronto amaneció para la de la prueba decisiva.

Por fin iba a medirse el guerrillero improvisado con el militar de escuela y por otra parte, Pedro Miguel con el mantuano que un día le cruzó el rostro con su fusta. Para llegar a esto el faccioso de los incendios se había superado, desarrollando una actividad de organización metódica solo comparable a la destrucción sistemática practicada en cuatro años de guerra fiera, sumándose a su partida casi todas las que merodeaban por Barlovento y conviniéndolas ya en un cuerpo de ejército bastante bien disciplinado y convenientemente armado, gracias a la oportuna captura de aquel parque destinado a otro jefe federal, todo sin que trascendiera a las personas que debían ignorarlo, como *El Mapanare*, por una parte y por la otra el comandante Céspedes, a quien había logrado atraer al campo previamente elegido para la acción, donde su tropa atrincherada alcanzaba una evidente superioridad combativa.

Ya las cosas estaban produciéndose conforme fueron previstas. *El Mapanare* había abierto los fuegos batiéndose en retirada y el comandante Céspedes movía ya su tropa hacia el cañaote de Los Apamates, donde, cerca del mediodía, lo detuvieron de pronto las sorpresas que por allí le tenía reservadas Pedro Miguel Candelas.

Pero si en un bando la pericia militar zozobró en la ofuscación de envanecimiento propio y de total menosprecio del enemigo, a quien no consideraba capaz de un plan coordinado; en el otro, motivos también de índole personal, frustraron de pronto la completa eficacia de la operación bien concebida y

casi lograda. El comandante, atraído por la estratagema, vino a librar la pelea entre las cortinas de fuego cruzado de las posiciones inexpugnables en que se amparaban los federales; pero mientras su gente caía diezmada y desmoralizada por la sorpresa y en torno suyo silbaban las balas, él dirigía la acción con una serenidad pasmosa —fumándose un tabaco que se llevaba a la boca sin que la más leve vibración de nerviosidad le tumbase la ceniza—, sin espada empuñada, pie en tierra, ya muerto su caballo, sobre una pequeña elevación del terreno donde hacía blanco fácil, sin duda dispuesto a pagar con la vida la imprudencia. Y Pedro Miguel, exasperado por esta muestra de imperturbable valentía del “mantuano pretencioso” —como a su vez, se empeñaba en subestimarlo—, cambió su plan, ya a punto del éxito completo, sacando su gente a la pelea a campo raso y lanzándose él mismo, en la habitual arremetida temeraria, con el objeto de medirse, cuerpo a cuerpo, ya no con el jefe enemigo, sino con el hombre mismo que un día le infirió agravio injusto.

La lucha fue desesperada, de parte y parte, pero sin que el oligarca abandonase su tabaco —uno encendido en otro— impávido aunque cediendo terreno ante el empuje con que el federal le hacía sufrir a su gente el rigor innecesario de una acción que ya estaba ganada y así llegó la noche sin que por ninguno de los dos quedase la victoria.

Retirándose los del Gobierno al amparo de la obscuridad, destrozados pero no derrotados y cuando Pedro Miguel Candelas les pasó revista a sus diezmasdas filas, *El Mapanare* le dijo:

—La carná cumplió lo suyo. De los cincuenta y cuatro capayeros, como tigres, que me seguían, tres solamente han regresao del cañaote y los tres heríos; pero lo que yo siento es que quien manejaba el anzuelo haiga dejao dirse al pez vivo y coleando.

Pedro Miguel no halló qué responder y siguió adelante.

Faltaban el negro Escolástico y el *Siete Cueros*, muertos en la pelea y Juan Coromoto estaba herido. Pedro Miguel fue a verlo. Una herida en un muslo, de donde una de las troperas acababa de extraerle la bala; pero él no levantó

la mirada de la atención a la venda que le ponía la mujer y así que esta hubo terminado, Pedro Miguel le hizo un gesto para que se retirara y ya a solas con Juan Coromoto le preguntó:

—¿Tienes cargos que hacerme?

Y como el leal compañero no se los hacía, teniéndolos, evidentemente, lo apremió:

—Házmelos. Házmelos ya.

—No soy quién pa tanto —repuso el negro fiel, del riesgo de muerte bien compartido—, pero si quieres sabé qué es lo que pienso, voy a decítelo: son demás la mayor parte de los muertos de esta pelea, que ya la teníamos ganá y todo porque esta tarde te has olvidao de nosotros, pensando en otra persona.

Pedro Miguel aceptó y calló.

III
Pánico

Mediaba la tarde, calurosa, impresionante el reflejo del sol de las humaredas en la sombría y enmarañada vastedad del cacaotal, cuando comenzó a producirse el fenómeno.

La Fundación no había sufrido los estragos del incendio de las propiedades sino por haberse propagado hasta algunas plantaciones el que varias veces destruyó las fincas limítrofes; pero abandonada del trabajo, ya en toda ella reinaba el matorral intrincado donde se perdía el fruto —regalo de las numerosas manadas de araguatos y de arditas, que de todo el contorno azotado por el fuego allí buscaron refugio—, salvo el que recogían para sí las mujeres que aún permanecían en ella y las de los campos vecinos, que solo de esto se mantenían. Horas antes había pasado por allí, camino de derrota, la tropa del comandante Céspedes y previendo que en su persecución viniesen los federales del implacable guerrillero de las candelas, las negras de la hacienda y sus contornos se habían entregado, de prisa, a la recolección de todo el cacao que estuviese en sazón.

Y así estaban tres de aquellas cuando de pronto una interrumpe su trabajo y detiene su atención en el repentino acontecimiento inquietante.

—¡Aguaiten! —díceles a sus compañeras—. Aguaiten cómo se mueve esta hoja.

Una sola entre la multitud de la fronda inmóvil, sofocante la calma de la atmósfera dramática. Un estremecimiento singular, sin causa aparente.

Un hecho sencillo, sin embargo, muchas veces presenciado por aquellas mismas negras, como lo dio a entender una de las llamadas a observarlo, aunque de esta manera ya reveladora de inquietud supersticiosa:

—¡Hoy sábado! ¿Eso qué tiene de particular, mujé de Dios? No vayas a ponete ahora a está viendo cosas, que sería lo que nos fartaba.

Ya el viejo Tapipa, todavía solitario morador del monte, tenía anunciado que se aproximaba el “gran piélagó” del fin del mundo y aunque esto venía profetizando desde los comienzos de la guerra, ahora los acumulados horrores de esta, por una parte y por la otra el impresionante aspecto de la naturaleza, al sol de las humaredas, hacían propicios los ánimos al terror de cataclismos inminentes, sobre todo después de haber presenciado la obra sacrílega de la guerra en la demencia del padre Mediavilla, que aquella mañana pasó por allí, vía de la población vecina, conducido por *La Colorada*.

Reanudaron su tarea, con redoblada prisa, guardando silencio; pero ya abiertos en sus espíritus los abismos de la superstición, a un mismo tiempo se les vino a la mente la antigua conseja de que en aquella plantación y a la hora que justamente sería —la mística hora de las tres de la tarde— solía oírse un tañido funeral de campana y el simultáneo pensamiento fue suficiente para que se desencadenara el terror colectivo.

A un mismo tiempo, desistiendo de las mazorcas recogidas, las tres negras emprenden la fuga del pánico, gritándoles a las que por el trayecto encontraban:

—¡Corran! ¡Corran!

Sumábanseles estas sin pedir explicaciones, excitándose mutuamente el terror que se había apoderado de sus espíritus, a las voces de:

—¡Aguaiten el sol!

—¡Fin del mundo!

Desaladas entraban a sus ranchos a recoger a sus hijos, empujando afuera a los que podían valerse de sus piernas y levantando del suelo a los pequeños, con manotadas, como a cosas, para ponérselos a horcajadas en los cuadriles mientras no cesaban de dar al aire alaridos.

Pero ya había una explicación que muchas daban entre los ahogos del miedo y de la carrera: que habían presenciado el vuelo extraño de un pájaro nunca visto por allí, cuyo impresionante graznido decía clara, distinta y espantosamente:

—¡Corran, corran, corran!

Momentos después no había un alma en los campos de La Fundación y Luisana, enterada del acontecimiento, sintió que también de su alma tendía a apoderarse el terror supersticioso.

No obstante la inseguridad que ofrecía el campo, ni ella ni Cecilio habían querido abandonar la hacienda, en varias ocasiones amenazada por las partidas federales y si estas no habían caído sobre ella a sangre y fuego, como de costumbre en todas partes, obra fue de la simpatía que se había granjeado entre los facciosos Cecilio el viejo, quien a menudo se llegaba hasta sus campamentos a prestarles los servicios médicos de que carecían los heridos.

Pero aun así eran ya cuatro años largos de sobresaltos continuos y ahora, además, interminables días esperando la muerte que ya venía por el enfermo martirizado y consumido y Luisana, a quien la luz del día, aunque medrosa como de sol agonizante, dábale ánimos para encararse con los posibles peligros que la amenazaran y para afrontar serenamente el inevitable desenlace de la tragedia del hermano, desde que comenzaba a obscurecer sentía encogerse el corazón.

Exploraba el cielo a la hora del crepúsculo y todo veíalo encendido en resplandores dramáticos; atendía al silencio en que iban sumiéndose los campos, y lo sentía colmado de presagios terribles y cuando empezaban a hundirse en la noche los montes carbonizados que rodeaban la hacienda, acudía a sus labios siempre la misma frase:

—¡Esta noche será! —murmuraba.

Cerraba y atrancaba las puertas y de pronto se estremecía bajo la impresión escalofriante de que aquello, temido, ya estaba allí dentro.

Ahora, además, la mala influencia del pánico que había quedado flotando sobre los campos desiertos.

Y murmuró estremeciéndose:

—Esto solo me faltaba.

Serenidad

Con toda el alma lúcida y en serenidad profunda, entró Cecilio Alcorta en la última noche de su vida. Había terminado el sufrir, su cuerpo no existía ya para su conciencia, el tremendo mal le había secado poco a poco las fuentes vitales y el resto de ellas, desprendidas del organismo, se consumían lentamente en una niebla de pensamientos más y más espiritualizados.

Ya se había despedido de la hermana y del tío, oprimiéndoles las manos en silencio y mirándolos ahincadamente, con toda la ternura de su corazón en los ojos que pronto se le apagarían y ahora se despedía de sí mismo. La vacilante luz de una lamparilla de mariposa alumbraba la estancia, donde Luisana y Cecilio el viejo guardaban religioso silencio y en la penumbra del lecho la niebla se desvanecía en murmullo de frases entrecortadas.

—Dulce tropiezo... Fray Luis, Garcilaso... Mi primer hallazgo. La vida era belleza.

Reconstruía la suya, toda noblemente diáfana, con pensamientos cuidados, para entregársela a la muerte como un regalo precioso. Evocaba su adolescencia, transcurrida en la espiritual compañía de los grandes poetas que descubrió por sí mismo o de la mano maestra le trajo Cecilio el viejo. El pensamiento fluía en su interior y solo de espacio en espacio asomaban las palabras señalando los hitos.

—¡Beatriz!

Rememoraba ahora sus tiernos amores, al gusto romántico, en la Caracas de los patios floridos de granado y jazminero, breves, allí mismo desvanecidos, como otro perfume, en el apremio de la dedicación al logro de las esperanzas puestas en él.

Cecilio el viejo abandonó la alcoba y durante un rato lo oyó Luisana recorrer los amplios aposentos vacíos de la Casa Grande, por donde resonaban sus pasos ahogando sus sollozos. Ella contuvo los suyos para no turbar la serenidad del moribundo, sobre cuya faz se había esparcido la luz del romántico amor lejano y aún se la iluminaba cuando, con el estrago del llanto en la suya, volvió aquel a su sitio junto al lecho, cerca de la medianoche.

Llegaba ya el moribundo memorioso al crucero de caminos donde se reunió con los filósofos y allí se detenía murmurando:

—La vida era pensamiento.

Alcanzó después aquella otra encrucijada donde otros libros le mostraron al desnudo la iniquidad que dividía a los hombres en opresores y oprimidos. Él no se contaba entre los segundos, mas como no podían estar con los primeros sus sentimientos, aunque entre ellos hallara todo lo que pudiera hacerle apetecible la existencia, el hito marcaba ahora la actitud que entonces decidió asumir, tirando por la borda la obra muerta del candoroso idealismo, poniendo la vela al viento de la tempestad.

—La vida era sacrificio.

Pero allí mismo lo esperaba la fatalidad del mal incurable, largo y doloroso y de este fluir del pensamiento bajo los escombros de sus ilusiones, no surgió sino al cabo de un prolongado silencio el hito final:

—Vivir es morir...

Y la inmensa serenidad fue con Cecilio, al amanecer.

El desertor

Por entre campos carbonizados que la menguada luna poblaba de fantasmas, avanzaba la tropa de Pedro Miguel Candelas. Iba otra vez en silencio en pos del jefe taciturno, cuya silueta cabalgaba agigantándose contra el cielo de las lomas coronadas y la escoltaba el aullido de los perros visionarios, porque era la muerte haciendo su jornada sigilosa. Iba a marcha forzada y con el alba se internó bajo los cacaotales de La Fundación.

Ya era una idea fija, sola y torva el alma del guerrillero inmisericorde. Aquel reproche que le hiciera Juan Coromoto por la victoria frustrada le había descorrido los velos que sobre la intimidad de su espíritu se empeñara en tender y ahora se encarnizaba en sí mismo haciéndose los más duros. No se había lanzado a la guerra —decíase— por la causa del pueblo, sino por ahogar en sangre el amor a Luisana Alcorta, furtivo sentimiento que desde niño venía desliziándose en su corazón bajo la apariencia de su odio al mantuano. Centenares de vidas le había sacrificado al traicionero amor por la blanca, centenares de hombres que habían puesto en él todas sus esperanzas para que los condujese a la conquista de los derechos que les eran negados. La guerra le había endurecido el corazón para con los suyos, solo a la muerte conducidos y las sombras airadas de sus víctimas no se aplacarían sino con el holocausto de cuanto en él pudiese quedar de aquel amoroso sentimiento, en apariencia olvidado.

Pero también se había hecho a sí mismo el peor de los daños al lanzarse por aquel camino, huyendo de Luisana, como le manifestó al separarse de ella la última vez. A la sangre y al fuego, ya en su trágica cuenta, se había agregado ahora el pillaje, llevado a cabo de manera brutal en las dos poblaciones indefensas por donde acababa de pasar. Pedro Miguel Candelas se había convertido en un bandolero más —como *El Mapanare* o el *Siete Cueros*, la hez de la revolución, la rapiña al amparo de la idea generosa— y era, por consiguiente, también de Luisana la culpa.

Por los cacaotales de La Fundación —respetados por otros facciosos y objeto de antiguas contemplaciones suyas— corría ya el fuego justiciero que habría de arruinar a la altanera familia y ahora sería el atropello en la persona misma de su obstinado amor, el desagravio de los traicionados y el desquite del rencor soberano por los estragos que en su corazón había hecho la guerra. Luego, más adelante, ya suyo todo el posible horror de una vida, sería su cuerpo lanzado contra las bayonetas enemigas, para que se lo traspasaran y se lo acribillasen. Pedro Miguel Candelas estaba haciendo ya su última jornada guerrera.

Pero en la profunda intimidad ante la cual se detenía el pensamiento de Pedro Miguel, era el despecho de sí mismo por la desfavorable comparación que en la última pelea quedó planteada entre su imprudente arrojo, con el cual se malogró en momentos un plan bien meditado y la imperturbable serenidad con que el comandante Céspedes sacó el mejor partido posible de la situación en que su ligereza lo había puesto. Era la natural diferencia entre el guerrillero improvisado —intuiciones y desaciertos al azar— y el militar de escuela, formado en una disciplina y poseedor de una técnica; pero si esto podía admitirlo Pedro Miguel sin mengua definitiva de su propia estimación, en cambio su espíritu prefirió abandonarse a la enconada amargura del sentimiento de su inferioridad. La calma del mantuano, fumándose su tabaco bajo la lluvia de balas, seguro de sí mismo, mientras que él perdía la cabeza y sacrificaba ventajas ya logradas, había sido una experiencia comparativa que ya no le permitiría las satisfacciones del menosprecio de que se alimentan los rencores.

Hasta aquí no quería llegar el pensamiento del guerrillero empecinado, pero se le había detenido en una frase, repentinamente recordada y ya convertida en obsesión. Aquella de Cecilio, cuando le hizo la revelación de su origen:

—“Quien acosa eres tú y tú mismo el acosado. Lo que hay en ti de generoso contra lo que se resiste a serlo.”

Pero en su espíritu estaban invertidos por el despecho los planos de la interpretación, y el sentido alentador de las palabras —repetidas una y otra vez, ya sin poder evitarlo— se le convertía en sarcástico.

Junto a él, a uno y otro lado, cabalgaban Juan Coromoto y *El Mapanare*, silenciosos ambos, pero este con expresión perversa, mientras que la de aquel traducía mortificados pensamientos. Y así llegaban a la vista de la Casa Grande, cuando el primero, como hacia allá encaminaba el jefe a su tropa, se le encaró interrogándolo:

—¿Qué vas a hacé, Pedro Miguel?

—¿A ti qué te importa? —repúsole ásperamente.

—Más de lo que te piensas —respondió el negro leal—. Fui tal vez yo quien te lancé por este camino que tú no andabas buscando; pero no pa esto, Pedro Miguel.

—Sin embargo, me has echado en cara el haber pensado en cierta persona cuando debí pensar en ustedes solamente. Ahora verás lo que voy a hacer de ella.

—Tú no puedes hacer eso —insistió Coromoto, ya sofrenando su bestia.

—¿Por qué no? ¡Si es lo único que me falta!

—Pues, entonces, hasta aquí nos trajo el río.

A lo que intervino *El Mapanare*, dirigiéndose a Coromoto:

—¿Qué le ha disgustao al amigo? To eso es la guerra.

Simultáneamente Pedro Miguel:

—Bien puedes separarte de mí, si así lo prefieres. Serás el único desertor que no se lleve cuatro tiros por la espalda.

Y *El Mapanare*, sardónico, otra vez a Coromoto, a quien ya deseaba ver eliminado de la confianza de Pedro Miguel.

—Aproveche entonces, compañero. Mire que de aquí palante pue no volvé a presentásele esta oportunidad de salvá el pellejo.

Juan Coromoto lo miró por encima del hombro y luego dirigiéndose a Pedro Miguel:

—No quiero que hagas excepciones a mi favor. No era esto lo que yo buscaba de ti, pero si eso se malogró, sea lo que el Diablo quiera.

Pedro Miguel inició el movimiento de volverse a mirarlo; pero en seguida contuvo su buen impulso y prosiguió su camino hacia la Casa Grande.

Ya cerca, dio la voz de alto y luego ordenó:

—Espérenme aquí.

Y avanzó hasta el pie de la escalinata por donde se subía a la casa. Allí descabalgó y desenvainó el sable, hecho lo cual comenzó a trepar los escalones, invadidos por los matorrales que ya rodeaban el vetusto caserón, a tiempo que en el corredor aparecía Cecilio el viejo.

Escalinata arriba, los pasos temerarios hacían sonar las espuelas y la hoja desnuda brillaba remontándose, en la diestra amenazante, mientras el licenciado Céspedes, con las manos apoyadas sobre los riñones, como de antigua costumbre y por encima de las gafas, miraba al que así se le presentaba en aquellos aflictivos momentos.

—¡Gua! —hizo acá *El Mapanare*—. A ese mantuano viejo como que no se le agua el ojo ante un machete, por bien empuñado que parezca. ¿Verdad, compañero Coromoto? Usté que debe conocelo bien, de cuando lo llamaba su mercé.

Pero el negro Coromoto solo atendía a lo que tenía ante sus ojos, pendiente de los mínimos detalles de cuanto fuera a suceder. Y he aquí que, inesperadamente, ya Pedro Miguel en el corredor y Cecilio el viejo posándole la diestra sobre el hombro, ve al primero volver el sable a su vaina y luego descubrir-

se respetuosamente, mientras el licenciado, tomándolo ahora por el brazo ya inerme, lo conduce hacia el interior de la casa.

Descarga el negro preocupado su pecho con hondo respiro de alivio, en el silencio de expectativa que se había producido entre la tropa y luego oye el comentario socarrón de *El Mapanare* siniestro.

—¡Jm! Si será caso de que nos háigamos quedao sin jefe los pobres negros. Porque si mi vista no me ha engaña, el hermano como que nos ha vuelto la espalda al dentrá por esa puerta con to y su sombrero en la mano.

El hombre de las circunstancias

Los sentimientos que habían lanzado a Pedro Miguel a la guerra no tenían que llevarlo a ella forzosamente para su logro, ni emprendiéndola había obedecido —por otra parte— a propensiones naturales que tal ejercicio reclamasen. Su odio al blanco no era, en realidad, sino una ficción de sí mismo, una maniobra de engaño propio, de la cual se le escapaba el artificio, sin duda por no ser todo creación de su espíritu atormentado por la preocupación de su inferioridad ante el objeto de su amor, sino en gran parte influencia del ambiente de lucha en que convivían el negro y el blanco sobre un terreno ya conmovido. Su conflicto sentimental ya estaba resuelto cuando, sin embargo, se lanzó a la guerra; pero aun así no era sino el caso particular del gran conflicto ya planteado entre las dos razas, camino de la solución total por el de la violencia. Arrollado por el movimiento que lo desbordaba empuñó el arma innecesaria para su personal conquista, mas si ella le acostumbró el brazo al fiero ejercicio, no toda su intimidad correspondía a la actitud de sable en mano con que había querido penetrar en la Casa Grande y así bastó para que lo volviese a su vaina que Cecilio el viejo lo recibiera diciéndole:

—¿Bravatas a estas alturas? Demasiado acero el que traes para tan incierta voluntad como la que no te ha permitido disfrutar de lo que ya era tuyo. ¿Si aquí todo te lo has conquistado hace tiempo, a qué viene ese sable metiendo

miedos donde ya están amores? ¡Guárdatelo, muchacho! Déjate de desplantes. No vengas a provocar risas donde se te espera para que llores junto con nosotros al que acabamos de perder. Tú también.

Pero no fue solo el afectuoso respeto a quien así le habló, ni solamente lo que le dijo, sino que aquel sable ya estaba para desprenderse de aquella mano. Pedro Miguel Candelas pudo llegar a ser el guerrillero temible mientras actuaba en el plano de la acción inmediata, poniendo en juego las secundarias condiciones personales de la acometividad, la valentía, la bravura y la astucia y el ascendiente del hombre sobre el hombre que da origen a la obediencia y a la lealtad; pero sus aptitudes no habían logrado trasponer los límites del hecho de armas, por añadidura siempre de reducido alcance y la conciencia de este menguado servicio ante la magnitud —vagamente vislumbrada, además—, de la revolución a que debía corresponder la revuelta armada, era la descorazonadora experiencia de sí mismo que había hecho en sus cuatro años de campaña.

Por otra parte, la revuelta ya traicionaba a la revolución, destacando mezzinas figuras de caudillos, de los cuales nada efectivo podía esperar el movimiento popular, que, a su vez, se desviaba de sus propios fines al girar en torno a ellos, como si solo para producirlos y encumbrarlos se hubiera derramado tanta sangre. Pedro Miguel se daba exacta cuenta de esto y por ello ya el sable venía desprendiéndose de la mano.

A su vez, un certero instinto le había permitido a *El Mapanare* advertir que era cosa de momentos la declinación definitiva del guerrillero de las candelas, que no había sabido aprovechar su hora de fortuna en la pelea de Los Apamates. No tenía ya consigo sino a unos tres de aquellos capayeros, tigres de tigre, para el oportuno zarpazo alevoso; pero entre el centenar de hombres a que había quedado reducida la facción después de aquella pelea, quizás no llegaban a veinte los absolutamente leales a Pedro Miguel, proviniendo los demás de las montoneras del *Siete Cueros* y del negro Escolástico, muertos, y de los otros cabecillas de menor importancia que aquel había logrado someter bajo su mando.

—Veinte —decíase ya en sus maquinaciones—, entre los cuales tal vez sean más los coromotos que los migueleros propiamente. De donde rompiendo ese eslaboncito, como se rompieron aquellos otros dos en Los Apamates, que por cierto a naiden le han llamao la atención esas dos muertes bien casuales, quede la caena, como quien dice, a la mercé del hombre de las circunstancias. ¿Que quién será, Dios mío?... Pero si esa es tu voluntad, hágase, como en el padrenuestro.

Y las circunstancias acudieron adonde ya estaba el hombre.

Unos disparos, al grito de:

—¡Viva el Gobierno! —sacaron a Pedro Miguel de su dolorido ensimismamiento ante el cadáver de Cecilio.

Corrió afuera, desenvainando otra vez el sable. Vio a Juan Coromoto desplomarse de su bestia. Atravesó el corredor, se precipitó escalinata abajo.

Era realmente un fuego cruzado entre la facción y una avanzada de las tropas con que ya volvía el comandante Céspedes al desquite de Los Apamates, mas Pedro Miguel había visto a Juan Coromoto llevarse las manos atrás, como herido por la espalda, dándole, sin embargo, la cara a la pelea, y ahora sentía silbar por encima de su cabeza balas que no podían venir sino de sus propias filas, ni ser disparadas por allí contra el enemigo.

Encolerizado por la traición evidente y buscando con la mirada zigzagueante al tirador por cuya mano se le hacía, bajó saltando escalones, en derecha temeraria... Pero los últimos los descendió su cuerpo, rebotando, junto con el sable desprendido de la diestra, mientras sobre los abismos del desvanecimiento resonaba un grito, contra aquel otro:

—¡Viva *El Mapanare!*

La capitana

—La revolución federal había triunfado —diríale después a Pedro Miguel, Cecilio el viejo—. ¡Y yo que la anuncié llamándola el Gran Sembrador! De cenizas regadas con sangre nos ha dejado cubierto el suelo. Y en los corazones, estragos irremediables quizás.

Hace una pausa y reanuda el relato de los hechos ocurridos aquella mañana: —Dos de los pocos hombres que se te mantuvieron leales y lograron separarse de la facción, mientras esta perseguía a la avanzada del Gobierno y luego se tiroteaba con el resto de las tropas de Antonio Céspedes, me ayudaron a recogerte y a prestarte los primeros auxilios de urgencia, ya otra vez enfermera nuestra Sal de la Casa. De prisa enterramos luego a Cecilio, en el sitio que una vez te mostré y en seguida emprendimos la fuga, al saber que la victoria había quedado por *El Mapanare*, tú agonizando por momentos y entre ratos delirando a gritos dentro de una hamaca donde tus dos negros fieles te conducían y Luisana y yo a pie, a través de la hacienda incendiada. Pero si nos fue relativamente fácil librarnos de las famosas candelas de Pedro Miguel, en cambio, la persecución de *El Mapanare*, que revolvió todo el monte para ponerse en nosotros y luego el peligro de caer en las manos de las numerosas partidas que junto con la suya se habían adueñado de todo Barlovento, no nos dieron tregua ni descanso durante varios días. Luisana, disputándole tu vida

a la muerte, como si no acabara de perder otra pelea que duró diez años, y yo sacando ánimos de desalientos, que ya es todo lo que me resta para lo que me falta. Otra vida no tendré y ya esta no da para criar más esperanzas.

Y finalmente:

—Y aquí estamos, menos mal que tú ya convaleciente, esperando ese falucho que no acaba de llegar a sacarnos de esta tierra sembrada de sobresaltos.

Era en el rancho de un pescador, que retorcidos uveros abrigaban al viento marino en una pequeña ensenada de la costa. Angosto litoral abrupto donde las olas venían a morir contra el flanco mismo de la empinada y carbonizada montaña, después de haber reventado en espumas fragorosas contra una cordillera de riscos siniestros, rocas desprendidas de aquella en algún cataclismo inmemorial. Ensenada triste y costa de desolación, propicias a la melancolía del convaleciente.

De todos los cuadros de la guerra que en cuatro años habían desfilado ante sus ojos, espectador o actor de las tremendas escenas de la matanza y del exterminio, uno solo, como si los refundiera todos, no se le apartaba ahora de la mente: Juan Coromoto, el leal compañero que tanto esperó de él, desplomándose del caballo, en el ademán de las manos a la espalda por donde le habían dado muerte, porque su fidelidad estorbaba la traición. Y Juan Coromoto no era un hombre, sino el pobre negro que es todo un pueblo abandonado por él de espaldas al golpe artero, pues si él no penetra en la Casa Grande tal vez no sucede aquello.

Juan Coromoto recitaba décimas en los velorios de cruz y entonces parecía un negro feliz. Juan Coromoto esclavo plantó cacao en La Fundación de los Alcortas y un día bailó muy contento su tambor de la abolición, para volver a plantarlo después, “como endenantes”. Sobrellevó su carga, atravesó sus penas y tuvo sus gozos, sin duda; pero Juan Coromoto no había existido realmente sino en aquel ademán de los brazos atrás, como para salirle al encuentro con todo el pecho a la gran esperanza de su vida. Pero Juan Coromoto se desplomó de su caballo de guerra sin verla realizada.

El mar bate contra los peñascos desprendidos de la montaña inmensa y el aire de la desolación flota sobre el angosto litoral abrupto. Hay a lo lejos unos cocales que entre brisas y terrales crecieron cimbrados y el paisaje recoge la angustia del cuadro que no se borra de la mente: el pecho a la reventazón de la fatalidad, los brazos como si trataran de apoyarse en la muerte para un salto inmenso hacia toda la vida.

De lo demás, no queda en el espíritu de Pedro Miguel Candelas sino la niebla de una profunda decepción de sí mismo y así se le pasan los días, contemplando en silencio la marina angustiosa, donde se materializa su único recuerdo de la guerra.

A veces habla de marcharse, porque ya se siente bien.

—¿Adónde? —le pregunta Luisana.

Él encoge los hombros y continúa contemplando el paisaje.

Otro estaba también en trances de marcha. Ya era viejo y no habrían de ser largas las nuevas andanzas; pero aún no había tenido oportunidad de quedarse a solas con el dolor de su Cecilio muerto y quería llevárselo consigo por los caminos sin rumbo ni objeto, una sombra dialogando con otra. Mucho había durado el alto en la marcha y ya declinaba el sol de su vida sobre la desolación de su gran amor, mas no quería verlo ponerse entre los que aún esperasen algo risueño de las posibilidades del porvenir. Deseaba terminar solo, sin rostros afligidos que le afeasen la serenidad de la muerte, sin despedidas definitivas que le frustrasen la ilusión de viaje no interrumpido, sino más bien prolongado en la jornada sin término ni fatiga. Quería desaparecer en el misterio de la vida antes de hundirse en el de la muerte.

Luisana se daba cuenta de todo esto y comprendiendo que la situación se hacía ya insostenible, por momentos se abandonaba a las soluciones pesimistas:

—Ya va siendo hora de dejar en libertad al andarín. ¿Tendré que ir a refugiarme en el cuarto que me tenía destinado Carmela?...

Por el momento, lo apremiante era abandonar aquella costa inhospitalaria donde aún corrían peligros —como en toda la región las personas calificadas de mantuanas—, pues ya los dos negros todavía fieles a Pedro Miguel habían recogido noticias de partidas armadas que recorrían el litoral, precisamente para impedir que por allí se escapasen las familias oligarcas que huían de las poblaciones de Barlovento, donde la pugna política había sido desbordada por los tremendos caracteres de la lucha de clases, agudizada por la desigualdad racial. Hacia la isla de Margarita habían emigrado ya casi todos los mantuanos de Barlovento y esta era la salida que se procuraba el licenciado Céspedes, aprovechando un falucho de patrón amigo que debía recalar por allí de un día a otro, según le había dicho el pescador que les dio asilo. Lo inmediato era salvar a Luisana, principalmente, sobre la cual se cernían los peores atropellos de los federales. En cuanto a Pedro Miguel, cuya salud todavía se resentía del riesgo de muerte corrido, de ningún modo habrían de convenir en que se quedase por allí. Luego, ya se pensaría en el rumbo que cada cual quisiese coger.

Y un día amaneció fondeado el falucho en la ensenada.

El patrón convino en aceptarlos a bordo y allá se dirigieron en seguida, allanándose Pedro Miguel a la determinación tomada por los demás, con estas palabras:

—Ganas de quedarme aquí son las que yo puedo tener; pero vida que otro salva a otro pertenece.

Y a los negros que hasta allí lo acompañarían;

—Bueno, pues, muchachos. Las gracias no les doy, porque con palabras no se pagan obras. Digan que así terminó Pedro Miguel Candelas, que no fue sino el arrebató de un pueblo que se lanzaba a la muerte buscando el camino de su vida. Este desperdicio de la guerra que con vida se escapa, no es ya sino lastre para un falucho. Que tampoco lo necesita.

Pero una vez a bordo y el patrón ordenando levantar el ancla, llamó Cecilio el viejo al pescador que se retiraba, en el cayuco donde los había llevado a embarcar y le dijo:

—Lléveme otra vez para tierra, que me he dejado allí algo que me hará falta.

Y a Luisana:

—No tardaré sino lo necesario para ir y volver.

Dicho lo cual, abandonó el falucho donde había concluido su misión protectora, ya Luisana en presencia del destino generosamente elegido.

Ella comprendió que no regresaría, siendo propio de su carácter en aquellas circunstancias; pero también que sería inútil tratar de retenerlo y se quedó mirándolo alejarse, en silencio y con lágrimas en los ojos.

También lo comprendió así Pedro Miguel, mas prefiriendo anteponer a la natural reflexión del momento el recuerdo de aquella conversación que una tarde había tenido con Cecilio el viejo, a propósito del sitio donde este quería ser enterrado, junto al joven, que ya estaba allí esperándolo para el interminable diálogo de las sombras inseparables.

—Ya sé lo que va buscando —murmuró—. La novia de amores formales que me presentó aquella tarde. ¡Se nos va también don Cecilio!

Desembarcó este del cayuco del pescador, detúvose un momento en la playa mirando hacia el falucho y agitando la diestra en ademán de despedida bendiciente y luego volvió la espalda al mar y se alejó tierra adentro.

Así que lo perdió de vista, Luisana se enjugó los ojos, los detuvo un momento en los de Pedro Miguel y luego le dijo al patrón:

—Mande izar la vela.

Pedro Miguel la contempló en silencio de adoración pura y se le vino a la mente la escena del campamento de *El Mapanare*, atando el padre Mediavilla dos hilos invisibles que flotaban en el aire. Ya el destino de aquella mujer estaba unido al suyo y ella misma desafiaba las posibles borrascas exclamando:

—¡Venga viento!

El falucho abandonó la ensenada triste y traspuso la línea de los escollos desprendidos de la montaña inmensa. Ahora eran viento enfilado, mar abierto y un ser nuevo mirando hacia adelante, hacia el horizonte inalcanzable, en plena aventura.

—Ya están cumplidas sus órdenes, capitana —habíale dicho jovialmente el patrón al izar la vela.

Algún día, sin embargo, debió de soñar ella con esto que ahora iba realizándose, pues siendo imprevisto, no le caía de extraño. Acaso alguna de aquellas noches en vela, a la cabecera de un enfermo, cuando el espectáculo del dolor y las amenazas de la muerte le producían el milagroso florecimiento de vitalidad que le dulcificaba el carácter y le hermo seab a el rostro, estremeciéndole el espíritu con ansias de vida fuera de las normas usuales, en mundos vastos. Todo lo que se llamó su abnegación, no siendo sino el desbordamiento de la generosidad para consigo misma, la inquietud de la libertad suma buscada por los caminos del sacrificio, cual si un misterioso instinto le indicase que solo así llegaría a alcanzarla.

El camino fue largo, pero ya no había cosa ajena de que no la hubiese alejado y ahora acababa de llamarla capitana. Atrás se quedaban por fin la hechura de aquel mundo de ideas y sentimientos de otros: la mujer sufrida y virtuosa, conforme a un concepto social, como tantas otras sabían serlo a su hora, por obra de buena crianza, mientras que la capitana que ahora iba sobre el mar infinito y bajo el viento libre, de nada era criatura sino de su propia voluntad de encararse con la vida, sin miramientos que la limitasen. No la mujerona desviada hacia los caminos del hombre para tomar de este el amor que aún no se atrevía a ofrecerle, sino la mujer auténtica, con femenino espíritu aventurero, en busca de la totalidad de su alma. Y para que nada pudiese parecer masculino en la actual emoción de sí misma, nunca se había sentido tan enamorada como ahora del hombre que la acompañaba, al mismo tiempo que tan dulcemente confiada en su varonil protección.

Era la capitana, pero de su amor, por fin sin mezcla de sacrificio.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-023-0

Depósito Legal

DC2021001571

Caracas, Venezuela, diciembre de 2021

La presente edición de
LA TREPADORA / POBRE NEGRO
se realizó
durante el mes
de diciembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



La trepadora / Pobre negro Las dos novelas que dialogan en este volumen, tienen como argumento superar la idea colonial de castas y clases en favor de una nueva sociedad. Esta transformación social, Gallegos la plantea en *La Trepadora* (1925) cuando relata la unión y ascenso de un hombre, nacido de una infidelidad, que forjará por sus propios medios su progreso y su destino. Sin embargo, esta existencia no es plena, pues hay asuntos que no se pueden resolver con la venganza o el resentimiento. Entre estas emociones la novela se desplaza: entre lo campestre y lo citadino, entre el temperamento violento de Hilario Guanipa y la confrontación del resto de los personajes, entre ellos, su hija, quien buscará conciliar este carácter en favor de una decisión que ella misma se impone. En *Pobre Negro* (1937), esta idea seminal se radicaliza a través de la violencia y atmósfera que dará lugar a la Guerra Federal. Gallegos vuelve al tema de las castas, esta vez por medio de la violencia que solo se produce en la guerra y las acciones que de ella se desprenden: saqueos, incendios, la eliminación de conductas feudales por imposición de una rebeldía sin objetivos políticos y sin leyes que definan reivindicaciones sociales. En este escenario dos personajes luchan contra sus propios dilemas amorosos y un destino que los unirá bajo el signo de un nuevo comienzo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

